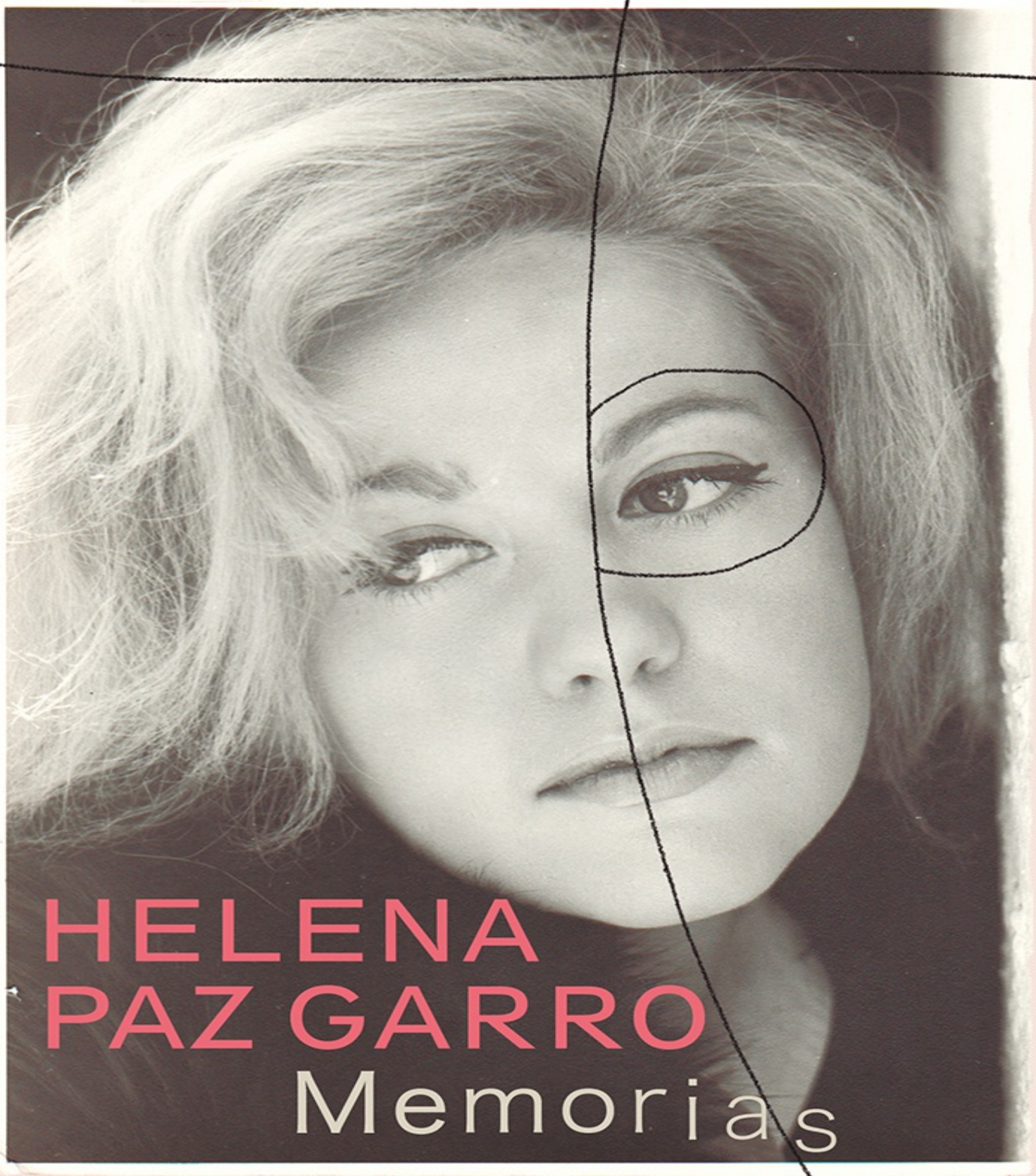


HELENA PAZ GARRO

Memorias

DEBOLSILLO

Helena Paz Garro

Memorias

DEBOLS!LLO

SÍGUENOS EN

megustaleer

@Ebooks

@megustaleermex

@megustaleermex

Penguin Random House Grupo Editorial

Para mi muy querido primo Jesus Caro, al que quiero como al hermano que nunca tuve. La persona que más he amado después de mi madre

A mi adorado y admirado

Jesus Caro

23 nov. 2003 Helena Paz Caro

Raquel

P.D: Mi querido pelón, su Esposa y sus hijos son mi única familia.

Helena Paz Garro nació el 12 de diciembre de 1938 en la Ciudad de México; murió el 30 de marzo de 2014, en Cuernavaca, Morelos. Poeta y narradora. Realizó sus estudios básicos en Francia. Ya en México, estudió Antropología entre 1963 y 1970. Colaboró en los periódicos *ABC, Excélsior* y *Unomásuno* y las revistas *Por qué, Rehilete, Revista de la Universidad* y *Sucesos*. Trabajó en el consulado de la embajada mexicana en París. Radicó en Francia, Estados Unidos, España y, en 1991, se estableció en México.

Yo sólo soy memoria
y la memoria que de mí se tenga.
Y como la memoria
contiene todos los tiempos
y su orden es imprevisible…
la memoria me devuelve
intactos aquellos días…

ELENA GARRO, *Los recuerdos del porvenir*

PRÓLOGO

¡Oh, qué melancolía penetra en nuestros corazones cuando surge ante nuestra visión interior el recuerdo de los tiempos dichosos! Se han ido implacablemente y nunca volverán. Esos días felices, resplandecientes de risas y de alegría, redondos y dorados como las esferas de los árboles de Navidad, cuando vivíamos rodeados de nuestros seres queridos y que ahora se han ido para siempre. Entonces nos envuelve una bruma gris de soledad y de lágrimas… Y esos días en el lejano reflejo que nos dejan, nos parecen aún más atrayentes, y entonces pensamos que no los supimos aprovechar, que no nos tocó nuestra plena medida de vida y de amor. Pero lo que dejamos escapar, ningún arrepentimiento nuestro podrá devolverlo.

Pero lo que vivimos ahora es el sentimiento terrible de sentirnos perdidos en un país enorme, como un perro callejero sin collar, un gato arrojado con asco a la calle por unos amos con corazón de piedra.

Un oscuro temor en esta total soledad se apodera de nuestra alma y la noche se vuelve una crucifixión eterna. Y el día con el mismo sol implacable, un suplicio aún peor de abandono y de desprecios, de humillaciones infligidas por unos seres indiferentes u hostiles.

Los dolores físicos pasan en algunas horas, pero la humillación, sobre todo injustificada, reseca el corazón. Es ahora que comprendo por qué Jesús habló de la humillación y la crucifixión igualándolas. De jovencita me preguntaba por qué la humillación había sido digna de ser citada, al igual que la crucifixión. Sé ahora que tiene el poder de herir de manera continua. Si fue tan doloroso para nuestro Señor, para nosotros, pobres infelices, ¿qué no podrá ser?

En aquel entonces, mis padres vivían en la calle de Saltillo, donde compartían una casa de tres pisos con mi tía Deva, su marido y sus hijos, Pablo y Paco. Su esposo era un importante pintor de origen jalisciense: Jesús Guerrero Galván. Yo vivía con mi abuela Pepa y su segundo marido quien, además, era su primo hermano: Pepe Delgado Lozano.

A pesar de mi buena memoria, recuerdo poco de los cuatro años que pasé con ella; no obstante, sé que había en todo aquello un drama familiar muy doloroso para mi madre, pues mi abuela consideraba que no estaba capacitada para criar a una niña. Ante esto, la opinión de mi padre no contaba, pues estaba completamente dominado, y era un verdadero Edipo. De esto me di cuenta siendo mayor; sin embargo, esta situación tan conflictiva me provocaba continuas pesadillas que me persiguieron por mucho tiempo. Una de tantas era aquélla donde yo estaba en un campo de aviación desierto y, a lo lejos, veía a mis padres abordar un avión. Sabía que iban a partir; aun así, mis piernas se encontraban paralizadas y esto me impedía alcanzarlos. Tiempo después, ya estando con ellos en París, despertaba con la cara bañada en llanto. No obstante, nunca les contaba sobre estos sueños, pues era muy introvertida.

Vivíamos entonces en una antigua casa del porfiriato en Mixcoac. Pepe la estaba construyendo con el dinero que mi abuela heredó de los Paz. Una lujosa mansión que abarcaba toda una esquina de la calle Porfirio Díaz, enfrente de la antigua casona en la que antes vivíamos.

Un día, cayó un diluvio, granizaba, y un perrito callejero se acercó a la puerta de la casa. Aullaba para que mi abuela lo dejara entrar. Yo lo iba siguiendo por todas las ventanas; llorando a gritos, le suplicaba a Pepa que lo dejara entrar. Pero ésta, chaparra y gordísima, alzó los hombros y decretó que no iba a dejar entrar a su casa a ese "pulguiento perro callejero". Poco después, el perrito, aterido de frío, de hambre y por la tremenda granizada, se desplomó bajo nuestras ventanas. Agonizó ante mis ojos horrorizados. Yo gritaba y lloraba con desesperación. Todo fue inútil. Al final, llegó Pepe y me dio la razón. Pero el infeliz perro ya había muerto. Desde niña adoré a "los animalitos de Dios", como les decía una sirvienta española que aparecería más tarde en mi vida.

Alguna vez, en la casa nueva de Porfirio Díaz, encontré abandonado en el jardín a un gatito pelirrojo, y lo adopté dos días con permiso de Pepe. Después de lo cual desapareció. Seguramente Pepa lo tiró a un basurero, pues no le gustaban las mascotas.

Una de las pocas virtudes de Pepe era que adoraba a los animales. Tenía dos mastines daneses: el Duque y el Moloso. Pepa, que amaba al viejo, se lo permitía todo. Yo jugaba con los perros y era tan chiquita que me les montaba como si fueran caballos.

Pepe también tenía muchos canarios y se pasaba toda la mañana picándoles huevos duros mezclados con semillas. Su gran orgullo era un jilguero español.

Tendría unos tres años cuando, en una ocasión, me vi envuelta en una tragedia. Pepe me tomó en brazos y me llevó a casa de mis padres. Yo echaba un líquido verdoso y sangre por mis genitales. Era un domingo y estaba toda la familia Garro: mi tío Albano, el hermano menor de mi madre, entonces muy joven, mi abuelito José Antonio, mi abuela Esperanza y mi tía Deva con Guerrero Galván, su esposo. Sin contar a mis papás. Llamaron enseguida al doctor Buckardt, un pediatra suizo que se ocupaba de mis primos y de mí, cuando por casualidad yo estaba en casa de mis padres. El doctor se alarmó mucho.

—Esta niña ha sido violada repetidamente y, además, tiene una gonorrea ya antigua.

Mi abuela Pepa y Pepe quisieron acusar a mi tío Albano. Mi abuelo José Antonio, que pertenecía a la pequeña nobleza asturiana —un señorito digno y con mucha autoridad sobre los seres vulgares—, los contuvo.

—¡De esta casa no se mueve ningún hombre! —dijo con energía—, nos vamos a hacer, todos, la prueba de la gonorrea.

Pepe, viéndose atrapado respondió con cinismo:

—Es inútil. Yo la tengo hace años y es incurable —y casi corriendo, junto con Pepa se largó de la casa de Saltillo. El imbécil no sabía que ya había cura para la gonorrea.

Entonces, me quedé con mis padres, y recuerdo que mi abuela Esperanza y mi tía Deva me llevaban al consultorio del doctor Buckardt. Ahí me sentaban sobre una mesa. Tenía mis genitales desgarrados y el médico me cauterizaba con hierros candentes; mi llanto era interminable; era algo muy doloroso.

Esas violaciones y el tratamiento me dejaron estéril. No obstante, tan pronto estuve curada, mi padre me volvió a llevar a vivir a casa de su madre, y me volvieron a contagiar la gonorrea.

Pepe era un enfermo sexual. Mi tío Guillermo, el hermano menor de mi abuela Pepa, mucho más joven que ella, se había casado con una señora muy guapa y muy devota, mi tía Chayo, quien tuvo varios hijos: Billy, Paco, Rafa y Mercedes.

Pepa odiaba a mi tía Chayo, tanto como a mi madre, pues le había "quitado" a su hermano favorito. Pero los primos hermanos de mi padre eran más o menos de mi edad y siempre me llamaron "primita". Cuando años después volvimos a México, Mercedes, que le decía tía a mi mamá, y cuando ya Pepe había muerto de una gangrena atroz y un hipo incontrolable, le hizo algunas confidencias.

—¡Ay, tía Elena! Ese viejo degenerado me violaba a los diez y a los once años y mi mamá se quejaba con mi padre. Entonces él le reclamaba a Pepa y ésta decía que yo era una "embustera, calumniadora", y mi papá, dominado por ella, ya no reclamaba nada.

También Concha, una mujer muy buena, hermana inseparable de Pepa, y a quien ésta sostenía, pues se había quedado con el dinero de los Paz, también recordó algunas cosas.

—¡Ese monstruo de Pepe! Cuando estaba agonizando en el Hospital Español y lo iba a visitar,

levantaba sus sábanas y cobijas, me enseñaba su cosa, y quería que se la tocara. Y fíjate: ya le habían amputado una pierna por lo de la gangrena.

Por esa época, mi madre había conseguido una beca para mi padre en Berkeley, pues entonces era una brillante periodista que trabajaba como asistente nada menos que de Nelson Rockefeller, quien era el jefe de la Coordinator's Office, una oficina que habían creado los americanos para acercarse más a los países de Iberoamérica y contrarrestar la influencia alemana. Ese departamento era muy importante para el gobierno americano, pues Latinoamérica era su retaguardia.

Mi padre trabajaba en Nacional Financiera: quemaba billetes en el rastro, pues no consiguió algo mejor. En esos días nadie lo tomaba en serio como poeta; sin embargo, publicaba *Taller,* una revista de poesía donde colaboraban todos los refugiados españoles y, además, Villaseñor, político amigo de Lázaro Cárdenas, quien dizque lo ayudaba económicamente para la publicación.

El asunto estuvo así: mi madre ya había hecho reportajes para revistas mexicanas y, en una fiesta a donde la invitaron los Siqueiros, conoció a dos diplomáticos americanos (era la época en que Estados Unidos era aliado de la Unión Soviética contra Alemania): Donald Warren, el agregado naval, y Cerwin, el agregado político. Les cayó muy bien y fue cuando la contrataron para la Coordinator's Office como periodista, donde recibía un sueldo magnífico. Ella era quien, de hecho, mantenía la revista *Taller*.

Juan de la Cabada, quien siempre fue su gran amigo y confidente, al verla llorar una tarde por mí, le propuso una solución.

—Vamos, muchacha, no les puedes dejar a la Chatita [así me llamaba la familia en ese tiempo]; mira a la vieja avara de la Pepa, tiene canastos y canastos llenos de centenarios en su casa. Yo los he visto. ¿Dónde guarda sus joyas?

Mi mamá le explicó que en el ropero de su cuarto, con llave, pues todavía no se creía en los bancos.

—Vamos con una llave de ésas que utilizan los ladrones y le robamos las joyas a la vieja. Y tú le exiges que obligue a su hijo a firmar el pasaporte de la Chatita para que pueda cruzar la frontera de Estados Unidos y te la puedas llevar contigo a Berkeley. Si no, ese par de viejos canallas la van a matar.

Mi madre se dejó convencer.

—¿Y tú, de dónde sacas la llave?

—Tengo cuates ladrones, muchachita —y Juan se echó a reír—. Además, ahora tienes poder en la Coordinator's Office. Amenaza a Octavio con eso. Después de todo, su beca depende de los americanos.

Mi madre, que nunca había hecho algo por mí, aceptó. Aunque aquí cabría decir algo: un día, cuando regresamos de Europa a México y yo estaba siendo un tanto insolente con mi mamá, en casa de mi abuelo José Antonio, éste me contuvo muy serio.

—No trates así a tu madre, no sabes cómo sufrió por ti cuando eras pequeñina.

En fin, esa tarde, Juan y mi madre espiaron la casa de Pepa. Él llevaba un maletín, y cuando la vieron salir muy arreglada, tocaron a la puerta. Les abrió una sirvienta gigantesca, Hermelinda, a

quien Pepa había puesto para vigilarme.

—¿Qué quieren?

—Ver a la señora Pepita —dijo Juan, meloso—. ¿Se va a tardar mucho?

—Sí, toda la tarde —dijo Hermelinda, desarmada por el trato amable de Juan.

Les permitió entrar y los dejó solos en el salón que daba al cuarto de Pepa. Juan cumplió su cometido y, rápidamente, llenó el maletín de joyas y de monedas de oro. Después escondió el botín en su casa para que mi padre no obligara a mi madre a devolvérselo todo a Pepa.

Al llegar a su casa, para sorpresa de mi madre, Pepa le telefoneó llorando a su hijo.

—¡Hijito querido! Tavito de mi alma [le decía Tavo], tu mujer vino con ese sinvergüenza de Juan de la Cabada y me robaron joyas y mucho dinero.

Mi padre, hecho un energúmeno, colgó y llamó a mi madre, quien hizo lo que aconsejó Juan.

—Sí, las joyas están a buen recaudo. Se las devolveré a tu madre a condición de que tú firmes el pasaporte de la Chata; me la quiero llevar a Berkeley con nosotros. Y si no, me quejo ante la Coordinator's Office. Por mi hija estoy dispuesta a fastidiarte. Empezarían quitándote la beca… —mi padre palideció de rabia, pero accedió a hacer lo que le pedía mi madre.

A pesar de que esos años en México fueron de pesadilla para ella, después en París me contaba sobre las fiestas a las que asistía con mi padre. Tenían un grupo muy grande de amigos, entre los que estaban todos los intelectuales refugiados españoles: José Bergamín, Ramón Gaya, Lorenzo Varela (quien fue novio de mi tía Estrella), el poeta Juan Gil Albert, todos miembros del Partido Comunista Español —mi padre atravesaba por su época de comunista furioso—, Juan Soriano, Elías Nandino, Efraín Huerta y otros.

Toño Peláez, el pintor, al que le hice una entrevista en los años sesenta, me contó cómo se conocieron:

HP: Cuéntame un poco de tu vida, porque la vida es un reflejo del autor. Creo que los artistas siempre tienen vidas extraordinarias, fuera de lo común, y que la realidad supera a la ficción.

TP: Cuando conocí a Elena y a Deva Garro era yo muy jovencito y ellas también. Vivían enfrente de nuestra casa, nos dividía un jardín. Recuerdo como un espejismo extraño ver bailar a las dos hermanas, Elena y Deva, tarareando las *Silfides,* dos flacas rubias de pelo lacio con medias rojas —veinte años antes de esa moda—; las dos hermanas eran alucinantes. Me revelaron un mundo extraño, mágico, donde los valores básicos, los temas de las discusiones eran Botticelli, Novalis, Hoffman, Kleist, los cuentos de Andersen, el budismo, Mozart y, a veces, la Markowa, Greta Garbo. El impacto fue tan fuerte que me quedé tres meses sentado ante la ventana. Empezaron a aparecer los maridos, los amigos, Juan Soriano, Manolo Altolaguirre, Ramón Gaya. De repente, un domingo, Paco y Carmen, mi hermano y su esposa, salieron. Me quedé solo en la ventana, atento en mi puesto de observación y, de repente, Elena me llamó: "¿Por qué no viene un rato?".

Cuando regresaron Paco y Carmen les di la noticia y fuimos enloquecidos de gusto. Ese día hubo una discusión a causa de Beethoven y de Irina Baronova. Como dijo Nietzsche: "Después de todo, es necesario un poco de arte para no morirse a fuerza de tanta realidad".

HP: ¿Ése fue el principio de una larga y fructífera amistad?

TP: Teníamos un cuerno de caza inglés que era adorno de la chimenea y nos comunicábamos a media noche a través de los jardines con él; era una llamada de Paco cuando nos invadía la depresión. Era una llamada de auxilio que casi termina en un espeluznante juego de asesinato. Un día, Juan Soriano casi estrangula a Elena, pues los que tomábamos parte en el juego éramos flacos y nerviosísimos. Juan de la Cabada venía de espectador silencioso y burlón…

HP: ¿Cuáles son tus personajes predilectos?

TP: Chopin, Proust, Greta Garbo. Sus mismas caras son misteriosas; los tres pertenecen al orden lunar.

HP: ¿Y de México?

TP: Juan Soriano, Pita Amor, Elena Garro. Había muchos, pero con el paso del tiempo dejaron de gustarme…

Todas estas anécdotas me afectaron mucho de adolescente, pues me dolía que mi madre, a pesar de que yo no estaba con ella, siguiera con su vida exterior, animada y mundana. No podía comprender que su sufrimiento era interno.

Juan Soriano pintó un muy buen retrato de mi madre en esa época. Lo mismo que Ramón Gaya. Villaseñor, el pintor español, también le hizo un bello lienzo. Ante esto, mi padre se quejaba con los amigos.

—¿Por qué no me pintan a mí?

—Porque eres mofletudo, y no tienes ángulos —le contestaba la mayoría de los pintores.

Sin embargo, tanto le suplicó a Villaseñor, que éste lo incluyó en un retrato que le había hecho a mi madre.

Años después, cuando regresamos a México, una de las tantas veces que se separaron, mi padre, arbitrariamente, se llevó el cuadro de Villaseñor a casa de su madre y ahí se quedó.

Supongo que se habrá quemado cuando el incendio devastó su departamento, un poco antes de su muerte.

De modo paradójico, me acuerdo muy bien de las veces en que iba unos días a la casa de Saltillo a visitar a mis padres. Quizá sea cierto lo que un psiquiatra francés me explicó: “Usted tiene un gran dispositivo de defensa: tiende a olvidar las cosas realmente malas de su vida y, en cambio, se acuerda perfectamente bien de lo bueno que le ha sucedido; eso es muy positivo”.

Así, por ejemplo, un día, cuando estaba en la casa de Saltillo desayunando con Pablo y Paco, los hijos de mi tía Deva, pregunté:

—Tía Deva, ¿de dónde viene la leche?

—De la vaca, Chatita.

—¿Y el café?

—Del toro, Chatita, del toro —me contestó Paco con su vozarrón, muy seguro.

A los cuatro años, Paco era muy chistoso, con su cara chata de niño y su voz de hombre. Lo vestían a la española, con pantalones cortísimos, camisa de manga corta y botines, todo en color blanco; aprendió solo a leer la hora en el reloj.

Cuando niña, él era mi intérprete, pues yo hablaba muy confuso y nadie me entendía. Una vez,

yendo por la calle con la nana, vimos unos títeres y al llegar a casa, entusiasmada empecé a atosigar a la familia con la historia de los títeres. Nadie me entendió hasta que Paco me tradujo. Mi tía Deva lo apodó el Cafre, pues era tremendo y rompía todo con su balón de futbol.

Un día, Siqueiros vino de visita, y con esa simpatía avasalladora que tenía le preguntó a Paco:

—¿Cómo te llamas, niño?

—Tengo nombre, pero me dicen Cafre.

A Siqueiros le dio un ataque de risa.

—¡Cafre!, ¡ja! ¡ja! ¡Qué golpe, niño!

Pero mi tía Deva se molestó.

—David, no le hagas tanta fiesta; es terrible, no lo conoces.

Mi tía Deva me consentía y siempre me quiso mucho (hasta que sus hijas crecieron) y, en cambio, mi madre prefería a Paco y lo mimaba mucho.

Mi madre me contó que dibujaba como un genio precoz, por eso le daban celos a Guerrero Galván; además, Paco se lo decía en su cara. En una ocasión en que estaba en el cuarto de mi madre, ésta, para tenerlo tranquilo, le dio un juego de lápices de colores y unas hojas de dibujo.

—Estoy triste tía —le contó a mi madre—, ya sabes que mi padre me tiene envidia. No quiero dibujar. Voy a mirar a las muchachas.

Asomado al balcón, se pasó así toda la tarde; mi madre, que había salido, de repente se acordó de él y entró corriendo a su cuarto.

—Paquito, ¿cómo pasaste la tarde?

—Muy bien. Viendo a las muchachas, pero ninguna era tan bonita como tú —la respuesta le provocó un acceso de risa a mi madre.

Un día, en víspera de Navidad, nos llevaron al Palacio de Hierro, muy elegantes. Nos empezamos a pelear por un juguete, nos rodábamos al suelo y tiramos todo, pues aunque Paco, a veces, era mi protector y mi gran admirador, yo era una fiera y no dejaba que él me pegara. Entonces empezaban pleitos espeluznantes donde, generalmente, le ganaba y él subía las escaleras corriendo y gritando.

—¡Auxilio! ¡Ahí viene la Chata!

Y yo, toda colorada, lo perseguía como perro bulldog. Aunque también él era un salvaje; un día me mordió un ojo y por poco lo pierdo. Tuvo que venir el doctor Buckardt. En otra ocasión, faltó poco para que, de un mordisco, me arrancara un dedo. Por eso mi abuelo José Antonio no lo podía ver. Decía que era brutal y yo una niña muy fina.

Aquel día, en el Palacio de Hierro, avergonzamos tanto a mi madre y a mi tía Deva que se fueron corriendo y nos abandonaron. Los encargados del departamento de juguetes empezaron a vocearlas.

En esos momentos, una muchacha muy guapa, Victoria Alonso, quien había trabajado con ellas en el teatro de la Universidad con Julio Bracho, Rodolfo Echeverría y otros, las vio y fue a encontrarlas.

—¡Deva, Elena! Paquito y la Chatita se están golpeando terriblemente.

—¡Ay, pues nosotras ya nos vamos a casa!

—Pero no los dejen aquí solos.

—Es que esos salvajes nos dan vergüenza —exclamaron a coro.

—Espérenme aquí. Yo los traigo.

Recibimos muy bien a Victoria; nuestra soledad nos había asustado y nos dejamos llevar mansamente.

—¡Ay, salvajes!, ¿no les da vergüenza?; pues a nosotras sí. Tú, Victoria, por favor llévalos a la casa. Ahí estaremos.

Victoria, asombrada, nos metió en un taxi y llegamos arrepentidos y avergonzados.

—Mamá, mamá, perdón —decíamos cada uno.

Mi tía Deva y mi madre no quisieron saber nada de nosotros por unos días. Yo regresé con mi abuela Pepa.

En otra ocasión, a mi tía Deva se le ocurrió que fuéramos a ofrecer flores a la Virgen en una iglesia muy elegante. Iba a ser una gran ceremonia. Paco y yo iríamos en la procesión, gracias al encanto de mi tía, quien había convencido al sacerdote.

Me cortó y me cosió una túnica preciosa de gasa blanca, pues mi abuela les había enseñado a las dos corte y confección. Me adornó los cabellos con una pequeña corona de flores naturales. Yo estaba muy orgullosa con mi traje y mi corona. En cuanto a Paco, le habían comprado un conjunto blanco de pantalón, camisa y saco. Por desgracia estuvo listo mucho antes que yo; bajó al jardín y en cinco minutos se había enlodado todo, pues ahí había una pileta donde hacíamos grandes cantidades de lodo.

Cuando mi tía bajó, muy orgullosa de mi apariencia, llevándome de la mano, gritó horrorizada.

—¡Ay, Cafre, tú no puedes ir así a la iglesia! Y no tienes otro conjunto seco. Helen [así llamaba a mi madre por su apariencia anglosajona], la lavandera le lavó toda su ropa a este infame. Bueno, pues no importa. Yo me llevo a mi linda Chatita que se ha portado tan bien, y tú te quedas en la casa.

De forma inesperada me puse a berrear.

—¡Yo no voy sin Paco…!

—Pues ni modo; Paco, sube con la nana a ducharte. Te pondré un vestido de la Chata —dijo mi madre.

Más tarde, él bajó con un traje mío, rojo con lunares blancos; estaba feliz. Parecía una niña monstruosa o, de plano, un niño extrañamente vestido de mujer. Se veía rarísimo con el corpachón de hombrecito que tenía, casi al rape y con tan sólo un mechón negro de pelo.

—Helen, yo me voy adelante y no los conozco. ¡Cómo va a ofrecer flores este mamotreto! ¡Ay, qué suerte tienes con la Chata!

Paco, imperturbable, y mi madre llegaron a la iglesia donde un cura gritaba como energúmeno, y algunos niños se reían de mí, pues al llegar al altar con mi ramo de rosas, en lugar de dárselo al sacerdote, me puse en cuclillas y oriné el piso, pero a lo grande.

—¡Ay, esta asquerosa! —mi tía me sacudía frenética, y yo impasible. De repente vio a Paco y le dio un ataque de risa. Un pequeño grupo de niños y de madres nos observaban.

—Oye tú, ¿será niño o niña?

—Niño, pero ¿por qué lo vistieron de mujer?

En aquella época aún no se conocían a los travestís, ni tanta locura. Una vez más habíamos

avergonzado a nuestras madres, quienes decidieron alejarse de prisa de la iglesia, no sin quejarse amargamente de nosotros.

Para esa Navidad mi abuela Pepa se iba con Pepe a Veracruz a pasar una nueva luna de miel. Entonces tuve permiso de pasar esos días con mis padres. La casa estaba muy navideña, pues mi tía Deva era habilísima con las manos, como todos los hermanos Garro. Debo decir que había tenido un gran talento de pintora. Era mucho mejor que Guerrero Galván, por lo que éste se encelaba y pintaba cuadros por encima de los de mi tía. Sólo de grande me di cuenta de que le tenía pavor a su marido, pues éste era alcohólico y en las noches la golpeaba, o la trataba de matar. Por eso mi tía dejó la pintura en lugar de dejar a su verdugo. Todos los Garro eran de una debilidad increíble.

"Qué falta de carácter tienen mis pobres hijos", se lamentaba mi abuelita Esperanza, hija de españoles, nacida en Chihuahua. Ella, en cambio, era muy enérgica. Quería que mi tía Deva dejara a Guerrero Galván, pero cada vez que mi tía lo intentaba éste trataba de suicidarse.

En fin, para esa Navidad mi tía había esculpido y pintado de rosa, de azul celeste, de dorado, unos ángeles de barro con alas plateadas, los cuales, puestos estratégicamente en el salón, lo transformaban. También había esculpido un enorme nacimiento. El árbol de Navidad, hasta el techo, lo había decorado mi madre con esferas de color rojo y guirnaldas doradas.

Paco, Pablito y yo estábamos arriba esperando la llegada de Santa Claus. Abajo estaban mis abuelos maternos, todos los papás, menos el mío —se había ido a una fiesta con Juan Soriano y sus demás amigos—, mi tía Estrella, que estaba guapísima.

Por fin, bajamos los niños. Miré a toda la familia y noté la ausencia de mi tío Albano.

—Abuelito, ¿dónde está mi tío?

Toda la familia se miró afligida ante mi pregunta y mi cara, que traslucía desconfianza, pues en esa casa era muy importante crearles un mundo mágico a los niños.

Santa Claus (alias Albano, como yo, niña precoz, lo había adivinado) tan simpático y bromista, hizo una entrada espectacular con su larga barba blanca y su enorme costal de regalos. Se acercó a Paco a regañarlo, éste, deslumbrado por la visita de Santa y ahogado por la emoción, se asustó y reconoció sus pecados.

—A ver, ¿por qué mordiste el ojo de tu prima, Paquito? Por poco se lo arrancas y la dejas tuerta.

Esto no era exageración, hubo que llamar al doctor Buckardt, nuestro médico, que se indignó con Paco, así como toda la familia, en especial mi abuelito José Antonio, que no lo quería por esas cosas. Sin embargo, a mi madre no le importó.

—No me des nada, Santa Claus; nada, soy muy malo.

—¿Y por qué le mordiste el dedo pulgar y se lo dejaste casi como carne molida?

A pesar de todo, Paco recibió su caudal de regalos. Pero cuando Santa se acercó a mí, se agachó para oír lo que pedía; me paré de puntitas y le arranqué un pedazo de barba y grité triunfalmente:

—¡Algodón!

Santa se turbó mucho. Yo, feliz de ser tan buena detective, me quedé callada. De niña era

mucho más incrédula que ahora. ¿Sería por el mal ambiente de la casa de Pepa, su mente a ras de tierra y tan desconfiada, y el ateísmo desafiante de mi padre al que tanto quise de niña?

Mi abuela Pepa iba todos los días a misa por complacer a la sociedad —muy reducida en Mixcoac, pero eran ojos—; sin embargo, al volver de misa su devoción no era tanta.

—¿Dios?, Dios no existe —y se fumaba un cigarro. Fumaba muchísimo.

Por cierto que mi mamá agarró el vicio del cigarro, de recién casada, cuando mis padres se fueron a vivir con ella.

—Entonces, ¿por qué vas a la iglesia, abuelita?

—Por quedar bien con esas viejas mochas, hipócritas, hijita. Vivimos en sociedad, no en una isla desierta, no lo olvides. Tú haz como yo, y luego podrás hacer lo que quieras, a escondidas, claro, pero ya nadie te criticará. Cría fama y échate a la cama.

Yo me callaba pero esa hipocresía me asombraba y creo que, al final, como iba contra mi temperamento, me hizo mucho daño, pues vivía en dos mundos totalmente distintos: el de ella y el de los Garro. En cuanto a mi padre, aunque viviera con los Garro, en su ser más profundo pertenecía al de ella.

En mi interior, aunque no decía nada, de niña no respetaba a los adultos. ¿Por qué se tomaban tanto trabajo para mentirnos a los niños? Pero todo me lo callaba; imitaba a Pepa, que continuamente repetía "en boca cerrada no entran moscas". Esto me transformó, por lo menos en mi casa, en una criatura introvertida y "sombría", según mi madre, hasta el punto de que, a los dieciséis años, me llamaba la "muda". Después, preocupada por mí, me suplicó confiar en ella, pues "vomitar todo lo que tienes dentro te hará mucho bien". Y entonces, por seguir sus consejos, me fue realmente mal en la vida.

—Toda la gente es buena hasta que te demuestre lo contrario.

(Sí, pero entonces ya le hicieron a uno el daño que querían.)

—No, mamá, la gente es interesada —decía yo con frialdad, pues me había acostumbrado a observar y analizar a la gente.

Nunca olvidaré unas vacaciones a nuestro regreso a México durante las cuales en el jardín de mi abuela Pepa (ya por entonces viuda; después de la muerte de Pepe no se volvió a casar nunca) que estaba precioso con hortensias azules y muchas rosas, echada panza abajo, en un banco de hierro pintado de verde, que había perdurado de los innumerables jardines de los Paz, me dediqué a leer toda la *Comedia Humana* de Balzac, pues también mi abuela Pepa se había quedado con algunos libros de la inmensa biblioteca de la casa de mi bisabuelo, don Ireneo Paz. Yo tenía apenas dieciséis años, pero Balzac me abrió un mundo en el que creí profundamente, pues era el mundo de la burguesía, mundo en el que seguimos viviendo. Tolstoi me había fascinado, pero pintaba un mundo que había fenecido: la sociedad de la nobleza, de la aristocracia. Dostoievski me parecía un genio y me reconocía en sus personajes ateos. En realidad no lo profundicé; no obstante, creo que es el escritor más cristiano del mundo moderno. Al terminar le conté a mi madre que Balzac me había encantado.

—Yo traté de leerlo a los dieciocho años, por la universidad, pero me repugnó. Me pareció

que estaba loco y no le entendí nada.

Sus afirmaciones me asombraron, pero es que ella pertenecía más al mundo de Dostoievski.

Mi papá, al referirse a este último, lo señalaba como "el príncipe idiota", con cariño, pero también con burla y con esa ambigüedad suya que impregnaba todo lo que decía y hacía. Pero ese santo, ese ser tan bueno, de idiota no tiene nada.

Mi madre insistía.

—No puedes vivir así, en la desconfianza.

A mí, hasta mi conversión al catolicismo, sólo las grandes emociones estéticas del arte o de la naturaleza me sacaban de lo racional y me hacían entrever una esquina de ese mundo sobrenatural de belleza infinita creado por Dios… un lugar que era el universo cotidiano de mi madre. Universo del cual me hablaba mucho mi abuelo José Antonio, el padre de mi mamá. A él le creía todo, pues nunca me había mentido. Mi padre era ateo y, en ese entonces, yo era demasiado chica para enfrascarme con él en esas largas discusiones intelectuales que formaban la parte más atractiva de su carácter, y que era lo único que lo sacaba de su perenne angustia. Mi madre sí le discutía y quizá lo que los unía realmente eran esas largas polémicas en las que disentían en todo.

Mi madre abandonó su trabajo en la Coordinator's Office con Nelson Rockefeller porque mi padre no quería irse solo a Estados Unidos. Cuando logramos irnos a Berkeley con la beca Guggenheim de mi padre, el viaje fue de lo más pintoresco. Había que pasar por San Francisco y estábamos en plena guerra.

Decidieron llevarse a mi tía Estrella, como compañía y porque era muy buena ama de casa, lo contrario a mi mamá, que era una nulidad en la cocina. Además, para mi madre era casi imposible separarse de su familia y Estrella era un pedacito de ese todo que eran los Garro.

No había lugares en los trenes, autobuses, en fin, en ningún medio de transporte. Entonces mi padre, de milagro, consiguió dos boletos de autobús para San Francisco y decidió llevarse a Estrella con él. Y para nosotras encontró una avioneta que transportaba pollos, cruzando por la Sierra Madre y hasta Chihuahua. "Elena, ahí te las arreglas para cruzar la frontera y nos vemos en tal plaza, tal día, en San Francisco".

Como la avioneta no podía llevar demasiado peso, mi padre, muy práctico, ordenó el maletín de mi mamá poco antes de partir hacia San Francisco. El problema era que cada vez que mi padre decidía ponerse *práctico,* era el acabose.

Mi madre y yo llegamos a un campito aéreo desierto, a las seis de la mañana. Ahí estaban los cuatro pasajeros y el piloto. Nos pesamos y, por fortuna, no rebasamos ni un gramo el peso permitido en la avioneta, que parecía de juguete.

Mi madre abrió su maletín de viaje y se dio cuenta de que mi padre, por distracción, había tomado el de ella y le había dado el de él con su pijama, rastrillo y demás. Estaba furiosa.

El viaje en avioneta resultó sumamente peligroso. Si yo me levantaba, el aparato se inclinaba varios metros. Aparte que no alcanzaba a sobrevolar la Sierra Madre y andábamos en un laberinto de montañas. El piloto era un loco pero muy hábil. No paraba de contarnos acerca de todos sus compañeros que se habían estrellado por ese camino. Los pasajeros estaban lívidos. Yo, con la

inocencia de mi niñez, no tenía miedo y desafiaba a mi madre.

—A ver, ya estamos en el cielo, ¿dónde está Dios?

Mi madre estaba lívida y no paraba de rezar. En Chihuahua dormimos en un hotel muy confortable y, al día siguiente, la misma avioneta nos llevó a Ciudad Juárez. De ahí cruzamos la frontera y tomamos varios trenes y autobuses para llegar a San Francisco. Todo estaba lleno de soldados que se iban al Pacífico para luchar contra los japoneses y no tenían nada de atentos; empujaban a las mujeres para tomar los mejores lugares. Mas debo aclarar que durante la guerra los militares tenían prioridad. Por eso, al acabarse la guerra, los choferes de autobuses gritaban "The war is over. Ladies first!" (La guerra terminó, las damas primero).

Cuando, años más tarde, comentábamos esa parte de nuestras vidas, mi madre expresaba sus añoranzas.

—Esos soldados, esos oficiales ¡qué dioses! Todos de un metro noventa, rubios, fortachones…

Por fin llegamos a San Francisco a la plaza que había indicado mi padre. Estrella y él estaban furiosos. El único lugar que habían encontrado para dormir era un hotel de paso. Las camas llenas de chinches, condones en el suelo; bueno, un asco. No había una sola habitación en todo San Francisco. Además, ni mi tía Estrella ni mi padre hablaban inglés. Mi madre, que sí lo hablaba, con su buen humor habitual, los reconfortó. Pasamos por varias avenidas, hoteles de lujo pero no encontramos ni un cuarto; mi mamá había decidido que necesitábamos un lugar cómodo y un buen desayuno para levantarnos la moral. De repente, nos abordó un viejito muy limpio, de barba blanca y uniforme estrafalario. Se puso a platicar con mi mamá. A ella le encantaba la gente rara.

—¿De qué país son? —preguntó.

—De México.

Entonces se le metió en la cabeza que mi papá era el embajador de México, y a cada cruce de avenida se detenía, tocaba su trompeta y a gritos anunciaba:

—¡Hagan lugar que yo trabajo para el honorable embajador de México, aquí presente, que nos hace el honor de visitarnos de incógnito!

Mi padre estaba furioso. Le había prohibido a mi madre hablar con él. Mi tía Estrella nos seguía de lejos, fingiendo no formar parte del grupo. Pero ¡oh, milagro!, la gente le hacía caso al viejito y abrían paso ante "el embajador de México". Ese loquito fue adivino porque, en efecto, mi padre llegó a ser embajador de México, y en esa época ni siquiera lo soñaba.

Por fin entramos, detrás del viejito, a un hotel elegantísimo. La cafetería estaba repleta de oficiales americanos. No había ni un solo lugar libre. Volvió a tocar su trompeta y, con voz de mando, exigió una mesa para el embajador de México. Varios oficiales se levantaron y nos dejaron una mesa libre.

Mi padre y Estrella ya estaban menos furiosos, pues no habían probado bocado desde la víspera. Ordenaron un rico desayuno y el viejito desayunó con nosotros. Le preguntó a mi madre si teníamos dónde dormir.

—No, ni esperanzas —le contestó ella. El Almirante (así se hacía llamar) le dijo con mucha ternura:

—No hay problema, espérenme aquí.

Las puertas de vidrio de la cafetería daban al lobby. El Almirante se paró en medio e

imperativo gritó con voz de mando.

—Necesito una suite para el distinguido embajador de México que nos hace el honor de visitarnos de incógnito.

Enseguida obtuvo la suite (desalojaron a varios oficiales) y pasamos un día, para mí, encantador. El Almirante nos enseñó todo San Francisco; en la noche, nos acompañó al hotel y no aceptó ni un centavo de mi madre. Pasamos la noche en una suite de lujo. Al cabo de una semana mi padre se empezó a angustiar.

—¡Este lugar es carísimo! Ya no tengo con qué pagarlo.

Mi madre le explicó la situación al Almirante, quien nos llevó a su barrio de clase media con una amiga suya, miss Cora Hill, quien tenía una casa antigua. Era descendiente de Lincoln, sobrina nieta o algo así. Nos alquiló dos cuartos muy bien amueblados con antigüedades. Ella tendría como cien años, me pareció a mí, y conocía bien al Almirante del cual opinaba que era muy buena persona y totalmente inofensivo.

Me acuerdo de una noche cuando brillaba la lámpara anaranjada junto a mi cama y se reflejaba esa luz sobre las cortinas amarillas de seda. Todo era de madera muy pulida. Me pareció una casa de cuento de hadas. Mi padre ya se tenía que presentar en la Universidad de Berkeley y abandonamos San Francisco en una limusina alquilada que nos consiguió el Almirante. Éste estaba muy triste por nuestra partida. Sus ojillos azules, siempre tan vivaces, estaban nublados por las lágrimas que trataba de disimular. Mi madre también lloró, pues lo llegó a estimar mucho. Indudablemente, había sido nuestro salvador. Hasta mi padre y Estrella estaban conmovidos al decirle adiós.

Qué distinto era Estados Unidos. Sólo había americanos muy limpios. Todo olía a vainilla. La gente era honradísima y muy ingenua. El horrible cambio llegó al final de los sesenta, con los hippies. Yo estaba en Nueva York con mi madre el día del festival de Woodstock de 1969 y vi el regreso de sus participantes: sucios, andrajosos, drogados. A mi madre y a mí nos gritaban "squares"; la droga ha acabado con negros y blancos. Pero cuando llegamos por primera vez a Estados Unidos, los negritos andaban limpísimos; ellas con guantes y sombrero, y muy amables.

En Berkeley nos instalamos en una acogedora casita de madera muy cerca del campus universitario. Nos la alquiló la señora Olsen, una americana de origen noruego cuyo marido estaba luchando en el Pacífico. El único católico de Berkeley era el cartero, un irlandés colérico al que los protestantes anglosajones discriminaban por "papista". Se enojó con mi madre porque platicaba con todos. Él quería que se peleara con todo el pueblo para defenderlo. Después de la guerra cristera, muy comentada en Estados Unidos y en el mundo, nadie ignoraba que los mexicanos fuésemos católicos.

En Berkeley tengo pocos recuerdos de mis padres, pues yo iba al kindergarten y me había hecho amiga de una enorme pandilla de niños californianos. Berkeley, en aquel entonces, era un lugar de ensueño, construido sobre colinas y calles que subían y bajaban bordeadas por árboles, y a ambos lados había casitas limpísimas de madera con macizos de flores. La calle donde vivíamos era encantadora. Subía a todo lo largo de una colina. Desde la casa se veían trozos de bruma matinal que parecían colgar de los cerezos en flor.

Mi amigo inseparable de entonces era Teddy, un niño rubio. Vivía enfrente de nosotros. Su padre era profesor de la universidad; me llamaba "Eleanor" y todos los días venía por mí con su carrito de madera, donde nos sentábamos y bajábamos a toda velocidad por la calle para irnos al país de las aventuras de los niños. Nos intrigaba mucho un caserón enorme, rodeado por un parque y tela de gallinero. Nunca pudimos entrar en esa casa misteriosa que parecía abandonada.

Mi padre se había hecho amigo de un grupo de artistas comunistas, entre los cuales destacaba la famosa poetisa Murel Rukeyser, una vieja gorda y fea, mal vestida (precursora de los hippies).

Mi madre, siempre tan burlona, se mofaba de los correctos profesores y de sus mujeres. Decía que un profesor de matemáticas, muy serio y maniático, salía de noche a degollar mujeres. Y Murel se moría de risa junto con ella.

Un día me llevaron al campus para ver a Oppenheimer (uno de los creadores de la bomba atómica). En esa época yo no sabía nada de él pero mis padres me dijeron que era un genio, un ser extraordinario. Se acercó un momento al grupo de mis padres un hombrecillo feo, sin personalidad, opaco. Era el famoso Oppenheimer. Mi madre también se quedó muy decepcionada.

En otra ocasión, Teddy hizo una rabieta terrible conmigo. El tiempo estaba muy caluroso y me había quitado la ropa y trepado a un árbol para que no me vieran. Kathleen, una de las niñas del grupo, me bañaba con una manguera. Entonces, Teddy me gritó.

—¡Bájate del árbol, Eleanor, y vístete, si no vas a ver lo que te voy a hacer!

Yo seguía divirtiéndome y riendo. Él se metió a su casa y sacó un hacha para derribar el árbol. Lo estaba haciendo cuando salió mi madre espantada y fue corriendo por el padre de Teddy. Éste desarmó a su hijo y lo castigó severamente. Yo me bajé del árbol realmente asustada.

El dinero de la beca no alcanzaba y, entonces, mi madre se metió de criada. Encontró trabajo en varias casas, pues en aquella época no había ayuda doméstica. Tiempo después me contó que sus patronas le sacaban fotos de sus hijos. "Mire, mi hijo mide tantos pies con tantas pulgadas, es muy guapo. ¿Por qué no se casa con él en su próximo permiso?"

Ella ocultaba que era casada para que no juzgaran mal a mi padre. En fin, ya casi al término de nuestra estancia en Berkeley, se truncó la vida de mi pobre tía Estrella, tan jovencita y tan guapa. Le había dado tuberculosis en los ojos. Ella tenía una cabellera rubia rojiza muy abundante, hasta los hombros, y la usaba larga y lisa como las muchachas de los años sesenta, y podía detener un cigarrillo en sus tupidas pestañas.

Aunque a mi padre se le había acabado la beca no quería volver a México, pues aún lo ninguneaban como poeta. Entonces, se le ocurrió mandarme a México con mi madre, ya que nuestros pasaportes estaban por expirar. Ella llevaba una gran cantidad de ropa americana para venderla y ganar un poco de dinero. Al llegar a México me dejó con mi abuelo José Antonio y mi abuela Esperanza. Después regresó a Estados Unidos para buscar trabajo. Mi padre se quedó con mi tía Estrella para desocupar la casa, no sin antes haber recibido las instrucciones de mi mamá para mandar a Estrella a un hospital de lujo en California, el Ross Hospital. Mucho tiempo después Estrella me contó, a nuestro regreso a México, que Teddy estaba inconsolable, iba todos los días por mí, con su carrito lleno de flores para Eleanor, y gritaba llorando.

—¿Dónde está Eleanor?, ¿a dónde se la llevaron?

Su candor de niño no podía comprender la separación. Mi tía se conmovió mucho con su fidelidad y se le quedó muy grabada en el corazón.

Mis padres se fueron a Nueva York. Él había obtenido un trabajo de auxiliar de profesor en la Universidad de Middlebury, por tres meses, donde conoció a Jorge Guillén, el gran poeta español, que siempre lo quiso mucho, y a otros intelectuales refugiados españoles de renombre. Habían obtenido esos magníficos trabajos porque la administración de Roosevelt, y luego la de Truman, ayudaban a todos los comunistas.

Mi madre vivía en Nueva York en el Jai alai, un hotelito en el Greenwich Village cuyo dueño era un español. El hotel era un centro de reunión para los refugiados españoles. Ella vivía en un cuarto cerca de la azotea, en pleno verano, sin aire acondicionado. Ahí conoció a una chica encantadora, Anita Carner, quien también estaba sin un centavo, y decidieron compartir el cuartito y los gastos. Anita Carner era la única hija de Josep Carner, un poeta catalán muy famoso de esa época, y de una aristócrata chilena que la educó para ser una señorita de la alta sociedad. Por desgracia para ella, su madre murió cuando Anita aún era muy jovencita. El padre, Josep Carner, se quedó con todo el dinero de la madre y se volvió a casar con una mujer belga llamada Emilie, que era una verdadera bruja y odiaba a Anita.

Su padre la abandonó a sus propios recursos, por: lo cual trabajaba de traductora freelance y compartía el dinero con mi madre, quien a su vez, cuando pescaba un trabajito, también compartía sus ingresos con Anita.

En aquel hotel mi madre se volvió a encontrar con Finki —su verdadero nombre era Ramón—, a quien había conocido en España durante la Guerra Civil, y era hijo de don Luis Araquistain, el presidente del Partido Socialista Obrero Español, quien también había sido embajador de la República española en Alemania en la época de Hitler. A don Luis lo quitó del poder don Julio Álvarez del Vayo, ministro comunista de la República, junto con Juan López Negrín. Don Julio estaba casado con Luisi, una suiza alemana, hermana de Trudi, quien murió joven y, además, era esposa de don Luis.

El pleito político dividió a la familia. Don Luis vivía en Londres con su hija Sonia, y don Julio poseía un departamento muy acogedor en Greenwich Village, donde vivía con Luisi y su hijo Diego, un muchacho bien parecido de unos dieciocho años. En España, don Julio había dado un golpe de Estado comunista, junto con Negrín, gracias al cual quitaron del poder al presidente Manuel Azaña, al que tenían preso.

En Nueva York, en esa época, don Julio era muy importante. La Guerra Civil española era relativamente reciente y él era una figura muy destacada del Partido Comunista.

No obstante las diferencias políticas entre don Luis y don Julio, Luisi, la esposa de este último, quería a Finki como a un hijo. Para mi madre esa familia remplazó a los Garro, pues todos la estimaban mucho.

Cuando vivía en el Jai alai con Anita Carner, mi madre recibió un inesperado telegrama de mi padre, indicándole que se fuera a Middlebury con él. Sin embargo, para su sorpresa, ahí se encontró con que él tenía una amante chilena, Carmen Figueroa, una mujer muy pedante que odiaba a mi madre. (Yo la conocí después en París.) Carmen era de pelo negro, grandes ojos azules, y

aunque se creía muy guapa, estaba muy mal formada, tenía piernas gruesas y era patizamba.

Guillén y todos los intelectuales españoles la trataron muy mal, incluso le preguntaron que si su escritor favorito era un pornógrafo español muy famoso cuyo nombre he olvidado. Mi padre se paseaba con Carmen Figueroa, ambos tomados de la mano, y apenas le dirigía la palabra a mi mamá. "¿Para qué me hizo venir?", se preguntaba mi madre. En esos días se hizo amiga de unas estudiantes americanas que se vestían a la moda de entonces, muy diáfanas, con faldas plisadas de cuadros escoceses, blusas blancas, suéteres en colores pastel, calcetas y zapatos de dos colores. Mi madre era muy delgada y con su melenita rubia parecía una de ellas. Estas muchachas estaban empeñadas en ir a visitar a Robert Frost, el famoso poeta que vivía en las afueras del pueblo. Llegaron, lo vieron de lejos, sentado en su terraza con unos amigos; aquél, al ver qué se acercaban las rubias colegialas, se puso histérico.

—¡Otras imbéciles que me vienen a molestar!

Les lanzó piedras y les soltó a sus perros. Las chicas huyeron muy decepcionadas del recibimiento; no obstante, mi madre se moría de la risa ante la cólera de aquel energúmeno.

La llegada de mi madre a Middlebury había sido un completo desastre. Mi padre se portó realmente grosero y ella decidió regresar, de inmediato, a Nueva York, al Jai alai, con Anita y sus amigos españoles.

Yo estaba en México viviendo con mi abuelo José Antonio y mi abuela Esperanza. Los quería mucho pero me hacían mucha falta mis padres. Mi abuelo, que me tenía un gran cariño, me enseñó a leer y nos divertíamos todas las mañanas con el mismo juego: iba a despedirlo hasta la escalera, pues el edificio, aunque céntrico, no tenía elevador. Cuando se iba al trabajo le pedía muchos regalos: muñecas, barcos, trajes y, al final, una gelatina cuyo sabor cambiaba todos los días. Ambos sabíamos que lo único real era la gelatina, pues mi abuelo, aunque había hecho varias fortunas en México, las había perdido todas por caritativo y bondadoso.

Su último gran negocio cayó en la ruina por darle gusto a sus hijas. Tenía una fábrica de telas, La Sedalia, con un socio también español como él, Llorente. Esto fue durante la Guerra Civil y cuando mucha gente de la colonia española era franquista; mi abuelo, muy conservador, era monárquico, aun así, mi mamá y mi tía Deva lo convencieron de que pusiera una bandera republicana en lo alto de la fábrica. Su socio se enfureció con él, rompieron sus relaciones y terminaron el negocio. Además, se echó encima a toda la colonia española que tanto lo quería y respetaba por ser un señorito. Y por esta debilidad con sus hijas mi abuelo se volvió a arruinar. Ahora me parecen increíbles las pasiones que despertó la Guerra Civil española.

En la tarde, durante la ausencia de mi abuelo, me entraba la desesperación y daba vueltas al saloncito como fiera enjaulada.

—¡Quiero ver a mis papás! —sollozaba.

La llegada de mi abuelo con la gelatina me calmaba. Él era muy culto, había estudiado todas las religiones: budismo, hinduismo y otras, cosa poco común en aquellos tiempos, y tenía la primera edición en francés del *I Ching.* Recuerdo que me daba clases de historia y geografía, me contaba cosas de los Evangelios y me consolaba mucho.

Mi abuelita Esperanza me relataba muchos cuentos, tal vez por eso mi abuelo me compró

algunos relatos de Andersen. Algunos me dieron miedo, como el *Compañero de viaje;* en cambio *Las zapatillas rojas* me gustaron mucho porque se trataba de temas de baile, pero el final me asustó también. Este cuento me recordó cuando mi madre y mi tía Deva nos llevaron a ver, a Paco y a mí, el Ballet Ruso de Montecarlo. Me había parecido un espectáculo feérico y los dos nos negábamos a abandonar la sala. Cuando la cortina cayó al final, Paco gritaba:

—¡Levántate cortinota!, ¡levántate cortinota!

Había descubierto un mundo mágico y maravilloso que nunca olvidaría. Y cómo lloré con el cuento de la niña que vendía cerillos.

Mientras tanto, en Nueva York, mi madre había conseguido un magnífico trabajo en el American Jewish Commitee, cuyo presidente era Einstein. En eso, mi madre siempre siguió, sin haberlo leído en aquella época, la divisa de León Bloy: "Ponte del lado del derrotado del momento y nunca te equivocarás". Ella editaba *Hemisferio,* una revista en español para los judíos de Iberoamérica. Tenía una oficina y una secretaria, Pola, una judía sefardí que hablaba muy bien el español.

Juan de la Cabada, por primera y última vez en su vida, había conseguido un puesto en el gobierno mexicano: era canciller en el consulado de México en Nueva York. Se portaba muy bien; nunca faltaba y llegaba a la hora. Era muy amigo de Henry Miller, quien en ese tiempo estaba en Nueva York y lo llevaba de visita al modesto departamentito de dos cuartos que mi madre había alquilado en el West Side. Podría haber vivido mucho mejor, pero mantenía a su hermana Estrella en aquel hospital de lujo, en California. Sin contar los camisones de seda y perfumes que le mandaba a mi pobre tía, quien allá sola tenía que llevar siempre una venda en los ojos. También ayudaba a mi padre, quien ya sin beca, andaba en el aire.

Otra vez se planteó el mismo problema a mi madre. ¿Qué le deparaba el futuro? No lo sabía y, además, quería tenerme a su lado. Le contó su problema a Finki y éste la llevó con su tía Luisi. Ella quería mucho a mi madre y la aconsejó maternalmente.

—Vamos, chica, no es posible que ese Octavio no firme el pasaporte de su hija. Quién sabe qué pueda pasar. Y de todas maneras, una madre debe de vivir con su hija. Octavio es muy de izquierdas ¿verdad?

—Sí, Luisi.

—Voy a hablar con don Julio [así le decía a su marido] para que ponga a Octavio en su lugar. Don Julio le va a exigir que firme el pasaporte, o le irá muy mal en el partido.

Y así hicieron Luisi y don Julio. Convocaron a mi padre, y don Julio, amable pero severo, amonestó a mi padre de tal manera que éste, viendo su carrera en peligro (pues aparte de su admiración fanática por esas ideas, contaba con el PC para hacerse famoso), se portó muy obediente con don Julio y enseguida llamó a mi madre para decirle que al día siguiente tenía que verla para ir al consulado de México, a firmar mi pasaporte.

Ignoro dónde vivía él en esa época o con quién. Fue Luisi quien me contó esto en Gstaad cuando yo ya era grande. Entonces decía que mi padre tenía un lado bueno pero otro muy malvado. Con el tiempo cambiaron mucho sus opiniones sobre él.

A los pocos días, en México, me anunciaron que mi abuela Esperanza me llevaba a Nueva

York en avión. Allí, en el aeropuerto, nos estaba esperando mi padre. Como yo lo adoraba de niña, al verlo le salté al cuello y lloré de felicidad. Nos llevó al departamentito que mi madre había alquilado en el West Side, donde vivimos desde entonces mi madre, mi abuela y yo. Me fui acostumbrando al tremendo invierno neoyorquino. Conocí a Finki, a Luisi, a Diego, a don Julio. Me encantaba ir al departamento de Luisi, en Sullivan Street, tan hogareño. Era muy grande, en planta baja y tenía un jardín interior. En invierno siempre había un fuego de chimenea con leños ardientes. Luisi, con sus trenzas rubias arremolinadas en chongo, sus ojos azules y su cuerpo de matrona alemana, tenía una imagen muy maternal. Noté su afecto por mi madre.

A mi casa venía mucho el eterno Juan de la Cabada. Éste, en cierta ocasión, tenía que dar una conferencia en alguna universidad y quiso que lo acompañara. Al final de la misma, anunció:

—Esta niña es la hija de un gran poeta mexicano y les va a recitar unos versos de su padre, Octavio Paz.

Yo, muy ingenua aún, sólo me sabía "La vaca es un animal con cuatro patas tan largas, con cuatro patas tan largas que le llegan hasta el suelo" y varios *poemas* por el estilo, y de verdad creía que eran de mi padre. Tuve un éxito loco; los estudiantes se reían y me aplaudieron mucho. A veces, acompañaba a Juan un señor serio, bajo de estatura y calvo, que fumaba en pipa y nos observaba. Ése era Henry Miller.

Un gran amigo de mi madre también nos frecuentaba mucho: Gonzalo More, el peruano amigo y defensor de César Vallejo. Era alto, fuerte, moreno, muy buena persona. A veces, nos decía con un aburrimiento terrible:

—Acompáñenme a la prensa de Anaïs. Me está esperando, y es tan dominante…

Llegamos a un cuarto oscuro donde una mujer pequeña, de unos cincuenta años, regordeta —a mí no me parecía nada atractiva ni simpática— se atareaba alrededor de una extraña máquina. Era Anaïs Nin. Más tarde cuando leí el *Diario* de Anaïs Nin me quedé asombrada de lo diferente que era en persona.

Al leer ese diario reconocí inmediatamente a Gonzalo More. A pesar de que en la primera edición le pone rango. Esto se lo dije a Clara Janes en Madrid y sacó una edición nueva de la obra. Clara, muy recelosa, me dijo:

—Aquí sólo sale como Gonzalo More.

Y pensé con tristeza: "Claro, como ya se murió". Gonzalo también quería mucho a mi madre, pero como amigo, pues su gran amor era una peruana morena, finita, muy linda; era bailarina pero le había ocurrido una gran desgracia: se había quedado sorda y ya no podía bailar. Gonzalo, que era muy pobre, vivía en un sótano muy frío, tapizado con los anuncios de los éxitos ya olvidados de su mujer. Ella era muy tímida y salía muy poco a la calle. Y, naturalmente, casi siempre estaba en la casa Anita Carner.

Una noche, mi madre asistió a un cóctel que organizaban unos argentinos. Fue vestida con extremada sencillez, pues como todo se lo daba a mi tía Estrella y a mi padre, no le quedaba dinero para ella. En la fiesta le presentaron a un hombre joven, guapísimo. Alto, de nariz recta, pelo rubio, lacio. Enseguida la invitó a salir. Era nada menos que uno de los reyes del acero en Estados Unidos, Arthur Cohen. Luego tomó la costumbre de pasar por ella al departamentito en

una limusina imponente, que tenía como cobija una piel de marta cibelina. Anita Carner siempre la acompañaba como chaperona.

Cohen se reía pero creo que la extremada sencillez de mi madre y la costumbre de su chaperona, algo "muy español, muy español", era lo que a él le gustaba. Cada vez que volvía de salir con él, mi madre le contaba todo a mi abuela, quien no quería a mi padre y, en cambio, Cohen la había conquistado. En la cama de junto, yo escuchaba todo con interés.

—¡Mamá, me pidió que me casara con él!, pero yo le contesté que era casada.

—¡Ay, hijita!, pero te puedes divorciar. Ese hombre tiene mucho poder y Octavio no. Además, no tienes dignidad al aguantar todo lo que te hace tu marido.

—Pero me da lástima, lo veo tan desvalido, ¿qué haría sin mí? —mi madre se quedó callada y luego agregó—: Cohen dice que él arregla el divorcio en Reno y luego nos casamos.

Mi abuela siguió tratando de convencer a mi madre hasta que nos dormimos.

En una oportunidad, Cohen le dijo a mi madre que quería hacerle un regalo. Él, seguramente, esperaba que mi madre le pidiese un collar de diamantes, o algo por el estilo, como hacían las muchachas americanas de esa época. Mi madre tan sólo le pidió un par de medias, pues durante la guerra era muy difícil conseguir medias de nylon. Al día siguiente, un enviado de Cohen trajo tantas cajas llenas de medias de nylon de todos colores que no cabían en el departamento.

Otra ocasión, mi madre llegó asombrada a la casa; nos contó que uno de sus jefes del American Jewish Commitee le había dicho que publicara un anuncio en el periódico: "Se necesita tal medicina para cuatro familias judías en Costa Rica". A los tres días se llenó su oficina y los pasillos con cajas de cartón procedentes de toda Iberoamérica.

—Son geniales, ¡qué solidaridad! —exclamaba.

Con la misma idea se formó una comisión para ir a protestar a la embajada de Nicaragua por un decreto de Somoza padre —creo que ya estaba en el poder— contra el pequeño comercio extranjero, que afectaba mucho a la comunidad judía, casi toda formada por modestos emigrantes que eran justamente eso: pequeños comerciantes.

Llegó por ella al antiguo departamento una comisión muy elegante de limusinas: mister Goldberwife —lo escribo como siempre lo pronunció mi mamá—, un gran abogado muy guapo; mister Sherman, dueño de los almacenes del mismo nombre; otro abogado muy elegante que sería más tarde el defensor de los famosos espías de la bomba atómica, los Rosenberg. En fin, un nutrido grupo de judíos elegantísimos y, a la cabeza, un rabino. Yo los observaba con curiosidad, pues con esa gente tan simpática y risueña trabajaba mi mamá. Ella, por la enfermedad de mi tía Estrella, llevaba colgadas de una cadena, medallas religiosas de san Miguel, san Francisco, una cruz y un escapulario. El rabino al ver eso se exaltó.

—¡Pero qué cosa es usted!, ¡usted no es judía!, ¡quítese esos amuletos, o no nos acompaña en el tren para Washington!

Mi mamá, que a veces era iracunda, le contestó casi en el mismo tono.

—¡Y quién es usted, rabino, para darme órdenes! Yo soy católica.

Todos se sobresaltaron.

—¡Miss México! ¡Miss México!, no se enoje, por favor, vamos a arreglar este malentendido.

La llamaban "Miss México", mitad por admiración —estaba guapísima— y mitad por cariño.

No sé qué le cuchichearon al rabino y éste se calmó. Mi madre llegó tarde de Washington y nos hizo reír mucho, pues siempre estaba bromeando. Cada vez que salía nos imitaba tan bien a la gente que trataba que yo me rodaba en el raído tapete, muerta de risa.

Resultó que el embajador de Nicaragua, Sevilla Sacasa, un playboy, jugador de polo muy guapo, era conocido de mi mamá desde México, pues había sido el gran amor de María Asúnsolo. Parece increíble que me acuerde de esa bellísima mujer, muy amiga también de mi tía Deva, pues su marido, Jesús Guerrero Galván, le había pintado un retrato.

Sevilla Sacasa, asombrado, fue al encuentro de mi madre.

—Elena, ¿qué haces con estos judíos?

—Trabajo para ellos.

En fin, la comisión le planteó el problema al embajador. Éste les explicó que esa ley no era antijudía, se aplicaba a todos los pequeños comerciantes; pero les prometió hacer gestiones. Al mes, la ley fue derogada.

En eso, se descubrió la penicilina, pero era sólo para las tropas americanas y era imposible obtenerla en Estados Unidos. Mi madre deseaba conseguirla para mi tía Estrella, pues curaba la tuberculosis. Entonces, regresó unos días a México para conseguirla de contrabando y, aparte, hablar con Francisco Castillo Nájera, secretario de Relaciones Exteriores; buscaba conseguirle un trabajo digno a mi padre. Quería aprovechar la suerte de que Castillo Nájera había sido un gran amigo de mi abuelo Octavio Paz Solórzano, ya que había participado con él en las luchas políticas en la Revolución.

Sobre esto, hay una cosa que siempre le reproché a mi padre: su profunda ingratitud hacia mi madre y hacia su padre. ¿Cómo es posible que le contara a la periodista Rita Guibert, que ingresó al servicio diplomático "por casualidad"? Al servicio diplomático se entra, o bien por exámenes muy duros, o de a dedo.

Por eso los amigos de mi abuelo no querían a mi padre. Yo me acuerdo cómo fue a vernos y a suplicarle de rodillas —y no es metáfora— a mi madre para que fuera a ver a Castillo Nájera, e intercediera por él. Para esto, también se le ocurrió amenazarla con que se iba a meter de marino mercante. Uno de los argumentos de mi madre en México fue ése.

—México va a perder a un gran poeta, porque Octavio se va a meter de marino mercante en la flota americana.

Mi madre, con su encanto y su lógica de martillo, podía convencer a cualquiera. Al final, Castillo Nájera nombró a mi padre canciller en las Naciones Unidas, recién fundadas. Y unos meses después, tercer secretario de embajada en París.

Mi madre también logró conseguir la penicilina y regresó triunfante a Estados Unidos. Mi tía Estrella se curó rápidamente de la tuberculosis con ese fármaco, y con otra droga milagrosa que habían descubierto: la estreptomicina.

Cuando nos fuimos a Europa, mi tía se regresó a México y vivió un tiempo con mi tía Deva, y luego con sus padres.

Luisi y don Julio reemplazaron, un poco, a la familia ausente de mi madre, quien se sentía muy sola con mi padre, pues éste era de una dureza y una indiferencia terrible con ella. Sólo la

utilizaba de manera ventajosa.

Finki Araquistain y Diego fueron los hermanos postizos de mi madre en Europa. Ella sentía una gran nostalgia por su casa de soltera y por sus hermanos, Deva, Albano y Estrella. Esos amigos siempre fueron, en el extranjero, una familia adoptiva.

Mi eterna compañera, en Nueva York, era mi abuela. Tan pronto como se iba mi mamá a su trabajo, nos enfundábamos botas y gruesos abrigos para el invierno. Nos íbamos a una *drugstore* donde un negro muy bueno, Sammy, me regalaba un *ice cream soda* de fresa. Me lo tomaba y nos íbamos de "compras" a Macy's. Nos pasábamos todo el día en el gran almacén, robando todo lo que podíamos: cucharones, tazas, tijeras y, sobre todo, unos hermosos álbumes para recortar muñecas de cartón. Cada uno tenía una modelo diferente, y un guardarropa completo de papel. Un día, ¡oh, felicidad!, encontré un álbum con una bailarina y sus diferentes tutús. Como me había impresionado tanto el Ballet Ruso de Montecarlo, con Irina Baronova, Tamara Tumanova y demás, que mi tía Deva y mi mamá nos habían llevado a ver en México a Paco y a mí, yo estaba excitadísima.

Esas muñecas me parecían divinas y estaban hechas con esa perfección y ese lujo americano que ya se ha perdido. Papel muy fino, modelos muy bien dibujadas con trajes de calle, de noche, etcétera. Era como tener muchas Barbies. Al regresar a la casa, mi madre siempre se enfurecía con nosotras.

—¡Mamá, estás haciendo a mi hija una ladrona! ¡Y eso aquí son veinte años de cárcel!

—¡Ay, tú!, ni quien se fije —le contestaba mi abuelita, imperturbable.

Todos nuestros tesoros eran chácharas inservibles como algunas cucharas de plástico, pero a nosotras nos parecían tesoros de *Las mil y una noches*.

También con mi abuela nos íbamos a pasear al Rockefeller Center, a admirar a los patinadores. Como se acercaba la Navidad, habían colocado un pino enorme, cuyas luces cintilaban a lo lejos y estaba cubierto con esferas de colores, ángeles con alas doradas; lucía magnífico. Todas las ventanas de las casas estaban adornadas con guirnaldas de pino, algunas con una vela roja en medio.

Como ese invierno nevó mucho, la ciudad estaba feérica. Todavía no habían construido esos espantosos cubos largos de cemento o de vidrio negro. Todos los edificios eran de piedra y mármol, con escudos enormes representando, en bronce dorado, al águila americana. Nueva York se volvió esa gran ciudad que fue divina, a principios de los años veinte.

En el siglo XIX, Nueva York era una ciudad mitad holandesa, mitad inglesa, como un pueblo grande y muy bonito; el paisaje lo dominaban sólo las famosas *town houses* de dos pisos de ladrillos, muchas de las cuales habían sobrevivido. Hoy lo han demolido todo. Mi abuela y yo también visitamos el Metropolitan Opera House, aquél de mármol que tiraron en los sesenta para construir el horrible Lincoln Center.

Unos días antes de Navidad quisieron llevarme a la iglesia para que rezara y me hiciera buena. En el altar estaba el Santo Niño, un muñeco precioso. De inmediato avancé hacia él, gritando.

—¡Quiero esa muñeca! —salté hasta el altar, tomé al Santo Niño e interrumpí la misa. El cura irlandés estaba furioso conmigo. Tuve que devolver la "muñeca" y a la salida, bajo la nieve y el viento helado que soplaba desde el Hudson, me dio una fuerte gripa. Por esto le reprochaba

furiosa a mi madre.

—¿Ése es el milagrito que me hizo Dios? ¡Vaya milagrito!

Un día, Arthur Cohen dejó de venir a la casa y oí que mi abuelita le preguntaba sobre eso a mi madre.

—¿Qué pasó con ese hombre tan guapo?

—Le dije, definitivamente, que no, mamá. Después de Octavio, los hombres me dan horror.

—¡Ay, hija, no seas boba! No todos son como él.

Pero nadie aprende en cabeza ajena. Las heridas que le había infligido mi padre eran demasiado profundas y estaban al rojo vivo. Se necesitaba un cirujano experto, y que mi madre se confiara a él, para medio curarse. Pero, en esos días, yo ignoraba todos esos dramas íntimos. Me fui dando cuenta, poco a poco, al sufrir, del mismo modo, de los rigores de mi padre.

Pensándolo bien, de todos los pretendientes que tuvo mi madre el que más le convenía era Cohen. En esa época era tan poderoso que podía aplastar a mi padre como a una chinche, si éste quería impedir el divorcio, como impidió después todos los grandes romances de mi madre, hasta que ya no la necesitó.

Cohen era soltero y sus intenciones eran honestas: quería casarse con mi madre, hacerla feliz y cargar conmigo.

El que venía casi todos los días a la casa era Finki. Entonces era muy atractivo, no muy alto, rubio, siempre tostado por el sol. Antes de mi llegada a Nueva York, él, mi madre, Anita y todo un grupo grande de españoles y franceses que trabajaban ahí se habían pasado el verano en Long Island, alquilando cuartitos modestos. Mi madre me contaba en París de esas vacaciones y de cómo se divertían. Andaban por todas partes en bicicleta. Había fotos de mi madre de esos días en donde se la ve llenita, pues la buena vida con los amigos, el sol, la playa, las tartas de cereza que devoraba, y la lejanía de mi padre, la repusieron mucho.

Me contaba lo divino, lujoso y limpio que era todavía Long Island. Pienso que no me contó nada de esto estando en Nueva York para no entristecerme y hacerme creer que yo no le hacía falta, pues a esa edad todavía estaba muy lastimada por lo que me había pasado y era muy sensible.

Finki nos hacía reír mucho; nos invitaba al cine, que le encantaba. A mí me colmaba de dulces y helados. Nos llevó a ver a las famosas Rockettes que me gustaron mucho, pero no me deslumbraron tanto como el ballet, aunque por educación, no se lo dije.

Íbamos mi abuela, mi madre y yo, aunque, por lo general, también Anita. Ella me consentía mucho.

Una vez fuimos a ver una película de Carmen Miranda, donde aparecía con uno de sus famosos sombreros, en medio de una fila de piñas enormes que se balanceaban. Esa imagen me mareó, me sentí mal, me tuvieron que sacar del cine en ese estado y con náuseas. No vomité de milagro.

Finki se moría de la risa, pues era muy bromista. Anita lo tomó muy en serio.

—¡Qué curioso, qué curioso! —repetía.

Mi madre se lo contó a Gonzalo More, quien me sentó en sus piernas y me felicitó, pues a él

tampoco le gustaba la estrambótica y cursi Carmen Miranda. Él tenía muy buen gusto para el baile por su mujer.

Llegó la Navidad y mí papá no apareció; se quedó en San Francisco, en el puesto que le había conseguido mi mamá. Ella decoró el departamentito lo mejor que pudo. Mi abuelita le ayudó a poner el árbol de Navidad que volvía a la casa más hogareña. Yo lloré mucho, pues echaba de menos la presencia de mi padre, al que de niña adoraba. El departamento constaba de un cuarto que servía de comedor y daba directamente, sin puertas, a la única recámara que había.

Me acuerdo que Finki había llevado caviar, de entrada. Fue la primera vez qué lo probé. No me gustó nada. ¡Ahora me fascina!

La cena estuvo muy festiva. Mi abuelita y yo nos retiramos a la recámara a dormir, pues estábamos cansadas. Yo tenía aún algo de gripa. Me dormí y al toser mucho, me desperté y, sin querer, vi a Finki abrazando a mi madre y besándola en la boca. Ella tenía los ojos cerrados y una expresión de gran felicidad. ¡Pobre de mi madre! No supe la verdadera historia hasta años después, en España, donde le hice un "psicoanálisis".

Estábamos de refugiadas políticas y yo tenía mucha curiosidad de saber por qué, con todos sus dones, le había ido tan mal en la vida. Yo había leído a Jung, lo que me hizo un bien enorme en los sesenta, a Stekel, a Karen Horney, a Freud, que me pareció limitado, estrecho, malévolo y anticuado. Para mí, el gran genio del psicoanálisis y el que está de moda ahora en Europa y en Estados Unidos, es Jung.

Nunca le había contado, ni a ella ni a nadie, que la había visto besándose con Finki esa Navidad. Se lo dije en España y me relató su experiencia. Con los años nos habíamos vuelto grandes amigas. Entre nosotras no había un trato de madre a hija sino de confidentes, y me hizo el relato de aquellos días.

Finki había estudiado la carrera de medicina y, además, tenía mucho ojo. Le notó a mi madre algo raro. Un día le dijo, muy de frente, a la española.

—Chica, tú eres frígida. ¿Por qué una mujer tan guapa y tan atractiva se ha vuelto así? ¿Qué te ha sucedido?

Y, poco a poco, mi madre le fue contando a Finki su vida de soltera y su matrimonio. Aquél, al principio, se portó muy bien con ella.

También en España me relató que no quería casarse con mi papá y que éste fue con un grupo de amigos por ella a la Facultad, cuando iba a pasar su examen de latín, y la llevó a un juzgado mugriento en el centro, en el que se haría famoso el juez Próspero Olivares Sosa y que de repente éste dijo:

—Levántese que se está casando —y luego preguntó—: ¿se puede saber por qué no hay una persona mayor, responsable en esta boda?

—Por las razones que ya le he explicado —le cuchicheó mi padre.

Después, mi padre llevó a mi madre a su casa donde estaba mi abuela Pepa, quien no sabía nada. De repente, mi padre le espetó a Pepa.

—Mamá, me casé con ella —para esto le había aumentado los años a mi madre, pues ella era menor de edad. Pepa hizo una rabieta tremenda y empezó a insultar a mi madre.

—Usted se embarazó de mi hijo, ¿verdad? ¡Sinvergüenza!, ¡pobre de Tavito!, tan inocente… —y siguió una ola de majaderías tremendas. Para mi madre era un mundo nuevo, pues, en Iguala, donde había vivido hasta los quince años en una enorme casona colonial (ya la demolieron, pero en la casa que la remplazó existe una placa conmemorativa) estuvo muy alejada del mundo; viviendo en el universo especial, vegetariano, budista y cristiano de su padre.

A los quince años mandaron a cada una de las hermanas, Estrella, Deva y Elena, a vivir como pensionistas (mi abuelo pagaba un buen dinero por esto) a casa de sus tías, las hermanas de mi abuelita Esperanza. Mi madre, a casa de la tía Margarita y su marido; Deva, con Consuelo y su marido; y la más pequeña, Estrella, con mi tía Amalia Hernández, una mujer riquísima (su marido había sido regente de la Ciudad de México, bajo Calles), madre de la que fuera después la famosa folclórica Amalita (así le decían en la familia) Hernández. Esas tías, aunque muy diferentes de sus padres, compartían el puritanismo exagerado y los buenos modales de mi abuela Esperanza. Así es que Pepa espantó terriblemente a mi madre.

Después, mis padres le dieron la noticia a mi abuelo José Antonio. Éste los pasó muy amable a su casa, pero hizo calladamente un disgusto tremendo, pues le había prohibido, viéndolo venir, el matrimonio con Octavio Paz.

—No quiero que te cases con ese muchacho. Eres más guapa, más inteligente y más culta que él. Y por otras razones que tú no entenderías, hijita.

Mi abuelo sostenía —me lo dijo de adolescente— que los hombres no les perdonaban su superioridad a las mujeres, cuando la tenían.

Ya casada, mi madre no se quiso salir de su casa y se escondió en ella un mes, pero mis tías, que los creían de luna de miel —mi padre había esparcido esa noticia por todo el México que contaba, que era muy chico entonces—, iban a visitar a mi tía Esperanza para tener noticias de los "novios".

Mi padre era considerado un buen partido por el lado de los Paz. Rico, porfirista, de buena familia, bien parecido, estudiante de leyes, aunque nunca terminó la carrera.

Ante el rechazo de mi abuelo, mi padre empezó a enfurecerse y lo amenazó con ir a ver a algunos políticos amigos de su padre, fallecido un año antes, para que le aplicaran el artículo 33, pues en aquella época ese artículo se aplicaba con la mayor facilidad por el odio a los gachupines. Hubieran expulsado a mi abuelo a un país en ruinas, en plena miseria, partido en dos por la terrible Guerra Civil.

La tarde en que, llorando, mi madre se despidió de su familia, mi abuelo todavía estaba furioso.

—Te previne que no te casaras con ese muchacho. Y mira ahora lo que nos ha querido hacer, a mí y a toda nuestra familia.

La llegada al anochecer a casa de Pepa fue lóbrega. Era un caserón del porfiriato enorme, que Pepa no cuidaba. En el jardín, al que cerraban altísimas rejas con candado y cadena, estaban todavía las camelias que mi tía Amalia Paz, hermana de mi abuelo Octavio Paz Solórzano, ya fallecida también, había traído de Europa.

Mi padre hizo entrar a empellones a mi madre a lo que sería "su cuarto" y le ordenó brutalmente que se desnudara. Mi madre, que nunca había besado a un muchacho, ni siquiera a su

marido, se negaba. Él le arrancó la ropa y se desnudó también (mi madre me contó que para ella había sido una escena de pesadilla, y que pensó, la inocente, que mi padre se había vuelto loco), la aventó sobre la cama y como no se le paraba el miembro, entre maldiciones e insultos se masturbó furiosamente. Mi madre apenas entendía lo que ocurría, después le dio fuertes bofetadas a mi madre, le apartó las piernas a puñetazos y la penetró a fuerzas. Mi madre creía que se iba a morir por el dolor. La sábana estaba empapada de sangre; mi padre la arrancó de la cama, abrió la puerta del cuarto, y llamó triunfante a su madre.

—¡Mira!, ¿ves cómo sí era virgen?

Mi abuela Pepa ya había llamado a su inseparable hermana Concha para anunciarle su desdicha. Ésta se asomó al cuarto por un segundo y vio a mi madre sollozando, toda golpeada. Concha me contó todo esto cuando yo era jovencita, a escondidas de mi abuela Pepa, pero no entendí nada.

Mi madre vivía encerrada en esa lóbrega casa, mientras mi padre se iba de parranda todas las noches hasta las dos o tres de la mañana, y mi abuela no le permitía dormirse hasta que no hubiese llegado él. Mi madre, acostumbrada a dormirse a los ocho de la noche en su casa, se moría de sueño y se puso a fumar cigarros que mi abuela le ofrecía para despertarse. Con el tiempo, el fumar se le volvió un hábito.

Mi padre no dormía en la misma habitación que mi madre, de lo cual ella le daba gracias a Dios. Le había agarrado demasiado pavor. Tenían relaciones una vez cada siete u ocho meses, cuando él quería. En una de esas contadas veces, mi madre se embarazó y decidió, contra la tiranía de Pepa, tenerme.

Como era tan delgada, cuando se embarazó de mí, incluso a los ocho meses, los amigos, Toño Peláez, Juan Soriano, Ramón Gaya, Ninfa Santos y otros, no habían notado nada.

Sucedía algo extraño en esa casa: todas las tardes a las seis se oía la cadena de la reja golpeándola. Y no había nadie. Mi abuelita Pepa y mi papá se ponían lívidos.

—¡Es él, es él!

Hablaban de mi abuelo Octavio Paz Solórzano, que todas las tardes llegaba a esas horas y golpeaba la reja con la cadena, al abrir la puerta con su llave. Mi abuelo se había suicidado en 1937, un año antes de la boda de mis padres.

Volviendo a Finki, éste analizó todo el caso como buen médico, pero se enamoró de ella. La primera vez que hicieron el amor fue una noche muy triste para él. Su padre y su hermana Sonia vivían en Londres con una criada española muy rara a la que Finki aborrecía. Al parecer, una noche le entró algo así como un ataque de locura a Sonia (que, por otra parte, era una chica muy sensata). Se subió a la azotea y se tiró a la calle. Murió instantáneamente. Finki decía que la criada era del KGB, y quien había empujado a Sonia, pues su padre era enemigo jurado y temible de los comunistas.

Cuando Luisi le enseñó el telegrama a Finki, mi madre estaba en Sullivan Street, y él le suplicó que no lo dejara solo, que lo acompañara a su departamento. Mi madre accedió y ahí hizo el amor con Finki. Un tanto para consolarlo, y un poco como experimento para ella.

Él lo hizo muy tiernamente, como todos los hombres normales y, como estaba muy enamorado

de mi madre, la aventura siguió hasta que, en vísperas de irnos a Europa, ella quedó embarazada. Entonces vino la gran decepción para ella. A Finki le salió su lado mezquino de Don Juan latino de baratija, y después de que había sido tan tierno con mi madre, de haberle quitado el trauma de su matrimonio, la rechazó de mala manera.

—Mira, que a mí no me vas a amarrar con *eso;* yo no quiero cargar con un paquete como el tuyo. A ver cómo te sacas eso del vientre.

De manera brutal salió del café donde conversaban y se desapareció. De inmediato, mi madre, furiosa, sintió rencor y asco físico hacia él. Pero no tenía un centavo, y en aquellos tiempos abortar en Nueva York era un grave delito. Entonces, llorando, recurrió a Juan de la Cabada, quien siempre fue su gran consuelo.

—Mi hijita, eso te pasa porque sólo te gustan los *señoritos.* Te hubieras ido conmigo a vivir a Chihuahua, cuando te lo propuse, pero no quisiste.

En efecto, en una época de su vida en México, Juan le propuso a mi madre irse con él a Chihuahua, pero ella ya se había casado y enfrentado todas las catástrofes ya descritas. Sin embargo, cuando se lo presentó mi padre, pues él lo había conocido de joven en sus andanzas de comunista con los chicleros en Yucatán —Juan también era comunista; lo fue toda su vida—, mis padres todavía no se casaban.

Me contaba mi madre que Juan, a esa edad —unos cuarenta años—, era bien parecido, muy alto, fuerte, con pelo rubio. Parecía un leñador sueco, pero siempre le gustó andar de bohemio. Juan quería que mi madre escribiera, y quizá él también se hubiera puesto a escribir mucho más con ella de compañera.

En ese entonces, mamá ya había escrito libretos para cine junto con Julio Bracho, como *Historia de un gran amor*, con Jorge Negrete y Gloria Marín. Pero Julio, que era guapísimo, a pesar de también estar enamorado de mi madre filmó él solo la película. Y fue el gran hit de esos años. En Nueva York, Juan se había resignado a ser solamente su gran amigo y confidente.

—Pero, mujer, no conozco a ningún médico que haga abortos.

Mi madre sollozaba de desdicha y de rabia contra Finki. Fueron a ver a Gonzalo More, otro amigo muy paternal de mi madre y que se llevaba muy bien con Juan. Este último consiguió el nombre y la dirección de un médico corrupto, y entre los dos juntaron el dinero para el aborto. La llevaron a un edificio destartalado, con un viejo siniestro que primero negó hacer esa clase de operaciones, pero ante los sollozos de mi madre y el dinero, aceptó. Ella me contó que la operación fue espantosa. Le vino una hemorragia terrible y el médico se alarmó. Gonzalo y Juan la llevaron al departamentito de este último. Ahí se le pasó la hemorragia y luego, en brazos, la llevaron a la casa. Yo me espanté y mi abuela también, pues mamá estaba lívida y parecía que ya no le quedaba una gota de sangre en el cuerpo. Me puse a llorar y mi madre, acostada en la cama, me dio una bofetada. No le gustaba la sensiblería ni la lástima.

—Pero ¿qué le pasó? —preguntó mi abuelita, aterrada.

—Le dio un vértigo en la calle y se desmayó. Esta chica trabaja demasiado y tiene muchos problemas, señora —le explicó Gonzalo More, aparentando tranquilidad.

—Tiene que descansar una semana en cama.

Se quedaron toda la noche con nosotras, se portaron muy cariñosos y se fueron al amanecer.

Cuando estaban a solas, Gonzalo había calificado a Finki de "hijo de puta", lo mismo que Juan de la Cabada.

Mi madre formaba la revista *Hemisferio* en su cama y los del American Jewish Comittee le mandaron flores y canastas de frutas. Querían enviarle a un eminente médico judío. Mi abuelita ya había aceptado, pero mi madre les dio las gracias por teléfono y les dijo que ya la estaba atendiendo un gran especialista español que le había prohibido las visitas, pues todos querían ir a ver a "Miss México". No hubo ningún problema, ya que durante sus quince días de convalecencia les trabajó igual, sólo que acostada. Un día se levantó muy débil y acompañada por Juan y Gonzalo, le dio la vuelta a la manzana, volvió toda rosa y mi abuela, que lloraba mucho, se puso feliz.

El tiempo pasaba a una velocidad increíble. Mi padre vino un día a Nueva York, pues él había decidido irse primero a Europa. Partía por mar en el Queen Mary. La guerra se había acabado y no existían obstáculos para que él presentara sus cartas credenciales de tercer secretario en París. Se despidió muy cariñoso de mí y, de rodillas, le dio las gracias a mi madre.

—Ya verás, Helen, aunque nos separemos, nunca te faltará nada. Siempre te daré dinero, pues todo te lo debo a ti.

Mi abuelita le dijo que hacía bien en estarle tan agradecido a su mujer, que tan buena había sido con él, pero que cuál era la razón para ponerse de rodillas. Eso enfureció a mi padre, quien no quería a mi abuela, pero se contuvo. Estaba feliz de irse de diplomático a París. Yo sollozaba sin parar. Cuando se cerró la puerta detrás de él, oí los cuchicheos de mi madre con mi abuela.

—Una de las principales razones por las que no puedo dejar a Octavio es que esta niña lo adora.

Mi abuela le contestó:

—Él no la quiere. No viste con qué tranquilidad la dejó. Además, a esta edad todo se olvida rápidamente. No creas en sus promesas, hijita, es un farsante. Un hombre de verdad no hace ese teatro de arrodillarse y llorar dizque de agradecimiento.

Mi abuela tenía razón, en parte. Yo, acurrucada en mi rincón de la cama que compartía con ella, no dije nada, aunque me había enojado lo que dijo de mi padre. Entonces era muy reservada y guardaba mis pensamientos sólo para mí.

Desde París, mi padre le mandaba cartas inquietantes a mi madre: "No hay nada en París. Compra muchos baúles grandes y rellénalos de leche en polvo, huevos en polvo, chocolate, jamones, etcétera".

Mi madre me compró todo un guardarropa que iba desde los cuatro a los doce años. Unos trajes preciosos; me acuerdo de uno en especial, ya grande, como para los once años, de colores pastel, verde azul, azul cielo que se difuminaban. Otro, muy mono, color beige adornado de cerezas rojas, y muchos más. El traje de gala era un vestido de terciopelo azul rey con cuello de encaje. También muchas falditas escocesas en tonos amarillos y rojos, con suéteres y blusas que hacían juego, pues la gente le había advertido que la ropa para niñas en París sólo se compraba en el mercado negro y era muy anticuada. Era la primera vez que yo oía esas palabras: *mercado*

negro.

Entre tanto, yo seguía echando mis larguísimos discursos políticos acodada en la ventana abierta que daba al patio, desde donde vociferaba a grito herido.

—¡Viva la libertad!, ¡la democracia!, ¡ganaremos…!

Discursos que me había inspirado la radio desde México, donde mi abuelo José Antonio se moría de la risa con mis dotes de oradora y me había apodado Churchilita.

Unos actores jóvenes que vivían en varios departamentos del edificio, siempre se asomaban a sus ventanas y me escuchaban divertidísimos. Cuando terminaba me aplaudían entusiastas.

—¡Hurra por la niña que es un genio!

El último discurso lo dije con mucho sentimiento y al final lloré, porque ya habíamos empacado e íbamos a acompañar a mi abuelita Esperanza al camión en el cual se regresaba a México.

Hasta el último momento, los amigos le suplicaron a mi madre que no se fuera a París con mi padre, que le iba a ir muy mal con él. En Nueva York podía hacer una gran carrera, pero ella contestaba muy atormentada.

—¿Con quién dejo a la Chata mientras estoy en mi trabajo?

En esos tiempos había pocas guarderías infantiles, y por más que le suplicó a mi abuela Esperanza que se quedará con ella, ésta se negó. Estrella ya se había ido a México y estaba viviendo, completamente curada, con mi abuelito José Antonio.

—No, no puedo, mi viejo y mis demás hijos me necesitan.

—Quédate sólo unos meses más, mientras me divorcio de Octavio y encuentro una guardería infantil para la Chata.

Terca como una mula abandonó a mi madre a su suerte. Pienso que mi abuela se rehusó porque quería más a Estrella —y, sobre todo, a Albano— que a mi madre. De esto me di cuenta ya de grande, en México.

Mi abuelo no quería que se regresara a México sino que acompañara a mi madre, pero todo fue inútil. Yo, que ignoraba todo esto, tenía una gran pena por la partida de la abuela.

Al día siguiente vino por nosotras Anita Carner, como siempre, muy animada. Nos llevó a un hotel que me pareció elegantísimo. Mi madre contaba con dinero, pues ya no pagaba el hospital de su hermana, ni le daba dinero a mi padre. Acomodamos los baúles en la gran recámara, tapizada con un tapete nuevo color gris perla y con camas cubiertas de una tela muy elegante. Entonces descubrí las delicias del room service. Pero había que acompañar a mi abuela a su camión.

Cuando la sentamos, cómodamente, en el limpísimo autobús de primera, y mi mamá y Anita se la recomendaron al chofer, un gigante rubio muy guapo, me di cuenta de que realmente se marchaba y me derrumbé en sollozos. Mi abuela también lloraba.

—¡Ay, qué niña tan tierna! Elena, cuida mucho de ella. Pronto nos volveremos a ver, hijita, no llores.

Pero lo que ignoraba es que pasarían años antes de volverla a ver y, entonces, todo habría cambiado. Nos quedamos agitando nuestros pañuelos; mi madre también lloraba, hasta que se fue el camión. Esa noche no pude dormir en el hotel; no paré de sollozar. Anita pidió una tizana calmante por el room service, pero ni eso me quitó el llanto. Nos quedamos unos días con Anita

de acompañante en el hotel y pronto tuvimos que embarcarnos en el Queen Elizabeth.

Se me olvidaba contar que el V-Day, o día de la victoria contra los alemanes, mi madre decidió, prudentemente, que mi abuela y yo nos quedáramos en el departamentito, pues nos podían pisotear y yo me podía perder en el gentío con lo tremenda que era. Así que se fue sola con sus amigos y volvió muy entusiasmada.

Estaban tirando toneladas de papel picado de todos los rascacielos de Nueva York. En París, siendo yo más grande, mi madre me contó que todos los muchachos uniformados besaban a las muchachas y las pedían en matrimonio ese mismo día.

—¡A mí me besó cada estatua griega! —me contaba todavía alegre—; ¡y todos se querían casar conmigo!

A mí me encantaba que me contara sus aventuras de ese día, pues mi abuela y yo nos habíamos quedado muy desconsoladas en el departamento.

Pero regresemos al día de nuestra partida de Nueva York: ese día nos fueron a despedir al muelle todos los amigos, incluso Finki, que se le había vuelto a pegar a mi mamá, viendo que ella, después de su horrenda conducta, no lo buscaba. Ella lo rechazó, pero fue inútil, y por debilidad de carácter lo aceptó, otra vez, como amigo.

Desde el puente del Queen Elizabeth les hacíamos señales a nuestros amigos con los pañuelos. Entonces fue el turno de mi madre de derrumbarse. Acodada en la barandilla del barco no paraba de sollozar, aun en altamar. Era tan grande su pena que me empezó a preocupar mucho, pero no escuchaba nada de lo que le decía, ni hacía caso cuando le jalaba las mangas de su traje sastre desde mi pequeña estatura.

Un señor rubio muy elegante, de abrigo azul marino con cuello de terciopelo, se nos acercó. Formaba parte de una misión económica de la industria checoslovaca en Estados Unidos, de regreso a Europa; se llamaba Jiri Kallab.

—Permítame ayudarla, señora —le dijo con suma cortesía—; es muy triste ver llorar con tal desesperación a una dama como usted. ¿Deja usted a un miembro de su familia en Nueva York, o quizá a su marido?

—No, no —mi madre sacudida por el llanto casi no podía hablar. Aquel señor, con su amabilidad, logró calmarla un poco.

—Lloro porque dejo Nueva York, y esa ciudad me fascina.

Era una mentira obvia —para mí lo es ahora—, pero de niña lo creí. El señor aquel se preocupó más. Con el tiempo, los tres nos hicimos grandes amigos. Los soviéticos no invadían aún Checoslovaquia. A lo largo del viaje nos mostró las fotos de su mujer y de sus hijas, todas muy bonitas.

—Las conocerán en el tren barco que va de Inglaterra a Francia —nos explicaba muy sereno. Sin embargo, estaba muy preocupado por la situación de su país. Era un hombre del cual emanaba una extraña melancolía, eso que los alemanes llaman *seinsucht,* nostalgia de algo que pudiera haber sido y que nunca fue, o de algo bello y maravilloso, pero fuera de nuestro alcance. Esa melancolía surgía, como a pesar de él, en nuestras conversaciones en el puente del barco al anochecer. Parecía como si el lirio dorado que se desprende como las flores lunares fueran campanadas de perfume sutil, en lugar de música, y se fundieran en sus palabras. Entonces

percibíamos un corazón tierno, profundamente herido por la vida.

En alguna ocasión, durante la travesía, nos contó la trama de su vida. Una mañana, a los ocho años, se despertó llorando, un siete de julio, estaba sobrecogido por un dolor inhumano que su corazón de niño desconocía. Sus padres se alarmaron y trataron de consolarlo, pues no había motivo real para esa gran desesperación. Creció y, ya de joven, conoció la belleza, encarnada en una muchacha menor que él. De inmediato lo maravillaron su pelo rubio, tan claro como el platino, sus ojos translúcidos de los cuales emanaba una luz azul magnética. Y lo más extraño es que había nacido el siete de julio del año en que sollozaba de niño. Fue su gran amor. La joven se había casado, muy jovencita, con un famoso político, cruel y malvado, que no la soltaba, y cuya gran diversión era torturarla. Cuando se quiso ir con Jiri Kallab, la amenazó con quitarle a su niña recién nacida. Pasaron los años, él se casó con una buena mujer y quería mucho a sus dos hijas, pero las circunstancias de la vida, el círculo aristocrático al que él pertenecía, hicieron que viera mucho a ese ser mágico ahora víctima de las circunstancias, del cual seguía profundamente enamorado y no podía hacer nada.

Jiri tenía una gran sensibilidad e intuyó en mi madre —cuya introversión no le permitía hacer confidencias— una herida tan profunda en su alma que quizá era incurable. Conversábamos todos los días y él respetaba a mi madre como sólo se puede honrar a otro ser que ha sufrido como uno mismo. Todo eso lo intuí de niña, pero sólo ahora al ir escribiendo estas líneas, lo he comprendido realmente y me provoca una gran tristeza por mi madre.

El capitán del Queen Elizabeth tenía una gran consideración hacia Jiri Kallab, y siempre lo invitaba a su mesa, y a nosotras también por ser sus grandes amigas.

El navío estaba desmantelado, pues había servido de barco de guerra. Estaba pintado de verde olivo y en los camarotes casi no había muebles, tan sólo camastros de marineros.

Una señora americana con el pelo corto, y obviamente pintado de rubio platino, compartía nuestro camarote. Se pintaba los párpados de plateado o de dorado, y tenía muchas chalinas de gasa igualmente plateadas y doradas. Llevaba trajes muy sofisticados, blancos, rosas con bordados dorados, grandes escotes y tacones altísimos.

Mi madre, cuya única prenda elegante era su traje sport de cuadros cafés y blancos, zapatos bajos y el pelo rubio y lacio hasta los hombros, me parecía vestida de colores neutros, sin brillo y mucho menos guapa que la americana. Le tomé un odio feroz a esa mujer por ser más atractiva y seductora que mi madre. Un día, entré a hurtadillas a su camarote, tomé las chalinas doradas, los zapatos de tacones altos, todos sus maquillajes y abrí una escotilla para tirar todo el bulto al mar.

En la noche hubo un drama. La señora no encontraba sus prendas y estaba desesperada.

—¿Quién pudo haber robado mis joyas? ¡Si los diamantes eran falsos! —y lloraba.

En la casa de mi abuelo José Antonio aprendí los rudimentos de la educación y se me había enseñado a no mentir nunca. Desafiante encaré a la señora.

—Yo tiré sus cosas al mar.

La señora se escandalizó.

—¡Qué niña tan monstruosa tiene usted, *my poor lady*!, y usted, tan dulce.

Mi madre, que se había dado cuenta de todo, pues casi siempre adivinaba mis pensamientos, me preguntó muy tranquila en inglés.

—¿Por qué hiciste eso, Chatita? —mi abuela Pepa me había puesto Chatita y nunca como entonces el apodo me chocó. En ese momento, dirigiéndome a la señora, dije mi verdad.

—Porque usted es más guapa que mi mamá y me da coraje.

Para mi gran sorpresa, la señora se puso a reír, feliz, y me declaró una niña rara pero encantadora. Me quedé petrificada.

Años después me atreví a preguntarle a mi madre el motivo del cambio de la señora, pues ante mi conciencia de niña había cometido un gran pecado. Ella se rio.

—Chatita, esa señora era una corista de más de cincuenta años, ya muy traqueteada por la vida, y demasiado llamativa para el gran mundo. Yo, en cambio, a mis veintiocho, y tan traga años como lo somos tu padre y yo, era más joven y fresca que ella. Además, era la esposa de un joven diplomático. Ella iba en picada y el que tú la encontraras más guapa que yo, le dio una gran felicidad.

—¿Entonces, tú eras más guapa que ella? —pregunté asombrada.

Mi madre nunca admitió su gran belleza por modestia y siempre decía: "Yo no soy bonita, soy chistosa". Para mi enojo volvió a reír y no me contestó.

Desde esa tierna edad ya se mostraba mi amor por las candilejas y la sofisticación; por ejemplo, me encanta el elogio de Baudelaire al maquillaje.

Me pasaba todo el día recorriendo el barco. Una vez, me encontraba subiendo por unos escalones altísimos y desde ahí oí un altavoz.

"Se busca a una niña de pelo castaño dorado, con trenzas largas, vestida con una falda escocesa, un suéter amarillo…"

Ésa era yo, y me escondía más, pues me daba risa pensar que los mayores me buscaban. Luego bajé hasta las calderas donde unos hombres mayores, con el torso desnudo y todos sudorosos, echaban carbón a las calderas. Al verme se alarmaron.

—¿Qué andas haciendo aquí? Podrías tener un accidente.

Uno de ellos me tomó de la mano y me llevó con mi madre, quien estaba desesperada. Todo el barco creía que me había caído al mar. Mi madre nunca me había pegado, y en aquella ocasión me habló con tanta dulzura que era lo que menos esperaba.

—Ven aquí, Chatita, échate sobre mis rodillas.

Obedecí. Rápidamente me subió la falda, se quitó un mocasín de cuero y me golpeó las nalgas hasta hacerme aullar de dolor.

—¡Para que aprendas a no desobedecer! Es por tu bien —me dijo cuando me soltó. Entre sollozos apenas pude preguntar.

—¿Pero qué hice de malo?

Ella, muy sabia, me contestó.

—¡Tú sabes!

No me volví a escapar nunca en el barco.

En el Queen Elizabeth viajaba la esposa de un político multimillonario, una señora mexicana con sus tres hijas y su hermana. A la hora del té vestía a sus hijas de chinas poblanas —¡y qué trajes!

—, con lentejuelas de plata y oro. Esas niñas, de seis años quizá, llevaban aretes de diamantes y la cara maquillada como las mujeres adultas y bailaban "La cucaracha" muy torpemente en medio del salón. Se veían grotescas. A sus espaldas, los elegantes ingleses se burlaban de ellas.

Cuando el camarero del barco llegaba con la bandeja de plata del té, la señora se empeñaba en servirlo, sin saber hacerlo. Y al tomar el té, lo sorbía haciendo ruidos. Una tarde la reprendí, pues mi abuelo me había enseñado muy buenos modales.

—Usted es muy maleducada. Hace ruido al tomar el té y resopla —ella se puso lívida de rabia.

Mi madre se aterró porque era una mujer muy poderosa, por eso me guiñó un ojo para contenerme.

—Pídele perdón a la señora, mocosa loca.

Obedecí inmediatamente. Al parecer, la señora se contentó y hasta sonrió.

Ah, pero demasiado pronto se acabaron los días del barco y llegamos a Cherburgo. En el ferry que nos llevaba a Dunkerque, en Francia, habían colocado unos vagones de tren para facilitar el viaje, pues tocando tierra enganchaban los vagones al tren francés y nos íbamos directamente a París, sin las molestias del muelle, como buscar cargadores, equipajes y demás.

Tal como nos había prometido, en ese tren conocimos a la esposa y a las hijas de Jiri Kallab. Sus hijas estaban extremadamente delgadas, y él nos explicó que la guerra había sometido a toda Europa a un racionamiento terrible.

—Mi hijita de ocho años, por ejemplo, nunca ha probado el jamón —dijo él.

Mi madre ni tarda ni perezosa le pidió a Jiri que bajara del lugar de las maletas uno de los famosos baúles. Encontró dos jamones y muchas barras de chocolate que le regaló inmediatamente a la niña. Esta cogió el jamón, lo manejó con una dulzura como si se tratara de un objeto mágico proveniente de otro mundo. Jiri se puso feliz, llamó al portero del tren y, mediante una propina, hizo que le trajera un cuchillo, un plato y un tenedor.

La niña probó el jamón, extasiada, y luego, Jiri le ordenó que se lo devolviera a mi madre. Ésta se negó enérgicamente, y a él se le llenaron los ojos de lágrimas por la emoción.

—¡No sabe lo que hace!, en París le va a hacer falta, allá no hay nada.

Mi madre, siempre desafiante ante los peligros, alzó los hombros.

—Ya me las arreglaré.

En el barco volví a oír hablar del "mercado negro", pues era uno de los temas favoritos de los pasajeros.

Jiri nunca olvidó aquel gesto. Cuando llegamos a París prometió escribirle y le pidió que mi madre le diera su dirección cuando encontrara un departamento. Al año volvió de Checoslovaquia con un surtido increíble de piezas del más fino cristal cortado de Baccarat: fruteros, platos hondos y un sinfín de cosas. Él decía que era para agradecer aquel jamón. Mi madre estaba maravillada con esos suntuosos regalos que mi padre conservó hasta su muerte.

Ahora estábamos en el tren. Era de noche y mi madre se salió al corredor a fumar. ¡El viaje duraba tan poco! La seguí; mis piernas, que casi nunca paraban, las sentía entumidas, y estaba aburrida. Jiri y su familia se habían dormido, a pesar de estar sentados en el tren. De pronto, del

compartimento vecino salió un americano de más de uno noventa de estatura que cubría sus anchas espaldas con un abrigo de pelo de camello. Su cabeza de cabello negro y liso se volvió hacia nosotras. ¡Dios mío, qué hombre tan guapo! Uno de los diez hombres más bellos que he visto en mi vida —siempre he tenido la manía de hacer listas de todo—, sus ojos eran de un azul profundo, su nariz recta, su barbilla ligeramente partida. Pertenecía a la raza de seres humanos que, para mí, está desapareciendo del mundo, y en todas partes, hasta en México, para dejar lugar a la "nueva raza" de enanos hirsutos, sucios y agresivos, de jeans y que sólo hablan de rock y de la repulsiva Madonna.

Como ya lo he contado, iba mucho al cine con mi abuelita Esperanza y Finki, y creí reconocerlo cuando mi madre me susurró:

—Es Robert Taylor.

Él nos miró muy serio y, como todos los americanos de esa época, le dijo a mi madre.

—¡Qué linda niña!, ¿es suya?

Mi madre, emocionada ante esa galanura, afirmó con la cabeza. Él volvió, apacible, a mirar la noche. Al rato salió su mujer, Barbara Stanwyck, quien, al alcanzar yo la adolescencia, se convertiría en una de mis actrices favoritas.

Era un poco patizamba. Se adornaba con elegantes zorros plateados. No era muy guapa pero tenía una cara inteligente y decidida, coronada con un pelo rojizo natural; también conversó con mi madre y luego, al notar su acento extranjero en inglés, quiso saber más de nosotras.

—¿Y de qué país son?, ¿alemanas, francesas?

—Somos mexicanas —contestó mi madre con sencillez.

—¡No lo puedo creer!

Después de algunas palabras amistosas, la sensacional pareja se metió a su compartimento. Y, según mi costumbre, me enamoré de él.

En Berkeley mi amor había sido Teddy, el niño que compartía mis juegos, y ahora Robert Taylor. Pero como me enamoraba y me desenamoraba rápidamente, mis amores tan cambiantes no tuvieron nada de trágico en mi primera infancia.

De grande le pregunté a mi madre que si ella se enamoraba de niña y me contestó muy seria:

—No, hija, yo quería ser general y estaba demasiado preocupada con esa idea como para fijarme en niños.

—¡Pero qué rara eras!

A ella le gustaban los soldaditos, a mí me fascinaban las muñecas. Siempre me contaba pasajes de su infancia, y cómo ella y su hermana Deva seguían y espiaban a los generales norteños que ocupaban Iguala… Cuando leí *Los recuerdos del porvenir,* libro publicado muchos años después de escrito, le preguntaba llena de curiosidad:

—¿Y quién era el general Rosas, en Iguala?

—El general Claudio Fox, un rubio guapísimo, alto y con unos ojos verdes de mirada terrible.

—¿Y Julia?, ¿existió?

—Sí, pero no era la querida de Fox, era la querida de otro general.

—Y, entonces, ¿quién era la querida de Fox?

—La rubia Antonia, hija del gachupín Paredes.

—¿Y por qué la cambiaste en la novela?

—De jovencita, la querida que me simpatizaba era la güerita juntada con el horrendo coronel Justo Corona.

—¿Y en verdad Antonia iba a visitar a mi abuela?

—Sí, muchas veces, y siempre llorando, quería que mi mamá la ayudara a escapar.

—¿Y por qué no lo hizo?

—Eso era imposible hijita, hubieran fusilado a mi padre.

—Pero ¿por qué lloraba si Fox [Rosas] era tan guapo?

—Era muy jovencita y echaba mucho de menos a sus padres y su casa. Y Fox, toda la vida vivió con ella.

—¿Y por qué lo cambiaste en la novela?

Mi madre se alzaba de hombros.

—Era necesario para la trama. Pero ya no me preguntes por esa tarugada de novela, ¡no sé por qué te fascina tanto!

Era extraño, pero mi madre menospreciaba su extraordinaria obra. ¿Algo o alguien le había hecho dudar de su valor literario, o simplemente era humildad?, me recordó a Ernst Jünger cuando afirmaba que le daba más importancia a su colección de escarabajos que a toda su obra.

Sin embargo, en París, cuando estaba en la lista negra y en México nadie le publicaba sus novelas y cuentos, mi madre lloraba amargamente por la injusticia que se cometía con ella, y por más que yo le citara a Van Gogh, a Baudelaire, a Rimbaud, que no fueron reconocidos en vida, me contestaba algo, para mí, absurdo.

—Lo importante es que te lean tus contemporáneos. Influir en tu época.

Le citaba entonces a Dostoievski, quien profetizó el nihilismo y sus sangrientas consecuencias: la revolución rusa y hasta previo los millones de muertos que esto ocasionaría, lo cual fue corroborado por Solzhenitsin y los demás disidentes rusos.

—Mami, Dostoievski fracasó en su intento por salvar a Rusia, a pesar de su profundo cristianismo y su crítica feroz a los nihilistas y a los terroristas en toda su obra; no pudo evitar la revolución, y mira que es uno de los grandes genios de la humanidad; no lo puedes negar.

Mi madre admiraba a Dostoievski, pero mis argumentos no la convencían. Terca, lo negaba.

—A Shakespeare lo siguen leyendo desde hace siglos y tiene tanta validez ahora como en su época.

Su llanto venía de algo emocional no fundado; racionalmente sabía que se equivocaba, pero su corazón no podía evitar sufrir el ninguneo de los años setenta. Igual que Jünger, quien tantas veces en su diario se quejaba de Alemania y de ser más leído en Francia que en su país. Pero también le dolía ser leído sólo por una elite, hasta que François Mitterrand dijo públicamente en 1984: "Jünger es el escritor más grande del siglo XX" y, además, le hizo varios homenajes.

A raíz del reconocimiento de Mitterrand, uno de los pocos políticos preparados, con una cultura literaria asombrosa, toda Europa reconoció el genio de Jünger y su centenario fue una apoteosis. Sin embargo, una minoría de imbéciles siguió criticándolo y acusándolo de nazi o frío, altivo y desdeñoso.

Volviendo a mi madre y a *Los recuerdos del porvenir,* ningún crítico literario ha notado el tono tan natural y espontáneo del hablar de los militares, ni la justeza y el realismo de sus acciones. En general, las mujeres escritoras pintan con más realismo a sus heroínas mujeres que a los hombres; en cambio, las escenas de los generales en *Los recuerdos…* son de un natural extraordinario. ¿No será porque una parte de su *animus,* como dice Jünger, fue profundamente marcado por aquellos generales mexicanos a los que ella tanto admiraba de niña?

Quisiera escribir un largo ensayo sobre esta gran novela, de la cual todos los mexicanos deberíamos estar orgullosos, pues a partir de las terribles luchas políticas y religiosas, surgidas en un pequeño pueblo del sur de México, mi madre hace una tragedia griega.

Ojalá el lector tenga la lectura previa de este texto, imprescindible para quienes busquen encontrar la sencillez original de lo que Alejo Carpentier llamó "real maravilloso" y, si no existe ese conocimiento anticipado, quizá estas líneas animen a los espíritus jóvenes a emprender la travesía.

En efecto, es el Destino el que dicta la suerte de los personajes. El general tenía que matar a Julia; él se describe muy bien en una línea hacia el final de la novela: "¿Y por qué había de matar siempre a lo que amaba? Su vida era un engaño permanente; estaba condenado a vagar solo".

Los Moncada le habían enseñado el espacio de la compañía y cuando entraba en él, confiado, se lo arrebataban para dejarlo otra vez entregado a la nada de sus días. Su carrera de general mexicano acababa de ahogarse en la sangre de un jovencito de veinte años, Nicolás Moncada.

Sus noches de la sierra y sus días de guarnición saltaron hechos pedazos. Y sigue pensando: "Servía para más… ¡Qué lástima!" Y quiso huir del camposanto en donde también él acababa de morir. "Nunca más podría ver los ojos de Isabel."

Los Moncada tenían que hacer algo para salir del pueblito en donde se ahogaban. Hurtado tenía que morir a manos del general, así como Julia. Y el general que, como personaje, podría resultar repugnante en un papel de villano convencional, adquiere, bajo la pluma de Elena Garro, una grandeza trágica.

Voy a escribir aquí (y no es el lugar, pues no es un libro de ensayos, sino unas memorias) algunos apuntes sobre Isabel; observaciones que no he leído en ninguna parte.

Creo que es el personaje menos comprendido de la novela. Es una niña culta, al igual que sus hermanos. No cualquier jovencita y, sobre todo de un pueblo mexicano, le pone Roma y Cartago a sus árboles favoritos.

Es muy independiente y anda buscando algo que la saque del tedio que le provoca la "gente decente" de Ixtepec, al igual que sus hermanos. Cree haberlo encontrado en el teatro que monta Hurtado. Le inspiraba confianza y, en ausencia de sus hermanos, se sentía más unida a él que a sus conocidos de Ixtepec. Hurtado le dice a Isabel: "Hay veces en que uno está de sobra en este mundo". Y ella responde: "Yo siempre he estado de sobra".

Hurtado está llenó de vida. Consigo trae el agua pues, cuando él aparece, cae la lluvia tan deseada por el pueblo. "Isabel lo recibió palmoteando de alegría […] ¡Hay que hacer algo! ¡Nos cambió la suerte! —gritó Isabel".

Después, es a Isabel a la que se le ocurre hacer el teatro, "Acordándose de las palabras de Hurtado". Cuando Hurtado lee la obra, "Las palabras fluían mágicas y milagrosas como la lluvia".

Hurtado acompaña esa noche a los Moncada a su casa.

Elena Garro dice, parca como siempre: "Tenían mucho que decirse esa noche en que por primera vez habían compartido la poesía". Y hablando de Hurtado: "Su fe en la ilusión conmovieron a don Joaquín y éste le prestó el pabellón en que vivía para representar la obra".

Elena Garro deja cosas por adivinar al lector. Es una de sus *astucias* de novelista.

Por ejemplo, ¿qué es el amor sino la ilusión? Los héroes, los santos, los poetas han vivido de la ilusión y las grandes épocas históricas también.

Isabel es entusiasta, nada convencional y, en otro ambiente, pudo haber sido una artista.

Aún resuenan en el pabellón las palabras de la obra y ese momento de asombro sigue ahí, como la premonición de un destino inesperado; el destino de Isabel. Sin embargo, el general rompe ese teatro mágico, esa ilusión que había acabado con la inercia de Ixtepec. Le había enseñado la verdadera poesía y que había otro universo más allá del de los militares y sus queridas, un universo de ellos, de los habitantes de Ixtepec.

El general, al matar a Julia y a Hurtado, provoca la recaída en la apatía de Ixtepec; la falta de teatro exacerba la rebelión de Isabel. Pero lo que provoca realmente la ira del pueblo es una frase que parece inocua: "La suspensión de los cultos". Ésa era la única ilusión que les quedaba.

A Isabel, privada de la ilusión, es decir, del arte vivo, sólo le queda el espejismo del poder. Y se refleja muy bien ese desdén de Isabel por la gente común y corriente cuando el pueblo protesta ante la iglesia por "La suspensión de los cultos".

Esa frasecita recatada que utiliza el gobierno cuando se refiere, en realidad, al cierre de las iglesias, la persecución de los sacerdotes, la quema de imágenes en las plazas públicas y, en fin, todos esos atropellos que provocarían la sangrienta guerra cristera.

Es cuando "Isabel sintió que un poder ajeno la apartaba de la gente y la llevaba a un lugar desconocido donde se encontraba sola". Todas las personas excepcionales no sólo se sienten solas sino que efectivamente lo están porque los demás no las entienden.

Puede ser "La voz que clama en el desierto", como llamaban a san Juan Bautista, o esas personas —todos hemos conocido gente así— catalogadas de locas o simplemente a las que toda una sociedad quiere ignorar o rechazar y hasta perseguir ferozmente.

Y entonces Isabel piensa en Rosas como en un ser igual a ella y a sus hermanos. Error fatal. Y agrega para ella misma: "Tal vez como ella y sus hermanos tampoco habían encontrado el secreto que buscaba desde niña, la respuesta que no existía…".

La atrae el poder de Rosas; un poco antes piensa: "No nos teme". Isabel no se enamora nunca de él. Ella a los únicos que amaba era a sus hermanos. Y otra vez miró "a las gentes agrupadas a su alrededor y no se reconoció en ellas… si pudiera daría el salto para colocarse al lado de Francisco Rosas: Quería estar en el mundo de los que están solos".

Pero ella, sin entenderlo claramente, ya estaba sola. También Rosas, quien a su manera trágica, estaba solo, aun en medio de sus militares. Pero para Rosas la ilusión había sido Julia, es decir, en su caso, el amor.

Elena Garro tiene toques de humor negro, que todavía ahora, bueno, hace años que no leía la novela, me provocan carcajadas.

En medio de toda esta tragedia, cuando el coronel Justo Corona va a interrogar a doña Elvira

Montúfar por la desaparición del cuerpo del sacristán, pasa por un corredor donde loros y guacamayas gritan: "¡Lorito canta la diana porque el coronel lo mandó!". Y el coronel, furioso, se da por aludido. Me desvié de Isabel; pero es que el sentido del humor inesperado y negro de Elena Garro tampoco ha sido valorado por los críticos.

Ya en el hotel Jardín, Isabel está como atontada. En cuanto a Rosas, "El triunfo no le había producido la alegría que esperaba. La presencia de Isabel en su cuarto había arruinado el éxito". "Cuando se la llevó a su cuarto… pensó en el triunfo total sobre Ixtepec".

Le molesta, por ejemplo, que la joven adivine sus pensamientos.

Isabel nunca tiene ni un gesto de cariño o de coquetería hacia el general. "La encontraba despierta, sentada en una silla, como si estuviera de visita, cada vez más pálida en su traje rojo".

¡Qué valor el de Isabel! ¡Pudo haber escapado y vuelto a su casa! Pero ¡enfrentarse al odio del pueblo! Rosas no la entendía. Sus ojos le daban miedo. "¿Qué cavilas?".

"No pienso, hay un chorrito de arena que cae dentro de mi cabeza y que me está cubriendo toda". "Me das miedo". Reconoce en Isabel a Nicolás. Isabel sólo le dice algo amoroso, pero se trata de sus hermanos. "Hay un muro que tapa mi casa y mis hermanos". Lo único que le pide Isabel es: "Quiero ver a Nicolás. Él sabe que yo no inventé estas muertes…".

"Quiero a Nicolás", ordenó en voz muy baja… "Pues dame a Nicolás…". "Me lo hubieras pedido antes, gimió Rosas, sintiendo que todavía había algo".

Cuando las queridas, que ignoran el plan de Rosas para salvar a Nicolás, le dicen a Isabel que vaya al camposanto a impedir su muerte, pues el general la engañó, Isabel, desesperada, sale a la calle en medio del odio y los insultos, va llorando por su hermano.

El final es la versión de Gregoria, mujer simple, que ve a la muchacha como una gran pecadora. No comprende la complejidad de Isabel.

Es como la versión que da el pueblo de la muerte de Julia y de Hurtado: los ve escapando a caballo de Ixtepec, cuando el general ya los había asesinado a los dos. Son las versiones que dan los pueblos. Gregoria le preguntaba a Isabel: "¿Lo quieres mucho, niña?".

Isabel no contesta.

Lo último que dice Isabel es: "Mató a Nicolás, me engañó… Rosas me engañó".

Después ya es la versión de Gregoria, que no entiende Isabel.

Cuando Isabel grita: "¡Quiero ver a Rosas!", es algo ambiguo. Ella nunca se entera, claramente, de la muerte de Nicolás.

Isabel se transforma en piedra. Pero vamos a ver qué significa el simbolismo de la piedra.

En el capítulo "El proceso de individuación" que escribió Marie-Louise von Franz, una de las mejores discípulas de Jung, texto que forma parte del libro de Jung *El hombre y sus símbolos*, Von Franz nos dice algo totalmente nuevo: "Ya he mencionado el hecho de que el ser es simbolizado con especial frecuencia en forma de piedra, preciosa o común… Quizá el cristal y las piedras sean símbolos especialmente aptos para el ser [la totalidad de la psiquis] por la exactitud de su naturaleza…".

Aunque el ser humano es diferente de una piedra, el centro psíquico del hombre es, de una manera extraña, afín a la piedra. En este sentido, la piedra simboliza lo que es quizá la apariencia más sencilla y más profunda de algo eterno, que el hombre puede tener en los momentos en que se

siente inmortal e inalterable, por ejemplo los monumentos de piedra dedicados a hombres famosos, las piedras que el hombre sencillo deposita en tumbas de santos o de héroes, la piedra negra de la Meca, el máximo santuario musulmán, etcétera.

De acuerdo con el simbolismo cristiano eclesiástico, Cristo es "la piedra que los constructores rechazaron" y que se volvió "La cabeza de la esquina". A veces, Cristo es llamado "La roca espiritual de donde salió el agua de la vida".

La piedra de los alquimistas simboliza algo que no se puede perder o disolver, algo eterno que algunos nigromantes comparan con la experiencia de Dios en nuestras almas…

Para resumir, al volverse piedra, Isabel alcanzó un estado superior del ser. La individuación. Por eso, desde el principio, el pueblo anuncia: "Aquí estoy, sentado sobre esta piedra aparente". Isabel se puede haber vuelto el alma de Ixtepec. De todos modos alcanza ese arquetipo, según Jung, éste es un símbolo mágico y quizá ininteligible que uno encuentra en el arte, por ejemplo.

Isabel alcanzó un grado espiritual superior. Al contrario de lo que han afirmado la mayoría de los críticos.

En otro libro sobre la creación artística, Jung explica que el poema, la novela, el cuadro cuyo autor haya descubierto y puesto en él un arquetipo, es una obra válida y genial; el arquetipo que nosotros no entendemos con la lógica, pero presentimos con la imaginación, es de los símbolos espirituales más altos. Un símbolo incomprensible para la razón, pero que apacigua, reconforta y quizá conmueve hasta el llanto.

Elena Garro, que no había leído a Jung, descubre un arquetipo importantísimo del alma en la piedra. Esto la hace superior a sus seguidores que acumulan hechos "mágicos" sin sentido en sus mediocres novelas. No quiero citar nombres, pero Elena Garro, con su intuición mágica y espiritual, termina su gran novela con un arquetipo recientemente descubierto por la psicología moderna. De ahí lo genial y lo profundo de *Los recuerdos…* No son un simple montón de acontecimientos "raros" y absurdos como los relatos de sus seguidores, sino la auténtica significación de la transformación de un alma, la de Isabel.

Llegamos a un París desolado, donde en realidad no había nada. Ni siquiera autos en las calles. París sin luz, sin animación, sin comida. Los Campos Elíseos repletos de una multitud casi en harapos y unas parejas vistosas: muchachas con torres artificiales de bucles en la cabeza, súper maquilladas, con zapatos de suela de corcho, colgadas de los brazos de GI (reclutas) gigantescos.

Me pareció un pueblito viejo y pobre. ¿Dónde estaban las hermosas damas que mi mamá había visto antes de la Segunda Guerra Mundial, paseando por los Campos Elíseos con sus french poodle? ¿Dónde estaba el París de los arbolados barrios de los que tanto me había platicado?

Para mi gran felicidad, mi padre nos esperaba en la estación y, naturalmente, le encontré cierto parecido con Robert Taylor. Los mismos ojos azules, el pelo oscuro. Sólo que el pelo de mi padre era rizado.

Nos llevó al hotel Bristol, donde se alojaban todos los diplomáticos. Era un lugar de lujo, pero sin calefacción, con antiguos muebles estilo Luis XV que yo encontraba "rasposos". Sentía una gran nostalgia por los suntuosos edificios de Nueva York, que hacían parecer ciertas calles como senderos luminosos entre montañas; el pino radiante de luces como el espíritu de la Navidad en el

Rockefeller Center, y las miles de estrellas que parecían haber caído sobre la ciudad.

Nueva York era como una gran feria con ruedas de la fortuna, mujeres tan deslumbrantes que parecían mágicas e irreales, a fuerza de nitidez y de glamour. Y cada esquina daba la ilusión de ser el centro de un mundo brillante y divertido.

En cambio, en ese hotel helado me aburría mucho. Mi papá, por su parte, se había hecho íntimo amigo de Manuel González y González, un diplomático mexicano muy elegante que, cuando iba por la noche para llevar a mis padres a alguna fiesta, siempre llevaba smoking y la chalina blanca de seda —reglamentaria, en esa época, para los hombres—, *comme il faut,* como se debe. Mi padre, muy influido por él, y como quería alcanzar un lugar dentro de la diplomacia, era aplicado y tenaz; hizo toda la carrera sin ningún apoyo político, salvo al final, cuando López Mateos lo nombró embajador en la India.

Casi no reconocía, en mi padre, al joven bohemio de Estados Unidos, de pelo que se erizaba en lo alto de su cabeza y lo hacía parecerse "a un violinista húngaro", según mi madre. Ella siempre suspiró por escaparse con un verdadero violinista húngaro; para ella era el colmo de lo romántico. Pero también era una broma, pues no podía evitar su don satírico.

En esos días me divertía imitando a mi padre, y lo hacía perfectamente delante de todos sus amigos que se reían a carcajadas. Ahora que cuando él se enojaba conmigo era la hija de mi madre y viceversa. Por ello, él le decía:

—Dile a tu hija que me respete, soy su padre —y enojado repetía, dirigiéndose a mí—: soy tu padre y me debes respeto.

Yo, aunque no le temía a nadie, como quería profundamente a mi padre, me justificaba.

—Es que me aburro en este hotel. No hay nadie con quien jugar.

Entonces mi padre, muy amigo de Bernardo Reyes, sobrino de don Alfonso, y que había pasado toda la guerra como diplomático mexicano en París, me llevó al elegante piso de aquél para un *goûter,* una merienda con su hija Marina.

En la merienda sólo había niñas francesas de modales exquisitos que me intimidaron hasta la parálisis, empezando por la elegante Marina, que alzaba su cabeza rubia como una princesita y llevaba un abrigo de pieles auténtico. Ese abrigo me obsesionó y les di tanta lata a mis padres que terminaron por comprarme uno de piel de conejo.

En esa época también conocimos a un personaje tosco, mal vestido, que aún no trabajaba en la embajada: Jacqueline González Quintanilla.

Manuel González y González también era muy amigo de Gloria Rubio de Fürstenberg, una mexicana elegantísima, y se la presentó a mis padres. Ella pasaba por una época muy difícil en su vida. Vivía sola, absolutamente sola, en un palacete rentado que lucía columnas de mármol rosa en Faubourg St. Honoré, el antiguo barrio de la nobleza francesa. Tenía lacayos vestidos a la moda del siglo XVIII, como se estila todavía en las grandes casas europeas.

La tarde que la fui a visitar con mi madre, no quería ir pero me convenció al decirme que era "un personaje único, de leyenda". La palabra *leyenda* me decidió, pues leía muchas y me imaginé que me iba a encontrar con una hada o con una diosa griega. Al abrirnos la puerta un lacayo con un candelabro de plata en las manos, recordé la película *La Bella y la Bestia* de Jean Cocteau, que había visto con mi madre. Película maravillosa donde la rubia Josette Day hacía el papel de la

princesa embrujada.

Esperaba encontrarme con la bella del cuento, una princesa rubia, vestida de blanco, pero al ver esa silueta tan delgada, casi esquelética, vestida con un sencillo traje negro, me decepcioné. Gloria, una mujer mucho mayor que mi madre, estaba sola y sentada frente a una enorme mesa, borracha. Al ver a mi madre exclamó feliz:

—¡Güerita!, ¡tú y Octavio, qué buenos son! Las únicas gentes que me visitan ahora que estoy arruinada —se levantó tambaleante y se sirvió otra copa de vino.

Empezó un discurso incoherente, punteado de palabrotas, estilo político mexicano. Qué sorpresa se habrían llevado sus amigos europeos al ver esa faceta tan mexicana de la mujer más elegante de París; envidiada mortalmente, entre otras, por la esposa del embajador inglés Duff Cooper, lady Diana Manners, ésta había sido un prototipo de Scott Fitzgerald y había servido de modelo para la famosa novela *The Green Hat,* de los años veinte.

Con Gloria me pasó lo mismo que con las películas de Ingmar Bergman: me aburrían terriblemente. Cuando este famoso cineasta invitó a mi madre, años después, a Suecia a verlas en una sala privada, yo me salía de la sala de proyecciones para escaparme al parque Skansen, un sitio muy famoso de Estocolmo, a comer helados y a coquetear con los muchachos suecos.

En fin, en esos momentos, Gloria gritaba enfurecida.

—¡Cabrones mexicanos!, ¡me la van a pagar esos pendejos burócratas! Si no me dan el pasaporte mexicano los imbéciles de la embajada, los aliados me van a enviar a Alemania como una nazi para meterme a la cárcel "democrática" —dio un puñetazo sobre la mesa. (Ella nunca renunció a su nacionalidad mexicana.)

De repente tomó una fotografía enmarcada en plata de un hombre guapísimo —su esposo, el príncipe Von Fürstenberg— y comenzó a insultar a la foto.

—¡Pendejo príncipe Von Fürstenberg!, ¡tú tienes la culpa de estar en la cárcel por no haber salvado a Alemania!

Mi madre trataba de consolarla.

—Gloria, él ha sido tu único amor. Por favor, no lo maldigas.

Ella respondió:

—¡Ay, güerita, tú no tienes los pies en la tierra como yo! Hitler, que tanto me admiraba, fue otro pendejo porque perdió; pero yo voy a ganar, ya verás…

—¿Y qué planes tienes, Gloria? —mi mamá, realmente, estaba angustiada por Gloria, pues la apreciaba muchísimo.

—Güerita, me voy a Montecarlo a vivir de la ruleta. Ya vendí todas mis joyas —mi mamá palideció, porque su plan era terriblemente arriesgado.

Gloria se agarraba, en aquel entonces, de mi padre y de mi madre como de dos clavos ardiendo. Eran los únicos —sobre todo mi madre— delante de los cuales no tenía que fingir. Ellos la conocieron después de su divorcio del príncipe Von Fürstenberg y antes de su matrimonio con Fakri, un chico rubio, alto, deportivo, de anteojos. Parecía un inglés, muy mono, de la alta sociedad, primo hermano del entonces rey de Egipto, Faruk. La familia de éste tenía mucha sangre inglesa.

Una noche, Gloria llevó a las hermanas de Faruk a la casa. Una de ellas había estado casada, o

estaba casada en trámites de divorcio, con el Sha de Persia. Ésas sí eran guapísimas. Mi madre les simpatizó mucho y tomaron la costumbre de venir a visitarla por su cuenta. Luisi del Vayo, cuyo marido era enemigo político de Faruk, las conoció en la casa, y quedó admirada al verlas.

—¡Oye, pero qué bellas son!

Eran altas, de piel blanca como la nieve, cuerpos redondeados y perfectamente hechos, con el cabello lacio, negrísimo y los ojos cafés. Una noche, una de ellas le regaló a mi madre su toca negra.

Sin embargo, en la intimidad, Gloria se quejaba de Fakri.

—Elenita: me repugna físicamente —y lloraba con amargura por su exmarido alemán, el príncipe Von Fürstenberg, prisionero de los aliados.

Un día, decidió divorciarse de Fakri. A mi madre le aterró la idea. ¿Qué iba a hacer Gloria sin un centavo? —ya se había gastado el dinero de las joyas que había sacado de Alemania por consejos del príncipe—, ¿de qué iba a vivir? Y con toda la embajada mexicana encima, pues la odiaban. Según ellos, por haberse casado con un alemán, pero en realidad era por envidia. Porque ellos, pobres burócratas, no andaban en esa alta sociedad que adoraba a Gloria. Miguel de Iturbe, quien tenía un empleo muy mediocre en la embajada para no pagar los impuestos de su gran fortuna, y que presumía de aristócrata, era el que más la perseguía.

Alguna vez, Gloria le contó su historia personal a mi madre. Su padre fue un criollo del Bajío, dedicado al periodismo y, además, maderista. Cuando asesinaron a Francisco I. Madero, él siguió siendo fiel y combatió por sus ideales. Naturalmente, le fue muy mal y terminó en la pobreza. Ella, entonces, se juró a sí misma olvidarse de todo idealismo y volverse millonaria a cualquier costo. Se metió de empleada en un gran almacén de la época, en el departamento de sombreros.

Un día, llegó a México un holandés viejo y millonario del cual he olvidado el nombre, y pidió que le mandaran a su hotel a una empleada con categoría para modelarle los mejores sombreros femeninos que tuviera la elegante tienda.

Escogieron a Gloria Rubio, quien a pesar de su pobreza, tenía muy buen gusto y era —siempre lo fue— delgadísima. México, en aquel entonces, era mucho más europeizante y no se había impuesto como modelo de belleza la gorda nalgona que impera ahora.

El holandés se enamoró de la jovencita. Olvidó a las señoras de la alta sociedad a quienes iban destinados los sombreros y se casó con Gloria.

—Él me enseñó todo, güerita, ¡todo! —exclamaba con énfasis—; los modales, cómo comer, los idiomas. Empezó mi educación desde el barco. Viajamos por toda Europa y me presentó con la sociedad internacional.

Después, conoció al príncipe Von Fürstenberg, de las grandes familias alemanas, guapo, joven y rico. Se deshizo rápidamente del viejo holandés al que se rehusó volver a ver y se casó con gran lujo en el castillo de los antepasados del príncipe. Pero éste era nazi. Y Gloria encantó y se conquistó a los nazis poderosos —como luego lo haría con Churchill y su círculo de amigos en la Costa Azul.

—¡Hitler me adoraba! —le contaba riendo a mi madre.

Tuvo dos hijos con el alemán: Dolores y un chico menor. Cuando se vino la debacle alemana,

ella huyó a Portugal con todas las joyas de familia y los niños, abandonando al marido, prisionero en la cárcel de los aliados. Pero, dadas las circunstancias, en realidad era lo más inteligente que pudo hacer. No podía ayudar en nada al marido, tenía que salvarse ella y a los niños.

Pasaron unos años, y ya con toda Europa pacificada, decidió trasladarse a París. Abandonó la neutralidad de Portugal que ya no le servía. Además, el encargado de negocios mexicano en Lisboa se quería acostar con ella, y cuando eso le falló, la acusó de nazi —él sí lo era— y quiso quitarle las joyas.

En París, únicamente con mis padres hablaba de estas cosas y por eso, alguna vez, a mi madre la animó la curiosidad.

—¿Cuál es tu secreto para conquistar a los hombres?

Ella hizo algunos movimientos con la mano sobre su rostro.

—Me doy de aquí hasta acá —se señaló del cuello a la cabeza—… antes del día de la boda.

En París, tenía todo un grupito de diplomáticos ingleses que la admiraban. Empezando por Duff Cooper, el marido de la famosa Diana Manners, de la cual ya hemos hablado. Lady Diana, la esposa del embajador inglés, le tenía unos celos horribles y nunca iba a su casa.

Gloria tenía a sus hijos en internados suizos. La única vez que los llevó a París, y se los presentó a mi madre, Dolores tendría unos dieciocho años y se veía muy desdichada, gordota y de trenzas.

La famosa noche, cuando la conocí, Gloria dejó muy preocupada a mi mamá. Tiempo después se fue a Montecarlo, y los burócratas de la embajada estaban jubilosos.

—Nuestra "Gloria Nacional" se va a suicidar —decían.

Sin embargo, ella tenía un pretendiente, lord Guinness, el dueño de las cervecerías Guinness, quien se divorció y la alcanzó en Montecarlo, donde a su vez, se casaron. Un poco antes, Anselmo Mena, nuestro cónsul en Londres, hombre encantador que había pertenecido al grupo de los Contemporáneos, fue a darle su pasaporte mexicano, en secreto, ya que a Gloria aún se le acusaba de haber sido espía nazi.

Lo más increíble es que Gloria siempre le ganó a su adverso destino, porque a esta mujer extraordinaria siempre la salvaron sus admiradores. Gente refinada como Anselmo, Churchill y mis padres.

Cuando Gloria casó a Dolores con el hijo de Guinness, la puso a dieta y la transformó en una belleza extraordinaria, igual al padre, rubia y de ojos azules. Este chico tuvo un final trágico; años más tarde se mató en un accidente automovilístico en Suiza.

A su gran amigo inglés, un secretario de la embajada inglesa, lo casó con la hermana de Guinness. Yo los conocí mucho después cuando paseaban por México. Le hablaron enseguida a mi madre. Yo ya era una jovencita. Él era bien parecido (se me escapa su nombre) y feliz de estar casado con la fortuna Guinness. Ella era una inglesa rechoncha, dientona, muy mal vestida, con trajes de algodón en colores pastel y florecitas.

Recién casada con Guinness, Gloria, quien se había declarado falsamente tuberculosa antes de la boda, invitaba mucho a mi madre a tomar el té durante su "convalecencia".

Acostada en una recámara de aquel mismo palacete, el cual ya le pertenecía pues Guinness se lo había comprado, en una cama de lujo, rodeada de almohadones bordados de encajes, Gloria le

decía a Guinness:

—Elena fue mi compañera de escuela en el convento donde nos educamos juntas, ¿verdad, güerita? —mi madre, asombrada, pues no acostumbraba mentir, asentía gravemente con la cabeza.

Este pasado irreal le daba categoría a Gloria y borraba las calumnias de la embajada. Después de todo, mi madre era una rubia muy elegante y, además, joven diplomática en París. Gloria, mucho más tarde, fue uno de los "cisnes" de Truman Capote. Les decía así a sus bellezas de la alta sociedad, escogidas por sus largos cuellos.

Gloria era apiñonada, con largas piernas y brazos delgadísimos, con una melenita negra y lacia; parecía, más que una dama de sociedad, una modelo de esos tiempos. Su cara no era bella, tampoco fea. Su encanto y elegancia era lo que seducía a los hombres, y que siempre vivía rodeada de lujo, aunque debiera hasta el último centavo. Sin olvidar el truco que le había confiado a mi madre. Era sumamente astuta y fría. Abandonó a su marido alemán como al holandés. Nunca nombraba ni a él ni a su hijo. El niño se quedó con el padre. Y borró muy hábilmente toda esa parte de su vida.

En fin, era imposible encontrar un departamento en París. Manuel González y González, gracias a sus múltiples amistades, vivía en un enorme departamento que ocupaba todo un piso. Se lo había alquilado la familia Faure, gente riquísima que ocupaba ese lujoso edificio en la esquina de la avenida Victor Hugo y Henri Martin. Les convenía alquilarlo a un diplomático extranjero, pues el gobierno socialista de Vincent Auriol había impuesto una ley muy gravosa para los dueños de departamentos; si una familia francesa ocupaba alguno, podía vivir en él hasta cincuenta años con una renta congelada y, si alegaban falta de dinero, podían dejar de pagar la renta veinte o treinta años.

Al poco tiempo, trasladaron a Manuel a otro país y éste tuvo la amabilidad de llevar a mi padre con los Faure. Hicieron un contrato y nos instalamos en el enorme departamento, decorado al estilo Luis XV, pero donde no había calefacción, sólo una "salamandra" o gran estufa antigua de un color negro brillante que calentaba con carbón.

El conserje del edificio, Pierre, era el típico francés del pueblo: rubio, no muy alto ni guapo, siempre con una colilla de cigarro en la boca.

Algo nos intrigaba de la casa: en la inmensa antecocina había seis lavabos. Mi mamá lo llamó y le preguntó para qué servía tanto lavabo.

—¡Ah!, madame, es que, durante la guerra, seis oficiales alemanes ocuparon ese piso.

—¿Y cómo se portaron?

—Impecables, madame, impecables. ¡Qué educación!, ¡qué amabilidad! No se robaron nada. Una vez bajaron a la bodega de uno de los Faure, tomaron vino; pero no se emborracharon y dejaron el piso intacto. ¡Unos señores!

Por esos días, me dio una bronquitis terrible y me pasé el resto de ese invierno durmiendo en el salón donde estaba la salamandra, que era enorme, para no resfriarme más. Como me aburría mucho, les pedí libros a mis padres. Me trajeron uno ya antiguo que contenía cuentos de Andersen con ilustraciones encantadoras. Ahora, desafortunadamente, los libros de niños son raros y horribles. ¡Pobres niños!, con razón "el desierto se extiende", como decía Nietzsche; por eso ya

no hay poetas.

Pero volviendo a mi libro, me fascinó el cuento de "La sirenita". Lloré mucho porque el príncipe no se decidió a casarse con ella, aunque Andersen da a entender que en realidad ella le gustaba. Por una razón inexplicable me identifiqué con ese personaje y me pasaba horas contemplando las ilustraciones.

Esa Navidad, la primera que pasamos en París, no me podía levantar de la cama por la bronquitis, entonces mi madre puso un enorme pino en el saloncito, con esferas de todos colores, pelo de ángel y una gran estrella en la punta.

Con el árbol de Navidad se disipó la atmósfera desolada del lugar.

El día de la cena, mi madre se puso un traje largo y mi padre un smoking. Los dos estaban muy guapos y se fueron a cenar a casa de unos amigos de la familia Del Vayo, miembros importantes del Partido Comunista. Aunque también tenían muchos deseos de asistir a alguna de las famosas misas de Notre Dame; mi mamá por motivos religiosos, y mi papá y los demás, por razones estéticas, ya que una gran orquesta interpretaría a Bach. Yo me dormí temprano leyendo mis cuentos de hadas.

Al día siguiente, mi madre, entusiasmada, me platicó el esplendor de la misa oficiada por el cardenal de París, que fue a la cabeza de veinte sacerdotes. La catedral estaba profusamente adornada con toda clase de flores; el altar era una montaña de rosas rojas y lirios blancos, y los grandes incensarios de plata perfumaban las altas bóvedas. Mi madre siempre estuvo a favor del lujo de la Iglesia, porque decía que era el mayor espectáculo artístico para los pobres.

Días después, Manuel González y González invitó a mis padres a una fiesta posnavideña en casa de Noel Pierce Coward, el famoso dramaturgo inglés; era un dandy, esteta, amigo del príncipe de Gales y maestro de Laurence Olivier. En ese elegante departamento que estaba en la plaza de la Concorde, mi mamá se puso su primera y última borrachera.

Muerta de la risa me contó que bebía a pico una botella de ginebra y recorría el elegante salón, parada sobre las dos manos, levantándose de golpe sobre las piernas, hasta que al final se desmayó, y mi papá la tuvo que sacar en brazos. Sin embargo, aún tenía ánimos para ironizar.

—¡Qué brillante debut tuve en el gran mundo!

Yo pensé que, en realidad, sí había tenido un gran éxito, por la cantidad de ramos de flores que llegaron al día siguiente a la casa, enviados por los ingleses. Aunque no comprendía por qué mi papá estaba tan preocupado por ella.

La primera vez que noté algo extraño en la casa fue al principio de nuestra estancia en París; una tarde muy aburrida, antes de que asistiera a la escuela, le pedí libros en español a mi madre. Sin embargo, en la librería española, el fondo de libros para niños se había agotado. Mi madre me propuso escribirme un cuento para mí sola. No sabía que ella también escribía y acepté entusiasmada. Pero su cuento no me gustó y se lo dije, el don de escribir cuentos para niños es muy raro.

Entonces, me empecé a fijar en algo nuevo para mí: mi madre se aislaba quince días en su cuarto, le decía a la Teo (más adelante hablaré de ella) que al contestar el teléfono dijera que se había ido al campo. Y a los quince días salía con un manuscrito; más tarde, se lo leía entusiasmada a mi padre. Él se ponía a sollozar. Yo estaba espiando la escena, pero no entendía

nada.

—Eres un genio… Eres mejor escritora que yo.

Se ponía de rodillas y le suplicaba que lo quemara. Mi madre con cara de congoja lo tiraba a la chimenea —siempre prendida en invierno—, y mi padre se ponía feliz.

—¡Qué buena eres, Helencitos!

De repente, empezaron a llegar a París los amigos de Nueva York: los Álvarez del Vayo, Finki, Anita Carner. También llegó la primavera; me alivié de mi bronquitis, ¡y qué deslumbramiento!, la avenida Henry Martin tenía cuatro hileras de castaños frondosos, cuyas ramas casi entraban en los salones de la casa de Victor Hugo; los castaños se cubrieron, de un día para otro, de algo que parecían ser nubes blancas o coral, eran unas flores olorosas a miel y a campo. Dos enormes salones del departamento de cuyo techo pendían grandes candelabros con "lágrimas" de cristal cortado y donde había auténticos muebles Luis XV, daban a Henri Martin. Esa primavera parecía que las ramas de los árboles iban a invadir de hojas y de savia los salones.

Las paredes de los cuartos estaban recubiertas de tapicerías antiguas con pequeños paisajes que me pasaba horas estudiando. Del otro lado de la casa estaban las recámaras que daban a la avenida Victor Hugo. Mi cuarto era el más "pequeño" con una cama Bateau estilo Louis Philippe. Y cada cuarto estaba unido por un *boudoir*.

En medio de la avenida había un paseo de caballos que llegaba hasta el bosque de Boloña. Todas las mañanas desfilaba la guardia republicana bajo nuestras ventanas. A mi madre le fascinaba porque eran militares. Con sus uniformes de chaqueta roja, sus cascos de metal brillante, adornados con una negra cola de caballo que flotaba al viento, desfilaban marcialmente al son de una marcha guerrera. Poco a poco, el encanto de París se había infiltrado en mis venas como un sutil veneno y ya adoraba "mi ciudad". Por desgracia, en la actualidad, ese paseo está recubierto de cemento y sirve como estacionamiento de autos.

Antes de ir a la escuela, ya curada de la bronquitis, llegó el verano. Mi madre decidió pasar las vacaciones en Bidart, un pueblo de la costa vasca, que le había recomendado Finki, quien ya estaba en París. Mi padre y mi madre nunca pasaban las vacaciones juntos. Él consideraba que eso era inadmisible.

—Las vacaciones son el oasis en el desierto del matrimonio.

Cuando ya asistí al colegio, me pareció raro, pues todos los padres de mis amigas se iban juntos de vacaciones.

Como en París todavía no conocía a nadie de mi edad, mi madre decidió llevarme con ella. Llegamos a un hotelito precioso donde la dueña era una española refugiada, que estaba rapada. A mí me llamó mucho la atención eso.

Mi madre se hizo amiga rápidamente de Pili, otra española rapada, que tenía un caniche negro, grande, que apestaba mucho por lo viejo. Un día el pobre animal se vomitó sobre mis pies. Con la inconsciencia infantil, le agarré asco al pobre animal, sin hacerle nunca ningún daño, pues siempre he querido mucho a los animales. Ante mis quejas, mi madre me regañó severamente y me explicó que el perrito estaba enfermo por su vejez.

Pili le contó a mi madre, en secreto, su gran tragedia: ella y su hermana habían sido amantes de dos oficiales alemanes. Por eso las habían rapado los de la Resistencia cuando los FFI llegaron al pueblo. Así se llamaba el grupo armado más peligroso de la Resistencia. Una banda de matones y delincuentes comunes españoles, rusos y franceses, según nos contaban. Aquéllos fueron a buscar al oficial alemán amante de su hermana, que se había escondido con ella, en su casa. Y cuando iban a tirar la puerta, los dos se echaron por la ventana y murieron.

En la actualidad se está publicando en Francia todo lo que hacían los famosos "libertadores". Llegaban a un pueblo, agarraban al pobre cura, a muchos chicos apolíticos acusados de colaborar, en fin, tomaban gente al azar y los FFI, para hacer confesar la supuesta o verdadera colaboración, les metían orugas en los ojos y les cosían los párpados, y toda clase de torturas espantosas. Esto lo leí en una revista muy seria, *Histoire.* También el gran historiador Henri Amouroux, quien escribió una serie de libros sobre el colaboracionismo y la liberación de Francia, cuenta que no todo era color de rosa entre los de la Resistencia. El volumen III se llama "La impía guerra civil", pues desde 1943 hubo una verdadera guerra civil entre los franceses de la Resistencia y los proalemanes. Éstos les reprochaban a los alemanes no defenderlos y no hacer nada en medio de estas matanzas temibles. ¿Por qué los alemanes no defendían a sus partidarios? Un misterio que sólo el tiempo revelará. Pero yo todo eso lo ignoraba de niña o lo entendía a medias.

Por ejemplo, Doriot, colaboracionista honrado, al ver los asesinatos que cometían los de la Resistencia contra ellos, organizó la Milicia, un grupo armado paramilitar. Drieu La Rochelle lo previno, según el libro de Victor Barthélemy, *Del comunismo al fascismo*.

"Te van a agarrar de chivo expiatorio y te van a fusilar cuando todo esto se derrumbe, que será pronto". Estaban en 1943 y ya se veía venir la derrota de Alemania. Doriot exclamó: "Ya que los alemanes no nos defienden, voy a organizar la Milicia. No es posible que asesinen a tres o cuatro figuras relevantes de nuestro movimiento todos los días, vuelen pueblos enteros y nosotros como borregos. Si me fusilan, ni modo. Habré cumplido con mi deber".

Y este exobrero católico fue de los primeros que mandó fusilar De Gaulle.

Mi madre y yo teníamos un cuarto muy sencillo que daba a la placita del pueblo y al campanario. Era un lugar muy bonito que me encantó. Los vascos usaban todavía el traje regional: pantalones y camisa blancos, una gran banda de tela roja como cinturón y alpargatas.

Al sonar las primeras campanadas en la iglesia, bajaba corriendo a comprar el pan fresco a mi madre, para el desayuno. La panadería olía rico, a pan recién hecho, limpísima (todavía no falsificaban el pan, como ahora que las famosas baguettes se vuelven duras el mismo día que las compra uno, y eso en el mundo entero). Desayunábamos juntas nuestro café con leche, con rebanadas de pan untadas de mantequilla. Eran los momentos más felices de mi corta vida.

Mi madre siempre se burlaba de todo el mundo y me hacía reír a carcajadas. Yo estaba encantada de estar en esa intimidad. Después, nos íbamos a la playa. Pero había que tener cuidado, pues el mar tenía una marea muy fuerte y, a las cuatro o cinco de la tarde, las olas ya habían invadido todo. La marea llegaba hasta una especie de dique, al final de la playa, que los habitantes habían construido para contener el mar.

Muy pronto un grupo de señoritos franceses muy elegantes, entre los cuales se encontraba Bertrand de Benaret, rodearon a mi madre y la invitaban a salir por las noches a bailar. Ellos tenían casas muy elegantes a lo largo de la playa.

En la noche me daba miedo quedarme sola en el cuarto del hotel y mi madre me tenía que leer un cuento en voz alta hasta que me durmiera.

A los pocos días de nuestra llegada vimos un espectáculo desolador. Unos jovencitos rubios, hechos unos esqueletos, picaban piedra a lo largo del camino. Llevaban una especie de uniforme gris de tela corriente, que les flotaba, con una P gigantesca inscrita en la espalda. Mi madre, conmovida, se acercó a ellos.

—¿Qué hacen ustedes aquí?

Ellos, con caras desoladas, quitándose las mechas rubias de la frente, le contestaron.

—Señora, somos presos alemanes. Y tenemos que hacer trabajos duros, si no, no nos dan de comer.

Su francés era pésimo. Mi madre se sentó en una roca al borde del camino y les ofreció cigarrillos americanos. Se pusieron felices, nos tomaron confianza y, poco a poco, nos contaron su breve y triste historia. Si eran tan jovencitos era porque pertenecían a la última leva de soldados que hizo el monstruo de Hitler, a sabiendas de que Alemania estaba perdida. Muchos no cumplían aún los veintiún años. El gobierno francés los había hecho prisioneros y los había condenado a trabajos forzados. ¡Pero en qué condiciones! Antes, cuando todavía había caballeros, se firmaba la paz, y se estrechaba la mano a los vencidos; no los ahorcaban, ni los encarcelaban.

Pero en esos momentos el gobierno los mataba de hambre y, en el pueblo, nadie los podía ayudar so pena de cárcel.

—¿No le da miedo, señora, hablar con nosotros?

Mi madre levantó los ojos con un gesto desafiante muy de ella.

—Soy diplomática extranjera y, por lo tanto, tengo inmunidad.

Yo llevaba en una canasta nuestro almuerzo para la playa, comprado en el famoso "mercado negro", y les regalé toda la comida espontáneamente; ellos se la comieron con avidez, y luego los ojos se les arrasaron de lágrimas, pues, en realidad, eran unos chiquillos.

—Ustedes son las primeras que nos hablan y nos ayudan desde que estamos aquí.

Uno de ellos me alzó en brazos, me montó sobre su espalda y se puso a cabalgar como si fuera un caballito. Un ataque de tos ronca interrumpió su juego. Me depositó en el suelo con suavidad.

—¡Qué linda niña eres!

Me enamoré de él. Mi madre se despidió de ellos, pues tenían que seguir trabajando, no sin hacer una cita con ellos, en el mismo lugar, para el día siguiente. Nos fuimos a la playa, tristes.

—¡Qué horrible es la vida! —exclamó mi madre, con su pesimismo acostumbrado.

—No, mamá, la vida es bonita. Mira, esos muchachos ya tienen dos amigas, y pronto los van a liberar.

Era mi deseo ferviente y lo creía. Mi madre me miró interrogante y no me contestó. Al llegar al hotel, le contó nuestro encuentro a Pili, su gran amiga socialista.

—Pues, chica, que no has visto nada. Lo que pasa es una verdadera infamia. No tienen nada que reprocharles a los alemanes, pues ellos son peores.

Mi madre había llevado a Bidart barras de chocolate. Y todos los días nos encontrábamos con los presos alemanes y les ofrecía pedazos de chocolate y cigarrillos americanos. Nos hicimos íntimas de ellos. Pero una vez, Bertrand de Benarete, que pasaba en su elegante auto —gran lujo para la época, pues no había ni autos ni gasolina en Francia— ofreció llevarnos a la playa con él. Mi madre no pudo rehusarse y él la regañó severamente.

—¿Cómo es posible que hables con esos asquerosos boches, Elena?

Mi madre se burló de él y le dijo una gran verdad.

—¡Qué cínico eres!, todos los franceses fueron colaboracionistas.

No pararon de discutir hasta la playa. Pero se contentaron porque él no quería perder la amistad de mi mamá.

La campiña vasca era muy hermosa: verde, verde. A mí me maravilló, pues no conocía el campo en Francia. Con montañas imponentes, los Pirineos, cuyas cumbres de nieve brillaban a lo lejos.

Mi madre tenía un encargo de Finki. Visitar a un español, opositor de Franco, que vivía del contrabando y cuya casa servía, al mismo tiempo, como paso para los españoles antifranquistas que realizaban sabotajes en España.

La casa de este hombre estaba situada muy arriba en la montaña. Él nos mandó a uno de sus ayudantes, pues nos invitó a comer y quería el paquete que Finki le había dado a mi madre. Ésta, con su discreción habitual, no lo había abierto. En cambio yo, a escondidas de ella, lo hice, y, para mi gran espanto, descubrí que eran armas. Lo volví a cerrar cuidadosamente y no le dije nada a mi madre, para no asustarla.

El chico español nos llevó en una carcacha desvencijada a ver al amigo de Finki. Éste tenía una cabaña grande y muy bien amueblada al estilo campesino vasco, en el pico de la montaña, muy cerca de la frontera española. Habían puesto, él y su mujer, una mesa espléndida con manjares que, en Francia, sólo se conseguían en el mercado negro. Había salchichas, salchichones, sardinas frescas, truchas, quesos, embutidos de todas clases, una fabada asturiana, varias clases de ensalada y hasta pasteles, que era muy difícil conseguir. Vaya, el hombre había tirado la casa por la ventana en honor de mi madre. Por Finki sabía que era asturiana, por eso la fabada.

Él le servía cada vez más platillos creyendo complacerla —a ella, que casi no comía— hasta que se puso colorada y sudorosa; por poco le da una congestión. Mi madre le apodó después el Ogro por esa manera de comer. El buen hombre se apenó y ya no le ofreció más que bicarbonato. Pero, entre plato y plato, su conversación era muy interesante. Nos contó que en su cabaña había dormido un famoso anarquista (se me olvida el nombre) que había atentado contra Franco. En un lugar que éste iba a visitar, rellenó todos los caños de las casas de gobierno con bombas para hacer saltar a Franco. Pero, un poco antes, la policía descubrió las bombas, las desarmó y después de una larga cacería dio con el escondite del anarquista y lo apresó.

El Ogro, que odiaba a Franco, predecía su muerte violenta.

—Usted cuídese —le dijo a mi madre—, no vaya a ser que la policía francesa la arreste. De los franceses no temo nada —dijo con seguridad el Ogro—; es cuando paso de contrabando la frontera de España que me acojono.

La tarde estaba muy avanzada y llegamos al anochecer a Bidart. Mi madre se rio durante

mucho tiempo del Ogro y de todo lo que la había hecho comer.

Un día, Pili consiguió un amigo con auto y nos propuso llevarnos a dar una vuelta al campo y a una hostería donde había, según ella, ricos pasteles franceses del mercado negro. Aceptamos y cruzamos el campo vasco, tan cuidado que me parecía de cuento de hadas. El viento que soplaba de las montañas era vivificante y oloroso a hierbas. Llegamos a una pequeña casa donde vendían los famosos pasteles y entramos a un comedor de duelas rojas y mesas con manteles blancos.

En ese lugar, a mí fue a la que por poco le da una congestión. Era la primera vez que probaba los pasteles franceses. ¡Qué delicias comí! *Éclairs au chocolat, au café, babas au rhum* y muchos más. De niña era muy glotona y me pareció haber entrado en el paraíso de las golosinas. Pili y su amigo francés se reían con gusto ante mi entusiasmo. Nunca olvidaré esa tarde.

Otra ocasión, mi madre estaba escribiendo cartas en su cuarto y yo quería ir a nadar. Ella era muy distraída y estaba tan absorta que ni siquiera me contestaba. Pero yo me aburría a muerte encerrada en el cuarto del hotel. Así que le informé con firmeza:

—Me voy a la playa.

Me puse mi traje debajo de mi vestido. Mi madre ni me miró. Yo, muy campante, me dirigí hacia la playa, pero se había hecho tarde, la marea ya había invadido todo, menos una esquinita que recorría la playa, junto al dique. Me fui caminando por ahí, buscando un pedazo de playa donde echarme. Lo encontré entre unas rocas altísimas. Era como un nido. Pensé que ahí no me alcanzaría la marea. Feliz, me tendí al sol. De repente, escuché alaridos que venían desde arriba. Había un gentío enorme de franceses, mi madre, los presos alemanes. Todos gritaban.

—¡Pronto!, ¡la va a alcanzar la marea y se va a ahogar, y no hay tierra firme por donde alcanzarla!

El mar estaba bravo ese día, pues soplaba un fuerte viento. Mi madre estaba furiosa conmigo.

—¡Mocosa desobediente! ¡Vas a ver lo que te hago!

Me pareció injusto, pues cuando le anuncié mi decisión de irme a la playa no me había dicho nada.

Uno de los jovencitos alemanes me salvó. Muy valiente se tiró a ese mar peligrosísimo, llegó nadando a mi esquina, me agarró y sosteniéndome alcanzó el dique. Ahí todos me sujetaron y luego le tendieron los brazos a él para sacarlo del agua.

Por primera vez en su vida, los franceses lo felicitaron y estuvieron amables con él "por haber salvado a la pequeña". Yo seguía tranquila, sin miedo. Cuando de repente, furiosa y asustadísima, mi madre se abalanzó contra mí, me dio un par de bofetadas a la francesa y me zarandeó por desobediente. La gente estaba de mi parte y la calmaron. Les tomé más cariño a los alemanes.

Por las noches mi madre seguía saliendo con los franceses. Le dije que no me gustaban, que por qué salía con ellos; a mí ya no me simpatizaban desde que oí a Bertrand con su pañuelo de seda al cuello, en su elegante auto, hablar horrores de ellos. Mi madre me tachó de "dominante" y siguió saliendo en su compañía.

Llegó el día de la fiesta del lugar. Instalaron una orquesta en una tarima de la plaza, desde la tarde todo el pueblo se puso a bailar "La Farandole"; ellos y ellas con sus trajes regionales. Me animé y entré en la ronda, pues me sacaban a bailar a pesar de lo chiquita que era. ¡Cómo me divertí! hasta que cayó la noche y me fui a dormir al hotel, cansadísima.

Esta fiesta marcó el fin de las vacaciones. Tristes, mi madre y yo nos despedimos, muy en especial de los alemanes; también de los elegantes franceses que tenían familiares en París y que prometieron ir a buscar a mi madre. Lo cual cumplieron más tarde. Pili lloró mucho. No tenía dinero para ir a París, pero mi madre prometió invitarla a la casa.

Todos los amigos nos acompañaron al tren. Yo lloré al ver a los alemancitos, mi madre me regañó.

—¡No llores! Los soldados no lloran.

Y regresamos a París. A nuestro arribo nos encontramos una sorpresa: Finki Araquistain vivía con nosotros. Se instaló en el cuarto al final del pasillo, para mí, el más bonito, tapizado de seda amarilla. No entendí por qué vivía en la casa. Pero mi padre, muy astuto, quizá había adivinado todo y lo invitó para volverle la vida imposible a mi madre, pues Finki, ahora rechazado, le tenía unos celos terribles a mi madre y se había vuelto muy antipático. A mí me decía:

—¡Vaya con el monstruito!

Mi madre, primero se enfureció con su presencia, pero como habían sido muy amigos, acabó aceptándolo y, hasta cierto punto, fue un confidente.

A nuestra llegada de la costa vasca, delante de mí, se quejó con Finki. Mi madre, en aquel entonces, siempre que se refería a mi padre y a mí decía "ellos". Equivocadamente, creía que yo quería más a mi padre que a ella.

—Mira, Finki, esta niña es de un posesivo y un dominante insoportable. Fíjate que me tenía celos en Bidart. No me quería dejar salir en las noches, pues tenía envidia de mi éxito con los hombres.

Yo me quedé helada y muy avergonzada, pero no supe defenderme. Finki, que ya no me quería, pues era la hija de su rival —mi padre—, dijo malévolo, riéndose:

—Hombre, que tu hija es un monstruito. Es igual a miss Finger [así le decía a Anita Carner. Mucho después supe que le tenía tirria a Anita, porque en Long Island no quiso acostarse con él. Y eso, para su vanidad de donjuán latino, era imperdonable].

Después se dirigió a mí.

—Oye, monstruito, tú no te vas a casar. Serás una solterona como la Anita.

Mi madre estuvo de acuerdo. Me salí del saloncito muy dolida. Me parecía que me habían echado una maldición y que ella no me quería.

En esa época, mi padre oía muy mal, pues tenía las orejas tapadas con cerilla, misma que, más tarde, le quitó un médico. Pero entre tanto, repetía "¿cómo?" a cada minuto y Finki lo remedaba.

—*¿Cómo?* —y agregaba con sorna—: ¡Vaya con el tío loco este!

A mi madre la llamaba Ratón y aseguraba que tenía *blind spots* en el cerebro, es decir puntos ciegos.

—Mira, Ratón, eres tan idiota que a ti te venderían el puente de Brooklyn.

Finki se había vuelto un pegote y, como no trabajaba, se la pasaba todo el día peleando. Y aunque mi madre era muy dócil, la provocaba hasta que estallaba en cólera; sus pullas eran tantas que alguna vez, a la hora de la comida, el plato con huevos fritos de mi mamá se estrelló contra el tapiz de seda color azafrán del comedor.

Me molestaban esos estallidos de violencia de mi madre, sin embargo, los ataques de ira de Finki también eran terribles.

Había un pequeño cuarto en el pasillo de la entrada, con dos puertas de vidrio, y ahí estaba el teléfono. Una ocasión en que llegaba de la escuela lo vi patear las puertas hasta hacerlas astillas, arrancar el teléfono y destrozarlo a patadas. Y, además, le gritaba a mi madre.

—¡Coño, vuelve a burlarte de mí y te estrangulo!

Yo estaba indignada con él, pero no dije nada, pues me daba miedo. En este sentido, mi mamá le suplicó mil veces a mi padre que corriera a Finki, pero él se negó.

Después de la llegada a París, mis padres descubrieron una pequeña escuela muy elegante, Les Abeilles (Las Abejas). Era un palacete con dos pilares de mármol en la entrada; la directora de la escuela, madame Amans, se lo alquilaba a una viejita que había sido muy rica.

Un verdadero parque de castaños separaba a la escuela de la calle. Primero, estaba muy entusiasmada, pero ya al despedirme de mis padres —ese día mi padre llegó tarde a la embajada por acompañarme a la escuela— y al ser tomada enérgicamente por la mano de una vigilante, me solté y corrí gritando hacia la entrada. Detrás de las rejas estaban mis padres. La vigilante me alcanzó y yo le di puñetazos y patadas. Ella me soltó algunas bofetadas y jalándome por los hombros y el pelo me metió a fuerzas a la escuela. Me pasé la mañana castigada en una esquina. Salimos a las doce. Llegué muy tranquila, ya calmada, a la casa, que estaba a tres cuadras. Me esperaban mis padres y, al verme, mi padre se puso a llorar.

—¡Pobre hija mía!, lo que te han hecho en esa escuela. Pero no te preocupes, no vas a volver.

Mi madre muy seria le dijo:

—Octavio, es hija única, no le podemos consentir todos los caprichos. Se va a volver un monstruo.

Volví a la escuela y me hice muy amiga de otra "nueva" como yo, France des Courtils, una preciosa niña rubia, peinada a lo Juana de Arco, que me fascinaba por su cutis y sus hoyuelos en las mejillas, siempre tan tranquila y apacible. Durante el recreo, que duraba media hora, nos dedicábamos a recorrer el jardín de la escuela tomadas de la mano, y a hacernos confidencias, o a participar, siempre en el mismo bando, en las carreras de relevos. France era la más veloz de la escuela. Fuimos inseparables unas semanas hasta que me la quitaron las Debidour. Realmente me dolió mucho la separación de France, pues ella irradiaba serenidad y de sus ojos castaños emanaba una luz de inteligencia. Fue uno de esos amores apasionados, que se dan mucho en la infancia. Las Debidour eran cuatro hermanas; una de ellas, Joan, estaba en mi clase y era de las "grandes".

Como mi madre entrelazaba en mis trenzas, en lugar de listones, tiras de lana moradas, color bugambilia, como las que usaban las indias de México, las Debidour organizaron una ronda alrededor mío en la cual saltaban como apaches, y ululaban.

—¡Uh!, ¡uh!, ¡uh!, la nueva es una apache.

Y me pusieron en cuarentena, se aliaron al resto de la clase para hacerme esto. Había una niña bastante obscena, Mary France Rey, de origen italiano, que había buscado mi amistad, pero que en las clases de canto se me pegaba mucho, me pellizcaba las nalgas de manera obscena y me hacía

cosquillas dudosas que me repugnaban; finalmente la rechacé. Sin embargo, Mary France tenía una tribu de "hermanas" de todas las edades y convenció a las demás de ponerse en mi contra. Sin duda por despecho.

—¿Qué hago? —le pregunté a mi madre.

—Muy fácil. Estamos a principios del año escolar. Cada vez que llegue una nueva alumna despistada como tú, el primer día, corre hacia ella, preséntate y ofrécele tu amistad.

¡Gran consejo! Así me hice de mi propio grupito, entre las cuales estaba Inés de Luynes, la cual me dio una sorpresa cuando estudiamos la Edad Media, ese año, pues en el libro de historia se hablaba mucho del duque de Luynes, primer par de Francia.

—Inés, ¿es algo tuyo el duque actual? —le preguntó la maestra.

—Sí. Es mi padre —contestó Inés.

En Francia aún respetan mucho a la nobleza y las Debidour quisieron morirse por haber ignorado tan "provechosa amistad". Inés, con su pelo rubio, sus grandes ojos azules soñadores, fue la niña más pura y más idealista que he conocido. En mi grupo también estaba Stephanie Sicre —Fanette—, alegre y traviesa, cuyo padre era dueño de una cadena de lavanderías. Claudia de L., bretona muy bonita, su padre era un antiguo almirante, que había colaborado con los alemanes y lo habían arruinado. Y una americana, Pamela Prentice. Así se formaron dos grupos antagónicos en la clase. Había alumnas más solitarias como Irene Barrelet de Ricou, una niña de pelo rubio pálido, cuya madre era americana. Irene era la heredera de la compañía de seguros Lloyd's de Londres; también Nicole D., hija de un BOF (los abarroteros que colaboraron con los alemanes y vendieron mantequilla, huevos y quesos a precios estratosféricos; a éstos, la famosa Resistencia no les hizo nada). Estas niñas, en sus fiestas, invitaban a toda la clase.

Yo tendría unos seis años y qué feliz era en mi colegio. Por nada del mundo hubiera faltado a una clase. Siempre había que llevar guantes de piel en invierno y, en primavera, de algodón blanco.

En la casa, al principio, fue un problema tener servidumbre, pero Finki Araquistain le presentó a mi madre a un cocinero español, Narciso, y a su esposa Adela. Ambos se peleaban tanto que ella se desaparecía por semanas.

Esto me recuerda que yo les tenía prohibido a mis padres que fueran por mí a la escuela, pues me daban vergüenza; no parecían papás y mi casa me parecía demasiado diferente a las de mis amigas. Las mamás de ellas eran casi todas gordezuelas, vestidas de gasas floreadas, con chongos rizados. Y los papás, unos señores muy dignos, con su Legión de Honor en el ojal. Mi madre se veía tan juvenil y delgada con su largo pelo rubio y lacio —precursora de esa moda—, con sus trajes de verano que parecían túnicas de seda, sus sandalias, tan tostada por el sol, sin ningún maquillaje, y mi padre de físico tan juvenil que no me parecían lo suficientemente "serios".

Hasta que, alguna vez, Narciso, un hombre chaparro y fornido que en verano usaba shorts mostrando sus piernas peludas, y una camisa blanca de mangas cortas toda abierta, enseñando un pecho también peludo, y para colmo, en alpargatas, fue a recogerme a la puerta de la escuela y con su vozarrón de acento español, berreaba haciendo ademanes con los brazos.

—¡Helena!, ¡Helena! ¡Que te esperan en casa!

Mis amigas creyeron que era mi padre y me avisaron, riéndose disimuladamente. Entonces sí me dio vergüenza. Petrificada de horror les aclaré con rapidez.

—Es el cocinero.

Llegué corriendo a la casa y les supliqué a mis padres que fueran a recogerme al colegio al día siguiente.

—¡Ahora sí!, ¿verdad?

Ambos se morían de risa. Al otro día tuvieron un gran éxito con mis amigas.

Había otra razón por la que me parecían distintos a los padres de mis amigas: porque en la calle nunca iban cogidos del brazo. Y dentro de la casa se peleaban muchísimo. Esto me entristecía y por eso prefería estar en la escuela, o en casa de mis amigas.

Los domingos cuando todavía no tenía merienda con mis amigas, o que no pasaba el *weekend* en el castillo de los Prentice, mi padre me llevaba al teatro o al circo. También tuve la dicha de alcanzar la última obra donde actuó Louis Jouvet, ya muy viejo, *Ondine*, de Jean Giraudoux, adaptada del cuento de un autor romántico, totalmente diferente al cuento de Andersen.

En una noche de tempestad llega un caballero a una cabaña de pescadores. Los viejos viven con su hija adoptiva, Ondine (Sirena), cuyos largos cabellos rubios y extraño encanto fascinan al caballero. Se casa con ella y se la lleva a la corte del rey. En el escenario, Ondine siempre está de frente al público y, porque siempre decía la verdad, el viejo rey la adoraba. Pero el caballero Hilbrand empieza a hartarse de las travesuras de Ondine, de sus caprichos infantiles y, sobre todo, de que siempre decía la verdad. Se enamora de Bertolda, una mujer común y corriente y se la lleva a vivir a su castillo con Ondine, quien le soporta todas sus maldades hasta que Bertolda la acusa de bruja para que la quemaran. No me acuerdo en qué termina la obra, pero, al caer el telón, me volví hacia mi padre y él hacia mí y los dos exclamamos casi al unísono:

—Mi mamá es Ondine.

Y él:

—Tu mamá es Ondine.

Qué curioso, los dos reconocimos a mi madre en ese ser puro y fuera de la realidad.

En esa época, jugaba mucho con mi padre y él se sometía, muy tierno, a mis caprichos. Me encantaba poner mis pequeños pies sobre los suyos, y agarrada de sus manos lo hacía recorrer el gran salón unas veinte veces, me parecía que iba flotando en el aire, porque todo el peso lo llevaba él, o también jugábamos mucho al árbol: le decía que se pusiera en medio del salón con las manos en la cintura. Como era pequeña para mi edad, le llegaba a las rodillas, entonces me trepaba a lo largo de su pierna hasta que llegaba al hueco formado por su brazo y de ahí me subía a su espalda y al enderezarme sobre su espalda le gritaba "¡detenme, detenme!". Me agarraba de las manos y lo hacía caminar sintiéndome acróbata. En general, los fines de semana se pasaba a mi estrecha cama y poniéndose de lado me abrazaba por la cintura y se dormía conmigo toda la noche. ¡Me sentía tan protegida!, como si él fuera un muro que me defendiera de todos los peligros, por eso me encantaba dormir con él, y ya en la mañana me ponía en posición de loto frente a él para desayunar juntos.

La Teo nos llevaba la charola del desayuno con varias naranjas para él. Mi papá cortaba una

naranja a la mitad y se la metía entera a la boca y se la chupaba, pero, claro, le chorreaba el jugo de naranja por toda la barbilla y yo lo regañaba.

—¡Papá, qué mal educado eres! Te estás ensuciando la cara con jugo de naranja.

Él se reía y me decía:

—¡Pero es que así me gusta!

Y cuando ya toda la familia Paz no tenía ningún compromiso, los domingos representábamos obras de teatro en el salón.

No sé por qué mis padres casi siempre escogían *Les précieuses ridicules.* Mi madre y yo hacíamos de las *précieuses* y mi papá de algún marqués. Por supuesto que no nos sabíamos las obras de Molière de memoria y, muchas veces, tomábamos el libro y lo leíamos en voz alta, con diversas entonaciones que nos hacían reír. A los tres nos encantaban esos domingos.

Cuando Finki vivía en la casa, yo inventé hacerles dictados en francés para ver quién se sacaba la mejor calificación. Mi padre y Finki competían con ardor, pero a mi madre le aburrían los dictados y no hacía ningún esfuerzo para corregir su espeluznante ortografía en francés.

Casi siempre el ganador era Finki (se había educado en Suiza de niño y el francés no le costaba ningún esfuerzo). Mi padre, como era tan competitivo, no podía disimular el coraje que le daba no ser el primero. Pero era un coraje sano y se esforzaba mucho en estudiar la ortografía francesa, que es muy difícil.

Mi padre también me llevó al circo Medrano en varias ocasiones. Un día de invierno se nos ocurrió visitar en sus jaulas a los animales del circo; los dueños lo permitían. Unos changuitos pequeños, encerrados en jaulas demasiado chicas para ellos, tiritaban de frío. Me puse a llorar y le pedí a mi padre que protestara. Fue entonces a reclamarle al encargado pero no sirvió de nada. Nunca se me olvidará el pelo de esos animalitos erizado por el frío, ni sus miradas de infinita desolación.

Por esa época, mi madre buscó una buena escuela de ballet. Los amigos le dieron la dirección de madame Matilde Tchessinskaya, la antigua estrella del Ballet Imperial. Fue la única amante del zar Nicolás II, antes de que él se casara con la princesa Alix de Hesse.

Isadora Duncan habla de ella en sus memorias (por cierto que la pone muy mal, pues estaba en contra de las puntas y de todo el ballet clásico). En realidad la Duncan era una improvisada que bailaba descalza seudobailes griegos dizque copiados de los jarrones helénicos. Pero nadie puede saber cómo bailaban los griegos de la antigüedad: sus danzas no perduraron.

Sin embargo, Isadora triunfó por la novedad de su baile y por su gran belleza. Pero le hizo un daño terrible al verdadero baile occidental que es el ballet, inventado, siguiendo los bailes europeos, por Luis XIV.

Todos los bailes populares europeos tienden a la elevación —jotas, pasdbourrée y cualquier otro—, sin embargo, el baile moderno se arrastra, no tiene ninguna disciplina ni mucha dificultad.

En fin, llegamos al estudio mi madre y yo. Estaba en los confines de Passy y había que tomar el metro. La casa tenía un pequeño jardín y la escuela era una especie de gran chalet de madera. Por dentro había una enorme sala de ballet rodeada de algunos balcones de madera, repletos con las

madres que asistían a los progresos de sus hijas y con algunos bailarines de la Ópera de París que iban a buscar talentos.

La clase ya estaba avanzada y tenía como treinta alumnas que, al ritmo del piano y del bastón de madame Tchessinskaya, ejecutaban, perfectamente, pasos adelantados, pues llevaban ya varios años de estudio.

La Tchessinskaya era una viejita menuda que no se levantaba de su sillón. Mi madre esperó el intermedio y me llevó con ella. Tenía un ayudante que me puso rápidamente las mallas y las zapatillas sin puntas de las clases.

Estaba aterrada, no sabía nada de ballet, ni siquiera el principio, las cinco posiciones de los pies. Mi madre, por su parte, se había extasiado con una rusita rubia que daba unos saltos perfectos. La Tchessinskaya, muy cariñosa, me mandó hasta el final de la fila de las alumnas. Yo no podía seguir los movimientos, era absolutamente novata. Había niñas hasta de catorce años como la hija de un actor, entonces muy famoso en Francia, Noël-Noël, Magali Noël. Esta chica luego incursionó en el cine y tuvo gran éxito en una película policiaca famosa de Jules Dassin, *Du Rififi chez les hommes (Rififi entre los hombres),* que vi mucho más tarde en México, en el cine París.

Pero ese día yo no daba una y me sentía deshecha, pensaba que no servía para el ballet. Mi madre, terca, me siguió mandando a esa clase tan adelantada, aunque para mí era un verdadero suplicio. Además, mi madre estaba muy decepcionada conmigo. Hasta que la Tchessinskaya la mandó llamar y le explicó.

—Señora, su hija necesita otra cosa. No se preocupe, sí sirve para el ballet clásico. Tiene cuerpo de bailarina [hay que tener un cuerpo de determinadas dimensiones, mucha abertura de piernas, gran flexibilidad, el pie arqueado, etcétera]; lo que le pasa a esta niña es que tiene que empezar por el principio. Le voy a dar la dirección de una gran amiga mía, madame Wronska; fue una gran bailarina, estuvo con Anna Pavlova. Es más joven que yo.

Así fue como dimos con Alicia Wronska, quien, al contrario de la Tchessinskaya, no aceptaba a cualquier alumna. (Ahora me doy cuenta de que sus clases eran muy comerciales.) Empecé con Fanette, una amiga del colegio, para darme valor. Mi padre se negó a comprarme mallas nuevas, así que hacía los ejercicios con unas mallas rojas que mi madre me había comprado para una fiesta de disfraces en casa de Claude Almosnino, una compañera de Las Abejas, a la que Fanette y yo fuimos disfrazadas de diablitos. Mi madre nos había confeccionado los disfraces.

Fue entonces que adelanté rápidamente en el ballet. Fanette, en cambio, era muy tiesa, tenía los pies planos, y al cabo de unos meses madame Wronska le dijo que nunca sería bailarina y la mandó a su casa. Fanette, aparentemente, no me guardó ningún rencor, pero me hacía rabiar contándome cómo se había divertido los jueves (día libre en las escuelas de Francia) yendo a patinar con Inés y el resto de nuestro grupito, y se burlaba de mí.

—¡Y tú sudando con esa rusa! A mí, mis padres nunca me dejarían ser bailarina. Eso no está bien para las chicas de buena familia.

Recuerdo vívidamente la tarde de un jueves del mes de junio; no iba a la escuela ese día, hacía calor y estaba muy entusiasmada por las clases de ballet que me daba Alicia Wronska. Puse toda

mi energía en los ejercicios. Las ventanas del estudio estaban abiertas sobre un jardín húmedo que tenía árboles y hortensias azules. Una brisa ligera soplaba y las cortinas de gasa blanca flotaban. De repente, en un salto sentí que me iba volando por la ventana.

Terminé la clase sudando a chorros, como siempre. Madame Wronska estaba encantada conmigo, como cada vez que ponía todo mi corazón en su clase. Aunque también se disgustaba o le hablaba llorando a mi madre para quejarse de mi "pereza". Esa vez me dijo, al tenderme la toalla:

—Sube rápidamente a ducharte, te tengo una sorpresa.

Subí las estrechas escaleras y me duché poseída por una felicidad hasta entonces desconocida para mí. Ya vestida bajé corriendo los escalones y madame Wronska, como solía hacer cuando estaba satisfecha conmigo, me invitó a tomar el té con ella y su primo Dimitri, en un saloncito amueblado a la rusa, con objetos de cobre brillante, donde había una cómoda de madera oscura, y reinaban, en marcos dorados, los retratos del zar y de su familia. En el centro había una mesa redonda cubierta con un mantel de terciopelo, con bordados color cobre, y un tapete en los mismos matices cálidos. Con mucha ceremonia me sirvió el té hirviente del samovar. Su primo me guiñó un ojo.

—¡Pequeña, te felicito! Si sigues así, Alicia dice que vas a ser la nueva Anna Pavlova.

Madame Wronska había desaparecido detrás de una cortina. Cuando volvió me tendió con solemnidad una cajita ricamente ornamentada con motivos rusos. Yo, que veneraba a madame Wronska, cogí la caja con respeto.

—Ábrela —me ordenó.

Para mi sorpresa, al abrirla, apareció un pequeño ciervo labrado en cobre rojizo, dorado.

—Es el fetiche de Anna Pavlova. Hoy te lo has ganado, y espero, Helena, que le hagas honor —me dijo solemne.

Todas las grandes bailarinas tenían su fetiche sin el cual no salían a bailar a escena. En general, se lo cosían en su tutú. Al envejecer, si se dedicaban a dar clases, se lo regalaban a su alumna favorita, a la que las iba a remplazar en el ballet.

Yo estaba muy emocionada, ¡el fetiche de Anna Pavlova!, mi ídolo, cuyas fotos, así como las de antiguas alumnas de madame Wronska, como Tamara Toumanova, tapizaban el estudio de baile, así como un enorme anuncio antiguo con la figura de madame Wronska anunciando un ballet donde aparecía con Anna Pavlova.

Me despedí de madame Wronska con la reverencia acostumbrada y me fui dando saltos de alegría por la escalera de la pequeña casa. Cada vez me gustaba más esa esquinita de Passy, con sus calles estrechas con casas particulares, sus jardines desbordantes de flores que formaban un pequeño laberinto que me sabía de memoria. Había que cruzar la avenida de Passy y la rue de la Pompe, para llegar a mi verdadero rincón de París: Henri Martin y Victor Hugo.

En aquella época cada barrio de París parecía un pueblito con todo a la mano, tiendas con trajes de lujo o baratos, panaderías, pastelerías, librerías, mercados a la antigua; qué diferencia de los supermercados actuales que no ofrecen ninguna sorpresa.

Todo el barrio me conocía: el librero de Victor Hugo, la panadera, el peluquero, el farmacéutico. Sobre esa tarde caían torrentes de sol como miel sobre un pan tostado.

Pasé por Fanette, que vivía en la avenida Victor Hugo. Decidimos tomar el autobús para llegar a Trocadero. En una tienda que hacía esquina con President Wilson había dos muñecas chinas, auténticas, que eran nuestra pasión, pero eran carísimas. Queríamos verlas.

Al subirnos al autobús sentí que era el día más feliz de mi vida. Nos quedamos en el balconcito del autobús. Iba despacio y formaba parte del barrio. Me pareció que al extender la mano podía cortar una flor de castaño rosa coral. A Fanette no le conté lo del fetiche, de seguro la hubiera hecho sentir mal.

De repente, me volvió mi vieja preocupación por madame Wronska. El día que mi padre decidió ya no pagarme las lecciones de baile, madame Wronska fue a verlo furiosa.

—¡Usted no es un artista! Es sólo un burócrata, imbécil. Su hija tiene un gran talento, pero yo le voy a dar las clases gratis. Es una futura estrella de ballet.

Aun así, tomaba las clases a escondidas de mi padre. Él consideraba al ballet un arte reaccionario, zarista. Yo no entendía por qué; sólo sabía que era lo que más me gustaba hacer en el mundo.

Madame Wronska tenía una alumna muy rica, un poco gorda, a la cual le daba clases de baile acrobático. Asistí al final de una lección, pues la recibía una hora antes que yo. En esos momentos le estaba gritando.

—¡Hipopótamo! ¡Elefante! Ni siquiera sirves para el baile acrobático. Le voy a hablar a tu madre para decirle que ya no soporto tu pesadez, tu falta de gracia.

La muchacha se puso a llorar y se fue muy enfadada. Le supliqué a madame Wronska que la tolerara, puesto que necesitaba el dinero de la gorda. Pero fue inconmovible.

Cuando yo me portaba mal, me daba un fuerte bastonazo en la parte trasera de las rodillas.

—¡Floja, endereza esas rodillas de chicle!

Así la habían educado en Rusia, en la escuela del zar, con una disciplina implacable.

El ballet tiene mucho de mística. Después de cada lección, caminaba con pasos doloridos, pues había utilizado todos los músculos del cuerpo; es el ejercicio más completo del mundo. Un día en el que yo estaba tan agotada, y en un ejercicio de braceo debía de tocar "graciosamente" el suelo con las manos en quinta posición, la cabeza me giraba y sentí que me iba a desmayar, madame Wronska me gritó.

—¡Ánimo, te faltan diez minutos, no puedes abandonar antes del final!

Me aguanté y le hice la reverencia, pero temblorosa. Ella corrió por una naranja partida en dos.

—¡Chúpala! Te dará fuerzas. Si te doy un vaso de agua fría, con lo que estás sudando, te puede hacer daño.

Me chupé la naranja y me sentí mucho mejor y satisfecha de haber superado el malestar.

Aquel día, al llegar a Trocadero y después de haber contemplado las muñecas chinas que hacía meses deseaba, decidimos volver caminando. Agarradas del brazo cantábamos muy alto un éxito de Yves Montand: "Moi je m'en fous, je m'en contrefous". Y nos parábamos para reírnos alegremente.

Las muñecas chinas de las que estaba enamorada eran una pareja de hermanas, vestidas con el

traje de las manchús; llevaban unos pantalones de terciopelo verde esmeralda con la chaqueta cruzada de cuello alto de raso verde, recamado de plata. Sus caras eran perfectas, llevaban su pelo negro en un chongo adornado de peinetas de jade verde. Naturalmente, eran carísimas; el dinero no alcanzaba para las muñecas y no encontraba quién me las regalara; hasta que se presentó a la casa una prestigiada física mexicana, Laura V., con su hija, Paula.

Laura era protegida de Miguel Alemán, y todas las tardes se presentaba a leerle su tratado sobre asuntos atómicos a mi madre, quien cínicamente se quedaba dormida, con la esperanza de que Laura, ofendida, se fuera. Al cabo de tres horas despertaba ¿y quién creen que estaba cerca de ella, mirándola como una lechuza muy seria?, en efecto, Laura. Mi madre le sonreía.

—Discúlpame, ¿qué hiciste mientras dormía?

—Estaba esperando a que despertaras para seguirte leyendo.

En cuanto a la hija, desde el primer día se metió al pasillo de los cuartos a jugar conmigo y con Fanette.

Paula era una niña rechoncha muy mimada, de largos bucles negros, mayor que nosotras. Tenía unos trece años. Fanette y yo estábamos practicando la pelota presa. Es un juego donde se forman dos equipos separados con una raya de gis, el equipo contrario avienta lo más fuerte posible una pelota muy pesada al campo del adversario, y se trataba de agarrar la pelota para que no le llegara a las otras. A veces el golpe era tan duro que nos doblaba en dos o saltábamos muy alto para agarrar la pelota en el aire, porque si una de las presas agarraba la pelota nos las regresaba lo más duro posible a alguna parte del cuerpo para vencernos.

Paula se metió al pasillo a jugar con nosotras, y la aceptamos encantadas. Le explicamos el juego, pero al primer pelotazo que recibió comenzó a aullar de dolor. Era la típica niña mimada de los nuevos ricos mexicanos, y se soltó llorando.

—¡Ay, Dios mío!, me quisieron lastimar adrede, qué malas son.

Fanette y yo nos burlamos de ella. Entonces se quedó parada viendo el juego. A partir de esa tarde, acompañaba a su madre. Decidió ser mi amiga y todos los días iba a la casa a jugar conmigo. Tenía trece años, pero me exasperaban sus quejidos y, además, no sabía jugar nada; sin embargo, noté que su mamá le daba mucho dinero, entonces se me ocurrió una idea maquiavélica. La llevé a ver las famosas muñecas chinas y le propuse un trato.

—Mira, si me compras esas muñecas, mientras estés en París, juego todas las tardes contigo.

Como ella no iba al colegio aceptó encantada y ya, de plano, algunas veces hasta se quedaba a dormir en la casa. En la noche me leía un libro bastante macabro, *La novela de una momia,* de Théophile Gautier; era la historia de un lord inglés enamorado de una momia del antiguo Egipto, y el escritor narra la vida pasada de esta momia, que había sido una mujer muy guapa, y su trágico final. Luego describe su muerte y cómo la embalsamaron. A mi mamá le daba horror esa novela pero como a mí me apasionaba el antiguo-Egipto, me gustaba que Paula me leyera el libro.

Pasaron tres meses y la víspera de su partida volví a llevar a Paula a la tienda de las muñecas chinas, pero se negó rotundamente a comprármelas; hice una rabieta espantosa. La acusé de embustera y falsa. Lo que más me enfurecía era que ella me miraba feliz, y por más que le dije que en mi escuela eso no se hacía se quedó imperturbable. Entonces, disimulé mi rabia y la invité a jugar a la casa, donde estaba su mamá acompañada de la famosa periodista Elvira Vargas. Nos

fuimos al cuarto de los invitados y le propuse jugar a la peluquería. Ella aceptó con mucho gusto. Le puse una toalla sobre los hombros y tomé un par de tijeras, y empecé a presumir como merolico.

—Soy el gran peluquero italiano Farfani, y te voy a dejar guapísima.

Entonces agarré uno de sus largos bucles negros y se lo corté hasta la raíz, otros se los dejaba de dos centímetros de largo. Al final, le dejé unas ridículas colas ralas en la nuca y sobre la frente un fleco de acordeón, entonces le dije que había terminado.

—Quedaste muy guapa: ven a verte en el espejo.

Al verse gritó de horror y tenía razón, porque realmente estaba espantosa; sollozaba y me culpaba de ser una malvada. Corrió al salón para acusarme delante de Elvira Vargas y de su mamá. La periodista, furiosa, amenazó con escribir un artículo sobre mí en México.

Ahí no paró todo. En la planta baja del edificio vivía una viejita muy elegante, madame De La Pérouse, descendiente del famoso pirata francés La Pérouse. Vivía con su nieta Violette. La viejita, bretona como su antepasado, me adoraba y siempre se quejaba de su nieta con mi mamá. En el interior del edificio había un patio redondo donde estaba situada su cocina, naturalmente estaba recubierta con una elegante marquesina de vidrio opaco de forma triangular ornamentada con abundante herrería. Cuando Laura le anunció a su hija que ya nunca me iba a volver a ver, ésta se volvió loca. Corrió por el pasillo de la entrada, abrió las ventanas y se lanzó al vacío, por fortuna la detuvo la marquesina y se quedó colgada de los brazos sobre las barras de hierro. Chorreaba sangre en abundancia y madame De La Pérouse vociferaba aterrada.

—¿Quién es esta mujer? ¿Qué hace en mi cocina esta loca?

También la Teo gritaba.

—¡Jolines, los mexicanos son gente sublevada!

Hubo que llamar a los bomberos para rescatarla. Se la llevaron al hospital a curarla de las múltiples heridas causadas por los vidrios rotos. No la volví a ver en París, pero años después, en México, cuando yo tenía veintidós años, frecuentaba un salón de belleza, la Biochimie Esthétique, negocio de Blanca Echeverría Álvarez, prima hermana de Luis Echeverría. Yo era de sus clientes consentidas, y un día, para mi sorpresa, la directora de la estética me abordó.

—Oiga, Helena, aquí viene una amiga suya, Paula del R., y la quiere ver. Me dejó su tarjeta para que se comunique.

Yo, atemorizada por las aventuras de París, nunca le hablé.

Después de un tiempo en el departamento, un día, mi madre esperó a que mi padre se fuera a la embajada y me dijo:

—Mira, Chatita, nos vamos a volver a dormir.

—Pero yo no quiero, mamá.

—Sí, sí, vamos a tener un sueño rico. Tómate estas pastillitas.

Me dio muchas pastillas blancas con un vaso de agua y mandó muy temprano a las compras a Narciso. Me dormí; pero Narciso, muy astuto, la había visto muy desesperada y llorar a escondidas.

Llegó a la esquina de la calle y enseguida comprendió. Se regresó corriendo a la casa, le pidió

ayuda a Pierre y entre los dos tiraron la gran puerta de la entrada. Él olor a gas salía con fuerza del departamento. Mi madre había abierto un enorme tubo de gas, anticuado, en la vetusta cocina, y éste penetraba directamente a la gran recámara que compartía con mi padre, donde estábamos dormidas. Gracias a la rapidez de Narciso no hubo necesitad de llamar ambulancias. Alarmadísimos, me despertaron a bofetadas y a cubetazos de agua fría. Pierre, que quería tanto a mi madre, le preguntaba:

—¿Cómo es posible que una *petite dame* tan joven y tan bonita no quiera ya vivir?

Mi madre sollozaba como en el barco aquel. Narciso me llevó a la cocina y me explicó que había sido una "equivocación" de mi madre. No entendí nada. Muchos años después, comprendí que se había tratado de suicidar, y no queriendo dejarme sola en el mundo, decidió llevarme con ella.

Después de esa primavera estaba yo muy flaca y ojerosa. Mi madre se preocupó y me llevó a que me hicieran la reacción de la tuberculosis. Salió positiva. No quería decir que yo estuviera tuberculosa, pero sí debilitada por la larga bronquitis, y estaba propensa. El viejo doctor francés le dijo:

—Mándela este verano a la montaña, a los Alpes. Ahí se repondrá su hijita.

Finki les recomendó Gstaadt a mis padres. Su tía Flori, otra hermana de la mamá de Finki, vivía en Saanen, en la Suiza alemana, casada con Arnold von Gruningen, dueño de un aserradero.

Saanen, en aquella época, era un modesto y típico pueblo suizo, muy bonito, con chalets de madera y tiendas olorosas a jabón. Estaba junto a Gstaadt, que era al mismo tiempo que St. Moritz —éste mucho más sofisticado— uno de los paraderos de invierno más elegantes de Europa.

En Gstaadt había muchos internados para niños. Finki les aconsejó llevarme al Mont Bijou, para reponerme.

Los chalets de Gstaadt eran de madera oscura, enormes; algunas partes de los muros estaban pintados con flores de colores y, en invierno, había trineos para pasear, cubiertos de pieles y jalados por caballos, también había una pastelería muy elegante.

Gstaadt posee las mejores pistas para esquiar del mundo y tiene otra ventaja, en pleno invierno siempre brilla el sol en el valle y en las montañas, al contrario de Aspen, Colorado, que por su situación geográfica, en invierno siempre está cubierto por una capa de niebla y raras veces brilla el sol. Hacia las montañas, muy arriba, estaba el Palace, uno de los hoteles más caros de Europa, que en verdad parecía un auténtico castillo antiguo.

Suiza era bellísima también en verano. Por todas partes había un pasto espeso, cubierto de miles de flores salvajes, y muchos árboles.

Al llegar al Mont Bijou, un chalet que estaba en una colina, arriba, desde donde se dominaba el jardín y la planta baja en la que estaba yo junto con mis padres, se asomaron muchas niñas para ver a la "nueva".

No sé por qué me dio vergüenza besarlos delante de ellas; quizá temía que me tomaran por una niña apocada y consentida, así que resueltamente les di la espalda a mis padres y subí sola las escaleras que llevaban al internado. Ellos, sorprendidos, se quedaron haciéndome señas de despedida y mandándome besos.

Los primeros días fueron muy felices, pues el director, el señor Schneider, organizaba largas excursiones por las montañas recubiertas de pinos y de flores salvajes. Aquellos bosques estaban llenos de ardillas, conejos y ciervos.

Los mayores jugaban tenis y los chiquitos, bádminton. Había una disciplina estricta pero no carcelaria. En el comedor había largas mesas de madera de pino y comíamos a las doce. Así empezaron a pasar los días, un mes, y ni una carta de mis padres. Me sentí abandonada para siempre en ese lugar del mundo. El señor Schneider también estaba preocupado. Al mes y medio, lloraba día y noche; me sentía "huérfana", pues no sabía dónde estaban mis padres. Entonces até un pañuelo a mi mano para secar mis lágrimas con mucha más comodidad y lloraba sin cesar, en la mañana, a la hora de la comida y a la hora de la cena. De niña se sufre muy intensamente y yo tenía apenas siete años. En realidad me creía abandonada para siempre. Así pasaron cuatro meses, hasta que un día, ¡por fin, una cara conocida!, Diego del Vayo, siempre tan cortés y caballeroso conmigo —lo contrario de Finki—, fue a invitarme, con el permiso del señor Schneider, a la elegante pastelería del pueblo. El llanto se me cortó de inmediato. Después de los pasteles me dijo en tono confidencial.

—Mira, Carotina [una palabra que habían inventado él y sus primos, que quería decir "monada", "querida", en fin, muchas cosas], vamos a comprar un hermoso ramo de flores. Vas a ver que te tengo una sorpresa.

Asentí sin sospechar nada. Después me llevó a la pequeña estación de trenes, que parecía de juguete. Silbó un tren y se detuvo. Del andén saltó mi madre, tostada por el sol, con un traje rosa con lunares blancos; llevaba su pelo rubio y lacio, suelto. Corrí hacia ella y no paraba de llorar de emoción. Fue una de las grandes alegrías de mi infancia. ¡No me habían abandonado!

—No llores, Chatita —ella reía, encantada de verme. Y se pasó unos días en Gstaadt, conmigo.

Las alumnas de la escuela nadaban en la piscina alimentada por los torrentes helados de la montaña. La temperatura estaba siempre entre cinco o seis grados. Entrar al agua helada cortaba el aliento, pero al moverse, el frío se disipaba, y al salir de la piscina una se sentía revigorizada, sana, dispuesta a todo. Mi madre nos acompañaba todos los días a nadar.

De mayor supe que mi padre se había llevado a mi madre a Venecia, donde no paraban: cenas y fiestas con un grupo muy elegante, en el que estaba un escenógrafo de teatro que después trabajó con Luchino Visconti, Piero Saffi, y también el heredero de las máquinas Olivetti.

Un día, mi madre sintió mucho sueño y no quería salir del hotel, entonces el loco de mi papá, quién sabe qué pastilla le dio para darle fuerzas y mi madre terminó desmayándose en la mesa del restaurante donde estaban cenando. El heredero de las máquinas Olivetti regañó a mi padre.

—Esta muchacha ya no puede más.

La cogió en brazos y la llevó al hotel. Al día siguiente, mi padre la mandó a Suiza conmigo para que se repusiera. Desde entonces me encantó Suiza, tan limpia, ordenada, y los Alpes, cuyos glaciares se divisaban a lo lejos aun en pleno verano.

Ese otoño volví muy feliz a Las Abejas. Teníamos competencia en las calles con las niñas de Lubeck, un internado de monjas que tenía fama de ser muy severo. Las niñas de Lubeck, con sus uniformes azul marino y sus grandes chambergos redondos, nos miraban con desprecio. También

estaban las niñas de Sainte Marie, de uniforme gris. Eran bonitas y muy rubias. Y las muchachas de Les Oiseaux, otro internado de monjas. No nos hablábamos en la calle y nunca nos hubiéramos hecho amigas de una de ellas.

Ese verano, Narciso, que se había quedado a cuidar la casa, hizo un fiestón de ¡apaga y vámonos! Sus amigos borrachos rompieron cristalería muy fina de los Faure, y Diego lo corrió, pero él no se quería ir.

Mi madre iba a la capilla española de la rue de la Pompe y se había hecho muy amiga del padre Baltierra, el cura que se ocupaba de la emigración española. Como es sabido, las "democracias" habían cercado a España, haciéndole un boicot internacional de todo; en ese país reinaba el hambre y muchos españoles llegaban a París en busca de trabajo.

Un día tocó a la puerta una mujer alta, rubia, medio calva, de ojos azules, muy bien vestida, pero que no parecía una "señora". Yo le abrí y me dijo:

—Peque, ve a avisarle a tu madre que el padre Baltierra me manda, pues sé que estáis sin servicio.

Su voz era muy dulce y me simpatizó de inmediato. Mi madre la contrató enseguida, tenía cartas de recomendación de gente conocida de España. Era la Teo, Teodora Bárbara, que durante toda mi infancia fue como mi segunda madre, y a la que escuchaba más que a mis padres.

He de reconocer que sólo hasta que llegó la Teo tomé mi ritmo. Me acostaba a cenar a las siete de la noche en mi cuarto, siempre con un libro en la mano. La Teo ponía ropa limpia sobre una silla, para que fuera a la escuela al día siguiente. En general, con mi falda planchada y una blusa blanca.

Me habían regalado un reloj despertador con un Mickey Mouse que señalaba la hora con las manos. A las ocho en punto abandonaba mi lectura y me dormía apaciblemente. Al día siguiente, desayunaba en mi cuarto y me iba corriendo a la escuela. Por lo regular, mis padres estaban durmiendo, pues habían ido a un coctel diplomático, o a una cena de amigos. Era "la pareja más guapa y más joven" de la alta sociedad cultural de París. Al mediodía, llegaba de la escuela y comía sola en el enorme comedor, leyendo, claro está. A las dos me iba de nuevo a la escuela.

La casa era un centro de reunión para los refugiados españoles, entre ellos un día se presentaron María Zambrano, la gran filósofa española, la mejor alumna de Ortega y Gasset, y su hermana Araceli, que era lo contrario de María, una mujer sencilla a la que sólo le interesaba estar guapa para los hombres. Ambas hermanas eran inseparables. Mis padres habían conocido a María durante la Guerra Civil española. En poco tiempo se volvieron asiduas de la casa. Las dos querían mucho a mi mamá, aunque estimaban enormemente la inteligencia de mi padre.

—Esa cabecita de Octavio, siempre pensando, siempre pensando —decía María.

Como se quejaban tanto de no tener dinero, mis padres las invitaron a quedarse una temporada en la casa, mientras solucionaban su problema económico. Y se instalaron felices en el cuarto de los "invitados", cuyas paredes estaban tapizadas de seda color amarillo oro. Yo las quería mucho y cuando no iba al colegio, desayunaba con ellas en el cuarto.

María era una mujer menudita, muy delgada, y usaba pijamas para dormir. Tenía el pelo

entrecano, peinado con un chongo severo; en cambio su hermana Araceli, que era alta y gruesa, se ponía camisones de encaje blanco, o de seda verde o rosa.

Una mañana, mi mamá estaba en su cuarto y María se rascó con un dedo la cabeza mientras le manifestaba:

—¡Ay, Elenichu!, hoy se puede decir que he amanecido muy cartesiana.

Mi mamá refrenó a duras penas un ataque de risa y se lo contó a Finki. Éste, que era muy realista y burlón se molestó.

—¡Vaya con la criada segoviana! Es una farsante, Ratón.

Mi mamá se indignó con él.

—¿Por qué dices que es una criada segoviana?

—¡Hombre!, porque las conozco hace años. Toda su filosofía es una pose. Vas a ver, vas a ver la desilusión que te llevas con ellas.

Las dos hermanas se levantaban muy tarde, como a las doce del día, y salían a visitar a sus numerosos amigos.

María hablaba mucho de filosofía con mi padre, y su trato con mi mamá era como el de una madre hacia una hija un poco locuela, pues le inspiraba mucha ternura. Los pleitos entre mis padres disminuyeron mucho. María siempre la daba la razón a mi mamá, y reconvenía a mi padre.

—Octavio, ¿cómo puedes ser tan duro con esta criatura si es una niña tan dulce? Déjala que se exprese aunque exagere un poco, porque, vamos, tú eres el poeta y Elena la poesía.

Mi padre, que admiraba ciegamente a María, se quedaba asombrado y enseguida se retractaba de su dureza y, de buena fe, le pedía perdón a mi madre.

La época en que vivieron las Zambrano en la casa de la calle de Victor Hugo fue una de las más felices que recuerdo. Una de las fechas más bonitas fue la Navidad que pasamos con ellas y los Álvarez del Vayo.

Yo conocía muy bien el barrio y acompañé a la Teo al viejo mercado, donde había un gran pórtico, los puestos estaban decorados con muy buen gusto; las escamas azules y rojas de los pescados frescos brillaban y dispersaban un olor a mar. Los puestos de frutas, con sus grandes pirámides de naranjas como pequeños soles, de uvas translúcidas y de piñas, me encantaron. Además, vendían faisanes con todo y plumas, patos, tórtolas; todo se convertía en una obra de arte. Teo, que era muy buena cocinera, iba a preparar la cena para el día de Navidad.

En casa, además del tradicional árbol navideño, mi mamá había decorado el pequeño salón y el comedor con diminutos pinos escarchados con nieve artificial de color rosa pálido, azul cielo y blanco. Y había confeccionado ángeles de cartón con alas doradas y túnicas de color pastel. La mesa estaba decorada con guirnaldas de acebo, una planta navideña de los países nórdicos que tiene pequeñas hojas verde oscuro con espinas y bayas color escarlata. Esa mañana escribí mi primer poema: estaba dedicado a Araceli Zambrano.

La cena fue muy familiar y con un ambiente cálido. Sólo asistieron Julio Álvarez del Vayo, su esposa Luisi, su hijo Diego, que entonces era muy jovencito, el inevitable Finki y las Zambrano. Por una vez tuve permiso de cenar con los mayores. Para mí esta cena quedó como un recuerdo mágico.

De cualquier manera, aunque más disimulados, los problemas íntimos de mis padres

continuaban. Una noche en que mi madre no aparecía por ningún lado, la única que se preocupó fue María, quien tenía una gran intuición. Se alarmó mucho y empezó a gritar.

—¡Hay que buscar a Elenichu!

Finki apenas le hizo caso.

—¡Bah!, esa loca debe andar por ahí.

María recorrió la enorme casa y llegó al comedor, que en ese momento estaba a oscuras, prendió la luz y vio a mi madre colgada del cuello con un alambre del enorme candil. Llevaba unos pantalones negros y parecía un muñeco desarticulado. María pidió socorro a la Teo y a Finki; todos llegaron al comedor corriendo y colocaron sillas sobre la mesa para descolgar a mi mamá. Luego, permaneció mucho tiempo sobre la mesa, inconsciente y con el cuello morado. La reanimaron y le dieron atención médica. María, aún sollozando, no podía creerlo.

—¡Cómo es posible, Elenichu, que una chica tan guapa y tan joven como tú se quiera quitar la vida!

Mi padre la declaró loca y la quería internar en un manicomio, pero María se opuso rotundamente y, como ella tenía un gran prestigio entre los refugiados españoles, mi padre desistió. La vida siguió su curso.

Las Zambrano siguieron viviendo en la casa como un año más y para nuestra gran sorpresa les empezaron a llegar cajas con sombreros muy elegantes de Rose Valois, la sombrerería más cotizada del París de aquella época, y cajas con trajes de Christian Dior, Balmain y Marcel Rochas. Y nos informaron muy amablemente que su problema económico se había solucionado y ya no necesitaban darnos la lata. Finki, que sabía todo pero de manera sórdida, le contó a mi madre su versión.

—Ya ves, Ratón, que yo tenía razón. La Araceli se casó en España con Muñoz, uno de los grandes jefes de la policía de la República. Franco lo fusiló porque tenía muchos crímenes pendientes, pero antes, el tío ese, tuvo tiempo de mandar su enorme fortuna a un banco francés para asegurar a la Araceli. Claro que por presiones de la embajada franquista el gobierno francés se negaba a entregarles el dinero. No sé con qué maniobras lograron recuperarlo, y por eso se van de tu casa.

Mi madre acusó a Finki de calumniador. Las Zambrano se quedaron poco tiempo en París y luego se fueron a Roma, donde vivieron llenas de gatos, según Juan Soriano y Diego de Meza.

Diego era un noble español republicano que tenía un puesto muy importante en la Organización Internacional del Trabajo (OIT) y nos contaba una versión exagerada y loca de la vida de las Zambrano en Roma. Según él, vivían en un enorme departamento dividido por una gran malla de alambre para separar a los más de cien gatos machos de un número igual de hembras; una medida realmente sádica, pues había que oír a esos animales en celo, pegados a la reja, además de la peste a cadáver que salía de ese departamento. Qué versiones tan estrafalarias da la gente de los pocos seres humanos famosos que quieren a los animales.

Como fuera, Araceli fue una muy buena influencia para mi madre, porque con su gusto por la vida la empujaba a salir mucho de noche, a arreglarse, ponerse guapa para ir a cafés o cabarets con ella, y de esos paseos mi madre siempre regresaba más animada, optimista, muerta de risa.

Aunque viuda, Araceli no había perdido la esperanza de volverse a casar.

Acerca de esto mi madre, burlona, le contó un día a Finki que Araceli se había quejado con ella.

—¡Ay, hija, lo que pasa es que ya no hay hombres! ¡Qué diferencia de antes, no había tanto marica y me llovían los pretendientes!

Finki concluyó el asunto con su corrosivo humor de siempre:

—Hombre, Ratón, ¿cómo quieres tú que esa criada segoviana ya entrada en años y con el cuerpo de matrona que se carga conquiste a un tío?

Alguna vez mi madre me contó una anécdota que me encantó: Araceli y ella estaban sentadas en uno de los cabarets más elegantes de París y vieron en una mesa vecina a Marlene Dietrich, acompañada por su último gran amor, Jean Gabin.

Le pedí a mi madre que me describiera a Marlene. Me dijo que era la mujer más encantadora que había visto en su vida. Yo leía todos los periódicos de los mayores, y como Marlene vivió durante esos años en París, su romance con Jean Gabin salía diariamente en los periódicos. También le pregunté a mi mamá cómo era Jean Gabin en persona; me dijo que la había decepcionado, porque parecía un francés común y corriente, con la cara muy colorada por el vino, aunque no era alcohólico.

Araceli, tan entusiasta, enloqueció con Marlene.

—Elena, hija mía, que no me levanto de la mesa antes que la Marlene; quiero verle sus famosas piernas.

Eran tan insistentes en su admiración que Marlene lo notó y empezó a brindar con ellas, sonriendo y guiñándoles un ojo. Pudieron haber aprovechado la ocasión para conversar con ella, pues era muy sencilla, pero se cohibieron. Por fin se levantó y vieron sus famosas piernas. Llevaba una falda negra, arriba de la rodilla, medias de seda y zapatos de raso negro de tacón muy alto. Mi mamá y Araceli se quedaron admiradas de lo perfectas que eran sus piernas. Al salir Marlene se volvió hacia ellas y les hizo una afectuosa señal de adiós con la mano.

Tiempo después, en mi adolescencia, Diego del Vayo, al que le encantaba salir con debutantes guapas, nos invitó a Henrietta Tiarks, Olga Georges-Picot —mi gran amiga del Liceo Franco-Mexicano y cuyo padre era embajador de Francia ante las Naciones Unidas en Nueva York— y a mí, al restaurante La Côte Basque; en esa época, Olga lucía muy guapa con sus pómulos eslavos que había heredado de su madre rusa, sus grandes ojos apasionados, que reflejaban su alegría o sus grandes depresiones, y con su pelo negro muy cortito. Todas éramos del mismo tipo. Mi madre la llamaba "el joven guerrero tártaro"; pero la estrella para nosotros, aquella noche, era Henrietta Tiarks, la debutante del año en Nueva York, joven inglesa millonaria, muy bonita, de pelo oscuro y ojos azules con el extraordinario cutis inglés, fresco y de un blanco translúcido.

De repente, entró a La Côte Basque Salvador Dalí, alto e imponente, con su bastón y sus ridículos bigotes. Yo estaba predispuesta contra él por el desdén de los surrealistas; en realidad era un esnob desenfrenado que se había hecho íntimo amigo de Olga Georges-Picot y de Diego del Vayo. Se sentó un rato en la mesa y ni lo escuché. Más tarde se retiró y, después, entró al restaurante Marlene Dietrich con su hija y su yerno. Marlene era más o menos de un metro setenta,

y daba la impresión de una gran fragilidad por sus huesos menudos y su delgadez. Llevaba una blusa de seda muy sencilla y una falda negra por encima de las rodillas, medias negras y tacones altos. Su belleza me dejó helada, miré a mis amigas que hacía cinco minutos tanto admiraba y me parecieron insignificantes y descoloridas.

Diego, que conocía a Marlene muy bien, por su madre Luisi, que era suiza-alemana, se levantó encantado y avanzó hacia ella para abrazarla; ella, sencilla como siempre, avanzó hacia nosotras las mocosas y nos saludó de beso en la mejilla con una cordialidad extraordinaria.

Se sentó en una mesa cercana a la nuestra y no resistí mirarla de pies a cabeza; tenía un cutis perfecto para su edad, color albaricoque, pues estaba tostada por el sol, casi sin maquillaje, sólo los labios pintados de rojo, unas larguísimas pestañas rubias naturales y su inolvidable mirada. Su pelo rubio estaba peinado con una melenita lacia. En verdad era una diosa de la belleza. Junto a ella, su hija, que también era guapa, pero muy descuidada, como esas amas de casa alemanas que parece que se lavan la cara con agua de lejía. Su pelo rubio mal ondulado y demasiado largo, lucía greñudo. En cuanto al yerno, éste era horrible, una especie de bohemio beatnik. Estaba disfrazado de artista, con una camisa blanca sin corbata —lo habían dejado entrar así por ser el yerno de Marlene—, por encima de la camisa blanca un saco de pana negra, lustroso por lo viejo; una barba negra hirsuta y el pelo largo. Diego, que adoraba a Marlene, nos contó indignado lo malvada que era la hija con ella y que el yerno no era más que un padrote.

Varios años después, volvimos a México, justo en 1963, invitadas por Amalia Hernández para hacer una película con guion de mi madre, *De noche vienes,* para ser dirigida por Marcel Camus, el famoso director de *Orfeo negro;* entonces estábamos alojadas en el hotel Alameda y todos los días subíamos a la piscina.

Habían surgido algunos problemas con Amalia, y mi madre le pidió ayuda a su eterno compañero de desdichas, Juan de la Cabada, para que la respaldara; y un día en que yo estaba nadando, y mi mamá, Marcel y Juan estaban sentados alrededor de la alberca, nos llamó un muchacho muy guapo desde un lado de la piscina.

—Hi, people! Are you artists?

Era Burt Bacharach, el conocido compositor, que en ese tiempo acompañaba a Marlene en su gira por México como su director de orquesta. Nos hicimos amigos de él (por cierto, se enamoró de mí). Nos contó que Marlene estaba muy pobre y que hacía esas giras para obtener un poco de dinero. Burt era judío americano, adoraba a Marlene y no le cobraba nada.

Como Marlene estaba alojada en el mismo hotel, nos llevó a conocerla. Mi mamá le simpatizó mucho y se hicieron muy amigas, incluso le hizo una invitación.

—Cuando vuelvas a París te invito a vivir en mi casa en la avenida Montaigne.

Toño Peláez y Elena Poniatowska se entusiasmaron cuando mi mamá les platicó que conocía a Marlene; entonces mi mamá organizó una cena con ella y, sencilla como siempre, aceptó que Elenita Poniatowska le hiciera una entrevista.

Marlene cantó en El Patio como un mes, enfundada en su famoso traje de gasa color piel, untado al cuerpo y bordado de lentejuelas. Ahí la iba a ver mi mamá todas las noches junto con Marcel y Juan de la Cabada, y después se iban a cenar juntos a algún restaurante.

Cuando Marlene cantaba le daba un significado a cada palabra como nunca antes lo había

tenido y nunca volvería a tenerlo. Su voz ronca, llena de una magia cálida, era lo que hacía que uno no pudiera dejar de mirarla.

Cuando mi madre y yo pudimos volver a París, en 1981, Marlene estaba en silla de ruedas, recluida en su piso de la avenida Montaigne, que le había dejado prestado su gran amante Jean Gabin y no quería ver a nadie, pues como se moría de hambre y no tenía dinero para arreglarse, no quería que la gente la viera tan acabada y deprimida. Los estudios de cine, "por amistad", le encargaban cocinar para ellos. Su ama de llaves, que la quería mucho y nunca se separó de ella aunque no le pagara, le ayudaba a colgar de las paredes de la cocina cincuenta o sesenta milanesas de ternera que Marlene cocinaba al día siguiente para gente de los estudios.

Al morir Marlene, el ama de llaves entregó parte del diario a la prensa, donde apuntaba: "Hoy viernes tal me muero de hambre" y así, durante días y días. Era una mujer muy digna y nunca aceptó ningún donativo de dinero de los amigos o conocidos. ¿Por qué será que las mujeres guapas, talentosas y generosas siempre acaban tan trágicamente?

En el caso de Marlene, ni siquiera su hija, a la que tanto ayudó y mantuvo en el lujo toda la vida, asistió a su sepelio; y no sólo eso, sino que, además, publicó un libro abyecto contra su madre, producto de su frustración y envidia, donde queda demostrado que los que nunca fueron, nunca serán.

Volvamos a París. El desfile de amigos europeos de mis padres empezó ese año. Una mañana salió en un periódico francés un ataque terrible contra México. Se hablaba de lo monstruosa que era en aquella época la Cruz Roja; que no atendía a los heridos, los robaban, en fin, cosas negativas para nuestro país. El artículo estaba firmado por Benjamín Péret, el segundo de abordo de André Breton, el papá del surrealismo en Europa. Durante la guerra, Péret había estado refugiado en México, viviendo con Remedios Varo. Mi mamá lo había tratado mucho, junto con Juan de la Cabada.

Ante ese hecho, el embajador de México le exigió a mi padre, como escritor que era, que refutara a Benjamín Péret por medio de la prensa. Y lo tuvo que hacer. Después, estaba desesperado.

—Ya me eché a los surrealistas de enemigos.

Mi madre fue a buscar a Benjamín Péret, quien la apreciaba, y trató de conciliarlo con mi padre. No obstante, al principio apenas contenía su enojo.

—¡Tu marido sólo es un cochino burócrata!

Mi madre logró persuadirlo y se entrevistó con mi padre e hicieron las paces. Incluso Péret, quien era tan bueno como un cura laico, llevó a mi papá al café de la plaza Blanche, donde reinaba André Breton.

Breton era trotskista y había expulsado a Louis Aragón por no coincidir en sus ideologías.

En cuanto a Salvador Dalí, exsurrealista, se burlaba de él con un ingenioso anagrama: Salvador Dalí = *Avida Dollars,* por su esnobismo y mercantilismo crecientes.

Mi padre se puso feliz y se hizo furiosamente surrealista. Mi madre, a la que Breton parecía apreciar de veras, era a la única a quien le permitía contradecirlo. Una ocasión declaró que el "arte negro" era superior a Fidias, esto lo sostenía en sus revistas.

—Usted está loco querido André, esas estatuas negras parecen insectos deformes. ¡No hay nada superior al arte griego!

Breton se reía mucho con mi mamá, e incluso le dedicó un libro de él: "A Elena Garro de Paz, toda en colibríes".

A la casa también venía mucho poeta hispanoamericano como Carlitos Martínez Rivas, un bohemio provocador, y Ernesto Cardenal. Mis padres también se habían hecho amigos de un poeta y escritor de teatro: Georges Sheade, un libanés encantador. En esa época estaba muy de moda en Francia. Ahora, injustamente, está un poco olvidado. Me quería mucho. Recuerdo que un día que desatendí la prohibición de mis padres de platicar con sus invitados, me mandaron a cenar a la cocina. Salí furiosa, no sin antes replicar de mala manera:

—Los pobres son como los niños: comen en la cocina.

A Sheade le encantó esa frase y la puso en boca de uno de sus personajes de teatro. En mi cuaderno de recuerdos Sheade puso "y para su corazón, una pequeña gota de oro".

Un día, mi padre trajo a un joven filósofo de presencia vital y risa fácil que hacía olvidar los problemas cotidianos, Kostas Papayanus, con quien las solemnidades se desbarataban. Traía con él al viento de las montañas y su inteligencia era profunda. Se volvió asiduo de la casa y uno de los mejores amigos de mi padre. Estaba refugiado en París, y muy pobre. Con él entró a la casa toda una cauda de jóvenes inquietos de Grecia, que fueron los amigos más encantadores de mi padre; por ejemplo, Kostas Axelos, también filósofo e hijo del embajador de Grecia, un tanto esnob; exceso que le reprochaba el otro Kostas, sobre todo cuando se jactaba de conocer a grandes intelectuales a los que había tratado alguna vez, lo que daba lugar a los sarcasmos de Papayanus, pero nunca se molestaba, pues Axelos tenía un gran sentido del humor.

Nunca olvidaré el día en que mi papá me llevó al teatro a ver *La vida es sueño,* con Kostas Papayanus, en el Palacio de Chaillot. La obra me encantó y Kostas estaba feliz de que yo la hubiera comprendido y, para recompensarme, me llevaron a merendar al Diablo Rosa, un salón de té muy elegante, en la plaza de Victor Hugo. Las paredes de ese lugar estaban pintadas de rosa, había sillones de terciopelo rojo y mesas de mármol. Ahí los dueños realizaban, abiertamente, mercado negro; vendían todo tipo de pasteles.

La camarera se acercaba con una bandeja llena de ellos y una los elegía. Esa vez escogí seis: dos *éclairs au chocolat,* dos *choux* a la vainilla, un *baba au rhum* y una tarta de fresas. Kostas se quedó asombrado de mi glotonería, pero sólo me pude comer dos. Y la camarera muerta de la risa comentó con mi padre:

—Esta niña tiene más grandes los ojos que el estómago.

Kostas y mi papá se pusieron a platicar de filosofía y yo sólo escuchaba embelesada, tratando de entender algo.

La obra que no me gustó, a la que también fui con Kostas y mi papá, fue *Prometeo;* me contrarió el hombre encadenado a la roca, y el regalo final que le dejaron los dioses a la humanidad: la caja de Pandora, donde no hay nada, salvo la esperanza.

Kostas se reía de mis comentarios.

—Helenita, eso es la realidad, en este mundo sólo nos queda la esperanza.

Yo le discutía porque, para mí, el mundo estaba lleno de dones maravillosos. No me podía imaginar lo dura y triste que es la vida en realidad.

Antes de que la Teo y Narciso entraran a trabajar a la casa, estuvieron dos hermanas francesas, rarísimas, de unos cincuenta años, de pelo gris corto, y robustas, Catherine y Marie, mujeres bastante cultas aunque con caras acromegálicas y amarillentas, que quién sabe de dónde las había sacado mi padre.

Un día llegó un poeta francés, amigo de mi papá, y se desvivían por él. Esto confió a mi padre, el cual ese invierno se fue un mes a Praga —después supimos que con una bailarina italiana, gordota y tosca—, y entonces quedamos en manos de aquellas mujeres.

Desde su llegada, todas las noches había una presencia fantasmal que recorría el pasillo de los cuartos como aplaudiendo. Y a partir de eso, tenían aterrada a mi mamá, y a todos, con la historia de "la claque".

Aunque estaba muy chiquita me daba coraje que esas brujas asustaran así a mi mamá y en las noches recorría el enorme piso mirando detrás de las cortinas de brocado de los dos salones, del comedor, de los cuartos para descifrar el misterio.

Por fin, alguien nos llevó a casa de un brujo que era "radiestesista". Vivía en una casa muy pobre y apestosa. El viejo aquel era espeluznante, con los pelos parados y ojos de huevo. Al vernos, enseguida declaró que en la casa había entrado recientemente el Mal, pero que él lo iba a sacar. Levantó una especie de péndulo de la mesa, nos lo enseñó explicando de manera lúgubre:

—Esto me guiará hasta él.

En mi interior, todo aquello me parecía una farsa y le aconsejé a mi madre que no lo dejara entrar a la casa. Esa noche, me escondí en el cuarto de los huéspedes y vi a Catherine y a Marie, con cara de cínicas, recorriendo el pasillo y aplaudiendo muy fuerte. Me pasé por los *boudoirs* para que no me vieran llegar al cuarto de mamá, quien estaba muy espantada oyendo la claque. Le conté lo que había visto y la empujé a salir para sorprender a las dos malvadas. Éstas no se inmutaron al ser descubiertas.

Al día siguiente, mi mamá las despidió, pero no le hicieron caso. Por fortuna llegó Finki Araquistain de visita —aún no vivía en la casa— y las corrió. Durante varios días se quedaron esperando el regreso de mi papá, sentadas sobre una banca de Victor Hugo que daba a la ventana de la recámara de mis padres.

Tan pronto llegó mi padre, le dieron sus quejas de nosotras, en las cuales quedábamos como "ingratas malagradecidas", pero Finki le explicó todo y mi papá no las dejó entrar. Aunque se reía mucho de las hermanas, le costaba creer la historia de la claque por lo bien que habían atendido a su amigo poeta.

Muchos años después compré el libro de Janet Flanner, *Paris was Yesterday,* una selección de artículos que había publicado en *The New Yorker,* que cubría la época de los años veinte y treinta. Lo compré por mi pasión por los años veinte, provocada por mi admiración hacia Scott Fitzgerald, pero no estaba incluido en el texto. Había crónicas de los ballets rusos, de los procesos del príncipe Yusupof, exposiciones de moda y crímenes famosos de aquella época. Uno de los más espeluznantes fue el de las hermanas Papin, quienes trabajaban de domésticas en una

pequeña ciudad de provincia en Francia.

Colocadas con una pequeña familia compuesta por un matrimonio y una hija jovencita, las Papin, aprovechando un viaje del padre, destazaron a la madre y a la hija. Después de esto permanecieron en la casa lavando sus ropas ensangrentadas.

Cuando llegó el señor de la casa, nadie respondió a sus llamados, pues tanto puertas como ventanas permanecían cerradas y a oscuras. Acudió a la policía y forzaron una ventana. Dos policías se introdujeron en la casa con una lámpara de mano y, cerca del segundo piso, le advirtieron al marido que no los siguiera. En el tercer escalón, se encontraba un ojo humano. Más adelante la madre y la hija yacían en ángulos extraños con las cabezas destrozadas. Sus miembros habían sido mutilados con cuchillos de cocina, y les habían arrancado las uñas. Uno de los dientes de la jovencita estaba clavado en su cráneo. Otro ojo, esta vez de la madre, se encontraba en una esquina de la escalera. La sangre había empapado el tapete dándole apariencia de musgo pegajoso y rojo.

Un policía se dirigió al cuarto de criados; bajo la puerta se veía un rayo de luz. Cuando derribaron la puerta vieron que ésta provenía de unas velas.

Las hermanas estaban acostadas, vestidas con dos kimonos azules. Ambas confesaron su crimen. La mayor, de veintiocho años y al parecer la instigadora, decía tener visiones extraordinarias, la menor, de veintidós años, permaneció en silencio.

Su juicio fue un acontecimiento nacional. Muchos intelectuales franceses las defendieron, alegando que eran víctimas de la sociedad. Uno de los más famosos, Jerôme Tharaud, exclamó durante el juicio: “Sólo Dios sabe por qué esta clase de mujeres [las víctimas] existen en la tierra”. La mayor de las hermanas justificaba su crimen diciendo que la señora la había obligado a levantar un pedazo de papel del tapete de la entrada.

Al tratar de aclarar si eran normales o locas, se encontró que las Papin ya habían asesinado en Le Mans, al parecer sin motivo. Lo cual “era una prueba de normalidad”, señaló irónica Janet Flanner. Más adelante, durante el juicio, se demostró que sostenían relaciones incestuosas. Su abogado, Pierre Chautemps, era primo de aquel conocido primer ministro Camille Chautemps.

El doctor Jacques Lacan, buen amigo de mi padre, en su ensayo “Motivos del crimen de las hermanas Papin”, publicado en la revista surrealista *Minotauro,* las defendió.

Al final, les dieron diez años de cárcel y veinte años de exilio municipal. Esto sucedió en 1933. Tiempo después, durante la guerra, el mariscal Pétain otorgó una amnistía que aprovecharon las dulces hermanitas y quedaron libres en 1942. Este crimen inspiró a Jean Genet su reconocida obra de teatro *Las criadas*.

Ahora bien, Catherine y Marie Papin eran las mismas sirvientas que Finki había corrido de nuestra casa.

De menudo peligro nos salvó, pues de seguro “la claque” era el preludio de una guerra psicológica y de un crimen.

Había muchas cosas que me avergonzaban de mi padre. Una de ellas era que él tenía la costumbre de llevar a sus amantes a la casa. Tuvo varias andanzas, siempre con mujeres que lo dominaban y, además, nos regañaban a mi madre y a mí como se les daba la gana.

Me acuerdo de la primera: Estelita Lastre, una oligarca argentina muy fina y guapa, pero mucho mayor que mi padre. Ésta nunca se metió, para nada, en la casa. Muy discreta y bien educada. Pero como yo era "detective", un día espié una conversación entre mis padres acerca de Estela. Él, que tenía un lado terriblemente déspota y arrogante, también sufría de un gran complejo de inferioridad. Creo que ha sido el hombre más complicado que he conocido en mi vida. Ese día le preguntaba humildemente a mi madre:

—Helen, Helencita, ¿tú crees que yo le guste a Estelita Lastre? Es tan guapa, tan distinguida y yo sólo soy un pobre tercer secretario de embajada.

—Claro, Octavio, es fácil que te la conquistes.

Mi madre le levantaba la moral a la hora de la comida y, para mi gran asombro, la oí darle consejos a mi padre para conquistarse a la argentina.

Mi padre tuvo éxito con ella y se fueron juntos a Italia, en el auto de Estela.

Después vino la época de Emilia Perrusquia (de lo que me enteré más tarde, pues estaba muy ocupada con la escuela y mis amigas, y me ausentaba mucho de la casa), esposa del político millonario Melchor Perrusquia.

Ella era blanca y se teñía el pelo de rubio rojizo y se había operado la nariz. En aquella época, a todas las que operaban les hacían la misma nariz. Finki, muy burlón, decía que le habían puesto "una trompa de elefante". Emilia llegaba dándose grandes ínfulas a la casa. Le encantaba el color verde perico. Desde entonces asocié ese color con Emilia. Tomaba mucho y nos acusaba de ser extranjerizantes. Un día, a la hora de la comida, la emprendió contra mí. Pero cosa curiosa, tanto Emilia como sus regaños me eran completamente indiferentes. La veía como un ser de otro planeta.

Ese día, no paró de criticarme y decirle a mi padre que tenía que cambiar mi educación.

—Mírala, tan modosita. Parece una niña francesa. No tiene nada de mexicana, y tú, Elena —señaló a mi madre con índice acusador—, tienes la culpa de esto, pues tú odias a México.

Para la esposa de un diplomático mexicano era un delito grave odiar a su país. Mi madre palideció pero no contestó nada.

—Tú sólo ves franceses —seguía reprochándole Emilia. Y, en efecto, mi madre conocía a "todo París"; todos los días le llegaban dos o tres ramos de azaleas de sus admiradores, y el teléfono no paraba de sonar preguntando por ella. Un día, mi padre, muy amargado, suspiraba:

—¡Qué suerte tienes! ¡Cómo te llama tanta gente! A mí no me llama nadie.

No pensé que eso nos costaría tan caro cuando él tuvo el poder.

En fin, ese día, Emilia continuaba arremetiendo contra mí.

—Estoy segura que esta niña no sabe nada de América Latina. A ver, niña: ¿cuál es la capital de Ecuador?

Mi respuesta fue inmediata:

—Quito.

Pero lo pronuncié mal y dije "Cuito". Emilia, triunfante, basada en mi error, nos echó un discurso sobre los mal nacidos que reniegan de sus países y de sus continentes. No obstante, todavía ahora, quisiera ver a una niña mexicana que a los ocho años sepa cuál es la capital de Ecuador.

Emilia era realmente insoportable; una alcohólica y una atrevida que nos odiaba a mi madre y a mí. La Teo no la podía ver y, además, era lesbiana. En una ocasión presté atención, al escucharla hablar, una tarde que se quedó a solas con mi madre.

—Yo soy niña ángel, niña ángel…

Desde mi escondite vi que Emilia, recostada en el gran sofá del salón, le pedía a mi madre.

—Elenita, ¡dale un masaje a niña ángel!

En esos momentos hablaba como bebé, la jaló del cuello y trató de besarla en la boca. Yo pensé vagamente, pues no entendía bien lo que pasaba: "¡Qué cochina!, la Teo tiene razón".

Mi madre no toleraba que la tocaran, ni a mí me permitía que le cepillara sus largos cabellos rubios, que me encantaban. Era seca, poco expresiva, quizá por su naturaleza sobria y también por la educación puritana de mi abuela Esperanza.

Se liberó con asco del abrazo y por primera vez se enfureció realmente con ella. Emilia replicó:

—¡Güera pendeja, no te hagas la santa! Me voy a quejar con tu marido y con el mío a ver si no lo cesan.

Melchor tenía mucho poder político en esa época: era íntimo de Miguel Alemán. Me quedé petrificada de miedo en mi escondite.

Ahora sé que Emilia le entraba a todo sin cortapisas. Esa vez, mi madre se salió del salón dando un portazo. Llegó mi padre, pero Emilia no dijo nada.

Mi padre y ella se fueron a Holanda, y él volvió una noche gritando desaforado:

—¡No me vean! ¡Estoy hecho un monstruo!

Para lo orgulloso que estaba de su belleza física, aquello era un verdadero drama. Se encerró en su cuarto. Sólo hasta que mi mamá y la Teo lograron que les abriera la puerta, llamaron enseguida al doctor Lievain. Éste llegó de inmediato, examinó a mi padre, y le puso penicilina.

Presentaba una infección extrañísima en un ojo y, por lo que yo entreví, toda la parte izquierda de la cara estaba deforme, de lo hinchada que la tenía. Le recetó tres semanas en cama y tratamientos muy duros a base de antibióticos.

Al retirarse, lo oí murmurarle a mi madre en la puerta.

—¡Elena, cómo le aguanta todas sus canalladas a ese hombre! La infección se la causó esa degenerada de la Emilia.

No entendí nada. Este doctor al que mi madre invitaba mucho a las fiestas de la casa por guapo y elegante no podía ver a Emilia.

A pesar de todo, tengo que agradecerle a ella el haber traído un tocadiscos a la casa porque le fascinaba el mambo y toda la música afrocubana. También trajo muchas canciones de mariachis, que le encantaban a mamá, gran bailarina, sobre todo para el baile moderno, incluso se volvió campeona de mambo y de música afrocubana, para gran rabia de Emilia. Mi padre odiaba la música pero la aceptó en la casa por Emilia.

Mi madre nunca tenía un céntimo, pero Paul Chadourne, su gran amigo, un francés muy fino y rico, le regaló discos de Vivaldi, de Chopin, tocados por Corot —ya no reeditan sus discos porque fue colaboracionista—. Y también discos de Yves Montand. Me acuerdo de "Barbara, Barbara" que me encantaba, y "Las hojas muertas".

Para evitar ser regañada por mi padre por escuchar música, me levantaba a las seis de la mañana y me iba al saloncito a oirla, me parecía celestial; a las siete y media guardaba los discos en sus álbumes y me iba a mi cuarto a vestirme, para irme a mi querido colegio.

De todas las amigas de mi padre, a la que realmente aborrecí fue a Monique Fong. Era hija de francesa y de un chino riquísimo, comunista, que vivía en la China de Mao. Monique tenía varias hermanas. Una de ellas era bonita, Nicole, pero muy presumida y muy antipática. Monique era baja de estatura, usaba anteojos, mal vestida y no se maquillaba nada. Era fea y pedante. Cada vez que llegaba a la casa pasaba el dedo por los muebles (éstos siempre limpísimos) pero ella siempre lograba encontrar una motita de polvo y se la enseñaba triunfante a mi madre.

—¡Te debería dar vergüenza! No trabajas y eres muy mala ama de casa —se volvía hacia mi padre y con voz afligida le decía—: Pobre Octavio, tu mujer es una frívola e inútil.

Un día entró al salón mi gata Machu Picchu y mi madre contó una anécdota.

—Fíjate, Octavio, que los gatos siguen a la Chatita en la calle. Se le pegan a los tobillos y le ronronean.

Eso era curioso, pues el gato espera siempre a que uno lo busque, al contrario del perro; también contaba que había muy pocos autos en París, por lo que los gatos no se amedrentaban.

Para esto, la historia de Machu comienza cuando la Teo un día que regresaba del mercado abrió el bolso de las compras y una bolita negra de pelos saltó; maravillada, la agarré y la coloqué entre mis brazos.

—¡Es tuya, Bruja! Te la traje de regalo —me dijo la Teo, contenta de verme feliz.

Le puse Machu Picchu, a la gatita negra, por el poema de Neruda, que mi papá recitaba todo el tiempo. Ese nombre me pareció exótico y bonito.

Machu Picchu se volvió mi compañera fiel; dormía en mi cuarto, en mi cama. Cuando hacía frío se metía hasta el fondo entre las sábanas, a mis pies, y me servía de calentador.

Un día, oí un alarido de pavor en el cuarto de mis padres, entré corriendo y alcancé a ver a mi madre salir de un salto como de tres metros de altura de su cama, con la cara llena de pavor, y caer al suelo rompiéndose el dedo gordo de un pie.

—¡Octavio, hay un monstruo peludo en mi cama!

Machu Picchu, asustada por sus gritos, salió corriendo del cuarto de mis padres. Yo me moría de risa.

—Mamá, ¡qué cobarde eres!, sólo es Machu Picchu.

—Hubiera querido verte en mi lugar —me dijo molesta.

—Pues todas las noches se mete a mi cuarto y duerme en el fondo de mi cama.

—Pues, entonces, ¡que se quede en tu cuarto!

Sin parar de reír, salí corriendo a buscar a Machu Picchu, que estaba muy tranquila, sentada en mi almohada.

Hubo que llamar al doctor Lievain, el gran amigo de la casa, para que entablillara el dedo de mi madre, y así estuvo durante dos meses.

Volviendo a Monique Fong, mi madre contó, a la ligera, la atracción que los gatos sentían por mí, pero mi padre y Monique siguieron su dueto y no se dignaron a contestarle.

¡Ah!, pero a las pocas semanas, Monique, que fingía amar la pobreza y se vestía de secretaria humilde, nos invitó con orgullo a una mansión que le había comprado el chino a su madre, una francesa opulenta y rubia. El palacete era del siglo XIX, con columnas de mármol y amueblado con antigüedades costosísimas. Tenía una balaustrada que daba a un jardín fresco, casi un parque, oloroso a flores de castaño.

Esta mujer era la misma que nos echaba en cara a mi madre y a mí querer vivir en el lujo. Nos decía, repitiendo las palabras de mi padre:

—Octavio es un poeta, ¡un poeta! ¿Qué necesidad tiene de vivir en este piso de lujo? Y tú —se volvió hacia mí— ¿por qué vas a esa escuela a donde sólo van hijas de duques y embajadores?

Ahí sí paré la oreja y enrojecí de rabia, pues mi escuelita era mi mundo, mis amigas, y también adoraba a mis maestras.

De repente, del fondo del jardín apareció Nicole, la bonita de las hermanas, alta, espigada; tenía el típico y grácil cuerpo chino pero su frente era muy baja y echaba a perder su cara. Llevaba en brazos a una gata negra, muy parecida a Machu Picchu.

Monique nos propuso dar una vuelta por su elegante barrio y nos empezó a contar cosas acerca de Nicole.

—Parece un gato, ¿verdad? ¿Pueden creer que la siguen todos los gatos con los que se tropieza…?

Todo lo que mi madre ya había contado como cosa curiosa de mí, en Nicole se volvía mágico, extraordinario. Mi padre se desbordó en exclamaciones de sorpresa y de alegría ante los poderes misteriosos de Nicole con los gatos.

Pero lo peor estaba por venir. En Francia, al final del sexto año, se pasa un examen muy duro "le brevet d'études". Una tarde, mi padre, solemne, me convocó al salón.

—Vas a dejar esa escuela tuya para niñas mimadas, donde no se estudia nada y a la que te empeñas en ir por esnob.

Ni siquiera sabía lo que significaba eso y, al parecer, olvidaba que él y mi madre me habían inscrito ahí por estar cerca de la casa.

Entonces, yo tan callada, defendí con valentía mi escuela y me negué a ir al Liceo Molière, donde había cincuenta niñas por clase, me quedaba muy lejos y no conocía a nadie. Al ver mi testarudez, Monique zanjó la discusión, triunfante.

—Ya se acerca el *brevet d'études*. Si logras ser una de las cinco primeras habrás demostrado que sí estudias y asistirás a las clases del Liceo Molière.

O sea, a fuerzas el Molière. Aproveché la ocasión y dirigiéndome suplicante y cariñosa a mi padre le hice una proposición:

—Iré a pasar el *brevet d'études* al Liceo Molière. Pero si logro uno de los primeros lugares, volveré a Las Abejas.

Mi padre estuvo de acuerdo. Aun así, el día del examen estaba muy temblorosa. Decenas de niñas desconocidas llenaban el feo patio del Liceo Molière que, por cierto, era gratuito. Sin embargo, pronto recuperé mi sangre fría y, al día siguiente, mi nombre apareció entre los primeros lugares. Y mi padre, asombrado y satisfecho, me dejó en Las Abejas.

La Teo me felicitó y decretó que había que organizar una rica merienda en la casa con todas

mis amigas para celebrar el acontecimiento. La Teo odiaba a Monique, y estaba feliz por la lección que yo le había dado.

Monique siguió acudiendo a la casa pero no se volvió a meter conmigo.

Al año siguiente, durante las vacaciones, me volvieron a mandar al Mont Bijou en Gstaadt. Creo que tenía malos recuerdos de ese internado, porque a los quince días planeé escaparme. Para esto, me fingí enferma el día de la fiesta nacional suiza.

Todo el colegio, maestros y vigilantes se iban al pueblo, cada uno con su linterna roja de papel y la cruz blanca, el emblema de Suiza. Me asomé desde el tercer piso donde me había recluido el señor Schneider. Sólo mi ventana estaba abierta. Todas las demás puertas y ventanas estaban cerradas con candados y persianas de hierro.

En el pueblo, a oscuras, las linternas brillaban como fuegos fatuos. Las llevan al final de una vara y en la montaña prenden fogatas y se contestan con el *yodl*.[1] Me vestí enseguida, me puse mi abrigo azul marino y me descolgué al segundo piso por el balcón de madera, de ahí salté del barandal de la terraza a un muro que bajé como un mono y emprendí el camino hacia el chalet de los señores Flora y Arnold von Grunigen.

En Saanen, un pueblo vecino como a veinte kilómetros de Gstaadt, estaban los tíos de Diego. La carretera estaba más o menos iluminada, pero el chalet se encontraba a la salida del pueblo, y de la carretera a la casa había que tomar un largo sendero totalmente oscuro, recubierto de ramas de avellanos y con hoyos en la tierra.

Aun tropezándome con las ramas y cayéndome en los agujeros me guie en la oscuridad. No había nadie en el chalet; llamé a Katarina, la vieja sirvienta suiza alemana de los Von Grunigen, pero se había ido a admirar una fogata. Entonces, doblé mi abrigo frente a la puerta de la casa y me eché cómodamente a dormir, esperando la llegada de los dueños.

De repente, me despertaron unos "Mein Gott, Mein Gott" (Dios mío, Dios mío), asustadísimos. Me levanté de un salto. Era Katarina, que había vuelto de su paseo y que, al verme echada en el suelo, pensó que algo malo me había sucedido. Abrió la puerta de la casa, entramos a la cocina y me dio chocolate con pan tostado, de ese pan blanco suizo tan rico, con miel.

Le conté mi hazaña y se alarmó. Luego me subió a una de las recámaras y me cubrió con un gran edredón de plumas, pues, según ella, no iba a tardar en llegar el señor Schneider, que sabía de la amistad de esa familia con mis padres. A la hora, llegó furioso en un taxi.

—Nadie se ha escapado de una escuela en Suiza, deme a esa delincuente para que me la lleve al internado y le dé una buena paliza.

Estuvieron discutiendo mucho tiempo, pero Katarina, valientemente, se negó a entregarme. Me pasé medio mes de agosto en casa de Arnold y Flora. Mi papá estaba furioso y me quería entregar al señor Schneider.

Por fortuna estaba invitada desde el 15 de agosto hasta el 30 de septiembre a pasarla en Bretaña, en casa de Claude de L.

La Teo vino por mí, nos fuimos en tren y no nos detuvimos en París. Comimos como gourmets en el tren, pues la Teo había preparado la comida: en unas pequeñas ollas llevaba tórtolas con chícharos.

Los L. nunca sospecharon de mi "crimen" y me recibieron muy bien. Bretaña me fascinó; los caminos estaban bordeados por espesos setos de plantas amarillas, todo perfumado a retama. Pertenecen a la edad de plata, que ahora se interpreta como el lugar del regreso del espíritu de la tierra, el cual permanece mágicamente en paisajes, objetos y personas.

El espíritu terrenal se inmoviliza, se cristaliza como en las primeras urbes, las ciudades de la edad de la plata. El espíritu de la tierra se vuelve mágico cuando regresa al pasado. Las fuerzas mágicas son invisibles y también más tenues que las fuerzas históricas; por eso impresiona Bretaña, está fija en una especie de inmovilidad feérica, lugar donde la presencia de las hadas es tangible. Y por eso ahí se dan tantos casos auténticos de adivinos, videntes, dones de curación y de profecía, pero no se comercializan y en los pueblos forman parte de la comunidad.

Las regiones de la edad de la plata se han quedado en el pasado, como embrujadas, poseen una tranquilidad misteriosa. De ahí que la Bretaña fuese el centro de la resistencia armada contra la revolución de 1789, y de ahí el pavor que les producía a los ejércitos de la República, que tildaban a los bretones de salvajes.

La casona de Claude estaba en una playa solitaria. Muchas veces, en la mañana, la temperatura estaba tibia y llovía ligeramente. Nos metíamos al mar templado bajo esa lluvia ligera. Era delicioso. Junto había unos arrecifes y acantilados.

En el día pescábamos camarones o quisquillas con nuestras redes de mano en los laguitos dejados por la marea. Aproveché ese verano para darle clases de ballet a Claude, quien era buena alumna. Sus padres, su hermana Veronique y la vieja criada Jeanne eran nuestro público.

Le enseñé el doble salto mortal, a pararse de manos, caer hacia atrás haciendo el puente y enderezarse. Nos parábamos sobre las manos para caer de pie y así, haciendo la rueda, recorríamos la playa. Los papás estaban encantados pero me parecían "injustos", porque siempre aplaudían más a Choupette —diminutivo de Claude—; como en mi casa no era así, más bien siempre me ponían a las otras niñas de ejemplo, todo esto me asombraba.

Como ellos eran "chouans" (monárquicos) a rabiar, y mi padre me había hecho revolucionaria, cuando había tempestad nos subíamos a los arrecifes con nuestros impermeables de hule amarillos y ella gritaba parada desde su roca hacia el mar:

—¡Viva María Antonieta! ¡Viva el rey Luis XVI!

Y yo, recordando aquella noche memorable en que mi padre me hizo llorar contándome el guillotinamiento de Saint-Just y de Robespierre, al que otros revolucionarios le habían roto la mandíbula para que no pudiera hablar antes de ser guillotinado, respondía a mi vez:

—¡Viva Robespierre! ¡Viva Saint-Just!

Estábamos realmente locas, nadie salía ganando con estos campeonatos de vivas, pero nos encantaban.

Fuimos a visitar a una tía de Choupette a una pequeña ciudad, Quimper. Ésta parecía salida de un cuento de hadas medieval. Las mujeres viejas todavía usaban cofias de encaje y zuecos de madera. La tía me sorprendió al no darme mousse de chocolate sino mayonesa de chocolate, el dulce más rico que he probado en mi vida.

Volví con inquietud de esas vacaciones a París. Pero a mi padre ya se le había olvidado cambiarme de escuela (planeaba llevarme a Lubeck como delincuente, donde me pondrían a

limpiar las mesas con lejía y a servir a las demás niñas).

Una de las cosas más extrañas que hicieron mis padres en esos primeros años de París era pelearse, discutir más bien, con ahínco de cosas que yo no comprendía y luego llamarme de árbitro.

—¿Quién tiene la razón, Chatita?

Como no entendía bien, resolvía al azar.

—Papá tiene la razón.

Y mi madre se molestaba, y viceversa.

Más adelante, con tantas fiestas a las que asistían, felizmente se les olvidó esa manía. Pero de otra manera más indirecta la siguieron practicando.

Cuando estaba Teo en la casa, mi padre se quejaba mucho de los gastos de la Teo y de mi madre. Por cierto, que él pagaba todo en la casa y le daba el gasto para la comida a la Teo, pero ella se enfadaba.

—¿Por qué no deja que la señora mande en la casa? Es como si ella fuera a su oficina y le diera órdenes a su secretaria.

Esto lo enfurecía, y mil veces corrió a la Teo. Pero ella, muy tranquila, respondía "sí, sí" y no se movía de la casa.

En ese tiempo ya me había hecho mi grupo de amigas en el colegio: Inés de Luynes, Pamela Prentice (de cuyo hermano me enamoré), Stéphanie Sicre y Claude de L. Tenía otras amigas que no entraban en mi grupo íntimo, como Claude Almosnino, una tímida niña judía a la que me gustaba sacar de su concha cuando íbamos a la pista de hielo, a pesar de sus protestas, porque siempre se le torcían los tobillos, pero había una liga secreta entre nosotras. Era la única que comprendía mi pasión por la lectura.

Nuestro libro favorito era uno llamado *¡Eli, aquí!, frutas, ramas y flores.* Era de Verlaine. Tenía muy buenos textos para niñas de siete años; escenas de Racine, de Beaumarchais, "El monólogo de Fígaro" sobre la calumnia, que me impresionó mucho, tal vez porque, con el tiempo, la calumnia se volvió una realidad en la vida de mi madre y la mía. El libro también tenía poemas de Ronsard, alguno decía más o menos así: "Cuando usted esté muy vieja, en la noche alumbrada por una vela, sentada junto al fuego… Dirá cantando mis versos, maravillándose: En ese tiempo fui bella". Con estos versos descubrí la tristeza de la vejez, algo todavía inimaginable para mí. Y en Du Bellay descubrimos, Claudia y yo, la profunda ternura que nos unía a nuestros padres. "Cuándo volveré, ¡ay de mí!, a husmear la chimenea de mi pequeña aldea, ¿y en qué estación volveré a ver el jardincito de mi pobre casa que es, para mí, más bello que los esplendores de Roma?".

También recuerdo a Joelle Bellon, cuyo padre tenía fábricas de dulces regionales, lo cual era de gran interés para nosotras, pues, generosamente, repartía enormes bolsas de dulces característicos de Francia. Joelle era fortachona y de piel rosada, amaba la vida con un apetito sensual, que la hacía gozar un buen sillón, un fuego de leños en la chimenea, la abrigadora lana de una chalina en un día frío, así como la lluvia tenue que rozaba nuestras caras al remar en el enorme estanque de su castillo estilo Luis XIII, donde flotaban nenúfares y numerosas plantas acuáticas; estanque que me recordó a *Alicia en el país de las maravillas.* Siempre me sentía a

gusto en su compañía, por su vitalidad terrenal y sus bromas locas. Todo le importaba un bledo. Era la típica niña francesa de su clase social. Sin olvidar a Nicole D., la pelirroja que poseía un palacete en la avenida más elegante de París, la Foch, pues su padre había sido BOF.

Un día, durante una merienda de Nicole, jugábamos a las escondidillas. Me escondí en su cuarto y me puse a leer un cuento maravilloso. Me transporté a otro mundo. En eso entraron las demás niñas y me arrancaron el libro del cual no pude ver el título.

—¡No se vale, Helena! Estás aquí para jugar, no para leer.

Busqué y busqué aquel libro maravilloso en la avenida Victor Hugo, en la librería Beaufils. El papá de monsieur Beaufils era un viejito encantador; puso un banquito para que yo leyera todos sus libros, pues nunca tenía un centavo para comprarlos. Poco a poco ahorraba mis domingos y así podía comprar uno que otro.

El libro que me maravilló en casa de Nicole era nada menos que *La Reina de las Nieves* de Andersen. Cada cuento lo vendían por separado, y cuando encontré el que buscaba desapareció el velo de la vida cotidiana que tapaba mis ojos, y descubrí el lado sobrenatural de las cosas que sólo da la verdadera poesía.

Años después, en 1966, inspirada por ese cuento maravilloso, escribí un poema que fue el que le pareció mejor a mi madre.

A veces, mi padre me invitaba a la Petite Gare, un café que estaba al final de la avenida Victor Hugo. Una pequeña estación muy elegante por donde se usaba que llegaran los reyes a París. En ese lugar me explicaba lo mala ama de casa que era mi madre, lo frívola, inconsecuente y gastadora.

—Cuando cumplas quince años la dejaré y viviremos juntos, tú eres muy ahorrativa y muy inteligente. Quiero que dirijas mi casa.

Esas palabras me parecían extrañas y remotas. De niña el tiempo pasa más despacio y me parecía muy lejano cumplir quince años. Me quedaba callada, pues yo tenía otros planes; primero, quería ser bailarina, estrella de ballet y, segundo, detective.

Estaba abonada a un periódico para niñas llamado *La semana de Suzette* y tenían una colección de libros que reeditaban desde los años treinta, entre los cuales estaban *Las aventuras del Sir Jerry Detective.* Éste era un noble inglés que tenía dos criados hindúes, y uno de sus hermanos se había casado en Francia con Tía Lydia. Las ilustraciones eran soberbias. Tía Lydia era una rubia alta muy elegante, vestida de terciopelo negro con un magnífico collar de perlas negras; su chongo rubio se parecía mucho al de mi madre. Tenía seis sobrinos ingleses y seis sobrinas francesas. Además, Tía Lydia tenía unos gatos de Angora, divinos.

Desde que leí esa serie se me metió en la cabeza ser detective. Deambulaba a lo largo de los enormes pasillos y acomodaba las puertas de los salones —algunas tenían pequeños espejos— para ver mejor y, agazapada, escuchaba y veía todo lo que se decía en los salones. Era asombroso de todo lo que me enteraba.

Cuando mi papá le quería ocultar algo a mi madre, al llegar ésta de la calle, yo le decía lo que había descubierto. Me encantaba su asombro y poder ayudarla en ciertas cosas; por ejemplo, un día, a la hora de la comida, llegó a la casa un mexicano estrafalario, muy guapo, de ojos verdes,

con un enorme racimo de globos para mí. Se llamaba Gurrola, había sido compañero de mi padre en el Zacatito, en primaria, una escuela religiosa. El hombre hablaba con ademanes exagerados y le decía "patrón" a mi papá, quien ordenó que me fuera a mi cuarto. Fingí obedecerlo y me agazapé junto al cuarto del teléfono, en el pasillo, y oí toda la conversación.

Gurrola era un matón a sueldo del que algún político se quería deshacer, pues ya se había *quemado.* Le explicaba a mi padre que tenía pasaporte diplomático y doscientos mil dólares. Estaba acorralado. Mi padre, por lástima, lo trató como a un amigo. Le recomendó no contarle nada a mi madre porque se asustaría.

Cuando ella llegó de la calle, la llamé y la llevé a su cuarto. Allí le expliqué quién era el individuo. Se asustó, pero me prometió no contar nada de mis confidencias. Gurrola se volvió un asiduo visitante de la casa.

El invierno no le sentaba a mi padre; su piel tomaba una tonalidad pálida verdosa y tendía a engordar por goloso. A veces, cuando estaba de mal humor —por todo lo que le hacían en la embajada—, su rostro lucía una expresión sombría.

En París, durante el invierno, a las seis de la tarde ya es de noche. Una de estas ocasiones volvió a la casa, aterrado.

—¡Helen!, ¿tengo cara de asesino? —le preguntó, alarmado, a mi madre. Esa noche le había sucedido algo que a mí me provocó una risa incontenible.

Mi padre había salido de la embajada y decidió irse a pie a la casa, pues estaba muy cerca. Había niebla y, sin querer, tomó exactamente el mismo camino que una señora francesa. Cuando la iba a rebasar, ésta se volvió atemorizada hacia él.

—¡Señor, por favor no me mate, le doy lo que quiera!

En la niebla, de seguro lo tomó por una especie de Jack el Destripador, y él se alarmó.

—Pues ¿qué caras hago? —se preguntaba en voz alta.

Mi madre sonreía y tranquilizaba al "asesino".

Algún domingo, o las pocas veces que yo estaba en la casa, mi padre no paraba de quejarse de los malos tratos que le daban en la embajada. Su molestia era tanta que Finki, quien, como ya conté, había estudiado medicina, lo catalogó como "paranoico", y a mi madre como "esquizofrénica". Esas extrañas palabras me daban risa y a mi padre, de broma, lo llamaba "noico", pero como no tenía sentido del humor se molestaba conmigo. A mi madre la llamaba "esqui", y ella sólo se reía de mis tonterías. No obstante, las quejas de mi padre alcanzaron tal punto que Finki decidió ir a la embajada a indagar, con cualquier pretexto, acerca del asunto. Volvió alarmado.

—Oye, chica, que es verdad. Esos burócratas son unos miserables y le tienen una hincha espantosa al pobre de Octavio.

Mi madre nunca lo había dudado y expresó:

—Es envidia, pura envidia —y alzó los hombros con desprecio hacia aquellos mediocres resentidos.

Quizá por esa razón, Jacqueline González Quintanilla se volvió la confidente de mi padre. Era una mujer hombruna, mal vestida, que siempre tenía una botella de whisky en el cajón de su

escritorio. Había sido amiga de Manuel González y González. Mi padre la ayudó mucho en su carrera y llegó a ser representante de México en Roma.

Le decía Tatave a mi padre y lo apreciaba mucho, pero también supo actuar con ventaja. Por él conoció a todo París, que luego ella presentaba a los mexicanos de prestigio que llegaban a la Ciudad Luz.

Jacqueline no era buena, era una mujer resentida por su fealdad y cuando quería se comportaba con una maldad sin límites. A mi madre la odiaba por la envidia que le tenía, a pesar de que la imitaba en todo. Cuando le convenía era muy servil, incluso se volvió una especie de criada de Gloria Rubio de Guinness. Yo le temía, pues en ocasiones ponía a mi padre en contra de mi madre y mía.

La Teo, que conocía muy bien a la gente, la despreciaba.

—Oye, Bruja, cuida a tu madre de esa marimacha.

La Teo me decía Bruja de cariño, pues en España el tener duende o brujería es tener un encanto muy especial, es como tener gracia, o magia. En Madrid, el tablao de bailaoras de flamenco más guapas se llama Las Brujas.

La Teo era franquista y siempre les ofrecía a mis padres llevarme a pasar unas vacaciones en Biarritz, claro, con su permiso.

—¡Hay que ver la ropa tan preciosa para niñas que le podría comprar a la Bruja! —les decía melosa.

—¡Cómo se atreve a querer llevar a mi hija a España, donde manda ese tirano de Franco! Yo no iré mientras no caiga —le replicaba mi padre, quien pasaba por su época de *fellow traveller* del comunismo.

Él ignoraba que la Teo era franquista, pero se lo sospechaba. Cuántas veces no me agarró de las manos, cuando estábamos a solas, y me preguntaba mirándome fijo con sus ojos azules, cuya mirada se volvía impresionante como la de un hipnotizador:

—A ver, Chatita, dime la verdad: ¿la Teo es franquista?

Yo negaba con la cabeza y él, mirándome fijo, trataba de que revelara algo. Pero no quería separarme de mi querida compañera, con la cual pasaba mucho más tiempo que con mis padres. Nunca logró que yo se lo confesara. En todo lo demás procuraba decirle la verdad.

Si bien no era extraño que me dejasen mucho tiempo sola, no me importaba, pues así yo hacía lo que me daba la gana. En realidad, no me imponían nada, ni se ocupaban mucho de mí.

La Teo odiaba a los fantoches disfrazados de *artistas* estilo Carlitos Martínez Rivas, los llamaba "las porquerías", y me influyó mucho en esto de repudiar a la gente embustera.

También me había contado que había sido la criada del general que fusiló a Lluís Companys, el jefe de la Generalitat catalana; ella trabajaba con el general esa famosa noche. Años más tarde le pregunté por él a mi madre, pues lo había conocido durante la Guerra Civil española.

—¿Cómo era Companys?

—Tenía una cara extrañamente bondadosa, labios gruesos; era inconfundible. Realizó muchas represiones sangrientas, sobre todo contra los anarquistas.

¡Y cuando pienso que la viuda de Companys, Carmen, venía mucho a la casa! En esa época ella estaba muy pobre. Vivió en una pensión de la calle de la Pompe, donde, ¡oh, ironías de este

mundo moderno!, se hizo muy amiga de unos chicos rumanos refugiados. Éstos habían escapado poco tiempo después de que Rumania se volviera comunista, y como recuerdo de su huida tenían profundas cicatrices en las piernas, causadas por los perros que les echó la policía comunista.

Carmen era bajita, rubia, cincuentona, muy simpática y estaba muy sola en París. La amiga ideal para mi madre, protectora de todos los perros perdidos sin collar.

La había conocido a través de Elena de Sola, una catalana muy guapa casada con un poeta y diplomático venezolano —pareciera como si la carrera diplomática atrajera a los poetas.

Otto de Sola era un mulato muy alto, con nariz negroide y la cara carcomida por la viruela. Desde ese punto de vista, la pareja era realmente la Bella y la Bestia. Elena no tenía un centavo y Otto la había sacado de la miseria. Ah, pero también la engañaba.

Vivían en un edificio antiguo de la avenida Victor Hugo, que estaba justo enfrente del nuestro. El inmueble pertenecía a los Sucre, multimillonarios venezolanos, descendientes del mariscal Sucre, uno de los libertadores de Iberoamérica.

En casa de Elena de Sola solían encontrarse con mi madre y otra diplomática brasileña muy guapa, Crisólita, que tenía un ojo verde y el otro marrón.

Una noche le hablaron espantadas a mi padre para que fuera por ellas, pues les había ocurrido algo insólito y aterrador. Mi padre las tachó de locas y les colgó el teléfono.

Al día siguiente, llegaron a la casa y quisieron convencer a mi padre de la "realidad" de lo que habían visto. Según ellas, estaban sentadas en el salón de la casa de Elena de Sola, cuando, de repente, un hombre mayor pasó por la puerta del pasillo y se sentó en una silla. Después de unos momentos se inclinó y puso la cabeza entre las manos. Todo esto ocurría frente a una puerta que daba a una recámara. Decían que no se explicaban de qué estaba hecho el hombre ni cómo pasó por la puerta. Llegaron a la conclusión de que, sin duda, era un fantasma. De inmediato, llamaron a los chicos rumanos, los cuales llegaron armados, pues no sabían a qué se iban a enfrentar y también vieron al hombre sentado en una actitud de desesperación terrible. Mi padre les dijo que estaban histéricas, o que alucinaban.

—Parece mentira que ustedes crean en esas zarandajas. ¡Los fantasmas no existen!

Elena, Carmen, Crisólita y mi madre no volvieron a poner los pies, por la noche, en aquel salón. A los pocos meses llegó el señor Sucre, dueño del edificio, y se instaló en el departamento que estaba arriba del de los Sola.

Mi madre y Elena lo abordaron un día en la avenida Victor Hugo y le contaron lo que habían visto en su departamento. Este hombre, muy melancólico y educado, no se sorprendió.

—Señoras, ustedes vieron a mi padre. Él es el que se aparece todas las noches en ese salón y se sienta frente a esa recámara.

Les contó que su padre era muy rico, viudo y, ya mayor, se enamoró como loco de una jovencita rusa, bailarina de ballet. Esta chica había perdido a toda su familia durante la Revolución rusa y se encontraba sola y sin un centavo en un país hostil. Se casó con el señor Sucre, pero no lo podía aguantar, pues no lo quería y, al cabo de un tiempo, se pegó un tiro en una de las habitaciones. El señor Sucre, desesperado ante el hecho, dio vueltas y vueltas por el largo pasillo toda la noche y, por fin, sentado en una silla frente a la recámara de la rusita, también él se pegó un tiro y murió.

—Por eso nunca vivimos en ese departamento y, por lo general, lo rentamos.

Todo eso mi madre y Elena de Sola se lo contaron, triunfantes, a mi padre, pues no estaban locas, ni alucinaban. Mi padre se quedó perplejo y no supo qué opinar.

Tiempo después, de modo irónico, mi madre que era tan sumisa con mi padre, le aconsejó a Elena de Sola que se rebelara contra su marido, el cual, además de ser feo, la trataba mal y tenía muchas amantes.

Alguna vez, Elena de Sola se enteró de que su marido llegaba en un vuelo a Le Bourget, con su querida en turno, una cualquiera. Carmen y mi madre la convencieron de que lo fuera a esperar para sorprenderlo. Y le cayeron encima los chicos rumanos, quienes se hicieron pasar por detectives privados. Otto pasó un susto horrible y empezó a portarse mejor con Elena.

Eso no fue todo, mi madre y Carmen Companys también le aconsejaron que lo engañara. Mi madre le presentó entonces a Pedro Coronel, el famoso pintor mexicano. Y fue amor a primera vista entre los dos. La cara de Elena cambió, se puso más guapa y más alegre.

Tenía una hija de mi edad, Elizabeth; físicamente igual a su padre y, como a muchos niños iberoamericanos ricos, su padre la ultraconsentía. Un día, Elena de Sola me invitó a ir a jugar con su hija Elizabeth. Acepté con gusto, ¡pero qué espectáculo me esperaba! La niña en la cocina, sentada en una silla para bebés y Elena cortando su filete de carne en trozos y suplicándole con el tenedor en la mano.

—Abre la boca chiquita. Mastica este pedacito de carne.

La "bebita", con un mohín de niña mimada, se rehusaba. Pero al verme se le iluminó la cara, ya que no tenía amigas. Mi primera reacción fue de cólera hacia ella y de lástima para la madre. Pero maquiavélica le dije a Elena:

—Yo le doy de comer a Elizabeth, tú vete con mi mamá que te está esperando.

Elena se fue feliz. Yo platiqué con Elizabeth y me encontré con un material que podía moldear a mi antojo y quitarle sus estúpidas mañas, de las cuales no tenían la culpa sus padres.

—¿Quieres jugar conmigo?

—¡Sí! —contestó entusiasmada.

Entonces cogí la carne con el tenedor.

—Te vas a comer toda la comida; si no, me voy y no vuelvo.

Le di de comer a Elizabeth y ésta terminó con todo. La criada francesa no podía creerlo. Y me la llevé a jugar a la pelota a Square Lamartine, donde me esperaba Fanette.

Elizabeth, que no hacía deportes, aguantó valientemente nuestros pelotazos. Era muy delgadita y no era bonita, pero compartía mi pasión por los libros.

Al día siguiente, para deleite de Elena, ella sola comió sus alimentos. Y se volvió una gran amiga mía.

En el lujoso departamento de los Sola había un piano y a mi madre se le ocurrió enseguida que aprendiéramos juntas a tocar. Elizabeth estaba más dotada para el piano. Yo tengo la falange del dedo anular izquierdo atrofiada y también la del dedo meñique derecho. Así nací. Es un defecto que viene de la familia de mi madre. Ella también lo tenía, y Amalia Hernández, la folclórica, lo tenía en los pies. En consecuencia, mis articulaciones no eran lo suficientemente fuertes para volverme una virtuosa.

Pronto abandoné las lecciones de piano. Elizabeth perseveró y se volvió concertista. La amistad con ella duró mucho tiempo, hasta que mandaron a Rusia a los De Sola.

Lloré mucho el día que se fue Elizabeth. Nuestra amistad era muy profunda, pues entre las dos escribíamos cuentos y publicábamos un periódico confeccionado por ambas. Yo la cambié totalmente. Y ella, como me quería mucho, trataba de emularme en todo. Y esto fue una segunda liberación para Elena de Sola.

Una ocasión, mi padre fue a una conferencia internacional en La Haya y le regalaron un álbum de timbres muy costoso; recuerdo que me sentaba a contemplarlo por horas, en el cuarto amarillo, aprovechando las ausencias de Finki, pero un día el álbum desapareció y aquél, muy cínico, confesó que él lo había robado para venderlo.

Eso fue demasiado para mi padre y, finalmente, le pidió que se fuera de la casa. Y como Finki ya había conseguido un magnífico empleo en la Organización Internacional del Trabajo (OIT), en Ginebra, accedió a irse sin chistar; aun así, como Ginebra está tan cerca de París, venía todos los fines de semana.

Diego, su primo, quien trabajaba en la bolsa de Nueva York, pasaba todas sus vacaciones en París, en la casa. Una vez, había una fiesta muy elegante en el salón chico con Georges Sheade, Jules Superviene, Suzanne de Tézenas, la señora elegante que financiaba el Domaine Musical, asociación para la música moderna. En el salón también estaba su amante Guy Durmur, joven francés de tipo muy aristocrático pero que no tenía ni un centavo, una especie de Rastignac, y varias personas más.

Yo, naturalmente, tuve permiso de ir a saludar a los invitados, pero tenía órdenes estrictas de retirarme enseguida a mi cuarto.

Diego iba a ir a otra fiesta y se había echado a todo lo largo de la cama, con la cara cubierta de rebanadas de pepino que, según él, eran magníficas para el cutis.

La Teo refunfuñaba en la cocina.

—¡Vaya con el tío ese!

En eso, llega Finki de Ginebra, la Teo le abre la puerta principal y, al entrar, lo primero que hace es preguntar por Diego, y al enterarse de que estaba en el cuarto amarillo, corrió como un bólido, lo levantó de la cama a puñetazos y lo arrastró hasta el pasillo de los cuartos. Lo derribó de un golpe en la mandíbula, se le montó en el pecho y empezó a golpearlo en la cara y a gritarle.

—¡Cabrón, marica!, ¿es que no te da vergüenza? ¡Pobre de la tía Luisi!, ¡por los cojones de Cristo que te voy a hacer hombre!

—¡Socorro! ¡Socorro! —gritaba Diego, con la cara bañada en sangre.

En el salón los refinados invitados oyeron los gritos salvajes de Finki y estaban horrorizados.

—¿Qué pasa, Octavio? —le preguntaron.

Mi madre corrió al pasillo pero no pudo separarlos, entonces fue por mi padre al salón y lo más discretamente posible le explicó la situación. Mi padre corrió al pasillo —pudo haber noqueado a Finki, porque sabía boxear— y con mucha firmeza amenazó a Finki con llamar a la policía. Al oír esto, éste se calmó y soltó a Diego, quien tambaleándose se retiró a su cuarto y Finki se fue de la casa.

Los invitados no supieron qué tanto había pasado. La actitud de Finki era motivada por los

celos que le tenía a Diego, por su tía Luisi, a la que quería como a una madre ya que él era huérfano —Luisi era hermana de su madre—; además, le molestaba mucho que Diego fuera homosexual.

Me acuerdo mucho del primer día que mis padres invitaron a cenar a André y a Elisa Breton. Él me pareció muy alto, quizá porque yo era chiquita; aunque sí se veía mucho más alto que mi papá.

A pesar de sus teorías corrosivas del mundo antiguo, tenía modales de gran señor del siglo XVIII. Se había casado en equis nupcias con Elisa, una chilena muy guapa. La había conocido cuando su única hija se acababa de ahogar, y Elisa, por alguna circunstancia, se había tratado de suicidar. Él la cuidaba como si fuera "su hija" y, finalmente, se casó con ella. Yo tenía mucha curiosidad de conocerlos y debo reconocer que me fascinaron como personalidades.

Breton, al llegar, tomó con gran elegancia la mano de mi madre entre sus dos manos y la besó con delicadeza.

—Querida, querida Elena, estamos encantados de conocer su casa.

Yo estaba espiando todo desde mi estratégico escondite. Le llevó a mi madre una sola flor exótica de gran corola naranja y tallo muy largo. Breton tenía el pelo gris, todo liso hasta principios de la nuca, peinado hacia atrás, y lo usaba un poco largo para la época. Tenía un rostro noble y nariz recta. Elisa tenía pelo castaño con algunas canas y largo, sus enormes ojos verdes brillaban con una dulzura nostálgica. Llevaba las uñas pintadas de verde y collares de latón con piedras grandes semipreciosas.

Mi padre, e incluso mi madre, siempre tan indiferente, estaban emocionados porque era la primera vez que Breton cenaba en la casa. Mi madre le había dado órdenes muy precisas a la Teo y a Consuelo, otra española de unos cincuenta años que ayudaba a la Teo en las grandes ocasiones. También estaba muy alerta y preocupada por la cena y, contrariamente a lo que decía mi padre, siempre tan exigente con ella, era muy cuidadosa con los arreglos de la mesa, las flores; era una excelente ama de casa.

Como sólo había dos invitados, en lugar de mantel habían puesto servilletas bordadas individuales y habían sacado unos floreros de mesa art déco muy originales: unas esferas pequeñas de cristal medio pegadas las unas a las otras, cada florero con capacidad para flores de tallo chico, perfectos para la mesa. Teo confeccionaba ramos preciosos.

Mi padre temía que una casa tan lujosa y tan típicamente siglo XIX no le gustase a André. Pero él y Elisa estaban encantados. Mi madre me había vestido con mi traje de terciopelo azul pavo y cuellito de encaje; en lugar de trenzas traía el pelo —en aquella época castaño dorado—, levantado hacia arriba y suelto por detrás. Mi madre llevaba un traje muy elegante de jersey color canela, copia de uno de Dior que le había hecho Perrine, su costurera.

Tenía órdenes de presentarme al salón, hacer una reverencia y retirarme enseguida a mi cuarto; estilo niña francesa de buena familia.

—¡Qué adorable niña, André! —exclamó Elisa.

—Parece *Alicia en el país de las maravillas* —dijo Breton.

Ese libro que me había regalado mi padre era uno de mis favoritos. Me puse feliz con el elogio de André y me fui corriendo a la cocina.

—¡Teo! ¡Teo! ¿Qué te parecen?

—Son unos señores, Bruja. Unos señores —me dijo la Teo, feliz. Le encantaba tener gente elegante o con personalidad en la casa.

Después de esta cena, la casa se volvió un centro familiar para todos los surrealistas. Venían mucho los jóvenes del grupo a cenar y luego a jugar a las "preguntas y respuestas". Preguntaban algo que escribían sobre un papel, doblaban la hoja y los demás, sin ver la pregunta, contestaban. Era increíble la justeza de las respuestas; también jugaban al teatro chino. Había dos grupos y uno de los del primer grupo tenía que hacer mímica y representar, sin palabras, a un personaje literario o histórico. Una noche, por excepción, me dejaron jugar con ellos.

Ado Kyrou, que dirigía *Cahiers du Cinéma,* con otros amigos, revista que influyó tanto en el cine y fue precursora en muchos sentidos, me dijo que actuara *Alicia en el país de las maravillas.* Lo hice muy bien y el grupo contrario adivinó.

Alicia, así como Emily Brontë, algunos románticos alemanes como Heinrich Wilhelm von Kleist, todos eran héroes de los surrealistas. Después me fui a dormir. Me había divertido tanto; nunca creí que los mayores fueran tan entretenidos.

Benjamín Péret, íntimo de la casa, un día se metió a mi cuarto a darme las buenas noches, pero le indignó el libro que estaba leyendo: *Les petites filies modèles* de Madame de Segur, un clásico francés del siglo XIX.

—¿Cómo es posible que leas a esa vieja burguesa que hace una apología de los *flics?* [Una palabra francesa muy despectiva para nombrar a los de la policía.]

Eso me pareció absurdo, pues los únicos *flics* que aparecían en las obras de Madame de Segur eran los gendarmes de pueblo.

Llegó como un inquisidor al salón y regañó a mi padre por dejarme leer a esa "reaccionaria". Mi padre, como siempre, le echó la culpa a mi colegio, Las Abejas, y a mi madre que me permitía frecuentarlo. Le guardé rencor a Péret y seguí con mis lecturas. "¡Otra locura de mi casa!", pensé.

Por cierto que en los libros de Madame de Segur, aparte del título, el nombre del editor y demás, que leía con mucho cuidado, había unas líneas muy intrigantes para mí: "por Madame de Segur nacida Rostopchine" y, absurdamente, nunca le pregunté a nadie qué significaba eso. Sólo de grande entendí lo de *nacida Rostopchine,* es decir, que su nombre de soltera era ruso.

Su marido había invadido Rusia, a pesar de ser de la antigua nobleza, formando parte de los ejércitos de mi ídolo Napoleón. Y el padre de Madame Segur, alcalde de Moscú, había prendido fuego a la ciudad para que Napoleón no tuviera cuarteles de invierno. A pesar de todo eso, el conde de Segur se enamoró de ella, se casaron y se la llevó a vivir a Francia.

Con razón en sus novelas había una niña rusa muy desventurada, Sophia, que era rubia, todo lo contrario de las pequeñas niñas modelo, Camille y Madelene, que tenían bucles negros y ojos cafés. Naturalmente, me identificaba con las niñas modelo —aunque yo no lo era—; en fin, estas niñas que vivían dichosas en su castillo rescataron a Sophia de su madrastra. Los personajes hacían viajes a Rusia, donde aparecía el general Durakin.

Para un ojo más avezado que el mío eran obvias sus raíces rusas. De grande lo entendí y me pareció una buena escritora; muy moderna, aunque demasiado moralista, mas debe entenderse que iba con la moda de su tiempo. Pero tenía ese extraño don ruso de saber pintar la bondad sin

aburrir —como Dostoievski con Aliosha— y sus "niñas modelo" estaban muy bien estudiadas psicológicamente; no eran ñoñas, ni sosas, ni tampoco fanáticas religiosas. Eran niñas sencillas, bien educadas y muy generosas. Siempre es relativamente fácil pintar a un villano, pero es casi imposible hacer lo mismo con un ser bondadoso. De los novelistas del siglo XIX, el único que lo logra es Dostoievski. De aquella autora se puede decir que es el Balzac de los niños.

En Navidad, mis padres me regalaban ropa para la escuela y libros de texto, así que nunca tenía dinero para comprar a mis autores y libros favoritos: Jack London, Jules Verne, de la Biblioteca Verde —así se llamaba aquella colección para niños—, o *Peter Pan* de la Biblioteca Rosa. Tenía que ganar dinero. Entonces se me ocurrió la idea de hacer un circo.

Mi gata Machu Picchu me seguía por toda la casa así que, poniendo los sillones Luis XV del gran salón en círculo, la enseñé a saltar en redondo, mientras yo gritaba como un domador.

—Hola, señoras y señores, la pantera negra de la selva de Madagascar está ejecutando su número especial para ustedes.

Me faltaba un número de baile acrobático para completar el circo. Ya le había enseñado algo de ballet a Choupette y resultó muy buena. Además, me compré varias pelotitas rojas, y rápidamente aprendí a hacer malabarismos con ellas. También aprendí varios trucos de cartas y algunos otros, para salir disfrazada del mago Fu Man Chu, que no había olvidado desde mi pequeña infancia. Pero lo que más me gustaba hacer era el número de baile acrobático en el que yo me llamaba Claro de Luna —me encantaba la luna brillante y redonda de las noches claras y frescas; era mi astro favorito y, la plata, mi metal predilecto, me parecía algo misterioso—. (A mi madre le encantaba el sol y el oro.) Choupette era Rayo de Sol. Juntas hacíamos el doble salto mortal.

Puse letreros por toda la casa con flechas que indicaban hacia el salón grande que decían: "Circo". Nos poníamos bufandas de gasa de mi madre, por encima de las mallas del ballet y las zapatillas. Choupette, amarillas, naranjas y doradas, y yo, la única plateada que tenía mi madre y azules y grises.

A todas las visitas de mis padres les cobrábamos diez francos. Además, Finki había traído sobres de polvos con sabor de naranja y de limón. Cuando había juntado dos o tres amigos de mi padre, me paseaba entre ellos gritando:

—*Esquimaux! Esquimaux, Gervais!* [Esquimales: paletas que se vendían en los cines, en los intermedios.]

Llevaba una bandeja llena de vasos de naranjada y limonada. Vendía el refresco a dos francos. ¡Ah, cómo nos encantaba nuestro circo! Choupette no me cobraba nada por la representación y yo guardaba las ganancias en una bolsita para niña de color rojo que mi madre me había comprado en Nueva York.

Un día, le abrimos la puerta al mismísimo Christian Dior, acompañado de Paul Chadourne, un viejo amigo de mi madre, de pelo gris, muy distinguido. Yo sabía que Paul le hacía la corte a mi madre, por conversaciones que había espiado entre ella y una vieja —para mí muy antipática— que se había hecho su confidente: Gabrielle Cabrini.

Paul era hermano de Marc Chaduourne, un señor que había huido de Francia porque había sido

uno de los mejores amigos del gran escritor "colaboracionista" Drieu La Rochelle. Éste se había suicidado al final de la guerra para evitar un juicio deshonroso y que lo fusilaran por "traidor".

Los argentinos ya habían aparecido en la casa; el primero fue José Bianco y después Victoria Ocampo, examante de Drieu La Rochelle; muy demócratas todos. Oyéndolos me enteré que Victoria quería, sin ningún derecho, pero con todo el peso de su dinero y sus amigos demócratas, quitarle los papeles íntimos de Drieu a Marc Chadourne. Por eso y más, Paul la llamaba la *vieille emmerdeus* (la vieja enmierdadora).

Esa tarde, al ver a Dior, corrimos a escondernos Choupette y yo. Era la primera vez que lo veíamos en persona, pues lo reconocimos por las fotos de las revistas. Había venido a ver a mi madre, pues Paul, que era de muy buena familia y muy rico, lo había convencido de que mi madre sería una gran *mannequin (top model* se diría ahora).

Choupette y yo nos pusimos a espiar. Mi madre salió muy desenvuelta con un traje recto de jersey negro, que moldeaba sus formas menudas y elegantes, a recibir al genio del *new look*.

Éste la miró de arriba abajo con una mirada de rayos X y le dijo a Paul:

—Es bellísima, es exactamente el tipo que me conviene.

En cierto modo, mi madre fue precursora del tipo de Brigitte Bardot, Julie Christie, Claudia Schiffer, Amber Valleta. Él intuyó que estaba ante el prototipo de mujer ultramoderna, dinámica, que buscaba: *una fausse maigre,* una falsa flaca; es una expresión francesa que significa una mujer de huesos finos —sólo los aristócratas los tienen en Europa—, pero con un poco de redondeces, no la flaca corriente sin pechos y sin nada de nada.

Choupette estaba deslumbrada e iba a aplaudir, pero yo de manera ruin le di de codazos en las costillas. No quería ser descubierta, y menos por Christian Dior.

Paul y el modisto genial se fueron enseguida, y Choupette y yo salimos de nuestro escondite para hacer un baile improvisado en honor de la futura *top model*. Mi madre estaba preocupada por lo que diría mi padre. Éste, que ya estaba al corriente de la visita y las intenciones de Dior, llegó al poco rato, acompañado de su confidente Jacqueline González Quintanilla, ambos estaban furiosos. Dijeron que mi madre quería arruinarle la carrera a mi padre. Jacqueline terminó la discusión en el tono despectivo que usaba con mi madre.

—Es imposible que aceptes, ¿estás loca? Sería la ruina de Tatave. ¡Elena, date cuenta!

Mi madre peleó esta batalla ya perdida hasta lo último, pero la amenazaron con retirarle el pasaporte mexicano y correrla a la calle. No lloró, pero tuvo que aceptar que Jacqueline fuera a ver al maestro y le "explicara". Dior nunca más volvió a la casa, y Paul Chadourne se enfureció en contra de Jacqueline y de mi padre, y por la debilidad de carácter de mi madre.

Entonces, en un arranque de rebeldía, a pesar de la prohibición de mi madre, me fui con la Teo a ver una película, *Las zapatillas rojas,* con Moira Shearer, la gran bailarina inglesa. Era una gran película de ballet pero mi madre pensaba que no era apta para una niña. La Teo, que me consentía en todo, me llevó a verla seis veces, mismas que lloré a mares al final. La última escena, cuando la chica maquillada y vestida con su tutú y sus zapatillas rojas ve, a la derecha, a su marido, un joven músico que le había prohibido bailar y, a su izquierda, a su maestro de ballet, y se tira por una ventana del teatro de Montecarlo para no escoger entre los dos, y la aplasta el tren que pasaba por debajo del balcón, fue algo tremendo.

Evidentemente, reconocí a mi madre en la bailarina Shearer. Años después, en Madrid, estuvimos unos días en casa de María Dolores, la amante de Jesús Ussia, y ésta tenía un libro dedicado a las grandes películas. Ahí encontré fotos de *Las zapatillas rojas*. En esos momentos había olvidado que mi madre no lo sabía.

—¡Mira, *Las zapatillas rojas*! ¡Qué magnífica película!

—¿Y tú cuándo la viste?, si es una película cursi y ella es muy mala bailarina —dijo mi madre con aversión.

—La vi con la Teo en París.

Para mi gran asombro, todavía se enfureció conmigo y con la Teo.

En París volví a pensar, como siempre, que la vida puede ser trágica. Pero no entendí el porqué no le gustaba la película a mi madre, si era como parte de su vida. Nunca reconoció la doble personalidad artificial, frívola y francamente ciega que le había construido mi padre, casi sin querer pero "por su bien". Fue a partir de esa película que, conscientemente, me di cuenta de que había un dolor perpetuo en mi casa, que no existía en los hogares de mis amigas, por eso era tan feliz fuera de mi casa y no me importaba que no le prestaran atención a mi modesta "vida escolar".

La vida es extraña. Hace unos momentos estaba contando, en estas memorias, que *Las zapatillas rojas* era una de las pocas películas que vi de niña con la Teo, y a escondidas de mi madre; el cine entonces me era indiferente y, además, me lo tenían prohibido mis padres, como a todas mis amigas, pero me empeñé en ver esa película seis veces.

No obstante, no había entendido bien. Al volver a verla ayer, en un canal de telecable en Arts and Entertainment, la capté de una manera muy distinta. No paré de llorar en todo el día, pero por otros motivos. Esa película tan fina, tan delicada, la mejor película de ballet que he visto, evocaba, para mí, un mundo ya desaparecido. Un mundo del cual tuve la suerte de vivir los restos que quedaban en medio del florecimiento de la "era de los Titanes" —como dice Jünger— en la que vivimos; época de brutalidad técnica, sin espiritualidad, poblada de seres vestidos de jeans, sucios, greñudos, granujientos, vulgares, que se mofan de todo lo superior y sólo admiran la técnica baja: las computadoras, los cassettes, la guitarra eléctrica, la música electrónica, y dejan de lado las altas matemáticas o la astronomía; en la actualidad el cine refleja mucho de ese mundo atroz. La expresión favorita en cualquier filme es: *fuck my ass*.

Mas no voy a hacer, en este espacio, el análisis filosófico de cómo nació este mundo en el que ahora vivimos. Volvamos a la película. Primero, está filmada en el Covent Garden, el antiquísimo teatro inglés que demolieron hace ya veinte años para construir teatros como cubos en concreto armado, naturalmente, tapizados en su interior con tela oscura y techos bajos.

Pero hoy tengo tan presente la película y ese antiguo mundo que viví, que otros recuerdos, incluso más importantes, no borran mi nostalgia. El actor ruso que hacía el papel del director del ballet Lermontov, me volvió a subyugar como cuando era niña. Un hombre de gran belleza aristocrática, gestos refinados pero muy viriles, una cara tan fina, la cabeza perfecta, dolicocéfala, de pelo negro brillante, peinado como antes, es decir, el pelo lacio todo echado hacia la nuca, frente alargada, de sienes amplias (para mí, la gente de sienes estrechas es mezquina y temible),

nariz recta, boca fina con una sonrisa irónica; en apariencia, un déspota en la compañía de ballet. En aquella época los maestros, los directores tenían un lugar superior y los alumnos lo respetaban. Así era posible tener disciplina y lograr hacer todo lo más perfecto posible.

En el ballet, cuando uno alcanza a dar un salto magnífico, a ejecutar *pirouettes* o *arabesques* perfectos, se siente el mismo éxtasis de los místicos; la comparación no es exagerada, pues los bailarines ganan muy poco dinero, y eso es una forma de ascetismo.

La película se desarrolla, al principio, en Londres y, la mejor parte, en Montecarlo. Ese lugar casi irreal a fuerza de belleza, con sus palacios antiguos de mármol rosa, las escaleras a la Chirico, los jardines de eucaliptos, laureles y magnolias. Los hoteles antiguos que Grace Kelly vendió por afán de lucro, para terminar construyendo sus cubos de concreto armado.

Esta última vez que vi la película, el personaje femenino me pareció un ser vulgar que prefiere a un mediocre que al genial Lermontov, que representaba el ballet. Me pareció que no tenía la vocación de gran bailarina; sin embargo, la película cuya moraleja en el fondo es ésa, me llevó a épocas lejanas y tan felices que sólo ahora, dos días después, he dejado de llorar.

Con razón no le gustaba la película a mi madre.

Mis padres habían buscado otro internado en Suiza para que yo pasara el invierno en las montañas. Fue en balde. Repentinamente, Fanette, una de mis grandes amigas, me propuso irme a La Frete con ella; una escuela en Villar, en un pueblo situado en la Suiza francesa. Madame Sicre, su madre, una gran cazadora, que siempre les llevaba a mis padres faisanes y conejos de regalo, me recomendó con el señor Müller, el director de La Frete.

Ahí me pasé, la primera vez, seis meses. Cada mes les hablaba a mis padres pidiéndoles "un mes más". Según supe, mi papá estaba desolado y temía que ya no los quisiera. Mi madre me dejaba hacer lo que quería. Mi padre me enviaba largas cartas en las que había escrito, sólo para mí, una novela que transcurría en Yucatán, lugar donde estuvo de adolescente: un niño y una niña se metían por un agujero en la tierra, y a través de grutas llegaban a un cenote sagrado… La continuación estaba en la siguiente carta. Yo, encantada, les traducía esta novela a mis amigas, les fascinaba, y les explicaba lo que era la civilización maya. Influidas por la novela, en nuestros juegos nos dio por jugar a los indios. Yo era Ojo de Águila. En efecto, tenía una vista magnífica. Quién hubiera creído que a los dieciocho me volvería miope como mi padre.

Nos entrenábamos para caminar entre los árboles, aguzar el oído, ver a lo lejos a los "comanches enemigos". Una tarde estábamos tomando la siesta reglamentaria, a las dos de la tarde, con las ventanas abiertas a pesar del frío, cuando oí pasos inseguros sobre el sendero de nieve congelada; abajo de mis ventanas reconocí la tos ligera de mi padre. Sin moverme de la cama hice un anuncio en forma teatral.

—¡El padre de Ojo de Águila ha llegado!

Mis amigas se precipitaron hacia la ventana y no lo vieron. Un poco después, el señor Müller vino a tocar a la puerta.

—Paz [nos llamaban por nuestro apellido], tiene usted visita.

Loca de alegría, sobre mis medias de lana me enfundé los pantalones de ski y las botas —así vestíamos todo el día, por comodidad y por el frío—, y salí corriendo al salón.

Sin botas, con *galoshes* americanos para la nieve sobre sus zapatos de calle, estaba mi padre entumecido pero feliz. Para él era una hazaña ir a la montaña en invierno, pues era mediterráneo y odiaba el frío. Hice que depositara en mi cuenta de la escuela muchos francos suizos para poder comprarme los domingos barras de chocolate suizo Tobler, el único lujo permitido en la escuela.

Mis amigas, como buenas "apaches", lo espiaban.

—¡Qué guapo es tu padre, y qué joven!

—*Quels beaux jeux il à, il est magnifique*! [¡Qué bellos ojos tiene! ¡Es guapísimo!]

Estaba orgullosa de él. Lo llevé a conocer el pueblo y luego a merendar chocolate caliente y pasteles. Para mi gran felicidad se quedó toda una semana. ¡Pobre!, aguantó el frío por cariño a su traviesa hija.

Quería que me contara más sobre Yucatán y de México, y así lo hizo. En las noches, muy orgullosa, les explicaba a mis amigas que en Acapulco, en la noche, los pies dejaban sobre la arena huellas fosforescentes. ¡Cómo ha cambiado el mundo!, no me imagino eso ahora en el horrible Acapulco moderno, ni en ninguna otra playa.

Casi no estudiábamos porque nos la pasábamos esquiando toda la mañana. Luego comíamos y estudiábamos una hora. Después de la siesta, de dos a cuatro, estudiábamos otra vez el programa escolar con el señor Müller. Durante las siestas me devoré casi toda la biblioteca de La Frete.

Leí un libro que me fascinó sobre el Tíbet, de dos exploradores alemanes, donde narraban cómo escogían al Dalai Lama entre los niños del pueblo; los cientos de Budas de oro macizo de veinte metros de altura del Pótala, el palacio del Dalai Lama.

A Fanette le decíamos de cariño Gorilita, porque tenía vellos en los brazos, pero ella se reía de su apodo, y a Catherine, otra chica del cuarto —éramos seis o siete por habitación—, por sus anteojos y su amor a la lectura le decíamos "El Sapo de Anteojos"; esto le enfurecía. El sapo era muy mala para el ski; sin embargo, estaba abonada a una biblioteca particular; leía *Los tres mosqueteros* —yo ya lo había leído pero me cuidaba de decirlo— y nos trataba con desprecio. Muchas veces la hicimos llorar hasta que, finalmente, la admitimos en nuestro círculo.

Cuando llegó la primavera ¡qué espectáculo! Esquiábamos sobre un tapete de flores blancas, *les perce-neiges,* unas flores que, literalmente, atraviesan la nieve que empieza a derretirse. Aunque nos quejábamos de lo mala que se había puesto la nieve para esquiar, por aguada.

De repente, parches enteros de tierra cubierta de una hierba tierna reemplazaban poco a poco a la nieve.

Las estalactitas de hielo que colgaban de los balcones se derretían y caían con un ruido seco. Lo más impresionante fue el río, ancho y congelado, que empezó a deshacerse con ruidos sordos que me asustaban.

Una mañana que el sol brillaba y el río caudaloso arrastraba enormes bloques de hielo, nos ordenaron vestirnos de faldas, zapatos y solamente calcetines. Nos quitamos la ropa como si ésta fuera capas de una cebolla: las medias de lana, los calcetines gruesos, camisetas, los suéteres pegados al cuerpo, y encima de los gruesos suéteres de ski, los anoraks.

Ya vestidas con faldas plisadas, blusas blancas y zapatos, en lugar de botas, nos sentíamos tan ligeras que parecía que íbamos a emprender el vuelo por el cielo azul, de un azul como esmalte, sin nubes, sin nieve. Era tiempo de volver a París.

Cuando llegué a la Ciudad Luz, ya de noche, la Teo me abrió la puerta grande; también había una más chica, la de servicio, que daba a la cocina, pero había que subir por una escalera estrecha y maloliente, con los muros pintados de un verde sucio.

Me quedé en la entrada principal, las puertas antiguas del salón grande con sus pequeños vidrios cuadrados ajustados entre la madera, estaban abiertas, y como las puertas corredizas de vidrio que dividían el salón grande del chico estaban metidas en la pared, vi claramente una escena familiar en el pequeño salón: mi madre con su traje negro de falda ancha, cuello blanco almidonado y ballerinas sin punta. Estaba sentada con los brazos cruzados, cabizbaja, hinchada y roja de llorar, y mi padre con su viejo saco de pana gris, regañándola y con el dedo índice en alto.

Aunque esto me descorazonó, avancé hacia ellos para besarlos.

—¡Ya llegué a la casa!

¿Por qué siempre lo mismo?, ¿qué pasaba en mi casa? Siempre el desacuerdo.

Me fui a mi cuarto a reflexionar por qué nunca salían juntos a la calle, por las tardes o al mediodía, agarrados del brazo como los padres de mis demás amigas. Me acordé entonces de un incidente que me había afectado mucho.

Un domingo, sin querer, me crucé con ellos en el pasillo de los cuartos. Mi padre forcejeaba con mi madre y, a fuerzas, la quería besar. Llegó tan lejos su brutalidad que mi madre gritó:

—¡Suéltame, me das asco!

Esto de niña me dolía y hacía que me pusiera de parte de mi padre. Pero, en realidad, no sabía el trasfondo ni el pasado de ese matrimonio. Por lo pronto, me indigné con mi madre.

Nunca pasaron las vacaciones juntos y, además, mi padre había traído a una buena legión de amantes a la casa. Eso, sin saber qué quería decir, lo intuía muy bien, pues lo hacía de una manera muy descarada. Primero fue Estelita Lastre, la señora argentina amiga de José Bianco, de la oligarquía argentina y mucho mayor que él, más tarde fue Emilia Perrusquia, y después, Monique Fong.

Yo entendía muy bien todo y no me asombró; pensé que era normal y que así era en todas las casas.

Empezaban las vacaciones de Pascua. Mi madre había alquilado una casa sola en el Lavandou, y me propuso que invitara a una amiguita. Invité a Christine, mi antigua ex gran amiga que iba un año adelante. Me sentía culpable, pues la había abandonado por el grupito de mi clase: Inés, Fanette, Choupette; pero ella, fiel —me contó mi mamá—, iba casi todos los días a preguntar cuándo volvía de Suiza.

La Teo estaba furiosa con ella, pues la víspera de mi regreso había llevado una gran pelota a la casa. Estaba en la entrada jugando con ella cuando yo llamé por teléfono para anunciar mi llegada al día siguiente. En los dos extremos de la entrada, amueblada estilo chino, había dos enormes jarrones chinos de la época Ming, y Christine, al oír la noticia, entusiasmada, gritó "¡Hurra!", le dio una patada tan fuerte a la pelota que tiró un jarrón y lo hizo astillas. No era sólo el valor comercial de la pieza sino el hecho de que era irrecuperable. Su mamá, madame Denoayers, desolada, lo pagó, pues no encontró ningún otro jarrón parecido en todo París.

Nos fuimos felices a pasar tres semanas al Lavandou con Yvonne, una amiga de mi madre que

llevaba una vida muy solitaria. Creo que mi madre la conoció por su peinador Leo.

La vida de Yvonne era una auténtica tragedia. Ella, una francesa de estatura pequeña, muy alegre, se había casado antes de la guerra con un señor muy rico, alsaciano, alto, rubio, bien parecido. Pero era proalemán furioso y había sido uno de los jefes de la Milicia.

Durante la ocupación alemana había una auténtica guerra entre franceses. Sólo ahora se atreven a hablar de ella, o tal vez yo era muy chica y no sabía nada. Después, al crecer, todo eso me interesó. Para mí, el mundo eran *los malos,* o sea los "colaboracionistas", y *los buenos,* los de "la resistencia". Claro que la vida no es sólo blanca o negra. ¡Ojalá! Más bien es de todos colores. Pero el hecho es que me enteré de la Milicia por las tres o cuatro veces que Mr. W. vino a la casa; siempre acompañado de un aire trágico. Mi madre lo invitaba por lástima y también por curiosidad, cuando no estaba mi padre.

Hay un libro muy interesante y bastante imparcial de un historiador de izquierda moderada, su texto se llama *L'impitoyable Guerre Civil,* pero mi propósito no es tomar partido sino relatar lo que vi de niña. Volvamos a Mr. W. Éste había estado preso en Fresnes. El presidente Vincent Auriol, socialista, lo indultó, porque De Gaulle lo quería fusilar. Le habían quitado sus derechos civiles, no podía votar ni tener pasaporte francés. También le habían quitado casi todo su dinero. Sólo le dejaron su mansión en París. Sus amigos le habían dado el chaquetazo y se habían unido a la Resistencia en el último minuto, pues, de lo contrario, los habrían fusilado como al fundador de la Milicia, o habrían muerto combatiendo.

Muchos lo habían dejado de frecuentar por miedo a que los señalaran, pienso yo. Pero él no había cambiado y le echaba unos discursos a mi madre que yo más bien entendía emocionalmente, pero no a los hechos a que se refería. Me daba mucha lástima. Decía que todos los días esperaba que los de la Resistencia —la cual siguió operando durante años en París— entraran a matarlo en su casa o en la calle. Por eso salía muy poco.

—¡Y ni siquiera así saldría la verdad! Sería tan sólo un crimen crapuloso para la prensa escandalosa —exclamaba furioso.

Un día llegó mi papá y se peleó con él. Lo trató tan mal que Mr. W. bajó la cabeza como auténtico vencido, le dijo a mi papá que era un intelectual "burgués", y se fue muy humillado porque mi papá lo corrió de la casa.

Llegó el momento de irnos al Lavandou, mi madre, Christine, Yvonne y yo. Llegamos a una casa de dos pisos que mi madre había alquilado. Era muy bonita, estilo rústico con techo de tejas rojas. Las paredes pintadas de blanco y una limpieza impecable. En la parte baja había una pieza muy grande, un salón-comedor con vigas de madera en el techo, y una acogedora chimenea. La cocina, también grande y moderna, tenía refrigerador. Las escaleras de mosaico llevaban al segundo piso donde había cuatro recámaras y dos baños. Una piel de oso blanco en cada recámara, camas de madera antigua con dosel.

El pueblo estaba como a dos kilómetros. Atrás de la casa había un bosque de pinos. A la derecha, toda una pradera de estrellas de mar —flores que viven de la sal de mar— y enfrente, la playa se extendía solitaria hasta unas rocas donde mi madre e Yvonne bajaban para tomar sus baños de sol, desnudas. Yvonne y mi madre eran, hasta cierto punto, naturistas.

No había nadie a varios cientos de metros a la redonda, y no hacía calor. Era finales de abril, cuando el mistral —viento del Mediterráneo— soplaba helado. Christine y yo aprovechábamos los brillantes rayos del sol para bañarnos desnudas, secarnos y meternos a la casa a ducharnos y sentarnos junto al fuego de leños que mi madre e Yvonne habían preparado en la chimenea.

Por los alrededores sólo vivía un lugareño y su familia, pero estaban tan lejos que nunca los veíamos, sólo a su hijito de cinco años que paseaba a un tropel de gansos blancos enormes. Estos animales nos perseguían, pero sobre todo a mamá y a Yvonne, al grado de que fueron a pedirle al aldeano que no dejaran a su hijito acercarse a la casa con los gansos porque mordían dolorosamente con sus grandes picos. El hombre se rio y nos explicó que los gansos se enamoraban de las mujeres; sin embargo, le prohibió a su hijo acercarse a nuestra casa y estuvimos tranquilas. A mí me daban pavor los gansos y respiré tranquila cuando éstos se alejaron con el niño rubio.

Mi madre había llevado una bicicleta y con Yvonne iba todos los días al pueblo por la comida, y todo lo que iba haciendo falta: crema bronceadora, pasta dentífrica, etcétera. Una ocasión, mi padre habló por teléfono para anunciarnos la llegada de Pedro Coronel, un joven pintor mexicano amigo de ellos. Pedro llegó al día siguiente. Era un muchacho alto, moreno y callado que se moría de frío con el mistral y no quiso bañarse en el mar. Christine lo tomó por un italiano y empezó el calvario de Pedro.

En la escuela, los italianos eran los “macarronis”, los ingleses “les englich”, los alemanes “les boches”. Sólo valían los franceses. Sin tener idea de lo que le esperaba, Pedro instaló su caballete en la pradera, junto con sus colores y todo su material, pues para él ése era el lugar “ideal para pintar”, a pesar del frío. Christine y yo nos aprovechábamos cuando Yvonne y mi madre se iban a dar sus baños de sol nudistas, algo que Pedro ignoraba, para atormentarlo de todas las maneras posibles. Le gritábamos imitando a los italianos.

—He, he!, il macarroni!

Él se ponía colorado y no podía explicarnos, en su mal francés, que no era italiano, además no lo dejábamos pronunciar una sola palabra con nuestros gritos. Cuando vimos sus cuadros abstractos nos desatamos; muertas de risa, fingíamos que íbamos a tirar “esas porquerías” al mar. Pedro corría aterrado detrás de nosotras hasta que le devolvíamos sus cuadros. Un día, tropezó con una raíz de árbol, escondida entre el pasto, y por poco se lastima seriamente la cabeza.

Yvonne y mi madre, ignorantes de la situación, regresaban al mediodía y le preguntaban, asombradas, por qué no había pintado más. Muy hombrecito, Pedro no se quejaba de nuestras maldades, que iban en aumento.

Al cuarto día, a Christine se le ocurrió decirle que mi mamá e Yvonne lo esperaban detrás de los árboles, cerca de las rocas. Al poco rato, oímos los alaridos de mi madre y de Yvonne, y los gritos de sorpresa y vergüenza de Pedro. Para nuestra alegría llegó llorando a la casa, empacó sus cosas y le dijo a mi madre que ya no nos aguantaba, que se regresaba a París, porque éramos tremendas. Y así lo hizo. A la semana, Yvonne se regresó también a París, pues su hija Mai la esperaba.

Entonces, Christine y yo nos desatamos de verdad, no hacíamos nada y nos negábamos a ir al pueblo en bicicleta por las compras. Al atardecer, poníamos siempre la mesa afuera de la casa

cuando no había mucho mistral.

Un día, Christine jaló el mantel y tiró toda la comida al suelo. Mi madre se enfureció, la amenazó con mandarla a París y se metió a la casa. Christine corrió por unas rocas que había cerca de la playa gritando.

—¡Elena ya no me quiere!, ¡me voy a suicidar!

(Entre nosotras, le decía Elena, pero en el tren y ante desconocidos, presumía que era su madre.)

Al ver su cuerpo inmóvil y su cabeza que se hundía, me aterré y corrí por mi madre. Ésta, como gran nadadora, se tiró al mar, que ya estaba embravecido y sacó a Christine a rastras por la playa. Christine vomitó un poco de agua salada y se puso a llorar. Mi madre nos abofeteó parejo.

—¡Par de histéricas!, ¡ya no puedo más con ustedes! —luego que se calmó, sonrió mientras añadía—: Les voy a dar una sorpresa —su mirada era amenazadora.

Muy amable nos metió a la casa y nos preparó de cenar, como todas las noches.

—Elena, mañana va a haber un mistral tremendo, me lo contó el niño del pueblo —dijo Christine durante la conversación. Mi madre no comentó nada; como siempre, nos dio las buenas noches y nos mandó a la cama. Por lo regular, ella se quedaba leyendo junto a la chimenea. Al día siguiente, saltamos desnudas de la cama, y corrimos a bañarnos al mar, como de costumbre. Ese día soplaba un mistral especialmente helado. Cuando quisimos entrar a desayunar, la puerta grande estaba cerrada con llave. Moradas de frío, fuimos corriendo a la vuelta de la casa para entrar por la cocina, pero también estaba cerrada con llave. Gracias a Dios, mi madre preparaba el desayuno en la cocina.

—¡Elena, las puertas se cerraron! ¡Ábrenos por favor!

Mi madre nos hizo una cuchufleta y nos sacó la lengua.

—¡Ése va a ser su castigo!, no les vuelvo a abrir nunca.

Pasó todo el día y nosotras dando de saltos, llorando con el mistral helado lleno de arena que se nos metía en los ojos, suplicándole que nos dejara entrar. Nos metíamos al mar para pasar el tiempo, a ver si se le pasaba el enojo y porque al salir del mar helado nos daba más calorcito. Tratamos de treparnos por la pared para deslizamos por la chimenea pero fue inútil. Al atardecer, al verla colocar los leños en la chimenea, muerta de la risa y burlándose de nosotras, nos entró pavor.

—¡Socorro, mamá! ¡Perdón, perdón! —gritábamos.

Christine, cuyo padre era ginecólogo, la amenazó con toda suerte de enfermedades que nos iban a dar.

—Elena serás la culpable de que muramos de pulmonía —le advertía Christine.

Ya muy entrada la noche nos hizo prometer solemnemente que nos íbamos a portar bien y nos dejó entrar. ¡Qué felicidad! Las dos renegadas la abrazaban y la besaban.

—Corran a bañarse con agua caliente y pónganse sus pijamas.

Bajamos y cenamos con ella huevos revueltos y pan tostado con café caliente, que nos supo a la ambrosía que tomaban los dioses en el Olimpo, según nos explicaba la profesora de Historia de la Antigüedad.

El fuego de la chimenea chispeaba con luces cálidas, y el aroma de la madera ardiente llenaba

el salón de un olor a bosques. A partir de ese día, casi le ganamos a *Les petites filles modèles* en conducta. Es cierto; nadie sabe el bien que tiene hasta que lo ve perdido.

Por esos días mi padre coincidió con otro gran pintor mexicano, Rufino Tamayo, a quien llevó a la casa con su esposa Olga, quien, en un principio, era simpatiquísima. Se hicieron íntimos de la casa y comían casi todos los días en Victor Hugo, pues casi no conocían a nadie en París, salvo a Orlin Ekström, un diplomático americano de origen sueco, alto, distinguido y flaquísimo. Era experto en pintura y había alquilado un palacete a unas personas de una rama de la familia Poniatowski que vivía en París.

Orlin era de los amigos de mi madre aunque, en general, nunca los invitaba a la casa, pues no le gustaban a mi padre. Mi madre le regaló a la esposa de Orlin, Parmenia, sus (para mí) famosos aretes oaxaqueños. Era una señora callada y dulce de cabello negro, y muy elegante. Parecía como si se hiciera a un lado para dejar hablar a su marido; todo lo contrario de Orlin, que se burlaba de todos. Parmenia nunca habló mal de nadie. La pareja tenía un hijo único, adorable, rubio y dulce como su madre, Niki, como lo llamaban familiarmente sus amigos; era también amigo de Didja Prentice, la madre de mi gran amiga americana, Pamela.

Niki fue pocas veces al castillo de los Prentice, La Rolanderie, porque era extremadamente tímido. Ahora que me acuerdo, también vi en la casa de los Prentice, dos o tres veces, a los hijos del gran bailarín Leonide Massine. Una vez al hijito, flaquito y tímido, y dos o tres veces a la exuberante Tatiana Massine, quien con su apasionamiento ruso inventó que era la novia de Peter Prentice, pero como éste siempre se escondía y de repente saltaba del salón por una ventana, era difícil saberlo.

A mí me dieron muchos celos porque estaba enamorada de Peter, con su pelo rubio platino cayéndole por la frente, sus ojos cafés alucinados, llenos de estrellitas. Era un niño fortachón y, sin embargo, tenía un aire tan romántico. Era de una gran belleza; el más poético y mágico de los hermanos Prentice.

Tatiana nos hizo una exhibición de ballet, y me di cuenta de que no tenía talento. Después, en París, al verla ya de grande, con Muffy, la hermana de Pamela, ella reconoció que no tenía vocación de bailarina.

Cuando iba a casa de los Prentice, casi siempre yo era la única invitada y me parecía normal que tuvieran un castillo, porque la mayoría de mis amigas francesas lo tenían.

Mi madre había conocido a Didja Prentice, mamá de mis mágicos amigos, en una fiesta en la embajada italiana, pues Didja, tan locuela y encantadora como sus hijos, estaba casada, por aquel entonces, con un diplomático italiano muy buena persona, Augusto Pini.

Didja era mecenas y tenía un salón literario y artístico al que asistían intelectuales de la categoría de Denis de Rougemont, bailarines como Leonide Massine, o simplemente mundanos con algo de artísticos como Douglas Fairbanks junior, hijo del famoso Fairbanks de Hollywood, casado con una lady inglesa y cuya hija, Vicky, se convirtió en una belleza clásica, una amiga más de los Prentice a la que vi sólo dos o tres veces, de adolescente, en el tríplex de ellos en la Quinta Avenida en Nueva York.

Yo estaba feliz de que mi madre no sólo aprobara sino estuviera, literalmente, encantada con los niños Prentice. Le habían echado polvos de estrellas en los ojos. Decía que parecían niños de una novela de Henry James.

Eran cuatro hermanos. La mayor era Pamela, y el menor, Michael. El segundo era Peter, quien tenía dos años más que yo, y Alta, a la que todos llamaban Muffy. Iban por parejas. Pamela era de pelo castaño dorado, ojos cafés con lunarcitos dorados, piernas muy largas, muy activa y traviesa, pero de cóleras tremendas, y Michael se le parecía en físico y carácter, sólo que tenía el pelo rubio dorado. Pamela y Michael eran solares. Peter y Muffy, con su pelo platino, sus ojos soñadores y los cuentos fascinantes que me relataban, eran lunares.

Peter era muy introvertido; los domingos, cuando había visitas en el castillo, se escondía en el parque y su ausencia me hacía sufrir porque estaba muy enamorada de él. De repente, saltaba al salón por el quicio de una ventana y se volvía a desaparecer. Quién sabe dónde se metía.

Los cuatro eran muy atléticos y robustos. No tenían nada de niños mimados, ni eran lánguidos ni flacuchos, y practicaban muchos deportes. Peter tenía un joven preceptor español que tocaba muy bien el piano, pero a mi mamá le parecía un ser siniestro y una mala influencia sobre él; parecía un personaje de Henry James; era un chico muy resentido, lleno de recovecos y tenía muy dominado a Peter; pero Didja no se ocupaba mucho de sus hijos, estaba demasiado acaparada por sus maridos —se casó siete veces—, por su salón literario y, además, el mecenazgo. También era lunar, vivía un poco en las nubes y tenía un corazón de oro.

Los Prentice fueron mis grandes amores de niña. Primero, vivían en una casa blanca con un gran jardín. Tenían bicicletas, y yo era muy buena para andar en bici, y recorríamos todo Neuilly, que en aquella época era un barrio muy bonito, con casas solas elegantísimas, rodeadas de enormes jardines, avenidas con hileras de gruesos castaños y casi no había autos.

Después, la mamá de ellos, Didja, compró un castillo de la época de Luis XIV, La Rolanderie, en las afueras de París. El interior era precioso porque Didja tenía muy buen gusto; además, contrató a un decorador que mezcló muebles antiguos y sofás estilo inglés muy cómodos, recubiertos de telas magníficas.

Parte de la planta baja era un enorme salón cuyo piso estaba recubierto de un tapete francés color almendra, encima de éste, colocó alfombras persas. En el fondo, había un gran piano y los muros estaban entablados con toda una pieza de madera de nogal estilo Luis XV, labrada en todos los tonos de la miel. Las ventanas del salón daban a un enorme parque poblado de robles, olmos y castaños.

Los cuartos de los niños estaban en el segundo piso, y me fascinaban. Yo dormía en el cuarto de Pamela, porque casi todos los fines de semana me la pasaba con ella. Tenían camas con baldaquinos de madera recubiertos con una tela moderna azul y blanca, muy alegre; los pisos de los cuartos estaban recubiertos con un tapete blanco.

Por dentro, La Rolanderie me gustaba más que los castillos de mis otras amigas, porque éstos, en general, eran heredados y habían dejado que se acumularan muebles de distintas épocas y no estaban tan bien cuidados como La Rolanderie, que ostentaba la antigua limpieza americana. Había un misterio en ese lugar; como si los pisos superiores estuvieran llenos de cuartos más bellos y frescos que en las demás casas; como si actividades alegres y radiantes sucedieran en sus

corredores. De noche, el parque relucía con un lujo comparado al brillo de las estrellas.

En las mañanas, desayunábamos corn flakes con rebanadas de plátano, leche y azúcar, en el comedor de muebles antiguos y madera clara. Ahora de grande, pienso que me gustaba tanto La Rolanderie porque me recordaba mi época en Berkeley, donde fui tan feliz de niñita.

Un fin de semana, en especial, se me quedó muy grabado. Era día de muertos y lo pasé con los Prentice, quienes lo celebraron al estilo americano, es decir festejaron el Halloween. Estaba su tío Ashley, un rubio muy simpático, y su esposa Helen, mujer de pecho abundante que usaba escotes exagerados. Ashley era muy rico y era tan loco que quería ser cantante de ópera. En ocasiones, alquilaba teatros para dar recitales de ópera a los que nadie iba.

La víspera de Halloween nos dedicamos a decorar el castillo. Peter fabricó un maniquí que movía unos brazos de palo y, con una cuerda, colgamos este mono en el techo del desván del castillo, lo recubrimos con una sábana y le teñimos la cara con pintura fosforescente, los ojos eran de color verde. Llenamos todo el parque del castillo con calabazas que tenían velas adentro y brillaban en la noche. De la rama de un árbol, que estaba cerca de las ventanas del salón, colgamos un "ahorcado" hecho con almohadas, y lo vestimos con pantalones y camisas viejos; cuando soplaba el viento, se movía de un lado a otro. En este Halloween se logró un efecto de sonidos espeluznantes que resonaban en todo el cuarto gracias a los aparatos de sonido y a los altoparlantes que colocó Peter en todos los rincones.

Al principio, los invitados de Didja se asustaron y, luego, se morían de risa. Quienes más gozamos el Halloween, por supuesto, fuimos nosotros.

Al día siguiente brillaba un sol esplendoroso, y sentados con Ashley Chandler y su esposa en el césped del parque, me dediqué a contarles las historias de fantasmas que me había relatado mi abuelito.

Ashley creía en todo lo sobrenatural y, como le referí la explicación ocultista de los fantasmas que había escuchado en casa de mi abuelo, se interesó mucho y declaró que era una niña muy inteligente.

Cuando el señor Pini iba por mí a mi casa en su auto italiano convertible para ir a La Rolanderie, al pasar bajo el túnel que iba a Saint-Cloud (La Rolanderie estaba camino a Saint-Cloud) sentía una felicidad indescriptible, pues, para mí, esos fines de semana eran paradisiacos.

Un día, Muffy me contó que ella y Peter se habían casado; yo me escandalicé, pero ella me explicó que habían organizado una boda de fantasía. Ella se había puesto un traje blanco, largo, y él su *blazer* azul marino y sus pantalones de franela gris. Los había casado el preceptor.

Muffy, muy cariñosa, apoyó su cabeza sobre mi hombro.

—Helena, tú eres nuestra hermanita y te voy a decir un secreto: Peter está enamorado de ti.

Yo lo negué para que volviera a decirlo. En eso entró Pamela muy efervescente al cuarto de Muffy y oyó mi respuesta:

—Pero ¿por qué siempre que me ve en el pasillo huye?

Pamela estaba muerta de la risa.

—¡Porque Muffy y Peter están locos! —y luego agregó—: Es que el idiota de mi hermano es de una timidez exagerada, pero nosotras queremos que te cases con él, así seremos realmente hermanas.

Esto me lo decían muy convencidas, aun cuando todavía éramos adolescentes.

Además de La Rolanderie tenían una casa particular en París, en el 18 rue de L'Elysée, donde está el palacio del presidente de la República francesa.

Ahora está prohibido que los mortales comunes y corrientes paseen por la rue de L'Elysée. Esa pequeña y elegantísima calle está reservada sólo para el presidente de la República, y policías uniformados impiden el paso.

Esa casa también era preciosa, de piedra gris con unos escalones que llevaban a la entrada, flanqueada por dos columnas. Ese lugar evocaba una existencia más rica, más bella que la vida cotidiana.

Cuando los Prentice no pasaban los fines de semana en La Rolanderie, el señor Pini iba por mí para llevarnos a ver películas de Charles Chaplin y, entonces, los hermanos se ponían muy elegantes. Para mí, el gusto no era tanto ver a Charles Chaplin sino estar con ellos.

Años después, durante un invierno que pasé en Nueva York con mi padre, a quien la Secretaría de Relaciones Exteriores había nombrado delegado de México en las Naciones Unidas, volví a ver a los Prentice. Yo tenía entonces dieciséis años y nunca había dejado de escribirme con mis amigas de Las Abejas. Durante ese invierno reanudamos nuestra tierna y profunda amistad. Ellos seguían tan guapos y tan poéticos como de niños.

Cuando se efectuó la gran exposición de arte mexicano, organizada por Fernando Gamboa, en París, mi mamá llevó al grupito más elegante, entre los que estaba un distinguido dandy, Charlie Gray, diplomático americano; un primo hermano del último zar de Rusia, Dimitri Mitia Romanov; Didja y Pini, y el pariente de Didja, Ashley, con su sensual esposa Helen, también muy elegantes.

Esa exposición tuvo gran éxito en París y fue el principio del gran triunfo de los Tamayo. Para mí, el inicio de la amistad de los Tamayo coincidió con los hijos de Machu Picchu. Ésta se había empezado a poner muy rara, se frotaba contra todos los muebles. No maullaba, aullaba día y noche. La Teo y Consuelo no paraban de murmurar.

—Esta gata está en celo.

Por fin, Pierre, el conserje, la encerró en el gran sótano de los Faure con su Matou, un gatazo gris callejero. A los pocos días subieron a la Machu muy tranquila. Empezó a engordar y Teo le preparó una canasta con pedazos de telas finas en el cuarto de planchar; todo para los gatitos. La gata dio a luz, cuando yo estaba en el colegio, cinco gatitos preciosos de ojos azules y pelo gris plateado. Crecieron muy bonitos. Mi madre los bautizó con algunos de los nombres de los amigos argentinos: Bioy, Borges, Bianco, Victoria…

Siempre que comíamos en la gran mesa del comedor, Machu Picchu se sentaba en el buffet chinesco del siglo XVIII, entre dos enormes jarrones chinos de un azul oscuro plateado. De repente, empezó a realizar unas maniobras extrañas. Cuando mi padre y mi madre estaban en el pequeño salón, tomando el aperitivo, vieron a la gata ir corriendo al cuarto amarillo donde dormía con sus gatitos y volver corriendo al comedor, e hizo lo mismo cuando abandonamos el comedor.

Mi madre la espió y descubrió él misterio: Machu Picchu, como buena gata, no quería abandonar ni un momento a sus cachorros; los transportaba uno por uno en su boca y los depositaba al fondo de uno de los jarrones, de seguro para esconderlos de la mirada de los

hombres. Yo nunca me acercaba a los jarrones para no molestar a Machu Picchu. Quizá no hubiera vuelto a "esconder" ahí a sus lindos gatitos.

En aquella época, Olga Tamayo iba todos los días a la casa —estaban tan pobres, que no tenían para comer—, colmaba de elogios el lugar y a los gatitos, y a medida que empinaba el codo, le daba por llorar y contarle toda su vida a mi mamá. Y yo, arrumbada en un rincón, escuchando toda esa existencia tan ajena a nuestro mundo. Inevitablemente, acababa borracha como una cuba y se levantaba de la mesa cayéndose.

—¡Óyeme tú, güera! El "genio" [Rufino] es un cabrón y, además, un malagradecido conmigo. Sin mí no sería nadie. ¡Hijo de su…! En Nueva York… vivíamos en un cuartucho y yo lavaba toda la ropa en agua helada… por mí conoció a los Ekström, porque los …inches cabrones mexicanos nos ignoraban.

Y luego, llorando a gritos, contaba una y otra vez la terrible paliza que le dio Tamayo. Esa ocasión se la tuvieron que llevar en ambulancia a un hospital de caridad en Nueva York, donde por poco se muere, pues aquel bruto le había lesionado la matriz y los ovarios, a golpes. Los médicos, escandalizados, lo querían meter a la cárcel.

—Pero yo soy tan buena que me negué a meter a la cárcel a ese cabrón. ¡Güerita, tú eres tan buena! Cuídate de tu "genio" [Octavio Paz], ése es otro cabrón… contigo —y luego combinaba los temas—: No sé qué hubiéramos hecho sin ustedes, nos han salvado de la miseria, de la indiferencia de los mexicanos. Son nuestros ángeles de la guarda. ¡Oye, tú!, no les digas a esos pendejos intelectuales que soy católica… eso, mira, ¡shh!

Al principio a mi mamá le daba mucha lástima, pero luego se hartó de la eterna cantilena de la Olga porque, aparte, ella y la Teo la tenían que llevar en taxi, borracha perdida, a su hotelucho situado en un barrio bajo de París.

En el taxi armaba unos escándalos tremendos y le daba por insultar a Siqueiros, a Orozco, a Diego Rivera, al Dr. Atl y a Guerrero Galván. Luego se quería salir del carro en plena marcha, insultaba al chofer, quien la tenía que meter a fuerzas en el auto. Se volvió una pesadilla de la casa. Estos numeritos los aguantamos durante todo un año. Esto sin contar los pleitos de los Tamayo en la casa. Mi madre acabó temiendo sus visitas.

Mi padre llevó a Breton a la exposición de arte mexicano. André quedó fascinado con el arte indígena e inmediatamente quiso conocer a Tamayo. Mi padre escribió sobre eso y contaba lo que había opinado André acerca del pintor. Esto dio origen al triunfo de Tamayo en México, pues el texto se publicó aquí.

Mi padre, repentinamente, había dejado de ser estalinista y se había vuelto trotskista y esperaba borrar las sombras geniales de Rivera, Orozco y de Siqueiros con el talento de Tamayo.

Su conversión había sido algo repentina, como la de san Pablo en el camino —"Saulo, Saulo, ¿por qué me persigues?"—, pero en realidad, para su mente lúcida, cuando no se trataba de sus pasiones y siendo tan inteligente, varios factores habían contribuido a ese fanatismo trastocado. Uno de ellos fue la influencia de mi madre, después del juicio de *Les Lettres Française,* proceso intentado contra Kravchenko, el primer disidente soviético, al que acusaron de no existir. Él era un

ingeniero ruso, salido de la clase media, que no había conocido la vida adulta bajo el zar; una joven esperanza del Partido.

Lo mandaron a Francia después de la guerra a comprar maquinaria pesada y pidió asilo en una "democracia" y denunció todo: los campos de concentración, la vida cotidiana opresiva en un país totalitario… Su libro fue un bestseller mundial, se titulaba *Yo escogí la libertad.* Pobre hombre, no tenía salida. Ganó el proceso difamatorio al periódico *Les Lettres Française y* Kravchenko desapareció de los periódicos. Uno asumía que con el dineral que había ganado y su inteligencia práctica, tendría que llevar una vida de rico en algún rincón del mundo.

Pues no. Los demócratas no ayudan en nada a los disidentes del comunismo. Su vida fue una tragedia. Un día, ya en el exilio por lo del 68, leí en 1973 dos líneas publicadas en la última página del *New York Times:* "Muere Kravchenko, solo, olvidado en un cuartucho de un barrio bajo de Nueva York". Los vecinos no sabían que aquel viejo era un ruso famoso al que por años nadie había visitado. Mi madre leyó el libro de Kravchenko y le creyó.

Aunque parezca increíble, mi madre tenía un pequeño librero en su cuarto con muy pocos libros —a ella tampoco le daba dinero mi padre para adquirir algunos—, y me había prohibido leerlos. Pero leí todos: *Madame Bovary*, del que entendí poco y me disgustó profundamente; *La isla del doctor Moreau*, que me dio pavor; *La cartuja de Parma*, de Stendhal, que me aburrió y me disgustó desde la primera página, donde pinta la batalla de Waterloo, sin sentido, una batalla de Napoleón, mi héroe. Era como negar el genio militar de Napoleón. El libro de Kravchenko me fascinó y me aterró; también leí sobre todos los primeros disidentes, testigos en el proceso que le intentó la Unión Soviética a David Rousset.

Rousset era un intelectual francés que quiso demostrar la existencia de los campos de concentración en Europa; en Rusia le negaron la entrada. Franco, por su parte, lo dejó pasar muy amable. Entonces, él afirmó que tenía pruebas de la existencia de esos campos en Rusia y fue cuando la Unión Soviética inició un proceso por difamación. Lo apoyaron con sus testimonios y sus libros gente que había logrado escapar como Margaret Buber Newman, sobrina del filósofo judío Martin Buber y esposa del jefe del Partido Comunista en Alemania; Heinz Newmann, quien murió en las primeras purgas estalinistas; Jules Margoline, sabio judío.

Fue cuando mi padre creyó en la existencia de los campos y se volvió trotskista fanático, así como había sido estalinista apasionado. Mi padre también estaba indignado. Por eso quiso imponer el genio de Tamayo por encima de los muralistas mexicanos que estaban a favor del estalinismo.

Esas lecturas secretas me hicieron que le tomara pavor al comunismo. Pero seguía siendo revolucionaria y estando de parte de los pobres y de los mendigos. Mi madre, que era auténtica católica, me decía, a escondidas de mi padre, que los elegidos de nuestro Señor eran los pobres.

Contra la voluntad de mi padre, mi madre asistió sola a todas las sesiones del proceso de Rousset. Ahí se hizo íntima amiga de Valentín González, el Campesino, testigo decisivo del proceso. Un aldeano español que había sido el principal líder comunista durante la Guerra Civil española, quien, además, se atrevió a contradecir a Stalin en su cara.

El Campesino era un auténtico labriego extremeño, y el más popular de todos los líderes de la República. Stalin lo sacó en un submarino soviético de España. Pero él, al ver la miseria que reinaba en Moscú, se dio cuenta enseguida de que lo habían engañado los rusos y se hizo anticomunista.

Una noche, cuando Stalin ofreció un banquete en su honor y se asomaron al balcón del Kremlin, para ver el desfile con miles de estandartes con las caras del Campesino y Stalin, y éste le presentó un sello postal hecho en su honor, el Campesino preguntó.

—¿Por qué en lugar de gastarte tanto dinero en tantos estandartes con mi cara y con la tuya y hacer sellos postales, no le das mejor de comer a tu pueblo que se muere de hambre?

Un silencio de hielo cayó sobre sus palabras. Y también cayó de la gracia de Stalin. Éste lo fue relegando, hasta que Valentín González acabó en un campo de concentración del cual, asombrosamente, escapó. Poquísimos han logrado esa hazaña. Después, se unió a una banda de adolescentes y niños rusos ladrones y, a pie, salió de Rusia por la parte asiática.

En Asia se moría de hambre, pero Rousset supo de él y le pagó el viaje a París. En las sesiones del comité, gritaba y se oía su voz como un trueno, pues era al que más odiaban los comunistas.

Mi madre me contaba que, cada vez que atestiguaba el Campesino, había una claque enorme de comunistas en las salas del tribunal para ahogar su voz.

Mi madre se hizo muy amiga de él y, una vez, después de declarar cómo sacó oro del Banco de España para mandarlo a Moscú, la policía francesa les advirtió, al Campesino y a mi madre, que salieran por la parte trasera del tribunal, pues había una horda de comunistas con intenciones de lincharlo. El Campesino le preguntó a mi madre:

—¿Tú tienes miedo, compañera?

—Yo no —le contestó ella, y agarrada de su brazo enfrentaron a los comunistas enfurecidos.

—¡Cabrones, hijos de la gran puta! —les gritaba el Campesino, en todos los idiomas, y ante el valor de esta fuerza de la naturaleza, sucedió algo increíble: la turba reculaba ante la presencia del Campesino y de mi madre cogida de su brazo.

La policía y los abogados franceses estaban aterrados, pues estaban seguros de que los iban a linchar. Y luego quedaron asombrados ante el triunfo del Campesino y de mi madre.

Estos relatos me entusiasmaban.

—¿Y cómo es, mamá?

—Bajo de estatura pero anchísimo de espaldas, un auténtico ropero; con un magnetismo único, de pelo y ojos negros chisporroteantes.

—Papá, deja que mi mamá lo invite a cenar a la casa.

Pero él, como seguía siendo comunista, se negó. En esos días mi madre escribió un artículo buenísimo sobre los procesos de David Rousset para *Sur,* la revista de Victoria Ocampo, una anticomunista declarada.

Mi padre le suplicó que lo dejara corregir y firmar el artículo, pues le haría mucho bien en su carrera la amistad de Victoria Ocampo. Mi madre, como siempre, accedió. Mi padre sólo debilitó el artículo con sus ambiguas convicciones, pero se ganó a Victoria Ocampo, que era lo que él quería. Pero, a los pocos días, María Casares lo invitó a hablar en un mitin comunista (¡!) a favor

de la República española.

Mi padre, como en sus mejores épocas de "violinista húngaro", regresó a la casa con el pelo rizado, alborotado y sin corbata. Pronunció un discurso incendiario con el puño cerrado en alto. No salió en los periódicos, pero la policía francesa le mandó un informe al embajador para prevenirlo de que uno de sus diplomáticos era un descarado agente soviético.

Eso por poco y le cuesta la carrera a mi padre. En esa época estaba de embajador Yuco del Río, casado con una señora muy fina. Yuco no tenía nada de diplomático pero era un anticomunista furioso; también odiaba a la Jacqueline González Quintanilla, y él, tanto como su esposa, quería mucho a mi madre.

Yuco opinaba que "el poeta estaba medio loco" pero sin mala intención; era muy buen hombre. Mi madre fue a abogar por mi padre y convenció a Yuco de que toda la culpa la tenía María Casares, quien había ido a sonsacar al poeta con sus "ideas exóticas", como se llamaba entonces al comunismo. Persuadió a Yuco y le salvó la carrera a mi padre.

Ahora bien, ¿cómo es posible que a los pocos días de haber firmado el artículo anticomunista para *Sur,* asistiese al mitin comunista? ¿Dónde tenía la cabeza?

Cuando Julián Gorkin, un intelectual español anticomunista, le escribió varios libros de memorias al Campesino, éstos fueron bestsellers. Después nos fuimos al Oriente y perdimos el contacto, pero nos imaginamos que le iba muy bien con su fama y el dineral que había ganado con sus libros. Pero a nuestro primer regreso a París, que voy leyendo en un periódico francés, junto a una foto del Campesino, ya muy viejo y acabado, que estaba pasando sus últimos años en un asilo para indigentes. ¿Por qué las democracias abandonan así a sus defensores y los dejan morir de hambre? Debe haber una razón que ignoramos, pues las cosas, así de graves y de importantes históricamente, no suceden de esta manera por casualidad.

Las pocas veces que salí del barrio XVI fue para acompañar a mi madre, que se había hecho amiga de café de Jean-Paul Sartre. Ella lo frecuentaba mucho con sus numerosas amistades en un bar pequeño, muy elegante, pero de una elegancia para intelectuales, muy distinto del bar del Ritz, por ejemplo, de un lujo suntuoso, pero cuya moda entre los escritores después de los años veinte, y de Fitzgerald y de Hemingway, se había acabado.

En esa época, París desconocía las hordas de los temibles "turistas", cuyas masas imbéciles han acabado con la intimidad en los pequeños bares y los famosos *bistrots*. Aún no se veía la inmigración masiva del mundo entero: españoles, yugoslavos, árabes, asiáticos, rumanos, africanos, que, como es natural, le han hecho perder su carácter francés a París, para volverlo una gran urbe estilo Nueva York; pero aún quedan islotes.

Estaban lejos las destrucciones masivas de barrios enteros, populares como la Bastilla, artísticos como Montparnasse, elegantes como el barrio XVI. Destrucción que ha sido permitida por sus diferentes gobiernos y que ha sido obra de los "promotores", esos hombres de negocios que tumbaron todas las casitas con emparrados y jardines interiores de Montparnasse para construir edificios cúbicos de cemento armado. Esto ha sido lo peor que le ha sucedido a París. La destrucción de sus barrios más bellos. París era un pueblo grande, compuesto de distintos barrios que eran como pueblitos, cada uno característico y todos muy diferentes.

Los franceses eran muy amables con mi madre y la querían mucho porque la mujer ocupa un lugar privilegiado en Francia. Y más una *rara avis* como ella; guapa, alta, delgada, con un encanto irresistible y un gran sentido del humor, y que no lograba disimular su brillante inteligencia a pesar de los sabios consejos que le dio su padre y que luego me los repitió a mí, desde adolescente, en México:

—Hija, si quieres tener éxito con los muchachos, no enseñes tu inteligencia y no seas pedante ni hables de libros. Tú hazte la tonta cuando salgas con un muchacho. Los hombres odiamos a las mujeres inteligentes.

Me quedé boquiabierta.

—Pero usted no, ¿verdad abuelo?

—Yo también. Siempre quise casarme con una mujer más fea, más tonta y más pobre que yo.

Le obedecí tan bien a mi abuelo que de jovencita, entre mis amigos, tuve un éxito loco, pero con la gente seria fui adquiriendo una reputación de locuela tonta. ¡Para lo que me importaba a los dieciséis años! Mi lema era: "Sé bella y cállate".

En el bar del Pont Royal reinaba Jean-Paul Sartre. Su secretario, del cual no recuerdo el nombre, le contó a mi madre que los sabios Sartre y Merleau-Ponty que pontificaban ahí, como Breton en la Place Blanche, tenían curiosidad por saber quién era ella.

Así empezó la amistad con Sartre, que terminó justo en ese tiempo, cuando ella le llevó un manifiesto contra toda la política que sirviera para justificar los campos de concentración.

Sartre, nihilista hasta el fin, fue inconmovible.

—Querida Elena, usted tan inteligente, me asombra. No se da cuenta de que el futuro de todos los hombres es el campo de concentración.

Y se negó a firmar el manifiesto. Mi madre se enojó con él, en silencio, y no le reprochó nada, como era su costumbre. Ya en la casa nos contó que le había dado pavor esa frase de Sartre.

Antes de este episodio, recuerdo que leía los periódicos y revistas literarias de mi padre y tenía mucha curiosidad por conocer a Jean-Paul Sartre, cuya fama ahora es difícil de imaginar. Era, verdaderamente, el dios de cierta juventud francesa, "los existencialistas", los cuales, en mi barrio y en mi escuela, eran vistos como el demonio.

Tanto le insistí a mi madre, que terminó llevándome varias veces al Pont Royal y a Les Deux Magots. El secretario de Sartre había conocido a mi madre en la Rose Rouge, el famoso café-cantante de París, cuyo dueño, Niko, un griego guapísimo, era existencialista. Mi madre era uno de los pilares de la Rose Rouge.

Por mi edad no podía ir a ese cabaret; sin embargo, alguna vez que tenía gripe, mi madre fue una o dos veces a visitarme a mi cuarto e imitaba para mí la variedad musical del Rose Rouge; también a Juliette Greco, la cantante existencialista que se hizo famosa ahí. Y, como en los viejos tiempos de Nueva York, me caía de la cama por la risa que me provocaban sus imitaciones.

Niko estaba casado con la bellísima Anouk Aimée. Simone Signoret lo adoraba y, en sus inteligentes memorias, lo menciona como al hombre más guapo del mundo.

De la Rose Rouge salieron también Brigitte Bardot, Roger Vadim, Christian Marquand, en fin, toda la joven generación de estrellas de cine y del *music-hall* franceses.

Años después, nos encontramos a Niko en el Morocco's, arruinado, envejecido y furioso con todos sus examigos de París, a los que tanto ayudó en su lanzamiento y que le debían mucho dinero, pues, como buen griego, era la generosidad en persona. Después de sus fracasos, todos sus amigos en París le dieron la espalda, menos Jean Genet, al que le montó, no recuerdo bien si *Las criadas* o *Los negros.* Buenísima persona Jean Genet, fue el único fiel a Niko. Este, también, alguna vez, recuerdo que nos presentó con John Cassavetes, quien quería filmar *Shadows,* su primera película experimental.

Pero volvamos a Sartre, quien era fascinante en persona. Sus ojos eran extraños; se le iban uno para acá y otro para allá, es decir, bizqueaba de manera muy notoria y parecía un ser frágil, pero, al tomar la palabra, su inteligencia le hacía irradiar una belleza luciferina.

Un día, a la salida del café Les Deux Magots estaba un mendigo muy famoso en París, que pedía limosna vestido de Napoleón.

Sartre le preguntó a mi madre, muy intrigado:

—Elena, ¿por qué le da dinero a ese mendigo disfrazado?, la estafa a usted.

Esa frase de pequeño burgués me sorprendió en Sartre; pero yo no tenía argumentos para defender al mendigo, salvo que me daba lástima —además, nunca me hubiera atrevido a intervenir en la conversación—; sin embargo, tenía mucha curiosidad por escuchar los argumentos de mi madre; era difícil encontrar algún razonamiento nuevo y válido sobre ese tema tan trillado. Mi madre contestó con naturalidad.

—En el mundo el mendigo es el hombre más bueno que existe, puesto que sólo cuenta con la nobleza y la bondad del ser humano para sobrevivir, y depende, únicamente, de la caridad de cada persona en particular; nada de asociaciones piadosas o sociedades caritativas. También es el único ser que cree en la profunda inocencia del hombre.

Su argumento me pareció muy profundo y me convenció. Temí que Sartre se molestara, pero el razonamiento de mi madre le pareció brillante, aunque sofista. Yo pensé que el sofista era él y como buena discípula de la Teo, pensé: "A éste le duele el bolsillo".

La Teo decía que la gente sufría horrores cuando le tocaban la cartera.

La juventud seguidora de Sartre estaba muy americanizada. Bailaban en *les caves,* es decir, en los sótanos de las casas antiguas. Había que bajar las escaleras y los sótanos estaban arreglados con mesas y sillas y, casi siempre, una pequeña orquesta que tocaba swing y jazz. Eran una mala copia de los *speak easy* americanos de los años veinte.

Mi madre adoraba el baile y no salía de esos sótanos. Una ocasión, la invitó a bailar un desconocido muy guapo, de estatura media, pelo castaño oscuro, ojos verdes y muy fortachón. Mi madre, que era algo coqueta, le flirteó mucho hasta que el desconocido la invitó a salir. Entonces ella le explicó que no podía, pues era casada.

Se trataba de Albert Camus, y éste le echó un discurso en contra de los prejuicios burgueses. De alguna manera se entendieron y mi madre lo invitó a tomar un café en Victor Hugo. Él aceptó y le pidió permiso para llevar a su gran amor de esa época, la gran actriz María Casares, que actuaba en Francia pero era española, y era nada menos que la hija de Santiago Casares Quiroga, el jefe de la policía secreta española durante toda la República. Ese hombre tenía una fama bien

merecida de sanguinario. Había ayudado a los *tchekas* (nombre de la policía soviética de entonces), a instalar unos agujeros donde torturaban y mataban a conservadores, franquistas y anarquistas por igual. Anna de Noailles, la gran poetisa, le decía "el asesino de los ojos verdes". Como tanto jefe republicano, se salió de España con algunos millones. Y así, María montaba las obras que le convenían y financiaba películas, de las cuales ella era la estrella. Muy guapa en persona, con los mismos ojos verdes de su padre.

Albert Camus y ella llegaron muy puntuales. Mi papá estaba feliz. Se hicieron bastante amigos de la casa. Ella era comunista como su padre.

Albert Camus había nacido en Argelia y era medio español. Hablaba el castellano perfectamente. Un día que estaba en la casa, mi madre se dirigió a él en español. Mi padre intervino de inmediato.

—Discúlpela, tiene la manía de hablar en *ese* idioma.

Camus lo atajó molesto.

—No es manía, es *su* idioma, Octavio.

Esto no le cayó muy bien a Albert Camus, pues desde entonces evitaba ir a la casa y, en cambio, se veía mucho en *les caves* con mi madre.

Ese año el color "rosa Tamayo" se puso de moda en la alta costura. Y en la exposición de arte mexicano, Gamboa llevó un espléndido altar barroco y lo montó completo en una sala. Como dice un refrán: "Una golondrina no hace la primavera", pero una vez sobrentendido, sí la hace. Fue la primera vez que los franceses no hablaron de México como si fuera un país africano, salvaje. Fue la golondrina del boom latinoamericano en Francia y en el mundo entero.

Al único que no convenció la exposición fue a Kostas Papayanos. Cuando mi padre lo presentó, no previó las consecuencias y quedó aterrado, pues Kostas, como buen griego, sostenía sus opiniones con una violencia desmesurada.

—Ustedes, salvajes, ¡cómo se atreven a traernos estos espantosos monos indígenas que sólo representan lo deforme y lo horrible!, a nosotros, que tenemos el arte griego, que es la mesura y la belleza.

Gamboa palideció de rabia, pero no tuvo tiempo de contestarle a Kostas pues éste salió furioso de la exposición.

Cuando Kostas se lo contó a mi mamá, ella se moría de risa. En cambio mi papá, por única vez en su vida, se enojó con él.

Esther y Gómez editaban un periódico pequeño que se leía mucho, *La Solidaridad Obrera,* pero se morían de hambre. Su primera profesión había sido la albañilería, aunque entonces no tenían trabajo.

Mi madre, que realmente conocía las entretelas del París mundano, intelectual, obrero, político, y era muy amiga de estos anarquistas, que habían sido importantísimos en España, se los propuso a Susana Gamboa, quien había estado con ella en la Guerra Civil española; ésta la miró con desconfianza, porque mi madre había sido una niña terrible en España. Mi madre le mintió.

—Me los recomienda el padre Baltierra, de la Capilla española; son magníficos obreros.

Le dio entonces nombres falsos del equipo de anarquistas a Susana, quien quiso asegurarse.

—¿La Capilla española depende de la embajada?

—¡Claro! —contestó con veracidad mi madre, un poco asombrada.

—Entonces esos curas ¿son franquistas?

—Sí, por supuesto —respondió mi madre.

—Entonces son verdaderos obreros. Mira, Elena, si quieres que tu equipo de albañiles sea contratado por México, tráeme una carta de recomendación de ese cura.

Mi madre suspiró aliviada y aceptó las condiciones de Susana. Eran varios meses de trabajo asegurado para esos infelices que la estaban pasando mal, y a los que ningún partido importante protegía.

El padre Baltierra era franquista pero, sobre todo, español y con verdadero espíritu cristiano. Acompañé a mi madre porque quería conocer a los anarquistas. Sus ideas me atraían. Además, habían sido héroes de la Guerra Civil.

Primero se negaron a conocer al "cabrón cura", pero mi madre los convenció.

—Bueno, mujer, iremos por ti. Que por esa mierda de la Gamboa, vamos, que no puede ser.

—Era estalinista en España, y aquí también. Y tiene un historial más negro que su alma —se miraron con malicia.

Al captar aquella mirada me preocupé pero mi madre no notó nada. Fuimos a ver al padre Baltierra, quien se puso a hablar horrores de los diplomáticos franquistas y, aparte, les confió que estaba escribiendo una carta anónima contra la embajada española, porque se habían negado a recomendar a un plomero "rojo". Y les enseñó la carta. Se hicieron íntimos amigos del padre y nunca más les faltó trabajo, gracias a la Capilla española.

Yo compartía el entusiasmo de mi padre y de los Tamayo por la exposición. Muchas veces me fui directo del colegio a la sala de exposiciones a visitar a Esther y Gómez, y a sus compañeros, que trabajaban durísimo; desclavando cajas con tesoros artísticos; poniendo tarimas en todos los salones y luego recubriéndolas con un elegante tapete rojo; y haciendo nichos en las paredes con luz indirecta para los ídolos.

En la víspera de la inauguración de la muestra se presentó en casa Louis Pauwels, un gran periodista francés; dirigió el mejor periódico de arte en la Francia de aquella época, *Arts*.

Nunca lo había visto, pero de casualidad llegué del colegio al mismo tiempo que él, y mi madre nos presentó en el pequeño salón. Rápidamente me retiré a mi escondite.

Louis Pauwels pasaba por una fase anarquista. Era muy místico y había sido alumno de Gurdjieff, y acusaba a éste de dedicarse a la magia negra, un ser nefasto al que culpaba de haberle hecho perder un ojo —Pauwels era tuerto— y, por las maniobras en su contra, Pauwels se salió de la secta.

Mucho después escribió un libro fascinante, *Mr. Gurdjieff.* Pauwels era un ser de pasiones tremendas pero sólo en lo espiritual, como son los franceses. No sé por qué se les acusa de ser tan fríos y distantes. Después, se hizo famoso en el mundo entero con su libro *El retorno de los brujos,* un bestseller que me fascinó a los veinte años, publicado en la revista *Planeta,* que tenía tiraje hasta en español.

Pero esa tarde estaba lejos todo ese futuro y con el pretexto de llevarle el número de *Arts* dedicado a Gurdjieff, se puso a decir horrores del gobierno mexicano.

—Ya no puedo creer en Paz. Está a sueldo de un régimen hipócrita y corrompido. Y usted, Elena, salga de esa inocencia en la que vive; abandónelo y trabaje en París. Le ofrezco un puesto en *Arts*.

Otra cosa que le había enfurecido en contra del gobierno era la presencia de Fernando y Susana Gamboa, sobre todo de ella. Le explicó a mi madre que Susana era una judía rusa, agente de la GPU (o KGB, como la llamaron después) que se había ido muy jovencita a Estados Unidos, después a México y de ahí a la Unión Soviética, de donde derivaba todo su poder. Y el imbécil del marido se beneficiaba de todo ello. Su verdadero nombre era Saradina Libovitch. Mi madre se puso tan pálida que creí que se iba a desmayar.

—Louis, ¿pero qué puedo hacer yo?

—Ayudarnos a desenmascararla. Esther y Gómez asaltaron un cuartel de la GPU en Barcelona y tienen todas las pruebas.

Se me hizo un nudo en la garganta, ¿qué quería este demente que hiciera mi pobre madre? Pensé: "Ojalá no la convenza de ninguna locura", y, aunque no era católica, me encomendé a nuestro Señor Jesucristo.

Mi madre ya no quiso oír más y le suplicó que no hiciera nada en la inauguración. Pauwels se fue muy disgustado y no prometió nada.

Al día siguiente, a la entrada de la exposición, me contó mi madre muerta de la risa —reír era su gran desahogo— que habían aparecido unos chicos franceses, rubios, distribuyendo panfletos contra Saradina Libovitch. Y como ella iba con otro grupo nadie sospechó que sabía algo del asunto. Finalmente, ¿qué podía hacer ella?

En *Arts,* Pauwels atacó a los Gamboa, pero elogió mucho la exposición mexicana. Se levantó una controversia política sobre Susana, lo que contribuyó a publicitar más la exposición.

Mi madre se peleó un tiempo con Esther y Gómez, por aquel incidente, pero luego se contentaron.

Había un famoso líder anarquista ya viejito que se moría de hambre. No me acuerdo de su nombre pero había sido un "come-curas" toda su vida, y durante la Guerra Civil española le prendió fuego a muchas iglesias vacías. Era de los que profanaban las tumbas de los sacerdotes y las monjas; los desenterraba y los dejaba abiertos con todo lo que quedaba de los cuerpos en los altares quemados. Pero, en ese entonces, el viejito se moría de hambre y no podía ir a un asilo francés, pues era español.

Mi madre y Esther y Gómez lo llevaron, después de encarnizadas discusiones, con el padre Baltierra. Éste le propuso tenerlo en el convento viviendo y comiendo con los hermanos. Pero él se empeñó en pagar su pensión a los curas y propuso ser el mendigo oficial de la Capilla española. Estaba muy viejo para trabajar, por eso los domingos los hermanos le sacaban su sillita al atrio de la iglesia con un botecito. Yo, que nunca quería ir a la iglesia con mi madre, le insistía para ir a ver al viejito. Ahí estaba, muy limpio y rosado, con cara de satisfacción en su sillita. Se logró hacer amigo de los hermanos católicos.

Yo nunca iba a la iglesia, mi padre me lo había prohibido. Me acuerdo de la vergüenza que pasé por culpa de él durante los primeros días de colegio. Madame Amans, la directora, era una francesa redondita de *l'ancien régime*, muy buena y muy tímida. Era una católica tradicionalista,

como dirían ahora. Siempre vestida de negro, con un severo chongo castaño oscuro, y sin ningún maquillaje. Su marido era un viejo estrafalario, muy alto, de pelo blanco, tez rosada por la vida al aire libre; fuera de la escuela, siempre llevaba una larga bufanda al cuello, obviamente tejida a mano, de gruesas rayas blancas y rojas.

Aunque, en realidad, la que llevaba las riendas de la escuela era la subdirectora, madame De Bernard; la Vieja Bruja, como la llamaba mi grupo. Ésta no nos quería. Inés, la más valiente y respaldada por su gran familia, ante la cual madame De Bernard era servil, era la única del grupo que le hacía frente.

Madame De Bernard adoraba a las Debidour, nuestras "enemigas", y en ese grupo también estaba France des Courtils, la que fue mi primera amiguita en el colegio, quien se parecía a Juana de Arco y siempre era la primera de la escuela. Por cierto que mi padre me empujaba a ser la primera y desarrollé una actitud de competitividad muy agresiva para estar todas las semanas en el "pizarrón de honor".

Al respecto, una tarde, llegando del colegio, mi madre me mandó a comprarle unos bizcochos a la panadería de enfrente y después me invitó a merendar con ella. Como no era común que platicara con ellos, me senté en el taburete Luis XIV, recubierto de raso de color vino, y el bizcocho me supo a gloria.

Ella estaba acostada en su cama, muy pálida, pues pasaba por esos periodos de depresión durante los cuales se encerraba sola en ese cuarto y dormía día y noche. Le daba órdenes a la Teo de decirles, durante dos o tres meses, a los numerosos amigos y "pretendientes" —costumbre muy francesa en la que los señores elegantes les hacían la corte a las "bellas damas" como un juego de caballeros—, de decir que la señora estaba en el campo. Y le explicaba a mi padre:

—Octavio, a fuerza de salir tanto, siento que estoy rota en mil pedazos, que soy un rompecabezas al que tengo que volver a armar.

Esa tarde estaba muy seria y me miraba preocupada.

—Quiero que seas una buena alumna pero que no te mueras del disgusto si no lo logras.

—Pero, mi papá…

—Sí, sí, ya sé —me interrumpió—; Helenita, cuando salgas al mundo te vas a encontrar por lo menos con cien mil muchachitas más inteligentes, elegantes, bonitas, que tú. ¿Qué harás entonces? No quiero que te amargues la vida por la competencia, que siempre es mala. Lo más importante es ser buena camarada con tus amiguitas. No son tus rivales, son tus amigas, y si te la pasas compitiendo con ellas nunca serás feliz. ¿Tú quieres la dicha en tu vida?

—¡Claro!, es lo que más deseo.

Esa conversación me dejó pensativa y cambié mi actitud. Si me gustaba una materia la estudiaba, pero ya no con esa ambición que me obsesionaba tanto, y me dediqué a ser buena camarada con mis compañeras.

Pero volviendo al día que pasé la gran vergüenza con mi padre, cosa que sólo le conté a la Teo, quien murmuraba entre dientes:

—¡Ese tío está loco! ¿Y qué dirá la señorita Inés?

Inés de Luynes era la niña favorita de la Teo.

Ese famoso día, mi padre llegó hecho un energúmeno al colegio, con los pelos parados de

violinista húngaro y atrapó a madame Amans en el jardín del colegio. Yo iba entrando a clases, pero al verlo me escondí detrás de una columna pues mis padres nunca iban a charlar con los maestros. Los padres de las demás alumnas sí tenían esa costumbre, para saber cómo iban sus hijas en los estudios, o en su conducta.

Mi padre, en cambio, le gritaba a la directora en un francés macarrónico pues le costó mucho esfuerzo aprender correctamente el francés. No estaba dotado para los idiomas como mi madre.

—Prohíbo, absolutamente, ¿me escucha?, absolutamente, que mi hija vaya a clases de catecismo. Yo soy ateo como toda la gente inteligente. ¿Cómo se atreve usted a mandarla con ese cura imbécil?

Le acercaba enfurecido un rostro amenazador y madame Amans reculaba asustada, y él avanzaba más hacia ella.

—Claro, señor Paz, se hará lo que usted ordene. Éste no es un instituto de monjas.

Mi padre salió muy satisfecho. Algunos días más tarde le volví a pedir consejo a la Teo.

—¿Qué hago Teíto?, ¿qué hago? Las niñas han notado mi ausencia en el catecismo y me preguntan que por qué no voy.

Me sentía marginada. La Teo reflexionó un instante y encontró la solución:

—Diles que tú vas al catecismo con el hermano Juan, en la Capilla española.

Después, para mi gran sorpresa, se soltó llorando, mientras repetía con desesperación:

—¡Ay, Bruja! ¿Qué va a ser de ti cuando yo no esté en este mundo? Tu padre que es un loco y tu madre una niña que no se da cuenta de nada.

Me quedé asombrada y no entendí, pero esas palabras me las repetiría con frecuencia en el futuro.

A los pocos días de la exposición mexicana, mis padres decidieron hacer un baile de disfraces en la casa, para presentarle a "todo París" a los Tamayo. Me entusiasmé y pedí permiso para invitar a Choupette y quedarme más tarde para ver a los invitados.

Ocho días antes, la Teo trajo a todo un ejército de criadas españolas amigas de ella para limpiar a fondo el enorme departamento; esas mujeres venían en su día de salida a tomar café o chocolate a la cocina de la casa. Todas querían a mi madre.

—Hay que ver, ¡que tu señora es una niña!

—¡Anda, pero si es una cría!

—¡Qué preciosa y qué delgadita es!

Y cuando mi madre tenía un coctel, o una fiesta, se subía a la mesa del comedor, luciendo todos los atuendos que tenía, que en realidad eran pocos, pues como a todas las damas delgadas y guapas de la alta sociedad, los modistos les prestaban trajes para lucirlos en las fiestas y para que salieran en *Vogue:* "La bella y elegante madame X llevaba una creación Balmain", o Balenciaga, o quien fuera, y esto les daba prestigio.

—No, señora, quítese ese vestido, hoy no le queda bien a su cutis.

Y se ponía otro conjunto.

—A ver cómo le queda con el bolero negro.

Y caminaba encima de la mesa del comedor hasta lucir perfecta, pues estas mujeres eran

criadas de la alta sociedad y tenían tan buen gusto, o quizá mejor, que sus patronas.

El camarero del baile de disfraces iba a ser Eduardo, el excamarero privado de Alfonso XIII, el rey de España, quien se fue al exilio sin un centavo porque no robó nada, contrariamente a los expresidentes y dictadores del mundo moderno.

Vivía en el mejor hotel de Roma, en una suite de lujo, pero de caridad, porque al dueño le daba prestigio tener de huésped al soberano.

Eduardo acabó en París, muriéndose de hambre. Las casas más elegantes de París le ofrecían trabajo pero él los rechazaba. Una tristeza mortal había invadido su alma al tener que dejar a su amado rey. No se acomodaba en ningún sitio, con la única señora que aceptaba trabajar, en ocasiones excepcionales, era con mi madre, pero no aceptaba un centavo de sueldo, por más que mi madre, desolada, le suplicaba que lo hiciera. Era alto, delgado y mucho más distinguido que la mayoría de los invitados.

El ejército personal de este benévolo español se puso a trabajar. Había que limpiar las enormes arañas de cristal cortado de Baccarat, "lágrima por lágrima", para que lucieran resplandecientes. Consuelo y las demás se subían a altas escaleras para realizar ese trabajo tan delicado y cantaban y silbaban con alegría al limpiar la enorme casa.

También frotaban con un paño embebido en un líquido especial las imponentes chimeneas de mármol veteado, cada una coronada con un reloj antiguo; algunos de ellos copiaban un templo griego con sus columnas de mármol blanco, otros relojes eran barrocos, de mármol rosa, adornados con pájaros que cantaban al dar la hora.

Aparte del trabajo pesado como el barrer perfectamente las alfombras, quitar el polvo de los muebles Luis XV y de las enormes y largas cortinas de terciopelo y de brocado, de los salones y del comedor, había que limpiar todas las pastoras pequeñitas y sus enamorados de porcelana de Sévres o de Meissen, que estaban guardadas en las vitrinas de madera dorada Luis XV o XVI. Esto sin contar el quitar, con un trapo húmedo, el polvo de las cornisas que coronaban lo alto de las paredes.

Después de que acababan su trabajo del día, a las seis de la tarde, Consuelo, que era aragonesa, ponía jotas en el tocadiscos que nos había regalado Emilia Perrusquia, y, como era alta y delgada, las bailaba con mucha gracia.

Todas castañeteaban los dedos y se hacía la gran fiesta. Mi madre también se animaba a bailar jotas, mientras Eduardo sonreía. Yo miraba feliz a las "chicas" españolas, tan alegres y tan limpias.

Al cabo de una semana, la casa había cambiado. Relumbraba de limpieza; las arañas de cristal lanzaban fuegos azules, rosas y amarillos. En todos los jarrones había enormes ramos de rosas pálidas con nardos o altos y espigados lirios. Como el comedor estaba tapizado de seda color azafrán, ahí reinaban las rosas amarillas, o enormes margaritas. En el salón grande, en cuya tapicería predominaba el color burdeos (rojo vino), colgaban orquídeas lilas y moradas de porcelana Meissen.

La gran noche había llegado. Choupette y yo, despiertas, en largos camisones de algodón blanco, teníamos permiso para contemplar la llegada de los invitados desde el final de los

pasillos de los cuartos y el quicio de la entrada. Eduardo había arreglado un buffet elegantísimo en el comedor.

Para mi decepción, mi padre decidió no disfrazarse y mi madre se puso tan sólo unos jeans —que en esa época en Francia eran una gran novedad—, un *t-shirt* blanco, unas botas de esquí; metió sus bellísimos cabellos dorados y platino bajo un sombrero de fieltro de hombre, dejándose unas cuantas mechas lacias sobre la frente y sin ningún maquillaje, salvo unas cuantas pecas que se pintó en la nariz; estaba disfrazada de vago de París.

Mis padres, según el protocolo, recibían a los invitados. Ninguno de los amigos reconoció a mi madre, pues como era tan delgada y juvenil, parecía realmente un muchachito.

Los dos salones se llenaron de artistas, como el gran pintor Szyslo, que se había disfrazado, con su mujer Blanquita, de pareja de apaches de París. Blanquita tenía un cuerpo muy sexy y se había puesto un sencillo traje negro, untado al cuerpo, muy escotado, tan corto como las minifaldas actuales y altísimos tacones rojos. Se veía sensacional.

La elegante señora de Tézenas iba de pastora de la época de María Antonieta, con un traje lujosísimo, acompañada de su amante, el joven escritor Guy Dumur, alto, rubio, guapísimo y veinticinco años menor que ella. También estaba el profesor Lacan, vestido de médico asesino; el poeta Jules Supervielle y su hija Françoise, vestida de Colombina. Era tal la variedad de colores, de sedas, de plumas, que embriagaban la vista.

Tamayo, con gran sentido del humor, se había disfrazado de albañil francés borracho. Con la blusa larga azul añil de los trabajadores franceses, alpargatas, una boina vasca en la cabeza, se había maquillado la nariz de rojo y caminaba simulando estar borracho. Olga, quien, pobrecilla, era muy fea —en familia, mi madre la llamaba Gran Jefe Ojo de Hacha, lo cual me hacía orinar de la risa— con su cara larga y estrecha, muy morena, de ojos pequeños y juntos, se había comprado un auténtico traje de los años veinte en el Mercado de las Pulgas. Era de gasa transparente color rosa salmón con dibujos art déco, delicadamente bordados con perlitas blancas y lentejuelas. El traje se detenía a la altura de las caderas, con una ancha banda de la misma gasa. Llevaba una larga boa de plumas blancas de la misma época, medias y zapatos negros con unas hebillas cuadradas de pedrería. Con su cara extraña y su cuerpo entonces muy delgado, quedó monísima.

Ramona Rey, la guapa esposa de un sabio medio tocado, Manuel Cabrera, iba disfrazada de embajadora. Como su marido y ella estaban muy pobres en aquella época, mi madre le había prestado un traje de noche, largo con una pequeña cola. La falda era de raso negro con rayas solferinas y poseía un poco de vuelo. El corpiño negro y solferino tenía un escote en punta hacia el pecho derecho y hacía el traje muy sexy. Perrine, la costurera de mi mamá, había copiado perfectamente un modelo de Balmain.

En cuanto a Manuel, su esposo, había alquilado un frac en una tienda de Saint Germain des Prés y se había colgado muchas copias de medallas para parecer embajador.

Es curioso, pero unos años después, cuando regresamos a México y hacía mucho que los había perdido de vista, me los encontré un 15 de septiembre en Palacio. Iban vestidos de embajadores, porque él ya lo era, y no me saludaron.

Monsieur y madame Dubonnet —dueños del famoso aperitivo Dubonnet— llevaban el disfraz más original. Los dos eran jóvenes, rubios, muy guapos. Se habían disfrazado de un famoso cuadro

surrealista. Ella llevaba un sencillo traje sastre negro de terciopelo, del cual colgaban cucharas de café, cuadritos de azúcar, tacitas y platitos de porcelana. Y él iba igual, con pantalones de terciopelo negro y chaqueta.

La pareja más guapa de la noche fueron Máxime de la Falaise y Federico Venezianni. Ella era hija de un famoso pintor inglés, y él un niño bien italiano. Alguna vez la habían calificado como "la mujer más elegante de París". Lánguidamente, se recostó en un sofá, entrecerrando sus grandes ojos de un extraño color verde y pestañas largas, negras y tupidas. Llevaba el cabello negro y lacio a la Bob, y un original traje de encaje negro, medio surrealista, con un auténtico cuerno de caza al hombro y zapatos de raso negro, cuyos altísimos tacones estaban todos claveteados de diamantes. Sus ojos echaban un opio brumoso y mágico. Federico Venezianni, muy guapo y muy tostado por el sol, iba medio disfrazado de pirata, con una camisa de seda rosa, abierta hasta la cintura y aretes de pequeñas y vellosas plumas verdes. La hija de Máxime, Loulou de la Falaise se volvió una de las *top model* de los años setenta en París.

De repente apareció, como el espectro mismo del reproche, Carlitos Martínez Rivas —chaparro, sudoroso y con una camisa naranja—, que no había sido invitado a la fiesta —no todos los amigos fueron invitados; no habrían cabido en la casa— y se dedicó a perseguir a mi padre para insultarlo y ridiculizarlo delante de todos los invitados.

—¡Octavio, eres un esnob! No me invitaste porque te doy vergüenza. No soy rico como esta gente, pero tú tampoco eres poeta. ¡Nos has engañado a todos!

Con discreción, Eduardo y Consuelo lo echaron a la calle porque sus diatribas, junto con el alcohol que ingería a gran velocidad, empezaban a ponerse francamente groseras.

Choupette y yo —ya tarde, cerca de la media noche— entramos a la cocina en busca de pastel y helado, y nos encontramos con un espectáculo burlesco que nos horrorizó.

Tamayo, ahora sí realmente borracho, perseguía a mi madre por toda la enorme cocina para agarrarla entre sus brazos, y ella, con enorme agilidad, saltaba de la mesa de la cocina a una silla. Al vernos se calmó, y todos sus ardores de borracho se transformaron en rabia contra nosotras.

—Mocosas tarugas, ¿qué vienen a espiar?

Mi madre aprovechó nuestra involuntaria pero bienvenida interrupción y salió de la cocina para mezclarse con los invitados. Nadie había notado nada. Los Dubonnet elogiaban el sofá Luis XV del gran salón así como sus sillas.

—Elena, querida, esta tapicería de piñas que cubre estos sillones es una verdadera obra de arte y dificilísima de encontrar.

Sin embargo, el sueño se nos vino encima a Choupette y a mí, y nos fuimos a acostar a mi cuarto, todavía medio dormidas oíamos la resonancia de la música de la fiesta.

Esas vacaciones de Pascua las pasaría, como de costumbre, en el castillo de los Luynes que se encuentra al borde de la Loire, el único de esa región que no pertenece al Renacimiento. Era el típico castillo medieval. Altas y gruesas murallas con almenas lo protegieron alguna vez de los enemigos. Un foso de agua lo rodeaba y un puente levadizo, siempre bajado, permitía la entrada a un patio adoquinado.

Al fondo se erguía la mole del castillo con sus dos torres medievales y, a la derecha, una parte

más moderna, estilo Luis XIII. El cuarto de Inés y el mío estaban en una de las torres, con sus ventanitas emplomadas y vidrios de colores. Eran varios hermanos: Charles, un niño precioso, de ojos azules y cabello rubio como toda la familia, era el heredero del título; Jean, travieso y simpatiquísimo. Inés era la mayor de todos los hermanos, pero como era mujer no tenía derecho a heredar el título. Después le seguía Elizabeth, una niña muy seria y rubia. Y la última, Petite Marie, bebé de dos o tres años, adorable y traviesa. El duque se ocupaba mucho de nosotros, aunque el cuidado general lo organizaba Vani, una ama de llaves suiza muy buena.

El duque y su guapa esposa Marie querían mucho a mi madre. Siempre generosos, no le habían guardado rencor por una metida de pata que cometió:

Un día, todas las niñas de mi grupo estábamos entretenidas en un juego en los cuartos de la casa de Victor Hugo. Llegó el duque, con su abrigo inglés azul marino y su Legión de Honor, y se sentó en la entrada a esperar a su hija. En esos momentos, mi madre salió, distraída, de un salón y, al verlo, enseguida llamó a Inés.

—Inés, ¡tu chofer te está esperando!

El duque sonrió y se levantó con parsimonia. Era un hombre de estatura media y ojos muy azules, como toda su familia, incluyendo a la duquesa, y se presentó.

—Señora Paz, lamento contradecirla, no soy el chofer; soy el padre de Inés.

Mi madre se sonrojó y, de inmediato, trató de disculparse. Él, muy galante, todavía riéndose se despidió besándole la mano.

Durante esas vacaciones de Pascua, mi madre había conocido a todo un grupo de americanos muy jovencitos y ricos, amigos de Diego Álvarez del Vayo. Eran Peter Bawkin, hijo de un gran abogado neoyorkino; Sim Dunlap Smith, cuyo padre era banquero, y al que Didja Prentice le hacía bromas, pues la firma del padre de Sim aparecía en los billetes de los dólares —esto era cierto—; y Warren Leben, un chico cuyo padre era muy importante en la Universidad Internacional. Todos estos jovenzuelos estaban enamorados, platónicamente, de mi madre. Peter Bawkin, por ejemplo, sostenía:

—Eres tan encantadora como Ninon de Lenclos, que a los ochenta años seguía rodeada de pretendientes jóvenes.

Así debió de haber sido la vida de mi madre, pero, por desgracia, tomó un rumbo trágico.

Esa primavera, Warren Leben invitó a mi madre a visitar el Mont Saint Michel, imponente fortaleza de los monjes franceses en Normandía, y de ahí, según quedaron con los duques de Luynes, pasarían a visitarme al castillo.

Las dos primeras semanas, Inés y yo nos dedicamos, en la noche, antes de dormirnos, a disfrazarnos con los trajes antiguos e históricos que encontramos bajo el techo de nuestra torre. Bajábamos los estrechos peldaños de piedra, muertas de risa, vestidas de adultos con trajes maravillosos que nos quedaban larguísimos, y platicábamos hasta muy tarde.

De todas las niñas del liceo, Inés era la más pura y la más buena. Entre niñas, siempre se preguntan inocente o perversamente, por ejemplo, cómo nacen los niños. Inés nunca me habló de nada de eso. Su mente vagaba por alturas muy espirituales, lo cual no le impedía ser muy risueña y traviesa. Creo que fue nuestra amistad la que me convenció de la superioridad moral y ética de la nobleza —a mí, revolucionaria admiradora de Robespierre—, pero no se vaya a creer que Inés

daba lecciones de moral o se sentía superior a nosotras. Todo lo contrario, era la sencillez, la espontaneidad y la humildad personificadas.

Muy temprano, en las mañanas, el duque se ponía un impermeable viejo y botas de hule y nos llevaba a pescar a un gran estanque, bastante lejos, sobre sus propiedades. Yo, al principio, me negué a pescar, por la educación de mi madre y por mis propias inclinaciones a no matar a ningún animal. El duque me regañó, iracundo —las cóleras de los europeos asustan—, y me dijo que esos eran sentimentalismos inútiles.

No me atreví a desobedecerlo y agarré la caña de pescar y pronto, pesqué más que Inés. Debo reconocer, aunque nunca la he vuelto a practicar, que la pesca me fascinó. Qué emoción sentía cuando el pez mordía el anzuelo y qué tranquilidad se experimenta al practicar este deporte junto al agua, en silencio.

A paso de marcha, hacíamos largas excursiones por toda la propiedad y, a la hora de comer, Inés, Elizabeth y yo, teníamos permiso de comer en el impresionante comedor del castillo, lleno de trofeos de cacería.

Ponían cuatro copas de cristal ante nosotras: una para el agua, otra para el vino rojo, el rosado y el blanco, pero sólo utilizábamos la del agua mezclada con un poco de vino tinto del castillo que, cuidadosamente, nos servía el duque.

En casa, estaba en plena lectura de *Quentin Durward,* de Walter Scott, y me encantaba un personaje que era un caballero: Dunois. Al ver el retrato de la duquesa de Chevreuse, en la galería de los cuadros de la familia, le pregunté a Inés y me dijo que era su abuela, y que el título le pertenecía, como tantos otros. Pensé que el duque conocía a la familia de Dunois y le pregunté, inocentemente, que cuántos títulos tenía, me nombró cincuenta; duque de Chevreuse Uzes y, al final, caballero Dunois.

Me entusiasmé y, entonces, le conté al duque la novela que estaba leyendo; él me relató muchas cosas interesantes sobre Dunois, el rey Luis XI, quien salía en la novela. Y cómo sólo eran cuentos esa leyenda negra de unas jaulas horribles donde este rey encerraba a los grandes señores. Cómo lo habían calumniado los revolucionarios. Era tan devoto que en su toca llevaba las medallas de todas las peregrinaciones que había hecho. Logró la unidad de Francia llamando a su corte o derrotando en batallas a los grandes señores feudales. De repente, muy reflexiva, comenté:

—Yo sólo me llamo Paz.

—Eso está muy bien —dijo en tono bondadoso—; Paz es un nombre muy bonito.

Y, en verdad, no envidiaba aquellos títulos. Me parecía que por su heroísmo en las batallas de la historia de Francia —el título se remontaba a las Cruzadas— su familia se los había ganado y me parecía que se los merecían, y siempre a ellos los he querido, respetado y admirado.

Inés y su familia demostraban su grandeza en su manera cotidiana de ser. Se trata de un mundo que ya desapareció, por eso me lamento y lo extraño.

Ah, pero ¡qué lata le dábamos al duque durante las comidas!, imitando a nuestra maestra de historia, la señorita Carnoy, y a la maestra de latín. Pasábamos por esa loca época infantil de burlarnos —aunque nunca delante de ellas, en el fondo las respetábamos mucho— y de imitar a las maestras. Literalmente nos caíamos de risa de nuestros propios chistes, y nos tomábamos por grandes artistas imitadoras. ¡Pobre duque!, se ha de haber aburrido mucho; pero aguantaba

nuestras simplezas con una paciencia angelical.

Cuando llegó el domingo de Pascua, fuimos a confesarnos a la capilla del castillo. Inés me dijo con mucha naturalidad:

—Vamos a comulgar juntas, ¡qué bonito!

Como nunca había comulgado, sentí un poco de miedo, pero asentí valientemente. No me daba cuenta de que aquello era un sacrilegio; pero le confesé todo al cura, quien me absolvió y me permitió comulgar. "Qué cosas hago por culpa de mi padre", pensé molesta.

Después, el duque nos llevó a ver cómo se hacía el vino del castillo. Los campesinos se descalzaban y se subían a las enormes cubas llenas de uvas y las pisoteaban. El duque nos dijo a Inés y a mí que hiciéramos lo mismo. Nos trepamos a las cubas y pisoteamos un colchón de uvas frescas cuyo jugo nos dejó empapados los pies y las piernas; nos habíamos arremangado, yo mis blue jeans, y ella sus pantalones *sport* blancos. ¡Qué divertido era hacer vino! Después le pregunté al duque acerca de la higiene de este procedimiento.

—Todo es tan misterioso en la naturaleza que nadie se ha enfermado nunca por beber un buen vino; al contrario, ayuda incluso a los cardiacos. Un vaso de buen vino al día es lo mejor —dijo con seguridad.

Ahora, hasta en los medios de información recomiendan un vaso de buen vino francés, pero sólo uno al día. Creo que el secreto de una buena salud es estar cerca de la naturaleza y llevar una vida equilibrada, con pocos excesos.

De repente, llegaron mi madre y Warren Leben. Iban subiendo por la avenida de grava, bordeada de grandes y antiguos árboles, a la francesa, que llegaba hasta el puente levadizo. Por esa avenida se tenía una perspectiva majestuosa del parque, de un verde tan tierno que sólo se da en Francia, y de los amplios prados que se extendían hasta el estanque.

El duque fue amabilísimo al recibirlos, pues quería y admiraba mucho a mi madre. Los invitó a comer en el imponente comedor del castillo, con sus muebles de estilo variado, algunos época Luis XIV, tapizados del color del anochecer, verdaderas obras de arte; algunos muebles medievales, y el suelo de parquet encerado a mano y recubierto de pieles de oso blanco. Estaba encendida la enorme chimenea, pues era una primavera fría. La duquesa Marie, que rara vez salía de sus aposentos, comió con los visitantes y miraba a mi madre con esa dulzura azul de sus ojos de niña.

Warren Leben, a pesar de sus millones de dólares, estaba encantado de penetrar en la intimidad de una familia noble francesa, muy *vielle France,* como son la mayoría de los nobles, muy alejados del *jet set* internacional.

Acababan de recorrer el Mont Saint Michel, el castillo-fortaleza de los monjes de la Edad Media, situado en Normandía. Es un museo que visitan los temibles turistas y el duque les contó anécdotas históricas apasionantes sobre ese lugar y sus monjes guerreros. Después, los llevó a pasear por las altas murallas del castillo.

Inés y yo los seguíamos, y cuando nos asomábamos por el hueco entre las almenas yo sentía un miedo terrible de caerme, pues, en esos pasillos, el borde de las murallas era muy bajo y era fácil caerse y estrellarse en el patio o hundirse para siempre en el foso de agua que rodeaba las murallas.

El duque, galante pero sincero, le decía a mi madre:

—Madame Paz, usted debe ser española pura. Me recuerda tanto a las grandes damas españolas que he conocido allá.

Mi madre, siempre muy tímida, se sonrojaba, pero tenía que admitir que era de origen español. Aunque no tenía nada que ver con la alta nobleza española.

—La comprendo, usted lo niega porque su marido es comunista —decía el duque con lástima, pero convencido de sus palabras.

Warren y mi madre se marcharon esa misma noche a París. La guerra de Corea acababa de estallar y Peter Bawkin, reclutado por el ejército, ya se había ido al Japón. No me acuerdo por qué razón el único que se quedó en París, de ese grupito, fue Sim Dunlap Smith.

Peter era muy guapo, de nariz un poco respingada, pelo castaño, muy alto y distinguido. Nos dejó su enorme Packard de regalo, pues la gasolina seguía muy cara y ningún francés quiso el enorme auto.

Yo estaba feliz de —por fin— tener auto. Apenas se acababa de lanzar el 5CV Renault del gobierno francés. El tío de Fanette, Coco, hermano menor de su madre, tenía uno y en él nos llevaba a Nointeaux, la vieja y enorme propiedad de los padres de Fanette, que era una especie de medio granja, medio castillo muy antiguo en la Touraine, pero que, como todas las casas de campo de los Sicre, estaba muy abandonada por dentro.

Hacíamos lo que queríamos allí y nos la pasábamos muy bien. Y no parábamos de cantar en todo el camino, Coco, el joven tío, Guillemette y Martine, las hermanas mayores de Fanette y nosotras.

Ahora bien, mi padre no sabía manejar y mi madre aborrecía todo lo moderno, en especial los autos, el teléfono y demás. Entonces dejaron el enorme auto de Peter en casa de un granjero que consiguió la Teo.

Un domingo, fuimos a visitar al granjero la Teo y yo, y las gallinas y los pollitos vivían en el andén de la limusina. Al principio, me había puesto feliz de tener un auto, aunque la actitud de mis padres me enfureció interiormente, pero no dije nada. En realidad no lo comprendía.

Ah, pero de repente, el Packard se volvió muy importante. Resulta que el cardenal de Madrid venía a París y el padre Baltierra estaba desesperado, pues la Capilla española no tenía dinero para alquilar un auto digno del alto dignatario de la Iglesia.

Como siempre, fue la Teo la que resolvió el problema: le propuso melosa a mi madre que le prestara el Packard a la Capilla española durante los quince días que duraría la visita del cardenal.

—¿Y quién lo maneja, Teíto?

—Pues alguno de esos rojetes [rojos] amigos de la señora.

De inmediato, mi madre consiguió un chofer entre los anarquistas de Esther y Gómez.

Un equipo fue a la granja a limpiar el auto de toda la caca de gallina. Y el padre Baltierra, orondo y feliz, fue con el chofer anarquista, al que le había alquilado un uniforme muy elegante, a recibir al cardenal a la estación de trenes.

El cardenal se pasó feliz su estancia en París y, llegando a Madrid, elogió en los periódicos españoles lo bien que lo habían tratado el padre Baltierra y el magnífico chofer de la Capilla

española. “Un santo”, según el cardenal.

Mi madre había conocido entre los amigos de Sartre a un joven protegido de éste, Jean Genet. Sartre había escrito un pequeño libro sobre él: *Saint Genet,* pues éste era huérfano, criado en hospicios, y se jactaba de haber sido ladrón, de haber estado en la cárcel y no ocultaba su homosexualidad. Esto, en aquella época, estaba muy mal visto.

Mi madre, con el matrimonio, había desarrollado una rebeldía interior y se hizo íntima de Genet, quien la adoraba. Él había filmado una película de “arte” muy atrevida para entonces, *Un canto de amor.* La acción ocurría en una cárcel entre unos presos homosexuales. Fue un escándalo en París, pero triunfó. Y, para el estreno, a la única mujer que invitó fue a mi madre.

Por esos días habían llegado a París el gran fotógrafo Gabriel Figueroa, el poeta Efraín Huerta y dos personajes de la intelectualidad mexicana de esa época de los cuales he olvidado el nombre.

Cada vez que llegaban mexicanos famosos a París, el embajador le encargaba a mi padre pasearlos y presentarlos con todos sus famosos amigos franceses, pues era el único diplomático que conocía gente de renombre. Mi padre estaba harto porque, en esos días, estaba preparando los discursos del embajador para una conferencia internacional.

Entonces, mi padre le encargó a doña Elena Garro pasear a Gabriel Figueroa, Efraín Huerta y los otros, pues estaba, literalmente, desbordado de trabajo burocrático.

A mi mamá, siempre tan distraída y quien nunca tuvo los pies en la tierra, se le ocurrió invitarlos al estreno de *Un canto de amor,* la película de Genet.

Al principio estaban felices de conocerlo —aunque sólo era famoso en París—, pero, ya en las butacas del cine, se enfurecieron y creyeron que mi madre los había tomado por homosexuales y los había llevado de mala fe.

—¡Qué horror!, ¡estos maricas son abyectos! —gritó alguno de ellos, y se salieron furiosos del cine.

Lo más probable es que tampoco supieron, años después, de la ridícula copia que hizo de Genet el novelista argentino Manuel Puig, *El beso de la mujer araña,* que llevada al cine, pasó por los circuitos comerciales y nadie se escandalizó.

Genet se rio de los intelectuales mexicanos y le dijo a mi madre que no se podía esperar otra cosa de los pueblerinos y los puritanos.

Pero Figueroa y compañía se quejaron con mi padre, pues estaban escandalizados de las secuencias de la película que habían alcanzado a ver. Mi padre regañó a mi madre.

—¿Cómo se te ocurre llevar a esa gente de pueblo a ver esa película, Helen? Tú quieres hundir mi carrera. Me amenazaron con quejarse en Relaciones Exteriores. Actúas sin pensar, sin calcular nada; vas a acabar mal.

Era el eterno reproche de mi padre que, en esta ocasión, tenía razón. También por las buenas, muchas veces, le suplicaba:

—Helencitos, tienes que aprender a decir que no; de lo contrario, la gente te manejará como una marioneta.

Mi madre nunca aprendió a decir no, ni en las cosas más sencillas. “No quiero sopa de espárragos, quiero de champiñones”. Esto le acarreó muchos conflictos en la vida porque, al

verse acorralada, su táctica era esconderse —en Victor Hugo— o, si no, huir de una situación en lugar de resolverla.

Al final de esa primavera mi madre estaba muy alegre y muy entusiasta, como pocas veces la había visto. Había alquilado, en Niza, un palacete de fines de siglo. La agencia inmobiliaria lo arrendaba pero pertenecía a un gran duque ruso que había desaparecido en la tormenta revolucionaria. Los dueños de la agencia temían el regreso de los descendientes, por eso lo alquilaban tan relativamente "barato". Estaba en Cimiez, en lo más alto de Niza, en unas colinas muy empinadas, rodeado de docenas de villas cuyas cúpulas verdes se pudrían cerradas.

Los rusos blancos, que iban a la Costa Azul en invierno, se habían ido cantando: "¡Adiós! ¡Hasta el año próximo volveremos!", y los franceses serviles se habían agachado sonriendo cariñosamente: "Sí, alteza, serán bienvenidos", felices de recibir las enormes propinas de la generosidad rusa. Pocos habían vuelto.

Pero la amable Francia, como toda Europa, había cerrado su corazón a estos vencidos que sólo tenían un pasaporte Nansen[2] y ningún imperio que los protegiera. Por ejemplo, algunos viejos taxistas que habían sido oficiales del zar, aún llevaban sus gorras blancas del ejército zarista.

De niña no sabía por qué me rompía el corazón verlos. Temía, en mis peores pesadillas, sufrir una suerte semejante.

Ese verano, aunque estaba invitada por Joelle Bellon un mes a su castillo Luis XIII, en la Ille de France, y a Nointaux, con Fanette, el resto de las vacaciones, no me atreví a desobedecer a mi madre, quien llevaba con ella a Antonio Peláez, el pintor, y a Roberto Garza, el gran médico. Éstos habían ido a pasar ese verano en Europa, junto con un psiquiatra canadiense, Bruce, un gigantón joven y corpulento, muy inteligente y muy bueno.

También iba una reciente adquisición de mi madre, Jacqueline, esposa de un diplomático canadiense, y su hijo Domino, niño de seis años muy bonito y muy mimado, y la criada de Jacqueline, Gabrielle Cabrini, la vieja italiana de la que desconfiábamos la Teo y yo, pues era un ser rampante ante mi madre y ante cualquier gente distinguida o con fama. La Teo decía que era tan hipócrita que se le iba un ojo. Fue un parásito de mi mamá, que acabó siendo su sombra y su confidente, y que terminaría sus días muy rica, trabajando en la embajada de México, gracias a mi madre. Después, cuando mis padres ya estaban separados, veía a escondidas a su *petite Elena*.

Cuando llegamos al palacete nos quedamos admirados. Era de dos pisos, con enormes escaleras de mármol. Tenía diferentes alas, con cuartos que se comunicaban entre sí, repletos de muebles victorianos; los numerosos salones —todos art nouveau— estaban amueblados con pianos y hasta clavicordios; los enormes libreros tenían en sus estantes libros antiguos, entre ellos, los últimos éxitos de 1901.

Las recámaras ostentaban terrazas de piedra, medio desvencijadas, con alegres barandales de ladrillo rojo. Las terrazas de los salones eran de mármol blanco. El enorme parque tenía avenidas bordeadas de cipreses, de *bojs,* de laureles rosas y perfumados, y de eucaliptos, con glorietas donde se erguían estatuas de mármol clásicas de la diosa Flora y de Deméter, o fuentes en medio de albercas verdes.

Un viento oloroso a hierbas silvestres, como el tomillo, recorría el parque. Bajábamos en

bicicleta hasta las playas de Niza, que en lugar de arena tienen piedras redondas y bancos a todo lo largo, donde tomaban el sol los viejitos pobres.

Mi madre se fijó enseguida en una anciana que la edad había vuelto bajita, con un cutis extraordinario, rosado y sin arrugas, y con ojos azules aún bellísimos. Tenía algo extraño, algo diferente, mi madre le dirigió la palabra y se sentó junto a ella. Ésta le contestó, en español, que era La Bella Otero —la cortesana más famosa antes de la guerra del catorce—; estaba muy sola, sin marido y sin hijos, y vivía de una miserable pensión del gobierno francés. Ella, que había sido la amante de príncipes y reyes —entre ellos, el abuelo de mi futuro pretendiente millonario griego, Yannis Zografos—, ¿cómo era posible que viviera tan sola y olvidada?

De casualidad, esa primavera habíamos ido a la Cinemateca a ver películas documentales de 1900 y, de pronto, entre los políticos bigotones y las damas de sociedad encorsetadas, había surgido un cisne blanco en una terraza, una diosa rubia de largo cuello torneado, La Bella Otero; su belleza me había cortado la respiración.

En Niza, me daba horror verla en ese banquito de hierro todas las mañanas, vestida de negro con esa cara tan triste. Le contó parte de su vida a mi madre.

Después del catorce, la pasión del juego la había arruinado y, poco a poco, sus tiaras, sus collares de diamantes, sus perlas negras habían acabado en manos de los *croupiers*, en los casinos de Deauville y Montecarlo. Era una mujer para príncipes. Mi madre quería escribir su biografía, pero un extraño pudor español, mezclado con estoicismo también español, le hicieron rehusar mil veces la oferta de mi madre, que le hubiera permitido salir un poco de esa miseria y volver a ponerse de moda.

Mi madre se encariñó mucho con ella, pues la viejita tenía un encanto embrujador y una extraña sencillez infantil.

Tiempo después, del otro lado de Niza, situado sobre unas rocas, descubrimos un restaurante, Chez Coco, sencillo pero encantador, cuyas mesas estaban situadas a diferentes alturas, por las rocas, protegidas del sol con alegres sombrillas rojas. Ahí servían pescado fresco del día, asado con trincheras en una chimenea de llamas de madera perfumada, eran Lou de Mer, o Rougets, llamados así por su color rojo, todos rellenos de hierbas y ricos vinos del país. Y como postre, esas peras francesas que se derretían en la boca como almíbar, esos duraznos tiernísimos, madurados por los vientos del Mediterráneo, que les daba ese sabor tan especial. Coco era el dueño, un marsellés simpatiquísimo que según nos fue conociendo, nos apartaba mesa todos los días.

Nos tirábamos clavados desde las rocas al Mediterráneo; éste de un azul transparente pero muy hondo en ese lugar. Después nos alcanzaron en la villa Ricardo Baeza, un viejito republicano erudito, famoso por sus brillantes ensayos literarios, exembajador de España, cuyo hijo, Fernando Baeza, volvimos a ver, en los setenta, en España. Después de la muerte de Franco, se volvió diputado socialista.

Ricardo Baeza era muy amigo de Victoria Ocampo, Borges, Adolfo Bioy Casares y Bianco; mi madre lo había conocido a través de ellos.

De improviso, en un auto de lujo, llegó la escritora argentina Silvina Bullrich, del grupo de Victoria, casada con un peronista riquísimo, y nos dejó en la casa a su hijo Danny Palenque, un

niño mayor que yo dos o tres años, de unos doce o trece años, guapísimo, de pelo castaño, piel dorada por el sol, y muy simpático; mi madre lo quería mucho.

Danny rompió mis paseos solitarios por Cimiez. Antes de su llegada, tomaba una avenida al final del parque, donde se volvía medio salvaje, y me perdía entre callecitas bordeadas por pinares, laureles y magnolias que rodeaban casas antiguas deshabitadas. Las rejas se abrían rechinando a jardines abandonados, tal y como me gustan, verdaderas selvas de rosales medio rústicos, macizos de margaritas y magnolias blancas de pétalos gruesos y perfumados, enmarañados de zarzas y abrojos espinosos, con árboles frutales que volvían, poco a poco, a ser agrestes; naranjos, limoneros y duraznos.

Estaba convencida de que cada casa abandonada estaba poblada por habitantes de mis cuentos de hadas favoritos. Me acuerdo, en especial, del "castillo de Barba Azul", al cual penetré un día por una desvencijada puerta y que, curiosamente, tenía un pasillo con siete cuartos cerrados con llave. Salí huyendo.

Otro palacete abandonado era el palacio de "la Bella Durmiente del Bosque"; otro más, el de "la Bella y la Bestia". Y solitaria me paseaba por esos jardines a la inglesa, con flores trepadoras como las glicinas, que es una flor con campánulas azules, y madreselvas olorosas a vainilla. Me pasaban miles de aventuras fantásticas. Al entrar a esa parte de Cimiez, me perdía en otro espacio: el universo de los sueños palpables, que para mí era más real que el mundo de la casa. Fueron momentos de una gran felicidad, pues yo "veía" y "hablaba" con las princesas cautivas, los duendes vestidos de verde, que me hacían miles de travesuras; las hadas cumplían todos mis caprichos. Era como penetrar en el país de jauja.

La llegada de Danny me separó de mi mundo de "sueños reales". Él era un niño encantador y muy realista. Entablamos una gran amistad y nos volvimos inseparables. Uno de esos amores infantiles de los que, en uno de sus poemas, habla tan bien Baudelaire: "Los verdes paraísos de los amores infantiles". Pero, eso sí, totalmente platónico, pues éramos un par de inocentes. Me acuerdo que nuestro mayor pleito lo causó una tontería: él quería, regresando a París, regalarme una moto y yo lo regañé por salvaje. Yo prefería un piano. Mi madre lo quería mucho y esto causó los celos furiosos de Ricardo Baeza, quien le hacía la corte a mi madre.

La llamaba "Scherezade" y decía que parecía "una viborita de oro". Esto a pesar de lo mal que lo trataba mi madre a la hora de las comidas delante de los demás comensales.

Él, en traje de baño, se veía como un simple viejo bajito y esquelético, con la piel amarilla como carcomida por vicios secretos. En París, Finki, que era muy mala lengua, nos había contado que era cocainómano. Y Gabrielle Cabrini también lucía espeluznante en la playa. Una vieja grandota, espaldona y jorobada. Todo su encanto desaparecía y, francamente, los dos viejos en la playa parecían gárgolas de Nuestra Señora de París.

Poco después, ese par decretó que ya no había que ir a la playa. Todos los demás se aprestaron a obedecer a los dos vejetes, pero mi madre se rebeló. En una tormentosa discusión con ellos a la hora de la comida los acusó de envidiar a los jóvenes porque ellos se veían horribles en traje de baño.

—¡Par de monstruos! —les gritó. Y, al final, ella ganó.

Seguimos yendo a Chez Coco. En el fondo, lo que ocurría era que Baeza le había hecho una

sucia jugarreta a mi madre. Un día, los dos recibieron carta de Bioy Casares.

Baeza le dijo que en la carta de él, Bioy hablaba de sus amores en Argentina, y que le enseñaría la carta a condición de que ella le enseñara la suya. Así lo hicieron.

A la hora de la comida, Baeza sonreía maquiavélico y mi madre estaba colorada de rabia y de vergüenza. Pues de algo que no le contaba a nadie (había sospechas en el grupo y nada más) ahora tenía un testigo, ¡y qué testigo! Un ser muy inteligente, simpático, pero maléfico. Después, estalló la discusión en la playa.

Yo no lo sabía entonces, pero por lo que me contó mi madre en Madrid, el amor con Bioy iba viento en popa. Él fue, realmente, el gran amor de mi madre. Su comprensión era completa, física y espiritual. Eran almas parecidas. Muy dulces los dos y débiles de carácter. Aunque, para mí, Bioy era retorcido e inescrupuloso.

Mi madre sufrió las consecuencias de ese gran amor, por ingenua e infantil.

Todo comenzó en París con la llegada de José Bianco, entonces secretario de la gran revista *Sur*. Él presentó a mis padres con las Ocampo y con Bioy Casares, casado con Silvina Ocampo. Nunca olvidaré las tardes en que iba Bioy Casares a visitar a mi madre. Desde la puerta olía al agua de colonia inglesa que lo rodeaba, pues era un dandy, y al ver su sombrero azul marino en la mesita de entrada, junto a la bandeja para las propinas, sabía que era él.

(Por cierto, la bandeja la colocaba la Teo siempre con un billete elevado, que ponía de su bolsillo, para darles el ejemplo a los invitados; esto enfurecía a mi padre.)

No sólo había aroma de agua de colonia inglesa en la casa sino que yo podía palpar la ternura de Bioy hacia mi madre (de niña no me daba bien cuenta de que a pesar de sus terribles defectos de hombre mimado, estaba enamoradísimo de mi madre).

Entraba al pequeño salón feliz de ver a Bioy. Él y mi madre estaban tomando té con pan tostado y mantequilla. Mi madre, radiante con su trajecito negro de cuello blanco y sus ballerinas, su pelo lacio, retenido sólo por dos pasadores a los lados de la frente, resplandecía como un cubo de sol radiante; su pelo brillaba como si tuviese pepitas de oro y, poco a poco, fue perdiendo su flacura. Sus mejillas estaban rosadas de felicidad, como las de una colegiala.

Ella siempre estaba regañando, afectuosamente, a Bioy. Por eso él, en todas sus cartas, la llama “mi maestro”.

—¿Por qué no comes un rico pastel, Bioy? Qué raro eres. No gozas nada de la vida. No fumas, no pruebas el exquisito vino francés. ¿Para qué vives entonces?

Él se reía con dulzura y la miraba embelesado.

—¡Mirá que tenés razón! Soy un ser ridículo, ¿no es cierto?

Yo, silenciosamente, me ponía de su parte. Tenía miedo de que se enojara con mi madre.

Siempre iba de azul marino, tan limpio e impecable que parecía un oficial de Marina. Sus ojos azules eran melancólicos. El único defecto que le encontraba era su pelo, muy rubio y rizado; pero lo traía muy corto. Yo prefiero el pelo lacio.

De todos los amigos que venían a la casa, era el único que, con mucho afecto, me hablaba en mi idioma de niña. Un día me atreví a contarle que si, al saltar los adoquines de la calle (todavía no ponían el feo asfalto), tenía que alcanzar al octavo con el pie derecho y que al hablar, al leer,

me detenía siempre en la octava palabra o en la cuarta, no era de mal agüero. Él quedó asombrado.

—Mirá, Chatita, ¡yo también lo hago!

Y no estaba fantaseando. Cuando lo supe, me puse feliz.

No permanecía mucho con ellos para no ser un estorbo, pues se complementaban tan bien que era mejor eclipsarse.

Me iba a jugar al Square Lamartin (los jueves, o cuando no teníamos las dos horas de estudio suplementario de cuatro a seis) con mis amigas Inés y Fanette.

Un día, él, siempre tan reservado —parecía que se hacía una violencia terrible sobre sí mismo para no causar penas—, nos contó algo de su niñez.

—Mirá, che, de niño yo era muy celoso, un día que me peleé con mi madre, me encerré en el cuarto de baño aventé con todas mis fuerzas un jabón mojado contra una pared, y resbaló por todo el baño. Mi madre nunca se lo sospechó —lo narraba aún con rabia contenida, y me asombró que el encantador Bioy pudiera tener esos ataques de celos.

Al verlos, no sé por qué tenía la impresión de que el tiempo para que estuvieran juntos les estaba contado. No me equivoqué.

Esa tarde me volví a esfumar, aunque él, siempre educado, no quería que dejara el saloncito.

Por eso la indigna jugarreta de Baeza le dolió tanto a mi madre. Le pareció que unas manos ajenas y ávidas y una mente sucia habían profanado su amor.

Ninguno de los demás comensales sospechó nada, pues ese verano Baeza guardó un silencio inquietante, aunque empezó a calumniar a la madre de Bioy. Un día, a la hora de la comida —mi madre lo evitaba en cualquier otro momento—, le preguntó:

—¿Usted sabe, mi querida Elena, que Martha Casares [madre de Bioy] y Silvina Ocampo fueron amantes cuando Bioy era un chico? Por eso tiene ese trauma con Silvina que, además, es una belleza incomparable.

—¡Eso no se lo creo, viejo malvado! —exclamó mi madre, y furiosa se levantó de la mesa y ya no comió.

Bruce, el psiquiatra canadiense, regañó severamente a Baeza.

—Querido amigo, Elena está muy delgada porque es muy nerviosa. Es de las personas que por un disgusto rechazan la comida. Usted necesita dejarla comer en paz. ¿No pretende usted quererla mucho? —después de una pausa, Bruce prosiguió—: Yo veo su vida como si fuera la de una equilibrista que tiene que caminar sobre un alambre. Cualquier altercado la puede hacer caer al vacío. El deber de sus amigos es hacerle agradable la vida tan difícil y dura que lleva. Y, sobre todo, no causarle ningún disgusto.

Baeza, muy mundano, se disculpó.

Esa tarde, mi madre tuvo una hemorragia muy fuerte. Menos mal que teníamos a la mano un gran ginecólogo, Roberto Garza. Aun así, hubo que llamar a una ambulancia y trasladarla a un hospital de Niza, donde permaneció cinco días.

Danny se volvió mi gran confidente y mi apoyo en esos momentos. Pero ella volvió tan animada y alegre como todo ese verano. Bioy le había mandado telegramas y telegramas de amor

al hospital.

Mi madre decidió alquilar un velero, pero con un pequeño motor y dos marineros, para ir a contemplar la famosa roca donde estuvo preso el conde de Montecristo, pues de adolescente había adorado las novelas de Alejandro Dumas.

Coco le consiguió el barco. Qué delicioso es estar en un barco sólo empujado por velas. (En altamar mi madre les ordenó a los marinos cortar motor.) Un sol alegre nos bronceaba y nos deslizábamos como sobre almohadones de plumas en el tranquilo mar Mediterráneo. Después, todos nadamos en altamar. Fue una de las sensaciones más exquisitas que he experimentado.

Cuando hubo que regresar cantábamos con Jacqueline la famosa y sosa canción canadiense *"Alouette! Gentille alouette! Je te plumerai…"*. Ella también lucía feliz; vivía un romance apasionado con Roberto Garza. Su piel, de tan blanca, no lograba broncearse al sol. Estaba toda rosa y rubia la gentil Jacqueline.

Un día, Gabrielle Cabrini, que no tenía un centavo, ni era guapa, ni buena escritora (escribió una ridícula novela basada en la adolescencia de mi madre, que le publicó nada menos que Gallimard, *El rey Deodat*), nos propuso ir a visitar a Nikos Kazantzakis, el escritor griego que aún no se hacía mundialmente famoso con su *Alexis Zorba,* vendiendo miles de ejemplares y cediendo los derechos para la película que estelarizó Anthony Quinn.

Kazantzakis era alto, muy tostado por el sol, de pelo gris. Llevaba blusones rayados de marinero, anchos cinturones de cuero y un cuchillo con el que partía los melones que, de manera galante, le ofrecía a mi madre. Le gustaba lucir —era pose— como un hijo del pueblo campesino griego; no obstante, en conjunto, él y su mujer eran una pareja muy simpática, como todos los griegos que he conocido.

Siempre comíamos, en el jardín, ricos platillos griegos que cocinaba su esposa.

Su casa tenía un *belvédère* (mirador) de vidrio calientísimo, donde Kazantzakis, azotado por el viento del este, sacudido por el mistral, la mirada vuelta hacia las lejanías marítimas y aspirando los olores ancestrales, parecía un viejo lobo de mar en el puente de su barco.

Erguido, alto, delgado pero fuerte. Muy hospitalario, a pesar de su edad, el "viejo pirata", como también le decían, bajaba de su torreón para saludarnos.

—Elena querida, que Alá y los Djinns la bendigan.

Le había tomado gran afecto a mi madre, quien le correspondía, pues él era comunista. De su físico emanaba una eterna juventud, recompensa de una vida enteramente dedicada al espíritu, donde las ganancias de dinero parecían no tener ninguna importancia pero, por desgracia, sí la tenían.

Las preocupaciones naturales eran ignoradas, minimizadas o despreciadas por él. Su superabundancia de calor humano y de generosidad, muy griegos, en todo y antes que nada se expresaba en un apretón de manos que casi nos rompía los dedos. Para mí, su imagen está asociada a la fruta que partía con su cuchillo, y al té oriental fortísimo.

A lo lejos, el Mediterráneo aparecía como un inmenso lago, y de su jardín brotaban olores embriagadores que se confundían con el perfume azucarado del té.

Desde ese rincón del mundo, el Oriente parecía cercano, rincón de tierra quemada por una

lluvia de luz que perfumaba un gran ramo de flores y plantas.

Un buen día, para poder escribir mucho, renunció a su trabajo en la UNESCO, donde se estaba volviendo loco con la burocracia (¡cómo lo comprendo!), y alquiló, en los confines de Antibes, una casa bautizada con un nombre español, Manuelita, situada en lo más alto del cabo, y cuya fealdad se olvidaba pronto ante la belleza del jardín, donde abundaban el verde plateado de los olivos y las vastas terrazas, desde donde se extendía, hasta perderse la vista, un panorama divino sobre el mar que brillaba entre los árboles.

Tenía otra ventaja: una terracita donde Kazantzakis se entregaba a su rabia de escribir. "Rabia", ésa es la palabra, porque su capacidad de trabajo tenía algo de aterrador, que lo hacía olvidar y aceptar todo.

Desde ahí arriba, "el exiliado en el paraíso de Antibes", como se llamaba a sí mismo, podía ver *su* mar natural, el Mediterráneo, que alcanzaba hacia Levante, *su* Creta natal, y podía bogar hacia ella en espíritu.

¿Dónde lo había conocido Gabrielle? Quién sabe, pero eran íntimos.

Después de las visitas a Kazantzakis, mi madre y sus amigos salían por la noche con unas señoras muy decadentes, Adrienne Pathé —la hija de Charles Pathé, el del cine— y algunas otras, acompañadas por Erich von Stroheim.

Una tarde, íbamos alegres por la Croisette, en Cannes y, de repente, mi madre se topa con Pablo Picasso, un viejo conocido de ella. Sus amigos refugiados españoles se lo habían presentado en París. Él era muy provinciano. Prefería andar con españoles que con franceses o americanos. Como grandes acompañantes tenía a algunos refugiados españoles, su hijo Pablo, su nieto Pablito y la mujer de turno.

Me quedé deslumbrada al verlo. Llevaba unos shorts, alpargatas y nada más. Su cara era la de un genio. Parecía un mago, un mago negro. Tenía algo de duende, un rasgo acentuado por su baja estatura, sus risas frecuentes y maliciosas con mi madre, con la que le gustaba bromear.

La mayoría de la gente se congelaba al verlo. Mi madre no.

Los ojos de Pablo eran negros y brillaban como tizones. Lo miraba a una y parecía que la traspasaba con su mirada; también daba la impresión de una total, sencilla y despreocupada seguridad en sí mismo. Como si supiera que, hiciese lo que hiciese, triunfaría.

Toño y Roberto, al ser presentados a Picasso, por poco se desmayan. Enseguida sacaron sus cámaras fotográficas y le pidieron autorización para fotografiarse con él. Él, amable y sonriente, aceptó.

Esa costumbre no imperaba en mi casa y ahora siento haber seguido el ejemplo de mis padres, pues la gente es tan desconfiada y hay tanto echador, que si uno habla de alguien famoso, no falta quien —con buena o mala fe— le haga a una la pregunta:

—¿Tienes una foto con él?

—Pues, no.

—Ay, qué raro.

En fin, Picasso le insistía a mi madre sobre un mismo punto.

—Usted es una artista. Yo lo sé aquí y aquí —y señaló su frente y su corazón.

Mi madre, que estaba totalmente domada por mi padre, sonreía incrédula:

—No, Pablo, yo soy una simple ama de casa.

No obstante, él predijo algo que ahora me deja atónita.

—Usted va a hacer una obra de arte, algún día, ya lo verá, ya lo verá.

Nos sentamos en la terraza de un café y él, muy amable, invitó a todos a su casa, que no estaba situada en Cannes.

Es uno de los tres genios verdaderos que he conocido, después de Ortega y Gasset y Ernst Jünger, de quien tuve la fortuna de su íntima amistad.

En el fondo, mi madre no quería a Picasso por los malos tratos que le daba a sus mujeres, a su hijo y a su nieto. No les daba un centavo y los hacía trabajar para él. Incluso, un día, Pablito se tragó toda una botella de cloro y se murió.

A la casa de París venía mucho una de sus mujeres, Dora Maar, una rubia que debió haber sido guapísima, pero muy acabada y en la miseria. Venía a quejarse de Picasso.

Sus últimos hijos tuvieron la buena suerte de que, una vez muerto, el gobierno francés cambió las leyes concernientes a los hijos ilegítimos. En efecto, Picasso nunca se casaba con sus mujeres y sus hijos andaban en la miseria. Los hijos ilegítimos no podían heredar nada y él lo sabía muy bien. Al cambiar la ley, todos se volvieron millonarios. Como su famosa hija Paloma, con su conocida línea de perfumes y cosméticos.

Ya estaban acabando las vacaciones y era tiempo de volver a París. Toño y Roberto se empeñaron en irse al Medio Oriente, como me lo contó Toño Peláez en la entrevista que le hice:

—Estábamos en Niza ese verano y decidimos visitar Egipto, por las pirámides. Elena nos insistía, un tanto profética: "No vayan a ver a esos ensabanados"; pero, tercos, fuimos. Llegamos a Alejandría y nos pusimos a tomar fotos en el puerto. Había letreros en árabe, y querían decir que eran lugares estratégicos y prohibidos. Me tomaron por un espía israelí a causa de mi nariz y de un viejísimo traje de pana que llevaba. Me pasé veinticuatro horas en la cárcel, en medio de árabes amenazantes, y nunca me sentí más feliz que cuando se aclaró la equivocación y, por fin, salimos de Egipto.

Regresamos a París. Yo estaba feliz de volver a mi escuelita y a mis clases de ballet. Los jueves ya no los dedicaba a ir a patinar sobre hielo, o a jugar con mis amigas, sino a mis clases con madame Wronska. Estaba un poco triste de ya no ver a Danny. Su madre lo había recogido en París y volverían el año entrante, para el próximo verano.

Todos los días, el grupo de argentinos venía a cenar, o a visitar a mis padres para invitarlos a restaurantes de lujo, o a teatros. Pepe Bianco le tenía unos celos y una envidia terrible a Bioy. El pobre Bianco era muy feo aunque ya se había operado su enorme nariz de chorizo, pero seguía igual y se dedicaba a hacer los elogios de Silvina, "una diosa, de una gran belleza, de una elegancia suprema". Creía que así molestaría a mi madre.

En España, mi madre me había contado que, desde la primera vez que se conocieron, en un restaurante muy elegante (mi padre había invitado a la pareja Bioy-Silvina), se enamoró de Bioy. Y como él no trabajaba, enseguida la invitó a salir al campo, aprovechando que mi padre estaba en la embajada. Por cierto que coincidió con el regreso a París de la malvada Emilia Perrusquia,

de la que ya hablé. Muy diferente de Melchor, su marido, un hombre encantador, al igual que su hijastro, Melchor Jr., del que hablaba horrores cuando niño. A ambos los vi algunas veces en México, dos años después del 68, ya en plena derrota.

Bueno, como mi madre tenía que acompañar a todas partes a Emilia y a mi padre, nunca dormía. Entonces, la primera vez que Bioy la llevó a un albergue, una casita de campo muy elegante atendida por una viejita vestida de raso negro, con delantal de encaje blanco, en medio de un bosque de los alrededores de París (mi madre, tan ingenua, no sospechó que la viejita alquilaba cuartos a parejas elegantes), al ver la cama se metió entre las sábanas y se durmió. Su cansancio era tal que casi cayó inconsciente. Bioy, sin ofenderse, vigiló con ternura su sueño y, al atardecer, le dijo que ya debían volver, no sin comentar con sentido del humor:

—¡Mira, qué encanto el mío que te provocó ese sueño!

Mi madre era una persona que necesitaba diez horas de sueño para reponerse. En cambio, a mi padre le bastaban entonces tres o cuatro.

Estaba anocheciendo y debían volver, pues mi padre y Emilia (en esa época en relaciones) estaban, con seguridad, esperándola.

Mi madre, asombrada de que un hombre tan guapo como Bioy no tuviera hijos, le ofreció uno. Así, a lo loco, sin pensar en las consecuencias.

Por eso se fue con él a la cama aquel día… y se quedó dormida. Claro que hacía tiempo que Bioy la cortejaba, pues no era una mujer fácil. Y si lo aceptó fue porque, verdaderamente, estaba enamorada de él, y por la locura del hijo.

Sus planes eran tan poco realistas que cuando me los contó, me di cuenta por qué el romance con Bioy había fracasado.

Su confidente era Gabrielle Cabrini, quien estaba al tanto de todo, y cuya única gracia era su pelo blanco prematuro —parecía que llevaba una peluca Luis XV— y su tez, como de melocotón. En Europa, si un niño de cualquier origen nace en Francia, por ejemplo, puede ser francés si los padres lo desean. Igual en Suecia.

Mi madre pensaba irse a Suecia en compañía de Gabrielle, donde la constitución era muy liberal, pues en Argentina no había divorcio. De Suecia pensaba irse a Montevideo utilizando su pasaporte diplomático vigente. ¡Como si mi padre le hubiese dejado el pasaporte! Eso era no conocer a las personas con quienes vivía.

En las recepciones oficiales, me contaba mi madre, los más guapos y elegantes eran los del cuerpo diplomático español. Pero nadie les hablaba por franquistas. Ella, siempre desafiante, se hizo muy amiga de todos ellos. Me acuerdo, en especial, de Ignacio Urquijo, heredero de la Banca Urquijo; por cierto, muy amigo de Finki y de Diego del Vayo.

Esto viene a cuento porque el embajador de España llegó a ofrecerle el pasaporte español, al ver lo mal que la trataban, tanto mi padre como los burócratas de la embajada mexicana. Además, la consideraban española y la apreciaban mucho.

—¡Ahí estaba tu salvación, mamá! Hubieras aceptado el pasaporte español; así mi padre ya no hubiera tenido ningún poder sobre ti, ni sobre el niño que iba a nacer.

Esto se lo dije años después, en España.

Ahora pienso que quizá mi padre estaba al tanto de todo, o lo sospechaba, y era una forma de ponerla a prueba. La había ofendido demasiado, y continuaba. Por ejemplo, la Carmen Figueroa venía mucho a la casa con su marido, Philippe Meyer, un francés muy simpático y rico que le hacía la corte a mi madre, pues el *flirt* entre Carmen y mi padre seguía.

Gabrielle terminó por traicionar a mi madre y le contó todo a mi padre. Éste se puso fúrico y habló con ella:

—Ese niño, legalmente, es mío. Cuando nazca se lo voy a mandar a mi madre. Y si tú te vas con Bioy, no vuelves a ver a Helena, pues el diplomático y el que tiene el poder soy yo. La embajada me apoyará. ¡Pobre estúpida!

Fue cuando mi madre renunció al niño y decidió abortar con su médico, el doctor Lievain, a quien no le simpatizaban ni Bioy ni mi padre.

¡Y otra locura más! Mi madre no le explicó a Bioy el terrible drama que vivía, para no hacer quedar tan mal a mi padre. Le daba vergüenza.

Bioy se enfureció con ella y se fue a conocer el sur de Francia con Silvina y una sobrina de ella, que hacía largos años era su amante.

Antes de todo esto, yo conocí a Silvina un día que vino a visitar a mis padres junto con Bioy. Quedé estupefacta. Me imaginaba una mujer mayor, pues sabía que era veinte o treinta años más vieja que él, pero guapa y elegante.

Eran las seis. Acababa de llegar del colegio y me encontré a una vieja horrible y extraña, con pantalones de ski y tacones altos; los resortes de los viejos pantalones se le veían en los pies, pues se los había colocado por encima de las medias; llevaba una chaqueta de piel de tigre que se veía sin pelos en algunos lugares, y toda lustrosa; además, le temblaba la cabeza con un movimiento extraño, le corría la baba por la comisura de los labios cuando hablaba, y traía el pelo teñido de rojo de hacía como seis meses, con una enorme raya negra.

Mi madre me la presentó:

—Helenita, aquí está Silvina.

Le hice la reverencia como nos habían enseñado en la escuela.

—¡Qué encanto de niña! —exclamó la vieja rara.

Desconcertada, no podía dejar de ver a Bioy, quien podía haber sido su hijo —aunque no se parecía en nada—. Él se puso colorado; su mujer le daba vergüenza, pero tenía millones y había invertido el dinero de Bioy —que no era tan rico como ella— en edificios en Buenos Aires. ¡Un lío!

Bioy también era extraño sexualmente. Él conoció a Silvina desde niño y no la quería. Era amiga de sus padres y, por ejemplo, estando en la playa de Mar del Plata, cuando visitaba a su madre, se la pasaba dándole órdenes. “Pebete, tráeme la sombrilla para acá, llévate esto, levantas aquello”. No obstante, a los dieciséis años ella lo invitó a dar una vuelta en su auto. Le echó mano en los asientos y él, que era virgen, enloqueció por la Silvina, quien para colmo, era lesbiana.

Sus padres lo mandaron, entonces, a una estancia lejana, donde vivió tres años con los gauchos, “contando borregos y muy feliz”, como le confesó a mi madre cuando le relató su romance.

Entonces, Victoria Ocampo fue a ver a los padres de Bioy y los amenazó con un escándalo si éste no se casaba con su hermanita Silvina, a la que había *deshonrado* ante la alta sociedad. Victoria tenía un poder enorme. En aquel entonces poseía la fortuna más grande de Argentina y, además, la influyente revista *Sur.* Bioy se resignó y se casó con Silvina. Aunque, alguna vez, delante de mi madre, se le escapó decir:

—Mira, por esos tiempos, casarte con una Ocampo era el triunfo máximo en Buenos Aires.

Bioy era muy indeterminado, y después de su boda empezó su verdadero suplicio: Silvina lo excitaba y luego se subía a un cuarto con una prima de ella, muy masculina, lesbiana también, y se encerraba con ella toda la noche.

Bioy lloraba y suplicaba ante la puerta de Silvina (esa prima le sirvió de modelo para el personaje de Morel, en su primera novela *La invención de Morel,* misma donde Silvina es Faustina), pero como todo resultaba inútil, cayó en una terrible depresión, se encerró en su cuarto, dejó de comer y de jugar tenis, su deporte favorito.

Entonces apareció Tana, una sobrina de Silvina, que se enamoró de Bioy; lo invitaba a salir para jugar tenis, y terminó acostándose con él. Esto le curó la obsesión por Silvina, pero Tana también era horrible. La conocí en París; era de tez muy morena, tipo indígena fea. Le crecía el pelo casi desde las cejas, era chaparra, patizamba, pero, al menos, no era lesbiana.

Con ella y con Silvina se fue Bioy al sur de Francia cuando mi madre le anunció su decisión de abortar al Gaucho (así le decían los dos al niño).

Decidió tener un hijo con Tana, y el resultado fue una niña horrible. Yo vi sus fotos en un libro sobre Bioy Casares que Ninfa Santos le mandó a París, años después, en los ochenta, a mi madre, cuando él ya era un escritor muy famoso. Esto Bioy nunca se lo dijo a mi madre.

Cuando volvió del sur de Francia, regresó a la Argentina, pues su madre, Martha Casares, tenía cáncer y estaba muriendo. Mi madre había conocido a la madre de Bioy, una señora alta, rubia, muy guapa y muy distinguida. Ella quería que Bioy dejara a Silvina y que viviera con mi madre en Montevideo, en un departamento de lujo que él había preparado. Mi madre me dijo una tarde, cuando volvía del colegio, antes de todos estos sucesos:

—Hijita, si me voy con Bioy al Uruguay, ¿te vendrías seis meses con nosotros? Bioy te tiene preparada una nana y todo lo que te haga falta.

Me le quedé mirando hasta el fondo de los ojos y vi que estaba radiante de felicidad. Me pareció natural y le dije con la inconsciencia de los niños:

—Claro, mamá, pero quiero pasarme también seis meses al año con mi padre en París. Y no quiero abandonar las clases de madame Wronska.

Ella suspiró con tristeza:

—A ver si lo permite tu padre.

No tuvo tiempo de más comentarios, en eso llegó mi padre. Yo sabía que él se enfurecería si mi madre lo dejaba. Ella le era muy útil en su carrera.

A pesar de todo, con la inocencia de los niños, pensaba que a su modo, extraño y terrible, él la quería.

Antes de irse a la Argentina, Bioy fue, muy pálido, a despedirse de mi madre. Ella estaba en su

cuarto y la Teo lo pasó. Mamá se sentía muy mal, pues el aborto la había afectado mucho. Pero no se lo dijo a Bioy. Se sentó en el quicio del balcón y lloró toda la tarde.

—Bioy, si tú te vas, yo me muero.

El trató de consolarla de todas las maneras posibles pero fue inútil. Al final, le colocó en el dedo un anillo constelado de pequeños rubíes (muy modesto para su fortuna y las desdichas que había ocasionado).

—¡Sangre! —gritó mi madre al ver las piedras rojas en su mano, y lo tiró por el balcón.

La Teo bajó corriendo las escaleras y lo recuperó en la calle, y terminó quedándoselo, mi madre no lo quiso ver más y se lo obsequió.

—Vos sabés que no te quedás sola, y yo volveré pronto, mi amor —afirmaba Bioy, con decisión.

Todo aquello fue demasiado para mi madre. La Teo, al acompañarlo a la puerta no se contuvo.

—El señorito tiene pelos negros en el corazón. Y no le hable mal de su viejecita a la señora, que ya lo veré acompañándola a la tumba, llorando.

Y así fue más o menos.

Pepe Bianco fue quien le contó a mi madre, en una carta, que Bioy había tenido una hija con Tana, la sobrina de Silvina. Ésta la adoptó feliz (como no era hija de mi madre). Pepe demostró entonces que, entre los argentinos, él era el amigo más fiel.

Qué contraste con las cartas que Bioy le enviaba a mi madre desde la Argentina, donde le aseguraba que con ella había conocido el amor, y que le horrorizaba la idea de acostarse con otra mujer.

Lo que le contó Bianco a mi madre y el libro que le mandó Ninfa Santos a París, era lo único que sabíamos de la niña.

Estábamos en Cuernavaca, en los últimos años de la vida de mi madre, y vino un erudito americano, experto en escritores iberoamericanos, a visitarnos para compramos papeles inéditos, cartas y fotos para la biblioteca de una gran universidad.

El profesor J., que sabía más o menos lo de Bioy (entre otras cosas, le compró un enorme paquete de cartas que éste le escribió a mi madre durante veinte años o más), nos contó la desdichada vida de la hija de Bioy. Él había ido varias veces a la Argentina, en diversas épocas, y le había comprado al heredero de Bianco algunos papeles. También intentó comprarle papeles a Bioy pero eso fue imposible. He aquí el porqué:

La hija se casó tres veces y, en cada caso, los futuros maridos le pedían a Bioy millones para cargar con el adefesio. Ella, enamorada, se los exigía, pues lo tenía dominado. Y luego le pedían más millones para divorciarse. Bioy empezó a arruinarse.

La hija, a su vez, tuvo tres hijos que se volvieron drogadictos, con los que sólo vivió los últimos años de su vida. Ella murió trágicamente en un accidente automovilístico.

El profesor J. nos explicó que toda la vieja oligarquía argentina se había arruinado al no vender a tiempo sus propiedades, pues, con el tiempo, se fueron haciendo menos redituables. Además, ninguno era hombre de negocios. Sólo los Bemberg (que iban mucho a la casa de París) tuvieron la suficiente sagacidad para vender sus estancias y casas situadas en barrios que ya no

estaban de moda, e invertir su dinero en las nuevas tecnologías.

Silvina pasó sus últimos años loca, y Bioy la encerraba con llave en un cuarto, en los altos del viejo edificio donde siempre vivieron. Sólo él y los médicos la veían. Él le subía sus tres comidas al día y la dejaba encerrada. Parece que se volvió peligrosa. Al morir ella, Bioy se quedó muy solo (Borges, su gran amigo, ya había muerto) viviendo con sus tres nietos que se gastaban todo el dinero en drogas y le hicieron pasar una vejez muy poco agradable.

No cabe duda sobre lo que dice san Juan el Evangelista: "La verdad siempre acabará sabiéndose".

Pero volvamos a ese año en París. Mi madre por poco muere a causa del aborto, estaba muy descalcificada y débil.

Mi padre había planeado pasar las vacaciones en Córcega y, por primera vez, me llevó con él a pasar un verano. Nos fuimos a L'Ile Rousse. Ahí se hizo muy amigo de dos muchachos deportistas pero pobres, y amante (él mismo me lo contó después) de la amiguita de ellos. Una mujer con un cuerpo magnífico aunque una cara fea.

Yo me la pasaba sola, nadando en la playa, pues él se iba todo el día con estos muchachos a hacer "excursiones"; y en las noches también me dejaba sola en el cuarto del hotel porque, según él, se iba a jugar a la ruleta a un casino (probablemente ilegal, pues el juego estaba prohibido en Francia).

Me hice muy amiga de dos parejas de gente adulta. Un señor inglés y su esposa, y una señora francesa, gordita, rubia, muy dulce y elegante, y su marido. Ambas parejas también eran clientes del mismo hotel. No había niñas en la playa, pues las pequeñas de Córcega, en aquella época, eran muy provincianas y no nadaban en el mar.

Una noche, en el comedor del hotel, el teléfono retumbó como un trueno para mí. El administrador trajo el aparato hasta nuestra mesa.

—Malas noticias, criatura, el conserje de su casa en París tiene algo muy grave que decirle.

Temblorosa tomé el aparato. Era Pierre que, muy solemne, me anunciaba que mi madre estaba muy grave y me suplicaba tomar el avión al día siguiente para despedirme de ella, estaba agonizando. Sólo la Teo y las criadas españolas como Consuelo la acompañaban en el París desierto del mes de agosto. Mi padre también habló con Pierre. Sollozando le supliqué que nos regresáramos a París pero él me advirtió perentorio:

—¡Farsas de tu madre! De aquí nos vamos a los encuentros internacionales de escritores en Ginebra, donde estoy invitado y va estar nada menos que Ortega y Gasset.

Pierre, que era la seriedad en persona, seguramente escuchó todo, pues cuando mi padre me tendió el teléfono para volver a hablar con él, por primera vez le escuché una grosería.

—*Quel beau salaud est votre père!*

Es decir, "¡Qué bonito cabrón es su padre!", y me contó, en detalle, que todas las criadas españolas se pasaban rezando el rosario en el cuarto de mi madre y no se le despegaban siguiendo las instrucciones del doctor Lievain al pie de la letra. Tenía una infección causada por el aborto, según supe ya de grande.

Yo sollozaba en el comedor del hotel. La señora francesa rubia lo había oído todo. Al día

siguiente, le hizo una propuesta a mi padre. Nos llamó a su mesa; nos explicó que era muy rica, pues su marido tenía varias fábricas en el sur de Francia.

—Yo, por desgracia, soy estéril. Pero le ofrezco adoptar a su hija y darle una vida de lujo, la mejor educación, los mejores colegios. Yo la quiero mucho, y puesto que su madre se va a morir y esta niña es una carga muy pesada para usted, sería lo mejor —la señora sacó papeles para demostrarle a mi padre su fortuna, y fotos de sus casas.

Todo fue inútil. Para mi gran alivio, mi padre rehusó con violencia la propuesta de la señora y, además, yo no podía creer que mi madre se fuese a morir.

El golpe de la enfermedad de mi madre me había dejado anonadada. Seguí deshecha los días siguientes y de la impresión me dio una ictericia grave. Estaba tan amarilla que el doctor me tuvo confinada tres semanas en el cuarto del hotel hasta que me curé.

Entonces, llegaron Kostas Papayanus y los demás amigos griegos de mi padre. Estos no sabían nada del drama ni de la enfermedad de mi madre. Pensaron que estaba con nosotros. No me atreví a contarles nada. Se la pasaban jugando a la pelota en la playa con mi padre y sus nuevos amigos.

Por fin, nos fuimos a Ginebra. Ahí nos alojamos en la pensión Kauffman y mi padre se iba todo el día a esos "Encuentros Internacionales" y, con el dinero que me dejaba, en ocasiones recorría Ginebra varias veces en tranvía.

Un día apareció Finki, quien lo regañó por dejarme sola todo el día y me llevó a la playa de la OIT, que era gratis, pues él trabajaba ahí, y me presentó como su sobrina. Pero Finki y sus amigos, como Manolo Araoz y su esposa Paloma, una empleada uruguaya, Ana María, muy simpática, y otros, eran mayores y no podían estar conmigo siempre.

Si mi padre tenía una reunión de escritores, me regresaba sola a la pensión Kauffman, cuyo dueño, abandonado por su esposa, estaba muy amargado y escuchaba las quejas de mi padre con simpatía.

Un día que resultó inolvidable, fui a recoger a mi padre y ¿quién iba saliendo de los encuentros? ¡Ortega y Gasset! Como es natural, yo no lo había leído, pero había oído hablar de él a don Luis Araquistain, quien lo admiraba profundamente.

Tenía la típica cara del genio ibero, bajo de estatura, ancho de espaldas, con pómulos salientes y una mirada en la que brillaba la luz de la inteligencia. Me puse a charlar con él—yo no era nada tímida— y le simpaticé. Declaró que yo era "una gran inteligencia precoz". Nos invitó a los dos a comer con él al día siguiente pero mi padre se negó a llevarme. Yo estaba tan triste que ni siquiera protesté, pero le guardé rencor. Y para completar el asunto, los hijos de Herrera Petere, un poeta español, refugiado, amigo de mis padres, eran muy misóginos y no querían jugar conmigo en la playa del BIT. Esto me deprimió aún más.

Una tarde, mi padre me llevó a tomar un helado a un café muy elegante enfrente del lago. Me acuerdo que la mesa estaba decorada con pequeñas banderas de todo el mundo, debajo de un vidrio grueso. En ese café supe por primera vez lo que era la angustia, pues me empecé a desdoblar. Era como si mi yo saliera de mi cuerpo y me mirase a mí, Helena Paz, diciendo: "¿y ésta quién es?, me es totalmente ajena".

Sólo en textos de Hoffman, el romántico alemán, años después, leí esos estados de

desdoblamiento. Fui al baño a echarme agua fría a la cara pero seguía igual. Volví con mi padre y, aterrada, le conté lo que me pasaba. Yo temí estar volviéndome loca pero él me consoló. Dijo que eso sucedía a veces y, poco a poco, volví a ser yo misma. Pienso que lo de mi madre, que no podía expresar, me carcomía por dentro.

Por fin, Kostas Axelos y el otro Kostas vinieron de Francia a recogernos en auto. Y se alarmaron ante mi aspecto. Por mi parte, estaba realmente contenta de volver a París.

Mi madre no se había muerto gracias a los cuidados intensivos del doctor Lievain y de la Teo, pero había quedado muy débil. Volví a ver a mi madre con una gran alegría. Sin embargo, era otra de la que había dejado. Apenas si podía caminar; tenía los ojos hinchados, con unas enormes ojeras, y la mirada como resentida contra mi padre y contra mí. A pesar de todo, nos recibió con calidez.

—¡Qué saludables están, y qué ojos tan claros!

En efecto, hasta que me quitaron la matriz, yo tenía los ojos muy verdes, sobre todo a la luz natural. Y como veníamos tan quemados por el sol, nos veíamos raros. Yo, como de costumbre, me quedé muda. Sentí que me culpaba por no haber venido cuando Pierre me mandó llamar y, por pudor, no le expliqué nada.

A los pocos días de nuestro regreso a París, en Las Abejas nos pusieron un tema de composición francesa. "¿Qué país extranjero le gustaría visitar?", yo escribí: la India, China y Japón, pues había leído una gran cantidad de libros sobre esos países, sus costumbres, su religión. Casi era una autoridad en ellos. Y, sin conocerlos, me fascinaban.

Una tarde, mi papá llegó desesperado a la casa.

—¡Me han dado un nombramiento para Nueva Delhi!, ¡qué horror dejar París!

A él no le interesaba el Extremo Oriente, además, se había hecho ya un pequeño nicho en la sociedad intelectual parisina.

Al día siguiente, llegué feliz a la escuela. Anuncié que me iba una temporada al Oriente. Esto causó sensación. Pero, antes, mi padre tenía muchos problemas económicos que arreglar.

A pesar del buen dinero que ganaba en la embajada, el contrabando de divisas que hacían todos los diplomáticos y el dinero que le mandaba mi abuela con algunos amigos, no le había alcanzado para nada, pues todo se lo gastó con sus amigos bohemios, o no sé en qué. A veces, entraba a su cuarto, en la mañana, y estaba contando montoncitos de piezas de oro, que le había mandado mi abuela, en el dintel de la chimenea.

A pesar de eso, nunca le pagó un mes de renta al señor Faure, amparado en la ley francesa de aquella época, que nos cobraba muy poco, ni le pagaba sueldo a la Teo, y debía un año de mi escuela.

Mi padre le volvió a suplicar a mi madre:

—Dile al señor Faure que tú te gastaste el dinero de la renta que yo te daba. A las mujeres bonitas les perdonan todo en Francia.

Mi madre, que siempre le andaba recordando "Octavio, por favor, paga la renta, ¡es una vergüenza!", se puso pálida. Faure amenazaba con ir a quejarse a la embajada de que mi padre

nunca le había pagado una renta. Era el fin de su carrera. Él estaba desesperado. Le lloró tanto a mi madre que ella aceptó, al fin, deshonrarse ante el señor Faure. Y la treta tuvo éxito; pero Faure estaba furioso con ella y le dijo que su marido le daba lástima.

Mi madre fue a la agencia Cook y le compró un pasaje para un barco polaco que él escogió y que iba a la India, el Bathory.

Emilio Portes Gil y su esposa Carmelita habían sido nombrados embajadores de México en la India y llevaban con ellos a un secretario muy pintoresco, Pérez, simpático y agradable, pero que les robaba. Don Emilio había exclamado un día:

—Yo quiero ir a la India para conocer Shangri-La.

Como la mítica película de Frank Capra. Creían que existía.

Enseguida le tomaron mucho aprecio a mi madre, quien incluso iba de compras con Carmelita. Su equipaje se fue acumulando hasta completar más de cuarenta baúles, y le encargaron a mi madre mandarles todo por la agencia Cook. Ella aceptó, servicial como siempre, y por la carrera de mi padre.

Llegado el día en que él se tenía que ir a la India, oí como un pistoletazo en su cuarto. Me espanté y entré sin tocar a la puerta. Mi padre, cuando se desesperaba, tenía la costumbre de darse golpes en la frente con la palma de la mano.

—¡Helen, Helen!—gritaba desaforado—; ya perdí el barco. Se fue ayer. Ahora ¿qué hago?

Mi madre despertó con sobresalto pero se echó a reír.

—No es posible que pierdas el boleto. Voy a hablar mañana mismo [era domingo] con el señor de la agencia, que es tan amable conmigo, para ver cómo se arregla esto.

Los Portes Gil ya estaban en la India con Pérez; muy aburridos, pues no les gustó el país.

Mi madre reservó un asiento de avión para Aden, ciudad donde hacía escala el Bathory.

—¡Por Dios, Octavio, vamos a fijarnos en la fecha porque es tu última oportunidad!

Para la embajada, mi padre ya se había embarcado en el Bathory. Sin embargo, tuvo que tomar el avión a escondidas, como delincuente. Y en cuanto al equipaje de los Portes Gil, éste le dio la vuelta al mundo durante un año hasta que regresó a París. Pero ellos, muy buenas gentes, no le guardaron rencor a mi madre.

Cuando se fue mi padre a la India, el señor Faure se portó muy correcto. Nos dejó quedarnos en el piso de Victor Hugo hasta que encontrásemos otro departamento, lo cual no era nada fácil dada la escasez de departamentos de alquiler en aquella época. Y, sobre todo, un lugar barato pero presentable. Porque mi padre, como siempre, mandaba lo mínimo de dinero desde la India.

En esto, llegó a París una americana, Bobby Ortiz, divorciada de un viejo amigo mexicano de mis padres, César Ortiz, del Partido Comunista. Era una mujer muy rica y tenía una hija llamada Vicky, unos dos años menor que yo. Se parecía mucho a su padre. Tenía un aspecto totalmente mexicano. Enseguida nos hicimos muy amigas. Jugábamos con una muñeca suya, precursora de las Barbie de lujo. Hasta tenía su abrigo de visón.

Esto coincidió con que mi madre se quería ir de vacaciones de invierno a la montaña, pero Suiza era muy cara y, en cambio, en aquellos tiempos, Austria resultaba muy barata. Entusiasmó a Bobby para que pasara la Navidad con nosotras en Austria, pues mi madre había descubierto un hermoso pueblo: Sankt Johann, en Tirol. Estaba cerca de Innsbruck y de Kitzbühel.

Poco después, nos despedimos de los amigos y nos fuimos las cuatro a Austria. Y cuando llegamos a Sankt Johann, comprobamos que el pueblo era encantador. Todos los chalets eran antiguos, de madera oscura. Los recorrían trineos tirados por caballos.

El hotel, muy sencillo, era como un sueño antiguo. Un gran chalet de madera con unos cuantos cuartos para los huéspedes. Las camas tenían amplios doseles pintados de edelweiss y otras flores típicas de Austria; las cubrían esos mullidos edredones de plumas que protegen tan bien contra el frío. En el comedor había un gran árbol de Navidad, con velas en lugar de bombillas eléctricas. Se veía mucho más bonito y ensoñador.

Austria estaba todavía ocupada por los aliados. Sankt Johann estaba en la zona francesa. Los soldados franceses, muy apuestos con sus boinas azul marino, se pavoneaban por las calles del pueblo. Aunque también eran muy déspotas con los austríacos. Los trataban a patadas. De eso nos dimos cuenta a los dos o tres días de nuestra llegada.

Nos habían reservado dos cuartos amplios muy *gemütlich* (acogedores) en el pequeño hotel. Cada uno con dos camas y sus mullidos edredones, cómodas de madera oscura con palanganas y un jarrón con agua, ambos de porcelana antigua. Cada cuarto tenía su baño particular con tina a la antigua. Los austríacos y los alemanes, como los suizos, son gente muy limpia.

En el comedor nos tocó una mesa que estaba situada junto a la del hermano del general De Gaulle, que todavía no tenía el poder. ¡Qué hombre tan feo! Algunas mujeres estaban tejiendo, como brujas, y sólo interrumpían su labor para engullir enormes porciones de comida, o darles una bofetada a los horribles niños que las acompañaban. Eran tan vulgares y tan feas que no nos dieron ganas de hablarles.

En aquella época el ski era un deporte de elite, maravilloso. No se veían las multitudes de ahora en las pistas. Y nos vino a ofrecer sus servicios como profesor de ski, Hans, un estudiante de Viena que se pasaba las vacaciones trabajando con los novatos para poder pagar sus estudios. Yo ya sabía esquiar perfectamente. Y eso había sido gracias a mis lecciones de ballet, que es el ejercicio más completo que existe. Flexionar las rodillas y enderezarse, y tener un buen equilibrio es lo más importante para el ski. Eso me lo había enseñado el ballet.

En cambio, Bobby y Vicky eran verdaderas nulidades. Y mi madre, a pesar de sus numerosas estancias en Suiza, nunca había tenido un profesor. Iba a esquiar con Finki, que, como buen suizo, era un gran esquiador, pero se burlaba tanto de ella que la ciscaba. Además, empezó el ski demasiado mayor. Ese deporte hay que aprenderlo de niña.

A mí me encantaba Hans: altísimo, rubio, con unos ojos azules soñadores, de poeta. Nuestra caravana iba detrás de él. No se preocupaba por mí pero sí por los demás. ¡Qué rico olían los pinos cubiertos de nieve! Los oficiales franceses, muy galantes, se presentaron a mi mamá y a Bobby, y las invitaron a salir con ellos a bailar por las noches en la taberna elegante del pueblo.

Ahí, me contaba al día siguiente mi madre, se la disputaban austríacos y franceses. Que, por cierto, no se hablaban entre sí. En los primeros días, mi madre me presentó a un señor que la había sacado a bailar en la taberna, y que me había observado esquiar. Quería darme clases de ski privadas y gratuitas, pues me consideraba una esquiadora con gran futuro. No era alto pero sí muy atlético, y se veía fortísimo. Llevaba puesto un anorak azul y una gorra de lana con una borla. Tenía una expresión alegre y maliciosa. Era Hias Noigel, un noruego que vivía en Austria y había

sido campeón de ski en Europa. Era dueño de una tiendita donde fabricaba los esquíes de madera él mismo, y ahí vendía una especie de grasa (Fart) para embadurnarlos antes de lanzarse a la nieve.

Desde entonces me separé del grupo todas las mañanas. Hias me hacía subir la montaña a pie con los esquíes al hombro. La primera vez se unió a nosotros un niño inglés cuya madre, al saber que Hias era un campeón, se empeñó en que le diera clases a su hijo.

Era durísimo subir esa montaña sin descansar y con los esquíes a cuestas. El inglés, un tanto gordezuelo, se empezó a quejar.

—El teleférico es bueno para los turistas —fue la respuesta a sus quejidos.

Hias lo mandó para abajo y se puso feliz. No aguantó.

A la mitad de la montaña sudaba tanto como en mis clases de ballet. Y sentía que me ahogaba por la falta de aire. Pero Hias me decía: "Tú lo vas a lograr; no eres una niña consentida". Y perseveré hasta el refugio.

Hias estaba muy satisfecho conmigo. Tomamos té caliente con azúcar y nos lanzamos hacia abajo. Me parecía ir volando. ¡Qué sensación tan maravillosa! En cinco minutos llegamos al pie de la montaña. Yo hice un "christiana" perfecto al llegar, según Hias.

Luego, en las tardes, me llevaba por lugares muy difíciles. Con árboles o dos o tres lomas que había que atravesar de un hilo.

—¿Te atreves? —me preguntaba.

Yo le decía que sí.

—Tú no tienes frío en los ojos.

Esto significaba que uno es valiente. Pasé una semana feliz.

Un día, Hans me pidió que le ayudara con mi mamá, Vicky y Bobby. Yo accedí encantada, pues me hacía falta convivir con mi grupito. Vicky y yo nos llevábamos muy bien.

Esa tarde, por poco sucede una catástrofe. Nos empezó a caer la noche encima, lo cual es muy peligroso en la montaña. Hans gritó:

—¡Nada de pánico! No se pierdan de vista y apúrense.

Pero mi madre que era muy miedosa se empezó a caer y caer de los nervios.

Hans la regañó severamente.

—Está poniendo su vida y la de los demás en peligro. ¡Un poco de sangre fría!

Por fin, llegamos al pie de la montaña, ilesos. Yo también la había regañado, nerviosa y asombrada, pues en París ella se jactaba de ser una gran esquiadora. Y, según yo, ya estaba acostumbrada a las mentiras de mis padres; no le dije nada.

Ella estaba avergonzada y nos pidió disculpas. Yo alcé los hombros, pues nunca la había visto excusarse y me dio lástima. Recuerdo que le dije:

—No te preocupes, mamá, eso le sucede a cualquiera.

Ella era muy afable, curiosa y muy tolerante. Con decir que ya se había hecho amiga de todo el pueblo y conocía toda su vida.

Un día la vi en la placita, donde, en lugar de fuente, había un abrevadero para vacas, como en todos los pueblos alpinos, platicando con un hombre muy rubio que se arremangaba la camisa y le enseñaba un tatuaje. Yo me acerqué para ver al hombre, que por cierto era muy guapo. Éste se

alejó rápidamente. Mi madre me contó su historia. Tenía tatuado S.S. en el brazo, pues había pertenecido a las Waffen S.S. Yo no sabía qué era eso. Pero estaba mal visto en el pueblo y, sobre todo, perseguido por los franceses.

Hasta que de grande compré, en una colección de historia, un libro sobre este cuerpo especial supe lo que eran los Waffen S.S. Era la elite de las tropas nazis. Había hasta hindúes Waffen S.S., y de todos los países del mundo habían ido a Alemania. Eran distintos de la Gestapo, cuyo uniforme era negro y eran apodados "los gusanos negros" por las tropas, en general, antinazis. Jóvenes soldados inocentes, según cuenta Ernst Jünger.

La Gestapo era un cuerpo policiaco nazi temible, encargado de vigilar al ejército alemán. En su libro *El cuestionario,* Von Salomón habla de su encuentro con los Waffen S.S. en un pueblito de Baviera, donde estaban refugiados él y su esposa judía para escapar de los bombardeos americanos e ingleses a Berlín.

Al principio, el autor le decía "mi asesino" a un gigantón de diecinueve años, un S.S. que lo quería matar porque Von Salomón fue ayudante del médico que había tomado el lugar del alcalde, quien había escapado (ya era el derrumbe de Alemania y los aliados avanzaban hacia Baviera). Este médico les daba papeles de civil a los soldados alemanes, los cuales se quitaban rápidamente los uniformes y se mezclaban entre los ciudadanos. Esto lo hacían para evitar su encarcelamiento en campos de concentración, y aun su ahorcamiento, por parte de los aliados, para los cuales todos los alemanes eran *big nazis.* No obstante, siempre se rehusaba a darle esos papeles a los S.S.

Tiempo después, Von Salomón fue arrestado por el asesinato de Walther Rathenau, hecho que había sucedido en los años veinte, cuando la República de Weimar. El delito era haberles procurado el dinero para alquilar un auto a los asesinos. Kern y otro compañero de los cuerpos francos habían pagado ya con ocho años de prisión alemana, como él contaba en su famoso libro *Los réprobos*. Aun así, los americanos lo metieron a un campo de concentración, donde los mataban de hambre y les daban golpizas cada ocho días con macanas de hule. Ahí había de todo: viejos generales del ejército, alcaldes de pueblo, médicos y algunos auténticos nazis.

Ahí se encontró, para su sorpresa, con su "asesino", el joven S.S. Y describe a éstos, los S.S., como los más unidos entre los presos y los que ayudaban más a los desvalidos, como viejos o enfermos que se morían como moscas por la falta de alimentación y cuidados médicos. En medio de este derrumbe y estas tragedias Von Salomón tenía mucho sentido del humor. Fue un gran escritor muy admirado en Europa. Pero no voy a seguir contando su libro, es mejor comprarlo o exigir que se vuelva a editar en español.

A mi madre le daba mucha compasión el S.S. que le contó toda su vida. Lástima que no escribió un cuento sobre él. Tenía piedad por él como para todos los derrotados.

De repente, llegó al pueblo un amigo de París, Germán Puig Paredes, un cubano aprendiz de artista que le estaba ayudando, en París, en una adaptación para el cine de *La invención de Morel* de Bioy Casares. El hombre no conocía la nieve ni tenía un centavo. Naturalmente, mi madre le pagó el cuarto de hotel.

Germán era alto, flaco, muy narigón y con el pelo largo, rizado y negro. Él pensaba que era fácil esquiar. Vicky y yo fuimos a ver su debut en la nieve.

Ahí estaba, con su camisa de cuadros rojos y negros de lana inflada por el viento, su *t-shirt* rojo y sus brazos hacia delante (lo que no hay que hacer en el ski); venía a toda velocidad por la montaña gritando:

—¡Socorro! ¡Socorro!

Su larga nariz y sus pelos negros alborotados lo hacían parecer una bruja montada sobre su escoba. Llegó al pie de la montaña sin hacerse daño. Vicky y yo nos carcajeamos de él y le pusimos la Bruja. Él me contó en España, años después, que una tarde yo entré a su cuarto en Austria y le toqué los brazos diciéndole muy despectiva:

—*Tu ne me plais pas. Moi j'aime les garçons fortiches*! [Tú no me gustas. A mí me gustan los muchachos fortachones.]

El pobre cubano, poco rencoroso —Vicky y yo le hicimos la vida de cuadritos en Austria—, me recordaba, después, en España:

—Chica, es que de adolescente [yo tenía doce años] eras preciosa, y yo te lo estaba diciendo cuando tú te burlaste de mí y te saliste muy despectiva de mi cuarto.

—Oye, ¿eras pedófilo o qué? —le contesté en broma—; ¿por qué me piropeabas tanto de niña?

—Sigues igual de tremenda —dijo riendo.

La Bruja no entonaba en el paisaje nórdico y apacible con sus gestos exagerados y su torrente de palabras. No le gustó el frío y se fue a los dos días.

Llegó el día de Nochebuena. Los oficiales franceses (uno de ellos, el más guapo, parecido a Gérard Philippe, me acuerdo que se llamaba Rex) habían invitado a mi mamá y a Bobby a la poética misa de gallo que se celebraba en la pequeña iglesia de Sankt Johann, toda adornada de ramas de acebo, cuyas frutas rojas brillaban en la penumbra, y de rosas navideñas, una flor que abre sus pétalos a pesar del frío, una especie de rosa salvaje.

Antes de ir a misa, un sacerdote que estaba bendiciendo el hotel con incienso y agua bendita entró en nuestro cuarto acompañado por doce preciosas niñas del pueblo, en largo traje blanco; con sus trenzas rubias, parecían angelitos. Nos cantaron canciones de Navidad y no aceptaron el dinero que mi madre les ofrecía para comprarse bombones.

También nos repartimos los regalos de Navidad. A veces, lloraba al recordar a mi padre, pues lo quería mucho. Sin embargo, para mi gran alegría me había mandado un libro precioso desde la India: los cuentos completos de Andersen, con ilustraciones que eran auténticas obras de arte. Años más tarde, me di cuenta de que la dedicatoria y la firma no eran de él, eran de mi madre.

Yo prefería Austria a Suiza, pues los austríacos habían conservado más las tradiciones navideñas. A la salida de la misa, mi madre, Bobby, Vicky y yo, nos fuimos al hotel.

La víspera, mis adorados franceses se habían portado muy cobardes: entre todos le habían dado una golpiza a un joven austríaco que no les cedió el paso en la calle. Mi madre se peleaba con ellos y los regañaba. Ellos, asombrados, pues aplicaban aquello de "desdicha para los vencidos", como decían los romanos, y no acostumbrados a regaños, le daban, finalmente, la razón a mi madre.

Ese día, los austríacos llamaron a mi madre y, sabiendo que ella siempre los defendía de los

franceses, le confiaron su secreto. Un grupo de jóvenes austríacos, entre los cuales estaba Hans y Hias Noigel, pensaban esperar a los franceses a la salida de la iglesia y, en la oscuridad, con las caras cubiertas con pasamontañas, darle una paliza a los oficiales, de igual a igual. (Hias Noigel, aunque era noruego, estaba de parte de los austríacos y, además, me confió que eran muy buenos, y tan sólo por la acogida que le brindaron se iba a quedar en Austria, pues no tenía fortuna personal, sólo su título de campeón europeo.)

Mi madre se espantó.

—¿Y si los atrapan?

Ellos se rieron.

—Nosotros somos más fuertes y más valientes.

Mi madre tenía razón de alarmarse, pues pegarle a un oficial aliado implicaba varios años de cárcel y hasta una corte marcial. Ella no se lo contó ni a Bobby, quien como miembro del Partido Comunista odiaba a los austríacos, aunque en las pistas de baile se le olvidaba su odio contra los *big nazis*.

Por la noche, los austríacos atacaron a los franceses a puñetazos. Fue una batalla épica donde ganaron los primeros sin que lograran agarrar a ninguno.

Cuando los franceses llegaron a la taberna, con ojos morados, narices rotas y doloridos, estaban furiosos contra los austríacos.

—¡Qué cobardes!, no pudimos verles la cara con esos pasamontañas.

Mi madre se burló de ellos, lo que no refrenó su ánimo de conquistadores. En efecto, casi todos le hacían la corte. Hias, Hans y otros chicos austríacos, por su parte, ya estaban bailando muy tranquilos.

Hias Noigel subió a una alta montaña para traerle un ramillete de *edelweiss* a mi madre. Pues esas flores blancas, pequeñas, con pétalos como con una pelusita, sólo crecen en las ásperas rocas en el pico de las montañas y son talismanes contra la desdicha. Se necesita ser muy buen alpinista para cortarlas, y nunca se secan. Guardamos el ramo de *edelweiss* hasta el final de la vida de mi madre, pero se lo robaron en Cuernavaca, como tantas cosas, hace relativamente poco, antes de su muerte.

Llegó el día del campeonato juvenil europeo de ski, que se celebraba en Austria, cerca de Kitzbühel. Para mi sorpresa, Hias le anunció a mi madre que me llevaría al certamen como su esquiadora. Mi madre, Bobby y Vicky se entusiasmaron y decidieron acompañarnos hasta Kitzbühel.

Vicky estaba enloquecida:

—¡Viva México! —gritaba en el tren, como si ya hubiera ganado el concurso; y me decía—: ¡Vas a ganar! ¡Vas a ganar!

Su propósito era seguirme durante todo el *slalom* gritando "¡Viva México!"; yo se lo prohibí, pues temía que sus gritos rompieran mi concentración y me pusiera nerviosa. Pero, gracias a Dios, yo estaba de lo más tranquila. Me alineé en la pista, me pusieron un número en la espalda, y partí muy tranquila, decidida, no a ganar (eso era un sueño dorado) sino a portarme lo mejor que pudiera. Cuando leyeron la lista de los ganadores y anunciaron que Helena Paz tenía el primer

lugar, me quedé muy serena.

Mi madre apenas me felicitó, pero eso ni lo tomé en cuenta, pues ya estaba acostumbrada a la indiferencia de mis padres ante mis triunfos. Bobby se conmovió tanto que se puso a llorar de alegría junto con su hija Vicky.

Fuimos a un salón de baile muy elegante que habían decorado para el concurso, donde me entregaron mi diploma y mi medalla. Hias, feliz, me dio un fuerte abrazo. Toda la sala se vino abajo gritando "¡Viva México!".

Al día siguiente, nos paseamos por todo Kitzbühel. Era una ciudad pequeña pero elegantísima. Los Habsburgo habían construido palacios y monumentos en toda Austria; es lo que le hace falta a Suiza, menos a Berna.

Había un paseo de arcadas de mármol donde estaban todas las tiendas elegantes. Mi madre me compró lo que a mí me parecieron tesoros: un burrito de pana gris (por *Largas orejas y sus amigos*, libro de cuentos irlandeses que me encantaba), una diminuta campana como la de las vacas y un trébol de cuatro hojas. No me acuerdo de lo que compraron Bobby y Vicky, pero sí que estaban encantadas de la belleza artística de la pequeña ciudad y de su elegancia, que se podía comparar con la de París.

Un aire helado perfumado a montañas recorría las arcadas, y largas estalactitas de hielo pendían de todos los palacios.

—Ves, me gusta más que Italia —le dije a mi madre.

Mi madre estaba deslumbrada por la belleza de Kitzbühel, no obstante, había que regresar a París donde nos esperaba la Teo, quien ya había encontrado un estudio a donde mudarnos.

Mi madre le dio la dirección de Victor Hugo a los oficiales franceses, pues, de momento, no tenía otra.

Me acuerdo que un buen día se presentó Rex vestido de civil. Parecía muy modesto sin su uniforme. Tenía unos días de permiso. Se vino desde su pueblo natal a París, para ver a mi madre.

La Teo le abrió la puerta de Victor Hugo y la elegancia del departamento lo dejó deshecho. En aquella época las clases sociales contaban mucho en Europa. Se fue muy derrotado a pesar de la amabilidad de mi madre.

El estudio que encontró la Teo estaba en la calle de L'Annonciation, que daba a un mercado. El "estudio" era en realidad una especie de garaje con una escalera y un balcón de madera que daba a la puerta de abajo: el salón. El balcón era la recámara. Los muebles eran viejos y destartalados.

Ahí me depositó el duque de Luynes a mi regreso de lo que serían mis últimas vacaciones en Francia durante muchos años. Pero eso yo aún no lo sabía.

Mi madre se disculpó con el duque por el "estudio". Él, muy bueno, no se asombró (aparentemente) y le dijo a mi madre que ella seguía siendo una gran dama, y yo, la mejor amiga de su hija, viviéramos donde viviéramos.

El duque me traía de su castillo, Luynes. Tenía otro, muy grande, a las afueras de París, Dampierre, de la época de Luis XIV, pero como dejaban que el público entrara a visitarlo, ahí sólo nos pasábamos los fines de semana la familia y yo. Tenía un parque enorme a la francesa.

Sim Dunlap Smith era el único de los jovenzuelos americanos, enamorados de mi madre, que se

había quedado en París, y le dijo que no podíamos vivir en ese garaje. Mi madre le contó, entonces, lo del poco dinero que recibía de mi padre. Ante esto, él se ofreció, desinteresadamente, sin ninguna obligación, a pagarnos la renta de un departamento mejor. Mi madre primero se indignó pero él hizo hincapié en mí, y al verlo tan bondadoso y desprendido —y también empujada por la Teo—, aceptó.

Mi madre, a través de sus múltiples amistades, se puso a buscar departamentos y encontró uno, precioso, a unas cuadras de nuestra antigua casa. Lo rentaban por un año dos viejas escritoras americanas que vivían juntas; según ellas, ambas habían conocido a Gertrude Stein.

Se iban por un año a Estados Unidos. Sim pagó la renta de inmediato.

Era una planta baja con un jardincito en la calle Louis-David. Pero, una vez que nos mudamos, descubrimos que el elegante departamento tenía un olor a mugre de treinta años, espantoso.

La Teo se puso a lavar las paredes de la cocina y Sim, que era muy atractivo, blanco rosado, nariz ligeramente aguileña, de pelo oscuro, altísimo y fortísimo, se puso a limpiar, ayudado también por la Teo, todas las paredes y a pintarlas de blanco, donde no estaban tapizadas.

Cada vez que volvía de la escuela, Sim estaba limpiando, trapeando o pintando, feliz. Naturalmente, Sim vivía en otro departamento de lujo.

—¡Qué sencillo es el señorito! —decía la Teo, quien lo quería mucho—. Anda, Bruja, ¿qué hubiese hecho tu madre sin su ayuda?

A pesar de lo de Córcega, me molestaba cuando criticaba a mi padre, y me peleaba con la Teo.

Seguí yendo a mi escuelita, como siempre. Por ese entonces, madame Amans tenía la idea de poner un internado para señoritas en las afueras de París, donde se montaría a caballo, se jugaría tenis y muchas cosas más; pero eso lo había planeado antes de la ida de mi padre a la India.

Mi madre estaba demasiado débil para soportar el clima de la India y tanta vacuna. Además, ella no quería que perdiera las clases de madame Wronska, y madame Amans le había prometido dejarme asistir todo lo que necesitara a las clases de ballet, pues ya iba a entrar como “rata” de la ópera (las niñas que hacen de duendes, de enanos, etcétera, en los grandes ballets).

Madame Wronska había llamado a Serge Lifar para que me viera bailar y yo le había encantado. Serge Lifar, quien empezó con Diaghilev su carrera de estrella, era el director de la Ópera de París. Pero mi padre se había negado a pagarme el internado en la escuela de madame Amans.

Madame Wronska estaba furiosa con él. Antes de su partida, lo fue a visitar a Victor Hugo:

—Usted no es un artista, usted es un burócrata mezquino. ¿Cómo puede cortarle la carrera a la Ana Pavlova mexicana, que es su hija? Usted lo que tiene es envidia, infeliz mediocre.

No lo dejó replicar una palabra y se salió furiosa de la casa. ¡Si madame Wronska hubiese visto después el triunfo de él como artista! Aunque, tal vez, no le hubiera asombrado; conocía demasiado bien el mundo moderno.

Yo seguía muy feliz en París y no me daba cuenta del peligro que representaba Oriente para la salud de mi madre. Veía el viaje como unas vacaciones y, luego, regresaríamos a París.

Sim estaba muy enamorado de mi mamá, y Didja Prentice, que era gran amiga de él, le hacía bromas. A mi madre le hubiera convenido mucho Sim como marido, aunque era unos años menor.

Pero como ella era tan traga años y él tan fortachón y corpulento (nada de panza o caderas), se veía mayor. Así que no hubiera sido de tanta importancia. Sin embargo, mi madre se seguía escribiendo con Bioy y seguía enamorada de él. ¡Qué lástima!

Un día, Didja ofreció una comida muy elegante en su castillo, La Rolanderie, e invitó a Sim y a mi madre. Naturalmente, a mí también, pero los Prentice y yo comimos en una mesa para niños.

El invitado de honor era Lord Mendl, un noble inglés ya viejito, y su joven esposa francesa, simpatiquísima. Lord Mendl era uno de los hombres más elegantes y mundanos de Europa. En la tarde, cuando nos tocó a los niños ir a saludar a los mayores, le encanté. Dijo que yo era una niña muy bonita y muy elegante. Me sentó junto a él y se reía mucho conmigo. Felicitó a mi madre por tener una niña tan linda y bien educada. Y a la hora de irse se empeñó en llevarnos en su Rolls-Royce a París a nuestra casa de la calle Louis-David.

Mi madre quiso presentarle jovencitas a Sim para que se enamorara de otra. Le pidió permiso a madame Sicre de llevar a Sim a una de sus numerosas propiedades. Y nos invitaron a comer a Fontenay aux Roses, donde poseían una antigua y magnífica propiedad. Pusieron la mesa en el jardín y Martine y Guillemete, las hermanas de Fanette, se enamoraron de Sim.

El parque estaba lleno de cerezos ya maduros, y de broma le ponían aretes de cerezas a Sim. Las chicas eran mucho mayores que Fanette pero a Sim no le gustaron.

Durante los meses que estuvimos sin mi padre, mamá pudo visitar a sus amigos de París todo lo que ella quiso. Entre otros a Arne (Orlin) Ekström, un diplomático sueco del cual ya he hablado, y que era un dandy de lo más elegante. También era amigo de Didja.

Pero el tiempo pasaba. Mi padre había alquilado una casa en Nueva Delhi y compartía los gastos con un diplomático argentino, Gustavo. A éste le encantaban las serpientes y mi padre nos mandó fotos de Gustavo con serpientes enroscadas al cuello.

Tiempo después, lo nombraron agregado de negocios (título como el de un embajador temporal) en Tokio para abrir una nueva embajada, pues la antigua se había quemado con fósforo cuando los americanos destruyeron ochenta por ciento de Tokio y de todas las grandes ciudades japonesas. Menos Kioto, que era la Roma del budismo en Japón. Gracias a Dios, el general MacArthur lo impidió.

La embajada en Japón eran dos cuartos en el hotel Imperial: uno estaba destinado a las oficinas, y el otro, donde debíamos dormir, a la residencia.

El telegrama de mi papá era un *diktat*:

"Si no llegan en un mes a Japón, habrá consecuencias."

Las vacunas para el Extremo Oriente eran entonces muy peligrosas: fiebre amarilla, viruela negra, tétanos, tifo, peste bubónica, fiebre tifoidea, etcétera. Había que ponérselas espaciadas, como él lo había hecho. Pero mi mamá le tenía tal pavor a mi padre que fuimos primero al Instituto Pasteur para vacunarla contra la viruela negra, y luego con otros médicos a los que no les había dicho que apenas le habían aplicado otras vacunas porque se hubieran negado.

Por fin, empacamos y nos despedimos de la Teo.

Teníamos que tomar un tren hasta Marsella (a mi madre le daban pavor los aviones) y ahí embarcamos en un navío francés de lujo, La Marseillaise de la línea Les Messageries Maritimes.

Todo París fue a despedirnos a la estación. Sim decidió acompañarnos hasta el barco, pues vio a mi madre muy débil. Mientras los amigos agitaban sus pañuelos y el tren arrancaba, Sim estaba escondido en el compartimento junto al nuestro.

Durante el viaje en tren, Sim le prestó tres mil dólares a mi madre, suma enorme para esos tiempos, pues mi padre nos había mandado muy poco para el viaje; La Marseillaise hacía escala de tres a cuatro días en cada puerto importante, y había que tener dinero para bajar del barco y visitar ciudades.

Cuando llegamos a Marsella, mi mamá se dio cuenta de que se le había olvidado pedir permiso al Ministerio del Exterior francés para dejar Francia, como diplomática que era. El comisario de policía la regañó, pues sin ese documento no podía subirse al barco.

—¡Ah, las mujeres!, ¡las mujeres!, son tremendas.

Pero le dio, riendo, el permiso a mi mamá. El muelle era enorme y había que caminar mucho con los cargadores para llegar hasta el barco. Sim nos acompañó hasta el final del muelle y nos ayudó a subir. A duras penas se bajó del navío y nos dejó.

El barco se alejó lentamente del puerto y Sim se quedó erguido. Alta figura solitaria que sollozaba y se cubría la cara con un pañuelo para secar las lágrimas. Yo también sollozaba acodada al puente, pero porque, por primera vez, me daba cuenta de que dejaba mi adorada Francia. Lo vi hasta que se hizo un puntito y por fin desapareció.

Cruzamos todo el Mediterráneo, pasamos junto a Grecia, donde nos empezaron a seguir muchos delfines juguetones y peces voladores que aterrizaban sobre el agua como lluvia plateada. Ese espectáculo tan bello me distrajo un poco de mi pena.

Mi madre lloró un poco pero, sobre todo, estaba aterrada por su debilidad física y por el calor en el Mar Rojo (estábamos en mayo), contra el cual muchos viejos "coloniales" nos previnieron.

El barco era muy diferente al Queen Elizabeth. El inglés era un barco chato y ancho, no tan estético como La Marseillaise, pero con una gran estabilidad.

La Marseillaise era todo altura, tenía dos pisos; las cabinas de primera quedaban sobre el mar; en el segundo piso, tenía sus elegantes balcones.

Mi madre, que tenía el pie marino y sabía de barcos, me anunció enseguida:

—Los franceses, con su elegancia habitual, han construido un barco demasiado alargado y alto. Ojalá y no nos toque una tempestad.

Yo me molesté, pues no soportaba las críticas contra mi querida Francia. Era como cuando Jean-Clarence Lambert, un poeta bohemio, moreno oscuro, casado con una sueca muy guapa, Lena, y mi papá, se burlaban de Francia. Me enojaba con ellos. La principal queja de mi padre contra Francia era que ignoraba la cultura prehispánica y, sobre todo, a los escritores iberoamericanos. Decía que el español era mejor idioma para la poesía que el francés, y eso me enfurecía. Además, le encantaba atacar al ídolo de mi infancia, Napoleón Bonaparte.

Sobre eso, recuerdo que mi madre compartía mi fervor por Napoleón, y me llevó a Les Invalides a ver su tumba y la del Aguilucho, su hijo. Por cierto que fue Hitler, por demagogo, el que llevó el cuerpo del Aguilucho a Francia. "En fin, por una vez hizo algo bueno", pensé.

En otra ocasión, mi madre me había llevado, igualmente, a conocer La Conciergerie, para que viera la celda de piedra helada donde tuvieron presa a uno de sus ídolos, María Antonieta. Tengo

muy pocos recuerdos de esa visita, aunque conservaba el retrato caricaturesco que hicieron los revolucionarios de esa infortunada reina.

También me llevó a ver la reproducción del cuarto donde Napoleón vivió sus últimos años en Santa Elena. ¡Qué horror!, ¡qué miseria!; un catre de campaña, unos muebles desvencijados y eso era todo. Ahí sí lloré mucho.

Mi padre, que tenía la idea marxista de la historia, y Jean-Clarence, siempre me picaban diciéndome:

—Si Luis XV no hubiera comprado Córcega a Italia antes del nacimiento de Napoleón Bonaparte, éste no hubiera sido francés y no hubiera hecho nada. La Revolución lo hizo.

—¡Qué tontería! Napoleón era un genio y lo hubiera demostrado en cualquier circunstancia.

—No, las circunstancias son las que hacen al gran hombre.

No estaba de acuerdo, pero temía pelearme con mi padre y con Jean-Clarence. Éste era uno de los favoritos de mi padre porque hablaba sueco y, ya desde entonces, lo mandaba a Suecia en misiones que él le pagaba para prepararle el terreno para el premio Nobel.

Mi padre siempre fue muy ambicioso y planeaba todo con años de anticipación; sin embargo, de niña y adolescente quería que él triunfara.

En fin, mi madre me sacó de mis recuerdos.

—¿En qué piensas, Chatita? Vamos a recorrer el barco. Qué lástima que no hizo escala en Grecia.

Y mi madre suspiró con tristeza, pues de adolescente adoraba la Grecia antigua, como luego adoró a la Rusia de los zares.

A bordo había muchos militares franceses porque iban a luchar en Indochina, que todavía era una posesión francesa. La tropa iba en tercera clase, y los oficiales, muy guapos, de cabello rapado cortísimo y con boinas, iban en primera.

Lo anterior me recuerda que yo ya me había hecho mi famoso corte a la Napoleón. El asunto comenzó un día, cuando sin decirle nada a mis padres, crucé la avenida Victor Hugo y fui con Leo, el peinador de mi madre. Tenía el cabello de un color castaño dorado, hasta la cintura, para mis famosas trenzas. Pero quería parecerme a Napoleón. Entonces le dije a Leo:

—Córteme el cabello igual al emperador Napoleón.

Leo, encantado, cortó todo mi cabello y me dejó las tres célebres mechitas sobre la frente.

Llegué a la casa muy satisfecha. Mi padre sonrió y dijo:

—¡Qué niña tan loca!

Mi madre se desesperó por haber perdido mis trenzas tan bonitas, que me había cuidado tanto. Pero a todo el mundo le gustó mi revolucionario peinado. Al año, Betuna, la supermodelo de París, amante del Aga-Khan joven, se cortó el cabello como yo, y provocó un nuevo giro en la moda. Después siguió Audrey Hepburn en *Roman Holiday* (*Vacaciones romanas*), película que vi en México a los quince años.

Así, sin buscarlo, sólo por intuición, fui precursora, como muchas veces en mi vida, de una moda.

En el barco, una joven americana muy guapa abordó a mi madre, era de cabello oscuro peinado en chongo y ojos cafés muy reflexivos. Se llamaba Mildred Murphy y se hizo íntima de mi

mamá. Era nada menos qué la hija de Robert Murphy, famoso político norteamericano que había sido el Kissinger de Roosevelt, y que iba a remplazar al general MacArthur como embajador de Estados Unidos, pues este último era juzgado demasiado de derechas por el gobierno americano.

Ella también viajaba con su madre, y estaba muy triste porque había roto con su novio, un francés de una gran familia y muy conservador. Él la quería, pero la juzgó demasiado liberal para ser su esposa. Ella era Virgo, y se pasaba analizando y reanalizando su noviazgo roto con mi madre. A ella ya la tenía hasta el copete y un día le dijo:

—Mira, Mildred, ¡eso ya se acabó! No seas obsesiva, búscate otro hombre.

Y la presentó con los militares franceses. De algo sirvió, pues tuvo un flirteo con uno de ellos.

Llegamos a Port-Said, una ciudad fea con edificios modernos que se estaban cayendo a pedazos. Los oficiales del barco, muy educados, se nos acercaron:

—Vamos a estar en esta escala tres días y Port-Said no tiene nada de interesante. ¿No quiere la señora que la apuntemos para el viaje a las pirámides con su hijita? Se subirán en camello, verán las antiguas construcciones, conocerán las costumbres, en fin, es algo extraordinario.

Mi mamá vio los precios y se rehusó. Yo, que adoraba también la civilización egipcia, me enojé con ella.

—El viaje es muy caro. Cien dólares para las dos.

—Pero, mamá, tienes los tres mil dólares de Sim.

Para mi gran asombro me contestó:

—No, ésos se los voy a entregar a tu padre. Él los necesita y no sería honrado de mi parte quedarme con el dinero de un hombre que no es mi marido. Los acepté por si acaso nos pasaba algo.

Furiosa, me resigné y nos bajamos en Port-Said, donde una verdadera multitud de mercaderes ambulantes nos perseguía por toda la ciudad. Uno de ellos, el más perseverante, nos sacó una matraca de cuero y nos asustamos, pero sólo nos la quería vender. Se la compramos para deshacernos de él.

Comimos en un hotel de lujo con aire acondicionado. Yo ordené comida árabe y, mi madre, un sándwich. A ella no le gustaba nada que no fuera de México o Europa.

Al anochecer vimos una luna llena, rosada como el pétalo de una flor, y enorme. Su extraña luz llenaba de poesía las callejuelas oscuras y sucias.

Se nos acercó un árabe que vendía cajitas de *lukums,* el famoso dulce árabe del cual yo había leído tanto en mis cuentos. Le supliqué a mi madre que me comprara una cajita, ella accedió, pero se negó a probarlos. Están hechos de una pasta suave y recubiertos de azúcar en polvo. Algunos están perfumados de violeta, otros de rosas. Yo me sentía feliz con mi tesoro de *Las mil y una noches*.

La primera clase estaba vacía. Todos se habían ido a ver las pirámides y volvían extasiados. Yo ni quise ver sus fotos ni oír sus comentarios. El barco atravesó lentamente el Canal de Suez, el cual todavía no estaba bloqueado por la guerra. Había muchos soldados patrullando en ambos lados. Un lado estaba verde, verde, sembrado de pasto y árboles, era la península del Sinaí. El otro parecía un desierto, era Egipto. El contraste era asombroso.

Llegamos al Mar Rojo, donde reinaba un calor asfixiante y una atmósfera opaca y húmeda. Y los oficiales del barco nos explicaron que el mes de mayo, justamente, era el mes más caliente en altamar.

—¡Ay, Dios mío! ¿qué hago en estos países horribles, con este calor que me va a matar? —decía mi madre.

Yo, con mi buena salud y mi inconsciencia infantil, soportaba muy bien el calor.

Después llegamos a Djibouti, que está en Somalia y era colonia francesa. Nos bajamos a conocer el puerto con Mildred y su madre, quien había alquilado una limusina.

Como Somalia está en África, yo esperaba ver selvas y negros con lanzas. Nada de eso. Parecía una ciudad francesa de cuarta categoría. Las casas eran modernas, de los años treinta, la vegetación que salía de los jardines estaba reseca, a pesar de la humedad. Había muchos negros altos y flacos pero mancos. El chofer guía nos explicó:

—Es que los negros son muy ladrones. Para quitarles la manía de robar todo, si se atrapa a un ladrón se le corta la mano.

Agujero horrible Djibouti; no se antojaba quedarse ahí.

Me hice muy amiga del capitán del barco, Bosch, pues tal vez por ser un caso extraño les simpatizaba a los oficiales una niña mexicana que adoraba a Francia y hablaba el francés sin acento, o más bien, con acento parisino.

Un día, charlando con uno de ellos, le conté que a veces lloraba por mi gata Machu Picchu. La habíamos regalado a la Capilla española, que tenía en su interior un convento y un jardín, y en donde la querían mucho. Y Pierre, el conserje, colocó a los hijitos de la gata en buenas casas.

—¿Le gustan los gatos a la señorita?

—Sí, mucho.

—Pues suba conmigo a la cabina del capitán. Tiene una gata siamesa que acaba de tener bebés.

El capitán Bosch, un cincuentón muy guapo y con mucho porte, me recibió muy cariñoso y me enseñó a sus gatitos. Yo enloquecí de entusiasmo con ellos. El capitán, como muchos franceses, adoraba a los gatos.

Desde ese encuentro nos hicimos muy amigos y todos los días comíamos en su mesa, junto con Mildred, su madre y una pareja de franceses riquísimos.

Fuimos cruzando el Mar Arábigo hasta llegar a Ceylán (ahora Sri-Lanka).

—Prepárense —nos avisó el capitán Bosch—, Ceylán es hermoso. Dicen que ahí está el paraíso terrenal.

Bajamos en Colombo, la capital, nombrada así por los portugueses en honor a Cristóbal Colón. Fueron ellos los primeros europeos en conocer la isla.

Colombo me encantó. En ella dominaban los edificios de piedra, algunos recubiertos de mármol, hechos por los ingleses, con un lujo imponente. Mildred y su madre alquilaron un auto y nos invitaron a recorrer la isla con ellas.

El chofer, un hindú que iba descalzo, nos contaba un poco de la historia de Ceylán.

—Aquí la selva no apabulla, no espanta como en África. Ha sido talada, pero respetando la mayor parte.

La importancia de Ceylán, para los árabes y los occidentales, es que fue la primera escala en la ruta de las especias, que en aquella lejana época eran un tesoro. También, entre sus riquezas están las piedras preciosas. Mi mamá y las Murphy, a nuestro regreso de Kandy, quisieron entrar a la mejor joyería de Colombo. Ahí, mi madre se compró dos topacios de cinco centímetros de largo y tres de ancho de una transparencia increíble, eran para ser montados y le costaron baratísimos.

Nuestro guía hindú nos seguía instruyendo sobre Ceylán:

—En esta isla se alaba el modelo inglés de administración colonial... —de repente nuestro culto guía se volvió hacia nosotras—: Ustedes quieren ir a Kandy, ¿verdad?, donde está el santuario del Diente de Buda el Compasivo.

—Sí, claro —exclamamos a coro.

—Pero ¿qué les parece si vamos, primero, por los jardines de Paradeniya? Están sobre el camino a Kandy.

Nosotras asentimos. Se sentía en el aire, en los edificios, aunque fueran de majestuoso estilo europeo del siglo XIX, y en las olas del mar, que estábamos en otro mundo, que tenía muy poco de Europa.

Sobre la carretera, algunas muchachas caminaban tan erguidas que parecían muy altas. Llevaban paquetes de hojas de té sobre la cabeza; los detenían con un gracioso movimiento de brazos. Iban vestidas con saris de seda, rosas, plateados y de todos los tonos de verde, como si quisieran hacer juego con la naturaleza. Esto fue antes que la señora Indira Gandhi prohibiera el uso de la seda e impusiera los saris de algodón, tan feos.

El jardín estaba lleno de palmeras y árboles majestuosos; lo recorrían unas anchas y limpísimas avenidas de tierra. La combinación de los colores de los troncos, de las hojas, desde un café brillante hasta el verde oscuro y el verde pálido, producían una sinfonía de tonos y de fragancias verdaderamente celestiales.

Lástima el haber sido tan chica y tan ignorante, y no saber el nombre de esos majestuosos árboles. También había bosquecillos de maderas claras y de plantas aromáticas. El hindú nos guio entre esos árboles y nos enseñó la pimienta y la vainilla, la canela, el clavero, la nuez moscada; es difícil describir el perfume y el sabor de las especias, porque están en relación directa con la sensualidad.

El jardín era también el paraíso de las palmeras. Había una especie sublime a la que el hindú llamaba “palmera real”. El grueso tronco gris estaba cubierto con ramas verdes que parecían, en verdad, una corona.

De repente, vi unas flores extrañísimas que crecían sobre las ramas de un árbol majestuoso. Eran medianas pero sus pétalos rosas, amarillos, lilas eran gruesos como porcelana y se reproducían en volutas hasta dar la impresión de una taza y, al mismo tiempo, una joya.

Nos bajamos del auto para admirar esas flores y el chofer se paró ante este árbol y cortó “una flor para la niña” —se refería a mí— y me dijo en inglés:

—Se llaman *Cannon Bowls* [lo escribo como lo escuché].

Ignoro el nombre culto de estas flores asombrosas.

De repente, sentí un silencio profundo. Detrás de mí, Mildred, su madre y mi madre, lívidas,

me señalaban el suelo. Debajo del árbol se había desenrollado una cobra que me miraba intensamente. El chofer me dijo con voz muy dulce:

—No se mueva la señorita. Yo la voy a alejar.

Y descalzo como iba, se acercó a la cobra, le hizo algunos gestos con la mano, acompañados de silbidos, y la cobra dio media vuelta metiéndose con dignidad al bosque. La cantidad de animales que ya habíamos visto que no temían al hombre, y este último encuentro, se debían a que los ceilaneses son budistas y consideran a los animales iguales al ser humano. Desde ese punto de vista, el budismo es superior a las demás religiones.

Salimos del bosque encantado y tomamos la carretera hacia Kandy. La señora Murphy quiso visitar una "fábrica" de té.

Para nuestra sorpresa, las obreras que llevaban tan erguidas las hojas de té eran bajas de estatura. Adentro de la fábrica recorrimos todas las salas. Máquinas rudimentarias secaban las hojas verdes de té y entresacadas las empaquetaban. Este trabajo era totalmente manual. Las salas estaban impregnadas de un perfume exquisito. El principal medio de acción para estas máquinas era el aire. Nos regalaron bolsas de té ceilanés ya preparado. Yo estaba feliz, pues ese té me encantaba. Es de color oscuro y hay que tomarlo con mucha azúcar.

Desde el auto mirábamos la selva verde, que se abría en claros. Eran arrozales de un verde tan tierno que el corazón se humedecía ante esa tonalidad tan clara. De repente, nos rodearon elefantes que iban cargando troncos de árbol con sus trompas. Ante esto, la señora Murphy se asustó; se veía muy cómica, pues llevaba dos trencitas como chongos en lo alto de la cabeza, y mi madre ya le había puesto "Satanás Murphy", pues pretendía que, debajo, escondía los cuernos. Esa puntada me hacía morir de la risa.

El hindú la tranquilizó:

—Están acostumbrados a los seres humanos, y todos llevan su *kornak*.

En efecto, montado en cada uno iba un ceilanés que era su guía, su amo, su cuidador, todo. Había muchos ríos en esa campiña. A las doce en punto, los elefantes dejaron de trabajar y se dirigieron al río a bañarse.

El chofer paró para que pudiéramos ver el espectáculo. Los elefantes retozaban felices en el agua, como niños, y sus *kornaks* les tallaban la gruesa piel con piedra pómez.

—Son más pequeños que los elefantes de África —dijo el hindú, que, decididamente, lo sabía todo.

Yo, que nunca había visto un elefante tan de cerca como se ven en Occidente a los perros o a los gatos, estaba encantada.

Seguimos la carretera que pasaba por un paisaje realmente paradisiaco y apacible. De pronto, mi madre vio, en el centro de una aldea, unos árboles con unas grandes cosas ovaladas, colgando como frutas negras.

—No son frutos, señora, son murciélagos. De día duermen y de noche comen fruta, sobre todo, plátanos e higos.

Mi mamá se espantó.

—¡Ay, qué horror! ¡Vampiros! Quiero regresarme a Europa.

El tamaño de estos murciélagos era realmente impresionante. Pero lo más raro era que

durmiesen tan tranquilos en medio del pueblo. Nadie les disparaba. Sólo los asustaban con el ruido de una especie de maracas si comían demasiada fruta. Otra prueba más de que los animales y las plantas participan en el karma. Esta convivencia con los animales convence más que los libros sagrados o los templos.

Por fin, llegamos a Kandy, donde se entra al templo del Diente Sagrado por un pabellón de estilo hindú, el cual parece más antiguo que el cerco amurallado y sus anexos.

El santuario donde se guarda el diente de Buda está en el centro de un patio interior. La reliquia sólo se saca una vez al año y llevan cientos de elefantes enjoyados a esa fiesta.

A nosotras nos tocó un día común y corriente. La única ofrenda para el templo eran unas guirnaldas de flores que ya estaban preparadas y se vendían a las afueras del templo. Mi madre quiso entrar al santuario a orar a Buda, pues no se le olvidaba su infancia cristiano-budista.

El calor infernal del Mar Rojo le había hecho mucho daño y sólo su voluntad de hierro la sostenía. Nunca se quejaba. Y fue cuando se hizo mi mejor amiga.

Mildred y su madre no quisieron entrar al templo. Se quedaron en una especie de café comiendo helado. Satanás Murphy era muy glotona.

En el santuario, al entrar al patio, en cuyo centro murmuraba una fuente, un monje vestido con un hábito color azafrán, que parecía una túnica griega antigua por el color y la forma, nos llevó cojines para sentarnos en el suelo más cómodamente, pues éramos occidentales. Mi madre, cortésmente, rehusó y se sentó en el suelo, en la posición de loto que le habían enseñado de niña en su casa; por cierto que en el estanque había flores de loto.

En ese santuario existía una paz sobrenatural. Era como un centro de fuerzas positivas de las que uno debía alimentarse. Yo, por primera vez en mi vida, tuve una experiencia mística y no me di cuenta de que había pasado más de una hora cuando mi madre, con ternura, me dijo al oído:

—Ya es hora de irnos, Chatita.

Ella estaba transfigurada, sin una arruga de sufrimiento, caminaba derecha y ya no cojeaba ligeramente con el pie izquierdo, como lo hacía desde el aborto.

A la salida del templo, vi uno de los seres que más me ha impresionado en mi vida: un mendigo ceilanés colocado sobre una tablita con ruedas. No tenía ni brazos ni piernas, y sostenía con la boca una vieja cajetilla de cigarros que le servían para recibir las limosnas. Al verlo, me puse a sollozar. Era la primera vez que me enfrentaba a tal miseria.

—Mamá, vacíale tu bolso en la cajetilla ¡por favor!

Mi madre lo hizo rápidamente. Él no se inmutó, me miró con sus ojos color canela, de una paz y una dulzura sobrenaturales. Ya tenía el pelo blanco. El monje se acercó al mendigo, le quitó la cajetilla de la boca, habló con él y me dijo en inglés que me acercara.

—Él dice que no llore usted por él; ya ha pagado todos sus pecados en esta vida, y su próxima rencarnación será muy feliz.

Ahora creo que esa visita al templo y la vista de ese santo mendigo fueron preparando mi conversión.

Mildred y su madre, muertas de hambre, nos esperaban a la salida. Satanás Murphy le pidió al chofer que nos llevara al mejor restaurante de Kandy, pues quería comer.

El chofer nos llevó a un restaurante hindú (en aquel entonces no había establecimientos

occidentales). Satanás Murphy pidió un rico curry para todas. Para mi sorpresa, mi madre tomó unos bocados, sin quejarse, de esas comidas orientales que no le gustaban. En cuanto a Satanás Murphy, ésta devoró con tal avidez tanto curry que me dio asco. Y todavía regateó el precio, ya de por sí baratísimo. Mi madre pagó su parte sin hacer comentario, pues ella nunca regateaba nada.

De regreso, el chofer tomó otro camino más largo para que pudiéramos admirar más las bellezas de Ceilán. Estaba orgulloso de la isla y le daban gusto mis gritos de admiración. Llegamos al atardecer a Colombo. Al llegar a la ciudad, Satanás Murphy, que decididamente era insaciable, quería un buen té a la inglesa con sándwiches y pastelillos. Le ordenó al chofer que nos llevara al hotel más elegante de Colombo. Aquél obedeció y nos llevó a la orilla del mar (Colombo es un puerto). El hotel era del siglo XIX y de un lujo imponente, con almenas de mármol.

Satanás Murphy decidió merendar en el jardín y se sentó en una mesita con sombrilla; los hindúes estaban asombrados y nos aconsejaban merendar adentro del hotel; pero la vista del mar desde el jardín era mucho mejor. Entonces nos sirvieron, con alguna renuencia, un té en servicio de plata, con las bandejas de los sándwiches y de los pasteles recubiertos con su tapa plateada; sin embargo, apenas nos habíamos percatado de que a lo largo del jardín había una bardita, la cual ya se había llenado de pájaros.

Yo, soñadora, contemplaba cómo se rompían con una fuerza extraña sobre la arena las olas del mar, de un verde pálido azuloso. Nunca había visto olas de ese color ni de ese ritmo en Europa. En eso, los criados destaparon las bandejas y las parvadas de pájaros, gaviotas, cuervos y muchos más, nos cayeron encima y se llevaron toda la merienda.

Satanás Murphy estaba furiosa:

—¡Por qué no les disparan a esos condenados bichos! —increpó a los ceilaneses.

Éstos empezaron a gritar:

—¡Sacrilegio! ¡Sacrilegio!

El chofer hindú los calmó y les explicó que era la primera vez que estábamos en Oriente.

Satanás Murphy ya no quiso merendar y se subió furiosa al barco; yo, como adoraba a los animales, estaba de parte de los hindúes.

Entre los pasajeros de primera había una muchacha muy bonita, de unos catorce años, hija de diplomáticos italianos, María Laura Marchetti; yo sólo tenía doce años y, en la adolescencia, dos años separan mucho a dos personas.

María Laura era muy delgada y mucho más alta que yo, toda una señorita. Tenía un novio italiano, muy guapo, y se paseaba muy displicente, como todos los italianos de buena familia, por el puente de primera clase. Yo la admiraba y hubiese querido ser su amiga, pero me miraba sólo como a una niña, lo cual me daba mucho coraje.

Todos los días estrenaba un vestido nuevo y yo sólo tenía dos, aunque muy bonitos: uno era una especie de túnica, sin mangas, de seda rosa con lunares blancos, y el otro era de tira bordada, y, como cinturón, un listón ancho de terciopelo rojo. Mi mamá tenía los mismos modelos de los vestidos pero en versión para señora. Sin embargo, la mayoría del tiempo me vestía con jeans o shorts.

Mi madre resultó profeta. En el Océano Índico, entre Ceilán y Singapur, nos tuvimos que enfrentar

a un tifón fortísimo. El barco se inclinaba peligrosamente. No tenía buen equilibrio. Todos los pasajeros estaban mareados, menos mi madre y yo.

Yo no tenía miedo, aunque sí estuvimos a punto de hundirnos. En esos momentos pensaba "ya conocí un tifón como los que salen en los cuentos de Jack London", uno de mis escritores favoritos.

Durante la borrasca los oficiales franceses estaban muy preocupados, pero se ponían felices al vernos llegar al comedor. Todos los platos, cubiertos y vasos estaban detenidos a las mesas con un sistema muy ingenioso, si no, hubieran volado por todo el lugar.

—Nuestras dos valientes mexicanas nos van a dar suerte —decían sonriendo al vernos.

Cuando la tormenta se calmó, los elegantes Marchetti bajaron deshechos del segundo piso. María Laura, llorando. Se le había quitado la displicencia.

Nos contaron que por su balcón se metían las olas del mar y por poco se llevan a María Laura. El padre, agarrado de una escotilla, la detuvo a tiempo. Pero toda su elegante ropa estaba en el mar o echada a perder.

En el comedor había una mesa que respiraba lejanía. Era, realmente, la más elegante del barco; el lugar reservado a la esposa de Bao Dai (el emperador que los franceses habían puesto en Indochina); ella era una mujer bella y, sobre todo, muy elegante, de modales orientales finísimos. Sólo se sentaban con ella sus damas de honor. Todas iban vestidas a la usanza vietnamita: pantalones de seda y, por encima, túnicas de brocados lujosos y, en general, de colores oscuros, como el morado, verde oscuro o negro; ella llevaba entre su chongo de pelo negro y brillante, unas largas agujas de marfil coronadas, a veces, de diamantes, de rubíes o con hilos de perlas que colgaban sobre su cabellera.

Yo no paraba y me había hecho muy amiga de seis hermanas chinas, que iban de los tres a los doce años, las cuales también lucían muy elegantes con sus túnicas chinas. Su padre era un rico mercader de Hong Kong. Me pasaba el día con ellas, aprendiendo chino y jugando. Toda la familia, siempre sonriente, era encantadora.

Por fin, llegamos a Singapur, una bella ciudad. Y como en todas las ciudades de Extremo Oriente, había barrios enteros de chinos muy ricos, mismos que habían instalado los ingleses durante la guerra del opio, en la época en que se metieron a cañonazos en el imperio chino, cerrado a todo extranjero, introduciendo toneladas de opio para drogar al pueblo, y así vencerlo y poder invadir China.

La ciudad se dividía en dos: el barrio chino inglés, con palacetes estilo europeo, jardines a la inglesa —pero con flores tropicales—, y el barrio chino habitual, con sus deslumbrantes casas pintadas de un rojo color vino o de un ocre tirando a dorado. Esas casas, en su interior, se dividían en varios pabellones, para las concubinas, la familia, y otros más.

Al final del barrio chino se encontraba el barrio pobre, con casuchas miserables, calles sin pavimentar repletas de mercaderes al aire libre, que vendían comida china, malaya y de muchas otras partes. Ahí se aglutinaban las distintas razas que vivían en Singapur, chinos, malayos e indonesios.

A mí me llamaba la atención las nanas chinas de las casas ricas, que caminaban entre el gentío

con tanta dignidad, con sus pantalones azul cielo y su larga trenza negra colgándoles a la espalda.

En aquel entonces, Singapur era una ciudad seductora y hecha a la escala humana. Ahora la he visto en la TV y me da horror. Tiraron todos los parques, los jardines, las encantadoras casas, para construir enormes cubos de concreto armado, por completo deshumanizados.

Estos cubos atraen la destrucción y el mal. Lo hemos visto, modestamente en México, en Tlatelolco, y luego en el gigantesco World Trade Center de Nueva York.

De jovencita siempre quise volver a Oriente, ya no lo deseo para nada. Las garras de los capitalistas internacionales han destruido esas ciudades. ¡Y nadie protesta!

Nos aconsejaron que fuéramos al jardín botánico de Singapur para ver a los monos, que eran entonces la atracción. Teníamos numerosas fotos con los monitos, pero cuando mis padres se separaron él se quedó con muchas de ellas y también con las de mi madre.

Los monos eran simpatiquísimos. Me jalaban la falda azul marino —mi gran lujo sport— y me tendían la mano, pidiéndome cacahuates. Se los daba, feliz, hasta que se me acabaron las bolsitas y se enojaron conmigo. Me perseguían, me sacaban la lengua, hasta que les compré más cacahuates. ¡Cómo nos divertimos con ellos! Hasta Mildred, siempre tan seria, estaba asombrada y se reía con los monos. Claro que por hacerle caso a los monos ya no me fijé en la deslumbrante vegetación tropical de los jardines.

Alguna vez, también tomamos el té en casa de unos amigos ingleses del capitán Bosch.

La próxima escala era Indochina (ahora Vietnam), colonia francesa, donde los franceses luchaban contra los comunistas, por lo cual, Saigón se había vuelto una ciudad muy peligrosa. Saigón era puerto fluvial (antes de que construyeran la nueva capital Ho Chi Minh).

El capitán nos aconsejó regresar al barco en la tarde, pues entre la población civil se habían infiltrado guerrilleros chinos. Después, cuando la guerra de Vietnam, había cientos de batallones de chinos y coreanos luchando contra los americanos, pero los occidentales cómo los iban a distinguir unos de otros. Esa invasión empezó desde la revuelta indochina contra los franceses.

Por aquella época, el río que llegaba del mar a la ciudad se llamaba la Rivière Saint Jacques, quién sabe cómo se llame ahora.

Cuando el barco entró en ese río, por los altoparlantes se ordenó a los pasajeros bajar al interior del barco. Los comunistas controlaban los dos lados del río y no pararon de disparar contra el navío y, sobre todo, contra el puente de la embarcación, durante todo el recorrido hasta llegar a Saigón. Se decía que apuñalaban a los occidentales en la oscuridad y huían.

Ahí nos despedimos mi madre y yo de los apuestos oficiales franceses.

—Quién sabe si volvamos vivos —decían amargamente.

—No sé para qué nos mandan si nuestros políticos ya nos han entregado.

Y entre esos nombres sonaba mucho el de Pierre Mendès-France. Y así fue. Los políticos, algún tiempo después, dejaron de mandarle armas al ejército francés y a su espalda pactaron con los comunistas.

Mi madre estaba muy triste de despedirse de los oficiales, hasta que una amiga francesa, Jacqueline Weill y su marido, que tenía muchas plantaciones en Indochina, le propusieron:

—Baja con tu niña. A la pequeña la dejamos durmiendo en el mejor hotel de Saigón y tú te

vienes a celebrar con nosotros y los oficiales por nuestro retorno.

Mi madre, que ya se había olvidado de lo dicho por el capitán, aceptó con gusto. Mildred no quiso bajar a tierra. Los disparos contra el barco la habían aterrado.

Visitamos todo Saigón con los Weill y los oficiales franceses. Los colonos franceses no habían hecho nada por esas tierras. Qué diferencia con Singapur o con Colombo. Aquí las únicas construcciones eran el palacio de gobierno, un edificio muy furris pintado de amarillo; una sola calle medio elegante y limpia, la rue Catinah, de la cual los franceses estaban muy orgullosos, y algunos palacetes más. El resto eran tugurios llenos de muertos de hambre. Y había tantos refugiados indochinos de la parte comunista, que dormían en las calles, los unos junto a los otros, como sardinas.

Como ya tenía mucho sueño, me llevaron a un hotel en el que había una gran cama con mosquitero. Me dormí al instante, pero, de repente, no sé cuántas horas después, desperté y observé a una cucaracha gigante, cuyo tamaño no he vuelto a ver jamás, subiéndose por los pliegues del mosquitero. Aullé de pavor pero nadie vino. No me atreví a salirme de la cama para llamar al botones por el miedo a la cucaracha. Por fin, mi madre llegó al cuarto y llamó a un criado para que matara al insecto.

Venía muy disgustada con sus amigos. Parece que en el cabaret donde estaban bailando, Jacqueline Weill le dio un par de bofetadas a un camarero indochino. Mi madre trató muy duramente a Jacqueline, quien le trataba de explicar:

—Estos bichos amarillos sólo entienden así, Elena. No te enojes conmigo. Además, es la costumbre.

El pleito se fue envenenando; mi madre se puso del lado de los indochinos, aunque no de los comunistas, y les dijo que con ese trato estaban poniendo, aún más, a esa gente en contra de los franceses. Argumentó que sería una catástrofe si, por culpa de ellos, Indochina cayera en manos de los comunistas, porque seguirían Laos, Cambodia, y otros lugares. Años después, así sucedió. Y, como era su costumbre, escapó corriendo del elegante cabaret.

Cuando vio a los oficiales franceses, buscándola, se escondió para que no la detuvieran, y sabrá Dios cómo llegó al hotel donde yo estaba. Eran las dos de la madrugada y no tenía dinero para un *pousse-pousse* (carrito tirado por una bicicleta, una especie de taxis de Saigón, muy peligrosos, pues los choferes, en ocasiones, apuñalaban a los europeos que los tomaban de noche); había que cruzar solas todo Saigón, pasar un puente, y atravesar la ciudad china, la más peligrosa, antes de llegar al barco.

Caminamos tres horas, esquivando a las multitudes acostadas, durmiendo en las calles, y a enormes cucarachas que se paseaban entre la gente. Sin embargo, también había mucha animación. Gritaban de acera a acera, vendían espaguetis chinos, cocidos en hornos que estaban en la calle. Mi madre comentó:

—¡Caray, qué ruidero!, ¡qué bullicio! Y éste es el misterioso Oriente donde se supone que todos están callados e impávidos y, de repente, un chino dice: “La montaña de jade se ha movido”, y eso quiere decir que está enojado. ¡Qué idea tan ridícula de Oriente nos presenta Hollywood, y hasta el mismo André Malraux!

Nadie nos insultó, ni nos ofendió. Al contrario, nos señalaban el camino para el barco,

gesticulando y gritando en francés "¡barco, barco, por ahí!".

Al amanecer, cuando por fin llegamos al famoso barco, el capitán Bosch, furioso, nos esperaba en las escaleras, pues los oficiales franceses se habían precipitado hacia el barco, en *pousse-pousse,* para avisarle al capitán que mi madre y yo estábamos perdidas para que avisaran a las autoridades francesas; sin embargo, éstas no se metían a la ciudad china, y menos de noche.

—Si usted quiere morir asesinada, hágalo usted; ya es mayor de edad. Pero no tiene derecho de poner en peligro la vida de su hija, que es sólo una niña.

Mi madre se desplomó, llorando, pues me confesó que durante la caminata había tenido muchísimo miedo. Como justificación, le reprochó al capitán Bosch los malos tratos que les daban los colonos franceses a los indochinos, y le contó su reciente pleito.

—Querida señora, estoy de acuerdo con usted, pero tenga en cuenta que la mayoría de estos colonos, aunque lleven pasaporte francés y se digan franceses, son una banda de aventureros internacionales que sólo vienen a Indochina para hacer fortuna rápidamente, por cualquier medio. Son metecos, advenedizos. Tiene la culpa el gobierno central francés por darles la ciudadanía a esos oportunistas que no hacen nada por Indochina ni por Francia. El día que esto se derrumbe, ellos ya habrán huido con mucho dinero y no es a Francia a donde volverán. Las víctimas del comunismo van a ser los funcionarios del gobierno colonial y los militares.

Me interesó la opinión del capitán Bosch sobre ciertos personajes del gobierno francés. Coincidía, en todo, con los militares; sin embargo, como yo seguía siendo revolucionaria, los consideraba, a pesar del cariño que les tenía, sobre todo al capitán, reaccionarios.

Qué distinto hablaban mal de todos los gobiernos los amigos marxistas de mi padre, siempre usando las mismas palabras grandilocuentes y gastadas "se viene la crisis del capitalismo, el imperialismo va a caer solo", y duro y dale, siempre lo mismo.

En fin, como me moría de sueño, dejé a mi madre platicando con el capitán Bosch.

En ese viaje, me había hecho medio novia de un muchachito filipino de mi edad, Mundi, por Edmundo, quien, según el barman y las camareras del barco, era hijo de uno de los hombres más ricos de las Filipinas.

La próxima escala eran, precisamente, las Filipinas, y como estábamos tristes de separarnos, escribimos nuestros nombres juntos en un papelito que escondimos en uno de los pilares del puente. Hicimos un trato: si él volvía a subir antes a La Marseillaise, él agarraba el papelito y viceversa. Era un niño muy bien educado y ceremonioso. Sus padres le dieron su dirección a mi madre y le pidieron permiso para invitarme más tarde, desde Japón a Filipinas.

Manila resultó una gran decepción. Ahí fue donde lucharon más encarnizadamente americanos y japoneses. Y, según su costumbre, los americanos habían bombardeado todo Manila para desalojar al enemigo. Sólo se veían restos de iglesias barrocas, verdaderas obras de arte, construidas por los españoles, derrumbándose. Y nadie hacía nada por restaurarlas. En lugar de casas, había unos bodegones largos hechos de no sé qué material, que construía el ejército americano para sus soldados y para la población. Era una ciudad totalmente en ruinas y rodeada de una gran miseria.

En el barco había dos pasajeros muy sospechosos; parecían gángsters sacados de una mala

película de Hollywood. Él era alto, calvo, de ojos azules chiquitos y con una mirada temible. Tenía una pierna más corta que la otra y usaba un zapato ortopédico que lo hacía cojear. Vestía camisas hawaianas fluorescentes de lo más vulgares; ella era una cincuentona de cabello platino con el cuello todo arrugado como piel de cocodrilo, súper escotada, muy maquillada y cubierta de diamantes.

Mildred decía que usaba esos aretes enormes para disimular las cicatrices de las numerosas cirugías plásticas que se había hecho.

—Ésos son mafiosos. Llegando a Japón le voy a pedir a mi padre que los investigue.

(Como detective amateur, envidié a Mildred por tener un padre que podía "investigar" a la gente.)

Mi madre y Mildred me habían prohibido platicar con ellos, pues yo me había hecho amiga de todo el barco, menos de ese par. ¿Y qué fue lo primero que hice? Volverme amiga íntima de esos mostrencos, que estaban muy interesados en saber si mi madre tenía pasaporte diplomático. Al enterarse de que sí lo tenía (incluso yo, por chiquita, estaba incluida en su pasaporte) se dedicaron a mimarme y a comprarme todas las fruslerías que quería. Al verme con ellos, el capitán Bosch había mandado llamar a mi madre para que impidiera nuestra amistad, pues eran unos narcotraficantes muy conocidos en el Oriente.

—¡Desobediente! Ya verás en qué líos nos metes.

Antes de llegar a Hong Kong me llamaron:

—Dile a tu madre que nos haga el favor de llevar a tierra esta pequeña caja. No es nada, *darling*. Como te queremos tanto, tu mami no se opondrá.

Agarrada entre la espada y la pared, no tuve más remedio que llevar la propuesta de la pareja americana a mi madre.

—¡Te lo dije, ya nos metiste en un lío! ¿Por qué no bajan ellos la caja? Porque se las revisan en la aduana. En cambio a mí, que soy diplomática, no me revisan nada. No voy a hacerles ese favor, pero ya verás cómo se vengan de nosotros. ¡Criatura tonta!

Mi madre los enfrentó en un pasillo y les dijo, abiertamente, que no contaran con ella para su tráfico y les prohibió volverme a hablar.

Primero, ellos negaron las cosas, pero al verse acorralados terminaron gritándole:

—Usted se lo pierde. Le hubiéramos pagado muy bien. Ya la investigamos; usted no tiene un centavo. Con nosotros hubiera hecho una fortuna —y los dos se fueron dándole la espalda.

Más adelante, el viejo tuvo la oportunidad de una pequeña venganza contra mi madre en un banco de Hong Kong. Ella quería cambiar el cheque de tres mil dólares de Sim Dunlap Smith, pero le dijeron que como el documento era de una banca francesa, tenía que reconocerlo alguien que tuviera cuenta en Hong Kong, para así, poder hacerlo efectivo.

Mi madre, que además de despistada, todo perdonaba y olvidaba, vio entrar al viejo, el cual tenía cuenta en ese banco, y le pidió ese favor. Por supuesto que el tipo la puso verde con los del banco y le negó su firma. Desamparada, fue a ver al capitán Bosch, quien la sacó de apuros. La mandó a otro banco con su segundo de abordo y ya no tuvo problemas.

La llegada a Hong Kong fue de una gran belleza. La bahía se habría en redondo y era enorme.

Sobre el muelle se divisaban construcciones coloniales inglesas con elegantes columnatas de piedra, edificios recubiertos de mármol cuyas majestuosas escaleras bajaban hasta el mar.

Había muchos graciosos y ligeros sampanes (pequeñas embarcaciones típicamente chinas) con velas color vino, azafrán y ocre; parecían grandes mariposas que se hubiesen posado sobre el mar. Algunos de los conductores de estos sampanes se acercaban al barco, pedían dinero y los viajeros se divertían echándoles monedas al mar; los chinos, cubiertos sólo con taparrabos, se tiraban desde sus sampanes y eran nadadores tan hábiles que rescataban las monedas.

El mar era de un azul tan transparente que incluso se veía la moneda resbalándose por el agua y al chino en el momento de atraparla. Otros echaban una cuerda a La Marseillaise y se subían rápidamente a cubierta para ofrecer, muy ceremoniosos, su mercancía. A mi madre se le acercó un sastre chino (en todo Oriente los chinos tienen fama de magníficos sastres). Sacó varias muestras de gabardinas inglesas, de muy buena calidad. Mi madre escogió una tela azul marino y el modelo. El chino le cobró diez dólares de Hong Kong (nada) y diez a la entrega del traje. Le tomó sus medidas, muy profesional, y quedó con ella de verla en el puente del barco a las diez de la mañana del día siguiente. No dejó dirección. Todas las personas se burlaron de ella.

—¿Cómo te fías de un chino? Todos son unos ladrones.

Otros le decían:

—Menos mal que sólo te robó diez dólares de Hong Kong.

Los pocos franceses que quedaban en el barco, la calificaron con ternura:

—Es una niña que no ha crecido.

Sólo Ilonka le dijo que tenía razón y había hecho una muy buena transacción.

Mi madre sí creía en él, y así se lo dijo. Al día siguiente, a las diez de la mañana ¿quién estaba en el puente? El chino. Muy sonriente con un traje sastre azul marino que le quedó a la perfección a mi madre. Una prenda que parecía de alta costura francesa.

Los pasajeros que andaban rondando para reírse de ella, se jalaban los pelos y todos querían encargarle un traje al chino, pero éste ya se había ido.

Mi madre ya no era “una loca frívola” sino “una mujer muy sabia que conoce bien a los orientales” y había hecho “un magnífico negocio”. Yo me quedé asombrada de su cambio, pero había visto poco en mi corta vida. Lo que me dio mucho gusto fue ver lo elegante que se veía mi madre con el traje sastre azul marino.

En fin, la víspera habíamos desembarcado en Hong Kong. Era una ciudad que bajaba y subía, pues estaba construida entre colinas. Mi madre pensaba ir de compras y no quería que la acompañaran las Murphy, porque todo lo regateaban y, al final, no compraban nada por tacañas.

Las callejuelas se desplegaban bajo arcadas de piedra, y en los cafés, leyendo el periódico, había estudiantes chinos que me parecieron muy guapos. Me aseguré en mis gustos puesto que a mi madre también le parecieron muy bien parecidos. Las chinas elegantes eran preciosas. Se vestían todavía con su túnica de seda, toda untada a sus delgados cuerpos con la abertura a los lados que dejaba ver sus bien torneadas piernas. Tenían la fragilidad del bambú, de la seda, y de todo lo oriental. Por lo general, varias chicas iban juntas, riéndose y juntándose como parvadas de pajaritos, vestidas de rosa, verde mandarín, blanco y todos los colores pastel.

El capitán Bosch nos había aconsejado tomar el *ferry boat* que llevaba a Kowloon, un

pequeño pedazo de tierra de la China continental que era propiedad inglesa. Ahí nos subimos, con unos amigos ingleses del capitán, a un pequeño teleférico desde donde vimos magníficas mansiones chinas color vino o azafrán y jardines con flores que casi podíamos agarrar con la mano. Abundaban las magnolias.

Al bajarnos, a lo lejos se veía un paisaje de colinas de ese verde pálido oriental, un color delicado pero a la vez alegre. Vimos a la China roja desde lejos. Tuvimos muchas ganas de adentrarnos en ese paisaje fértil y acogedor (aparentemente), pero era imposible. Comimos en casa de esos elegantes ingleses que tenían un palacete de estilo oriental-occidental. Dos columnas de mármol con techo de pagoda formaban la entrada; el edificio en sí, lo componían más columnas de mármol y un techo chino; el jardín estaba cubierto de pequeños estanques donde flotaban, perezosamente, flores de loto. La comida fue deliciosa; combinada, como la casa misma. Nos contaron que había cinco millones de refugiados chinos del comunismo en Kowloon y Hong Kong. Esta afluencia de gente causaba enormes problemas de habitación, de trabajo y de comida en Hong Kong y Kowloon.

Por la tarde, nos llevaron a una especie de bar muy modesto, donde se reunía —nos contaron — la elite de los refugiados. En ese pequeño bar nos presentaron a chinos muy distinguidos, pero vestidos con ropa que había sido elegante hacía muchos años. Conocimos antiguos mandarines que nos recitaron versos de la poesía clásica inglesa y hasta un general de Chiang Kai-shek. También había algunos viejitos rusos que se habían quedado varados en ese remoto lugar y no habían podido llegar a Europa por falta de dinero.

Todos estaban felices de charlar con nosotros y nos preguntaban con ansias qué opinaban en Europa del comunismo. Mi madre les explicó que tenía un poder enorme pero, al ver sus caras afligidas, les contó de los procesos de David Rousset contra la URSS, y de Kravchenko. Eso los animó mucho, y se quejaron de que los ingleses no hubieran publicado esas noticias en el diario de Hong Kong.

Caía el atardecer, el *ferry boat* se iba a las siete y, para nuestro gran pesar, nos despedimos de todos esos pobres desdichados.

—¿Y de qué viven? —le preguntó mi madre al matrimonio inglés.

—De trabajitos. Guías de turistas cuando pueden; en fin, su supervivencia es un milagro cotidiano.

Nos llevaron en su auto hasta el ferry, y con cariño sincero prometieron escribirnos a Tokio, a la embajada de México.

Al día siguiente nos dedicamos a visitar Hong Kong, por cosa de las famosas “compras”. Fuimos al barrio de las boutiques “elegantes”, las cuales eran arcadas de piedra construidas por los ingleses y, en general, sólo un cuarto pequeño que daba a la calle.

Hong Kong era una ciudad “libre” entonces; todo era casi regalado. Mi madre compró varias vajillas de porcelana china antigua. Tenía muy buen gusto para los objetos de la casa. Era experta en muebles antiguos, cristales, lámparas, sedas y cerámica.

A mí me compró los siete caballitos azules que tenían todos los niños chinos de dinero. La leyenda cuenta que eran siete príncipes que desobedecieron a una malvada hechicera y entonces los transformó en caballos.

Los míos estaban hechos con una maestría, una delicadeza y un realismo mágico muy bello. Y los siete caballitos tenían poses diferentes. También me compró unos zapatos blancos de cuero muy fino con trabilla, que parecían de ballet. Y porque me emberrinché por unos zapatos chinos de terciopelo rojo, con una abertura atrás y un moño dorado adelante, la jalé y la metí a una tienda donde también había visto una magnífica chaqueta china, de brocado de oro con mucho vuelo, y el típico cuello chino. Entró con reluctancia a la tienda; se probó la prenda, la cual hacía juego con su cabello rubio y sólo costaba veinte dólares de Hong Kong.

—Es muy ostentosa, ¿qué va a decir tu padre? —me dijo.

Y no se la compró. Hice una rabieta tremenda, pues se veía bellísima con ella y casi no tenía ropa. El brocado era de primera clase, espeso, brillante, en fin, una prenda que duraría años. En cambio, se compró una modesta blusa china blanca de seda, que se veía furris en comparación con la chaqueta dorada, que me obsesionó por años, tanto que cuando me enojaba con mi madre le echaba en cara "la chaqueta de brocado de Hong Kong".

Decidimos tomar el *ferry-boat* para ir de compras a Kowloon. Ahí nos perdimos y dábamos vueltas y vueltas, desesperadas, pues el barco se iba a Japón a las cinco de la tarde, y ningún chino nos entendía o se hacían los locos. En nuestra desesperación ya veíamos moros con tranchete. Había mucha gente miserable, pues los cinco millones de chinos refugiados de la China comunista estaban en la miseria y mi madre empezó a decir:

—¡Malditos chinos!, y tú que los adoras. No quieren contestarnos adrede, me van a robar los tres mil dólares de Sim que llevo en la bolsa.

De repente, apareció un *coolie* que tenía tratos con turistas, pues los subía a su carrito y los jalaba por todo Hong Kong. Yo le hablé; el hombre estaba sudando y flaquísimo. Él sabía un poco de inglés y nos apresuró:

—¡Rápido, el ferry, rápido!

Corrió como desaforado, pero, al final, saltamos a tiempo sobre el ferry y llegamos a Hong Kong. Entonces, el buen hombre nos llevó hasta el barco por un dédalo de pequeñas calles y plazas. Esta vez sí me asusté, porque si perdíamos el barco ¿qué haríamos?, y sólo de pensar en la cólera de mi padre...

Al llegar, el buen hombre le pidió una nadería a mi madre, pero ella, conmovida por su bondad y su pobreza, le regaló un billete de cien dólares americanos.

—¡Que los dioses bendigan a la señora! Con este dinero pondré pequeña tienda con la que sueño hace muchos años. Ya estoy acabado para seguir cargando turistas gordos.

El chino nos bendijo mil veces y se fue feliz, y nos subimos rápido a la pasarela del puente.

—¿Qué les pasó? —nos dijo sonriendo un oficial francés que nos esperaba arriba.

En esos días me enteré, por el segundo de abordo, que era el último viaje del capitán Bosch porque ya había alcanzado la edad del retiro. Subí corriendo a su cabina, y creyéndome muy poderosa le dije:

—No se preocupe, capitán. No voy a permitir que lo retiren. Le escribiré a la Marina francesa explicando su caso y no lo van a despedir así como así.

Como siempre era la primera en redacción francesa, pensé que una carta mía convencería a los

burócratas del ministerio de la Marina. Para mi sorpresa, al capitán Bosch se le llenaron los ojos de lágrimas.

—Mi pequeña amiga, eres la primera que me ha querido defender. Adelante, escribe tu carta y me la entregas a mí, yo se la mandaré a la Marina.

Con más esperanzas que nunca, bajé a mi camarote y escribí una carta —creo— muy tierna, salida de mi corazón, de muchas hojas. Explicaba que era mexicana pero amaba a Francia, hacía un elogio de las cualidades francesas y terminaba señalando que un país tan generoso no podía poner en el retiro al gran capitán Bosch.

Unos días antes de llegar a Yokohama, le entregué la carta a capitán.

—¿La puedo leer? —preguntó con cortesía.

—Claro que sí, capitán.

Yo estaba orgullosa de mi carta. El capitán, al leerla, lloró otra vez, y luego se quedó muy pensativo.

—Ya sé qué voy a hacer con esta carta. Tú no te preocupes —dijo en un tono consolador y se metió la carta en el bolsillo interior de su uniforme.

Cuando llegamos a Yokohama, nosotras y las Murphy nos asomábamos para ver si aparecían mi padre o el padre de Mildred. De repente, ella llamó a un señor rubio, alto, muy elegante. Éste le mandaba besos con la mano.

¡Qué diferencia con mi padre! Él estaba, una vez más, furioso. Desde que subimos en el auto de la embajada, empezó a quejarse de que el sueldo no le alcanzaba para nada, que estaba desesperado en Japón, "país de imbéciles amarillos", y cualquier cantidad de cosas más.

En lo del dinero tenía razón. Los sueldos de los diplomáticos cambian según los países. En Francia le pagaban muy bien, porque se supone que es un país caro. Pero Japón, que todavía no se levantaba de sus ruinas, y cuya vida, para un japonés, era muy barata, recibía un sueldo relativamente bajo y si, además, quería vivir a la europea en casas con camas, comer alimentos europeos, etcétera, pues resultaba carísimo.

Llegamos al hotel Imperial. Con ironía nos enseñó la "residencia": un cuarto grande con una cama matrimonial y un catre donde debíamos dormir los tres. Y las "oficinas": un cuarto chico con un empleado japonés, el señor Furuya, que había rescatado todo lo que había podido del incendio de Tokio. Estaba explicándonos esto cuando mi padre recibió una llamada del embajador francés (al cual él aún no conocía): ofrecían una cena en *mi* honor en la embajada de Francia.

El capitán Bosch le había enseñado la carta al embajador y éste se había conmovido por mis palabras y por mi amor a Francia. Y le había leído mi carta a toda la embajada francesa.

"Su hija llegará a ser una gran escritora... Es una niña muy tierna e inteligente...", en fin, nos esperaban a las ocho para cenar en la embajada francesa, donde también estaría el capitán Bosch.

Así, de un plumazo —literal— le fui útil a mi padre en su carrera, pues no conocía a nadie en Japón. Como siempre, él decretó, terminante, que yo no iría, que una niña no se podía desvelar hasta esa hora y que si esto y lo otro.

Escondí mi tristeza lo mejor que pude, sobre todo, porque no iba a volver a ver al capitán Bosch, y me dormí en el cuarto de la residencia.

Me encerré con el candado y, al volver mis padres, me hice la dormida. Nadie podía abrirles, pues estaba cerrado por dentro. Intentaron despertarme llamando desde la recepción. Todo fue inútil, yo seguía profundamente "dormida", y afuera diluviaba.

Entonces ellos tuvieron que irse a la "oficina". Pero a fuerza de fingir que dormía entré de veras en el país de los sueños.

Al día siguiente, en la mañana, me despertaron unos golpes tremendos. Era mi padre, que además me gritaba.

—¡Chatita! ¡Ábremeee!

Como no tenía la conciencia tranquila me precipité a la puerta y vi algo asombroso: mi padre con un enorme vendaje de gasa que le cubría toda la cabeza y el cuello, pero no lograba disimular dos grandes heridas como zarpazos en cada mejilla, suturadas, naturalmente, por algún médico. Entró fúrico. Detrás iba mi madre, quien hacía contorsiones para no estallar de risa.

—Pero ¿qué pasó? —pregunté asombrada y con temor.

Mi padre estaba furioso y, cuando se ponía en ese estado, le venía un tartamudeo que le impedía hablar. Mi madre, disimulando su risa, me explicó. Hacía tres meses que mi padre vivía en Tokio, en el hotel Imperial, una mole de piedra horrible que imitaba, en gigantesco, las pirámides mayas. El creador de esta "obra de arte" era nada menos que Frank Lloyd Wright, el genial arquitecto. Lo había construido en los veinte, al principio de su carrera, financiado por japoneses ricos y occidentalizados. En cada cuarto había un balcón sin barandal, algo peligrosísimo, y entre un balcón y otro de cada cuarto, un amplio espacio vacío.

Mi padre, en tres meses de estancia, y gracias a su distracción y, además, como era el peor observador del mundo, no se había dado cuenta de esto. Creía que los balcones de los cuartos eran corridos, como un pasillo. Por eso al entrar a las pequeñas "oficinas" le dijo a mi madre que iría hasta mi cuarto por el balcón, para abrir las puertas de cristal y quitar el candado. Mi madre, por su parte, nunca se había acercado a los ventanales; era su primera noche, estaba lloviendo y, además, tenía mucho sueño. Así que se arrellanó cómodamente en un sofá, y ya medio dormida, alcanzó a oír una voz casi de ultratumba que parecía venir de muy lejos. Era mi padre que le ordenaba con firmeza:

—¡Elena, ven a donde estoy! Sal al balcón.

—Pero ¿por qué, Octavio? ¿Que no lograste abrir el balcón de la Chata?

Y aquél repetía, sin sentido, para la situación en que se encontraba:

—Ven, ven a alcanzarme. ¡Te lo ordeno!

Y no explicaba nada. Como tenía la voz tan tranquila, mi madre, vencida por el sueño, se durmió unos minutos, pero se despertó sobresaltada y no vio a mi padre. La lluvia seguía y ella no salió al balcón por miedo a resbalarse.

Entonces, llamó a recepción explicando lo ocurrido y que ella ignoraba dónde estaba mi padre. De inmediato, se presentaron muchos mozos, junto con un gran médico, el doctor Fukase. Ellos ya conocían a mi padre y, naturalmente, sabían lo de los balcones, y temían lo peor.

En efecto, mi padre al querer apoyar el pie en lo que él creía la continuación del balcón, dio en el vacío y cayó de una altura de tres pisos. Menos mal que los japoneses habían plantado pinos y mucha vegetación en los huecos. Las ramas de los pinos aminoraron casi toda la velocidad de la

caída, pero las agujas de sus ramas le habían causado los "zarpazos" en las mejillas. Los mozos y el doctor se asomaron y lo vieron tumbado en un hueco lodoso, sangrando abundantemente de la cabeza. Mi padre al verlos enfureció.

—¡Vengan por mí! ¡Idiotas! *Yellow monkeys!*

Como casi todos los occidentales que vivían en Japón, él odiaba a los japoneses. Ahora supongo que porque durante la guerra estaba de parte de Alemania, pues ese desprecio y odio tan grandes no tenían otra explicación.

De niña me molestaba mucho su despotismo ante esa gente tan cortés y derrotada. Pues cuando llegamos a Tokio era una ciudad construida a medias, con edificios de baratija y grandes espacios vacíos con huellas todavía de incendio. ¡Quién hubiera dicho la riqueza que estarían produciendo veinte años después!

En fin, los mozos bajaron por él y lo sacaron del agujero donde estaba atrapado. El doctor, que esperaba a mi papá para curarlo, un hombre muy educado, le preguntó a mi madre que si ella también opinaba que los japoneses eran *yellow monkeys*. Ella, muy sincera, le contestó que eso era una majadería arrogante de vencedores. En eso, entró mi padre al cuarto. Las heridas de la cabeza son muy aparatosas y sangran mucho.

—Se pudo haber matado —le dijo el doctor Fukase con seriedad—. ¿Qué estaba usted haciendo? —y lo miró como si se le hubieran pasado las copas.

Mi padre explicó que no había notado la estructura del balcón, lo cual le provocó a los mozos japoneses (se ríen de todo) y a mi madre, un ataque de risa.

El doctor lo examinó con cuidado y se lo llevó a su consultorio, que estaba cerca, para examinarle la cabeza con rayos X. Existía el peligro de una fractura. En efecto, atrás de la cabeza tenía una pequeñísima fisura, aunque no era peligrosa. Pero como había caído como en cámara lenta, tenía la cabeza llena de heridas, poco graves, que afectaban sólo la piel, las cuales había que coser. El doctor, al curarlo, lo felicitó otra vez por su buena suerte.

En todos esos vaivenes pasó lo que quedaba de noche y en la mañana temprano fue cuando entraron a mi cuarto. Mi padre le reprochó a mi madre no haberle obedecido.

—¡Ay!, Octavio, ¿pero estás loco? Sólo me decías "Ven a donde estoy, sal al balcón". Me debiste haber explicado lo que te pasó, para que pidiera ayuda inmediatamente. Si te obedezco y salgo al balcón, también me hubiera caído. Y entonces ¿quién nos hubiera socorrido? Sé lógico, por favor —y mi madre estalló en risas incontenibles.

A los pocos minutos sonó el teléfono. Era Mildred que nos invitaba a cenar a la embajada americana para presentarnos a su padre y ver una película en la sala de proyecciones, *Sudden Fear,* con Joan Crawford y Jack Palance. Para mí, que casi nunca había ido al cine en París, fue un momento de felicidad. Mi madre le preguntó si yo también estaba invitada.

—Claro, querida, quiero que mi padre conozca a The Horse, el caballo —así me habían puesto mi madre y Mildred en el barco, por mis hazañas deportivas y porque no paraba un segundo.

El doctor Fukase le había dado un calmante a mi padre y éste le empezaba a hacer efecto. Esa mañana, prefirió quedarse a dormir. Mi madre y yo nos fuimos a recorrer Tokio. Estaba horrible; los bombardeos de fósforo de los norteamericanos la habían destruido en un ochenta por ciento. Y

como expliqué antes, los japoneses habían construido unos edificios feos y casi provisionales.

La ciudad se podía recorrer en tranvías ruidosos. Los taxis eran autos de antes de la guerra y usaban gasoil, pues no había casi gasolina. En la calle había gente con aspecto aristocrático que había puesto tenderetes de libros valiosísimos y los vendían muy baratos. Era la clase aristocrática que la nueva constitución del Japón, impuesta por los americanos, había despojado totalmente de sus bienes, del poder político, de todo; así que tenían que vender sus pertenencias.

En una de esas pilas, mi madre vio el *Totsue Kwaidan,* un clásico japonés traducido al inglés en 1912, con ilustraciones magníficas. En efecto, antes de irnos al Japón les había escrito a Borges y a Bioy Casares preguntándoles por clásicos japoneses, pero traducidos al inglés o al francés. Y tanto uno como el otro eran realmente eruditos y le mandaron largas listas de poetas japoneses como Matsuo Basho, o novelistas como Murasaki Shikibu, quien escribió una de las mejores novelas del mundo en el siglo IX d.C., *The Tale of Genji.* Y le recomendaron, además, que los comprara traducidos por Arthur Waley, un erudito inglés, cuyos escritos eran tan sobresalientes que los japoneses cultos los aprobaban y decían que eran casi tan buenos como el original en japonés. Lo más curioso es que Arthur Waley nunca había ido al Oriente. Aprendió el alfabeto chino y japonés con todos sus miles de ideogramas y se volvió el mejor traductor de textos japoneses y chinos, cuya mayoría no había sido traducida en Occidente.

La ciudad estaba llena de oficiales y soldados americanos que se iban a la guerra de Corea o regresaban heridos. Pasamos por un PX, que era una tienda llena de cosas americanas, pero solamente para ellos, pues sólo se podía pagar con dólares PX especiales, exclusivos de los americanos.

Con súplicas, hice entrar a mi madre al PX, pues había visto unos "monitos" (cómics dirían ahora) que me parecieron maravillosos. Eran de la pequeña Lulú y del pato Donald, sus sobrinos y el Tío Rico Mac Pato, y de Dick Tracy, pero el que más me fascinó al hojearlo fue *El mago Mandrake.* En los circos, en París, cuando me llevaba mi padre lo que más me gustaba era el mago. En Francia no se publicaban esos cómics.

—Anda, pídele a Mildred algunos dólares PX.

Tanto le insistí a mi madre que, por fin, consintió, pues se acordaba de su fascinación por los cómics cuando era jovencita y hasta de recién casada.

Llegó la noche y nos vestimos elegantemente para ir a cenar a la embajada americana. Ésta era de un lujo impresionante. Un palacete de mármol. La entrada estaba embaldosada de cuadros de mármol negros y blancos.

Mildred bajó la imponente escalera con toda su sencillez y, al ver a mi padre, se echó a reír.

—¿Qué le pasó, Octavio?

En esto se nos acercaron sus padres. El señor Murphy, un hombre muy distinguido y risueño. Mis padres le simpatizaron mucho, pues lo hacían reír. Era de izquierdas como todos los altos funcionarios de la era roosveltiana. Y mi padre se enfrascó en una larga conversación política con él. Murphy lo escuchaba sonriendo y, al final, le predijo una gran carrera.

Después pasamos a la sala de proyecciones que era enorme. Al ver la cinta, mi madre se aterró tanto con Jack Palance (era el villano de la cinta) que, en serio, empezó a gritar de miedo. A mí me dio mucha vergüenza. Pero cuando prendieron las luces el señor Murphy y Mildred

estaban atacados de la risa.

—Mildred, tu amiga es muy sensible. La próxima vez le pasaremos una comedia.

La alegría no duró mucho en la familia. Mi madre empezó a paralizarse y a quejarse de dolores atroces en la columna.

El doctor Fukase la examinó y dictaminó que tenía mielitis, una inflamación de la médula espinal, causada por el aborto y la infección subsecuente.

—No se preocupe. Hay una nueva droga milagrosa, la cortisona, que es un gran desinflamatorio.

Todos los días le inyectaban cortisona. Mi madre, entonces, empezó a quejarse de tener alucinaciones. Mi padre no le dio importancia.

—Es que estás loca. Siempre lo has estado. En ti eso es normal.

Yo no sabía qué creer ni qué hacer. Mucho tiempo después lo comprendí todo al ver por TV, en España, una película de 1956 con James Mason. A éste le están aplicando cortisona en dosis brutales, como se hacía al principio (Ernst Jünger tenía razón en temer a la medicina moderna), y empieza a alucinar. Una tarde, toma a su hijo en brazos y lo va a matar "por órdenes de Dios". La esposa llama a la policía y todo termina bien. Pero, al final, los productores explicaban que habían hecho esa película para prevenir a los médicos contra las dosis brutales de cortisona que se administraban a los pacientes, por la cantidad de dramas que esto había provocado. Era cuestión de bajar las dosis en noventa por ciento.

La acción curativa actuaba, entonces, sin efectos colaterales, los cuales, si se presentaban, podían llevar hasta la locura.

A mi madre, esas dosis le provocaban, además, arritmias cardiacas por lo débil que estaba.

Mientras tanto, yo recorría el hotel vestida con mi kimono que me había regalado Peter Bawkin. Éste formaba parte del grupo de Sim, de los jóvenes norteamericanos millonarios amigos de Diego del Vayo, que se había enamorado de mi madre en París. Peter pasó unos días de descanso en Tokio, pues estaba luchando en Corea.

Peter me quería bien, pero naturalmente como a una niña. Un día, les pidió permiso a mis padres para llevarme a pasear por Tokio, pues decía que la estancia en un hotel debía ser muy aburrida para una niña.

Me llevó a Takashymaya y pidió ver los kimonos para niña. Eran todos blancos, con el dibujo de la flor de cerezo repetido en toda la tela, una seda muy ligera y fresca, y el brocado era verde vivo con plateado.

Peter me preguntó si me gustaría tener uno; loca de alegría le dije que sí. También me compró las *gettas,* unos zapatos tradicionales de madera compuestos por una suela y dos plataformas de madera. Me obsequió unas lindas muñecas modernas que yo deseaba hacía mucho. Eran unos bebés japoneses, el hermano y la hermana, con sus caras de porcelana, sonrientes, y sus cabellos negros y lisos coronando sus cabezas. Además, me regaló una cámara fotográfica y comimos en el PX. Realmente, Peter se portó muy bien conmigo, y yo le agradecí mucho sus regalos y sus atenciones para conmigo cuando él se despidió de mis padres.

De kimono, con el cabello oscuro (se me oscureció mucho después de que me lo corté), lacio,

y los ojos achinados, parecía una jovencita japonesa. Pronto aprendí a hablar en japonés y estaba convencida que en otra vida había sido japonesa; ya empezaba a interesarme mucho el budismo. En efecto, era raro que las costumbres tan diferentes, la comida, las casas, y todo, me pareciera tan familiar. Los japoneses me adoraban.

Recuerdo una noche realmente aciaga; mi madre se había recostado en el sofá de la oficina y le dijo a mi padre:

—Octavio, no sé qué me pasa, es mi corazón. Me voy a morir. Llama a Fukase.

Mi padre se sentó junto a ella y le dijo:

—Siempre con tus mismas farsas. No tienes nada.

Pero, como tenía tan mal aspecto, yo sí me asusté y me indigné con mi padre:

—¿No vas a llamar a Fukase? ¡Pues lo haré yo!

Él me prohibió hablar con el médico. El antiguo teléfono de los años treinta, que era pesadísimo, estaba en el fondo del cuarto, sobre una mesa. Al quererme él detener, di un brinco de bailarina y empecé a gritarles por el auricular a los chicos de la recepción:

—¡Socorro!, mi madre, la señora Paz, se está muriendo, llamen a Fukase.

En eso, mi padre se puso enfrente de mí. Furioso, me arrebató el teléfono y me pegó con él en la frente. Me tambaleé y enseguida me brotó mucha sangre.

Habló a la recepción y dijo que mi madre no tenía nada. Pero como siempre los trataba mal, a él no lo querían, y a mí me adoraban por mis "locuras".

Al poco rato tocaron a la puerta, era un mozo guapísimo al que mi madre le había puesto Genji, por el príncipe de la novela de Murazaki que estaba leyendo, acompañado por el doctor Fukase.

El doctor, con gesto imperioso, le indicó a mi padre que se alejara de la cama, para dejarlo hacer su trabajo. Por cierto que el doctor Fukase, como todos los estudiantes de su generación, había terminado sus estudios en Alemania, antes de la guerra.

Le tomó el pulso a mi madre y la auscultó. Mi padre aprovechó para decirle a Fukase que mi madre estaba loca, que no tenía nada, que eran invenciones.

El doctor, indignado, sólo le dijo:

—*The lady is passin' away* [La señora se está muriendo].

¡Y con qué desprecio miró a mi padre!

De inmediato le puso una inyección de coramina, que a mí me pareció que se la aplicaba en el corazón. Estuvo largo rato con mi madre, le dio otras medicinas y anunció muy satisfecho:

—Ya se normalizó el ritmo cardiaco. Que duerma, está agotada.

Lo que hizo mi madre muy reconfortada al sentirse mejor. Entonces, Fukase vio mi frente, no dijo nada, me curó la herida, que no era grave, con alcohol y me puso un pequeño parche, a mí sí me reconfortó el doctor, pues estaba llorando:

—Hiciste muy bien en llamar a recepción; le has salvado la vida a tu madre.

Mildred le había cambiado muchos dólares para el PX y su sala de cine a mi madre. Era el único lugar que ofrecía películas occidentales. Un día, salimos los tres para ir al cine, nos pusimos a

hacer fila. Y, enseguida, un marine americano expresó:

—Es vergonzoso que este herido de guerra haga fila.

El "herido de guerra" era mi padre que llevaba todavía su aparatoso vendaje, se puso furioso ante las palabras del marino.

—No soy herido de guerra, imbécil. Soy un diplomático mexicano.

El otro se disculpó, pero yo me moría de la risa. Una de las razones del especial mal humor de mi padre era que su sueldo no le alcanzaba. Para colmo, mi madre sí estaba realmente enferma y el tratamiento salía muy caro. Así que, de manera insistente, mandaba telegramas a Relaciones Exteriores, quejándose.

Hasta que el secretario Tello (padre de Manuel Tello, tan simpático, embajador en París con el que colaboré) le escribió para aconsejarle que se mudara a una pensión japonesa barata. En ellas, los japoneses ponían una ligera colcha sobre el suelo de tatami (tapete tejido de bambú) y así dormían. Y toda la comida que servían era japonesa. En fin, era toda una locura intentarlo.

Precisamente la comida fue lo único que no me gustó de Japón. ¡Qué diferencia con aquel restaurante de Singapur!

En el hotel Imperial había restaurantes de lujo, pero nosotros siempre íbamos a una cafetería barata, Peter's. Mi padre se pedía un *sirloin steak* y, para mi madre y para mí, pedía tortillas de huevo. Rápidamente, yo les decía a los meseros que servían que me trajeran:

—*Two lamb chops* [costillas de cordero] *and a pie a la mode* [una tarta con helado de vainilla encima].

Todos los días se impacientaba mi padre y les decía a los mozos que me cambiaran las *lamb chops* por una tortilla, pero ellos fingían no entender una palabra de inglés y no quitaban las costillas de cordero de la mesa.

Con el tiempo, pensé que ese detalle se le habría olvidado, pero una vez en París, en los ochenta, cuando ya me había "contentado" con él, nos llevó a Marie José Tramini y a mí a comer a un restaurante muy famoso desde los años veinte en Montparnasse (se me va el nombre). Pedí, sin mala intención, el plato más caro: un cangrejo con algo muy especial. Se puso furioso.

—¡Ah!, sigues como en Japón, con las *lamb chops*.

Me aterré, pues me lo quería conquistar otra vez, y renuncié a ordenar:

—No lo quiero. Tú escoge lo que voy a comer.

Marie José, de buena fe, empeoró las cosas:

—Octavio, no seas mezquino. Nunca ves a tu hija; si se le antoja el cangrejo, pídeselo.

Mi padre se vio acorralado.

—María, tú no conoces a esta derrochadora.

Ignoro por qué no la llamaba Marie José sino "María".

Yo me escapaba todas las tardes a los sótanos del hotel Imperial, pues albergaban pequeñas boutiques fascinantes. Estaba el florista, que sólo ponía un ramo de flores en la vitrina y lo cambiaba todos los días. Las perlas de Mikimoto, las mejores del mundo, que me pasaba horas contemplando, pues eran exquisitas. Había anillos de perlas grises imperfectas y enormes,

collares y collares de perlas blancas con reflejos azulados y rosas, collares de perlas grises y también negras. Me gustaban, sobre todo, los collares de un hilo de gruesas perlas negras.

Y también estaba la boutique más pequeña, cuyo dueño era un viejito japonés muy elegante, que vendía antigüedades chinas y jarrones maravillosos. Mi padre decía que era un estafador y que todo lo que vendía eran copias. Pero yo no le creí. Un día me armé de valor, entré y me puse a charlar en japonés con él. Le dije que me fascinaba Japón y que en mi última encarnación había sido japonesa. Le simpaticé tanto al refinado señor que abrió una puerta, al fondo de su pequeña tienda, donde había una mesa para el té y tres señores japoneses muy finos charlando.

Uno de ellos era muy joven. Y me hice del círculo. Todas las tardes me esperaban, y como me había vuelto aún más experta en todo lo japonés, platicaba con ellos con soltura. El único joven que había en la tertulia, con el que charlaba más y quien me había tomado mucho cariño, era Yukio Mishima, que algunos años más tarde se haría tan famoso.

En esa época, Mishima era muy delgado y extremadamente guapo, con una voz ronca y melodiosa. Un día, mandó a mi cuarto con un mozo una muñeca del siglo XVI. Fui directo a la "oficina" para enseñársela al señor Furuya, el fiel empleado japonés.

—Niña, te has encontrado con lo mejor del hotel Imperial —me dijo muy contento, pues también me quería mucho—; el joven Yukio Mishima es el mejor de los escritores jóvenes japoneses. Él alquila cada dos meses una suite en el hotel Imperial, para poder escribir sin interrupciones, y ni su esposa ni sus hijos saben dónde está.

—Y el viejito, el dueño de la tienda ¿quién es?

—Es un primo hermano del emperador. Ahora está en la miseria y se ha visto forzado a vender sus antigüedades para vivir —concluyó Furuya, con tristeza.

Los japoneses nos cubrían de regalos: flores para mi madre, chucherías para mí. En fin, un día entré al cuarto y, para mi sorpresa, lo vi completamente cambiado. Ya no era un cuarto de hotel, impersonal, sino una habitación muy elegante.

—¿Qué pasó? —exclamé sorprendida.

Mi madre, que estaba charlando con Ben, el mozo encargado de la habitación, me dijo:

—Agradéceselo a Ben. El arregló todo.

Ben había cambiado de lugar mi muñeca japonesa del siglo XVI, las flores, los libros, otra muñeca de lujo que representaba a una cortesana del siglo XVII, metida en una caja de vidrio. Esta muñeca me fascinaba, pues hasta tenía una pequeña peineta de carey que se podía quitar y poner en su peluca que tenía varios chongos negros de pelo auténtico y llevaba varios kimonos, uno encima del otro, de distintos brocados y colores tenues. Mi padre se la compró a mi madre, baratísima, en Takashimaya, después de que ella le entregó los tres mil dólares de Sim. Ya no las hacen así. En los años setenta vi ejemplares muy corrientes de estas muñecas, a mil dólares cada una, en el Takashimaya de Nueva York.

En fin, con pocos objetos, como un mago, Ben había transformado el cuarto; me quedé viéndolo extasiada y oí que le preguntaba a mi madre:

—Señora, está lloviendo. ¿Le gusta a usted la lluvia?

—Me encanta —contestó, sincera como siempre.

—Entonces a la señora le gusta la poesía, como a mí —dijo Ben, con melancolía. Y siguió charlando de los clásicos japoneses que mi mamá tenía en el cuarto. Los había leído todos.

—Yo sólo soy feliz cuando sueño —agregó con sonrisa triste.

En cierta ocasión, anunciaron con mucha publicidad la llegada de los Harlem Globetrotters, esos negros gigantescos que juegan basquetbol. Y de manera sorpresiva llegó del palacio del emperador una invitación dirigida a "Miss Helena Paz"; era del príncipe Chichibunomiya, hermano del emperador, y su esposa, que tenían el gusto de invitarme a su palco para ver jugar a los Harlem.

Furuya estaba muy emocionado.

—Fue el primo hermano del emperador, el dueño de la tienda de antigüedades, que de seguro le contó a la familia imperial su amistad con usted, una niña occidental única que habla japonés y que cree que su última rencarnación fue en Japón.

En eso llegaron mis padres de la calle. Furuya les enseñó con orgullo la invitación. Mi padre despotricó.

—Eso no es posible, yo soy el encargado de negocios. Debe ser una equivocación. Furuya, hable usted al ministerio correspondiente para aclarar este embrollo.

Furuya habló y confirmaron que *yo* era la invitada, por órdenes expresas de la familia imperial. Mi padre estaba asombrado y notoriamente molesto conmigo.

El señor Furuya, que era de muy buena familia, tenía amigos japoneses que lo iban a visitar a la embajada. Después mi madre le comentaba:

—Ese señor tendrá unos cuarenta años, ¿verdad?

—No, señora, tiene setenta.

El doctor Fukase decía que se veían tan jóvenes porque se reían todo el tiempo —"la risa dilata el corazón"; decía— y por la dieta tan sobria que llevaban.

Llegó el gran día. Mi madre me vistió con mi traje de bordado inglés blanco que era mi gran lujo. Con un listón largo en la cintura de terciopelo cereza. El señor Murphy, que también estaba invitado al palco del príncipe Chichibunomiya, propuso llevarme en la limusina de la embajada americana. Eso resolvió el problema porque no podía llegar sola en taxi, y quizá me hubiera perdido entre la multitud. Pero la que tenía el asiento cerca de los príncipes Chichibunomiya era yo, y a un lado los japoneses sentaron al embajador Murphy. Éste se reía muy divertido con mi éxito.

El príncipe Chichibunomiya me pareció mayor, como de unos cincuenta al igual que su esposa, quien llevaba un vestido de gasa estampada en marrones y beiges, y una sombrilla en la mano para protegerse del sol. Pero con los japoneses, como dije, nunca se sabía.

Iban vestidos a la occidental y eran de una elegancia extraordinaria y de unos modales finísimos.

Estuvieron muy amables conmigo, me platicaban sin parar antes del juego. Después, quedaron absortos como niños ante los gigantescos negros. Las cámaras de cine (pues los noticiarios salían en los cines en aquel entonces y no en la TV) no paraban de filmarme. Sí, era raro ver a una niña

desconocida en el palco de los príncipes.

Yo estaba feliz de salir en el cine. Cuando terminó el partido les hice mi reverencia de Las Abejas y dijeron que pronto nos volveríamos a ver. Les conté a mis padres lo de las cámaras. Pero mi madre se sentía muy mal, y se la pasaba leyendo a los clásicos japoneses que le habían recomendado Borges y Bioy, y mi padre me acusó de vanidosa y se negó, rotundamente, a llevarme al cine.

Había un barrio llamado Shibuya, que no había sido quemado por el fósforo. Era muy bello, con grandes y antiguas casas tradicionales de madera, las bardas eran hileras de arbustos y para rentarlas habían sido amuebladas al estilo americano por sus dueños. Nos urgía mudarnos de la "residencia" porque resultaba muy cara. Pero cada casa que encontrábamos ya había sido alquilada por oficiales americanos con mujer e hijos. Y los niños americanos, tan mimados y maleducados, habían roto todo y las habían vuelto inhabitables.

Un día que fui a visitar al señor Furuya a "las oficinas", vi que había un pequeño clóset cerrado con llave. Me dio curiosidad y le pedí que me lo abriera. Sonriente lo hizo. En su interior había un tesoro: treinta barras gruesas de plata pura.

—¿Y de quién es esto señor Furuya?

—Pues de nadie, las trajo el último embajador de México en Japón, antes de la guerra. Ese hombre hacía mucho contrabando. Cuando México le declaró la guerra al Japón, se regresó a su país y las olvidó aquí. Yo las salvé del incendio de la embajada y me las traje a este hotel.

—Entonces son de usted, señor Furuya.

Furuya puso una cara muy seria y respondió de manera respetuosa:

—Más bien de usted señorita Paz. Usted es mexicana. Dígale a su padre que las tome. Así se resuelven los problemas económicos y su madre se podría internar en un hospital o irse a Suiza, pues ya viene el calor y eso no es bueno para su madre.

Los japoneses querían bien a mi madre. Nunca les gritaba, y se la pasaba acostada leyendo a sus autores clásicos. En eso, entró mi padre a la "oficina". Al ver la plata quedó asombrado y preguntó por su origen, y Furuya volvió a relatar la historia. Yo saltaba de felicidad.

—Papá, quédate con esta plata. Nadie sabe que existe y así se resuelven los problemas.

—¿Por quién me tomas, chiquita? ¿Por un occidental ávido como tú, que juega a ser oriental budista?, porque, en realidad, estás muy apegada a lo material.

El señor Furuya interrumpió:

—Señor Paz, usted es sólo encargado de negocios. Pronto van a nombrar a un embajador de México, y ése sí se va a quedar con la plata.

Mi padre fue inconmovible y se negó a apoderarse de la plata. Yo hice una rabieta tremenda pero no le dije nada.

Días antes, mi padre había tenido que ir a presentar sus cartas credenciales al emperador de Japón. Curiosamente, los japoneses habían conservado el ceremonial español, pues España fue el primer país occidental que tuvo relaciones con Japón y el último, hasta que los americanos, a cañonazos, en el siglo antepasado, obligaron al imperio del Sol Naciente a abrirse al mundo, y a

recibirlos. Por esa razón ese día se presentó a la puerta del hotel Imperial una antigua carroza, con seis caballos pura sangre, y cocheros vestidos como criados españoles del siglo XVII. La carroza era toda de madera labrada y dorada; una obra de arte.

En el momento en que estaban esperando a mi padre, salió un americano del hotel, y al ver la carroza se volvió hacia mi madre y a mí, que habíamos salido a despedir a mi padre y desearle buena suerte:

—Yo pedí un taxi pero esto es demasiado —exclamó el americano, muy asombrado.

Cuando le explicamos el asunto, se echó a reír.

—Buena suerte, chicas —y se alejó buscando un taxi.

Cuando mi padre volvió de palacio estábamos muertas de curiosidad.

—¿Cómo te fue?

—¿Cómo es el palacio?

—¿Y el emperador?

—¡Ay!, no me fijé. Discúlpenme, pero ya saben que a mí los detalles no me interesan.

Entonces le dije muy decepcionada:

—Habías prometido fijarte en todo para contarnos.

—Pues, sí, pero se me olvidó. Tenía que hacer dos pasos hacia adelante y uno hacia atrás. El ruido de mis zapatos al rechinar sobre las baldosas me puso muy nervioso.

Cuando él se fue a la "oficina" mi madre suspiró:

—Ay, ay, ¿en qué mundo vive? Tuvo una experiencia única y no se acuerda de nada.

Yo agregué:

—Un verdadero poeta se conmueve con la belleza del palacio, de los kimonos de ceremonia, o se rebela contra todo ese ceremonial.

Yo leía mucha poesía desde los seis años. Era la asignatura que más me gustaba en mi escuela, en Francia. Y desde que llegué a Japón me dediqué a leer poesía japonesa clásica traducida al inglés. No se me había olvidado el inglés. Y además, en el colegio francés estudiábamos el inglés a fondo y nos hacían leer poemas de los poetas clásicos ingleses.

—Tu padre es muy raro —contestó mi madre.

Ella siempre decía eso, en lugar de "es un egoísta, un avaro", en fin, algo más tangible o definido. Acerca de los amigos, también comentaba: "son muy raros".

En el caso de mi padre, creo que no me quiso poner en contra de él. Para ella su padre había sido muy importante, y tal vez quería lo mismo para mí. Como cuando me regaló el libro en la Navidad de Austria, dizque firmado por mi padre y que en realidad ella lo había hecho. Pero creo que hizo mal. Si me hubiese dicho la verdad sobre mi padre desde el principio, no hubiera sido tan desdichada cuando me repudió.

Aunque pienso que en esa época ni ella misma lo conocía realmente, pues era de una ingenuidad y de una inconsciencia pasmosas.

Mildred, mi madre y yo conocimos en el barco a una húngara muy loca y guapa, Ilonka. Mildred decía que no la soportaba pero se la pasaba charlando con ella.

—Conocí a mi marido actual, Nessim, en Egipto. Es un judío tacaño como todos los de su raza. ¡Ay!, pero qué me dio por casarme con esta *muestra* de marido —se quejaba Ilonka.

Le fascinaba la ropa y era muy coqueta. En el ropero de su camarote tenía como ochenta pares de zapatos, diez trajes de baile, en fin, muchísima ropa, elegante y vistosa, que le había comprado la "muestra". Lo curioso es que, en el barco, coqueteaba con todos los hombres pero no tuvo ningún amante. En realidad, estaba demasiado ocupada en ella misma, su belleza, su elegancia.

Pero como dicen en París: "Ah, ¿es coqueta? Entonces no se acuesta". Y hay mucho de verdad en ese dicho francés. Llegando a Japón nos presentó a Nessim, su marido, un hombre feo pero muy agradable que estaba loco por ella.

Nessim tenía varios socios judíos en sus negocios. El que parecía más importante era uno muy risueño y gordinflón. Todos ellos tenían magníficas casas amuebladas al estilo occidental. Un día, nos invitó a cenar a su casa el amigo de Nessim. Estaban todos ahí. Cantaron, hicieron bromas y, después de la cena, el gordo se puso a tocar la batería.

Mi padre estaba encantado con ellos. Era la primera vez que yo lo veía feliz en Japón y se dedicó a frecuentarlos. A mí me mimaban mucho; me invitaban con mis padres a sus comidas y colmaban de elogios a la "pequeña", como me llamaban. Un día, Mildred vino alarmadísima a ver a mi madre.

—Papá ya investigó a Ilonka, a Nessin, a todos ellos. Que Octavio ya no los frecuente, pues sacan un enorme dineral de comerciar con China roja. Son comunistas y dos caras. Un día de éstos los van a atrapar.

Era cuando China roja no tenía relaciones diplomáticas con Occidente. Sin embargo, mientras estuvimos en Japón nunca les pasó nada a Ilonka ni a su marido.

Alguna vez, el señor Furuya le pidió un favor a mi padre. Había mucho trabajo en la embajada y se necesitaban más empleados. Furuya conocía a un chico de muy buena familia a la que la guerra había arruinado. Su padre había muerto combatiendo por Japón.

El chico tenía una madre viuda y seis hermanitos que mantener, era el señor Ota. Mi padre lo aceptó. Era un joven japonés, delgado, de modales muy finos.

Fue un caso muy triste. No me gusta acordarme del señor Ota, porque mi padre desahogaba la rabia que lo carcomía día y noche en él. El muchacho hablaba muy bien el inglés.

Un día, entré en la "oficina" porque mi madre ya no quería ir ahí; sufría mucho al ver cómo trataba mi padre al señor Ota, un ser humano desdichado, al que nadie protegía.

Mi madre le había suplicado muchas veces, llorando, que no lo tratara de esa manera. Furuya le había dicho a mi madre que, por su honor, el señor Ota iba a renunciar y, entonces, en ese Japón todavía arruinado, se morirían de hambre él y su familia.

Entré con mucha curiosidad y vi una escena sórdida. El señor Ota, inclinado ante mi padre como lo hacen los japoneses, y mi padre pegándose en la frente, señal de rabia en él, y echando literalmente espuma por la boca (eso le pasaba cuando se enfurecía) le gritaba al señor Ota:

—¡Usted es un imbécil, mono amarillo! ¡Todo lo hace mal!

A lo cual siguió una retahíla larguísima de insultos y gritos. El señor Ota temblando de rabia ante las ofensas, lo escuchaba en silencio. Yo intervine (no le tenía miedo a nadie) y acusé a mi

padre:

—Eres un tirano malvado. ¿Por qué no insultabas así a tus compañeros de la embajada en París, los que tanto daño te hacían? Por miedo ¿verdad? ¡Pídele una disculpa al señor Ota!

—¡De ninguna manera, niña imbécil y... exhibicionista... andas de kimono sólo para llamar la atención de estos micos! ¡Tú no eres oriental! —decía, mientras se pegaba en la frente—; ¡eres una farsante y de una codicia que me enferma! ¡Por eso querías que me robara la plata!

Me quedé callada, pues en ese tiempo creía todo lo que me decían mis padres. Lo reflexionaba, y si el regaño era justo les hacía caso. Si no era justo, seguía procediendo como antes.

Mi padre prosiguió:

—¡Sal ahora mismo de mi oficina! Con qué derecho te metes en mi trabajo, ¡maleducada!

Me salí muy triste viendo que no podía ayudar al señor Ota. Éste, a los pocos días, renunció. El señor Furuya estaba desesperado y, confidencialmente, nos contó a mi madre y a mí que él y todos los japoneses consideraban a mi padre un mal hombre sin educación. Sabrá Dios que habrá sido del señor Ota.

Ya estaba cerca el verano. Todos los diplomáticos se iban a Kariuzawa, un pueblo bellísimo en las montañas, con la belleza japonesa delicada y frágil. Era un lugar fresco, estaba a unos mil metros de altura y rodeado de bosques.

Tavares, un diplomático brasileño que se había hecho amigo de mi padre, porque opinaba lo mismo que él sobre los japoneses, nos llevó a Kariuzawa. Llevaba un lujoso auto americano. A mí no me gustaba viajar con él, pues iba a una velocidad desaforada, y cada vez que salía andaba matando a un japonés. Al pasar, les gritaba "vaca, vaca" que es un grave insulto en Japón. Tenía una esposa bonitilla, muy cursi, María Cristina, y un hijito odioso, Oswaldito, de unos seis años, súper mimado, que de todo hacía un berrinche, y muy timorato.

María Cristina coqueteaba mucho con Grau, un diplomático peruano, *playboy*, al que le encantaba jugar al póker. Mi madre era buenísima para eso y había hecho pareja con mi padre. Tenían una clave; ciertas palabras cifradas. Jugaban mucho con Grau y las apuestas (eran de familias ricas) eran muy altas. Como es un juego de mucha psicología, mi madre muy inteligente les ganaba a todos los hombres, ayudada por mi padre. Él se ponía feliz, pues había noches en que mi madre ganaba hasta quinientos dólares de aquellos tiempos.

Regresaban alegres a la "embajada", mi padre muy satisfecho, pues necesitaba mucho el dinero que ella ganaba.

Tavares le explicó a mi padre que las casas grandes estilo japonés por fuera y occidental por dentro eran carísimas en Kariuzawa:

—No van a poder ir —dijo muy ufano.

Me repugnaba el Tavares, con su cara de gorila. Y no entendía su amistad con mi padre, pues además era un franquista furibundo. Mi padre le discutía en las fiestas, pero como mi madre me contaba:

—Es imposible razonar con ese energúmeno. No entiendo a tu padre; cada vez que discuten,

Tavares, delante de todo el cuerpo diplomático, le grita “comunista”.

No sabíamos qué hacer para irnos a Kariuzawa y el calor se estaba volviendo insoportable en Tokio. Sin embargo, el señor Furuya nos salvó. Él tenía un amigo que poseía una pequeña casa a media montaña en Kariuzawa.

Felices, dejamos el calor agobiante de Tokio y nos fuimos a la cabaña con Mildred Murphy. Los Murphy eran las personas más importantes del cuerpo diplomático en Japón, y nuestra amistad con esta familia nos trajo muchas envidias. Mi padre sólo se aparecía los fines de semana, pues él no tenía vacaciones en ese momento. El señor Murphy tampoco fue, se quedó en Tokio, en su elegante palacete, pero ahí todos los cuartos tenían aire acondicionado.

Furuya hasta nos consiguió una criada: Akiko San (*San* es honorable; y en Japón, después del nombre, hay que agregar San).

La cabaña estaba construida sobre bases de madera. Tenía dos pisos, puertas corredizas estilo japonés, pero no eran de papel sino de vidrio, y mesitas y divanes bajos.

La primera noche que pasamos en la cabaña, mi mamá, Mildred y yo, fue de pesadilla. Centenares de mariposas nocturnas se pegaron a los vidrios haciendo “plop-plop”, y aún no sé cómo se colaron dentro de la casa. Aterradas, nos sentamos en las camas cubriéndonos la cara, pues los cuartos se habían llenado de horribles mariposas negras. Akiko San nos explicó en japonés:

—No tengan miedo. Mi marido vive en una cabaña cercana y fue héroe de la guerra, ¡lo voy a buscar!

Se fue y regresó con un hombre guapísimo con una *yukata* (kimono para hombre) azul marino. Y con una revista y una escoba mató a todas las mariposas mientras las tres gritábamos: “¡socorro, socorro!”.

Le llevó toda la noche; ya en la madrugada toda la invasión había muerto, pero hasta los zapatos estaban llenos de esos seres malignos.

Para distraernos y tranquilizarnos él nos enseñó su nuca: estaba espantosa, parecía la corteza de un árbol, toda café. Y Akiko San, muy triste, nos contó que su marido estaba en las afueras de Nagasaki cuando cayó la bomba atómica.

—Está radiado; esas escamas progresan y le queda poco de vida.

—¡Ay!, qué tragedia —dije realmente impresionada.

Él se rio de mi miedo y dijo que la guerra había sido terrible para todos los japoneses, y agregó:

—No teman, las mariposas no van a volver. Vinieron la primera noche por la luna. Estaban aturdidas, pero no volverán.

Y tuvo razón, no regresaron.

Akiko San y su marido vivían en una pequeña cabaña de madera muy cerca de la nuestra. ¡Cuántas veces no lo vi en posición de loto, vestido con su *yukata* azul marino, meditando apaciblemente bajo un gran pino! Su bello rostro reflejaba serenidad asombrosa. Nunca se quejaba ni hablaba mal de los que echaron la bomba atómica; la piel de su nuca estaba gruesa con varias capas de espesor y color marrón.

Mi madre, gracias a Mildred, se hizo socia del elegante club de golf de Kariuzawa. Pronto

aprendió y se hizo muy buena golfista. El doctor Fukase le había aconsejado practicar algún deporte suave.

Mi madre me había comprado una bicicleta, y no me acuerdo cómo me había hecho amiga inseparable del hijo de unos diplomáticos españoles, Emilito Alonso, quien era rubio, guapo y tremendo. Todos los días venía por mí y recorríamos en bicicleta el pueblo y sus aledaños. Nos parábamos en el asiento de las bicicletas, sólo cogidos de una mano a los manubrios y toda clase de acrobacias.

En estos paseos, una vez vimos a un señor muy flaco, rubio y pálido que iba caminando y rezando en alemán. Akiko San nos contó que era un pastor protestante que había llegado a Japón cuando el Eje. Y ahora no tenía dinero para regresar a Alemania. Además, agregó, tenía unos hijos preciosos pero que casi no comían. Le dije a Akiko que trajera a la mayor, Cristina, que tenía trece años. Nosotros desayunábamos abundantemente: huevos fritos con tocino y, sobre todo, hot cakes, que yo había descubierto en la época de Berkeley.

Yo tenía un apetito feroz, pero no engordaba porque no paraba ni un segundo. Cristina vino muy tímida. Hablaba inglés, era una niña muy bonita y tenía un cabello precioso, rubio con mechas platinadas. De inmediato le propuse jugar a la peluquería, y enseguida le desbaraté las trenzas. Recuerdo que la peinaba de mil maneras. Tomé mi revancha de lo que mi madre no me permitía hacer con su cabello.

Cristina era muy tímida y recatada. Sólo al cabo de unos días de venir a desayunar, nos confesó que nos había visto a Emilito y a mí en bicicleta y que le parecíamos tremendos.

Emilito hablaba muy bien japonés y nos hicimos amigos de los choferes de autobuses, que nos sentaban entre sus piernas y nos dejaban “manejar” sus vehículos. También andábamos con los estudiantes de uniforme negro, con cuellito chino blanco y sus gorros negros, como de militares. Todo el cuerpo diplomático —menos los españoles— regañaba a mi madre por permitirme andar con japoneses. No sé si porque habían sido aliados de los alemanes o por racismo.

Cuando llegó mi padre a Kariuzawa me echó un sermón en contra de ellos:

—Son monos de imitación. No tienen ideas originales y el Japón que tú amas, el tradicional, va a desaparecer.

No le creía nada, pero me quedaba callada. Era mejor dejarlo hablar.

Nosotros teníamos jarrones de cerámica que mi mamá había comprado, muy baratos, en el pueblo. Me acuerdo, en especial, de un jarroncito para flores de cerámica, gris pálido, con una sola flor morada. En general, todos los objetos de la casa eran hechos todavía a mano: vajillas, canastos, juegos de cubiertos, todo.

Cuando hicieron la fiesta del solsticio de verano en el pueblo, me puse mi kimono y fui a tomar parte en las festividades. Todo ocurría en una explanada rodeada de bosques. Tocaban música japonesa y me puse en la fila de las niñas a bailar. Era una danza muy sencilla pero me encantó. También me compré pulpos asados, enganchados en palillos largos; admiré a los peleadores de sumo que eran enormemente gordos; en fin, me divertí muchísimo, pero Cris desde la colina me había visto y corrió alarmadísima a avisarle a mi madre:

—Helena está participando en una fiesta pagana, señora Paz. Usted es cristiana, ¿verdad?

¡Tiene que sacarla de ahí de inmediato!

Mi mamá fue con Cris a espiarme y le dio risa que yo participara en la "fiesta pagana". Le dijo a Cris que no se preocupara, que eran extravagancias mías. Pero la chica estaba horrorizada.

También íbamos, Emilito y yo, a una escuela alemana que estaba abandonada; los hijos de los pastores americanos, que también eran tremendos, nos enseñaban a trepar por unos muros de madera. Ahí alcanzábamos el techo cuyas tejas ya tenían agujeros. Lo único que había en el interior del enorme recinto era una gran viga que estaba cerca del techo y que iba de un lado al otro del salón vacío.

Había una altura de unos quince metros entre la viga y el suelo. Los niños americanos se trepaban a la viga en el techo y la recorrían toda a horcajadas. Nos desafiaron a hacerlo y Emilito y yo nos apresuramos a recorrer la viga de ida y vuelta. Yo era la única niña. Éramos realmente inconscientes, pues una caída hubiera sido mortal.

Cris, que nos seguía a todas partes, corrió a avisarle a mi madre y la llevó a la vieja escuela. Cuando ellas entraron a través de la puerta desvencijada, era yo, justamente, la que estaba montada en la viga. Mi madre se espantó y me ordenó bajarme. Tuve que descender por el techo y me hizo prometer que no volvería a esa escuela.

Una ocasión, Cris me dijo que me iba a presentar a una amiga suya, una mestiza, cuyo padre japonés había muerto en la guerra dejando viuda a su esposa alemana. Se llamaba Makiko, y fue un día con Cristina. Me invitó a pasear por Kariuzawa. Yo, con lo curiosa que era, acepté enseguida. No me enseñó nada nuevo, pues yo lo había recorrido todo de cabo a rabo con Emilito. Pero nunca había conocido a una medio japonesa y quería que me contara su vida; no obstante, sobre ese tema se mostró evasiva y fingía cierto desdén por todo, pero esto se debía a que era mestiza y los japoneses no los aceptaban.

A pesar de todo, era una niña muy refinada, con modales aristocráticos, pues su padre había pertenecido a una gran familia japonesa, ahora arruinada. Hablaba un inglés perfecto y había leído mucho, así es que me pasé un día encantador con ella, no sin recibir algunas lecciones de corrección de su parte.

Una viejita tenía una dulcería en el centro del pueblo y vendía unas galletas deliciosas. Y, además, me quería mucho. Fui a comprar las famosas galletas con Makiko, y le quise regalar una bolsita de dulces pero la rehusó. Ella pagó sus dulces.

Así como a los japoneses les encanta hacer regalos, se consideran ofendidos si uno les paga una comida, por ejemplo.

Más tarde decidimos ir al club de tenis, que tenía entrada libre, pero que era frecuentado sólo por adolescentes americanos. Entonces, en la calle, empecé a comer mis galletas para gran vergüenza de Makiko.

—¿No sabes que es de la peor educación comer en la calle?

No le contesté y me guardé mis galletas en uno de los bolsillos de los jeans. Llegamos al club de tenis. Makiko decía:

—Mira qué vulgares son los americanos. ¡Es increíble!

Y, en efecto, para mis ojos de niña educada en Francia y muy convencional, me enfurecí con ellos pero no se lo demostré. Junto a las canchas de tenis, por cierto en ese momento vacías,

estaban las gradas de madera para el público, desiertas también. Ahí nos instalamos Makiko y yo muy decepcionadas, pues hubiéramos querido jugar tenis, que a ambas nos encantaba.

Cerca de los vestidores había sillones de bejuco blanco. Cada uno estaba ocupado por parejas de adolescentes americanos que, sin el menor pudor, se besaban en la boca y se metían mano. Me acuerdo, sobre todo, de una rubita muy bonita de unos quince años, sentada sobre las piernas de un muchacho americano común y corriente. Ella lo tenía agarrado por los cabellos y se besaba en la boca con él. Y todo su cuerpo untado, como pulpo, al del muchacho.

Él le metía la mano en el escote de la blusa. Yo, tan inocente, no sabía bien a bien por qué hacían eso. Y al mismo tiempo, cuando dejaban de besarse, mascaban chicle con la boca abierta. Me dio rabia que esa chica tan guapa hiciera semejantes cosas.

Desde niña admiré la belleza. Si la chica hubiera sido fea, creo que no me hubiera importado tanto. De vez en cuando, una de esas parejas desaparecía en los vestidores, no sin antes haber cerrado la puerta.

De común acuerdo, Makiko y yo, asqueadas, abandonamos el lugar. Volvimos a caminar sin rumbo comentando lo que habíamos visto:

—Mira, es mejor olvidarlo.

—Y pensar que ese pueblo tan vulgar derrotó al Japón imperial... y, además, quieren que se vuelva como ellos —exclamó furiosa Makiko.

Ella fue la que me contó que el general MacArthur, por órdenes del gobierno americano, había redactado una nueva constitución para los japoneses.

También me explicó que antes había varias clases en Japón: el emperador y los nobles de la corte, luego los samuráis que eran los nobles guerreros y, al final, los comerciantes y los campesinos. Los americanos decretaron que todos eran iguales. Impusieron un gobierno democrático en Japón; no quitaron al emperador Hirohito, pues todos los japoneses lo adoraban y temieron una revuelta sangrienta si lo deponían. Pero ¿cuál igualdad?

Les quitaron todos sus bienes, sus casas a los nobles y a los samuráis y los redujeron al estado de mendicidad. Por cierto que éstos eran muy sencillos, y no vivían en el lujo de los millonarios americanos. Entonces le conté a Makiko lo del viejito de la tienda de antigüedades en Tokio, que me había presentado a Yukio Mishima. Ella se entristeció y me contó que toda la nobleza criticaba a ese primo hermano del emperador por haberse metido a comerciante, y me explicó que Yukio Mishima era el mejor escritor joven del Japón. Un genio, aunque desconocido en Occidente.

Me acompañó hacia mi cabaña y me dijo con expresión divertida:

—Fíjate que la pobre de Cris cree que ustedes son muy ricos porque desayunan hot cakes.

Y luego, ya seria y entristecida, me explicó que Cris y su familia estaban en una miseria terrible por ser alemanes. Le pregunté que si mi madre, que era tan generosa, le podría regalar dinero al misionero alemán:

—¡Qué buena idea! Pero, no; se ofendería mucho. ¡Ya sé!, que le ofrezca el dinero para su iglesita que se está cayendo en ruinas, y así lo aceptará —dijo con alegría. Nos despedimos muy amigas.

Le conté la historia del papá de Cris a mi madre, y ese mismo día hizo lo que Makiko aconsejaba. Al día siguiente, la alemancita vino a desayunar con nosotros como era su costumbre

y, al ver a mi mamá, estalló en sollozos.

—¡Ah, señora, qué buena es usted! No sé cómo logró que mi padre aceptara su dinero pero nos ha salvado.

Mi madre le dijo que no llorara, que estuviera contenta, y que iba a seguir haciéndolo.

Mildred se pasó todo el verano en Kariuzawa con mi madre, y la tomó de confidente y como una especie de guía espiritual.

De vez en cuando, bajaban al pueblo a visitar a las señoras del cuerpo diplomático que las invitaban a sus lujosas mansiones. Pero a mi madre y a Mildred estas personas las aburrían mucho.

Cuando llegaba mi padre a pasar los fines de semana en Kariuzawa, insistía en ir a esas pequeñas reuniones, pues él era muy sociable, todo lo contrario de mi madre, que era introvertida y la mayoría de la gente la aburría.

En casa de los Tavares, mi padre no paraba de exaltar "la belleza extraordinaria" de Cristina Tavares, mujer bonita pero furris y que le tenía mucha envidia a mi madre. La declaraba la belleza del cuerpo diplomático y se deshacía en elogios.

Por primera vez me disgustó la manera como él trataba a mi madre en público. Ella seguía muy enamorada de Bioy Casares y, además, se sentía demasiado mal de salud para que esas tonterías le importaran.

En las reuniones, por la tarde, en los jardines donde los pinos antiquísimos hacían sombra y las flores, muy bien cuidadas por los japoneses, componían una sinfonía de perfumes, todas las señoras diplomáticas llevaban un matamoscas en la mano, pues la plaga de Kariuzawa eran unos tábanos imponentes cuyos piquetes dejaban unas ronchas enormes y muy dolorosas.

Los más elegantes del cuerpo diplomático eran el embajador de España y su esposa. Aquél era muy delgado, con el pelo entrecano, y su esposa, flaquísima, siempre vestida en colores pastel que hacían resaltar su melena corta y blanca.

Mi madre me contó una anécdota muy divertida acerca de ellos. Estaban en una recepción diplomática, en la gran casa que la embajada española tenía en Kariuzawa. Tavares, que era un franquista delirante, andaba de lambiscón con el embajador de España. Pero éste, que era del tipo español fino, de los que hablan en voz baja y con mucho sentido del humor, no soportaba los gritos y los ademanes desenfrenados de Tavares.

En esa recepción, me contó mi madre, la embajadora llevaba un traje de seda verde agua escotadísimo, que sólo dejaba ver sus huesos delicados y muchísimas perlas blancas y grises en la garganta, sortijas de perlas en las manos y aretes de perlas negras. Estaba elegantísima y con la belleza de la edad un poco más que madura.

Mi madre y el embajador estaban charlando y haciendo bromas sobre la concurrencia, medio escondidos, detrás de una gran cortina color amarillo mostaza (del amarillo de la bandera española), en el momento en que el embajador empezó a burlarse de Tavares:

—Mire usted, hija mía, qué retoños nos han salido a los españoles, como ese gorila arrebatado de Tavares.

El aludido surgió de entre la cortina donde estaba escondido, espiando a mi madre y al

embajador, y se puso a vociferar:

—¡Traición! Los españoles nos han traicionado.

Y no paraba de insultar, a grito herido, al embajador. Armó tal escándalo en la fiesta, que lo tuvieron que sacar a fuerzas los mozos japoneses. A mi madre y al embajador, el grotesco Tavares les provocó un estallido de risa que no se les quitaba con nada.

Cuando le tocaron sus quince días de vacaciones al embajador Murphy, les pidió a mis padres pasárselas con ellos; naturalmente, llegó con su esposa. Decía que estaba harto de las fiestas diplomáticas y quería descansar y no ver a nadie. "Sólo a gente tan agradable como mis padres". Y lo decía con sinceridad, pues, en realidad, los estimaba mucho.

Todos los diplomáticos casi hacían cola en la cabaña para verlos, pero los Murphy se escondían. Eso les provocó muchas envidias a mis padres, pues decían que ellos eran los que no les permitían ver a los Murphy.

Además, el que el embajador americano se hubiese ido de vacaciones a una cabaña en lugar de alquilar una lujosa mansión en Kariuzawa, o aceptar las invitaciones de los otros diplomáticos, también provocó envidias fortísimas (en aquella época el embajador americano era como el virrey de Japón).

Mientras tanto, yo seguía en mis andanzas y mis travesuras con Emilito. Éste tenía una hermanita de unos cinco años, Mercedes Alonso, preciosa, muy blanca, rosada, de pelo oscuro, ojos color avellana y una naricita respingada. Tenía una nana japonesa y sólo hablaba japonés. Esta niña era adorable. Los demás diplomáticos europeos criticaban mucho a los Alonso, por dejar andar a sus hijos con japoneses.

Los Murphy tuvieron que regresar a Tokio y Mildred se fue con ellos. Mi madre y ella me llamaban The Horse, el caballo, porque no paraba de correr, saltar, o andar en bicicleta.

Y siguiendo con las travesuras, se me ocurrió una gran idea: montar en bicicleta con mis *gettas,* los zapatos campesinos de madera.

Era muy difícil andar con *gettas* pero ya lo había logrado (iba sola ese día), cuando, en un momento de descuido, me desbarranqué por un sendero arenoso y lleno de pequeñas piedras. Me desgarré la rodilla izquierda, la herida se me llenó de arena y pequeñas piedras, y llegué cojeando sin llorar, a la cabaña donde estaban sólo mi madre y Akiko San.

Se me infectó la rodilla y estaba hinchadísima. Mi madre no se atrevía a curarme porque decía que la sangre le daba horror. Akiko San le aconsejaba, en japonés, que llamara a un doctor, pues las heridas en las rodillas con tantos cartílagos y articulaciones, y el hueso, son muy peligrosas.

Mi madre me limpió, rápidamente, con un algodón empapado en alcohol, pues tenía que asistir a una cena diplomática esa noche con mi padre.

Poco después ardía en fiebre, y Akiko San, que no dormía en la casa, trajo a una campesina del pueblo para que se quedase conmigo, pues me veía muy mal, y se fue muy alarmada a dormir a su casa con su marido. Mis padres le explicaron a la campesina que no se moviera del banquito que habían acomodado junto a mi cama y, cuando llegaron al amanecer de su fiesta, la encontraron inmóvil como una estatua. No se había levantado ni una vez, ni siquiera para ir al baño. Por más que yo le decía que se levantara, ella contestaba:

—Yo le prometí a sus padres, niña san, cuidarla bien, y lo tengo que cumplir.

Se fue cuando mis padres llegaron de la fiesta, muertos de sueño y, al día siguiente, me llevó de regalo una muñeca campesina del pueblo.

El aspecto de mi rodilla estaba alarmante. Se decidió entonces llevarme a Tokio para que me revisara la rodilla el doctor Fukase. Éste se indignó ante la negligencia de mis padres; dijo que la infección había penetrado profundamente en la rodilla y corría el riesgo de quedarme coja.

Decidió operarme enseguida. La operación salió bien y me puso un vendaje imponente en la rodilla y me recetó un mes en cama con la rodilla inmóvil.

Me aburría muchísimo en el cuarto del hotel, y mi madre se puso a buscar libros para niños en francés y encontró una edición de *Los miserables.* A ella no le gustaba Victor Hugo pero no me lo dijo, y fue el único libro apropiado para niños que encontró en esos puestos de libros finos de los japoneses de clase alta que estaban en la miseria. Me leí *Los miserables* en una semana. Ya había leído *Nuestra señora de París* en la casa de Les Cevenes, con Catherine Caillois, la hija de Roger Caillois, y me había gustado. Pero no tanto como Jack London, Jules Verne o Lewis Carroll.

Los miserables me encantaron. No paré de llorar durante ocho días y no me movía del cuarto. Pedía la comida por el *room service* y me daba gusto ordenando todo lo que quería del *grill room*. Pero pronto se acabaron *Los miserables* y me entró un capricho tremendo por ir al PX a comprar los comics que había descubierto ahí. Entonces, cuando mis padres salían, que era casi todo el día, les robaba unos cuantos dólares y me bajaba al sótano del hotel Imperial, a los lugares que sabía frecuentaban los soldados americanos, y con mis shorts azul marino, mi blusita blanca y mi enorme vendaje, les ofrecía cambiar mis escasos dólares normales por dólares del PX. Los dos o tres primeros días tuve éxito, hasta que me encontró un oficial americano muy guapo. Me tomó por una niña euroasiática y me dijo:

—Espérame aquí. Voy por dólares PX.

Y me cayeron tres MP (policías militares) que me sujetaron firmemente por los brazos, me amenazaron furiosos con la cárcel si no les decía qué banda me mandaba a hacer tráfico de dólares. Me espanté muchísimo, porque me sometieron a un interrogatorio de veras amenazador, y preferí decirles la verdad (yo no les temía a mis padres sino a ellos). Llamaron a la "oficina" y por desdicha nadie contestó. Furuya y mi padre habían salido.

Entonces, les dije que era muy amiga de la familia Murphy, que le hablaran a su embajador Robert Murphy. Primero no me creyeron, claro, pero ante mis súplicas accedieron a llamar a la embajada americana, "con el embajador de parte de miss Helena Paz". Aunque me advirtieron que si no me reconocía, el castigo sería más severo. El embajador se puso al teléfono de inmediato. Después les contó a mis padres que mi "hazaña" le había provocado risa pero ante la furia de los MP contra mí, los regañó severamente y les ordenó que me soltaran y que me acompañaran a mi cuarto en el hotel, pues mi herida en la rodilla era muy seria. Se asustó por mi audacia y por el daño que tanto caminar le podía hacer a mi herida.

Los MP me soltaron, me pidieron miles de disculpas, me explicaron que había delincuentes occidentales que agarraban niños japoneses o mestizos huérfanos para hacer contrabando.

Me acompañaron hasta mi cuarto muy corteses, parecían otros, y me recomendaron no moverme de mi cama.

Murphy localizó a mi padre y le contó mi aventura. Mis padres llegaron enseguida al hotel. Mi padre, muy molesto conmigo, me dijo que había puesto su carrera en peligro, que lo había ridiculizado ante el embajador americano, y quién sabe cuántas cosas más. Pero no fue así, porque esa misma tarde el embajador me mandó su limusina cargada hasta el tope de cómics que me subieron, felices, dos mozos del hotel que me estimaban mucho.

Yo estaba encantada y pasé unos días tranquila devorando las aventuras del pato Donald y sus sobrinos. Ahora que lo pienso, el embajador americano se portó muy cariñoso y simpático conmigo.

Mildred me vino a visitar, muerta de la risa ante la nueva diablura de The Horse, y muy satisfecha de la bondad de su padre.

Pero mi tranquilidad no duró mucho. No tardé en volver a bajar, a escondidas, a los sótanos del hotel a visitar a mis amigos de la tienda de antigüedades. Les conté mis aventuras y Yukio Mishima me regaló un libro japonés para niños, precioso, en inglés, escrito por el gran novelista Ryunosuke Akutagawa, *Los tres tesoros,* que me fascinó y guardé por años. Akutagawa fue el autor de *Rashomon,* la narración que adaptó para el cine Akira Kurosawa años después y que volvió tan famoso en Occidente a Akutagawa.

Ese libro, entre otros muchos, se lo dejamos a guardar a Gabriela Mora, una maestra chilena que era una "admiradora" de mi madre cuando dejamos Nueva York en 1974 para irnos a España. No nos alcanzaba el dinero para cargar tanto libro y tanta foto en el avión que nos llevaba a Madrid y le dejamos a cuidar nuestros libros; en mi caso, cartas de mis amigas y de mis novios, y hasta ahora se niega a devolvérmelos. Dice que no los tiene. Por cierto que le tuvimos confianza porque se había portado muy bien con mi madre. Ella nos pagó el boleto a España.

Cuando me curé de la rodilla, Mildred vino por mi madre para llevarla con Mikimoto, en persona, pues éste quería regalarles a las dos —por ser del cuerpo diplomático— perlas de su tienda del hotel Imperial.

Yo me les pegué y quedé deslumbrada. El mismo Mikimoto salió a recibirlas. Era un señor japonés ya mayor, muy elegante. Había dispuesto en varias mesas cubiertas de terciopelo, tal cantidad de perlas que parecían un tesoro fabuloso. Con muchas reverencias, estilo japonés, les dijo que todas esas perlas eran regalos para ellas.

Mildred se avorazó tanto y tomó tantos collares, anillos, aretes, que mi madre por tímida (yo estaba furiosa con ella) sólo escogió dos collares de varios hilos de perlas blancas y, ante las súplicas de Mikimoto, que se había dado muy bien cuenta de la situación, un collar grande de perlas negras de un hilo que se le pegaba al cuello, muy elegante. Yo estaba furiosa con ella, pero no me atrevía a decir nada en la tienda. Ya en el cuarto se lo reproché y me explicó que Mildred había abusado de la generosidad de Mikimoto, y que a ella le había dado vergüenza. Pero no me convenció, pues yo había visto la simpatía con que la miraba Mikimoto, y su insistencia para que se llevara más perlas.

A los pocos días, Mildred, quien tenía que visitar, como hija del embajador de Estados Unidos, a las grandes familias japonesas, nos invitó para que la acompañáramos a casa de la señora Mitsui. A Mildred tampoco le simpatizaban los japoneses, se aburría mucho con ellos. Los

Mitsui eran la familia burguesa más rica del Japón.

Llegamos a un palacete estilo japonés; nos tuvimos que quitar los zapatos, como cada vez que se entraba a una casa japonesa, y ponernos una especie de pantuflas blancas para no ensuciar el suelo.

La señora Mitsui nos recibió en un salón amueblado a la europea, muy distinguida con un kimono japonés de brocado café (los colores claros estaban reservados para las jóvenes). De repente, vi una puerta japonesa de papel encerado medio abierta y, adentro, a uno de los hombres más guapos que he visto en mi vida. Tendría unes veinte años, muy alto, de ese blanco marfileño japonés, sentado en un cojín, meditando en postura de loto. La señora lo llamó y nos lo presentó. Era su hijo. Yo le sonreí tan deslumbrada que me miró con interés, y no se despegó de mi lado durante toda la visita. En efecto, en esa época yo parecía una adolescente japonesa y le gusté mucho. Mildred salió furiosa.

—Estos japoneses son lo más inmoral que pueda haber. ¿Viste cómo le coqueteaba el joven Mitsui a The Horse, Elena? Es una vergüenza, tan sólo es una niña.

Pero como las japonesas son bajitas y muy delgadas, en Japón yo parecía mayor.

Otro día, Mildred nos invitó al lago Hakone, que está bastante cerca de Tokio. Nos paseábamos por toda la aldea, con sus casas típicas, y a lo lejos el lago, sus aguas azules recubiertas de una neblina irisada y las montañas con picos nevados, cuando, de pronto, nos empezaron a seguir dos jóvenes japoneses vestidos con sus yukatas azules y grises.

Los japoneses se ven mucho más guapos vestidos a la japonesa, pues la yukata se cierra con un amplio borde negro en las caderas y hace resaltar sus cuerpos viriles, de espaldas anchas, piernas cortas y un poco zambas, y su manera de caminar elegante y muy masculina.

Llevaban en la mano largos abanicos blancos y delgados, que abrían y cerraban al estirar el brazo, con una gran elegancia. Me miraban y cuchicheaban entre ellos; me sonreían mucho, con esa sonrisa que dejaba ver unos dientes blanquísimos. Los japoneses tienen unas cejas delicadas, negras como alas de golondrina.

Nos siguieron durante todo nuestro paseo hasta que Mildred, exasperada, decidió regresar a Tokio en la limusina de la embajada. Yo estaba encantada, pues me habían gustado mucho.

A los pocos días de nuestro regreso a Tokio, anunciaron la llegada del Ballet de la Ópera de París, dirigido por Serge Lifar. Entonces, Ilonka, Nessim y todos sus amigos me invitaron a un palco, pues sabían mi historia con el ballet.

Después de la función, fuimos tras bambalinas y saludé a Serge Lifar, quien me recibió muy cariñoso. Le pregunté por madame Wronska y me contó que me echaba mucho de menos, que no había encontrado otra alumna como yo, y dirigiéndose a Nessim y a sus amigos, les dijo:

—Hay que regañar a esta niña que abandonó el ballet.

Nessim, quien se puso muy orondo, y sus amigos, estaban encantados. Saludaron al gran bailarín ya viejo, pero que había sido uno de los grandes descubrimientos de Sergei Diaghilev.

Los japoneses no tienen sentido del pecado en cuanto a la desnudez del cuerpo. El embajador Murphy nos había contado, muy divertido, que cuando llegaron los americanos a Tokio, hombres y mujeres se bañaban desnudos en las mismas piscinas de los baños públicos. Entonces las

autoridades militares mandaron poner un cartel “Los hombres deben estar separados de las mujeres”, y los japoneses dividieron la piscina... con un cordón.

Una vez, Akiko San se cayó al ir a hacer el mandado y todavía riendo, se levantó la falda azul marino hasta la cintura (no llevaba ropa interior) para enseñarle al patrón los tremendos moretones que se había hecho, motivo de su retraso. Mi padre, apenado, casi no la miraba y la cortó rápidamente:

—Está bien, está bien, Akiko San.

Ella seguía riendo de su caída y no notó la vergüenza de mi padre.

Me acuerdo de un atardecer en que tuvimos que cruzar los barrios modestos de Tokio en auto, mis padres y yo. Las casas eran de una sola planta y vi, como a través de una cortina blanca que servía de puerta, a japoneses desnudos bañándose con jarras de agua que se echaban sobre el cuerpo. Una luz carmesí iluminaba la escena y la inocencia de estos hombres difundía un halo poético en toda la callecita. Mi madre no se escandalizó, pues la escena era tan natural que no tenía nada de obsceno.

Había una gran dificultad en Tokio: las calles no tenían nombres. Un día, unos americanos nos habían invitado a tomar el té en su casa. Entonces se daba una idea aproximada de dónde estaba el lugar, “junto al parque tal empiezan las flechas que dicen Smith” y así se llegaba, con gran dificultad, a la dirección. Pero ese día nos tocó un taxi desvencijado, movido por gasoil (como todos los autos en aquella época en Japón), y el chofer, un pobre hombre con una camiseta desgarrada, se empezó a aturdir ante los alaridos, cada vez más furiosos, de mi padre, pues se había perdido. Mi padre le dijo, por señas, que parara el taxi; lo bajó de su asiento (el hombrecillo era flaco y chaparrito) y le iba a pegar cuando mi madre intervino realmente furiosa:

—¡Octavio, por Dios!, ¿no te da lástima? Se ve que está en la miseria, y como todos los japoneses, le tiene miedo a los occidentales.

Y esto no era por cobardes, sino que cada vez que había un pleito entre occidentales y japoneses, las autoridades le daban la razón a los primeros.

A los pocos días, mis padres se fueron a Takashimaya, el gran almacén, pues mi padre le quería comprar un kimono a mi madre. Ella no quería gastar el dinero en eso, y eran caros porque eran muy antiguos (los japoneses habían hecho esos kimonos de sedas tan finas y brocados tan apretados que duraban dos o tres siglos) y, además, decía que las occidentales vestidas de orientales se veían grotescas. Pero mi padre estaba empeñado en hacerle ese regalo. Yo estaba feliz y, entre los dos, la convencimos de que aceptara.

Cuando llegaron al hotel con un kimono precioso, pero de colores oscuros, como para una vieja, me enfurecí, pues los verdaderamente divinos eran los kimonos para mujeres jóvenes; eran un kimono sobre otro, color carmín, después verde pálido y al final lila, por ejemplo. Yo los había ido a admirar a Takashimaya. Los kimonos para viejas eran grises, morados, negros, y eran mucho más baratos.

—¿Qué pasó?, ¿por qué no le compraste un kimono para joven a mamá? —le pregunté asombrada a mi padre. Éste alzó los hombros y me contestó:

—Pregúntale a tu madre.

Entonces, ella me relató que, al llegar hasta Takashimaya, vio que el stand de las bicicletas estaba junto al de los kimonos. Y lo que le llamó la atención fue un niño japonés, precioso, de unos doce años, que se subía entusiasmado en una bicicleta roja, le daba vuelta al stand, y luego la dejaba muy triste, sin comprarla. Antes de que se fuera el niño, mi madre, que era muy curiosa, se le acercó al empleado de las bicicletas y le preguntó en inglés (el empleado por fortuna lo hablaba) por qué el niño no compraba la bicicleta:

—Señora, es un niño muy pobre. Tiene varios hermanitos y su madre es viuda de guerra, pero su pensión no alcanza. El sueño de este niño es la bicicleta porque le han ofrecido un puesto de mensajero en una tienda donde ganaría dinero para mantener, modestamente, a su familia. Pero necesita la bicicleta y no tiene el dinero para comprársela. Es muy triste, pues viene todos los días sólo a contemplarla.

Mi madre decidió, enseguida, comprarle la bicicleta. Mi padre aceptó de mala gana, pero le puso como condición que entonces le compraría un kimono de vieja, mucho más barato. Con lo que sobrara se le regalaría la bicicleta al niño.

El empleado se puso feliz, se lo contó al niño y éste enloqueció de dicha. Mi madre le aconsejó que se llevara una bicicleta de adulto, que era más cara, pero le duraría más. La probó y sí le quedaba. Se la empaquetaron al niño, que miraba a mi madre como a una aparición de otro mundo. Le dio mil gracias y le dijo que la quería mucho en japonés, pues había salvado de la miseria a su madre e iba, por fin, a poder estar en un "gran trabajo".

El empleado, conmovido, tradujo todo lo que decía el niño y también le dio las gracias a mi madre.

Al día siguiente, en el pequeño periódico en inglés que se leía todos los días en Tokio, Furuya le enseñó una nota a mi madre y le dijo admirado:

—Fue usted, señora Paz. Debemos contestar.

Furuya nos conocía muy bien.

La nota decía que la señora viuda de tal, con dirección equis, andaba buscando a una señora occidental rubia que al comprarle una bicicleta a su hijo, en Takashimaya, les había salvado la vida. Quería conocer a esa señora para darle las gracias y ponerse para siempre a su disposición. Que le contestaran por ese mismo periódico. En ese instante, entró mi padre a la "oficina" y, al enterarse del asunto, expresó despectivo:

—¡Qué vanidad tienes, Elena! No le contestes a esa mujer.

Furuya, por primera vez, se rebeló contra mi padre y dijo que él lo iba a hacer, pues sería una gran decepción para la señora japonesa no conocer a su benefactora y poder darle las gracias. Mi padre amenazó a Furuya con correrlo si hacía eso. Yo me quedé muy decepcionada, pues quería conocer al niño y a su madre. Y que toda la colonia occidental leyera en el periódico esa buena acción, a ver si la imitaban. Pero no se pudo.

Por esos días, llegó el nuevo embajador de México en Japón y nuestra situación se volvió crítica. Mi madre, hablando con mi padre, quien estaba desesperado, le dijo:

—No te preocupes, Octavio. Vamos a salir de ésta. Le voy a escribir al presidente Alemán en tales términos, que me va a hacer caso.

Mi madre, cada vez, se sentía peor. Me contó, años después, que tenía alucinaciones terribles debido a las brutales dosis de cortisona que se aplicaban en aquella época. Pero nunca se quejó. Fukase le aconsejaba irse a Suiza.

Ella, entonces, en un divertido telegrama (Alemán tenía mucho sentido del humor), le pidió el traslado de mi padre a Berna, si no, agregaba, ella moriría en Japón; no obstante, para que el traslado de su cuerpo a México resultara barato, había decidido que lo empequeñecieran con el método de los indios jíbaros para reducir cabezas.

Parece que ese telegrama le cayó tan bien al presidente que, a los pocos días, le llegó a mi padre su traslado a Berna.

Mi madre le había comprado a mi amigo, el dueño de la tienda de antigüedades, dos músicos chinos de cerámica Tang, que es la mejor época del arte chino; también unos pequeños biombos plegables con cubiertas de seda negra y oro. Unas divinidades. También compró un Utamaro Kitagawa, uno de los mejores pintores clásicos japoneses. Y, recorriendo las tiendas de la gente arruinada, había juntado noventa y cinco piezas de porcelana Imari del siglo XVII, la mejor época de la porcelana japonesa. Era una cerámica espesa color cobre, con dibujos más oscuros en el mismo tono, o en carmesí, de maestría incomparable. Sin contar algunos antiguos juegos de cubiertos para pescado, un pequeño buda dorado metido en un templo, cuyas puertas se abrían y cerraban. También uno de esos ramilletes de barras de metal que ponen los japoneses en las puertas de sus casas para atraer a los espíritus favorables, y que al moverse con el viento producían una armonía muy melodiosa. Se han popularizado muchísimo en Occidente pero en horrible.

Todo eso lo empacó una compañía japonesa experta para que no se rompiera en el viaje, pues nos íbamos por SAS, línea aérea escandinava que nos dejaría en Roma, donde mis padres pensaban descansar unos días y donde vivían Juan Soriano y Diego de Meza, grandes amigos de ellos. Yo lloré mucho al dejar Japón.

El viaje en avión era larguísimo y pesado, pues íbamos a recorrer medio mundo. Para colmo, nos agarró un tifón; el avión subía y bajaba a velocidades tremendas. Los truenos y los rayos no paraban. Mi madre, acostada en una cama que le habían preparado, estaba lívida, y yo temblaba de miedo. Pero los *stewards* escandinavos, todos rubios, que no paraban de beber whisky, nos decían que no temiéramos, que no pasaría nada. Y así fue. También sobrevivimos al segundo tifón. El primero había sido en La Marseillaise.

Hicimos escala en Rangún, cuyo aeropuerto estaba lleno de pájaros, en donde mis padres se encontraron, en la cafetería del aeropuerto, con un viejo conocido de ellos, un diplomático francés, Christian Bell, todo vestido de blanco —como se vestían los occidentales para el calor —. Era uno de esos europeos seudoamantes de Asia. No me acuerdo a qué país iba, pero se quejaba amargamente del calor, de la comida, de la gente y de todo.

Hubo otra escala en Karashi, donde las mujeres no llevaban saris, sino pantalones bombachos de seda (ahora que veo todos esos países por TV me doy cuenta de cómo han empeorado, menos Japón). Sobrevolamos toda la India y, por fin, llegamos a Roma. Mi madre estaba feliz.

—Europa, ¡por fin! —exclamó.

El enorme bulto de cosas que compramos en Japón había sido mandado directamente a Berna.

Tomamos, cada uno, una maleta chica y guiados por los mozos italianos del aeropuerto, cuyos gritos y gesticulaciones contrastaban mucho con la amabilidad sobria de los japoneses, nos subimos a un taxi. En el trayecto, yo recorría con la mirada las antiguas calles, bordeadas de casas de piedra rosa y ocre, con sus balcones recubiertos con toldos de telas rayadas para proteger del sol los interiores. En fin, nos habíamos vuelto a encontrar con los edificios grandes de Europa. Quedaban en el olvido las casas de madera japonesas.

Llegamos a un departamento cerca de la Piazza di Spagna, donde vivían Juan Soriano y Diego de Meza, quienes nos recibieron muy cordiales. El retraso del avión por culpa de tanto tifón los había preocupado. Juan había decorado las puertas blancas de un clóset de Diego con unas magníficas pinturas: caballos preciosos, en muchas poses, todas naturales.

Nos llevaron a un hotel modesto y pequeño, pero encantador, como eran los hoteles de ese tipo antes. Y nos citaron para esa noche en su departamento. Ellos nos llevarían a una *trattoria* excelente y barata, cerca de su casa. Nos íbamos a quedar ocho días en Roma. Muy poco tiempo para visitar bien una de las ciudades más divinas del mundo.

Me acuerdo del esplendor de la plaza de San Pedro, la entrada al Vaticano donde me encantaron sus columnatas, y las columnas salomónicas del altar mayor, y de la pequeña discusión que ocurrió frente a la estatua de San Pedro, al cual los devotos le besan el pie porque es de reputación muy milagrosa. Mi padre se resistía a esa práctica.

—Elena, la niña se va a contaminar con todos los microbios y la mugre de esta gente.

Mi madre no hizo caso y le besó el pie, y yo también, pues estaba confusa, con una parte de mí en Oriente y otra en Occidente, y como soy muy supersticiosa, también lo hice para recibir buena suerte.

De la estancia en Roma recuerdo un desfile de iglesias barrocas, medievales, calles aún pavimentadas con piedras. La Roma antigua era mi sueño en Las Abejas, y siguió siéndolo mucho tiempo. Lo que más me emocionó fue el Foro romano, pero para mi gran decepción quedaba ya muy poco de él. Eso sí, entre murallas derrumbadas y columnas blancas en el suelo, crecían cantidad de hermosas rosas rojas.

Cuando mi madre me contó que los cristianos habían deshecho los antiguos templos romanos para construir San Pedro y tanta iglesia, sobre la destrucción de la Roma antigua, me dio mucha tristeza. Pensé que habían sido igual de vandálicos que los modernos pero, al menos, habían aprovechado murallas y columnatas.

—¿Por qué no construyeron la Roma cristiana a un lado y dejaron la Roma antigua sin tocar?

Mi padre, como buen ateo, aprovechó para atacar a la Iglesia:

—La Roma antigua era pagana y todo lo que no es cristiano hay que destruirlo.

No le presté mucha atención, pues uno de mis tres ídolos era Julio César y me acordaba de cómo había llorado en Victor Hugo, cuando leí cómo lo asesinaron en el senado. Mi padre, que no era un admirador fanático como yo de la Roma antigua, me había querido convencer de que Bruto tenía razón, pues quería restaurar la república.

Una tarde, me enfurecí con él y con Jean-Clarence Lambert; yo era defensora de los césares romanos, pues como en la escuela leía toda la historia de Roma en latín, compartía el odio de

Cicerón y todos los escritores romanos contra Cleopatra, hasta que de grande leí, por consejos de mi tía Deva, una historia de los Ptolomeos y le tomé una gran admiración. Aunque sigo creyendo que si Augusto no hubiera derrotado, en Actium, a Cleopatra y a Marco Antonio, hubiese sido el fin de Occidente. ¡Una tragedia! Egipto, ya en decadencia, se había vuelto una mezcolanza de razas y de culturas, hubiera devorado a Roma y no hubiera existido Occidente. Más o menos, lo que está sucediendo ahora.

Llegó el momento de abandonar Roma, pues esperaban a mi padre en la embajada de México en Berna. ¡Oh, Roma! Ciudad divina entre las divinas, me prometí, entonces, volver algún día a visitarla con más tiempo.

Ya hacía frío cuando llegamos a Berna. Era otoño. Mientras que en Roma habíamos gozado de un "verano indio", como dicen los americanos.

Primero nos instalamos en una pensión situada en una casa suiza antigua de madera oscura y rodeada de jardines fríos. Pero las comidas eran deprimentes. Además, sólo había viejos pensionados en sillas de ruedas, mancos, y gente así.

Todos los días, mi madre y yo les poníamos comida a los pajaritos en la ventana. Ésta se llenaba de toda clase de aves. Me acuerdo con tristeza de un mirlo negro y cojo. Siempre se comía las migajas que le dejaban los otros pájaros.

Me inscribieron en el Liceo Francés de Berna, para no perder totalmente mi año escolar a causa de la estancia en Oriente.

La pensión, decididamente, deprimía a mis padres. Entonces llegó Finki de Ginebra, donde seguía trabajando como funcionario de la OIT. Encontró muy mal de salud a mi madre.

—Chica, y pasártela en esta pensión que es de un lóbrego, vamos, de muerte.

Literalmente nos mudó al Silva Hoff, hotel más caro, moderno, pero con huéspedes jóvenes y alegres. Además, para los que no querían abonarse al restaurante, las suites tenían una *kitchenette* (cocineta). Finki nos dejó ahí instalados, prometió volver para llevar a mi madre a Ginebra con un especialista.

Entre tanto, ella iba hasta la carnicería arrastrando el pie izquierdo. La carnicera, una vieja gorda y colorada, muy buena, exclamó:

—Mi pequeña señora, usted no está en estado de cocinar ni hacer nada. Le voy a preparar, todos los días, un rico platillo para usted y su familia. Y no le cobraré ni un céntimo más.

Mi madre volvió feliz de ver a la carnicera, pues su estado de salud ya le daba miedo, y con esta buena mujer lloró y se sintió apoyada.

En eso regresó Finki de Ginebra. Y como él había estudiado medicina pero, por irresponsable, no hizo el último año, le encantaba cuidar enfermos, y sabía si un médico lo era en realidad o resultaba un charlatán. Convenció a mi padre de dejarlo llevar a Ratón, como le decía a mi madre, con un gran especialista ginebrino. Yo pedí acompañarla, pues al verla tan mal, me dio pavor de que algo grave e irremediable le sucediera. Fui entonces, con mi madre y Finki, a Ginebra a ver al profesor Bickel. Éste le rebajó las dosis de cortisona a una décima parte (el primero en el mundo que yo sepa que lo hizo), pues tenía mucha desconfianza de las "medicinas milagrosas" modernas. ¡Y qué razón tuvo! Asimismo, le recetó una cura de sueño de un mes, mismo que podía pasar en

casa.

—Usted está agotada, necesita reposo. Va a salir como nueva de la cura del sueño.

Esta cura consistía en que mi madre se tomara, cada mañana, una píldora de un frasco que le dio para dormir todo el día. Se despertaba hasta la hora de cenar.

—Cene usted bien y tómese esta otra píldora para que duerma toda la noche.

Mi madre siguió el tratamiento en la suite del Silva Hoff, en Berna. Bajaba al restaurante para cenar y se regresaba a su cuarto para dormir. Al cabo de un mes, era otra, tenía las mejillas rosadas y había engordado dos o tres kilos. También la disminución de las dosis de cortisona le hizo mucho bien. Me contó, cuando yo ya era grande, que se le quitaron las angustias y alucinaciones que le provocaban esas dosis enormes de cortisona.

Y cuando pienso que sólo varios años después se disminuyeron, oficialmente, las dosis de cortisona. Los médicos modernos lanzan una medicina probada sobre un infeliz animal de laboratorio y que, en apariencia, no le hace daño al animalito; la lanzan al mercado para seres humanos sin tener en cuenta que, primero, somos muy diferentes de los animales y, segundo, que cada ser humano reacciona de manera distinta a la misma medicina.

Mientras mi madre se acababa de curar, yo asistía al Liceo Francés de Berna que, para mi gran felicidad, era mixto. Me enamoré de un niño refugiado eslavo, Lázslo, de ojos negros, muy simpático, y me hice muy amiga de una chica suiza súper inteligente, Nicole.

Ella iba al Liceo Francés porque su madre era suiza-francesa y no quería olvidar el francés. El alemán lo hablaba todos los días en Berna. Tenía cara y ademanes de muchacho. Era rubia, muy desenvuelta, con su melena corta. Mi madre le decía "el joven Goethe". Fui feliz en Berna el poco tiempo que nos quedamos. La pista de patinar estaba enfrente del comedor del Silva Hoff, muy moderno, con grandes ventanales.

Me pasaba patinando con mi conjunto azul marino con bordes rojos, de las seis de la tarde a las nueve de la noche. Era tarde para mí, pero me entró una fiebre tremenda por el patinaje en hielo. Me recordaba un poco el ballet. Y aprendí a hacer figuras. Mi madre estaba muy satisfecha de mis progresos en ese deporte.

Cenábamos en una mesa vecina a la del expresidente Jacobo Árbenz, de Guatemala, que había sido derrocado por comunista; también estaban su esposa y sus hijos, uno niños tímidos y como acomplejados en Europa. Quién me hubiera dicho que conocería a una de las hijas de Árbenz, Arabella, años después, en una fiesta en casa de Carlos Fuentes. Era rubia y guapa. Carlos la quería lanzar al cine, pues era actriz.

Fue una fiesta muy famosa, cuyas fotos, tomadas por Héctor García, salieron como monitos en el suplemento cultural de *Siempre!* Había una foto de mi madre con Rita Macedo, esposa entonces de Carlos Fuentes; Rita con los brazos en el aire, los ojos alucinados como de melodrama antiguo y Carlos, arrodillado ante mi madre, en pose de galán de 1900.

Asistió toda la intelectualidad de México a esa fiesta: Beatriz Baz, "la bella Baz"; García Márquez, quien todavía no escribía sus *Cien años de soledad;* John Gavin, el guapísimo actor de Hollywood; y un diplomático americano que le presentaron en esa fiesta a mi madre, Charles Thomas, muy simpático.

Tiempo después, cuando la CIA decidió volver accesibles al público parte de sus archivos, leímos con pavor, en *Proceso,* que Charles era un agente de la CIA y que venía a vernos para espiarnos; aunque sus informes, tal como los leí, eran tan absurdos que me pregunté si realmente era espía o era *misinformation* de la CIA.

Berna era una ciudad de piedra gris, en cuyo centro había arcadas antiguas, bajo las cuales había tiendas y un café al que entramos un día mi madre y yo por casualidad. Parecía un café alemán. En una de las paredes reinaban dos espadas entrecruzadas, y entre los asistentes había unos chicos rubios muy guapos. Estaban tomando chocolate caliente. Algunos llevaban la mejilla cortada. Supimos que en Berna se usaba, como en Alemania, el duelo estudiantil y, al que perdía, le marcaban una mejilla con la punta de la espada. Me pareció tan romántico que, cada vez que salía a la calle con mi madre, quería ir a ese café.

Fue en el Liceo de Berna donde también descubrí, en mis clases de inglés, la poesía romántica inglesa, que me fascinó. Leí a Wordsworth, Shelley, Coleridge, Keats. "Daffodils" fue el primer poema inglés que leí en esa escuela y me lo aprendí de memoria.

Berna parecía una estrella caída de un cielo frío. Sin embargo, a los tres meses, nombraron a mi padre delegado de México en la OIT, en Ginebra. ¡Qué decepción! Otra vez, volver a empezar.

Llegamos a Ginebra en primavera. Era una ciudad hermosa, pero nos pareció una mala imitación del París del siglo XIX. La parte favorita de mi madre y mía, era la parte vieja de la ciudad. La rodeaban unos restos de muralla medieval y había que subir por callecitas empinadas para llegar a una plaza donde había un salón de té llamado La Clémence, que pronto se volvió nuestro refugio.

Las relaciones entre mis padres habían empeorado mucho. Yo no sabía por qué, pero él hacía casi siempre todo lo contrario de lo que nosotras queríamos. El viaje en barco a Asia me había unido mucho a mi madre. Durante esta temporada descubrí su encanto, su simpatía y también su gran bondad, y su fragilidad. Ya no se burlaba de mí como en París. Eso fue una gran alegría para mí.

Ella y yo habíamos descubierto, en la ciudad antigua, un departamento antiguo, muy grande, con auténticas vigas de madera en el techo, con suelo de cuadros de piedra, ¡una maravilla!, pero mi padre se negó a alquilarlo. Escogió un departamento en el barrio de Champel, el barrio moderno y uno de los más elegantes de Ginebra. Estaba ubicado en el primer edificio realmente "moderno" para vivir que había visto en mi vida. Era color verde, de cinco pisos, de forma cúbica, con grandes terrazas. ¡Me repugnó! Pero comparado con lo que se ha venido después, una maravilla.

Finki vivía también en Champel. Nos mudamos y empezamos a buscar una escuela francesa para mí. Yo me puse feliz, pues en Ginebra no tenía ni una sola amiga de mi edad.

Mientras tanto, me había abonado a una biblioteca pública, al pie de la ciudad vieja y ahí proseguí mi lectura de Alejandro Dumas, que había empezado en París con su serie de *Los tres mosqueteros, El vizconde de Bragelonne* y otros.

En Ginebra lloré mucho con *La dama de Monseaurau,* y me fascinaron los numerosos volúmenes sobre las *Mémoires d'un médicine: Joseph Balsamo* y toda la epopeya de la Revolución francesa. Al leer estos libros descubrí el hipnotismo, los misterios esotéricos de la vida y me enamoré de Joseph Balsamo. Bajo la influencia de Dumas, me volví mucho menos revolucionaria y me simpatizaron los nobles. Y el pasaje donde el joven revolucionario Gilbert viola a la señorita noble André de Tavernier, aprovechando su estado de hipnosis, me asqueó.

En la búsqueda de un colegio para mí, encontramos una escuela privada, Les Course Dumuid, pero era muy mediocre y no seguía, exactamente, el programa de estudios francés.

Finki le propuso a mi padre la Escuela Internacional que, según él, era una de las mejores escuelas de Europa. No sólo llevaban el programa del Liceo Francés, sino que se montaba a caballo, se jugaba tenis y era muy elegante. Todos los hijos de los diplomáticos la frecuentaban. Según Finki era ideal para mí. Pero mi padre se negó rotundamente a inscribirme en una escuela elegante. Yo no quería perder mis estudios, y descubrí en una pequeña ciudad francesa, Annemasse, pegada a la frontera suiza, un liceo público, gratuito y con un buen nivel académico, como todos los liceos públicos franceses.

Mi padre me llevó a inscribir. Había que llegar en tranvía hasta los límites de Ginebra, cruzar la frontera y tomar el tren francés del otro lado, el cual, después de tres estaciones, llegaba a Annemasse. La directora del liceo se quedó deslumbrada ante nuestra elegancia. Mi padre, muy satisfecho, me felicitó por mi inteligencia y regresamos muy amigos a Ginebra.

A Finki todo esto le pareció una locura.

—Octavio, hombre, mira que la muchacha va tener que levantarse, todos los días, a las cinco de la mañana, y volver a las seis de la tarde, ¡eso no lo aguanta ni Dios padre! Además, a ese liceo sólo asisten las hijas de los plomeros, los carteros y demás. Annemasse es sólo una pequeña ciudad de provincia en Francia. En cambio, en la Escuela Internacional...

Mi padre lo interrumpió:

—No insistas, Finki. Mi hija no es millonaria y no asistirá a esa escuela para esnobs.

Finki insistía en que tampoco era hija de plomeros pero fue inútil. Mi madre no opinó. De todos modos, había que esperar el fin de las vacaciones de Pascua para que entrara al liceo de Annemasse.

Durante las vacaciones, mi madre se puso a buscar muebles antiguos para amueblar el departamento de Champel. Encontró una pequeña tienda donde tenían verdaderas oportunidades: muebles antiguos auténticos a precios módicos para lo que eran. Yo la acompañaba entusiasmada. Mi gusto por las antigüedades se había formado en París y me encantaban esas pequeñas tiendas impregnadas del aroma de la madera antigua, del perfume guardado de hacía quizá más de cien años, de los frascos de cristal; la tienda vibraba con la música del tiempo ya transcurrido, con las vidas de los que fueron sus dueños, y con el pasado, donde el tiempo corría más lentamente.

Yo llevaba mi diario desde los seis años y lo había recopiado para traérmelo a México, pero me lo robaron, íntegro, en 1994, en el último lugar que viví con mi madre en Cuernavaca.

Los guardaba en dos bolsas enormes para la basura cerradas y metidas en un ropero (las bolsas eran para que escaparan a los orines de los gatos).

También habíamos dejado ochenta kilos de plata, muchos libros, muebles y parte de mi diario en Balderas, un almacén que nos los guardó veinte años.

Mi padre, cuando me contenté con él, pagó dos mil dólares por diez años de bodega y se llevó a su casa, para cuidarlos, nuestra plata, nuestras cortinas antiguas francesas, sesenta pares de sábanas de lino y otras cosas que espero recuperar. Pero dejó parte de los libros en Balderas. Yo pagué después quince mil pesos para recuperar algunos libros que me interesaban, y me encontré con tres pequeñas libretas de mi diario de esa época de Ginebra y de México que había dejado olvidadas.

Releyendo esas cuantas páginas, he descubierto por qué volvieron con más fuerza los pleitos entre mis padres en Ginebra. Me voy a permitir citar algunas frases infantiles de esos diarios donde se explica por qué yo actuaba a ciegas y no entendía, realmente, las causas de los pleitos entre mis padres.

¡Por fin! Logramos que mi padre compre el comedor Louis-Philippe, después de lágrimas y pleitos. Estoy loca de felicidad y podemos pagarlo en abonos durante ocho meses. Mi madre y yo visitamos otra vez la tienda para apartar el comedor. Es una tienda encantada. La lámpara antigua de porcelana rosa con su pantalla bordada no ha sido vendida, pero vale 450 francos. Además hay una delicada y pequeña cómoda baja para mi cuarto, sobre la cual podríamos poner uno de esos espejos antiguos dorados, tan bellos, ¡pero todo esto cuesta tan caro! Hay lámparas rojas, blancas, ángeles rococó de madera esculpida que me encantan. Olvidaba una pequeña caja de porcelana que ya debe haber cumplido unos quince años como polvera, que yo podría usar cuando sea grande, y que hace juego con la lámpara bordada.

Ginebra no le gustaba a mi madre; sólo la frecuentaban burócratas mediocres de la OIT, secretarias y demás. Aun así, había aparecido en el horizonte la oportunidad de que Relaciones Exteriores trasladara a mi padre a México, pero él se oponía. Nos provocaba mucha ilusión el regreso, pero mi padre, de una manera hipócrita, se negaba; todavía ignoro por qué.

A propósito del texto anterior de mi diario, nunca me compraron los objetos que tanto deseaba. Pero eso era natural. Mi padre, a pesar de su engreimiento con su elevado sueldo, seguía tan tacaño como siempre.

Esta noche a las siete volvimos al departamento mi madre y yo, porque fuimos a visitar a los Villanueva [familia del cónsul chileno en Ginebra] *y a su hija Mayita. Es la única niña que conozco en Ginebra. No le gustan los deportes ni la lectura pero me hice amiga de ella. Viven en un departamento de lujo, en una casa antigua. La casa está situada sobre un terraplén rodeado por un balcón de piedra blanca, el jardín, lleno de castaños de flores rosas, bordeado por balcones con jarrones antiguos. Es una gran planta baja, con techos altísimos y refrescada por el gran jardín.*

Ese día nos habíamos peleado mucho con mi padre.

Cuando se fue, nos marchamos a La Clémence, donde nos reímos como locas pero al volver la desmoralización fue más fuerte y tengo ganas de vomitar.

Papá volvió. Está verdaderamente insoportable. La única cosa que quiero es irme a México. Los pleitos son agotadores. Yo grito, papá grita, mamá grita, estamos tensos, con los nervios agotados.

Papá: Yo sí quiero que vayan a México.
Lo quiere pero no mueve un dedo. Es verdaderamente un hombre de mala fe.

No siempre había pleitos. Mi padre, ya lejos de Oriente y de sus problemas económicos, se puso a leer los Sutras, la filosofía budista, a los poetas chinos y japoneses. A mi madre le gustaba más la poesía china que la japonesa. A mí, ninguna de las dos.

Aunque para esto, mi padre repetía la misma forma de lectura que hacía en París, y que no dejó nunca de asombrarme. Cuando no tenía que ir a la OIT, se llevaba una pila enorme de libros al salón del departamento, donde estábamos charlando mi madre y yo. Esto no le molestaba. Acomodaba los libros en un montón enorme, junto a su sillón, los tomaba y, uno por uno, hojeaba dos o tres páginas y exclamaba en voz alta.

—¡Leído!

Sólo si le gustaba mucho un poema del libro que estaba "leyendo", nos lo repetía en voz alta dos o tres veces.

—¡Qué maravilla es Li Po! —exclamaba, y tomaba otro libro.

Yo no me atrevía a decirle nada por temor a irritarlo, pero muchas veces le pregunté a mi madre que cómo podía leer así. Ella me contestaba siempre lo mismo.

—Es que tu papá es un ser muy raro.

Ella no leía así. Ella se dedicaba a revisar todo el texto. En Japón, por ejemplo, se devoró *The Tale of Genji* de lady Murasaki Shikibu, que le fascinó. Eso sí, no le gustaba la filosofía. Explicaba, muy humilde, que no entendía esas abstracciones. Así como nunca pudo entender en el colegio (me lo contó) lo de 2a + 2a; por más que yo le decía que era muy fácil. Que la "a" simbolizaba un elemento x, indeterminado; no lo comprendía y no quería hacer el esfuerzo por comprenderlo.

También encontré, en unos cuadernitos, dos poemas que escribí en Japón:

Une Pagode rouge est â Ueno
Une vieille femme est là, très tôt
Balayant les feuilles mortes
Qui tombent des portes
De l'automne
Le Pagode an toit en cône.

Hay una pagoda roja en Ueno
Una mujer vieja está ahí, muy temprano
Barriendo las hojas muertas
Que caen de las puertas
Del otoño
La pagoda con techo de cono.

Les fleurs du marronier

L'on dirait que quelque' un
Très délicatement a peint
En blanc et rose
Les fleurs du marronier
Et si tu oses les toucher
Elles s'envolent car elles aiment danser.

Las flores del castaño
Se diría que alguien
Muy delicadamente ha pintado
En blanco y rosa
Las flores del castaño
Y si te atreves a tocarlas
Van a salir volando
Porque aman bailar.

Y el poema que le hice a Mayita, de broma, pero que, curiosamente, se parece al de las famosas vocales de Rimbaud (lo que decía Jünger en su prólogo a mis poemas, comparándolos con ese poeta. Sólo que yo leí a Rimbaud después de esa generosa presentación y, entonces sí, me encantó.)

La nota Do es rosa
La nota La es blanca
La Fa verde
La Mi amarilla
La Re oro
La Sol naranja

Curioso ¿verdad? En fin, volvamos a Ginebra.

Como lo había prometido, asistí al horrible liceo de Annemasse. No sabía en qué mugre me había metido cuando le aseguré a mi padre asistir a esa escuela. Lo largo del viaje, las alumnas que apestaban y no me querían, no era nada comparado con la comida.

El comedor era un cuarto largo, y hedía a grasa vieja. Los manteles eran de plástico, pegados con tachuelas a las mesas. La sopa la servían en una taza enorme, repugnante. Siempre la misma, hecha de una especie de agua con bolas de gelatina que sabía a grasa rancia. La primera vez, ni siquiera pude comerla, y se me echó encima una vigilante gorda que me empezó a gritar:

—¿Por quién se toma la señorita? Usted es igual que todas. Si no come, no se levanta de la mesa.

Pero encontré un truco: a escondidas, con la cuchara sopera de peltre, tiraba los pedazos de gelatina debajo de la mesa y el agua sucia la desparramaba sobre el mantel de plástico. Después, nos daban un pedazo de carne durísima, con zanahorias, y como postre, un poco de mermelada.

Me puse tan flaca que mi madre se alarmó, pero yo no dije nada. Seguí en la escuela, quería pasar el año. Los profesores eran muy estrictos y muy inteligentes. ¡Pobres! Relegados en ese

oscuro liceo y con sueldos muy bajos. Se merecían algo mejor.

Las alumnas estudiaban mucho, pues todas querían salir de sus familias de obreros, pero sólo leían los libros de la escuela. Eran brutas pero muy macheteras y estaban, desde el punto de vista estudios, en un nivel muy elevado. Cuando por fin pasé año y llegaron las vacaciones, me puse muy feliz. ¡Ya no tenía que ver sus caras hoscas contra mí, ni comer esa comida de cárcel!

Finki y Anita Carner, que estaba de traductora simultánea en la OIT, nos visitaban mucho. También un poetastro ridículo, Vernengo, un argentino, bajo de estatura, con cara de niña y lambiscón que se le había pegado a mi padre. Venía todas las noches a mi casa y era muy grosero con mi madre. Yo no lo toleraba, pero lo saludaba con cortesía, pues era el mejor amigo de mi padre.

Un día, le trajo a mi madre un poema dedicado a ella realmente estúpido. Yo no me acordaría de él si no fuera por mi diario.

> *Ayer mi madre había invitado a pasar la tarde en la casa a Paloma Arauz y su marido. Lupita, funcionaria o algo así de la OIT. Vernengo y Finki.*

Vernengo se fue enseguida; estaba menos antipático que de costumbre pero, al irse, le metió un papel en la bolsa de su traje a mi madre; yo, por curiosa, me precipité a la entrada donde mi madre lo despedía, riéndose. Cuando cerró la puerta se puso roja y me enseñó el poema que Vernengo le había dedicado. Era inmundo y además insolente. Decía "con tus palabrotas, tu histeria, tu aburrimiento que esparces alrededor tuyo...". Sólo galanterías de esa clase.

Esa mañana mi pobre madre tuvo que hablarle y darle las gracias por su poema para no provocar otro pleito con mi padre, pues le había tomado un raro afecto a ese imbécil. Mi madre le dijo que su poema era muy bueno, pero que la mujer que lo inspiraba era horrible. El contestó "no, no, no lo hice de mala fe, rómpelo si quieres. No importa, tengo otro en mi oficina".

Yo estaba furiosa, quería hablarle por teléfono y decirle lo que pensaba de él y de su "poema". Pero me calmé, ya no me interesaba, para nada, el individuo aquel.

Una de las cosas que más me desesperaba de la estancia en Ginebra era que, estando tan cerca de París, mi padre *nunca quiso ir*.

Mucho tiempo después, Olga y Nina Georges-Picot, hijas de un embajador de Francia que estuvieron al mismo tiempo que yo en Ginebra (me hice íntima amiga de Olga en el Liceo Francés de México), quedaron asombradas de que no hubiese ido ni un solo fin de semana a París.

—Por avión es baratísimo; el viaje sólo dura una hora.

Ellas iban todos los fines de semana a París. Y también se asombraron de que no fuese a la Escuela Internacional.

—No era tan cara, Helenita —me explicó Nina, la sensata de la familia—, tu padre la pudo haber pagado muy bien con su sueldo.

Me quedé aturdida.

Mi madre, a través de Rudia Selke, conoció a un ser bastante encantador, Feodor Ganz. Rudia era el hermano de Angela Selke, casada con un refugiado español (no me acuerdo de su nombre) que

conoció en México. Rudia llegó en la miseria a Ginebra, pues no le daban trabajo en México, aunque era un hombre bastante culto y sabía muchos idiomas a la perfección, como muchos judíos eslavos.

Mi madre le suplicó a Finki que lo colocara en la OIT. Y como para esas cosas él tenía buen corazón, encontró para Rudia un excelente puesto. Estaba feliz y siempre se lo agradeció a mi madre. Él fue quien le presentó a Feodor Ganz, quien también trabajaba en la OIT. Su amistad con nosotras duró años.

La madre de Feodor, una rusa blanca exiliada, que tenía dinero en Suiza, se arruinó por su manía de viajar por toda Europa cargando su piano, en trenes, barcos, o lo que fuera.

23 de agosto. Bioy contestó que sí a una carta que mi madre le había mandado pidiéndole invitarla a pasar las vacaciones en Argentina.

Entonces empezaron las discusiones sin fin. Mi padre se oponía, no abiertamente, pero de esa manera insidiosa que lo caracterizaba, a nuestro viaje —yo también iba a ir—. Además, para el mes de septiembre él sería representante de México en Ceilán y en Japón y estará lejos.

Entre tanto, llegó Fanette y me invitó a pasar un mes en Plongeon, una casa enorme y preciosa que tenían los Sicre, en las orillas del lago Lemán, pero del lado francés. Nuestra amistad seguía como antes porque yo no había dejado mi correspondencia con mis amigas de París ni una semana.

La casa tenía un embarcadero; me pasé un mes feliz con Fanette, recordando París, Las Abejas y todo lo de allá. Volví de Plongeon un viernes y mi madre fue a apartar dos lugares a bordo del *Julio César,* barco italiano de gran lujo, cuyo destino era la Argentina. A Anita Carner, que estaba con nosotros, también la entusiasmaba la idea del viaje.

De repente, con tinta amarilla escribí en mi diario: "No hicimos el viaje", sin comentarios.

Mi madre, después de la cancelación del viaje a Argentina, volvió a tener épocas de depresión, en las que se encerraba en su cuarto a dormir días enteros y no quería ver a nadie. Finki, al que la amistad con ella y el trabajo habían humanizado, se preocupaba mucho y discutía con mi padre sobre su salud.

Mi madre me contó, ya de grande, que Bioy le seguía mandando apasionadas cartas de amor. Y, mientras estuvo enferma, no pudo hacer nada más que seguir su tratamiento. Hizo intentos por reanudar su amistad con mi padre en Berna y en Ginebra, pero ante su indiferencia o su franca agresividad contra ella, renunció. Además, ya no podía soportar la insolencia de Vernengo y otros por el estilo, entonces, decidió irse a la Argentina, pues seguía muy enamorada de Bioy.

Le avisó a mi padre. Él estuvo, aparentemente, de acuerdo. Pero unos días antes del viaje, se apareció lívido en la casa y le dijo a mi madre, delante de Anita Carner:

—Cancelé los boletos. Tú no te vas a la Argentina.

Anita se enfureció con él. Le reprochó los malos tratos que le daba a mi madre. Me acuerdo mucho de la insistencia de Anita en este punto:

—Octavio, ¿para qué quieres vivir con Elena?, ¿para torturarla?

Mi padre estaba pálido, permaneció callado y no cejó. Yo, claro, no entendía la importancia del asunto. Ignoraba el gran amor entre mi madre y Bioy. Pero ahora pienso que mi madre no

hubiera sido dichosa en la Argentina. En una sociedad tan cerrada como la de aquella época en ese país donde no había divorcio, y ya Bioy cargando con la hija de Tana (mi madre aún ignoraba eso). La verdad, quién sabe cómo le hubiera ido.

Ahora bien, si su desánimo y soledad eran tan agobiantes ¿por qué no buscó otro hombre?, ¿por qué empeñarse en ese Bioy que nunca la alcanzaba en ninguna parte ni arriesgaba nada por ella? Siempre era mi madre la que tenía que abandonarlo todo. Primero, cuando le propuso Uruguay, ahora la Argentina, algo mucho peor. Creo que Bioy ya no quería irse al Uruguay, como al principio, para no dejar a su hija.

En cuanto a mi padre ¿qué deseaba? Él había creado ese infierno conyugal, pues era un hombre muy atormentado.

En México, le pregunté a mi abuelo José Antonio, quien nunca me mentía:

—¿Cómo era mi madre de jovencita, antes de casarse?

—Era la alegría de la casa. Además, era de una gran dulzura.

Nunca olvidaré la anécdota sobre mi madre que me contó mi abuelita Esperanza. Toda la familia había salido y ella se estaba duchando cuando, de repente, sonó el timbre de la entrada. Rápidamente se secó los rubios cabellos, se puso una bata de color verde agua cerrada hasta el cuello y corrió a abrir la puerta.

Era un teósofo amigo de mi abuelo que, al ver aparecer a mi madre, pensó que era un ángel, impresión corroborada después de que charló con ella, en el salón, esperando la llegada de mis abuelos.

También en México organicé tés para invitar a las amigas de mi madre, de la prepa y de la universidad: Anita Ortega, hermana del político Lauro Ortega; Lucy Sauceda (alumna muy brillante que se recibió de abogada; ya murió, por desgracia), Anita Aguilar, María Luisa Torre Groso. Todas ellas me contaban la misma versión: mi madre, antes de su matrimonio, era la placidez misma, la inocencia; nada coqueta, muy buena compañera y, además, muy buena alumna.

—Yo no sé qué le hizo Octavio a esa chica —murmuraba muy triste mi abuelo José Antonio, para sí mismo—, esos ataques de furia que le entran, esa frivolidad.

A mí me quería mucho mi abuelo, y muchas veces me dijo en México:

—Lástima que te hayas educado en un hogar ateo.

Entre todo esto, hay algo cierto: mi madre le servía a mi padre de interlocutor intelectual, de amiga y, sobre todo, de gran apoyo, pues él tenía una parte débil, de niño mimado, que se derrumbaba fácilmente ante las dificultades de la vida. Mi madre, en cambio, soportaba con valentía los golpes del destino.

También pienso, después de haber visto cómo se vengó de una querida que lo abandonó por otro, años después, cuando volvimos a París, que en su mentalidad de niño excesivamente mimado por su madre, y también muy querido por los Paz, se había acostumbrado a ser una especie de reyecito en su hogar, y no toleraba la más mínima ofensa. Para él era normal tener amantes, amigos, aventuras, cosas que no le permitía a mi madre, a quien nunca le perdonó que prefiriera a Bioy Casares.

A pesar de su aparente liberalismo, y hasta de inmoralidad sobre el amor en sus libros de

ensayos, una cosa era la letra impresa y otra que le quitaran algo que, a lo mejor, no amaba, pero sí admiraba y, en todo caso, *le pertenecía,* como mi madre.

Como era muy astuto, planeó su venganza a sangre fría y la ejecutó a nuestro regreso a México.

En Ginebra, como nos aburríamos mucho Mayita y yo, y como todas las películas estaban prohibidas a los menores de edad, menos las de Walt Disney, mi madre nos vestía con ropa de ella que con mucha habilidad nos arreglaba sobre nuestros cuerpos planos; nos rellenaba los pechos con mucho algodón y nos maquillaba muchísimo la cara. Y así lográbamos entrar a los cines acompañándola a ella y, a veces a Finki, quien gritaba espeluznado:

—Elena, ¿qué les has hecho a estas niñas? Pero si es que parecen enanas monstruosas. ¡A lo que hemos llegado!

A Mayita y a mí no nos importaba nuestra apariencia, sólo queríamos ir al cine y divertirnos. Para mí, las pocas películas que vi en Ginebra fueron toda una experiencia, pues en París mis amigas y yo nunca íbamos al cine. En parte porque a nuestros padres no les gustaba que asistiéramos al cine y, también, porque estábamos tan ocupadas con nuestros juegos y deportes que no nos llamaba la atención.

Busqué una profesora de ballet y encontré una. Mi madre me llevó con ella. Pero, al cabo de dos o tres lecciones, me di cuenta de que era muy mediocre. Y me acordé de los consejos de madame Wronska: "Es mejor abandonar el ballet un tiempo, que tomar clases con un mal profesor que va a deformar tus movimientos". Ingenuamente pensaba que mi regreso a París estaba cercano y, a veces, me moría de depresión y de nostalgia por esa ciudad.

Los amigos de mis padres de París empezaron a llegar a visitarnos. El primero fue, naturalmente, Jean-Clarence Lambert. Llegó justo (sin saberlo) durante la fiesta regional de Ginebra. Nos fuimos a pasear y nos sentamos en un café, y lo cubrieron de confetis en una batalla de clanes rivales.

Después, en alguna conversación, mi madre quedó horrorizada: Jean-Clarence y mi papá estaban planeando algo pavoroso contra Lena, la guapísima mujer sueca de Lambert. Ella no había hecho nada, pero Lambert era muy sádico, y quién sabe por qué, entre los dos, la querían meter a un manicomio. Mi mamá se opuso a esa atrocidad y dijo que ella era testigo de que Lena no estaba loca. Por fortuna, Lambert la había dejado en París, y las amenazas de mi mamá los intimidó y renunciaron a su proyecto.

Más adelante, llegó Kostas Papayanus, tan alegre y tan vital como siempre. Sin embargo, tuvo un pleito a muerte con Villanueva, el cónsul chileno, que los había invitado a todos a una reunión en su casa. Tuve versiones muy contradictorias pero, más o menos, sucedió así:

Kostas no toleraba que se comparara el arte indígena precolombino, o papú o negro, con el arte clásico griego (Fidias era su ídolo) pues, para él, la Grecia clásica era una de las cumbres de la cultura del hombre —en lo cual tenía bastante razón—, y empezó a pelearse con Villanueva por ese motivo. Kostas iba a contracorriente de la moda, pero no le importaba.

De repente Villanueva, que llevaba un suéter de Angora color vino, se levantó, calló a Kostas, puso un disco de música afrocubana y agarró a mi madre de un brazo para bailar con ella. Ella

estaba tan delicada que la manota de Villanueva se le quedó impresa, en tonos azules, en el brazo y no pudo ahogar un grito de dolor. Kostas enfureció:

—¡Eres un salvaje! Así no se trata a las mujeres, ¡suéltala!

Y logró agarrar a Villanueva por el suéter. Los demás invitados se interpusieron y sacaron al furioso Kostas antes de que las cosas llegaran a mayores.

Al rato, Kostas llegó, triunfante, y muerto de la risa a la casa.

—¡Tengo los tres pelos del cónsul! —y en efecto los traía en la mano—; de estos pelos rojos de su suéter salió la raza indígena —decía bromeando y riendo todavía.

Y esas risas y exageraciones crecieron al personaje del cónsul de tal manera, que se volvió un ente mitológico en la casa.

El escritor —muy famoso en París— André Pieyre de Mandiargues y su guapa esposa italiana, Bona, llegaron a Ginebra a vernos. Una ocasión, estaban tomando el café a las doce de la noche en el balcón cuando nos cayó la policía. La conserje madame Valloton nos había denunciado. En aquella época (y me han dicho que siguen igual) tenía que reinar un silencio absoluto a las doce de la noche. Hasta ducharse era un delito. Y por más que mi papá protestó y alegó que tenía inmunidad diplomática, eso no contaba en la ciudad de Calvino, el gran puritano y enemigo de la iglesia católica. Cómo me repugnaba su estatua, que reina aún en un gran parque de Ginebra.

Mandiargues y todos los amigos se tuvieron que ir, furiosos, a sus hoteles; menos Lambert, que vivía en la casa.

Yo tenía un gatito pelirrojo que me habían regalado unos chicos refugiados eslavos que huyeron de "La cortina de hierro", y vivían en unos cuartos, casi sin muebles, en las afueras de Ginebra. Feodor Ganz se los había presentado a mi madre. Con mucha tristeza se deshicieron de su bebé gato.

—¿No ves que es hija de un diplomático y tiene más dinero que nosotros para alimentarlo y cuidarlo?

—Estará más feliz con ella —se decían uno al otro.

Me dieron mucha lástima, pero me enamoré de la bolita pelirroja. Lo pasamos de contrabando por la entrada, para que no lo viera madame Valloton, quien era una auténtica bruja, y lo metí, enseguida, a mi cuarto.

—¿Cómo lo vas a llamar? —me preguntaron los chicos eslavos.

—Ah, pues, Moshi-Moshi.

—¿Y eso qué quiere decir?

—Aló aló, en japonés —contesté.

Se fueron felices de haber colocado tan bien a su gatito. No se imaginaban, y yo menos que ellos, su trágico final en México.

A los pocos días, llegó Suzanne de Tézenas, la riquísima mecenas del Domaine Musical, a su suntuosa propiedad que estaba del lado francés. Mis padres se pasaban los días con ella y toda su corte: André Pieyre de Mandiargues, Bona, Guy Dumur, Valentine Hugo (nieta del poeta Victor Hugo), Yves de Bezers y mucha gente más, pero yo no iba. Me quedaba en la casa con Ana, la

criada suiza, una viejita muy elegante a la que mi papá hacía llorar mucho. Daba largos paseos por la ciudad vieja y sacaba muchos libros de la biblioteca que había descubierto cerca de las murallas. Me los devoraba en los parques y luego en la casa.

Por fin, de Relaciones Exteriores llegó el nombramiento de mi padre para México. Nos pusimos a empacar, felices. Los mudanceros bajaron el famoso comedor Louis-Philippe a la calle, pues los cajones especiales que habían hecho, para que no se maltratara, no cabían en el comedor.

La siniestra Valloton llamó a la policía, acusando a mi madre de robarse unos muebles antiguos de otro departamento.

Cuando los policías vieron la mudanza en la calle, se asombraron. Y aún más cuando mi madre, con cierta perfidia, les cuchicheó:

—Es solamente una confusión, comprendan: madame Valloton está loca.

Les demostró que eran muebles de ella y, por lógica, también le creyeron que la vieja estaba loca. Mi mamá tenía planeada una terrible venganza.

Don Luis Araquistain, el padre de Finki, quien vivía en un departamento junto al de su hijo, lleno de antigüedades, pues se había hecho coleccionista, adoraba a los gatos y me permitía llevar a Moshi-Moshi a su casa cuando lo iba a visitar, y para no dejar solo al gatito, lo cuidaba cuando salíamos. Me quería mucho, ya que discutíamos sobre la historia de la Roma antigua, de los escritores latinos y griegos. Decía que yo era un fenómeno. Entonces, Finki, de broma, me llamaba el Fenomenín.

Una vez, me salí a un parque vecino a jugar. Después, al volver, me encontré con Finki, y al entrar al salón de don Luis, vimos algo tierno: él no se había movido para no despertar a Moshi-Moshi, pues se había dormido en su nuca. Yo adoraba a don Luis. Me simpatizaba mucho y cuando les conté la anécdota a mis padres, también a ellos los enterneció.

Antes de irnos hubo un problema con mi Moshi-Moshi. En una ocasión, se hizo pipí fuera de su cajón y había descolorido las duelas de madera fina de la habitación. El dueño era otro suizo fanático de las reglas, entonces a mi madre se le ocurrió pintar las manchas con acuarela. Quedaron perfectas (por un corto tiempo, pues a la próxima encerada, se vería la diferencia de color; pero ya no estaríamos ahí).

La víspera de nuestra partida de Ginebra, mi madre bajó la escalera, en pantalones, para correr más de prisa, escondió una escoba detrás de su espalda, y tocó a la puerta de madame Valloton; ésta abrió, confiada, y mi madre, sin más, le dio una tunda de escobazos. La mujer gritaba y corría con mucho alboroto.

Al terminar, mi madre subió las escaleras corriendo, y cuando llegó la policía los recibió con otro atuendo, muy elegante, en el salón de la casa.

—¿No les había dicho ya que estaba loca? ¿Creen que una diplomática como yo va a hacer semejante insensatez?

Como los policías eran los mismos —la comisaría estaba en la esquina—, le creyeron y se fueron, una vez más, asombrados ante la locura de madame Valloton.

Mi madre le habló a don Luis, quien también odiaba a la bruja. Éste se echó a reír, feliz, y nos invitó a su casa para celebrar la ocasión. Le ofreció un vino magnífico a mi madre, y a mí,

chocolate caliente. Ninguno de los dos podía parar de reír por aquello de los escobazos a la bruja Valloton.

Mis padres habían reservado boletos en un barco alemán. Tuvimos que ir hasta Hamburgo y ahí abordar el barco. Era una nueva experiencia para mí viajar en un navío alemán.

Más pequeño que el Queen Elizabeth, menos elegante que La Marseillaise, pero mejor construido. Cuadrado, estabilidad perfecta; se notaba la habilidad técnica de todo lo que hacían los alemanes.

El camarote era muy amplio (mucho más agradable que el de La Marseillaise*),* muebles cómodos atados al suelo, por si había tempestad y, además, a mi madre la esperaba un enorme ramo de rosas de parte del capitán. ¡Ah, pero la inflexible disciplina alemana! Al siguiente día, se presentaron dos oficiales alemanes altos y apuestos; saludaron pegando los tacones uno contra otro.

—¿Qué se les ofrece? —preguntó con amabilidad mi madre.

—Señora, el reglamento del barco prohíbe tener animales en los camarotes. Venimos por su gato para llevarlo al compartimento de las maletas.

—Pero ahí no hay un lugar para animales —exclamó mi madre, desconsolada—; se le van a caer encima las maletas y lo van a aplastar.

—Señora, el reglamento es muy claro. No podemos permitir que este gato se orine por toda la cabina y la apeste.

Yo ya los estaba odiando. En eso llegó mi padre y salvó la situación. En efecto, la víspera, mi madre había estado vigilando al Moshi-Moshi, y lo había visto hacer una cosa monísima: imitándonos, se subió al retrete y se meó dentro de la taza. Mi madre se entusiasmó.

—¡Octavio, ven a ver al Moshi!

Mi padre se enterneció mucho y Moshi se lo conquistó desde entonces. (Él no era fanático de los animales como mi madre y yo; pero cuando tuve gatos, nunca lo vi pegarles ni ejercer ninguna crueldad contra ellos. Al contrario, los mimaba.)

En el comedor, nos encontramos con dos mexicanos y nos hicimos amigos de ellos, pero un día, sin motivo, insultaron a mi madre. Mi padre les quería pegar pero se rajaron y, desde entonces, nos evitaban.

Mis padres también se hicieron amigos de una señora americana muy elegante, heredera de los Corn Flakes Kellog's, y de su hija Abby, que por desgracia para mí ya tenía dieciocho años y no me servía de amiga.

En plena travesía, los alemanes organizaron un baile de disfraces. Mi madre decidió vestirse de apache francesa. A mí, con mi pelo corto y mi cuerpo plano me vistió de su pareja. Me puso pantalones, una camiseta, un pañuelo de maldito al cuello, me pintó bigotes y barba, y bailé con ella en la fiesta. Mi padre no quiso disfrazarse.

El capitán, quien siempre estaba junto a mi madre (ya de grande me contó que se había enamorado de ella), me sacó a bailar y me dijo en un francés perfecto, muy seguro de él:

—Sí, los aliados nos han derrotado, niña, pero volveremos a dirigir la orquesta.

Entendí muy bien lo que quiso decirme, pero en realidad, en aquella época, la derrota alemana no me interesaba. Además, yo era profrancesa.

Aquel capitán era muy apuesto y educado.

Al llegar a Nueva York, nos instalamos en un buen hotel pero hacía un calor sofocante. Mi madre se negó a viajar a México en avión. La experiencia en el avión de la SAS la espantó para toda la vida. Había que tomar el tren alemán que llevaba a México. (Por cierto, que fue Finki quien lo fue a comprar a Alemania, durante nuestra estancia en París, por encargo del embajador Yuco del Río, quien era proalemán, y había escogido a Finki porque éste hablaba muy bien el alemán. Y, después de mucho trabajo para conseguir la visa, pues Alemania estaba aislada por los aliados, lo logró. La miseria de la Alemania derrotada, de la que Finki fue testigo, lo horrorizó, pero, a final de cuentas, compró el tren.) En él, precisamente, íbamos a volver a nuestro país.

El viaje tardaba tres días y dos noches. Mi padre refunfuñó pero le hizo caso a mi madre. Y durante los días que estuvimos en Nueva York busqué a los Prentice. Vivían en una magnífica *town house* en el lado este. Sólo encontré a Pamela.

Peter y Michel estaban en elegantes *prep schools,* no me acuerdo si Andover o Exeter. Pamela tenía un año más que yo. La encontré muy crecida. Ella y Didja me recibieron con grandes muestras de cariño. Pamela ya usaba medias, tacones y trajes sastre. Nos íbamos a comer a Schrafft's, que entonces era un lugar elegante. Durante el tiempo que yo había estado en Oriente, ellos se habían ido a Egipto, con un nuevo marido de Didja, Victor Simeika, un playboy egipcio de la alta sociedad de Alejandría, gran jugador de polo. Era alto, muy simpático y muy amable conmigo. El pobre señor Pini había muerto en un accidente de auto en las afueras de París.

En esos días, mi madre vivía un romance apasionado con el capitán del barco —eso me lo contó de grande—, pues el navío alemán permaneció atracado tres días en Nueva York.

El capitán la había invitado a su camarote. El primer día, para tomar una copa y hacer el amor con ella. Mi madre, puritana como siempre, a pesar de que se había enamorado, en serio, del guapo capitán, no se atrevía a ir a verlo.

Por fin, se decidió, pero ese primer día llegó demasiado tarde y le explicó al capitán, quien estaba lívido, pues pensaba que ya no iba a llegar, que tenía remordimientos hacia su marido. Él estaba muy nervioso, pues la había esperado todo el día y, al verla, se le rodó una lágrima. Le explicó que los alemanes eran fieles, románticos y que, al fin, él había encontrado a su gran amor.

Los alemanes no son donjuanes ni mienten. Quería llevársela a Alemania en el barco, y vivir su vida con ella. Mi madre le explicó que mi padre nunca me dejaría ir con ella. Él entristeció, pero aun así, le propuso miles de planes prácticos para obligar a mi padre a soltarme. Mi madre le dijo que no se atrevía a separarme de mi padre al que yo adoraba (esto era cierto, sólo en parte, pues ya estaba muy harta de él en esa época).

Sin embargo, yo quería que fuera feliz, pues me dolía mucho verla sufrir tanto. Y hubiera aceptado irme con ella y con el capitán, pero no me lo consultó. Cuando se separaron, fue una tragedia para ambos. El único hombre que le había hecho olvidar a Bioy.

¡Lástima que no se fue con el capitán!

Después de unos días tomamos el tren para México. Mi madre disimulando su desesperación; yo, feliz, ¡por fin iba a conocer mi país!; mi padre, angustiado y con dudas.

Me horrorizó la miseria de México en las estaciones del norte en que paramos; llegaban parvadas de niños harapientos pidiendo un centavito. Yo me puse a llorar al ver eso, y les supliqué a mis padres que les dieran todo el dinero que traían en sus bolsos. Cosa que hicieron. Pero en cada estación era lo mismo.

Llegamos de noche a la estación de trenes de México. Nos esperaba toda una familia a la que yo realmente no conocía, pues había dejado de verla desde niñita.

En ese anochecer vi dos grupos muy diferentes. En un extremo estaban los Garro, delgados, mal vestidos, pero, a pesar de todo, con una gran elegancia innata. Del otro lado, la familia de mi abuela paterna, Pepa; un grupo enorme, pues habían ido todos los hermanos de mi abuela y sus hijos, primos hermanos de mi padre, los Lozano. Eran bajos de estatura, de cara guapa, blancos, de ojos azules, muy bien vestidos, pero enormemente gordos. Parecían comerciantes prósperos, y eso eran.

Mi abuela Pepa no le había avisado a ningún Paz de la llegada de mi papá, pues como me enteré después, los odiaba. Mi madre le había comprado un magnífico reloj de oro a su padre en Suiza, y me había ordenado dárselo como si yo lo hubiese comprado.

Por cierto, fue al único que reconocí, y me tiré a sus brazos muy conmovida. ¡Cómo había cambiado! Estaba tan delgado que mi abrazo lo hizo tambalearse. Veía muy mal, llevaba unos anteojos que le deformaban sus bellos ojos verdes (lo habían operado mal de las cataratas); se veía muy pobre. Después me abrazó mi tía Deva, flaquísima, con un traje viejo y mal cortado, pero a pesar de todo, tenía un encanto singular y muy elegante. Mi tía Estrella se acercó con timidez. Iba vestida bien, pero modesta. Trabajaba como secretaria en una gran empresa.

¡Cómo la habían cambiado la desdicha y la enfermedad! Ya no era mi linda tía Estrella, la de Berkeley, con su bata verde y sus abundantes cabellos rubios cobre. Ahora llevaba el pelo corto y se le había inflado la nuca, como una rana, por la enfermedad y las medicinas.

De repente, se acercó una pareja extraña que yo no reconocí. Eran mi tío Albano, ahora de pelo negro y patillas, y colgada de su brazo una mujer, quizá un poco mayor que él; la recuerdo morena, sencilla y sin grandes pretensiones, llevaba un traje negro con drapeados, aretes grandes y algunas sortijas. Mi madre siempre tan sincera, se enfureció con él.

—¿Qué te has hecho, hermano? Oye, con ese pelo negro y esas patillas, pareces un padrote.

Él enrojeció.

—¡Ay, Helen! Es que me ha ido muy mal, y en el medio que frecuento no paran de molestarme ni de burlarse de mi pelo rubio, así que me lo pinté de negro.

Fue el primer regaño de mi madre hacia su familia. Su cara se entristeció al ver la derrota de sus hermanos. Los había dejado bellos, rubios, con todo para triunfar, y los encontraba en pleno fracaso.

En París, las pocas veces que nos encontrábamos solas, me hablaba siempre de su feliz infancia en Iguala y de su adolescencia en México. Todo lo recordaba con un fervor, un cariño, una admiración hacia el encanto y los triunfos de sus hermanos, que me hacía sentir que yo pasaba a segundo lugar en su amor frente a ellos. Esto me dejaba triste y celosa.

En ese momento, al ver su tristeza, se disipó esa sensación.

No entendí bien lo que pasaba, pero sí que una gran tragedia había caído sobre la tan querida familia de mi madre. En eso, avanzó mi abuela Pepa, molesta.

—Y nosotros ¿qué? ¡Tavo, Tavito! ¡Qué felicidad verte! —abrazaba a mi padre con un amor de fiera. También a mí. Me llevó con su hermana Concha, menor que ella y sin belleza, quien con el tiempo me demostraría su bondad.

El hermano menor de mi abuela Pepa, Guillermo, había traído una gran camioneta para celebrar nuestra llegada con una abundante cena en casa de mi abuela Pepa. Yo me perdí entre tanta gente. Salimos de la estación para recorrer calles extrañamente oscuras, para mí, habituada a ciudades iluminadas de noche.

—¿Qué pasa? —protestó mi madre—; esta ciudad está horrible a oscuras.

Guillermo intervino con satisfacción:

—Vamos a Insurgentes, la avenida más larga de México, Helen. Está más iluminada y ahí tengo mi restaurante, Los Globos —su voz se llenó de orgullo—, enfrente de la casa de mi hermana Pepita —después, se dirigió a mi padre—: Qué elegante viene tu esposa, Tavito, te felicito.

Mi madre traía un abrigo de *cashmere* beige y un sombrerito sencillo pero de alta costura. Abordamos una avenida horrible (para nosotros), Insurgentes, llena de restaurantes estilo Las Vegas, con anuncios luminosos de todos colores, de un mal gusto gangsteril.

Guillermo nos señaló varias cuadras de esa avenida de las cuales era propietario y los anuncios en colores de Los Globos. Mi abuela Pepa comentó con jactancia:

—Tavo, tan sólo el terreno vale una fortuna. Yo soy socia de Guillermo y el restaurante está muy de moda.

Su casa estaba al otro lado del restaurante, frente al famoso Parque Hundido, donde yo había sufrido tanto de niña.

Nos esperaba un banquete servido por los camareros de Los Globos.

Yo estaba mareada con tanta gente que hablaba sólo de negocios y de chismes. Los Garro permanecían callados. Después de la cena, mi tía Deva nos invitó a tomar un café en su casa de San Jerónimo, donde nos esperaba el entonces famoso pintor Jesús Guerrero Galván y sus hijos.

Los Lozano declararon que ellos se iban a dormir. Entonces, Albano nos llevó en su auto a San Jerónimo, incluyendo sólo a mi abuela Pepa, que no soltaba a mi padre.

Llegamos por calles igualmente oscuras hasta unas altas bardas. La casa parecía estar en el campo por lo fresco del aire y los árboles que se divisaban a la luz de la luna. Deva nos abrió las grandes puertas con habilidad. Se nos echaron encima cuatro enormes perros gran danés, pero una voz de hombre, desde la oscuridad, los calmó.

—Aquí necesitamos perros guardianes, Helen —le explicó mi tía Deva con cariño a mi madre —, en México se comenten muchos atracos.

Recorrimos un gran jardín y llegamos a una casa de una planta, muy bella y sencilla. Entramos al estudio del pintor, donde había una chimenea con leños ardiendo, muebles mexicanos de muy buen gusto, un caballete, un cuadro que estaba terminando, grandes ventanales, todo hacía de este

lugar una habitación sencilla, acogedora y muy elegante. Pero en esos momentos yo ya me moría de sueño.

Una vez en confianza, entre ellos, los Garro le contaban a mi madre de sus antiguos amigos artistas, hacían muchos chistes y no paraban de reír. De repente, la nota discordante la puso Estrella. No sé qué le dijo mi madre que ella respondió muy agresiva:

—Mira, Helen, si me buscas, me encuentras.

Esto deshizo la reunión, pues todos se quedaron callados.

—¿A dónde vamos a dormir? —exclamaron mis padres.

—Yo los llevo a un hotel pequeño y elegante, no muy caro, aquí cerca, en San Ángel. Se llama L'Escargot —ofreció mi tío Albano, muy servicial, como era su costumbre, como me daría cuenta después. Todo lo contrario de sus hijos.

Mis padres, rendidos, aceptaron todo. Llegamos y nos instalaron en una suite muy bonita y nos dormimos enseguida. Despertamos tarde y, para mi sorpresa, mi madre estaba llorando amargamente.

—¡Octavio!, ¡Octavio! ¿Qué ha sucedido con mi familia? Tú que nos conociste de adolescentes, rubios, guapos, con todos los dones, explícame.

Mi padre contestó con brusquedad:

—La verdad es que no sirven para la vida real. Son unos fracasados y nunca levantarán cabeza.

Mi madre seguía hablando del gran talento de Deva como actriz y como gran pintora.

—¿Y Albano, por qué no ejerce su carrera de arquitecto y de ingeniero? Tan brillante que era de jovencito.

Quizá el país los había rechazado, o eran poco prácticos, sin avidez, y no sabían darle coba a los políticos.

Mientras mis padres encontraban una casa, aceptaron la invitación de mi tía Deva para mí. Mientras ellos buscaban un lugar, ella me invitó a vivir con ella y sus hijos, así mis padres tendrían más libertad para moverse.

Todos supusimos que en su casa, con su gran jardín y sus hijos, estaría muy contenta. Y sí, por un lado, la estancia de tres semanas en su casa fue maravillosa. Charlaba mucho con ella, que era cultísima, y tenía teorías mágicas sobre sí misma. Me empezó a enseñar un aspecto de la cultura que en mi casa se ignoraba por las teorías materialistas de mi padre. Pero, por otro lado, la estancia fue de pesadilla, pues Paco había cambiado mucho. No estudiaba, casi no iba a la escuela y no leía nada. Había abandonado el dibujo para el cual estaba tan dotado. Como yo era muy culta, mi tía se la pasaba charlando conmigo y él se iba al jardín, molesto, y no quería participar en nuestras pláticas. Eso me preocupaba, pero no a mi tía Deva.

—¡Déjalo, Chata! Es un salvaje. No le interesa nada de lo que me gusta.

Sus demás hijos también crecían como plantas salvajes. No los podía regañar porque se iban a quejar con su padre, y éste se enfurecía con mi tía.

Eran cuatro más, Ángel, mocoso vulgar y muy grosero conmigo; Jesús, de seis años, muy chistoso, que caminaba a cuatro patas como perro, el único que me tomó cariño; Devi, que tendría

unos cinco años si no mal recuerdo, de pelo amarillo natural, ojos achinados, modales delicados, preciosa. Y Flora, una beba de un año de la cual se ocupaba Celso, el mozo.

Además, con mi tía Deva también vivía Roberto Navarro Becerra, hijo del primo que tanto habían querido mi mamá y mis tías. El hijo del hermano de mi abuelita Esperanza, Samuel Navarro, aquel médico militar villista que por salvarle la vida, precisamente a Villa, perdió la suya. Su hijo, Roberto Navarro Pombo, fue educado en el Colegio Militar, donde se graduó de piloto. Sus días libres los pasaba con sus primas Garro, a las que adoraba.

Tiempo después, mi madre me contó todas las locuras que hacía Roberto. Más tarde se casó y, a los pocos meses, murió heroicamente en su avión, dejando a su esposa, una joven de Jalapa, embarazada de Roberto, éste fue al que conocí en casa de mi tía Deva.

Mi tía Deva me contó que ella era una salamandra, leyenda muy francesa, y que el fuego no la podía quemar. Y me mostraba una verdadera salamandra que vivía en su contador de luz. Ella le atribuía a esa criatura poderes mágicos, pues una vez fueron a cortarle la luz y ella convenció a los empleados de que no lo hicieran, porque la salamandra moriría.

También me hablaba de Jacobo Boehme, un místico alemán del que yo ignoraba todo; eso sí, como mi tía era comunista nos peleábamos mucho por la existencia de los campos de concentración en Rusia, que ella negaba. Decía que eran inventos del FBI. Nos enfurecíamos por un rato, y luego nos contentábamos.

A Paco y a mí nos dio a leer *La guerra y la paz* de Tolstoi. Curiosamente, ese libro me angustió mucho, todavía no sé por qué.

Años después, cuando lo releí en Madrid, en 1980, me acordaba de mi personaje favorito, el príncipe Andrei, y me seguía fascinando el mismo pasaje que me había conmovido: su muerte. Era la única parte del libro que recordaba en realidad. La felicidad absoluta del príncipe Andrei, gravemente herido, cuando contempla el cielo azul, la trama de luz azul brillante como hilos de seda, y olvida todo, perdona todo. Este hombre, siempre tan angustiado, comprende la alegría por primera vez. Le perdona, entonces, su traición a Natasha. Y quizá es por eso que muere finalmente. Él ha abandonado todos sus intereses terrenales, todo lo que lo hacía desdichado, inquieto, angustiado. Por primera vez en su vida encuentra la paz este hombre, cuya alma era tan noble. Cuando Andrei contempla el cielo se ha dejado ir hacia el éter. Parecido a Baudelaire cuando habla de "Las nubes maravillosas", o al Rimbaud de "Los morvos azules". ¡Oh, qué momentos!, tan impalpables y tenues que es difícil describirlos, acercárseles aun verbalmente; sutiles como el polvo que cubre las alas de las mariposas. Sin embargo, sólo de instantes tan puros es que uno puede imaginar *poemas verdaderos,* no discursos de palabras huecas y bonitas, o lugares comunes inconexos y sexuales, lo que está de moda hoy, la basura del falso psicoanálisis.

Las partes donde Tolstoi pinta a Napoleón no me gustaban, pero comprendí que era por patriotismo y no le di mayor importancia. En cambio, Paco, para hacerme rabiar, se burlaba de Napoleón, pero no le hacía caso. Cuando terminamos el libro (mi tía tenía dos ejemplares) nos acercamos un poco el uno al otro y concluimos que Nicolás era mi tío Albano. Natasha era Deva, y mi madre, Pierre, por su gran bondad, su debilidad de carácter y esos ataques de rabia inútil que les dan a todos los débiles, pero que no los lleva a cometer ninguna maldad.

Mi madre, cuando lo supo, se puso feliz de que la identificáramos con un hombre y no con una mujer.

Admiro a Tolstoi porque él habla de esos momentos con tal naturalidad, sin alegorías, sin dramas, y así nos describe; él vivía en un estado de espíritu que sólo los místicos, los santos, o los verdaderos poetas han podido sentir. Nos los relata con una simplicidad tal, como en los Evangelios, o como podría contarlo un niño.

Este estilo ruso que no utiliza metáforas y que es, sin embargo, más poético en el verdadero sentido de la palabra, y que la mayoría de los poetas del siglo XIX y, sobre todo, del siglo XX, ha copiado en vano; por ejemplo, Hemingway, quien alcanza, a lo más, el adocenamiento, a pesar de que amaba tanto a Turgueniev, y, en general, a todos los rusos.

Quizá por eso, al menos en parte, desdeñaba a F. Scott Fitzgerald. De seguro la autenticidad de éste le ha de haber parecido demasiado ligera o frívola.

Durante años, el desprecio, el encono grosero de Hemingway hacia Fitzgerald, quien, además, fue su protector y mucho mejor escritor que él, más fino, agudo y poético, me asombraban. Lo atribuí a la envidia de Hemingway, pero creo que era algo más profundo que eso. Se debía al error que comete ¡tanto artista! Toman un modelo fijo, no desisten y, al final, ese ideal artístico se vuelve una pesada cadena que acaba por hundirlos en el fracaso total. Aun si, en apariencia y por un tiempo, triunfan, como Hemingway y su premio Nobel... después ya no queda nada de ellos.

No captó que la esencia de los escritores rusos es que van directo al alma, al corazón de las cosas y con un trazo firme revientan el absceso del mal. O, al contrario, es el paraíso en la tierra, como *El idiota* de Dostoievski.

Lo más difícil de pintar es el bien. Un personaje bueno rápidamente se vuelve soso, cursi. El bien es casi intangible. Es mucho más fácil pintar el mal. Por eso casi todas las historias de santos son mala literatura.

Uno de los pocos escritores que logra pintar soberanamente un personaje bueno es Dostoievski, con Aliosha en *Los hermanos Karamazov.* Dostoievski escribe como Dios: con tal bondad, que aun el repugnante padre Karamazov, realmente abyecto, al leer la novela uno lo comprende y hasta lo quiere, pues da lástima. Así es Dios con sus criaturas.

Sólo los rusos han sido capaces de pintar ese mundo sobrenatural, de alegría y belleza inefables, en novelas. Ha habido grandes poetas como Keats, Wordsworth, Hölderlin, Ezra Pound, quienes también lo han logrado. Pero ése es otro tema.

Un día sucedió algo muy peligroso. Ocurrió que Paco me fue tomando cada vez más aversión por mis charlas con su madre. Una noche, por poco sucede una tragedia.

Mi tía y su esposo habían ido a cenar a casa de unos amigos. Yo jugaba tranquilamente con Jesús, su consentido, cuando Paco salió lívido del cuarto de su padre, pistola en mano y gritando:

—¡Si no sueltas a mi hermano te voy a matar, cabrona!

No obstante, Roberto fue más rápido que él: lo golpeó en la muñeca. Paco soltó la pistola y yo corrí a encerrarme a un cuarto, a esperar la llegada de mis tíos. No les conté nada, pero al día siguiente me fui a L'Escargot con mis padres. A ellos sí les relaté lo que había pasado. Se quedaron muy asombrados. Aun así, Paco siguió siendo el sobrino favorito de mi madre. Nunca entendí el porqué.

En Coyoacán, mi madre descubrió un exconvento colonial enorme que estaba en venta, con un huerto de naranjos y un gran jardín. Era una ganga.

Mi padre tenía bastante ahorrado en pensiones, y pidiendo un préstamo (en aquella época valían la pena los préstamos de pensiones), bien pudo haber comprado esa maravilla.

Pero como estaba casado bajo el régimen de bienes mancomunados, la mitad de la propiedad hubiera sido de mi madre. Eso no se lo dijo a ella, que ni se acordaba de los términos legales del matrimonio. Simplemente se negó a comprar el convento.

No estaba dispuesto a darle nada a ella, a pesar de sus promesas pasadas. Escogió un edificio horrible —en Viaducto Miguel Alemán—, que me pareció espeluznante. Era moderno, redondo, rojo escarlata y, como ironía, enfrente había un edificio rectangular color verde espinaca. Los departamentos eran espaciosos, pero resultaban minúsculos comparados con aquel exconvento.

Pues ahí nos mudamos. El antecomedor y la cocina eran amplios. Un gran salón y tres recámaras. Mi madre lo amuebló con las antigüedades que había ido comprando en París, el famoso comedor Louis-Philippe, las antigüedades chinas y japonesas. Quedó precioso, como una bombonera de lujo.

Me inscribieron en el Liceo Francés, que me encantó, pues era mixto. Aunque el patio estaba dividido en dos con una tela como de gallinero; de un lado las chicas, del otro los chicos. Si nos acercábamos a la tela, un vigilante nos silbaba y nos hacía alejarnos de los muchachos.

La reina de mi clase era María Adelaida S., hija de un embajador europeo. Me recordaba un poco a mis amigas de Las Abejas, aunque era mucho mayor que nosotras, según mi madre. Las demás, eran de una vulgaridad insoportable. Les decían las Barcelonettes, pues sus padres o sus abuelos habían emigrado de ese pueblecito del sur de Francia y habían hecho fortunas en México. La única que no era Barcelonette era Michelle M., una rubia de mediana estatura y ojos azules. Las tres nos volvimos inseparables.

Relaciones Exteriores le había dado a mi padre un auto con chofer uniformado de militar. Michelle vivía cerca, en la colonia del Valle. Entonces hicimos un acuerdo: Román, el chofer, nos llevaría en la mañana al Liceo, a Michelle y a mí; por la tarde —salíamos a las tres—, la mamá de Michelle nos traería de regreso a la casa. Pero Román era un borracho tremendo y conducía como loco hasta el Liceo. Mi madre lo regañó y le dio permiso de faltar al trabajo unos días para que volviera sobrio. La mamá de Michelle no lo soportó por miedo, y ella nos llevaba y nos traía.

En los primeros meses que vivimos en Viaducto, no recuerdo por qué, iban a cenar todas las noches a la casa Luis Buñuel y su esposa, una francesa. Yo hacía la cena, pues la criada mexicana no sabía cocina francesa, y también servía la mesa.

Buñuel se deleitaba con mis platillos y me quería mucho.

—¡Qué niña tan bien educada tienes, Octavio!

Jeanne, su esposa, decía que yo parecía francesa.

Un día, mis padres tuvieron un pleito tremendo y mi padre nos corrió de la casa, sin un centavo. ¿Qué íbamos a hacer?, ¿a dónde ir?

Mientras mi padre se calmaba, a mi madre se le ocurrió la mala idea de ir a ver a Buñuel,

explicarle el pleito y pedirle algún dinero prestado para irnos a un hotel. Su actitud de rechazo me decepcionó para siempre —¡el colmo!— no se dignó recibirnos en su casa. Y nos mandó con un criado una pequeña nota que decía que cuando una pareja amiga se disgustaba, él no tomaba partido y que, además, no tenía dinero para prestarnos.

Mi madre se puso furiosa contra él y decidió pasar la noche en el hotel Genève. Estábamos muy angustiadas, pues no sabíamos qué iba a pasar.

El hotel Genève era muy agradable y estaba en plena Zona Rosa, que apenas empezaba.

A pesar de que no llevábamos maletas, mi madre pidió un cuarto para dos. Y con su tipo distinguido no hubo objeción. Se lo dieron. Pedimos sándwiches al *room service* y yo escribí mi primer poema largo, "Un petit bateau au bord de l'eau", el cual le encantó a mi madre.

Pasamos varios días en el hotel. No me acuerdo qué sucedió pero volvimos al departamento con mi padre. Le guardé rencor por esa injusticia pero, como de costumbre, no le dije nada. Mi madre, entusiasmada, le leyó el poema a mi padre. Me voy a permitir transcribirlo aquí.

Un barco al filo del agua
Este pequeño barco que boga al filo del agua
De una tina de mi infancia,
Barco de papel que no has podido aliviar mi desesperanza,
Tú que has abordado tantas tierras extranjeras,
Los golfos de orquídeas donde se pudren las islas.
Las playas quemadas con mil espadas de oro,
Bogado entre los caimanes amenazadores a tu alrededor,
Sobre las aguas azules del lago Victoria,
Los nenúfares gigantes,
Las flores entrelazadas,
Los troncos de árboles cantantes,
Los peces espejeantes,
Espiado por entre los altos negros con penachos voladores,
Tú que tocaste la tierra de licia,
La tierra más allá del espejo,
El estanque mágico,
Tú que has bordeado los acantilados de Cornualles,
Entrevisto a Tristán,
Su alta silueta en la bruma,
Melusina dando un grito agudo,
De lo alto de las torres de su castillo,
el puro Galahad,
el rubio Parsifal,
Tú que navegaste entre enormes paredes de hielo,
Mirando fijamente por el ojo globuloso,
De los reptiles del mar,
Entre sus colas ondulantes y enormes,
Que provocaban abismos negros y fríos,

Tú que has desafiado las tempestades de Tierra-Nueva,
Entre los pescadores silenciosos,
Pero, endeble, como un listón de seda azul,
Una espiga de trigo columpiada por el viento,
Se fue a pique tu quilla,
Vuelto otra vez papel periódico,
No supiste hacerme tocar la orilla verdadera,
Ahora que soy grande
Y que debo vivir mi vida,
Meter las manos en el juego mezquino de los compromisos,
Te ruego, enséñame el camino del espejo,
Para pasar del otro lado.

Enero de 1954

Mi padre alzó los hombros, hastiado, y dijo con displicencia:

—Se fusiló el "Barco borracho" de Rimbaud.

Yo ni siquiera había leído a Rimbaud, pues no figuraba en el programa del Liceo; pero cuando mi padre dijo eso, busqué el libro y leí el poema. No le encontré parecido, sin embargo, no sé por qué, me repugnó el autor.

Mucho después, por el prólogo que me hizo Jünger, donde me comparaba de manera muy favorable con Rimbaud, quedé asombrada y leí a este poeta. Me encantó y, claro, me pareció muy superior a mis poemas.

Mi padre, hasta aquella terrible noche, se había portado muy bien. Mi abuelito José Antonio, que había hecho fortunas y las había regalado (el único cristiano auténtico que he conocido), estaba pobre y tenía que trabajar con M., un hombre al que había salvado cuando era dueño de La Sedalia.

Este M. llegó a México con un poco de dinero, puso un taller clandestino por el rumbo de La Merced, con obreras mexicanas. Y entró en tratos con Llorente, el socio español de mi abuelo. Pero quedó debiéndole todo. Llorente le iba a embargar sus escasas máquinas para cobrarse. A mi abuelo le dio lástima, fue a buscar al tal M. y le propuso esconderle sus pertenencias en su garaje. M. no lo podía creer; no obstante, ocupó el garaje de mi abuelito.

—Nunca voy a olvidar esto. Le estoy profundamente agradecido; ya sabe, cuente conmigo.

Cuando mi abuelo lo perdió todo fue a pedirle trabajo a M., quien se había hecho millonario. Éste le ofreció un modesto trabajo de contador.

Mi abuelo, entre tantas carreras que sabía, era muy buen contador. Pero no tenía auto, e iba, rendido, todas las mañanas en camión a su trabajo. De sus hijos, ni Albano, ni Deva, que sí tenían auto, eran capaces de pasar por él.

Mi padre, quien ahora estimaba mucho a mi abuelo, ofreció su auto y le ordenó a Román que lo llevara por las mañanas a su trabajo y pasara en las tardes por mí al Liceo, luego por mi abuelito y después por él a Relaciones.

Esto le quitaba casi la mitad del cansancio a mi abuelo y se lo agradeció mucho a mi padre.

A veces, a la salida de Relaciones, mi padre se ponía a hablar de budismo con mi abuelo, pues

él, desde joven, había sido un precursor y estudiado todas las religiones.

Después del incidente del hotel Genève, mi madre convenció a mi padre de pagarle unas vacaciones en Cuernavaca a mi abuelo, ahora enfermo del corazón. Y se pasó tres meses de ensueño, según él, en el hotel Bellavista (ya no existe) en lugar de ir a Sinaloa, donde lo mandaba M. todos los meses de agosto a revisar los libros de cuentas.

Ese hombre tenía miles de hectáreas de algodón, creo recordar, y todos los contadores mexicanos lo estafaron y lo habían hecho perder millones. Mi abuelo le hacía las cuentas al dedillo y logró que recuperara casi todo el dinero robado. Pero ese calor de Sinaloa y ese trabajo tan arduo eran fatales para su corazón enfermo, y el tal M. sólo le daba una pequeña prima para recompensarlo del dineral que lo hacía ganar.

Con el tiempo, mi madre convenció a mi abuelo de renunciar a ese trabajo. Ya había vuelto a encontrarse con Juan de la Cabada, quien hacía guiones para el cine. Mi madre se asoció con él, y les exigió mucho más dinero a los productores de cine, los cuales, en general, estafaban a los escritores.

Por ejemplo, a Pepe Revueltas casi no le pagaban por sus trabajos. Mi madre los convenció de cobrar mucho más y ganó. Con esto, ya no dependía de mi padre y tenía dinero para ella. Y al igual que mi abuelo, todo lo daba.

Buscó unos departamentos bonitos en Cuernavaca para mi abuelo y para Elsa, la esposa de mi tío Albano y sus hijos, pues vivían en una covacha miserable en México. Tenía seis hijos. El favorito de mi madre era Jesús, un niño de pelo rubio platino, de nariz chata, y colorado. Parecía un enano de cuento de hadas y así lo llamaba mi madre.

¡Qué bonito era Cuernavaca en esa época! Un pequeño pueblo colonial tranquilo, lleno de árboles y flores. El zócalo era majestuoso con sus enormes árboles, su kiosco donde se tocaba música antigua y muy poca gente.

En la terraza del hotel Maryk reinaba don Alfonso Reyes. Y recuerdo que Sarita Montiel (que todavía no filmaba *El último cuplé),* delgada, bajita, en pantalones, siempre iba a saludar al gran maestro.

Mi madre encontró unos departamentos preciosos, que daban a una barranca poblada de árboles. Los departamentos de la barranca eran espaciosos, con varias recámaras y, sobre todo, tenían una gran terraza de losetas rojas. Grandes árboles la sombreaban y mi abuelo se la pasaba ahí, feliz, leyendo, escribiendo o tomando café. Abajo vivían sus nietos.

Ya en México, mi padre se había rodeado de toda la joven *intelligenza,* y mi madre tenía una especie de salón literario, a donde iban, todos los días, Carlos Fuentes, Elena Poniatowska, Jomi García Ascot —crítico de cine, aparte de trabajar en una compañía americana de publicidad para ganarse el pan cotidiano— y su encantadora esposa, María Luisa Elío (creo que sobrevive a Jomi y me gustaría volver a verla); Ramón Xirau, el filósofo español, quien fue tan fiel amigo de mi padre y el que más escribió acerca de él, y su preciosa esposa, Anita, que pertenecía a la aristocracia de México y era tan risueña como un pajarito; Luis Villoro, filósofo también, joven muy serio, muy tímido y muy guapo; y Jorge Portilla, hijo de españoles, quizá el más brillante pero el más atormentado.

Poco a poco fueron llegando también los más jóvenes: Salvador Elizondo y Juan García Ponce, muy guapo, con su cara de niño travieso, su mechón de pelo negro que le caía rebelde sobre la frente. Sin olvidar a Archibaldo Burns, el gran Don Juan de México, al que le había dado últimamente por la cultura. Millonario, alto, muy guapo, de pelo negro, de ojos verdes, recién casado con una jovencita hija de españoles refugiados, Lucinda, una belleza de pelo negro, ondulado, ojos azules como agua limpia, cutis blanco cremoso. Era una buena pintora.

Pero las estrellas del salón literario de mi madre eran, sin lugar a dudas, aunque sin proponérselo, Elena Poniatowska y Carlos Fuentes, y el tiempo les permitió desarrollar sus brillantes y luminosos talentos.

También formaba parte del grupo Emmanuel Carballo, cuya inteligencia y lógica lo igualaban a los grandes intelectuales franceses que conocí de niña. Siempre quiso a mis padres, y yo, que era una niña educada a la francesa, nunca le pude demostrar mi agradecimiento. Si hubo alguien justo, leal y fiel hacia mis padres fue Carballo. Aunque existe un equívoco que lo incluye en los chismes íntimos de "La Sagrada Familia", como alguien nos puso de broma.

En esa época, un poeta peruano, Augusto Lunel, frecuentaba el salón literario de mi madre, y parecía la bondad y la inocencia personificadas; además, era surrealista. En esa época, yo también, desde mi oscuro rincón de colegiala, estaba influida por los surrealistas.

Un día, se presentó Lunel a la casa, con su cara redonda de luna y sus ojos aparentemente ingenuos, y les contó a mis padres que Emmanuel iba a hacer una campaña contra mi madre acusándola de "prostituta"; mi padre, que era el único que nos podía, según él, increpar o señalar en público y, además, no permitía que nadie más lo hiciera, enfureció. Pero con esa rabia fría y vengativa, que es la más peligrosa, contra Emmanuel.

—¿Y qué motivos dio para hacer semejante canallada?

Lunel, de forma humilde contestó:

—Dijo que la inteligencia sirve para calumniar, que "la calumnia es una de las bellas artes".

Mi padre cortó definitivamente con Emmanuel, a pesar de los ruegos de mi madre, quien nunca tomó en serio a Lunel. Éste, al poco tiempo, se marchó a París.

Pero con los años, se demostró la inocencia de Emmanuel. Fue el único de los grandes intelectuales que elogió *Los recuerdos del porvenir,* la primera novela de mi madre, y se convirtió en el Caballero andante de Elena Garro. Y lo sucedido no le impidió seguir elogiando la obra de mi padre.

Cuando vinimos al homenaje en honor a Elena Garro en 1993, vi el abrazo que Emmanuel le dio a mi madre, en Monterrey, en el hotel Ancira. Yo estaba a un lado, como de costumbre, pues no quería estorbar en nada a mis queridos y brillantes padres. Emmanuel estaba frente a mí. Y por sus ojos castaños, tan lúcidos, corrían lágrimas de emoción contenida que no vio mi madre; pero yo sí las vi. Desde entonces, Emmanuel ocupa un rincón muy especial en mi corazón.

Con el horrible y estúpido chisme de Lunel, espero aclarar un pedazo de la pequeña historia de la literatura mexicana, que nadie había entendido, y limpiar a mi madre y a Emmanuel de toda culpa.

Elenita Poniatowska, detrás de su inocencia, era de una gran rebeldía. Muy bonita, con su corona de pelo rubio natural y sus ojos claros; su generosidad espiritual la hacía un ser que

admiraba totalmente el talento de los demás, sin peros.

Como dice León Bloy: "la admiración tiene que ser total, porque si tiene peros y críticas es envidia disfrazada de admiración". Cuando Elena publicó su gran libro *Lilus Kikus,* a mi madre le pareció una pequeña obra de arte —por lo corto en páginas— y le predijo una gran carrera literaria. Además, Elena era un ser puro y encantador.

En esa época, Carlos Fuentes era tan joven y parecía, por su atractivo físico, un astro cinematográfico de Hollywood de aquel tiempo, cuando las estrellas de cine eran bellas.

Nos cautivaba por su profunda inteligencia y su luminoso don de la palabra. Cualidad que, por desdicha, no todos los escritores poseen. Rulfo, por ejemplo, no tenía el don de la palabra.

Yo entraba, saludaba y me retiraba a mi cuarto para hacer mis tareas, como en París. Pero me acuerdo de una acalorada discusión que tuve un día con Carlos. Acababa de leer, durante mis vacaciones, todo Balzac. Y a mí de niña, mi madre me prohibió leer a Dickens, pues los refugiados españoles comunistas de México la habían convencido de que Dickens eran un mal escritor, sentimental, sádico y dañino para los niños.

A Carlos le encantaba Dickens. Yo, un día —no sé qué me pasó por la cabeza—, le rebatí el talento de Dickens. Afirmé que el mejor escritor del siglo XIX era Balzac. Carlos, muy *fair play,* me declaró una niña prodigio y no se enojó ante mi impertinencia.

A mí me hubiera gustado platicar más con Carlos, hacerme amiga de Elenita, que me fascinaba, y de Salvador Elizondo. Más tarde, cuando mis padres se habían separado, sí me volví muy amiga de este último, pero en aquella época eso le hubiera disgustado mucho a mi padre.

Salvador Elizondo me encantaba por su dandismo a la Baudelaire, su amor y su profunda admiración por los románticos alemanes y su tremenda ironía, una especie de don poético satírico que, por desgracia, nunca utilizó en sus textos.

La poesía satírica es un arte que se ha perdido en el mundo moderno. España es el país europeo que tiene el más grande sentido del humor, mucho más que Inglaterra, y su poesía satírica es magnífica. Pero esas cualidades geniales son injustamente ignoradas en la Europa "occidental".

Europa ha sido muy injusta hacia la cultura española, y una de las principales razones es que España fue, a partir de Isabel la Católica, el país más católico del mundo. Y nunca se menciona, por ejemplo, que España, con don Juan de Austria a la cabeza, salvó en Lepanto a toda Europa de ser destruida por los turcos, como Constantinopla.

Durante las guerras religiosas en Francia, España le daba dinero a la liga católica dirigida por el duque de Guisa; en fin, tantas cosas.

Salvador tenía esa cortesía y esos modales finos que surgen espontáneamente de un corazón tierno y bondadoso. Y él, bajo sus aires burlones, tiene una gran ternura.

Por las noches, se reunían en casa de mis padres. Discutían de todo: política, literatura, arte. Yo los escuchaba desde mi cuarto y me entretenía mucho.

Jorge Portilla tenía una voz divina y cantaba canciones españolas antiguas. La especialidad de mi madre eran los corridos y todo el folclor mexicano, y cantaba muy bien. La comparaban con Lucha Reyes, la cantante de canciones mexicanas que ya había muerto.

También jugaban al juego de las preguntas y respuestas surrealistas que les enseñó mi madre, al retrato chino, etcétera.

Fundaron una revista muy anticomunista para la época, la *Revista Mexicana de Literatura,* cuyo director era Carlos Fuentes, y de un nivel bastante alto. Ahí publicaron todos los intelectuales mexicanos, como Huberto Batis, tan inteligente, y mi madre.

Desde entonces no he vuelto a ver a un grupo de jóvenes intelectuales en México de la altura de los que rodeaban a mi padre en aquella época, salvo José Agustín y Gustavo Sainz. Ellos empezaron sus carreras con Emmanuel Carballo. Yo no los conocí porque ya estábamos en el exilio cuando ellos florecieron, pero los admiro mucho y lamento no conocerlos.

Carlos era el "discípulo favorito" de mi padre, pero esa amistad tan apasionada por poco se rompe cuando él publicó su primera novela, *La región más transparente,* por cierto que la compré hace poco, y está tan cambiada que no la reconocí.

En aquella época, el héroe de la novela era un intelectual mexicano mestizo, y mi padre se reconoció en el personaje y le entró una rabia tremenda contra Carlos, pues creyó que éste, con su formidable ironía, en realidad, lo estaba ridiculizando.

Hasta mi abuela Pepa, la madre de mi padre, odió para siempre a Carlos por esa novela. La leyó, pues mi abuela, a pesar de su apariencia, leía mucho y era muy inteligente, pero su amor apasionado por mi padre la volvió injusta contra Carlos y lo declaró un traidor, un mal amigo.

Mi padre, como siempre, recurrió a mi madre para que lo vengara.

—Atácalo, Helencitos, usa tu burla, tu ironía. Afila tus pensamientos y písale la sombra.

Él no se atrevió porque seguía queriendo a Carlos y, sobre todo, porque le temía a la pluma de Fuentes y no quería romper la amistad. Además, se hubiera deshecho todo el grupo y eso no le convenía.

Mi madre, como siempre, le obedeció con aburrimiento (le daba mucha lástima que fuera tan tortuoso) y escribió una crítica feroz donde comparaba *La región más transparente* con un libro malísimo, *Adán Buenosayres*, escrito por un argentino resentido contra la oligarquía y los buenos escritores de su país; se llamaba Leopoldo Marechal, un peronista y escolástico buscando imitar a Joyce y a Dante.

Bioy, indignado, le había mandado el libro hacía tiempo a mi madre para que viera "los oficios de la gente mediocre y vulgar", como decía él.

Yo leí los dos libros y la crítica de mi madre me pareció injusta.

—¿Por qué has escrito esto? —le reproché furiosa. Ella, cansada e indiferente, como siempre, me contestó que le tenía miedo a mi padre y que, además, le había dado lástima.

—Tanto que quiere tu padre a Carlos.

—Tú también.

—Sí, pero tu padre está muy dolido.

—Pues, ahora, a la que va a odiar Carlos es a ti —le dije enojada—; todo por darle gusto a mi padre, y tan mal que se ha portado contigo.

Mi madre, resignada, alzó los hombros con tristeza.

—Siempre cargo con los pecados del matrimonio.

—Será porque te dejas —le contesté.

A mí, esa actitud de mi madre siempre me dejaba asombrada.

Y así fue. Carlos, que había admirado y querido mucho a mi madre, le guardó rencor.

Nada de esto lo sabía el público, ni los intelectuales. ¡Cómo se escribe la historia! Desde ese incidente, nació la fama de víbora que persiguió a mi madre.

Menos mal que yo era feliz en mi liceo, lejos de la extraña relación de mis padres. Iba a las fiestas que organizaba la entonces abundante y elegante colonia europea. Que, por cierto, ya no existe en México. Poco a poco, todos se regresaron a Europa.

No entiendo por qué cuando era jovencita había tantos extranjeros de la alta sociedad viviendo en México. Y por qué, de repente, se fueron; vendieron casas, propiedades, todo.

El primer año (tercero en Francia, pues la numeración de los años escolares va al revés) me saqué la medalla de oro.

Empecé a ir al cine, que era prácticamente desconocido para mí, y sufrí una especie de embrujamiento con la pantalla grande.

Los sábados y domingos, durante los primeros meses del Liceo, iba a pasar los fines de semana a casa de mi abuelito José Antonio, quien tenía un departamento en la colonia Del Valle, bonito, muy bien amueblado con algunas antigüedades, restos de sus pasados esplendores.

Mi tía Estrella vivía ahí, pero se pasaba los fines de semana con mi tía Deva y mis padres. A mí me encantaba charlar con mi abuelo, ¡era tan culto! Y de una erudición desconocida en mi casa.

Como mi abuelita Esperanza no le cocinaba nada —le chocaba la cocina, y como pretexto decía que mi abuelo era muy glotón; pero estaba muy flaco—, mi mamá le mandaba conmigo ricos espaguetis de Cardinis, un *traiteur* italiano muy elegante; también le mandaba queso roquefort francés, que le encantaba, aceitunas, y pollos asados.

Mi abuelo se ponía feliz, pues sí le gustaba la buena comida. No era "glotón", era gourmet. Charlábamos de Spinoza, que yo desconocía, también de Jacobo Boehme, de los alquimistas medievales, de la religión egipcia. Y como yo adoraba al antiguo Egipto y él era un sabio, me encantaba escuchar sus teorías sobre esa civilización.

Por las tardes, mi abuela Esperanza nos llevaba a Pepe, el hijo mayor de mi tío Albano, y a mí al cine Gloria, que estaba a la vuelta. Este cine costaba 1.50, tenía asientos de madera, y pasaban tres películas americanas, en general, medio antiguas. Para mí era un paraíso. En los entreactos vendían muéganos.

Me acuerdo que una de las películas que más me gustó fue *La última vez que vi París,* con Van Johnson y una Elizabeth Taylor jovencita; poco me imaginaba que era una adaptación para el cine de uno de los mejores cuentos de un escritor que, dos o tres años más tarde, se volvería uno de mis ídolos: Scott Fitzgerald. Era la adaptación de "Regreso a Babilonia".

En ese cine vi también *La madona de las siete lunas,* muy buena película, adaptada de una novela en la que, por primera vez, se habla del desdoblamiento de la personalidad. La estrella era Stewart Granger, del cual me enamoré y desde entonces corrí a ver todas sus películas.

Los tres llegábamos al atardecer mareados de tanto cine. Mi abuelo se burlaba de nosotros, pues tenía mucho sentido del humor.

A mi abuelo le había encantado que me sacara la medalla de oro en el Liceo, y, por cierto, la saqué por darle gusto. Sabía que a él, contrariamente a mis padres, le interesaba que yo fuera muy

buena alumna. Todo eso se acabó cuando mi abuelo se fue a vivir a Cuernavaca. Entonces me dediqué al Liceo y a las fiestas. Comprábamos los libros usados de las compañeras del año superior, como se usaba en Francia. Me acuerdo que le compré el libro de literatura inglesa a una tal Gisou. Como desde Berna me encantaba la poesía inglesa, revisé el índice y vi el nombre de un poeta inglés, desconocido para mí, Francis Thompson, rodeado con un corazón y una flecha, dibujado con tinta roja.

—¿Quién es Francis Thompson? —le pregunté a María Adelaida.

—¿No te has fijado en él?, es el hijo del embajador del Brasil y el chico más atractivo del Liceo. Todo el mundo lo llama Frankie. Ven.

Salimos al pasillo y me señaló, en un piso más arriba, a un chico flaco, rubio, de ojos azules. Después, cuando iba saliendo por los pasillos del Liceo hacia la calle lo vi parado, mirándome fijo, con una mirada tan extraña que me dio miedo y le apodé el Monstruo. Durante un mes, cada vez que me lo encontraba en los pasillos, corriendo huía de él. María Adelaida decía que yo estaba loca, que era el chico más guapo del Liceo y el mejor partido.

Había chicas europeas mayores que nosotras que vivían en casas suntuosas, cuyos padres pertenecían a ese *jet set* internacional que ya no existe en México. A la única del Liceo que invitaban a sus fiestas era a mí, y no sé por qué. Estaban, por ejemplo, Frances y Lola Berweiller, que eran Rothschild, y tenían una mansión en Lomas Virreyes. Las dos eran muy bonitas, de pelo oscuro, grandes ojos cafés, altas y me querían bien. Pero yo tenía muy poca ropa. Mi abuela Pepa se oponía a que mi padre gastase en mí. Mi único atuendo de fiesta consistía en una falda ancha de seda azul marino y dos blusas camiseras, una rosa y otra amarilla, con puños y cuellos almidonados. Llevaba zapatos de charol con medio tacón. Michelle se mandó hacer un conjunto igual al mío y, a fuerza de verme con María Adelaida y Michelle, las empezaron a invitar a ellas también.

Me acuerdo, con melancolía, de la fiesta donde Frankie me conquistó. Fue en una casa de una chica francesa, alta, delgada, con pelo rubio a la Bob, Marie Laure de la Roziére. No asistía casi nadie del Liceo Francés a esa fiesta, sólo yo y mis dos amigas. Y Frankie con sus dos inseparables amigos, Patrick Dugardier y Cabarrus.

Lo vi tan distinto al de aquel día en el pasillo del Liceo, que casi no lo reconocí. Era muy elegante de modales, alto, delgado pero fortachón. Esa noche iba de azul marino con el pelo rubio, liso, todo peinado hacia atrás. Me empezó a rondar como era su costumbre: ponía un pie detrás del otro, se frotaba las manos y se me acercaba despacio, muy colorado. Una vez que se encontró frente a mí y me invitó a bailar con voz ronca, no me soltó en toda la noche. Me apretaba con dulzura cada vez más contra él, hasta que acabamos bailando mejilla con mejilla. De repente, nuestros ojos se encontraron un instante, en una ola de emoción inexplicable, estuvimos en una comunión perfecta. Yo creo que fue esa noche cuando me enamoré de él.

Era callado, taciturno, pero muy dulce y amable, por lo menos conmigo.

La vida siguió su curso, pero siempre que estaba yo en el patio del recreo del Liceo, levantaba la cabeza y lo veía mirándome de manera fija y soñadora desde los pasillos del balcón.

Mi tío Albano me había enseñado los bailes de las fiestas, pues yo sólo sabía bailar ballet. También me enseñó a coquetearle a los muchachos. Se portaba muy cariñoso conmigo y yo le

agradecí sus lecciones espontáneas, pues mis padres no se ocupaban de mí en ese aspecto.

Como mi madre había vuelto a escribir para el cine, tenía su dinero. Y planeó ofrecer una fiesta para mí. Era la época en que veía mucho a su gran amigo y compañero Juan de la Cabada, quien siempre andaba vestido de bohemio, con camisas de cuadros rojos y blancos, con su pelo blanco, largo, y el pantalón hasta la cintura. A mí me daba vergüenza salir con él pero nunca le dije nada. Juan, nada tonto, lo notó y burlón me dijo un día:

—Te doy vergüenza, ¿verdad, Chatita?

Yo enrojecí y lo negué.

A pesar de eso, Juan me quería mucho y le decía a mi madre:

—Mira, vamos a meter a la Chatita al cine. Tiene el don, además de ser muy bonita. Su tipo está de moda [en efecto, estaba flaca y con mi pelo café tan corto, era del tipo Audrey Hepburn] y ganaría mucho dinero.

Mi madre se quedaba callada. Ya una vez en París, Jacques Prévert le había propuesto lo mismo. Lo conoció en una cena en casa de Betty Bouthoul, a la cual asistieron también las hermanas Zambrano, y se enamoró como loco de ella. Fue antes de lo de Bioy. Le decía, según me contó después:

—Usted es la poesía, es el verdadero *El muelle de las brumas* [título de la película que él escribió y que lanzó a Michelle Morgan].

Le propuso escribir un cuento corto para una película de sketches sobre el tiempo (el tema obsesivo de mi madre), donde la heroína tenía que ser una niña. Entonces, me presentó a Prévert y a los productores, y me aprobaron. Pero mi padre la obligó, como siempre, a quemar el guion. En cuanto a mí, me prohibió, absolutamente, ser actriz. Fue una de las pocas veces que me insultó de niña.

—Tonta ilusa. Como tu madre no pudo ser actriz, la quieres copiar. Pero tú no tienes ningún talento, ¡pobre monito estúpido!

Yo ignoraba todo eso y sus palabras me dolieron hasta el alma.

A mi madre sí le había gustado Jacques Prévert, pues era el tipo de francés atractivo y encantador, pero a los pocos días de esto, estaba parado en un balcón viejo de París y cayó desde un tercer piso. Estuvo gravísimo y después de meses de hospital y operaciones quedó muy desfigurado. ¡Qué lástima!

Otro que quería que yo actuara en una obra que iba a montar, era un ruso loco y genial, muy simpático, amigo de mi madre, Sasha Pitoëff, hijo nada menos que de los destacados actores Georges y Ludmilla Pitoëff.

Sasha, a veces, le dejaba recados supuestamente furibundos a mi madre: “Cochina burguesa, préstame dinero. Voy mañana”. Y mi madre, muerta de la risa siempre le facilitaba lo que pedía.

La amante de Sasha, una española diminuta, Mary Carmen, vivió un tiempo en Victor Hugo, en el cuarto amarillo, pues no tenía a dónde ir. Sasha me conoció entonces y decidió que yo podía hacer el papel de Mary Carmen de niña, porque yo era muy bajita.

Ensayábamos en el gran salón cuando mi padre no estaba. Pero acabó por enterarse, y prohibió que yo actuara en la obra y corrió a Mary Carmen y a Sasha de la casa.

Sasha montó ésa, su primera obra, en un pequeño teatro de París. Poco a poco fue triunfando y cuando volvimos a París, ya era muy famoso.

Desde los principios de aquella compañía había un tramoyista que trabajaba con él, un ruso guapísimo, que después sería nada menos que Yul Brynner.

Llegaron unos productores americanos a París a ver obras de teatro y a buscar talentos nuevos. La cara larga, de anchos pómulos, y ojos azules de Sasha les pareció buena para hacer de villano en el cine. Pero Sasha llamó a Yul Brynner, se los presentó y su gran personalidad, y enorme atractivo físico, los conquistó.

Yul Brynner nunca abandonó la amistad con Sasha. Cuando filmó *Anastasia* hizo que le dieran un papel segundón. Y también lo propuso como villano del KGB, para una película de Paul Newman, acerca del premio Nobel. El pobre Sasha, tan bueno, salía de matón siniestro. Pero ganaba buen dinero con esos papeles y todo lo invertía en su compañía de teatro.

Un día llegó Juan de la Cabada, muy entusiasmado a la casa.

—Vengan, las invito a conocer a un gran cuate mío: Pedro Infante. Está filmando una película.

En el cine había visto *Nosotros los pobres, Ustedes los ricos* y *Pepe el Toro.* Películas sencillas y sentimentales pero buenas y me habían gustado.

Llegamos al estudio donde filmaba Pedro Infante. Yo tenía quince años pero había alcanzado ya mi estatura adulta. Iba vestida de colegiala y, claro está, sin una gota de maquillaje.

—¡Hola cuate!

Y Juan y Pedro se abrazaron muy cariñosamente. Después nos presentó con el ídolo de México. No sabía hasta qué punto era popular, pues veía pocas películas mexicanas.

Era de estatura media, pelo oscuro, piel muy blanca, rasgos finos, muy fortachón. Ojos vivarachos pero muy ingenuos. Yo le gusté, pues me piropeó mucho. Se subió a unas tramoyas a hacerse el cirquero.

Me recordó a los niños a los que yo les gustaba de niña y se colgaban de las ramas de los árboles para llamar mi atención. Juan estaba feliz. Después, se bajó de los andamios y nos invitó un café en la cafetería de los estudios. Yo estaba callada pero lo observaba con gran curiosidad.

Era muy infantil y se notaba enseguida que tenía un corazón de oro. Juan le propuso que me diera un papelito en su próxima película, y él encantado.

—¡Mocosita linda! Oye, Juan, no seas egoísta, vuélvela a traer a los estudios.

Tenía prisa en volver a verme, como un niño encandilado con un juguete nuevo. Nos despedimos alegres. Juan le decía a mi madre:

—¡Ya lo logramos! Pedro las puede en el cine. ¿No estás contenta?

Mi madre, que había permanecido callada, dijo con indiferencia:

—No le veo nada de extraordinario. Parece un panadero español.

Me quedé petrificada. Juan le contestó inquieto:

—Qué burlona eres, muchacha, pero Pedro es muy bueno.

Ante el silencio obstinado de mi madre, Juan se enojó con ella, pues era muy sincero.

—A poco ya te me has vuelto muy intelectual. Porque los intelectuales lo desprecian.

Mi madre, terca como era, no dijo nada más. Pedro tenía la simpatía natural y la auténtica

bondad con que actuaba en sus películas. Hubo que esperar a que Carlos Monsiváis, ese poeta satírico genial, le diera su lugar, para que los intelectuales lo tomaran en serio.

Yo creo que Pedro era de las pocas gentes buenas y auténticas entre las personas famosas de México, de cualquier actividad. Le tocó ser actor, pero hubiera sido un gran político, sólo que lo hubieran matado y no lo hubieran dejado hacer una carrera. Ese personaje popular, bondadoso, de sus películas, era él. No tenía que fingir nada. La bondad es la cualidad que más escasea en el mundo, por eso el pueblo lo adora. Lo sentía instintivamente.

Juan de la Cabada, de manera ingenua, le contó a mi padre lo que había pasado, y lo que él creía que era una gran oportunidad para mí. ¡Error fatal! Mi padre se puso furioso y me prohibió salir con Juan y con mi madre.

—¡Estás loco! Cómo voy a permitir que mi hija actúe con ese pelado —le dijo a Juan.

Mi madre se quedó impávida. Creo que Pedro no le gustó. Juan y mi madre obedecieron escrupulosamente a mi padre, pues los dos le temían.

—Yo no soy guapa —me quejaba con mi tío Albano, quien se había vuelto mi confidente. Él me llamaba "Pichirila", por *peach,* durazno en inglés.

Aunque eso sí, toda la familia, menos mis padres, decían que yo tenía un cutis precioso, blanco rosado, cremoso. Alguna vez, mi tía Concha dijo delante de mi abuela Pepa, quien se puso furiosa:

—Mira qué guapa es la Chatita. Parece una de estas rosas —y señaló un seto del jardín de mi abuela.

Pepa, realmente, me había creado un complejo de fea. A veces, cuando estábamos a solas con mi papá le decía:

—Mira, Tavo, tu hija es una Paz. Igual a la solterona de tu tía Amalia y a las cotorronas de tus primas, las Haro y Paz —luego se ponía en jarras frente a mí y me decía con una mirada perversa, llena de malignidad—: ¡Tú no te vas a casar, eres una solterona!

Me parecía que me había embrujado, y más cuando una tía mía, prima hermana de mi abuela Pepa, decía que su hija —una niña preciosa— no se iba a casar porque Pepa le había echado mal de ojo. Yo me estremecía de miedo. Me parecía que mi abuela Pepa tenía un poder terrible para la hechicería y que me estaba echando una maldición. Por eso me quejaba con mi tío Albano.

—Mira, eres una mocosa linda. Tienes tres cosas realmente únicas: tus dientes, tus ojos y tu cuerpo —me consolaba.

Sus palabras me reanimaban en la superficie, pero en el fondo de mi corazón, le creía a Pepa. Ella todavía mandaba en nuestra casa. Todos los días enviaba a su criada Delfina, una bruja como ella, cargada de canastos de comida hecha por ella y cubiertos de plata para que el "pobre Tavito" no se muriera de hambre. Según ellas dos, mi madre era una inútil.

Y después de la comida sucedía la misma farsa: faltaba una cuchara de plata o un tenedor que mi madre se había "robado" para dárselo a su familia. Pero yo, con mi práctica como detective en París, espié a la Delfina, y la vi tirando, precisamente, una cuchara de plata por el moderno incinerador de la cocina. Le salté encima.

—¡Mamá! ¡Papá! Delfina tira los cubiertos de plata al incinerador.

Los dos vinieron corriendo. El incinerador, que en realidad no quemaba la basura, era un tubo

largo que llegaba hasta el sótano del edificio. Ahí, dos veces por semana, un camión recogía los desperdicios. Bajé aprisa, jalando a mi padre, y la Delfina se subió con nosotros al elevador.

—¡Ay, señor Tavo, qué mala es su hija! Yo no lo hice, por Dios —y besaba una cruz que llevaba colgando.

Llegamos al sótano, que estaba casi vacío, por suerte, pues era lunes. Escarbé entre la basura y, triunfante, encontré la cuchara.

—¿Ves, papá? ¿Ves? Es esta mujer, para hacerle daño a mi mamá y para que se pase horas buscando los malditos cubiertos.

Mi padre se disculpó con mi madre y regañó mucho a Delfina, que se quedó impávida.

En la noche, mi madre, a escondidas de mi padre, me dio las gracias. Y me contó que de recién casada, cuando vivía en casa de Pepa, ésta hacía lo mismo y la tenía contando los cubiertos de plata toda la noche. Pero nunca encontraba la cuchara o el tenedor que faltaba.

También comíamos, una o dos veces por semana, en casa de mi abuela Pepa. A esas comidas familiares también asistía algún Garro: Estrella, Albano o Deva (era la que menos iba porque vivía demasiado ocupada con sus hijos y su marido).

Un día, saliendo del Liceo fui a casa de Pepa. Al primero que vi fue a Albano y atolondrada corrí hacia él y lo besé, espontáneamente, antes de saludar a mis padres. Pepa armó una tremolina digna de una obra de García Lorca.

—¡Mira, Tavo, quiere más a Albano que a ti esta desgraciada!

Albano, todo colorado se quería meter debajo de la mesa.

—Tú sólo besas a tu padre cuando le quieres sacar dinero, ¿verdad? —y siguió un torrente de majaderías—, yo soy la única que te quiere, Tavo —y se golpeaba el pecho.

Y todos los días le decía lo mismo a mi padre, delante de mí; que yo sólo era cariñosa con él cuando quería sacarle dinero; que a los que quería, en realidad, era a los Garro. Estas mentiras eran absurdas. Pero, a fuerza de machacar, tuvieron un gran éxito. Desde entonces, cuando me le acercaba a mi padre con ternura, él me recibía con la misma pregunta:

—¿Cuánto quieres?

Yo quería mucho a mi padre, sólo que los Garro me habían adoptado como media hermanita menor; según Deva, yo había vivido en Iguala con ellos, casi como hija.

Lo más raro es que Pepa, al único Garro que toleraba era a Albano. Mi padre lo apreciaba mucho.

La falla más grave de Albano era su carácter, no tenía voluntad. Mi abuelita Esperanza, aunque lo adoraba, lo tenía también muy dominado, pero no tanto como Pepa a mi papá. Fue ella la que lo convenció de meterse a hacer negocios a la americana, pues como era norteña admiraba mucho a Estados Unidos, en lugar de ejercer sus carreras de arquitecto y de ingeniero. Mi abuelo se oponía a esas locuras, pero tampoco tenía carácter suficiente.

Un día, sucedió el desastre que Pepa estaba esperando como araña en su nido. Mi tío llegó feliz, muy optimista a hablar con mi padre. Le venía a proponer un negocio magnífico: montar una pequeña fábrica de lámparas; mi padre sería el socio capitalista y mi tío el que trabajaría la fábrica. Le llevaba unas preciosas lámparas de muestra, que él mismo había diseñado, fundido y terminado. Mi padre se entusiasmó, pidió un préstamo a Pensiones y le dio el dinero a Albano.

Éste montó una pequeña fábrica, empezó a vender las lámparas, y recuerdo que me decía con vehemencia:

—Pichirila, te voy a construir un trono de oro, ¡nos vamos a hacer millonarios! ¡Así empiezan todos los millonarios americanos! —estaba feliz.

Yo le creía, pero no del todo. Temía lo peor. Me parecía muy poco práctico; demasiado artista y fuera de la realidad para ser un hombre de negocios. Y sucedió; al poco tiempo, la fábrica se vino abajo y quebró. Mi padre hizo una rabieta terrible.

El error de Albano fue vender las lámparas más barato de lo que costaban; ante esto, hubo un tiempo en que él no se podía parar por la casa. Pero el exilio de mi tío no duró mucho. Mi padre se resignó a perder ese dinero, y como ya lo he dicho, quería mucho a Albano, y cuando llegaba a mi casa lo saludaba muy amable, aunque le guardó resentimiento, y delante de los amigos no lo bajaba de pillo y estafador. Esto le hizo una fama espantosa, que se fue extendiendo por México y acabó con él, pues ya nadie le quería dar trabajo. Mi tío no entendía por qué y estaba desesperado.

Todo esto hizo de la casa un verdadero infierno, que era lo que quería Pepa.

Por fin, llegó el día de la fiesta que me había ofrecido mi mamá. Mi tío Albano encargó los discos de moda. Fue un gran día para mí; era la primera fiesta que daba. Mi tío me aconsejó que, para animar el ambiente, usara una escoba, es decir la escoba circularía entre los muchachos, y si un chico quería bailar con una chica, le daba la escoba a su pareja, en pleno baile, y éste no podía rehusar.

Fue una fiesta modesta pero muy bonita. Frankie bailó casi sólo conmigo. La orquesta de un disco melancólico tocaba la melodía de una manera delicada pero emocionante, y entró a mi corazón. Cuando abrazaba a Frankie, al bailar, todo se transformaba en una bruma plateada, una ternura impalpable. Mi corazón sentía una opresión desconocida.

A Frankie y a sus amigos, el departamento les pareció muy elegante. Felicitaron a mi madre por sus antigüedades. Eran chicos finos y cultos, muy mundanos.

Al día siguiente, domingo, no fui al Liceo. Mi madre me llamó y me habló con seriedad:

—Ese chico, Frankie, está muy enamorado de ti. Se te va a declarar. Dile que no.

—Pero ¿por qué, mamá?

—Porque si le dices que sí, te va besar y, después, te va a querer manosear los pechos y se te van a caer.

Yo no entendía qué era eso. Me lo explicó y me espanté, pues tenía pechos muy bonitos y no usaba brasier. No lo necesitaba.

—Cuando te haya besado mucho, te va a dejar. Hazlo sufrir un poco.

Le prometí a mi madre hacerle caso.

Por ese tiempo, María Adelaida inventó que estaba enamorada de Patrick Dugardier, y Michelle también decía lo mismo del otro amigo de Frankie, Cabarrus.

Empecé a notar un cambio en nuestra amistad. María Adelaida me invitaba a comer los domingos a su casa, sin Michelle.

La residencia era muy elegante, estilo porfiriana, con un gran jardín. Daba a una gran avenida llena de árboles enormes. Esa parte de México era todavía muy europea. Escapaba al polvo que invadía a la ciudad.

María Adelaida me agarraba por la cintura para darle la vuelta al jardín y otras pequeñas intimidades físicas que nunca me gustaron con mis amigas. Pero enseguida su naturalidad y simpatía me volvían a conquistar. De todos modos me volví más fría con ella. En cambio, Michelle era servil con María Adelaida. La embajada la tenía deslumbrada.

María Adelaida la trataba con un cariño mezclado con desdén y se burlaba mucho de ella. Pero también se fue volviendo muy posesiva con Michelle.

Organizaba pequeñas fiestas en su embajada, a las cuales sólo nos invitaba a nosotras, a Frankie y sus amigos. Bailábamos, charlábamos y nos reíamos. Esas reuniones me encantaban. En esas pequeñas fiestas me enteré de que Frankie y sus camaradas se pasaban todas las vacaciones en Tecolutla, porque otro gran amigo de ellos, Jalin Prieto, que no iba al Liceo y era hijo de don Carlos Prieto, el dueño de las fundidoras de acero en Monterrey, poseía un rancho en Tecolutla.

Don Carlos Prieto era asturiano, y mi abuelo José Antonio lo había conocido desde jovencito, cuando llegó a México sin un centavo, todavía vestido de quinto (traje del servicio militar español), pues un tío de él, don Santiago Arias Prieto —creo recordar que se llamaba así—, un hombre solterón y riquísimo, lo mandó traer de España, donde vivía en un pueblito de Asturias, para enseñarle el manejo de sus industrias y heredarlo.

Mi tío Albano, a ese tipo de inmigrantes y a casi a toda la colonia española, los llamaba de burla "los come raíces", porque los despreciaba y no entendía por qué mi abuelo José Antonio recibía a algunos en su casa. Éstos respetaban mucho a mi abuelo, el único señorito de la colonia. Y don Santiago Arias Prieto mandaba, en ocasiones, a su sobrino a que se "instruyera" con mi abuelito, a quien en aquellos tiempos parecía respetar mucho.

Además del enorme rancho, Prieto poseía el único hotel del pueblito que había escapado a los turistas.

Desde entonces, empecé a soñar con Tecolutla y cómo podría ir allí a pasarme las próximas vacaciones de Pascua.

Entre tanto, llegó al Liceo un chico muy inteligente y culto: Pierre Strauch. Su madre era funcionaria de la ONU en Nueva York. Ésta, al parecer, no los quería mucho ni a él ni a su hermano Bernard, pues no quería vivir con ellos y les daba poco dinero.

Entonces, Pierre Strauch se vino a México, que era entonces mucho más barato que Nueva York, y alquiló un cuartito en una casa de huéspedes y se inscribió en el Liceo. Era muy guapo, de nariz recta, ojos azules hundidos bajo cejas de estatua griega, muy rubio. Pero no me atraía como hombre y se volvió mi mejor amigo. Era totalmente francés en su manera de ser, muy divertido, inteligente y culto. Iba todas las tardes a casa a estudiar conmigo y luego charlábamos de todo. Era muy moderno en sus gustos; le encantaba el arquitecto Le Corbusier.

Yo era muy conservadora y odiaba la arquitectura moderna, y tenía unas discusiones muy exaltadas con él. Me puso de apodo Madame de Sevigné, porque decía que yo pertenecía al siglo de Luis XIV.

La mamá de Amalia Hernández —la famosa folclórica— tenía un rancho en... se me olvida el nombre de esa colonia, pero ahora es parte del aeropuerto, con jacuzzi de aguas de azufre y una gran piscina, y como ninguno de sus hijos iba, nos invitó a mi madre y a mí a ir los domingos, y llevar a los amigos que quisiéramos. Yo invitaba a mis amigos del Liceo, pues se la pasaban felices haciendo toda clase de barbaridades.

Esos domingos, mi tía Amalia les daba dinero a los cuidadores de esa especie de rancho para que pusieran una mesa repleta de manjares: tacos, arroz, guacamole, pollos, refrescos, café. Pero ningún licor, ni cerveza. Como todas las hermanas de mi abuelita Esperanza, era muy puritana.

Mi madre fue un día con Amalita (la folclórica) y convidó a varios intelectuales del grupo de mi padre. También nos llevó a Pierre y a mí, para ver si por su gran inteligencia, éste se los conquistaba y lo ayudaban en su carrera.

Los deslumbró con su talento y su cultura; él no le tenía miedo a mi padre y era muy desenvuelto. Me acuerdo que a Carlos Fuentes le simpatizó y me decía riendo:

—Helenita, ¿de dónde has sacado a este joven Rimbaud?

Pierre le cayó mal a mi padre y la tentativa de mi madre por ayudarlo fracasó.

Marina Reyes, la sobrina nieta de don Alfonso Reyes, hija del embajador Bernardo Reyes y de una señora francesa muy rica y de buena familia, que yo de niña había conocido en París, asistía a mi clase en el Liceo y se hizo medio novia de Pierre. Las demás chicas lo despreciaban por pobre.

—¡Ni siquiera tiene auto! —exclamaba Michelle.

—Helena, no sé qué le ves a ese pedante, que se cree más inteligente que todo el Liceo.

Yo no contestaba y seguía mi amistad con Pierre. Él se daba perfectamente cuenta de que no lo invitaban a sus fiestas por su pobreza. Le dolía pero se burlaba mucho de ellas. A Michelle la llamaba "el Miguel Ángel de la nariz rota".

Adriana, la hermana mayor de María Adelaida, se iba a casar con un ingeniero de su país y sus padres le estaban preparando un gran baile para esa ocasión. Yo estaba entusiasmada, pero no tenía traje para asistir, era mi primer baile de traje largo.

Mi tía Deva, que como mi madre y mi tía Estrella, había aprendido corte y confección con su madre desde jovencita, me dijo:

—No te preocupes, vamos a escoger un modelo de *Vogue* y yo te lo hago.

Al final, mi madre y ella se entusiasmaron con un traje elegante y sencillo de Balenciaga, de raso blanco; caía hasta los tobillos y de la falda pendían adornos negros de azabache y del bolero blanco también.

Llegué entusiasmada a la residencia. El gran salón estaba adornado con enormes ramos de rosas, lirios, y del altísimo techo colgaban canastas de paja que desbordaban gardenias, orquídeas y camelias. Se columpiaban y era una melodía de colores pastel.

Había una orquesta y los muchachos iban de smoking. Cuando Frankie me vio, se precipitó hacia mí:

—Ven, te voy a presentar a mi madre. ¡Qué elegante y sencilla vienes!

Su madre estaba sentada en un sillón y la vi tan brasileña, a pesar de sus ojos azules y su pelo

rubio, que me pareció ver junto a ella un árbol tropical lleno de monitos y de flores gigantes.

Después, al verme bailando con Frankie, dijo muy amable:

—Es la reina del baile.

De repente, hizo una entrada sensacional una chica de unos dieciocho años que en 1968 encabezaría la nota roja de los periódicos. Se había ido de México y, en Italia, se casó con el conde D'Acquarone, un millonario, mucho mayor que ella; regresó a México con él y lo asesinaron en una lujosa fiesta en Acapulco. Nunca se pudo aclarar el asesinato. La madre, Sofía Bassi, se acusó falsamente del crimen y fue a dar a la cárcel. La vida de esta chica fue una enigmática tragedia.

Clairette Bassi llevaba la cabellera rubia levantada en un gran chongo y su traje blanco, muy escotado, era amplísimo, con metros y metros de gasa blanca. Se paró en el descanso de la escalera para ser admirada y se oyó un suspiro colectivo de toda la asistencia: los ¡ah! se mezclaban con los ¡oh!

Estaba guapísima. La madre de Frankie exclamó:

—No, ¡esa chica rubia es la reina del baile!

A mí no me importó porque también a mí me pareció muy bella. María Adelaida se acercó a nuestro grupito y dijo con rabia:

—Ojalá no la hubiera conocido nunca. Hace unos meses tenía el pelo negro, la nariz ganchuda y se ha quitado varias costillas para tener esa cinturita.

Yo, que ignoraba las operaciones plásticas, quedé intrigada.

—¿Y cómo hizo eso?

María Adelaida, con su eterna sonrisa de superioridad ante mi candidez, me explicó lo de la cirugía plástica. No le creí en el caso de Clairette. Juzgué que era envidia. Y pensé: "Son mentiras de María Adelaida. ¿Por qué no se opera ella su nariz aguileña y sus ojos de huevo?", pero no lo dije.

La mamá de Frankie volteó hacia su hijo y le ordenó:

—Ve y saca a bailar a esa chica, Clairette; mírala, es una belleza.

De mal talante, Frankie la sacó un poco a bailar y luego se negó. Le dijo a su madre que aquella chica era muy aburrida, y sólo hablaba de su belleza.

Mientras tanto, Sergio, el hermano mayor, por un año, de Frankie, se había aprovechado y me sacó a bailar. Era lo contrario de su hermano. De estatura media, delgado también, pero de pelo negro, ojos verdes chispeantes y de una alegría muy brasileña. No paraba de charlar, hacer chistes, piropearme y reírse.

Frankie volvió a bailar conmigo. Me pareció que estaba muy guapo de smoking. El baile estuvo muy animado, duró hasta la madrugada y yo regresé muy despierta y encantada a la casa.

A mi padre no le contaba nada de Frankie, pues lo aborrecía.

De repente, sucedió el milagro. Un político famoso de aquella época, Zorrilla, amigo de mi padre, que tenía un ingenio azucarero muy cerca de Tecolutla, lo invitó a pasar las vacaciones de Pascua. Le rogué a mi padre que me llevara con él y, para disimular, invité a Pierre y a Bernard. Mi padre no sospechó nada y aceptó.

Por aquel entonces, sólo había dos hoteles en Tecolutla: el elegante, de color blanco, estilo colonial, que le pertenecía a Carlos Prieto, y el otro, un hotel lamentable, en el centro del pueblo, con cuartos húmedos, muebles destartalados y sin piscina. Ése fue el que escogió mi padre. ¿Qué iban a pensar mis amigos al vernos en ese lugar para viajantes de comercio? Ah, pero mi padre siempre representaba el papel de hombre pobre delante de sus amigos.

Al día siguiente me desperté temprano, muy nerviosa porque estaba segura de encontrarme con Frankie en la playa, y no quería que pensara que andaba corriendo detrás de él. Así que fui al cuarto de Pierre y Bernard a despertarlos.

Me puse mi traje de baño debajo de una túnica de algodón rosa, unas sandalias, y atravesamos el pueblo. Rápidamente encontramos el camino de la playa.

La arena era fina y blanca, no había nadie más que nosotros y las espléndidas palmeras. Frankie no tardó en aparecer del otro lado de la playa acompañado de sus amigos. Al verme enrojeció.

—¿Qué haces aquí? —exclamaron todos al mismo tiempo.

—¡Qué bueno! ¡Es formidable que estés aquí!

—Vinimos ayer, vamos a pasar las vacaciones de pascua a Tecolutla porque el señor Zorrilla, el dueño del ingenio azucarero, invitó a mi padre.

—Hay que organizarse. Nosotros estamos en el hotel de Jalin Prieto —exclamó Cabarrus.

—Hoy vamos a montar a caballo en el rancho de Jalin; ahí crecen orquídeas magníficas; hay un estero y se puede esquiar.

—¡Tienes que venir! —exclamó Frankie.

—Voy a pedirle permiso a mi padre. Espérenme aquí —respondí y me fui corriendo porque no quería que los muchachos vieran el hotelucho donde nos hospedábamos.

Mi padre, al enterarse de la presencia de Frankie y de sus amigos en Tecolutla, reaccionó molesto:

—¡Ah, ésta es una de las maniobras aconsejadas por tu madre! Sabían que ese imbécil brasileño iba a estar aquí y, como le gusta a tu madre, tú le obedeciste.

A pesar de todo, no tuvo más remedio que darme el permiso.

Al correr de regreso hacia la playa ya había olvidado las palabras atrabiliarias de mi padre. Todos subimos, alegremente, a los tres autos de lujo de los muchachos. Yo iba en el auto azul de Frankie. Éste manejaba taciturno, como siempre, y callado. Me miraba de reojo y se le escapaban suspiros profundos que trataba de ahogar, sin éxito.

Al fin, llegamos al rancho que estaba bastante lejos del pueblo. Era una casona muy amplia, pintada de blanco. El interior era de una elegancia campestre. A un lado estaban las caballerizas.

Salió el señor Prieto, alto, rubio, algo canoso, de cabeza redonda, dolicocéfalo, como buen asturiano, y me recibió muy amable.

—Muchachos, ¿cómo es posible que no hayan invitado a don Octavio Paz, al que yo admiro tanto?

Como buen hombre de negocios, lo arregló todo en unos minutos. Me pidió el nombre del hotel donde nos hospedábamos; habló con mi padre, quien apenas estaba desayunando en su cuarto, lo colmó tanto de elogios que por lo que decía Prieto, entendí que aceptaba ir al rancho. El señor

Prieto le mandó su limusina.

Para esto, ya todos nos habíamos puesto los trajes de baño. Frankie estaba acodado junto a mí, y contra unas trancas de madera.

Me llamó la atención su traje de baño de lana roja, viejo y con un gran desgarrón. Me acordé de que al Liceo siempre llevaba ropa muy elegante pero muy vieja. Como una chamarra marrón de lana fina con un cuello de piel de castor, ya roída por el uso. Aunque, pensándolo bien, en Europa era cosa de "nuevo rico" llevar ropa que deslumbrara por lo nuevo. La Teo siempre refunfuñaba.

—Esos nuevos ricos americanos. Parece increíble que el señorito Bioy se vista como ellos.

Frankie no me decía nada pero tenía la cara animada. Yo, de tan tímida, permanecía callada. No sabía cómo decirles lo feliz que estaba con ellos, por la presencia de Frankie, claro, pues todo lo que él tocaba se volvía mágico, encantador.

No tardó en llegar mi padre, muy satisfecho por los elogios de un hombre, entonces tan importante, como el señor Prieto.

Fuimos todos a recibirlo. El señor Prieto se adelantó:

—¿Me permite abrazarlo mi poeta admirado y gran diplomático?

Mi padre asintió y se abrazaron cordialmente. Yo sabía que el hermano mayor de Jalin era un gran músico y su madre una señora muy culta. Prieto le dijo a mi padre:

—Su hija es preciosa, Octavio. Es su mejor poema.

Mi padre no se molestó como temí, y se portó muy amable todo el día. Recordé entonces lo que mi abuelo me había contado acerca del señor Prieto: su llegada a México, la ayuda que le había dado por su amistad con su tío, Santiago Arias Prieto, y me atreví a intervenir:

—Señor Prieto, mi abuelo, José Antonio Garro, estaría feliz de verme aquí con usted, pues lo estima mucho.

Las facciones de Prieto se helaron:

—Mmm, lo siento bonita, no conozco a tu abuelo. ¿Quién es?

Me quedé estupefacta e indignada. Ya no recordaba a mi abuelo porque no había hecho dinero como él. Al contrario, había fracasado económicamente.

—Pero si lo conoció a usted cuando llegó de quinto, muy jovencito, de España.

Y le conté varias anécdotas en las cuales mi abuelo jugaba un gran papel con Prieto. Su rostro se ensombreció:

—Creo que me confundes. No tengo idea de quién me hablas —sin más, me cortó y tomó a mi padre del brazo para enseñarle su rancho. Se fueron charlando muy animados.

Entendí entonces por qué mi tío Albano les decía "los come raíces" a los emigrados españoles, y desde entonces les tomé antipatía en el fondo de mi corazón.

Sin darme cuenta me había puesto roja de ira, y Frankie había escuchado todo. Tímidamente me tomó del brazo.

—Qué caso le haces a estos viejos. La edad los ha vuelto seniles.

Me eché a reír. Prieto no estaba tan viejo, tendría unos cincuenta años. Pero Frankie me quiso consolar, adivinó todo pero no quiso que nada ensombreciera ese día tan feliz también para él. Me llevó a contemplar el estero. Era un brazo del río que pasaba por ahí —no recuerdo el nombre del río—, su agua parecía verdosa por las copas de los árboles tropicales que crecían a sus orillas.

Estábamos en plena jungla, Patrick Dugardier se acercó también en traje de baño.

—Tú no vas a esquiar en el estero, Angelito. Está lleno de cocodrilos.

Los amigos de Frankie me decían Angelito, no sé por qué. Y eso les daba mucha risa a María Adelaida y a Michelle; risa falsa, pues a ellas no las bajaban de diablos y Mesalinas.

El día pasaba alegremente. Al tocarle a Frankie el turno de esquiar admiré su silueta, que no perdía nada de su elegancia, y practicaba ese deporte muy bien.

Después, Frankie y sus amigos se alejaron de mí, sus cabezas se juntaron y se volvieron hacia mí y hacia los pobres Strauch que no podían esquiar, pues no sabían.

—Mira, Helenita, ya organizamos una lunada para hoy en la noche. ¿Estás de acuerdo?

—¿Qué es eso?

—¡Esta niña es un bebé! —exclamó Cabarrus.

Frankie, muy serio, me explicó:

—Iremos en auto por la carretera, ya en la noche. Hoy hay luna llena. Te vamos a mostrar una playa única en la región. Y nadaremos a la luz de la luna.

Me pareció muy romántica la idea, pero temí que mi padre no aceptara y se los dije.

—El señor Prieto se lo va a proponer a la hora de la comida, y como ya le lavó el coco, va a aceptar —dijo Cabarrus, muchacho alto, de pelo negro, descendiente, por cierto, de Teresa de Cabarrus, de lo cual estaba muy orgulloso.

Me llevaron a ver las magníficas orquídeas de Prieto; eran de ensueño, con pétalos alargados y colores que me recordaban el gran país de la infancia donde, en sueños, había visto flores así; una rosa que casi alcanzaba el rojo coral, con pinceladas malvas junto a las cuales corría una veta verde. Todas estas flores emitían un perfume suave y adormecedor.

A la hora de la comida, en el gran comedor del rancho, Prieto le pidió permiso a mi padre de que me dejara nadar bajo la luna llena.

Mi padre, al principio desconfiado, preguntó si irían Pierre y Bernard.

—Claro, querido Octavio, mis muchachos no van a abandonar a los simpáticos amigos de Helenita —y luego elogió la gran cultura de Pierre, quien, a la hora de la comida, habló mucho y con cierta ironía hacia Frankie y sus amigos.

Caía la tarde, mi padre tenía cita con su amigo el político Zorrilla y se despidió de Prieto con cierta melancolía. El hombre aquel se lo había conquistado.

En aquella época, mi padre empezaba a ser conocido como poeta en México, y que semejante hombre tan poderoso lo hubiese leído, le había dado mucho gusto. Era la prueba de que él y su grupo comenzaban a destacar. Y, quién podía saberlo, tal vez les fuera útil la amistad de este millonario culto. Yo, que lo conocía, estaba feliz por él. Pero me equivoqué; en realidad no lo conocía del todo, pues en esos instantes pensaba que mi padre dejaría florecer el amor entre Frankie y yo.

Frankie y sus amigos corrieron a ponerse ropa encima de sus trajes de baño. Una doncella me enseñó un cuarto donde estaba colgado mi traje de algodón. Nos subimos felices a los tres autos. Yo en el de Frankie, y seguimos en la carretera al de Jalin. En el auto, Frankie me preguntó sombrío:

—¿Pierre es tu novio?

Me reí y le expliqué que se trataba de una simple amistad.

Llegamos de noche a una enorme playa de arena blanca y fina que brillaba con destellos plateados. En algunos lugares, el viento había acumulado la arena hasta formar altas dunas. Íbamos caminando Dugardier, Frankie y yo hacia el mar cuando, de repente, Frankie, que parecía caído de la luna por su mutismo, le dijo a Dugardier:

—Regrésate, quiero hablar a solas con Helenita.

Dugardier le obedeció con una sonrisa maliciosa que no me gustó. Frankie me llevó muy adelante, se paró detrás de una duna y me acorraló con los dos brazos apoyados en la arena:

—Te voy a besar, Helena.

Me espanté y recordé todo lo que me había dicho mi madre.

—No, no, por favor —me aparté de él. Entonces me dijo con una voz ronca y emocionada:

—¿Quieres ser mi novia, pero en serio?

Me quedé muda. Me moría de ganas por decirle que sí, y echarme en sus brazos. Frankie se había vuelto todo el universo para mí: la playa, las olas del mar, el aire oloroso a sal, el Liceo.

Había hechizado mi vida pero no me atreví a desobedecer a mi madre. Con dolor emití mi respuesta:

—No.

—¿Pero por qué?

No supe qué contestarle, mi cabeza y mi corazón habían caído en un lóbrego caos.

—No sé por qué, pero no puedo.

Reinó un profundo silencio. Se alejó de mí unos pasos y le vi los ojos llenos de lágrimas. Eso me dio gusto; entonces sí me quería, y no era sólo un juego para él. En eso se acercó Patrick, muy preocupado:

—Frankie, tu auto está atascado en la arena. Vamos a amarrarlo con estas cuerdas que encontramos en el auto de Jalin.

Fue inútil, también el auto de Jalin se atascó en la arena y luego el auto del rancho.

—Ahora, ¿cómo vamos a regresar a la casa?

Los muchachos estaban muy preocupados.

—A pie nos tardaríamos toda la noche —dijo Jalin.

—Si estuviéramos solos esperaríamos al amanecer porque de día pasan muchos autos, pero si nos quedamos ¿qué pensará el padre de Helena? —dijo Cabarrus, sombrío.

Yo estaba feliz, pues esperaba algún acontecimiento mágico que me desatara la lengua para poder explicarle a Frankie cuánto lo amaba y por qué no podía ser, por el momento, su novia. Éste estaba melancólico, alejado del grupo, no hacía nada ni proponía nada para salir de la situación.

De repente, Jalin exclamó:

—A cinco kilómetros hay un viejo taller. Acompáñame, Patrick, a ver si siguen teniendo la camioneta de redilas.

Se fueron caminando y, a la hora, regresaron con el dueño del taller y dos viejas camionetas de redilas. Miró los autos y dijo convencido:

—No, niños, yo no puedo sacar sus autos de la arena, pero sí los puedo llevar al rancho. Conmigo caben dos.

Entonces nos dividimos. Frankie decretó que él y yo iríamos en la cabina, adelante; Pierre y su hermano en la parte trasera, que no tenía ni techo, ni asientos ni nada. Pierre comentó irónico:

—Mi hermano y yo nos vamos a helar.

Y en la segunda camioneta se treparon Dugardier, Jalin y Cabarrus. Por fin, arrancamos en esos vejestorios. El camino era bellísimo, iluminado por las llamaradas rojas de los pozos petroleros que se veían a lo lejos; las palmeras desmelenadas por el viento, iluminadas por la luna, formaban un cuadro exótico de una belleza salvaje.

En el trayecto esperaba una palabra de Frankie, pero iba callado, una especie de nube negra cubría su rostro. Yo sentía que un cuchillo desgarraba y partía en pequeños pedazos mi corazón. En un momento, al volverme hacia él, vi algunas lágrimas rodando sobre su cara. Él lo notó y volvió la cabeza hacia el conductor.

Tiempo después, volvieron a correr silenciosas lágrimas por sus ojos. Yo quería decir algo y consolarlo. Me parecía una fantasía que Frankie, el admirado Don Juan del liceo, tan guapo, llorase por mí. Pensé que lo estaba soñando. Desde niña mi padre me había acostumbrado a dudar de todo lo que veía, y esto se me había acentuado en Japón. Con sus eternos "Te lo imaginas. No es cierto. Mientes". Repetidos tres o cuatro veces, cada vez que abría la boca, me había hecho dudar de mí misma de una manera enloquecedora. Las lágrimas se secaron. Creí que me las había imaginado. De repente, el camión se paró ante la sucia puerta de nuestro hotel. Me bajé desconsolada, pero la voz de Frankie me reconfortó un poco:

—Nos vemos mañana a las diez, en la playa.

—Sí —y como una autómata le tendí la mano. Me despedí de todos.

—¡Hasta mañana!

—¡Hasta mañana! Descansa.

Pero no iba a volver nunca a la playa de Tecolutla. Al llegar al cuarto que compartía con mi padre, él estaba furioso con esa peligrosa ira que me hacía temblar. Y, por primera vez en mi vida, lo oí decirme palabrotas:

—¡Puta, sinvergüenza!, ¡caliente! Tenías que empezar tu vida sexual acostándote con seis a la vez. Uno no te bastaba.

Me eché a llorar, traté de explicarle lo que había sucedido, pero no me dejó decir una palabra. Con la voz helada de sus grandes disgustos me amenazó:

—Me las vas a pagar, chiquita, me las vas a pagar.

Me acosté, rendida, y me dormí entre sollozos. A la mañana siguiente vi mi maleta empacada.

—Nos vamos, chiquita, no puedo tolerar que me deshonres más ante el señor Zorrilla y todo este pueblo.

—Pero ¿qué deshonra? ¿Qué tiene que ver Zorrilla? Quiero despedirme de mis amigos.

—No lo harás, vámonos, ¿o quieres que les diga lo que eres realmente? Una pobre diabla, mala imitación de tu madre, ¡una estúpida pu-ti-ta!

Me callé por miedo. Bajé la maleta en el vestíbulo donde ya estaban Pierre y su hermanito listos. Mientras yo sollozaba, mi padre se despedía por teléfono, con la mayor de las amabilidades, del señor Prieto, su gran amigo.

Rápidamente le conté a Pierre lo que había sucedido en el cuarto. Éste me calmó:

—Le explicaré a tu padre lo que sucedió.

Pierre se le acercó y trató de explicarle, pero también recibió una andanada de insultos.

—Miserable alcahuete, con tal de pasar unos días a mis costillas en la playa, se ha vuelto cómplice de las infamias de mi hija con ese niño bien, ese estúpido brasileño.

Pierre enrojeció de rabia.

De ahí, Zorrilla nos llevó a ver las pirámides de Tajín. No me importó; para mí todo estaba muerto sin Frankie.

Llegamos a México. Le conté todo a mi madre, quien se puso muy contenta, pues a ella le gustaba mucho Frankie para mí.

—No te preocupes. Se ha enamorado más de ti. Le demostraste que no eras como las demás. Te va a volver a hacer la corte.

Con todo, la furia de mi padre la dejó asustada, pues le temía mucho. Aun así, las palabras de mi madre me habían consolado y animado.

El primer día de clases entré radiante al patio del Liceo. Ya me imaginaba las caras de sorpresa y de admiración que harían María Adelaida y Michelle. Mi vanidad le ganó a mi prudencia.

A la hora del recreo, las tres andábamos cogidas por los brazos.

—Y entonces, ¿esas vacaciones en Tecolutla? —preguntó María Adelaida con indolencia.

Después, siguió la voz aguda de Michelle:

—¿Viste a los Philos?

Les decían así porque estaban en la clase de filosofía. Lo que en Francia correspondía a un año extra después del bachillerato.

Por cierto que el gran filósofo Ramón Xirau, amigo de mi padre, era su profesor de filosofía. Ellos lo querían mucho. Me habían contado que era el único profesor del Liceo que los trataba como amigos, y no como conscriptos; incluso los había invitado, varias veces, a comer a su casa. Y era un gran honor el que un maestro invitara a sus alumnos. Era el único que lo hacía, por ende, era adorado entre sus discípulos.

Michelle prosiguió:

—¿Viste a Frankie?

Y, víctima de mi propia vanidad, les conté todo; todo, menos lo de mi padre.

Enseguida me arrepentí de haberlo hecho. Eran buenas amigas pero nunca se sabía. Si se lo contaban a Frankie y a todo el Liceo, aquél nunca me lo perdonaría. Yo creí que María Adelaida me contaba todo. ¿No me había invitado decenas de veces a comer a su embajada, y había organizado tés danzantes para que yo me encontrara con Frankie? Pero, al contarles mi historia, me di cuenta de lo superficiales que eran mis amigas. Ellas no podían comprender el amanecer que surgía en mi alma.

Levanté los ojos y me encontré con la mirada de Frankie: éste enrojeció violentamente y sus ojos me miraron con nostalgia. La rutina escolar siguió, como de costumbre. El mundo sí era como me lo imaginaba en los buenos días, cuando me levantaba optimista: nuevo, brillante, solar y con todas las posibilidades al alcance de mi mano.

Sin embargo, desde principios de año algo malo crecía en la casa. Al principio no me di

cuenta, pero fue rodando como por una montaña y la bola de nieve se volvió avalancha. Y lo peor es que nadie hizo nada serio por detener la catástrofe.

A Archie Burns, el Don Juan entre los conocidos, le dio por hacerle la corte a mi madre. Y empezó yendo todas las tardes a verla. Estoy convencida de que no estaba enamorado de ella, simplemente era una mujer de moda en ese momento en México, y él siempre se había distinguido por conquistar a las mujeres del momento para luego destruirlas.

Se me olvidaba contar que, después de un año en aquel edificio rojo redondo, mi madre encontró un departamento de lujo en un edificio nuevo de cinco pisos en la avenida Nuevo León 230. El departamento era muy grande. Las ventanas del gran salón y de un comedor mediano, separado del salón con puertas con pequeños vidrios cuadrados, a la francesa, daban a un balcón largo sobre Nuevo León. Las tres recámaras de atrás, daban hacia una calle pequeña, eran grandes y con techos bastante altos. Pero mi padre no quería mudarse ahí. Parecía que quería fastidiarnos en todo, como al principio de nuestra llegada a México, cuando Paco Malgesto quiso hacerle una entrevista a mi madre por televisión.

Los vecinos, puerta con puerta, eran Tulio Demichellis, su guapa esposa francesa, rubia y de ojos azules, y un adorable niño rubio, de ojos claros, que parecía un serafín. Pensar que años después ese niño trabajaría en *Vuelta* con mi padre. ¡Qué curiosa es la vida!

Tulio era un argentino, director de cine, que se había especializado en filmar las comedias de Silvia Pinal, la estrella que, entonces, empezaba su gran carrera. Yo me la encontraba casi todos los días en las escaleras y me quedaba contemplándola: ¡era tan guapa!, rubia, blanca, de ojos cafés achinados, rasgos muy delicados, alta y de buen cuerpo.

En fin, ese día mi padre por poco se pelea físicamente con Paco Malgesto, pues quería que la entrevista fuese sobre él, y para eso había invitado a Leonora Carrington, una pintora inglesa horrible, medio loca, que odiaba a mi madre; a Amalia Hernández, la prima hermana de mi madre que todavía no tenía su ballet folclórico, y no me acuerdo a qué otras mujeres artistas.

Paco se molestó, le reclamó a mi padre. Éste lo amenazó con su influyente posición en el gobierno (en ese entonces tenía un puesto importante en Relaciones: director de Organismos Internacionales), le dijo que mi madre no era nadie, ni escritora, ni pintora, ni nada, una simple y frívola ama de casa.

Paco ya había instalado sus aparatos en el departamento de los Demichellis, y no podía arriesgarse a que un pleito le echara a perder su entrevista.

Michelle y su madre, a quienes les había avisado de nuestra aparición en TV (Paco quería sacarme a mí también), me dijeron que la entrevista fue un bodrio aburridísimo. Leonora contestó a todo con voz sepulcral y "Es que veo cosas, cosas". Amalia bailó un son sin música, pues no había tocadiscos. (A mi padre nunca le gustó la música.)

Finalmente, Paco se impuso: quería sacar a Elena Garro y a su hija, aunque fuera cinco minutos. (Ella y yo nos escondimos en la cocina.) Mi madre había llorado por aquella injusta humillación. Paco nos encontró y nos filmó dos minutos. Mi madre ya no quiso decir nada.

Yo estaba muy molesta por la actitud de mi padre y le empecé a tomar rencor. Su afán de protagonismo, su manía de pulverizar a mi madre en público, en fin, todo esto me hacía mucho daño psicológico, pues la casa, en la intimidad, se estaba volviendo un infierno.

Las diarias visitas de Archie empeoraban esta situación. Él quería hacer creer, al público en general, que ya era amante de mi mamá. Y usaba una técnica bien elaborada; tenía un Mercedes Benz, que utilizaba para impresionar a toda clase de mujeres, y una tarde en que la mamá de Michelle, junto con ella, me traían de la escuela a la casa, vimos una escena espeluznante: Archie estaba abrazando y besando en la boca a mi madre, dentro del auto.

Michelle y su madre no dijeron nada. Se fueron rápidamente. Y, por desgracia, no vieron el final de la "tierna" escena: mi madre, a puñetazos, se libró del abrazo y se metió al edificio. Yo ya había entrado y estaba indignada con ella y con Archie.

—¡Qué débil eres! ¿Por qué te subiste a su auto si te repugna tanto?

—No me imaginé que se iba a portar así.

Al principio, los propósitos de Archie nos daban risa a los tres, y voy a citar una babosada que muestra que mi padre se dejaba llevar, muchas veces, por el sentido del humor de mi madre. Es una tontería que encontré en el cuadernito de diario que milagrosamente recuperé.

No sé por qué esas simplezas nos divertían tanto.

Enero. Hoy en la tarde tuvimos una conversación divertidísima.

El teléfono repica.

Mamá: Es Archibaldo Burns, el gran Turco, Selim Ataturk. ¡Qué lata! Natalia: dígale que no estoy.

Los tres estamos en la cama porque me duele la garganta, tengo gripa, papá también. Entonces mamá se vino a este cuarto para acompañarnos. Puso un catre plegable junto a nuestras camas.

Yo: Es cierto, ¡Archibaldo tiene cabeza de turco!

Papá: Una cabeza de turco de feria, de ésas que hay que deshacer a golpe de papas o de no importa qué.

Mamá: Me lo imagino sentado sobre un cojín de terciopelo, con un turbante adornado con una pluma de fakir e inclinándole gravemente hacia su gran visir. Se oye una musiquita árabe y las bayaderas dan vueltas alrededor de él. De repente, pronuncia esta frase: "Que me traigan a esa pequeña rubia que baila allá y que se lleven a Zenaida al pabellón de los naranjos". La rubita se acerca al sultán Ataturk. Él le ofrece, entonces, un anillo adornado con un rubí gordo como un tomate. Ella le dice: "No majestad, se lo suplico, no puedo aceptarlo". Viéndose rechazado, el sultán Ataturk se va a montar a caballo por el desierto para calmar su dolor.

Yo: ¡Ja, ja, ja!

Mi padre ya se aburrió de la broma y me dice algo que no tiene nada que ver con lo que estábamos charlando. Típico de él.

Papá: Helen, ésas son tonterías. Chata, deberías leer a Bernal Díaz del Castillo, es muy interesante (repite la frase, maquinalmente, varias veces, los ojos abstraídos en algo lejano).

Yo: Ya basta, ¡déjame reír!

Mamá: No seas tan serio, hay que reír de vez en cuando.

Papá: Bah, deberías prohibirle a tu hija que me insulte de esa manera.

Cuando llegaba del Liceo, no tardaba en aparecer Archie. No obstante, yo tenía órdenes de mi madre de negarla. A pesar de eso, un día, ella se estaba duchando y la José, la nueva criada, una india muy guapa y muy inteligente que estuvo con nosotras el tiempo que nos quedamos en México, la encerró en un clóset toda mojada y enjabonada, porque Archie se daba cada vez más ínfulas en

la casa y revisaba cada uno de los cuartos buscando a mi madre.

En ocasiones, mientras se iba, yo le platicaba. Y aprendí cosas muy interesantes con él. Siempre me contaba anécdotas que rebajaban a la mujer con la que había andado. Me contó que cuando tuvo una aventura con Dolores del Río, la primera noche ésta salió desnuda y él la recibió extasiado diciéndole: "De rodillas ante la diosa...".

Archie se moría de risa. Siempre andaba con la mujer de moda; fue novio de Bebesa Martínez del Río, pero la dejó plantada en la iglesia. Sin embargo, hablaba muy bien de ella porque, según él, era muy inocente. Decía que yo se la recordaba. A Crista von Humboldt, quien llegó a México y con ese título y su belleza hacía furor entre los niños bien mexicanos, Archie la conquistó para luego dejarla caer.

Alguna vez me animé y le hice algunas preguntas:

—¿Cuál es la mujer más guapa que ha visto en su vida?

Esto lo entusiasmó.

—¡Ah!, déjame ver. Sí, ya; era yo muy jovencito, estaba en el hotel Beau-Rivage con mis padres, en Lausana, y vi pasar por la puerta de cristal una carita, ¡pero qué carita! Luego la conocí; sí, sí, la llamaban "Tiger". Después la traté y descubrí que era un hombre vestido de mujer.

—¿Y por qué se vestía de mujer?

—Pues, le gustaba andar así. ¡Y te puedo asegurar que era más guapa y femenina que todas las mujeres que he conocido!

Me quedé asombrada, pues no sabía que había hombres que se vestían de mujer y no me atreví a contárselo a nadie.

El círculo intelectual que nos rodeaba empezaba a juzgar muy mal a mi madre, pues Lucinda, la joven esposa de Archie, la aborrecía y se quejaba en todas partes de ella.

Mi madre le suplicaba a mi padre que lo corriera, pero él se negaba.

—¿Por qué lo voy a correr si es encantador? Además, tan sólo es otra víctima de tus encantos.

Mi madre reaccionaba furiosa:

—Me está deshonrando en todo México. Prohíbele entrar a esta casa. ¡Es un imbécil, un cochino, un nuevo rico!

—Exageras. Aunque, tal vez, como Circe, conviertes a todos tus pretendientes en cerdos —le contestó riendo.

A mí me indignaba que no corriera a Archie.

De paseo con María Adelaida y Michelle, volví a ver a los Philos; todos eran socios del Deportivo Chapultepec.

Estábamos tomando una naranjada cuando aparecieron. Se sentaron en nuestra mesa. Reinaba un silencio pesado, y para romperlo pregunté:

—¿Qué quieren hacer ahora?

—Besarte —me dijo Frankie a bocajarro.

Me quedé helada y no supe qué contestar.

Yo me encontraba ahí porque me hacían una falta tremenda los deportes, pues en Europa no

paraba. Empecé a engordar un poco y mi tío Albano me comentó:

—Tienes que hacer ejercicio porque con tu cuerpo de atleta, los músculos pronto se te van a hacer grasa.

Mi padre dijo que el Deportivo Chapultepec era un club de millonarios y que no estaba dispuesto a pagarlo. Entonces recordé que, a nuestra llegada a México, nos vino a saludar su primo Arturo Paz, justamente, el gerente del deportivo.

Fui a buscar a mi tío Arturo y él se ofreció a inscribirme gratis en el club. Mi padre no aceptó e incluso se peleó con él.

Después de mucho batallar, nos mudamos a Nuevo León 230, aunque el departamento se veía destartalado. Le faltaban muebles y el círculo de amigos de mi padre venía poco a visitar a mi madre.

Archie, con su necia perseverancia, era el culpable de este aislamiento. Un día, una amiga del grupo de intelectuales que quería mucho a mi madre, nos vino a contar algunas cosas:

—Octavio dice horrores de ti, Elena. No te baja de puta y de que lo engañas con Archie.

Nos quedamos horrorizadas. A mí no me sorprendió, pues conmigo había vuelto a quejarse de mi madre y a contar su vida en París de una manera poco agradable. Aunque, si él mismo la calificaba de *puta*, ¿para qué había armado ese escándalo con Emmanuel Carballo y lo había corrido de la casa? Sin importar lo que hubiera dicho Lunel, ¿por qué le hizo caso y no aclaró las cosas de manera racional con Emmanuel? Hay partes de la vida de mi padre que no comprendo.

> *Hoy comimos juntos los dos. Me dijo que mi madre lo arruinaba, que era muy difícil vivir con ella, que en Francia sus únicos amigos eran Finki y los refugiados españoles del café* La Puerta del Sol [un lugar donde se reunían españoles vulgares]. *Exasperada le grité: "¡No es cierto!, no es cierto". La criada salió de la cocina: "¿La señorita me llamó?". Él contestó: "La señorita no habla, berrea". Y le repliqué muy insolente: "¡Ay!, no debería haberlo hecho, cómo me arrepiento, estoy triste".*

Como se ve, yo estaba entre la espada y la pared; pero no siempre era así nuestra vida íntima. Había grandes momentos en los que ellos dos charlaban por horas de literatura, de poesía. Por ejemplo, mi padre le leyó a mi madre todos los ensayos que publicó en esa época. Ella le daba su opinión, discutían y, muchas veces, mi padre le hacía caso y anotaba lo que le decía. Como cuando escribió *Las peras del olmo,* donde hablaba mucho de los griegos.

Mi padre tenía la teoría de que la piedad era algo inexistente entre los griegos, que ésta había aparecido con el cristianismo. Mi madre, que de jovencita había sido fanática de los clásicos griegos, y se sabía todo de memoria, le replicó:

—Sí existía la piedad, recuerda el caso de Príamo, en la *Ilíada*.

Mi padre aún discutió. Al final, estuvo de acuerdo con ella y así lo puso en su libro. Esas discusiones me fascinaban.

Sin embargo tengo que releer esos libros, pues últimamente compré sus poesías completas y, para mi sorpresa, las había cambiado tanto que no las reconocí. Casi era otro poeta. No obstante, siempre tuvo la manía de corregir una y otra vez sus poemas, y cada corrección se la leía en voz

alta a mi mamá. En esas ocasiones ella me comentaba:

—Mira qué trabajador es tu padre. En cambio tú escribes tus poemas de un golpe y no los corriges.

La verdad es que mis poemas me rondaban la cabeza durante varios días y, a la hora de dormirme, los corregía mentalmente; después, sólo tenía que escribirlos. Muchos de mis poemas son sueños que tuve. Al principio, pensaba: "En la mañana me acordaré". Pero no era así. Entonces puse junto a mi cama, sobre mi mesita de noche, una lámpara, pluma y papel. Al despertar, escribía, y al día siguiente corregía.

Lo que más me unía a mis padres era el amor a la poesía y a la literatura. Ya he contado que mi libro favorito, a los seis años, fue el libro de poesías de la clase.

Desde muy pequeña, en París, me di cuenta de que mi padre y mi madre eran dos seres fuera de lo común, extraordinarios y muy diferentes. Es curioso, pero hasta de físico eran opuestos: él, de pelo castaño oscuro, grandes ojos azules, mediterráneo; adoraba el sur de Europa y su poesía. Mi madre, rubia dorada natural y de ojos cafés, adoraba el norte de Europa y su poesía.

Al principio —ya conté esto antes—, no quería que fueran a recogerme a la escuela, pues me daban vergüenza porque no eran como los padres de mis amigas. Sin embargo, al ver la admiración que suscitaban entre ellas, me puse muy orgullosa.

Naturalmente, la que más las trató fue mi mamá. A todas les enseñó a nadar en la piscina Molitor, y a andar en bicicleta; además, les permitía ponerse sus trajes cuando había merienda en mi casa.

Un día, Inés, la hija del duque de Luynes, se apareció en el salón con un traje de raso negro y morado que le arrastraba, tacones altos y toda pintarrajeada. Mi madre temió que el duque se molestara, pero a éste sólo le dio un ataque de risa al ver a su hija hecha un mamarracho.

Pocos días después del regreso de Tecolutla, caí gravemente enferma; me dio reumatismo infeccioso en la columna vertebral. El doctor Méndez, un gran médico, me cuidaba.

Estando en cama vino toda la clase a visitarme. Y cuando María Adelaida y Michelle me visitaron, entraron molestas a mi cuarto.

—Fíjate que nos encontramos con los Philos, sentados en el auto de Frankie, aquí en la puerta de tu edificio y nos acusaron de ser unas malvadas porque nos vieron reír al entrar. "¿Cómo se pueden reír si su mejor amiga está tan grave?", nos dijeron.

De manera ingenua, me pregunté qué estarían haciendo los Philos en su auto a la puerta del edificio.

Al principio, sí estaba muy grave; me daban unos horribles espasmos cardiacos. Precisamente en uno de esos días, mi abuela Pepa me estaba cuidando. Yo tenía los ojos cerrados por el dolor. Los entreabrí ligeramente y vi que estaba mirándome, petrificada, con una extraña expresión de odio. Entonces los abrí por completo, y su expresión cambió en un segundo. De manera hipócrita me miró con una dulzura de verdadera abuelita. Sentí un miedo enorme.

Cuando me sentí mejor, Pierre y Marina Reyes se hicieron asiduos de la casa. Venían todas las tardes a visitarme. Un día Pierre, que no quería a Frankie, llegó encantado del Liceo.

—Frankie es formidable. Cuando supo que venía a verte, me trajo en su auto y no hizo más que

preguntarme por ti.

Yo me puse feliz pero lo disimulé.

—¿Cómo? ¿Por qué preguntó tanto por mí si nunca ha venido a verme ni me ha llamado por teléfono?

—Qué raro —exclamaron Pierre y Marina al mismo tiempo.

—Si todo el Liceo sabe que está loco por ti —dijo ella.

—No lo creo —dije para que me lo repitieran.

—Sí, ¿no te has dado cuenta de que está muy enamorado de ti? —me preguntó Pierre, asombrado y muy seguro de lo que decía.

—¿Ustedes creen eso?

—Quizá.

No insistí sobre el tema. En el fondo de mi corazón le tenía un gran resentimiento a Frankie porque nunca había ido a verme, ni llamado por teléfono para saber cómo seguía. Eso causó mi actitud posterior y mi desdicha.

Años después, en Cuernavaca, durante los últimos años de mi madre, hablando de esos tiempos, de repente me empezó a contar:

—¡Pobre Frankie! A mí me daba mucha lástima cuando hablaba todos los días a la casa preguntando cómo estabas. Si yo le decía "mejor", se ponía feliz, y me encargaba saludarte mucho de su parte. Si empeorabas, su voz se volvía triste y...

En ese momento salté:

—Y es ahora que me lo dices, malvada. No te creo. ¿Por qué no me lo contaste cuando sucedía?

—Porque tu padre no quería que supieras nada de él.

—Con no habérselo contado era suficiente. Yo nunca se lo hubiese dicho a mi padre, si sabía muy bien que aborrecía a Frankie —y agregué—: No es posible, no sucedió eso. Me lo cuentas ahora para torturarme y que sienta pena por cómo me porté con él después.

Mi madre cambió la versión, totalmente asustada:

—Sólo habló dos o tres veces, muy cariñoso.

—Por fin; hablaba todos los días o fueron "dos o tres veces".

Muy turbada trató de contestar:

—No sé, no me acuerdo bien, hace tanto tiempo.

Entonces mis padres —ella por el miedo que le tenía— siempre me mintieron sobre Frankie. En retrospectiva sentí una enorme furia pero ya era inútil.

Tuve muchos amoríos, pero él fue mi gran amor.

Una vez recuperada, volví al Liceo para encontrarme un ambiente muy cambiado. Llegó a la escuela una nueva alumna, sensacional, Olga Georges-Picot, muy guapa, de pelo oscuro y corto, grandes ojos negros, alta, muy bien formada y muy loca. Su padre era el señor Georges-Picot, embajador de Francia en México. A pesar de que era un año mayor que yo, entró a una clase más atrasada. Los estudios no le interesaban mucho. Me hice amiga de ella mucho después.

Sin embargo, las compañeras de siempre casi no me hablaban. María Adelaida me cortó

totalmente. Michelle me dijo que ya no necesitaba mi auto para ir al Liceo.

Entonces le propuse a Thérèse, una compañera que no tenía auto, llevarla a su casa. Habíamos cambiado de chofer, ya no era Román sino Antonio.

De repente, estalló una bomba. Al dejar frente a su casa a Thérèse, le di la mano y ésta exclamó con asco:

—¡Qué manos tan aguadas tienes! De hipócrita. ¡Me repugnas!

—Pero ¿qué te pasa? ¿Qué te he hecho?

—A mí no, a la pobre María Adelaida. Hace meses que le mandas cartas anónimas obscenas, insultándola porque Frankie está enamorado de ella. Y también a Frankie le envías cartas donde le propones cosas asquerosas.

—¿De dónde inventas esas locuras? —yo estaba temblando de rabia.

—María Adelaida se las ha enseñado a todo el Liceo y Frankie se lo contó a un muchacho, y éste a María Adelaida.

—Yo no tengo nada que ver en eso. Mira, si te repugno tanto, ¿por qué aceptas mi auto?

Al llegar a nuestro departamento, estaba horrorizada. Me obsesionaba pensar qué diría Frankie. Yo, tan ingenua, tan boba; el angelito que ni siquiera lo había besado. Alguien, realmente malvado, me había transformado en un ser obsceno y perverso.

Mi abuela Pepa estaba en la casa. Sintiéndome desamparada les conté la historia a mis padres y a ella. Pepa declaró enseguida, muy segura, tan segura que me convenció:

—Es ésa de la María Adelaida que se escribe las cartas a sí misma y al tal Frankie.

Faltaba poco para el fin de año. Pasé meses infernales. Había hecho tal esfuerzo para arrancar de mí aquel amor por Frankie, que por poco me muero. Pero también lo odiaba porque me sentía humillada ante él.

Estaba segura que María Adelaida había escrito los anónimos, y cuando mi madre me contó —después que el señor Halpern me limpió de toda culpa— que en una recepción de la embajada de Brasil se encontró con María Adelaida, íntima de la madre de Frankie, y lo que le había dicho mi padre a María Adelaida, delante de todos los Thompson, me sentí humillada, le tomé un amor-odio a Frankie (esto lo contaré después, en detalle). Quería vengarme, pero no sabía cómo. Le conté esto a mi madre y se escandalizó:

—¡Qué cosas piensas, Helena! Olvida toda esa mugre.

Entonces me contó algo parecido que le sucedió con su gran amor de adolescente (esto nunca lo relató a nadie, no me explico por qué).

Carlos Aguilar y su hermana eran hijos de una rusa blanca y de un ruso que murió combatiendo contra los comunistas durante la revolución. La viuda y sus dos hijos, Carlos y Dora, escaparon a China. Ahí, el general Aguilar representaba a México en Shanghái, donde conoció a la aristocrática viuda y se enamoró perdidamente, pues era guapísima, alta, rubia natural, muy elegante. Se casó con ella, adoptó legalmente a los dos muchachos y con esto salvó a toda la pequeña familia. Tiempo después regresó a México, pues la diplomacia lo hastiaba. Era del grupo callista-obregonista, cuyos hijos iban mucho a las fiestas que daba en su lujoso palacete mi tía Amalia Hernández, madre de la futura folclórica. Esta hermana de mi abuela se había casado con Lamberto Hernández, un político, íntimo de Calles y Obregón. Calles lo nombró regente de la

ciudad y amasó una gran fortuna.

En una fiesta en casa de Amalia Hernández (tía de mi madre), mi madre conoció a Carlos Aguilar. Me lo describió como un dios de belleza pero muy tímido. Rubio, alto, nariz recta como griego antiguo. Todas las primas corrían detrás de él (además, era riquísimo por su padre adoptivo). Sin embargo, tanto las primas como las tías de mi madre eran de físico mediocre y les tenían una envidia tremenda a ella y a sus hermanas, pues eran guapísimas. Al final, él escogió a mi madre y tuvieron un gran romance de adolescentes.

Un día que iban paseando por un parque, Carlos le dio un beso en la boca a mi madre. La mala suerte fue que una de las primas los siguió y los vio besarse. Y las tías, que eran tan puritanas y tan envidiosas, le fueron a armar un escándalo a mi abuelita Esperanza.

—Tu hija va por muy mal camino; ya la vieron besándose en un parque con el sinvergüenza de Carlos Aguilar.

Además, le explicaron a mi abuelita Esperanza que Carlos era un cínico Don Juan, que le hacía la corte a mi madre para tener otra conquista más; que nunca se casaría con ella, pues él era riquísimo y mi madre era pobre (mi abuelo José Antonio pasaba por una de sus malas rachas) y que tal parecía que mi madre corría tras de él por su dinero.

Estos comentarios y advertencias los dijeron estando presente mi madre, quien hizo tal rabieta y se sintió tan humillada, que al día siguiente rompió con Carlos Aguilar, sin ninguna explicación.

Y sí lo creo, porque el defecto de mi madre era el orgullo, por esto nunca reconocía sus errores. Siempre decía que ella no tenía remordimientos.

Él se quedó desecho y le preguntaba, una y otra vez, cuál era la razón de su proceder. Mi madre se volvió y lo dejó parado, con los ojos llenos de lágrimas.

—¿Verdad que sí duelen las calumnias, mamá? Pero es mucho peor lo de los anónimos. Pero si ya conocías a tus tías ¿por qué les hiciste caso?

Como mi madre, en muchas ocasiones, actuaba de manera muy impulsiva, no se pudo explicar su actitud. Yo aún no me había dado cuenta de su orgullo, y pensaba que, realmente, actuaba a lo loco y que era, como decía mi padre, "autodestructiva".

Cuando regresamos a México, Carlos Aguilar le habló a la casa y la citó en un bar muy elegante. Le contó a mi madre que había hecho un mal matrimonio y que estaba divorciado.

Lo vio varias veces, y le suplicó que se casara con él.

—Tú vales más que Octavio, Elena, y sé, por el rumor público, que no eres feliz con él. Yo no he dejado de quererte. Has sido mi gran amor.

Pero mi madre seguía enamorada de Bioy y no aceptó las propuestas de Carlos.

—¿Y sigue guapo, mamá?

—Sí, guapísimo, pero muy amargado.

—Pues háblale y cásate con él. Tú y mi padre no son felices y, además, así te libras del Archi y de todo este escándalo monstruoso que nos va a acabar hundiendo a ti y a mí.

Acababa de leer *La letra escarlata,* de Nathaniel Hawthorne, y me había aterrado.

—Mamá, te estás convirtiendo en *La letra escarlata*.

Pero "terca como aragonesa" —así le decía su padre—, no me hizo caso.

Felizmente, en esos días llegaron a México, en viaje turístico y de incógnito, el expresidente

de Francia, Vincent Auriol y su mujer. La embajada francesa se alborotó. Necesitaban un diplomático mexicano que hubiese estado en París y pudiera servir de traductor simultáneo a la pareja. Relaciones Exteriores nombró a mi padre y éste me invitó a mí como traductora simultánea, pues no estaba muy seguro de su francés.

Así, en una pequeña ceremonia íntima en la embajada de Francia, nos presentaron al expresidente Vincent Auriol y a su esposa. Él era un viejo muy bondadoso y muy sencillo, siempre con su boina puesta. La esposa, más alta que él, muy elegante y muy culta.

No sé por qué en esa recepción le simpaticé tanto. Nunca pensé que esa gente mayor, y tan importante, le pusiera un bálsamo a mi corazón deshecho.

Y, en una conversación informal, no sé por qué me puse a hablar del reparto de tierras a los indios que no acababa de hacer la Revolución mexicana en el poder. Todavía mi madre y yo no nos dedicábamos a defender a los indios, pero hablábamos mucho de eso. Sin querer di en el clavo, pues Vincent Auriol era socialista y compartía mis ideas sobre el campo.

Al día siguiente, lunes, fuimos a Teotihuacán, acompañados por el embajador de Francia, el señor Georges-Picot, siempre melancólico, el papá de Olga, junto con el agregado cultural francés y su esposa, y muchos guardaespaldas mexicanos.

Como en el Liceo estudiábamos historia de México con el señor Lera, yo tenía todo fresco en la memoria y le pude contar al presidente y a su esposa todo lo que había aprendido sobre las culturas prehispánicas, la Conquista, y demás. Mi padre, en aquella época, era muy tímido frente a gente poderosa, no dijo nada y se hizo a un lado, aun sabiendo tanto sobre la historia de México.

El martes fuimos a la laguna de Xochimilco, que no estaba tan echada a perder como ahora. Fue un día de descanso para ellos. Y, a la mañana siguiente, a Taxco, a recorrer esa preciosa ciudad colonial para ver su deslumbrante barroco.

Aunque acostumbrada a las iglesias francesas medievales, me fascinó Santa Prisca, con el altar barroco reluciente de oro y de ángeles. Parecía una esquinita del paraíso.

Después del día agotador, se me ocurrió comprarles una canasta de lujo de dulces típicos mexicanos. Quedaron encantados. Les fascinaba México. Al finalizar el día, el agregado cultural francés nos llevó a una especie de café, cuya terraza daba a un precipicio, pero no había peligro, pues tenía barandales. Y ¿a quién nos encontramos? A la joven escritora rebelde de la época, Françoise Sagan. Una mujer fea, llena de granos, con el pelo casi a rape, acompañada de la hija mayor de Malraux, Florence Malraux.

La rebelde me asombró. Al reconocer al expresidente de su país, se levantó entusiasmada y muy respetuosa le hizo una reverencia, muy conmovida de conocerlo. Él, que en cuestión de moral era muy estricto, casi no le hizo caso.

Cuando llegamos a Yucatán —sin proponérmelo—, ya me los había conquistado. Decían que yo era la típica niña francesa bien educada. Y me invitaron a su propiedad de la Camargue, con todos sus nietos. La Camargue es una provincia del sur de Francia, llena de praderas con hierbas muy altas, marismas y lagunas donde habita una raza de caballos árabes blancos en estado salvaje. Es muy distinta del resto de Francia. Y hacían planes para casarme con uno de sus nietos. Le pidieron permiso a mi padre para invitarme las próximas vacaciones a su propiedad. Mi padre, no muy contento, aceptó de mala gana.

Lo que fue un sueño para ellos y para mí fue Yucatán. Tomamos una avioneta y llegamos a Mérida, la Ciudad Blanca, que aún no habían tocado los destructores modernos, ni tirado un solo palacio antiguo. Recorrimos el paseo principal bordeado de palacetes blancos.

Después, el gobernador nos llevó, a través de la selva, a comer a un rancho de él. Nos asombramos al ver a los indios, todos vestidos de blanco, impecables, limpísimos, atravesar la selva como salidos de una tintorería.

Los yucatecos nos conquistaron por amables y dulces. Durante la comida hubo una pequeña escaramuza entre el señor Auriol y el gobernador, quien era un gran terrateniente. Sostuve las tesis del señor Auriol, en español, con argumentos mexicanos que él ignoraba, pues no sabía nada de México. Él entendía bastante español, aunque diplomáticamente se hacía el que no lo comprendía.

Y me desfogué con el gobernador, pues me sentía protegida por los Auriol y le reproché el maltrato a los indios.

—¡Ah, qué muchachita tan revolucionaria! —dijo riendo con displicencia el gobernador.

Pero con esa discusión me acabé de ganar el corazón de los Auriol. Mi padre, en cambio, estaba molesto conmigo. Me llevó a un lado y me dijo:

—¿Quieres que me cesen?

—Con la protección de los Auriol no te pasa nada, papá —le contesté.

Más tarde llegamos al único hotel para turistas de esa zona de Yucatán, Uxmal.

Cancún, como urbanización turística no existía y, gracias a Dios, no había turistas. Creo que visité el sureste en su mejor época.

El hotel, el Mayaland, era un edificio colonial con arcadas, transformado en hotel, con una piscina llena de gardenias e iluminada en la noche.

Éramos los únicos huéspedes. Y por casualidad nos presentaron a un arqueólogo cuyos abuelos eran franceses, pero él ya era mexicano; poseía una cultura extraordinaria sobre Yucatán, su historia, sus pirámides, todo.

Ya en la noche, dormimos en vastas recámaras con camas a la antigua y ventiladores. Sin embargo, nos habían prevenido sobre los alacranes y las tarántulas.

En la mañana oí alaridos y vi salir corriendo de su cuarto a la señora Auriol.

Se había metido una enorme tarántula negra y peluda y andaba por el techo de su cuarto. Los criados, muy hábiles, la sacaron con un palito por las escaleras y la quemaron con gasolina, junto a los autos. Según ellos, era la única manera de matarla. Me dio miedo la tarántula, pero al verla arder sentí mucha lástima por ella. La señora Auriol me consoló:

—Sí, es cierto que esos animales sólo atacan cuando se sienten agredidos, ¿pero cómo saberlo?

Al día siguiente fuimos con el arqueólogo mexicano, del cual he olvidado el nombre, a visitar las pirámides mayas.

La que más nos gustó fue Chichén Itzá, con su piedra rosa y el Patio de las Mil Columnas. La señora Auriol la comparó con el arte griego. El arqueólogo nos explicó el misterio de los mayas: cuando llegaron los españoles a Yucatán, todas esas pirámides ya eran ruinas y estaban deshabitadas. Por alguna razón desconocida abandonaron sus ciudades. Durante mucho tiempo quise investigar el asunto pero no logré nada. Pienso que la civilización maya fue lo que más le

gustó a la señora Auriol.

Después fuimos a la playa, a Cancún. No había más que kilómetros y kilómetros de arena blanca y unas enormes tortugas, dormidas en la playa o nadando en el mar. Yo fui la única que nadé, feliz. Los niños montaban a las grandes tortugas en el agua, que se dejaban sin miedo y me enseñaron a hacerlo.

Ya era el final de esas hermosas vacaciones con esa pareja tan encantadora y abierta a todas las culturas aunque no fueran europeas.

Al llegar a México, el señor Auriol, que se iba al día siguiente a Francia, me preguntó:

—¿Qué regalo quieres? Quiero obsequiarte lo que tú desees, pequeña.

Mi padre me había rogado que le pidiera la Legión de Honor para él, pues era el único de su generación, entre los diplomáticos mexicanos, que no la tenía. Así lo hice y el señor Auriol contestó:

—Dalo por hecho. Será para mí un placer.

Se hicieron los arreglos con el gobierno de París, que contestó afirmativamente. La recepción sería la siguiente semana, ya en ausencia de los Auriol.

Sin embargo, ese día, por la tarde, tenían que tomar el té en una casa de San Ángel. Mi madre era una de las invitadas y se había puesto muy elegante, llevaba un traje sastre negro, muchas perlas y su chongo rubio. La señora Auriol pasó por nosotros al departamento de Nuevo León.

La seguía un criado, el cual llevaba un espléndido regalo para mi madre: un servicio de plata para el té, ultramoderno. Un modelo único que la señora Auriol había mandado a hacer desde México para "la mamá de una niña encantadora", en Cartier de París.

También la timidez de mi madre me asombró. Se puso roja, roja y no sabía qué decirle a la señora Auriol.

Nos subimos a su limusina y mi madre no pudo más que balbucir algunas cosas ante el flujo de palabras de la señora Auriol, quien como francesa bien educada la quería hacer sentir más cómoda. Pero fue inútil. Yo estaba asombrada. No conocía ese lado de mi madre. Al día siguiente, los fuimos a despedir al aeropuerto y yo lloré mucho al despedirme de la sencilla y encantadora pareja.

La semana que siguió se llevó a cabo la recepción, en la embajada de Francia, para otorgarle la Legión de Honor a mi padre. Ese día le pregunté:

—¿Qué me pongo, papá?

Él me contestó que yo no iba a asistir, que por quién me tomaba.

—¡Ah, no! ¡Yo sí voy! Aquí tengo la invitación —le contesté furiosa.

Entonces, nos corrió otra vez de la casa y fuimos a dar al hotel Genève. Ahí hice una rabieta tremenda, pues como comenté con mi madre, *yo* le había conseguido la Legión de Honor a mi padre. Ella se quedó callada y, por fin, dijo como siempre:

—Así es tu padre.

Tuve que regresar al Liceo, que ahora me daba horror. Fueron meses infernales. Hasta que se me abrió una puerta.

Había clases de religión católica opcionales, que daba un sacerdote francés, el padre Yves

Magnin, uno de los sacerdotes de la Parroquia francesa, a las cuales, por cierto, acudía Frankie.

Ese padre tenía tal fuerza de persuasión que me convirtió al catolicismo. Había fundado una obra para niñas de la calle, donde se les alojaba, enseñaba costura y otras cosas, para que tuvieran un oficio. El dinero se los sacaba a los ricos Barcelonettes, "con la promesa de una Legión de Honor", como me decía riendo.

A varias compañeras de la clase, Marina, Mari-Loli, la hija de la maestra de física y otras más, que no tenían nada que ver con la oscuridad que reinaba ahora en el Liceo, las convencí de frecuentarlo y ayudarlo.

Aquel padre me hizo un bien enorme. Un día que estaba con una ligera recaída del reumatismo infeccioso en la columna, mi madre lo invitó a cenar junto con mi abuelo José Antonio. ¡Resultó que mi abuelito sabía más de teología que el padre!

Antes de cenar, el padre entró a mi cuarto a saludarme.

—Quiero confesarme con usted, padre.

—No lo necesitas. Tus ojos son tan puros que sé todo lo que sucede en tu alma.

No le creí.

Él fue quien me prestó las obras de Paul Claudel. Yo ya había leído *Diario de un cura rural,* de Georges Bernanos, que estaba en la biblioteca de la clase y me había conmovido profundamente.

Se acercaba el final del año escolar. Le pedí a mi madre que fuera a ver al director del Liceo para que juntara a toda la escuela y me declararan inocente de esas infames cartas anónimas. El padre le ayudó mucho.

Entre tanto, un día, en plena clase la señora Mourot, la profesora de latín, me dijo:

—Helena, vaya a llamar al excusado a esas dos degeneradas de la María Adelaida y de la Michelle. Hace tres cuartos de hora que están encerradas ahí.

Un tanto aturdida, fui al baño, cuyas puertas no llegaban hasta el suelo. Se podían ver los pies y parte de las piernas. Para mi asombro vi que se habían quitado los zapatos; los pies de Michelle acariciaban los de María Adelaida, sus piernas, y se oían murmullos y ruidos. Aterrada les toqué a la puerta y las llamé.

—¡Ahí vamos! —me gritaron.

Enseguida llegaron a la clase y María Adelaida recibió los durísimos regaños de madame Mourot.

—¿Para qué asiste usted al Liceo? No estudia, no hace nada, corre detrás de los muchachos y no sólo eso, está pervirtiendo al Liceo. Es mayor que las demás chicas, y con su pelo oxigenado y tan maquillada parece una puta. No era así, al principio, pero ya se ha descarado.

María Adelaida se puso a llorar y la amenazó con correrla del Liceo usando el poder de su padre, y se salió de la clase dando un portazo.

Otra vez, a la salida del Liceo, Michelle y María Adelaida iban abrazadas por la cintura, y Frankie les gritó burlón:

—¡Ahí van los novios!, o las novias ¿verdad? ¿Qué tal se besaron hoy?

El padre Magnin me aconsejó que no hiciera caso de esas cosas —muchas de las cuales ignoraba—, que yo estaba hecha para otro mundo. Le obedecí, pero entonces yo no entendía nada.

El director, el señor Halpern, un señor muy bueno, y su esposa, le dijeron a mi madre que los anónimos estaban escritos en máquina de escribir y a mi madre, que estaba muy turbada, se le escapó preguntar en qué idioma.

La esposa del director creía que Frankie, "ese degenerado", las había escrito. Esto no lo creí; era una venganza, pues había visto a su hija Yolanda, y a ella misma, coquetearle a Frankie, y éste no les hacía el menor caso.

El director afirmó con asco:

—María Adelaida es una manzana podrida. Y ha corrompido a casi todo el Liceo. Ella es la que escribe los anónimos.

Al día siguiente, convocó a toda la clase, no al Liceo como le había prometido a mi madre, pues Olga Georges-Picot, que yo conocía apenas, escudaba a María Adelaida y había convencido a su padre, el embajador de Francia, de usar su influencia para protegerla.

El director nos convocó muy serio a su despacho y nos dijo:

—Circulan por el Liceo algunas repugnantes cartas anónimas. Tengo la prueba de que no fue Helena Paz, acusada por algunas alumnas como la autora.

A la salida, María Adelaida sollozaba, rodeada de sus partidarias y todavía me seguía acusando.

—¿Cómo es posible que me hayas hecho esto, Helena?, yo que te quería tanto y te consideraba mi mejor amiga.

Yo, furiosa, a gritos la perseguí hasta el patio del Liceo, donde estaban los Philos, en los balcones.

—¡Tú fuiste la asquerosa que escribió esos anónimos! Es un delito de cárcel. Enseña tu máquina de escribir.

María Adelaida, aún llorando, no contestó nada. Huyó por los pasillos del Liceo, pero a la salida se encontró con la madre de Michelle. Pobre señora, estaba lívida.

—Es poco lo que le digas a esta degenerada, Helenita. Escuchen todos: ha corrompido a mi hija. Primero le pasaba los "Claudine"[3] subrayados y luego libros más escabrosos. ¡Qué horror de mujer!

Era el último día de escuela. Ella no volvería al Liceo al año siguiente. En dos meses el padre de María Adelaida se iba a otro país, así que el señor Halpern no tuvo necesidad de correrla. Olga, en el auto de la embajada de Francia, se la llevó todavía llorando.

Sin embargo, sucedió otra cosa terrible y oscura en el Liceo. Al día siguiente el padre Magnin vino a despedirse de nosotras.

—Me mandan al Congo.

—¡Cómo es posible! —exclamó mi madre—; iré a protestar por esto.

Mi madre fue a la Parroquia francesa, donde la recibieron con todo afecto los demás padres, quienes le preguntaron con asombro:

—¿Usted es la madre de la pobre niña Helena Paz, a la que esta mala semilla del padre Magnin ha corrompido? Nos disculpamos por él, no obstante, se le ha castigado mandándolo al Congo.

Mi madre los interrumpió.

—Aquí hay una intriga espantosa. El padre Magnin no sólo no corrompió a mi hija, sino que la convirtió al catolicismo.

Se quedaron asombrados pero incrédulos. ¿Qué mano tenebrosa había urdido todas esas conspiraciones para dejarme sola, sin afectos y sin apoyos?

Unos días después, los embajadores de Brasil dieron una fiesta. Me negué a asistir. Estaba deprimida y abrumada. La despedida del padre Magnin me había dado la puntilla. Al despedirse me regaló sus pocas posesiones: los libros de Claudel y la *Autobiografía de Raissa Malitain,* que me gustó mucho.

El día de la fiesta en la embajada, ahí estaba María Adelaida, muy mustia. Mi madre me contó que Frankie no le habló ni bailó con ella. Aunque la madre de Frankie le dijo:

—¡Nuestra querida María Adelaida!, qué bueno que viniste, ya sabes que aquí te queremos mucho.

Frankie no se apartó de mi madre durante toda la fiesta, bailando con ella y preguntándole por mí.

Pero el colmo de todo esto fue el momento en que mi padre se acercó a ella para decirle:

—Ah, María Adelaida, pobre de ti, has sido víctima de la envidia de mi hija.

Cuando supe lo que mi padre había dicho, se lo reproché violentamente, sin embargo, él me contestó con una sonrisa pérfida:

—Bueno, es mucho más sexy que tú y es evidente que Frankie está enamorado de ella.

No comprendía cómo mi padre, al que quería tanto, a pesar de todos los pleitos, me podía calumniar y deshonrar en público.

Pasaron los días. El primer secretario de la embajada dio un coctel en su casa. Al parecer yo estaba invitada pero mis padres, ahora de acuerdo, me engañaron. Se fueron muy elegantes.

Me acosté temprano, andaba sin peinarme, y los ojos rojos por el llanto. De repente, hablan a las diez de la noche. Era el primer secretario:

—Helenita, ¿por qué no viniste? Frankie te está esperando.

Estaba desesperada; no tenía ni un solo traje de coctel, y la cara hinchada de tanto llorar. No pude ir. Al día siguiente, mi madre me dijo:

—Frankie está muy triste. Me pidió permiso para venir a despedirse de ti.

—¿Cuándo quiere venir?

—Él te hablará por teléfono.

Los padres de Frankie permanecían como embajadores de Brasil en México, pero él se iba a su país a estudiar relaciones internacionales, para ser diplomático. Al año volvería a México, me había contado su padre, para pasar las vacaciones.

A los pocos días, como no teníamos criada, estaba en la casa una viejita india, Lidia, la criada de mi abuelita Esperanza. Mis padres, a las tres de la tarde me invitaron a ver, según ellos, una magnífica película francesa:

—Pero pronto, arréglate.

De momento me quedé asombrada, pues era la primera vez que los dos me invitaban al cine, me arreglé y me fui con ellos. La película resultó un bodrio. Luego quisieron cenar en un restaurante y llegamos tarde a la casa.

A los pocos días iba en camión con Lidia, cuando ésta me preguntó:

—¿La señorita conoce a un muchacho muy alto, blanco, rubio de ojos azules?

—Conozco a varios así.

Lidia insistió:

—No, pero éste es muy guapo —y bajó la voz con temor—, bueno, no le diga a sus papás lo que le voy a contar, porque me corren. Pero es que usted y él me dan lástima. ¿Se acuerda del día que sus papacitos de usted la llevaron al cine?

—Sí.

—Pues a la media hora llegó un muchacho así, llamado Frankie, que se venía a despedir de usted. La esperó mucho tiempo en el salón, muy triste al no encontrarla, y me dijo: "Pues si les avisé a sus padres que venía hoy a estas horas. Mañana me voy a mi país". Después de una hora se fue. "No me quiso ver", dijo.

Yo estaba furiosa con mis padres, pero Lidia me contó que se habían peleado porque mi madre no me quería hacer eso. No les pude reclamar nada por la promesa a Lidia.

Esas vacaciones me dediqué a leer toda la literatura inglesa que tenían mis padres, que estaba de moda en los años treinta. Huxley me fascinó por su inteligencia lúcida, sobre todo la novela *Contrapunto;* también leí a Lawrence Durrell, ídolo de mi padre y de Carlos Fuentes.

Mi madre, con sus guiones para cine había amueblado Nuevo León de ensueño. Todo el departamento estaba cubierto con un espeso tapete café oscuro, un viejo *couch* verde, de la época de su matrimonio, que tapizó ella misma, con una especie de raso dorado.

Fue a la Lagunilla donde, entonces, sí se encontraban muebles antiguos, dio con un indito, un gran ebanista que vendía una cómoda poblana de marquetería de nácar del siglo XVIII, muy barata. Le preguntó que si le podía hacer una réplica. Éste le dijo que sí. Mi madre se la pagó muy barato, le dio la dirección de la casa y lo citó en quince días. Al saber esto mi padre exclamó:

—Estás loca, ese indio ladino ya te robó. No sabes ni dónde vive.

Pero el artesano se presentó en la fecha indicada. Entonces, mi madre le encargó un librero de cedro claro pegado contra la pared y dos *love seats* forrados también de raso dorado, frente al librero. ¡Qué distinto era México! El pueblo robaba poco.

Mi abuela Pepa nos regaló una sillas imperio de los Paz. Todo el grupo de intelectuales felicitó a mi madre por su buen gusto.

En esos días, Jomi García Ascot y su esposa María Luisa nos invitaron a ver una gran película: *Romeo y Julieta* (no la de Franco Zeffirelli), dirigida por el italiano Renato Castellani, con escenografías de la gran pintora ítalo-parisina Leonor Fini (que luego se hizo íntima de mi madre y mía en París). Yo no paré de llorar durante toda la película.

La exhibían en una sala privada, con unos cuantos invitados, era como una *preview*.

—Qué sensible es Helenita —dijo María Luisa.

Ella no sabía que había identificado a Romeo con Frankie (lo protagonizó Laurence Harvey, en su primer papel, y Susan Shentall, como Julieta, una rubita preciosa que no quiso volver a actuar. Laurence Harvey era ruso blanco, noble, y le fascinaba a mi madre).

Un día, mi madre me anunció muy triste:

—Moshi-Moshi murió.

Mi gato adorado que iba a visitar cuatro o cinco veces por semana.

Cuando leía, recostada en un banco del jardín de mi abuela y veía a Moshi-Moshi jugando, me llamaba la atención que cazaba lagartijas y se las comía. Yo no me daba cuenta de que tenía hambre, pues mi abuela nunca le dio de comer, e ignoraba que cuando yo no estaba en casa, él andaba de callejero por todo Mixcoac.

Mi madre lo sabía, pero no me lo quiso contar para no entristecerme y provocar otro pleito con mi padre. Muchas veces discutió con él para poder llevarlo al departamento de Nuevo León para que viviese mimado y querido como en Ginebra. Pero mi padre se ponía furioso y decía que su madre lo cuidaba muy bien y que, además, ella tenía jardín.

Cuando supe de la muerte de Moshi lloré mucho, y sólo más tarde supe la horrible verdad. Mi abuela Pepa, harta del "gato cagón", lo ahorcó con un alambre de púas y lo colgó de una cuerda para ropa.

Encontré una vieja rusa que daba clases de ballet, y aunque sabía que ya había pasado la edad en que las bailarinas son estrellas (quince años), iba a sus cursos por el gusto de practicar los movimientos de ballet. A estas clases asistían una serie de niñas bien: Liliana, una hermana de María Adelaida, casada con un niño bien mexicano, y Cuksy von Wuthenau, una muchacha alemana preciosa que había visto en algunas fiestas.

Un día, en casa de Juan Soriano y de Diego de Meza, llegué tarde por mis clases. Había un grupo de jóvenes actrices amigas de los intelectuales y mi padre empezó a burlarse de mi "torpeza". Era la época en que le dio por hablar de mi "pesadez". Mi madre, harta, intervino:

—¿Traes tus mallas?

—Sí.

—Pues quítate la ropa y haz algunos ejercicios de ballet delante de ellos.

Yo obedecí, llevaba mis zapatillas de ballet sin punta, hice el arabesque que tanto le gustaba a madame Wronska, agarré mi pierna, la pegué contra la pared, me la pasé por encima de mis hombros, luego tomando con la mano mi pie derecho alcé la pierna hasta por encima de mi cabeza, y de repente brinqué, hice el doble salto mortal, y algunos otros movimientos. Se quedaron admirados. Juan Soriano me felicitó:

—Qué agilidad, Helenita.

Todos dijeron que no se imaginaban que pudiera hacer esos movimientos tan difíciles con tanta ligereza y facilidad. Los elogios de esa gente tan brillante me dieron mucho gusto.

Mi padre cambiaba conmigo como un camaleón. De repente, se puso a invitarme, los días que no tenía colegio, a los restaurantes de la Zona Rosa como el Chalet Suizo, donde nos encontramos con unos franceses que exclamaron, sin saber que comprendíamos su idioma:

—¡Mira a ese viejo con esa jovencita!

Mi padre, en general, se veía muy juvenil, pero tenía tendencia a engordar y, a veces, pasaba por épocas de gordura y, precisamente, estaba pasando por una de esas temporadas.

También me llevaba al cine París, donde exhibían películas francesas. Un día, mirando un

melodrama se puso a llorar. Era la historia de una bailarina jovencita, Etchika Choureau (joven actriz francesa de origen ruso muy de moda entonces), hija de una vieja que se había quedado pobre (Gaby Morlay) a raíz de su divorcio con un gran bailarín, padre de la chica. Y para que triunfe en el ballet decide mentirle y la corre. "Vete con tu padre. Yo tengo un amante y nos estorbas".

La chica, muy triste, se va con el padre que la vuelve una gran estrella. La madre se hunde en la miseria, vive en una cabaña, recoge gatos y es conocida como "La Vieja Dama de los Gatos". Un día se incendia su cabaña y todo el barrio, y ella se quema gravemente por salvar a un niño. Esto hace que aparezca en los encabezados de los periódicos. La hija y el padre la reconocen, se horrorizan de su miseria, corren al hospital a donde está. La madre muere, pero feliz, rodeada de sus seres queridos. Mi padre sollozaba.

—Así va a acabar tu madre.

Yo me espanté, sentí un escalofrío mortal.

—Es absurdo, con su talento y su belleza.

Él insistía.

—Así va a acabar, yo lo sé.

Otro día, me llevó a un coctel muy elegante en San Ángel, no me acuerdo de quién era la casa.

Mi padre se fue a charlar con amigos, y a mí me presentaron con un viejecito americano, encantador, Lewin. Era especialista en las leyendas del Grial, Tristán e Isolda, los mitos germánicos, en fin, todo ese mundo que a mí me fascinaba. Para esas ocasiones siempre llevaba un conjunto muy sexy de mi madre, pues yo no tenía ropa así. Era una falda recta de terciopelo negro, con un corpiño muy escotado también de terciopelo y un chai de gasa blanca alrededor del cuello. Me había dejado crecer mi pelo hasta los hombros y me ponía aretes de plata, de gitana.

Al cabo de un tiempo de charla con Lewin, éste me preguntó si me gustaría entrar al cine.

—¡Sí, claro! —respondí entusiasmada. Pero no veo cómo.

—Soy productor de cine. De joven, en Hollywood, produje la primera película de Greta Garbo.

Yo nunca había visto cine antiguo y me dejó fría.

—Yo era el brazo derecho de Irving Thalberg, en la MGM.

También ese nombre me dejó impasible. Él lo notó.

—Hice, hace poco, una película experimental muy barata, pero que me dejó mucho dinero: *Pandora y el holandés errante*.

Yo la había visto en el cine París, con Ava Gardner y James Masón. Y era una gran película de amor. Me entusiasmé y le dije mi opinión sobre *Pandora*.

—También filmé *Los caballeros del rey Arturo* con Ava Gardner y Robert Taylor.

El viejito me deslumbró por su auténtica cultura y su gran talento de cineasta.

Estaba filmando en Cuernavaca una película (he olvidado el nombre) con Liliana Montevecchi, sobre mujeres gato, y quería darme un papel. En eso me miró con una cara muy maliciosa.

—He conocido dos mujeres encantadoras en México, usted y la esposa de su amigo —y señaló

con la barbilla a mi padre—. Soy muy sincero y no le podría ocultar que desde que la conocí me encantó.

Yo me eché a reír. Una vez más me tomaban por la amante de mi padre. Nunca creían que yo fuera su hija.

—Esa señora es mi madre, y yo soy la hija de Octavio Paz.

Fue su turno de reírse.

A todos esos cocteles elegantes a donde me llevaba mi padre, a veces nos acompañaba mi madre, y asistía una joven pareja francesa que parecía salida de un cuadro de Watteau: el señor y la señora de Sonnery. Él era rubio platino, de nariz recta, ojos azules, alto; ella, preciosa, muy delgada, de pelo castaño oscuro, corto. Se notaba que se querían mucho, cosa extraña en ese mundo. Ella era la hija de la señora Garreau-Donbasle, una señora mayor, esposa de un embajador francés, que mi madre había tratado mucho en Francia. Quería mucho a mi madre porque decía que las dos se apellidaban Garro. Y era amiga también de Arne Ekström. El señor Sonnery tenía un Monet espléndido en su casa. Algunos años después ella murió, y fue una tragedia para el marido.

Nos tuvimos que ir. Mi padre tenía mucha prisa. Se molestó al verme hablar toda la tarde con Lewin.

—Ese viejo imbécil, ¿te propuso algún papel?

Yo lo negué, pensando que si le decía la verdad, no lo volvería a ver. Pero Lewin le contó a la dueña de la casa que me quería lanzar al cine. Ésta llamó a mi padre para darle la buena noticia. Mi padre se enfureció, le colgó a la señora y no volví a ver al señor Lewin.

Archie no paraba sus visitas a la casa. Como la José ya no le abría la puerta, dejaba su auto enfrente de la puerta del edificio y ahí se pasaba la noche. Era una pesadilla.

El grupo de mi padre tomaba cada día más importancia en México. Carlos Fuentes no sólo era el joven prodigio de las letras mexicanas, sino que lo llamaban de todos los periódicos para entrevistarlo, donde no había que buscar mucho para encontrar cosas como "el guapo escritor joven", "brilla toda su inteligencia cuando habla".

Elenita Poniatowska se volvía una periodista cada vez más original y divertida. Tenía una manera tan singular de preguntar las cosas más terribles, con su voz de niña educada en un convento, que destanteaba completamente a sus entrevistados y le contestaban lo que ella quería.

La memoria es extraña. Me acuerdo una tarde en que fui por mi primo Paco a la UNAM, donde mi padre le había conseguido un trabajo de muy poca categoría y muy mal pagado, y vi salir de una oficina a mi padre, a Juan García Ponce —con un suéter rojo y su mecha negra rebelde sobre la frente, parecía un guapo mocosito— y a Salvador Elizondo, con sus modales del Renacimiento, y me quedé deslumbrada. En esos días, mi padre me llevó a una exposición de Lilia Carrillo, cuyos cuadros le gustaban mucho, y conocí a otro pintor que parecía un mocoso travieso, José Luis Cuevas. Ella murió prematuramente, pero Cuevas siguió una carrera meteórica y triunfó.

Yo presentía el triunfo de todos esos jóvenes tan brillantes, tan dotados, y me daba mucho gusto que rodearan a mis padres.

Paquito, mi primo, se había vuelto un peligro. Un día llegó a la casa, hojeó unos libros —me

parece verlo junto a un librero—. Me metí a mi cuarto y cuando salí, la José me dijo:

—Ay, señorita, el joven se llevó un libro de su padre.

¡Y qué libro! Corrí al librero y, en efecto, faltaba una edición muy valiosa de sor Juana Inés de la Cruz, herencia de los Paz. Mis padres se pusieron furiosos contra él.

—Que ya no entre en esta casa —advirtió mi padre.

Al parecer se le había olvidado el pequeño trabajo que le había conseguido en la UNAM. Pero Paquito volvió y desapareció la primera edición de Lucas Alamán; varios gruesos volúmenes. No sé dónde se los metía o cómo le hacía.

A mi madre y a mí nos daba lástima. Se veía tan perdido en el mundo; sin estudios y tan rebelde. Mi madre no paraba de ayudar económicamente a mi tía Deva, quien tan mala suerte había tenido en la vida. Ella, tan guapa, tan dotada para el ballet, el teatro y la pintura. Pero yo creo firmemente en el destino.

Paco me hacía sus confidencias:

—No quiero ser desinteresado como mis padres. Por eso están así de quebrados. Yo sólo creo en el dinero.

Pensé que eran desahogos; pero no, lo demostró con su vida.

El escándalo de Archie no paraba. Los amigos se alejaban cada vez más de mi madre y se veían con mi padre fuera de la casa.

Volví al Liceo con temor y disgusto; estaba asqueada de la actitud de mis compañeras y de los maestros. El golpe de Frankie me seguía doliendo. Y la manera como calumniaron al padre Magnin, y su partida, me habían dejado sin consuelo espiritual.

Pero, sorpresivamente, Olga Georges-Picot se volvió mi gran aliada. Declaró que María Adelaida y Michelle eran "dos putas". Contó todas las confidencias que le había hecho Frankie, del cual se volvió muy amiga, antes de su partida. Según ella, Michelle le hablaba a Frankie por teléfono y le proponía quitarse el brasier para que él le acariciara los pechos, y éste se burlaba de ella. En cuanto a María Adelaida, era amante hasta del chofer de su embajada. No pude creer la historia del chofer, pero lo demás, sí.

En cuanto a Michelle, esto la puso al margen del grupo europeo. Bueno, en realidad, el grupo se había escandalizado por las quejas de su pobre madre y dejaron de hablarle e invitarla.

Sucedió algo triste, la madre de Michelle decía que descubrir el lío de su hija y de María Adelaida la había matado, y así fue. Murió de un ataque cardiaco a los pocos meses. No sin antes que Michelle cumpliera los dieciocho años, y organizara un gran baile al que nadie acudió.

Todo había resultado sórdido y triste. Traté de distraerme con las nuevas alumnas, como Anka von Walter, hija del embajador de Alemania, rubia, menuda y linda. En un recreo, le pedí que me cantara "Lili Marlene", pues en casa de mi tía Deva había visto, por primera vez, un libro con las fotos de los generales alemanes de la Segunda Guerra Mundial. Casi todos antinazis y asesinados por Hitler; evidentemente, uno de mis favoritos se volvió Rommel. Años después, escribí un ensayo sobre él —muy bueno, según mi madre, quien, en general, era muy dura con mis escritos— en la revista *Sucesos.* Lo reprodujo Huberto Batis en 1979, en el suplemento cultural del *unomasuno,* y gustó más que la primera vez que lo publiqué.

También a la clase de Olga entró una nueva alumna húngara francesa, Eva Hervay, muy guapa, alta, delgadísima, con cara de venado. Tenía los ojos grandes de esos animales y su expresión dulce.

Ya estaba en *première* y era la repetición de lo que habíamos estudiado en *troisième*.

En casa de unos ingleses que me presentó Anka conocí al príncipe Very Windischr-Graetz. Era un muchacho alto, delgado, muy rubio, con unos ojos de un azul melancólico. Me tomó mucho cariño como amiguita, pues él ya tenía treintaiséis años. El día que lo conocí, en esa casa de San Ángel, amueblada con cómodos divanes a la inglesa, se sentó junto a mí y me contó casi toda su vida. No sé por qué le inspiré tanta confianza.

Había luchado muy jovencito como voluntario aviador con los alemanes, sin ser nazi. Su gran amor había sido una prima de él, en cuyo castillo practicaban la esgrima. Yo estaba fascinada por su relato. En primer lugar, nunca había conocido a alguien que hubiese luchado de parte de Alemania. Entonces no todos eran esos monstruos que me imaginaba. Éste, en particular, era un ser encantador. Llegué a la casa y escribí todo lo que me había contado porque quería redactar un cuento sobre su vida. Lo escribí en mi diario, el que me robaron en Cuernavaca, junto con dos obras de teatro.

Me pregunto ahora por qué fui tan estúpida y no traté de publicar libros de cuentos (tenía muchos bosquejos con las historias de mis amigos) o todo lo que escribí sobre la historia de Alemania y también de los Balcanes y de Rusia, que seguí estudiando toda la vida, o mis poemas.

Mi padre, que entonces alababa mi "gran talento", nunca me propuso publicarme nada. Mi madre me decía que tenía que ser como Emily Dickinson, que fue para mí la mejor poetisa del siglo XIX y una de las mejores del mundo que, en vida, publicó muy poco de su extensa obra.

Los poemas de Emily Dickinson tuvieron suerte, pero cuántas obras de grandes mujeres como ella se habrán perdido. Mi madre decía que "lo que vale no se pierde", pero yo le recordaba la Biblioteca de Alejandría, donde se quemaron tantos textos griegos geniales.

Para entonces, ya había convencido a mi padre, quien a veces me escuchaba, de dejar a mi madre escribir y publicar *Los recuerdos del porvenir,* pues ya había escrito un esbozo que me fascinaba. Él me escuchó con mucho interés.

—¿Tú crees que se le quite la neurosis y esa especie de locura que padecen todos los Garro si escribe más y publica?

Yo no creía en su neurosis, en su depresión sí. Pero le seguía la corriente a mi padre para convencerlo, pues era justo que ella publicara.

Ese año, mi asistencia a la escuela se volvió caótica, pues, a causa de Archie, a cada rato mis padres se peleaban; entonces, mi madre se iba a refugiar a la armoniosa y bella casa que mi tía Deva y mi tío Chucho le habían alquilado a Ezequiel Padilla, el famoso político.

Estaba construida sobre una barranca, donde crecían grandes arbustos con flores alargadas como trompetas rojas y rosas que la gente de Cuernavaca llamaba "tulipanes", pero no tenían nada que ver con los tulipanes holandeses. La casa era muy amplia, el suelo de losetas rojas estaba de una limpieza que rara vez he visto, sólo en Japón. Además, me quedaban cerca Los Jardines de la Barranca y mi abuelo nos visitaba.

Mi tía Deva tenía cuatro criadas altas y gordas que se la pasaban sentadas, pues decía que era inútil enseñarles; que no querían limpiar nada. Entonces ella hacía las camas perfectamente y lavaba los baños. En esas ocasiones yo la seguía en traje de baño, pues venía de la piscina, para platicar con ella, entre otras cosas, de sus adoradas salamandras, los místicos medievales o los generales alemanes. Y me decía:

—No te cases. Ten amantes. Mira para lo que sirve el matrimonio: he hecho catorce mil quinientas camas desde que me casé [el número era una exageración simbólica]. No, un amante tampoco te conviene, antes te mantenían, te daban autos, joyas; ahora te ofrecen trabajo. Cásate con un rico.

Eso, tan cierto, me hacía morir de risa. Nuestra estancia de proscritas duraba dos o tres semanas en casa de mi tía, donde aprendí tanto como con mi abuelo José Antonio, pero de manera más fantasiosa. Y, seguramente, más que en la escuela. Era una criatura del Fuego, y me inspiró muchos poemas. Aunque nos "costara muy caro estar ahí", según mi abuela Pepa —y era cierto—, a mí no me importaba.

Voy a publicar, en este libro, el primer poema que le hice a mi tía Deva, al conocerla, a mi llegada a México en 1954. Siguieron muchos; claro que toda la familia, incluyendo a mis padres, los leían. No sé por qué fui tan tímida de no publicarlos en aquella época. Como los anteriores, es una traducción que hago del original que escribí en francés.

Salamandra
En su cocina tibia,
Sentada sobre un taburete
Esculpido de nieve y de viento solidificado,
La gitana sacaba lustre
A sus calderas con ardor;
Los cuadros negros y blancos del suelo, brillaban
Cada uno como un estanque helado,
Infernal repetición
Y el té se escapaba del hervidor
Flotando en el cuarto, como una sombra verde
Detrás de las ollas de cobre,
Junto a la chimenea,
Yacía adormecida la salamandra.
Ella fijó sus ojos amarillos
Sobre los reptiles incandescentes
Del té,
Y despertada, su cola
Como un reguero de estrellas
Minúsculas; azotó el aire
Y del anaquel, saltó al piso
Dejando una cola de baba luminosa
Sus pequeñas manos se alargaron
Su cintura se arqueó

Su espalda de sándalo brillaba en la penumbra
La gitana asombrada
La contemplaba con rabia
Y les aulló de repente a sus hijos
"¡Atrápenla! ¡Mátenla!"
Entonces cada uno tomó
Un cuchillo de cocina, un atizador
Y se abalanzaron hacia la salamandra
Que abría apenas sus ojos asombrados
Sus ojos que miraban
Un cuarto invisible y más profundo
De un salto ágil, resbaló ante los dedos y saltó hacia la entrada
Pero la gitana le había cortado ya la mano
De un golpe de hacha,
Otro la agarró por la cabellera
Cerca de la puerta y de un cuchillazo
Laceró su espalda de cerezo
Pero ella, escupiendo una llama
A la cara de su asaltante saltó por la ventana
Y se perdió en la oscuridad de la tempestad.
La vecina, al venir a saludarlos,
Cuando vio las manchas de sangre
Y un olor de incienso en el aire, preguntó:
"No es nada; hemos matado a una gallina[4] *para la cena".*

Mi tía compartía la gran piscina con Ezequiel Padilla. Atrás de la piscina estaba la mansión de él, una enorme casa estilo francés, pues su esposa era una señora rubia que pertenecía a la familia Couttolenc, franceses de origen.

Un día estaba nadando plácidamente en la piscina y se acercó el señor Padilla con un muchacho de unos treinta años, bajo de estatura, muy delgado. Se quedaron en el borde de la piscina; el señor Padilla se fue a su casa y el invitado se quedó.

Empezó a charlar conmigo, muy animado; era muy parlanchín y gracioso, y me hizo reír. Me salí de la piscina y no sé por qué el tema cayó sobre Elena Garro. Se puso a hablar horrores de ella. Yo me quedé impasible, pero ¿quién era este hombre que hablaba de ella como en *La letra escarlata,* novela de Nathaniel Hawthorne que me aterró y cuya protagonista me había hecho pensar en mi madre?

Entonces, seguramente había escándalo en México, puesto que este desconocido para mí, me comentaba:

—Pobre Octavio Paz, víctima de semejante arpía. Ella no lo deja vivir...

En eso llegó mi madre, en traje de baño, y los presenté.

—Mi madre, la señora Elena Garro de Paz.

Él se puso lívido y alcanzó a balbucir rápidamente:

—Encantado, Porfirio Muñoz Ledo.

Y no tardó en escabullirse. Le conté a mi madre lo que había dicho Muñoz Ledo, para ver qué solución encontrábamos.

—Sólo que tu padre ya no hable mal de mí —dijo con tristeza, y añadió—: ¡Y que corra al maldito Cojo!

En momentos de enojo así llamaba a Archie, quien cojeaba ligeramente.

Años después, cuando trabajé en el consulado de París, donde por cierto permanecí trece años, se presentó Muñoz Ledo a visitarme. No se le había olvidado la anécdota y me dijo con la parsimonia y gravedad del político:

—Estábamos equivocados. El malvado es tu padre y no tu madre.

Me reí y le respondí:

—Esto no se lo voy a decir a mi padre, pues es un enemigo implacable y tú me caes bien, pero sigues igual.

Él fingió asustarse:

—¡Estoy loco! Me vas a echar de cabeza con tu padre.

Pero le prometí guardar silencio, y lo cumplí. En aquella época, Muñoz Ledo le contó la anécdota a Orteguita, director de una revista cuyo nombre se me escapa, que le había publicado una serie de artículos a mi madre, entonces recién casada, muy bien pagados. Era cuando mi padre no ganaba ni un céntimo. Y Orteguita riéndose comentó:

—Qué tremenda es, ¿verdad? Igual a la madre.

Más tarde se comunicó con mi madre para reírse con ella de mi "flema anglosajona".

A los pocos días nos regresamos de Cuernavaca a México, al departamento de Nuevo León. Por ese entonces, mi madre decidió casar, rápidamente, a su hermana Estrella, pues sus gimoteos y las burlas de mis primos contra ella la tenían harta. Le hizo un ajuar con toda mi ropa (eso no me gustó nada), la mandó a Acapulco y le ordenó:

—Conquístate a un americano rico.

En esa época había muchos más americanos en México que ahora. Mi tía Estrella volvió como novia de uno, Ross Hunter. La fiesta de la boda se efectuó en la casa. Por cierto, que como traje de novia se puso uno mío de coctel, que había confeccionado Malena, la costurera de mi abuela Pepa, y que yo no había tenido tiempo de estrenar.

Mi padre asistió a la boda y se portó muy simpático. También algunos antiguos amigos de mi madre, como Tomás Córdoba, médico que la conocía desde jovencita y quien nos frecuentaba mucho, Juan de la Cabada y algunos otros.

Para mi madre el resultado fue un problema menos.

En una fiesta me encontré al embajador del Brasil, el señor Thompson, quien se portó amabilísimo conmigo.

—Frankie viene el año que entra a pasar sus vacaciones en México. Lo tiene usted que ver, Helenita. Fue el primero en el curso de relaciones internacionales.

A los pocos días recibí una tarjeta donde se me invitaba a una recepción de la embajada del Brasil. Fui la única asistente de todo el Liceo, y me divertí mucho. Me prometí entonces cambiar y

no ser ya la ingenua a la que todo el mundo le tomaba el pelo. Mi ideal de mujer se había vuelto lady Lucy, la heroína de *Contrapunto,* la obra de Huxley, una mujer fatal, fría y depravada. Esta lectura me hizo un gran daño moral, pues me endureció y dejé de creer en el amor romántico.

El tema de la lectura es inagotable. Un día, revisando los libreros de mi padre, vi un título desconocido para mí, *The Great Gatsby.* Se lo pedí prestado a mi padre, quien me respondió:

—No lo leas. No vale la pena, yo, la verdad, no lo he leído; sí, me lo prestó Carlos Fuentes, pero Fitzgerald era un frívolo y un esnob. Mejor lee *Ulises,* de James Joyce. Ése sí era un genio.

Fingí obediencia, empecé a leer *Ulises* y me pareció repugnante. Y a escondidas leí *The Great Gatsby,* que me pareció genial. Tan romántico que me hizo creer de nuevo en el amor. Antes de lo de Frankie, había leído *Cumbres borrascosas,* que estaba en la biblioteca de la clase. Ese libro me embrujó y me pareció que tenía un significado misterioso cuando Cathy grita "Yo soy Heathcliff". Quise comentar la novela con mi padre pero me cortó:

—¡Qué cursiladas lees! Emily Brontë era una simple solterona rústica. Los hombres no amamos así.

Ésa era la clase de comentarios que me enfurecía de mi padre. Sobre esto ya había leído a un gran crítico inglés que afirmaba: "Las dos grandes obras maestras de la literatura inglesa son *El rey Lear,* de Shakespeare, y *Cumbres borrascosas,* de Emily Brontë". Claro que no se lo comenté a mi padre, además él no había leído la novela, según me contó mi tía Deva. Tan sólo habían visto la película, ella y mis padres, de recién casados.

Cuando eran solteras, las hermanas Brontë eran ídolos de mi madre y de ella. Y la novela era muy superior a la película.

Volviendo a *Gatsby,* lloré ocho días seguidos con la novela, volví a creer en el amor, y para mí fue la mejor novela en inglés del siglo XX. Los intelectuales se burlaban de mí, menos Carlos Fuentes, gracias a quien descubrí a Fitzgerald.

¿Por qué la izquierda ha considerado a Fitzgerald como el panegirista de los ricos? Ni Sinclair Lewis, ni Hemingway, en fin, ningún escritor del norte de los Estados Unidos ha hecho una crítica tan profunda, tan devastadora de un capitalista como Buchanan, y Daisy, la mujer ideal americana. Fitzgerald, por su madre y por clase pertenecía al medio Oeste, y su padre era un *gentleman* sureño de Virginia.

La crítica de Fitzgerald es importante porque va a la raíz misma del problema. En efecto, vemos a los ricos anglosajones en toda su belleza, su esplendor físico a través de los ojos del chico pobre, Gatsby, el alter ego de Fitzgerald. El tema de la novela no es romántico, es místico, o como decía Simone Weil: el amor del Bien.

El poeta es un ser que busca la belleza en la tierra. Fitzgerald, quien se conocía muy bien, sabía que su talento era esencialmente poético. ¡He aquí la ilusión trágica!, porque la verdadera belleza es otra, no pertenece a este mundo, y por esto el narrador, Nick Carraway, nos dice que Gatsby alcanza su verdadera grandeza cuando lo traiciona Daisy.

Fitzgerald, como verdadero artista, no nos da un panfleto demagógico y social. Gatsby se derrumba cuando se enfrenta a la realidad. Daisy no era lo que él había soñado, a pesar de su belleza y encantos exteriores. Ahí, el narrador, que es también Fitzgerald, es más explícito. Es como don Quijote y Sancho Panza: Cervantes era, al mismo tiempo, esos dos personajes.

Hay una espada de luz en forma de cruz, la espada medieval que divide al mundo, y sólo se salvan los que atraviesan su frontera, y por eso mueren, pero se salvan del otro lado, como Gatsby.

Para Gatsby, la espada luminosa era la luz verde que miraba todas las noches del otro lado de la bahía, la luz del embarcadero de Daisy. Y paga muy caro este error: con la muerte (no física, pues al final Gatsby ya no quiere vivir) del mundo en el que creía, el mundo del éxito americano. Pero este error de Gatsby, al final corregido, ¿no es el error del hombre que pone su amor del lado del mundo?

La grandeza de Fitzgerald fue reconocer el error místico de Gatsby. Ningún sistema social exterior al alma da la felicidad (comunista, fascista, capitalista). Ni puede darnos esta revelación interior de la cual habla Fitzgerald. Es un largo camino que cada hombre debe recorrer a su manera. No hay receta milagrosa para esa salvación espiritual y terrenal. Esta revelación es dolorosa, sobre todo, para la persona que sufre. Gatsby no mata al "malvado rico Buchanan" que le quitó su vida, es decir su amor, Daisy; es asesinado por Wilson. Pero, de hecho, por Buchanan que engaña a Wilson y le hace creer que Gatsby manejaba el auto que aplastó a Myrtle Wilson.

Este camino doloroso, ruta de la individuación, según Jung, es personal, cada uno debe encontrarlo, de ahí que haya tan pocos hombres que quieran seguirlo.

Fitzgerald lo siguió, a pesar de sus locuras, y acabó muy mal en el mundo terrenal.

Había un restaurante yucateco que le gustaba mucho a mi padre. Una noche un grupito de los amigos intelectuales de él decidió ir a cenar ahí. Yo, excepcionalmente, los acompañé. Al final de la cena hablaron de la historia moderna y cómo había evolucionado de ser mitológica a materialista.

Mi madre había permanecido callada, sin embargo, se atrevió a intervenir:

—Tucídides, el gran historiador griego, es el creador de la historia moderna.

Mi padre la miró con frialdad y dijo inexpresivo:

—Después de esta desagradable interrupción, podemos continuar.

Hubo un silencio que a mí me pareció eterno, y después todos volvieron a hablar, ignorando por completo a mi madre.

Así estaban las cosas cuando se me presentaron los días de pasar el bachillerato. Repasé rápidamente mis libros de escuela y me presenté mal preparada pero muy tranquila a mis exámenes.

Tuve suerte, pues uno de los tres temas que nos dieron a escoger para la disertación francesa fue: "Voltaire dijo que la poesía era un arte inútil. ¿Usted qué opina?".

Traté de demostrar que la poesía era lo más útil en el mundo, puesto que nos enseñaba a comprender y a unir las diferentes piezas del hombre y del universo, en una iluminación. Era el hilo de oro que los juntaba y así lográbamos entender al mundo. Esa vez lo dije de manera mucho más brillante, pero ya se me ha olvidado. Me basé en una novela ya olvidada de Huxley, y varios libros que no estaban incluidos en el programa escolar.

Para mi sorpresa pasé el *bach* con diecinueve sobre veinte en literatura. Se mandaban las copias de los exámenes con el nombre sellado a Francia, para que no hubiera posibilidades de

trampas. Ya catorce sobre veinte era una magnífica nota ¡pero diecinueve! El examinador dijo que no era posible que una chica de dieciséis años escribiese así y tuviera tal cultura, y que yo tenía treinta por lo magnífico de mi tesis. Pero ante la evidencia dijo que me ponía diecinueve sobre veinte porque no se podía dar veinte sobre veinte.

A los pocos días llegaron los resultados a México y volví triunfante a la casa. Mi madre, como siempre, se quedó indiferente y se limitó a comentar:

—Yo sabía que ibas a pasar el *bach*.

Mi padre no se alegró. Puso una cara severa y me advirtió:

—Espero que no te sientas muy triunfante. El *bach* francés es de lo más académico. No tiene mucho que ver con la literatura moderna.

La reacción de mis madres no me dolió, me pareció natural. Hasta muchos años después, cuando con unos compañeros de la embajada de México en París nos contábamos nuestras vidas, me dijeron:

—¡Qué bárbaros fueron tus padres! Los nuestros se hubieran puesto felices.

Curiosamente, el que sí me felicitó y le contó a todo México sobre mi éxito fue Archie. Porque él sí seguía frecuentando a los amigos. Aunque casi todos habían dejado caer a mi madre.

Mi tío Ross y mi tía Estrella habían tomado la costumbre de visitarnos a diario en el departamento de Nuevo León, pues todavía vivían en México. Cuando dejamos México, ellos se fueron a vivir a Cuernavaca.

Ross tenía un pequeño edificio de departamentos en Polanco. Todos los inquilinos le debían dinero, pero mi tía Estrella, cuyo carácter se había amargado por su enfermedad y por sus años de secretaria, se había vuelto una fiera para el dinero. Ella corrió a todos los infelices inquilinos a patadas. Remodeló el edificio con dinero que le dio mi mamá y volvió a rentar los departamentos.

Ross era poco práctico, muy frívolo. Había trabajado como escenógrafo en Hollywood. Me contaba muchas cosas de las estrellas de cine que no se leen en los periódicos.

Pues bien, un día que estaba realmente desesperada y nostálgica por Frankie, me eché toda una botella de agua oxigenada en el cabello. Me quedó castaño rojizo y, curiosamente, no se veía mal.

En esa época mi padre salía con Maka, una muchacha medio rusa, medio mexicana. Yo la conocí en una fiesta del pintor Nefero, que había comprado varios pisos de una casona colonial abandonada y destartalada del centro de México. Nefero quería poner el ejemplo para que los ricos de México comprasen pisos en la parte antigua de la ciudad, que se estaba cayendo a pedazos. Había auténticos palacios, bellísimos. Era una pena; restaurados hubieran sido mucho más elegantes que las modernas casas de las Lomas.

Me acuerdo de Maka Tchernicheff como si fuera una película. Era hija de un príncipe ruso y de una mexicana. Después de la guerra, sus hermanas y ella, acusadas de colaboradoras por los franceses, huyeron a México ayudadas por mi padre que, como era diplomático, les dio papeles y arregló todo.

Maka no era muy alta; la recuerdo bajando las escaleras de la casa de Nefero, en esa fiesta, donde había ido todo México, volviendo la cara hacia mi dirección para llamar a mi padre y sonriéndole de manera tan graciosa, que pensé enseguida en la pequeña princesa Lisa, la primera

esposa del príncipe Andrei, mi héroe de *La guerra y la paz,* que era tan linda, con los dientes de adelante blanquísimos, un poco prominentes. Esta característica, en la novela, era lo que le daba su encanto. Maka tenía los dientes así y la sonrisa resplandeciente que le arrugaba un poco la nariz respingada. Me gustaría saber qué fue de la pequeña princesa Tchernicheff.

La volvimos a ver a nuestro regreso a México, ya casada o divorciada de un señor Strauss.

Al día siguiente de esa fiesta, Ross llegó a la casa y al verme con el pelo castaño rojizo exclamó.

—Ve a mi edificio de Polanco. Te voy a poner el pelo platino como Lana Turner.

Esa actriz era muy amiga de él, y era su modelo de belleza. Como yo no sabía mucho de modas, no pensé que el pelo platino, para una jovencita de mi edad, no era muy apropiado. Pero me dejé llevar al penthouse de Ross y de Estrella. Éste me colocó en un gran cuarto casi vacío, y de un ropero sacó un viejo secador de pelo. Ya entusiasmado, hizo una mezcla de polvos blancos y azul cielo con agua oxigenada. Yo, un poco preocupada, le pregunté:

—¿Por qué pusiste tantos polvos azules en la mezcla?

—¡Oh, *darling*!, no te preocupes, es para quitar lo amarillo del cabello pintado.

Me puso una gran cantidad de esa mezcla en el pelo y me colocó debajo del secador que parecía sacado de una película de Frankenstein. De repente, empezó a salir humo azulado del interior del armatoste.

—Ross, ¿qué pasa?

Él se alarmó, me llevó al lavabo y al enjuagarme (entonces tenía el pelo hasta los hombros, pues el peinado corto a la Napoleón me había hartado por mis desventuras con Frankie, pues ese peinado corto le encantaba) vi que le quedaban mechones de pelo azul cielo entre las manos.

—¿Qué me hiciste?

Me solté de sus manos y me miré al espejo: me había dejado el pelo cortísimo y de color azul cielo. No me preocupó mucho, al menos era original y no me quedaba mal. Tal vez fui la primera punk, sin buscarlo, y años antes.

De repente, una idea aterradora cruzó por mi mente.

—¡Ay!, mi padre, ¿qué va a decir mi padre?

Ross me consoló y me prometió llevarme a mi casa y explicarle todo a mi padre. Antes fuimos a una peluquería de lujo, pues Ross y Estrella estaban preocupados.

—No se puede hacer nada. El pelo de la señorita está demasiado quemado. Hay que esperar a que le crezca, mínimo, tres centímetros.

Menos mal que me crecía rápidamente. Llegamos a la casa. Mi madre, al verme, estalló en carcajadas. Juan de la Cabada se quedó con la boca abierta. Mi padre acababa de llegar de su oficina. Se puso lívido.

—¿Qué le han hecho al precioso pelo de mi hija? [Estaba feliz con mi pelo castaño oscuro, pues así me parecía mucho a él.] ¡Ustedes los Garro están locos, locos! —y se golpeó la frente; eso era señal indudable de una cólera verdadera.

Ross y Estrella se desaparecieron rápidamente de la casa y me quedé sola frente a la rabia de mi padre, justificada esta vez.

—¿Vas a salir así a la calle? —me preguntó intranquilo, pero ya más calmado.

—A todas partes. No tengo más remedio. No te preocupes, papi. En un mes me habrá crecido y me lo pintaré de castaño.

Esa tarde tenía una fiesta en la embajada alemana, pues Anka von Walter, una de mis nuevas amigas, organizaba todos los sábados tardeadas en su embajada, de seis a once de la noche. Nunca faltaban Olga Georges-Picot, Eva Hervay, María Laura Marchetti —la misma muchacha que había conocido en el barco que me llevaba al Japón—, el príncipe Very Windisch-Graetz, Patrick de Gramont, un chico encantador nuevo, francés, nieto del duque de Gramont y de la princesa Ruspoli. Su madre, viuda, se había vuelto a casar con el embajador de Bélgica. Patrick se convirtió en mi mejor amigo. Era cultísimo y quería ser pintor. Era muy mono de físico, muy distinguido, de pelo castaño, nariz un poco respingada, ligeramente prognata, como muchos nobles. Patrick estaba reemplazando, por decirlo así, a Pierre Strauch, pues a éste le había ocurrido una catástrofe.

Le había hablado a mi madre desde la frontera mexicana, pues lo tenían detenido, catalogado como "enemigo de México". Estaba desesperado. Mi madre hizo una cita con Santiago R., de quien era muy amiga. Éste la recibió, de inmediato, en su despacho. Quería mucho a mi madre pero le obedeció a mi padre, quien era su superior jerárquico. Santiago era, en realidad, representante del servicio secreto mexicano en Relaciones Exteriores. Así se lo contó esa mañana a mi madre, a condición de que no se lo revelara a nadie.

Le enseñó cartas de Pierre (y yo que estaba enojada con Pierre porque no me había escrito durante las vacaciones) donde se burlaba de manera infantil del gobierno mexicano, de los burócratas e intelectuales amigos de mi padre.

—Esas burlas son de niño, Santiago —lo disculpó mi madre.

—Es inútil, hay cosas que no te puedo contar y sólo las sabe Octavio.

A pesar de todo, mi madre logró que el pobre Pierre llegara a México, a recoger sus escasas pertenencias, pero no consiguió el permiso para que se quedara más tiempo en el país.

Pierre, al despedirse nos dijo que estaba seguro de que mi padre era el culpable de todo aquello. Su situación era un misterio, como la del padre Magnin, y las cartas anónimas. Y coincidían en tiempo. Esto no era normal, "una vez es coincidencia, dos veces, son cosas que suceden y, una tercera, es una acción enemiga".

Ese otoño vinieron los Ekström a pasar unas vacaciones en México. Niki se había transformado en un chico de mediana estatura, pelo castaño, muy elegante. Se enamoró de mí. A mí me gustaba, pero no estaba enamorada de él. Al poco tiempo, me pidió en matrimonio y acepté. Era la manera más rápida de abandonar, para siempre, la atmósfera envenenada de la casa, del Liceo y de México.

Mis padres no se opusieron a mi matrimonio. Como de costumbre, no les interesaba nada de lo que yo hacía.

Me acuerdo muy bien de una fiesta en una suntuosa casa de San Ángel donde había que ir disfrazados de griegos antiguos, fiesta a la que llevé a Niki. Mi madre y mi tía Deva, que me cosían todos mis disfraces, se entusiasmaron con el traje griego, porque ellas adoraban a la Grecia antigua. Decidieron copiar la foto de una escultura griega que llevaba una túnica larga. No sé dónde consiguieron una tela ligera, blanca y que se plisaba fácilmente, pues esa túnica se

componía de pliegues. Mojaron la tela, la plancharon y, al final, lograron una copia perfecta. Estaban tan satisfechas del resultado de aquel traje "auténtico", que me dijeron cuando me fui con Niki:

—Vas a ser la reina de la fiesta.

Fuimos a la casona y nadie admiró mi vestido. Niki y yo nos sentamos para ver la llegada de los otros invitados. De repente, entra Patrick de Gramont con una túnica corta, un látigo en la mano, y Olga y Anka vestidas de esclavas. Se habían puesto unos sacos de ayate que les cubría sólo parte del cuerpo y les dejaba desnudas las piernas, los brazos y la espalda. Estaban muy sexys y ellas fueron las reinas de la fiesta; a mí no me importó, pues yo las quería mucho. Pero ratifiqué, una vez más, que a nadie le interesaba la historia. Sentí pena por el trabajo de mi tía y de mi mamá.

Niki y yo nos divertimos mucho y nos fuimos a las tres de la mañana. Seguí saliendo con él a todas partes, hasta que sus padres, Parmenia y Arne, decidieron regresar a Nueva York.

Ese invierno habían nombrado delegado de México en las Naciones Unidas a mi padre. Mi madre no lo quiso acompañar y me invitó a mí, pues la soledad le resultaba intolerable. Ése, precisamente, era su talón de Aquiles. Acepté encantada. Creo que tanta presión psicológica me había salido a la piel. Mi cara empezó a cubrirse de granos, hasta los párpados.

Tomás Córdoba, el médico fracasado, muy amigo de mi madre, no supo cómo quitármelos. Después mis piernas se llenaron de grandes granos rojos con la punta blanca como pus. Estaba desesperada, pero al llegar a Nueva York, después de una semana, se me desaparecieron.

En Nueva York fui muy feliz con mi padre; lejos de los pleitos, los chismes y las intrigas de la sociedad mexicana que frecuentábamos y me prometí portarme lo mejor posible con él.

Nos instalamos en el Middletown Hotel, un lugar pequeño pero elegante. Además, tenía dos ventajas: estaba a unas cuadras de Naciones Unidas y tenía una cocinita en la suite, así nos ahorrábamos el gasto del desayuno en el hotel.

Nos organizamos muy bien. Compré ollas, cafeteras, tazas, cubiertos, café. Todas las mañanas muy temprano bajaba a la *delicatessen* de la esquina a comprarle a mi padre *corn muffins,* una especie de rollos de maíz que recalentaba en la estufa.

Él desayunaba cómodamente en su cama y hacía una lista de todas las cosas que tenía que hacer en el día, por ejemplo:

1. Darle coba a la querida de Padilla Nervo. [Éste era el secretario de Relaciones Exteriores de esa época, quien había mandado a su amante, Irma V., también como delegada a Naciones Unidas; una vieja hipócrita y fea.]

2. Buscar a Faubion Bowers. [Éste era un americano que había aprendido japonés estando de servicio en Japón; se había vuelto todo un personaje, estaba casado con una escritora hindú, Santa Rama Rau, muy de moda en Nueva York. Ahora están olvidados.]

Al respecto, mi padre me aconsejaba:

—Todo esto lo hago por mi carrera. Tú debes hacer lo mismo.

Yo de copiona quise hacer mi lista, pero no tenía a nadie a quien poner, pues no tenía carrera; era una simple estudiante. Mi padre me pareció genial, muy distinto a mi madre, quien abandonaba

su vida a la suerte y me aconsejaba hacer lo mismo; por eso le iba tan mal.

—Hijita, ¿te acuerdas que yo conocí a esta pareja en el Bathory, en el barco que me llevó a la India, y les escribí que me había hecho amigo de ellos gracias a tus cartas sobre la India? Se las leía a Santa y, sin conocerte, le encantaste. "¿Cómo es posible que una niña de doce años sepa tanto sobre la India?", me decía [en efecto, sí lo recordaba, pero en esa época no le di importancia]; a través de Faubion pienso acercarme a Donald Keene, éste es el mejor traductor moderno del japonés al inglés y es muy amigo de Yukio Mishima, el gran escritor japonés.

No me atreví a decirle que, estando en Tokio, yo había conocido a Yukio, en la tienda del primo del emperador, el viejito aquel al que entonces él tachaba de embustero.

Esto del "mejor traductor" me recuerda lo que sucedió en México con la traducción de Matsuo Basho, algo que a mí me divirtió mucho.

Mi padre se había puesto a leer a todos los clásicos orientales desde que estábamos en Berna, y había decidido ser el introductor de la literatura oriental en Iberoamérica. Y lo logró. El año anterior había propuesto a la embajada del Japón traducir a Basho, el gran poeta japonés. La embajada se puso feliz y le mandaron al agregado cultural. Resultaba cómico, pues los japoneses no están dotados para los idiomas. El agregado cultural, muy educado como todos los japoneses, no hablaba español, pero sí un pésimo inglés. Y mi padre se enfurecía con él, pues, en esas circunstancias, le era muy difícil la traducción, ya que él tampoco sabía japonés. Le gritaba de una manera terrible al pobre hombre, pues los orientales de carne y hueso lo seguían irritando. Idealmente no. Había cambiado de gusto completamente, cosa que me alegraba mucho.

A veces, entraba al cuarto donde estaban trabajando y me salía para no morirme de risa delante de ellos. El resultado fue una traducción pésima, pero que, en aquellos días, le dio fama de orientalista. Nunca olvidaré la cara de felicidad del japonés cuando la terminaron y se despidió cortésmente de mi padre. La embajada japonesa no se volvió a comunicar con mi padre en aquel entonces. Pero sus propósitos se habían cumplido, México le daba el título de joven orientalista.

Después de aquella traducción compré en la librería inglesa *Snow Country,* una novela de Yasunari Kawabata, un escritor mayor, muy tradicionalista, maestro y protector de Yukio. Mi padre, al ver este libro en la mesa del comedor, preguntó despectivo:

—¿Quién compró esto?

—Yo, papá.

—Estás muy equivocada, chiquita. Kawabata quiere que renazca el Japón tradicional, el que tú amas, pero no lo va a lograr.

Le iba a contestar que su postura se contradecía al erigirse en admirador de Basho y de todos los clásicos japoneses, pero no me atreví a decirle nada.

En el hotel de Nueva York, como vivía en el mismo cuarto que mi papá, tuve ocasión de observar cómo se despertaba, y de compararlo con el despertar de mi madre que alguna vez había observado en Victor Hugo.

Hasta en eso diferían completamente. Mi padre abría los ojos, de repente, se enderezaba sobre

su almohada, desayunaba en la cama donde hacía su lista. Y como era muy comodín le costaba salirse de las sábanas, pero con voluntad de hierro empezaba a contar:

—Uno, dos, tres —y saltaba de la cama.

En Victor Hugo, alguna vez llegué del colegio en la tarde. Mi madre se había dormido todo el día, agotada por las desveladas. Sin haber sido autorizada entré a su cuarto. Se estaba despertando; en ese momento levantó de las almohadas sus hombros y su cuello como en cámara lenta, con los ojos cerrados; se enderezó, aún con los ojos cerrados, estiró los brazos y, por fin, abrió los ojos. Parecía venir de otro mundo. Al verme no se enojó (yo lo temía) y asombrada me preguntó la hora:

—Las seis de la tarde, mamá.

—¡Ay!, ¡qué barbaridad, cuánto dormí!

Encantada de la ocasión de estar un rato con ella, le expliqué que venía del colegio, le propuse merendar con ella en su cuarto. Me fui corriendo a comprar unos *brioches* deliciosos a la panadería de la esquina. Teo preparó café con leche; me senté en el taburete de terciopelo rojo frente a su cama. Nos pusimos a platicar; yo a contarle de mi escuela, pero poco a poco ella desvió la conversación hacia su infancia. Lo feliz que había sido de niña. Nunca hablaba bien de la casa que compartía con mi padre y conmigo, pero tampoco mal. No hacía alusión a esto, como si no existiéramos. Me seguía contando de sus hermanos, sus padres, las travesuras tremendas que hacían juntos y esto podía durar horas. Se reía y me lo contaba con enorme nostalgia. Y siempre terminaba diciendo:

—Fui tan feliz en mi casa.

Nunca llamaba "mi casa" al departamento de Victor Hugo. Me sentía relegada a segundo plano, y me preguntaba el porqué, si tanto ella como mi padre eran mis dos grandes amores. Terminé por tomarle antipatía a esos enormes y siempre iguales relatos. Pero de grande, cuando conocí a su familia, me volvieron a divertir.

Mi padre era muy metódico y organizó nuestra vida en Nueva York. Todas las mañanas tenía que acompañarlo a las Naciones Unidas y luego volver por él a mediodía. Si no tenía comidas con diplomáticos, almorzábamos juntos.

Me encantaba comer con él. Discutíamos de literatura, poesía, de Estados Unidos, y me fascinaba escucharlo. Sin la presencia de mi madre que tanto lo irritaba, era otro conmigo. Me escuchaba con interés, no me regañaba y, curiosamente, en todo me hacía más caso a mí que a mi madre. A veces me daba la razón sobre algún escritor y opinaba como yo. Esto me hacía sentir muy orgullosa y, si no estaba libre, me daba unos cuantos dólares para mí.

Como Niki, Peter y Michael Prentice estaban en *prep school,* y Didja y sus dos hijas todavía no regresaban de Egipto (Didja se había casado por sexta vez con otro playboy egipcio, Victor Simeika, pero preparaba su regreso a Nueva York), entonces me encontraba muy sola.

Todos los días iba al Museo Metropolitano. Me encantaba y lo recorrí de arriba abajo. Descubrí a un pintor italiano, Pietro Longhi, del siglo XVIII, que pintaba miniaturas: damas saliendo de un palacio, bailes de máscaras y demás. También descubrí fascinada a El Greco; hay muy pocos cuadros de él en el Metropolitan pero se volvió uno de mis pintores favoritos. Me

parece un artista místico y de una profundidad espiritual impresionante. Le comenté lo de Pietro Longhi a Arne, un día que me invitó a comer, en ausencia de Niki, y se entusiasmó, pues a él también le encantaba. Me felicitó por mi buen gusto en pintura.

En general, comía en la cafetería del museo que, gracias a Dios, era muy barata. Mi sueño dorado era tener un abrigo de pelo de camello con una larga chalina de lana roja y blanca, pero no me atrevía a pedírselo a mi padre.

En eso, Niki pidió permiso en Andover para ir a Nueva York a formalizar el noviazgo conmigo.

Arne había construido una mansión de piedra blanca en la calle 80 Este. Parecía un iceberg en medio del frío neoyorquino. Los días de bruma, sobre todo, emergía de la niebla como un bloque de hielo. Pero estaba decorada con muebles antiguos de madera oscura muy acogedores y estantes de vidrio sencillos que recorrían la pared del gran comedor, donde Arne había colocado, como única decoración, hileras de tanagras griegas, simplemente divinas.

El día de la gran comida para celebrar el noviazgo, la mamá de Parmenia, una viejecita chilena, muy elegante, de traje largo y muchas perlas, presidía la mesa. Yo me sentía apoyada por Arne, quien me quería mucho y siempre fue muy buen amigo.

Asistía toda la familia de Parmenia, entre ellos una chica, Sandra, muy bonita, de mi edad, muy loca, prima hermana de Niki, de la que me hice inmediatamente amiga. A Niki no pareció gustarle que yo intimara con ella. Al día siguiente, Sandra me invitó a su casa. Vivía en Queens, barrio de clase media en Nueva York. El departamento era oscuro y con muebles baratos. Sandra me explicó que su padre, hermano de Parmenia, al recibir su herencia, había hecho muy malos negocios. Por ejemplo, había comprado una mina de oro que no tenía oro y cosas por el estilo. Me pasé todo el día con Sandra, recorriendo una parte de Nueva York que desconocía: Queens. En aquella época era un suburbio muy bonito, limpio, con casitas muy americanas. Después me invitó al cine. Tomamos el autobús y llegamos a esos cines antiguos que parecían palacios, donde proyectaban *El rey y yo.* Esta película no me gustó, pues hacía poco que había llegado de Oriente y me pareció que pintaba una imagen demasiado idealizada y hasta cursi de aquellos lugares, pero no se lo comenté a Sandra, pues a ella le encantó.

Niki se iba a quedar una semana en Nueva York y aprovechó para sacarme todos los días a pasear y en una de esas ocasiones criticó a su prima:

—¿No te parece vulgar? Un día que tomé un taxi se burló y me llamó *ritzy* [elegante].

Yo la defendí. Le dije que era muy divertida y muy bonita, que debería estar orgulloso de ella. Arne escuchaba la conversación, preocupado, pero al oír mis elogios hacia Sandra, pareció relajarse y exclamó satisfecho:

—¡Helenita es fantástica, Niki! No es una esnob, ¿por qué no le haces caso y frecuentas más a Sandra?

Niki también se puso feliz. Me di cuenta de que el nivel de clase media de Sandra los avergonzaba ante mí, pero yo no juzgaba a las personas con criterios de posición social. Si me simpatizaban, no era por su dinero sino por lo que eran. Este rasgo pareció cautivar a ambos. Incluso Arne comentó:

—Oye, Niki, ¿no crees que cuando Helenita traía el cabello castaño oscuro, y con esa piel

blanca rosada y esos ojos verdosos, se parecía un tanto a Sandra?

Después de eso, Niki me reprochó haberme pintado el pelo de rubio; sin embargo, cuando les expliqué aquella locura de mi tío Ross, quien me había dejado tres centímetros de pelo color azul cielo, se morían de risa. Niki me hizo prometerle volver a pintarme el pelo de castaño.

Organizaron varias comidas muy distinguidas para presentarme con sus elegantes amigos del *jet set* y con artistas, pues Arne era mecenas de las artes.

Un día en que nevaba mucho, llegué a casa de los Ekström para asistir a una de esas comidas. Yo no tenía casi ropa, ni gorros de lana, entonces me cubrí el cabello con un pañuelo de seda rojo; llegué con el pelo empapado, mis sencillas medias rojas de lana y las mejillas coloradas.

—¡Helenita parece una rusita bailarina del Bolshoi! —exclamó Arne, encantado, pues adoraba el ballet.

A esa comida asistieron, entre otros, los Tamayo; Olga, elegantísima; Vera Zorina, una rusa que había sido estrella del Ballet de Monte Carlo y ahora se veía pobre y mal vestida. Pero era una rubia aún muy guapa.

Olga me miraba con irritación, yo no sabía por qué. Ella llevaba un traje de Dior color mamey y una especie de boina del mismo tono. Al pasar al comedor, Arne, quien lo había notado, la sentó lejos de mí. Ella, casi a gritos, en un inglés macarrónico dirigiéndose a mí, se refirió a su traje:

—¿Sabes cuánto me costó este conjunto?

—No, Olga.

—Diez mil dólares, es de Dior. ¿Oye, y tú qué haces aquí?

—Mi padre está en Naciones Unidas y yo lo acompaño.

—Me acuerdo de tu apestosa casa a orines de gato, allá en París. ¡Qué horror!

Esto lo dijo por mi gata Machu Picchu y sus cuatro gatitos. Esa casa de París era de gran lujo y enorme. Además, mi madre había instalado a Machu y sus hijitos en una canasta en su cuarto; y también su caja con arena, que Teo vaciaba todos los días: estaba demasiado lejos de los salones para que oliera la casa. Entonces me di cuenta de que el enfado de Olga era por mi compromiso con Niki.

Arne vino a mi rescate y le preguntó con ironía:

—Olga, ¿por qué te has puesto una boñiga de vaca en la cabeza?

Todo el mundo estalló en risas y Olga no volvió a abrir la boca. Arne conoció muy bien nuestra casa en París, y se había dado cuenta, agudo como él era, de la envidia de Olga.

Niki se tuvo que regresar al día siguiente a Andover.

Felizmente también estaba como delegado de México en Nueva York, Jorge Castañeda y su esposa Ohma, tan cultos y cariñosos conmigo (por desgracia, más tarde, las calumnias del 68 cambiaron a Jorge y dejó de estimarme).

Algo que nunca hacía mi madre y mi padre sí era comprar la guía semanal de espectáculos, exposiciones y museos de Nueva York.

Durante un tiempo me invitó con los Castañeda a ir todas las noches al teatro, que en esa época era magnífico. ¡Cómo ha cambiado!, ya no respetan ningún texto, ni el de Shakespeare. Las escenografías son horrendas, seudomodernas; malos actores, en suma, un bodrio.

En esas ocasiones, íbamos a cenar a un buen restaurante. Jorge Castañeda era un gourmet y hacía una pareja inteligente y simpática con su esposa Ohma. Cenábamos charlando de todo: política y cultura en general. Y después, los cuatro nos íbamos al teatro.

Recuerdo el Old Vic. Ahí vi *Romeo y Julieta,* representada, magníficamente, aunque ya no tenía quince años, por una de mis actrices favoritas, Claire Bloom. También vimos todo lo de Bertolt Brecht, quien estaba en la cúspide de su gloria. Ese autor me aburría pero nunca me atreví a decirlo. También vimos todo lo de Bernard Shaw, ahora tan olvidado. Y tengo un recuerdo conmovedor de ese autor. Vimos *Juana de Arco,* una sátira, claro, con una gran actriz: Siobhán MacKenna.

Al final de la obra, Juana de Arco está en el cielo y Dios le da permiso de regresar a la tierra. El rey reacciona con horror: "Dios mío, me va a obligar otra vez a comportarme. No, no", y le suplica a santa Juana que regrese al cielo. El cardenal piensa que lo va a obligar de nuevo a ser buen sacerdote y le pide también volver al cielo, y así toda la corte. Santa Juana, muy decepcionada de la acogida, se vuelve al cielo. Y como nos pasó con *Ondine* en París, mi padre y yo volteamos a vernos:

—Es mi madre.

Y él:

—Es Elena.

Los Castañeda me veían como una jovencita y, por ende, consideraban que debía andar con gente joven. Entonces me presentaron al nieto de Andreiev, un chico nacido en Occidente, pero muy ruso en su forma de ser. Me invitaba a patinar todas las noches a la pista de hielo de Central Park. Del Middletown a la pista recorríamos unas ochenta cuadras a pie. Y lo mismo de regreso. Pero nos divertíamos mucho y él me parecía encantador.

En los países nórdicos se usa ir a ver el ballet *El cascanueces* en épocas de Navidad. Para mi sorpresa y felicidad, mi padre me preguntó si me gustaría ir a ver ese ballet montado por George Balanchine. Yo acepté, feliz.

Me llevó, y estaba encantada y asombrada de su cambio. Para él, que no le gustaba el ballet, debía ser un suplicio, aunque se veía contento y animado. Después me tenía reservaba una sorpresa: una cena, también tradicional en esos días, en un antiguo restaurante alemán; tenía como cien años y era muy famoso en Nueva York, pero he olvidado el nombre. Era muy grande, todo de madera oscura, muy *gemütlich,* o sea, acogedor. A un lado reinaba un enorme árbol de Navidad, cubierto todo de esferas rojas de muy buen gusto. Ese árbol parecía el padre de la fiesta navideña. Nos instalaron en una mesa para dos y, de repente, mi padre volteó a mirarme:

—Ve a ver debajo del árbol, a lo mejor hay algo para ti.

Asombrada, obedecí y encontré un paquete adornado con lazos dorados que decía: *For Miss Helena Paz*. Lo abrí febril; era un perfume de Dior, mi favorito, muy juvenil, que olía a lirio de los valles, el perfume que, justamente, yo deseaba.

Fue el primer perfume que me regalaron en mi vida. Pero había otro, muy fresco, que no conocía, pero que estaba de moda entonces, Ven Vert. Me volví hacia él y le di de besos, feliz y emocionada. Nos pasamos el resto de la noche discutiendo el teatro de Nueva York y de los

autores que habíamos visto. Él reflexionó:

—¿Por qué no siempre podemos llevarnos así de bien, hijita? ¿Es la mala influencia de tu madre?

No quise echarle lumbre al fuego y no contesté.

Niki regresó a pasar las vacaciones de Navidad a su casa y, todas las noches, me invitaba al ballet de Balanchine y luego a cenar al Russian Tea Room, un salón de té restaurante frecuentado por los amantes del ballet. Ahí vimos a muchos bailarines famosos, mientras nos comíamos nuestros blinis.

Niki me regaló un enorme frasco de Shalimar, que me fascinó, y una chalina finísima de una gasa un poco tiesa, color ámbar con los bordes dorados. Arne, feliz de verme tan contenta, declaró que yo estaba hecha para esos colores. Arne me quería mucho y yo lo adoraba. Era tan divertido y bondadoso.

Mi padre tenía una amante en Nueva York, Alma Hubner, una chilena guapetona, pelirroja, muy blanca, funcionaria de las Naciones Unidas. Me la presentó y, para mi sorpresa, se portó muy bien conmigo, qué diferencia con las otras que le había conocido.

Ella también había querido ser bailarina de ballet y seguía tomando clases en el Carnegie Hall. Propuso llevarme por las tardes a ese centro de música y baile, y acepté encantada.

Qué bullicio había en el Carnegie Hall. Salas de baile flamenco, de tap, de baile clásico. Chicas preciosas que entraban y salían en mallas, con gruesos calcetines de lana para evitar los calambres. Alma me inscribió en su clase de ballet. En la sala vecina daba clases Bronislava Nijinska, la hermana del gran Vaslav Nijinsky. Una vez, pasó junto a nosotras y nos invitó a su salón. Alma estaba en el séptimo cielo. Era un gran honor.

A veces, me llevaba a patinar al Rockefeller Center. Bueno, yo la quería bien y me divertía mucho con ella. Era medio locuela y muy alegre.

Unos días antes de Navidad les hablé a los Prentice. Todos estaban ya de regreso en Nueva York, y me invitaron a pasar el día siguiente con ellos.

Peter se había convertido en un adolescente, alto, fuerte, muy guapo, pero por desdicha su pelo platino había oscurecido y se había puesto castaño. Se enfureció conmigo cuando le sugerí algo al respecto:

—Peter, píntate el pelo de rubio platino, como cuando eras niño.

Lo dije en serio, pero él me respondió que no era payaso para hacer semejante locura. Nunca pensé que se enfurecería así; Muffy se había transformado en una bellísima jovencita, ella sí de pelo platino.

—Me lo aclaro, *darling* —me dijo, muerta de risa.

Pamela era la misma chica atrabancada, solar, no tan guapa como Muffy, pero sí lo bastante como para destacarse de la mayoría de las chicas. Michael, de unos doce años, se había convertido en un niño regordete, rubio, de mejillas sonrosadas. Estaba en la "edad ingrata", como dicen los franceses.

Pamela había sido mi gran amiga en Las Abejas; era la práctica y la lúcida de todos los hermanos. Un día me invitó a una fiesta de su escuela en Nueva York (Miss Walker, creo que se

llamaba). Todas las alumnas eran hijas de millonarios americanos. Rubias, muy guapas, pero ponían los pies en las mesillas, mascaban chicle haciendo bombas y gritaban. Yo estaba horrorizada de sus malos modales. Era una *pijama party,* una pijamada.

La más guapa, una rubia dorada, tostada por el sol, con una cara boticelliana, de nariz respingada, grandes ojos azules y algo especial, la mejor educada de todas, me platicaba mucho. De repente vi que tenía una cadena de oro en el cuello de la que colgaba un enorme diente.

—¿Eso qué es?

—Oh, *darling*. ¿Tú no tienes uno? Es un diente de tigre que me trajo mi *daddy* de una cacería de tigres en la India.

Un escalofrío de repulsión me recorrió la espina dorsal, pues, como todos los Garro, era defensora de los animales, y ya no pude mirarla. Sólo pensaba en el pobre tigre, cobardemente asesinado por los seres humanos. Yo despreciaba la cacería del tigre, me parecía, y tenía razón, una cobardía.

De regreso a su casa, Pamela me hizo algunas confidencias. Estaba aterrada porque su padre se había vuelto a casar con una *bitch* y tenía hijos con ella. Ella veía poco a su padre y temía que los nuevos hijos heredasen todo. Su gran preocupación me asombró.

Dejé de ver a Niki para pasarme todos los días en casa de los Prentice. Su antiguo embrujo me seguía; me fascinaban. Pero un poco antes de esto, él y yo fuimos a ver *Troilo y Cressida,* la obra de Shakespeare que el Old Vic había montado magníficamente, de manera muy original para la época.

Habían vestido a los troyanos de franceses de la guerra del 14 y a los griegos de prusianos. Para mí era la primera vez que se montaba una obra clásica en trajes semimodernos. La fui a ver varias veces y se la recomendé a mi padre. Le pareció estupenda la idea de poner una obra clásica en trajes modernos. Él lo hizo después con los clásicos españoles en Poesía en voz alta, pero salió diferente.

Cada vez me le escabullía más a Niki; los Prentice me invitaron a pasar la Navidad en su *town house* del lado este, en la que vivían en ese tiempo.

Arne, que se había dado cuenta de mi alejamiento de Niki, pero que no me guardaba rencor, me preguntó con timidez (lo normal hubiera sido que pasara la Navidad con mi "novio"):

—¿Dónde vas a pasar la Navidad, Helenita?

—Con los Prentice —contesté.

Arne pegó un salto, abrió unos ojos enormes y exclamó entusiasmado, pues su defecto era el esnobismo y era el directorio de toda la alta sociedad.

—¿Sabes que son Rockefeller y tienen billones de dólares? Descienden de la hija del viejo John D. Rockefeller, fundador de la dinastía. Se llamaba Alta, como Muffy, y se casó con un coronel sureño, Prentice. No usan el nombre Rockefeller para evitar los parásitos que pululan en nuestro medio.

Yo, naturalmente, no lo sabía; sentí que algo se desplomaba dentro de mí y que la magia de los Prentice iba a evaporarse, cuando lo razoné y me dije: "Ellos no tienen la culpa y esa enorme fortuna no les quita su poesía ni su belleza". Todo me pareció tan raro y absurdo que me quedé

silenciosa. Ahora veía a los Prentice de una manera diferente y hasta me daban un poco de temor.

—Didja va a arruinar sus vidas, me temo —prosiguió Arne con tristeza—; con esa vida tan loca que ha llevado no se ha ocupado de sus hijos y los ha alejado demasiado de su familia Rockefeller, de su padre y de la sociedad que les corresponde.

Para mí esas palabras estaban en chino, pero la vida le dio la razón a Arne.

Mi padre, en cambio, se iba a pasar la Navidad en casa de Alma, que vivía en Queens. Cuando se lo anunció a Arne, éste me dijo, indignado:

—No entiendo a tu padre. Con su posición social, su talento, y sus amistades, ¡va a pasar la Navidad en Queens! —luego, serio, me miró fijamente y me dijo a bocajarro—: Helenita, yo no sé si tu padre es un ángel o demonio, todavía no lo comprendo.

Yo hacía tiempo que no trataba de entender a mi padre.

Por mi parte, estaba feliz de que me hubiera permitido pasarla con los Prentice. Didja había sacado antigüedades magníficas para la fiesta y habían colocado una guirnalda de "gui" en medio del salón. El gui es una planta de los países nórdicos que crece en bayas cubiertas de frutillas blancas.

En Navidad, la costumbre es poner una corona de gui en el salón y la pareja que pasa debajo tiene que besarse. Pamela iba muy elegante, con un traje de raso amarillo, escotado y de falda amplia. Su pareja era Dick, un chico muy guapo y divertidísimo, sin embargo, los americanos de clase alta eran anglófilos y ella se quería casar con un inglés. Dick nunca le pareció lo bastante elegante por ser americano.

Muffy, vestida de rosa, iba de pareja de un adolescente flaco con la voz cambiante. No era guapo pero sí muy simpático. Yo era la pareja de Peter y llevaba una "creación de Malena", la costurera de mi abuela Pepa. Era la época de las faldas harem que, bien cortadas, se inflaban en lo bajo de la falda para dar la impresión de atuendo árabe. Mi traje era de seda negra, delgada y brillante. Y para dar la impresión de falda harem, Malena, cuyo talento no alcanzaba esas alturas, había rellenado la falda de papel de seda, yo temblaba ante la posibilidad de que estos rellenos hicieran ruido; pero tuve suerte y nadie notó nada.

Las tres parejas nos fuimos, felices, a una fiesta en casa del amigo de Muffy. El lugar era un tríplex de lujo en la parte más elegante de la Quinta Avenida. En uno de los salones estaba tocando el piano Sammy Davis Jr., y parada junto a él, nada menos que Kim Novak. Llevaba un traje como túnica griega, azul turquesa. Era altísima y parecía una diosa del Olimpo. Aparentaba unos treinta años. Se veía mucho mayor que en el cine.

No había jóvenes en la fiesta, sólo los amigos de los padres de la pareja de Muffy, cuyo nombre he olvidado. Pamela se le escapó a Dick, se puso a coquetear con un señor "mayor" (de unos treinta años) medio tomado. De repente, Pam salió de un cuarto, toda despeinada.

—¡Vámonos!, ese hombre me quería violar —y se moría de risa.

Aunque a los Prentice, tan locos como eran, había que creerles la tercera parte de sus aventuras. Nos aburríamos mucho en esa fiesta para adultos y Peter, que llevaba un *loden*[5] austriaco, decidió que fuéramos al Café Grindzig, lugar de moda estilo vienés.

El lugar era precioso, con mesas rústicas de madera, emparrados adentro, con auténticas plantas trepadoras para dar el ambiente de esos cafés alemanes, donde se baila en verano al aire

libre. Muy cerca de nosotros, una orquesta de violines tocaba melodías vienesas acompañada por un piano. Peter, muy mundano, pidió el mejor champaña. Fue la primera vez que lo probé. Y luego todos decidieron regresar a casa de los Prentice a pie. En aquel entonces nadie usaba auto privado en Nueva York, incluso los más ricos caminaban mucho en el frío vigorizante.

La casa donde vivían era provisional. Didja estaba decorando un tríplex en la Quinta Avenida, enfrente del Reservoir, la parte más bella de Central Park.

Durante todo el trayecto, Peter había puesto mis manos bajo su *loden*, me las acariciaba y apretaba. ¡Qué emoción! Yo ya había besado a muchos chicos en México, pero no eran Peter, mi amor de la infancia.

Después de un rato llegamos a la casa. Pamela y Dick se habían desaparecido pero nos alcanzaron bastante pronto. Me dispusieron una cama en el cuarto de Pamela. Didja y Víctor Simeika llegaron de una fiesta casi al mismo tiempo que nosotros. En eso sonó el teléfono. Pammy contestó y volteó a verme:

—Es tu padre, y parece muy enojado.

En efecto, era mi padre, furioso porque llamó al hotel y no estaba en mi cuarto; pero yo le había dejado un recado para avisarle que estaba con los Prentice. Me ordenó que regresara de inmediato.

—Pero, papá, tú estás con Alma. ¿Cómo voy a regresarme al hotel a estas horas?, ¿y para dormir sola en el hotel la noche de Navidad?

Se empezó a poner muy grosero, pero Víctor Simeika, muy amable, habló con él y lo convenció de que nada malo estaba pasando.

—¿Por qué no acompañó usted a su hija en nuestra reunión de familia? —y la invitación era real; los Prentice lo apreciaban por ser mi padre, y todos esperaban verlo.

Al final, hablé otra vez con mi padre, quien aceptó:

—Sí, sí, sé que son tus grandes amores de la infancia. Te puedes quedar. ¿De quién fuiste la pareja hoy en la noche?

Yo, de boba, le dije la verdad.

—De Peter.

Al colgar, Víctor me contó, riéndose, que mi padre se calmó y muy amable prometió visitarlos. Más tarde volvió a mencionar el asunto.

—Se imaginaba una orgía. Oye, tu padre es el típico padre latino celoso de su hija.

No había pensado en eso, y me cambió la visión que tenía de mi padre, pero esta vez favorablemente, y no le di mayor importancia a la llamada.

Más tarde me dejaron sola, me desvestí y quedé en calzones y brasier, y como el champaña se me había subido, me puse a bailar improvisando, contemplándome en el espejo y admirándome. En eso entró Peter, quien había tomado demasiado champaña, y avanzó hacia mí. Yo me apené, salté a la cama y me tapé con sábanas y cobijas hasta la barbilla. Él se sentó al borde de mi cama, me besó en la boca, y empeñado en quitarme las cobijas. No quería ofenderlo pero seguía siendo una boba. Llegó Pamela al cuarto y lo corrió a almohadazos, riéndose.

Al día siguiente, vino el día de la derrota para mí. Apenas estábamos desayunando cuando llegó Niki, quien inocentemente explicó:

—Tu padre me acaba de llamar para que viniera aquí contigo.

Su presencia molestó a todo el mundo. En esos momentos yo era la pareja de Peter y que lo hubiera llamado —eso dio a entender Niki, celoso—, ofendió mucho a las hermanas Prentice.

Era un desprecio para su adorado hermano Peter. El que le hiciera eso a su hermano hizo que Pamela enrojeciera de cólera. De inmediato le dijo:

—Peter, rápido, llama a Andy.

Él lo hizo y se presentó una muchacha delgada, mal vestida, con un *jumper* de pana corriente, pelo castaño hasta los hombros, lacio y ralo, y una cara insignificante.

Tiempo después, Pamela se arrepintió mucho de haber llamado a Andy; según ella, al año siguiente, cuando regresamos a Nueva York, ya era la amante de Peter, siendo mucho mayor que él, e incluso lo ponía en contra de la familia. Por eso no la dejaban entrar a su casa, pero ella lo esperaba en el portal por horas, aunque lloviera o nevara, para llevarse a Peter a su cuartito miserable.

Acabaron las vacaciones y todos se regresaron a sus escuelas. Otra vez estaba sola todo el día. No obstante, supe que Olga Georges-Picot acababa de llegar a Nueva York, pues no habíamos dejado de escribirnos. Le hablé por teléfono al enorme departamento que ocupaba su padre como delegado de Francia en las Naciones Unidas.

Estaba tan guapa y simpática como siempre. Me aconsejó inscribirme en el Liceo Francés, para no estar todo el día sola, y aprovechar el tiempo en estudiar. Me inscribí enseguida en el Liceo de Nueva York. Allí nos volvimos íntimas y yo era su confidente. Entonces comprendí por qué congeniábamos tanto las dos.

Una tarde en que yo había quedado en ir a buscarla a la legación francesa, me abrió la puerta un criado mexicano de filipina blanca, que se veía minúsculo comparado con los americanos de esa época. Le pregunté en español por la señorita Olga. De inmediato, puso el índice sobre sus labios y me aconsejó no entrar al departamento. Él iría por la señorita Olga.

A lo lejos, como viniendo de otro piso, se oía un diluvio de insultos dichos por una aguda voz de mujer a un hombre que, con educación, sólo contestaba “oui, oui”.

—Es la señora; está regañando al señor —dijo de manera eufemística el mexicanito—; si la ve a usted, la va a correr.

Al rato salió Olga con una falda gris plisada, mal puesta, con una mancha gris en la mejilla, llorando y jalando a su hermanita Flor, de unos ocho años, una niña gordita y con cara triste.

—¡Helena! —Olga cayó en mis brazos, pues era muy teatral, aun dentro de su auténtica desdicha—; me viniste a salvar la vida. Vámonos pronto.

Bajamos la escalera corriendo, tomamos el Metro que nos llevó al West Side, lo más lejos posible de su casa. Allí me empezó a contar lo malvada que era su madre con su padre y con sus hermanas. Había una *drugstore* en el paradero del Metro, muy barata, y allí acostumbrábamos ir todas las tardes a tomar *ice cream sodas* después de clases.

Olga cambiaba mucho. Cuando estaba deprimida llevaba ropa arrugada y hasta con lamparones. Yo le contaba mis planes: una beca; luego, mis deseos de ser actriz. A ella le entusiasmó la idea.

—Sí, serás una gran actriz.

—No, no creo que mi padre me lo permita.

—Entonces yo me volveré actriz.

Se sabía muy guapa, pero lamento haberle metido esa idea en la cabeza, pues, más tarde, se dedicó a la actuación en cine y fracasó.

Era demasiado exagerada en la vida real, demasiado teatral y eso se notaba en la pantalla. No era natural. ¡Lástima!, Olga era tan sólo una niña de sociedad. No servía para otra cosa. Se debió haber casado con un millonario, pero era demasiado rebelde.

En esos días, llegó la compañía de Jean-Louis Barrault a Nueva York y la invité al teatro para ver a ese gran actor francés. ¡Nunca había visto una obra clásica! En su casa eran muy mundanos pero no cultos. Le encantó la puesta en escena y me invitó a una fiesta que, como delegado de Francia, su papá le ofreció a toda la producción. Y en lugar de sentirse motivada para leer a los clásicos franceses, Olga se hizo novia de uno de los galanes jóvenes de la compañía. Ésa era su manera de ser, todo corazón, inteligente e inculta.

A la que conocí también en el Liceo (y eso no me lo esperaba) fue a la compañera de Pierre Strauch, Danielle Haase, una chica alta, fuerte y rica.

Compartía un piso de estudiantes con Pierre (en realidad, ella pagaba todo). Él, con su gran optimismo, ya estaba repuesto de sus desdichas en México.

Ella fue quien me abordó en el Liceo.

—¿Usted es Helena Paz, la gran amiga de Pierre? Él la recuerda mucho y, si quiere, le daremos una sorpresa hoy en la tarde.

No le avisó de mi llegada, y cuando Pierre llegó de la Universidad de Columbia, al sólo verme palideció y se quedó callado unos segundos. Yo también me emocioné.

—No es posible. ¿Madame de Sevigné en Nueva York? —y me abrazó cariñosamente.

Las tardes en que estaba libre me las pasaba en casa de Pierre, feliz en su acogedor estudio, tomando té. Él acababa de descubrir a Vivaldi y a los músicos de esa época. Danielle, que no era tan culta, se callaba, discreta, y nos dejaba discutir, como antes, sobre arte moderno, literatura y demás.

Al conocerlos, Olga también se hizo amiga de Pierre y de Danielle, pero de manera superficial. No era el tipo de gente que congeniaba con ella. Resultaban demasiado intelectuales para su gusto.

Olga era una de las debutantes más famosas de Nueva York, y cuando estaba alegre, se ponía muy bella y elegante. Mil veces me invitó al Morocco's con sus amistades, pero eran chicos ya de unos veinticinco años, muy sofisticados; además, yo no tenía ropa. Era diferente con los Prentice y con Niki.

Olga sirvió de colchón entre su hermana Flor y su madre. Todos los golpes de la madre los recibió ella, pues adoraba a su hermanita. En París, años después, me enseñó fotos de Flor pasando las vacaciones en una isla tropical; era muy guapa, delgada y risueña. Se había casado con un americano y creo que había estudiado biología. Ese equilibrio se lo debía a la pobre Olga.

Mi padre, finalmente, contactó a Faubion Bowers y a Santa Rama Rau para que lo llevaran al pequeño departamento de Donald Keene, sencillo y lleno de estantes con libros de literatura

japonesa, en Greenwich Village. También le presentaron a un mexicano muy bueno y muy guapo, Edmundo Lasalle. Era alto, muy moreno, profesor de algo, que se había casado por interés con Nancy Norman, una mujer horrible y estúpida. Flaca, lo que se dice flaca, mal vestida y que le escupía a uno la cara al hablar. Su voz aguda e histérica me ponía de nervios; vamos, era insoportable. Pero era la dueña de Celanese, aunque no le daba un centavo a Edmundo. Éste le decoró un departamento enorme en la Quinta Avenida con un gusto refinado y le llevó a la gente más interesante de Nueva York. Recuerdo los bellos ramos de flores en toda la casa. Los muebles preciosos, antiguos pero muy cómodos. Los Renoir, los Gauguin, los Van Gogh colgados en los salones. ¡Era tan acogedora esa casa!

Yo acompañaba a mi padre a todos esos lugares. Donald era encantador: bajito, delgado, rubio y qué inteligencia. En su casa volví a ver a Yukio Mishima, pero no me atreví a saludarlo por temor a mi padre.

Él se quedó desconcertado pero no dijo nada. Me pareció entonces muy guapo, se había vuelto atlético, porque en Japón estaba muy delgado. Siempre llevaba pantalones y suéteres negros de cuello de tortuga. Se instalaba en una esquina del salón y no decía nada, pero todo lo observaba con esos ojos suyos en los que brillaba una inteligencia casi sobrenatural.

Mi padre había vuelto a su vieja y desagradable costumbre conmigo: si abría la boca me callaba groseramente, acusándome de decir sólo mentiras. Un día, Yukio lo reconvino, muy tranquilo pero con dureza:

—¿Por qué no deja hablar a su hija? Yo la conocí en Japón; hablaba todos los días con ella y nunca nos dijo una mentira.

Mi padre se turbó, empezó a tartamudear y ya me dejó hablar. Ese día había mucha gente en el apartamentito de Donald. Mi padre estaba pronunciando para Donald, Faubion y otros orientalistas, una conferencia sobre budismo. Donald no estuvo de acuerdo.

—Perdóneme Octavio, pero creo que usted no ha entendido bien el budismo.

Era la primera vez que contradecía a mi padre, pues lo estimaba mucho. Entonces, todos se pusieron a opinar sobre el budismo y yo aproveché para sentarme junto a Yukio, el único que sí sabía de budismo. Esto lo demuestra en el tercer tomo de su tetralogía, *El templo del alba,* donde, por cierto, me pinta cuando lo conocí, pues trata de una niña que cree que en su anterior rencarnación fue japonesa y lleva unos zapatillos chinos de terciopelo rojo, iguales a los que mi madre me había comprado en Hong Kong, y que yo usaba mucho en Tokio. Y el juez Honda, el que relata las cuatro novelas de la tetralogía y es el que conoce a la niña, la princesa Thai, en Tailandia, y le regala una muñeca japonesa antigua del siglo XVI, como la que Yukio me obsequió en el hotel Imperial en Tokio. Honda vuelve a ver a la princesa tailandesa cuando ella tiene dieciocho años y no lo reconoce, como yo misma fingí para no molestar a mi padre. Después le inventa una trama amorosa a la enigmática princesa que no tiene nada que ver conmigo. Pero la novela es, al mismo tiempo, un verdadero tratado sobre el budismo, el mejor que yo haya leído.

En voz baja, le confesé a Yukio:

—No lo saludé porque mi padre no sabía que lo había conocido en Japón, y como usted es la estrella de estas reuniones, no le hubiera gustado que yo lo conociera antes que él.

Yukio me dijo que mi padre era un hombre extraño, que me tenía como presa y que yo tenía que

liberarme, pues mi mirada deseaba libertad. Entonces, muy discreto, se puso a hablar de otras cosas y me pasé una tarde apasionante con él.

Al día siguiente, cuando acompañaba a mi padre a las Naciones Unidas, deambulé por los pasillos y vi lo que había ido a buscar a Nueva York. En un cartel aparecía más o menos lo siguiente: "Se ofrece beca para Radcliffe. Traer papeles y calificaciones".

Radcliffe no estaba tan aislado de los muchachos como Vassar, por ejemplo, pues era como una institución gemela de Harvard. Yo me había llevado de México todas mis calificaciones, por si se me presentaba una oportunidad semejante.

Me recibió una señora muy amable. La beca era para estudiar filosofía y letras. Cuando la señora vio diecinueve sobre veinte en disertación francesa, me dijo que la beca era prácticamente mía.

En aquella época, la educación francesa y el gimnasio (bachillerato) alemán eran los mejores del mundo. De todos los alumnos que estudiaban, sólo cinco por ciento pasaban el *bach*. En Estados Unidos, cuarenta por ciento pasaba a la universidad.

—Y con esa calificación, usted puede entrar a cuarto año de universidad y graduarse como maestra a los diecisiete años.

No quería ser maestra, pero sí tener un título universitario; aunque los maestros en Estados Unidos, entonces como ahora, estaban muy bien pagados. Además, las universidades eran preciosas; muy limpias y ordenadas. Y los alumnos de Harvard eran guapísimos.

Después de recibirme pensaba ingresar al Actor's Studio, pues quería ser actriz. Sabía que mis padres no me mantendrían en Nueva York, pero había convencido a Sandra, la prima de Niki, a quien veía una vez por semana, de alquilar un estudio entre las dos. Ella también quería ser actriz.

—Helena, podemos trabajar como camareras en alguna *drugstore*, o en un lugar donde vendan hamburguesas. Falta mano de obra para ese tipo de trabajo en Estados Unidos y nos pagarían muy bien. En la noche iríamos al Actor's Studio.

La señora de la beca me dijo que necesitaba tres cartas de familias importantes recomendándome, y había que pagar sólo trescientos dólares, no sé de qué.

Risueño, Edmundo Lasalle, el "casado con la Celanese", me dio una carta muy elogiosa, lo mismo que Arne y Didja. Sólo faltaban los trescientos dólares, unos tres mil pesos de ahora, que no era nada si se tiene en cuenta que esas universidades costaban sesenta mil dólares al año.

Entusiasmada le conté mis planes a mi padre y le pedí los trescientos dólares:

—Mira papá, así te deshaces de mí, y ya no te estorbo en tu vida amorosa [había vuelto a las andadas y se lo contaba a todo el mundo], y me libero de mi madre que, allá en México, todas las tardes me obliga a acompañarla al cine con Archie. Ella pretende que es para que Archie no se le eche encima. Esto a mí me da mucha vergüenza porque me arriesgo a encontrarme con alguno de mis amigos. Y cuando se enoja conmigo, me ofende diciéndome que no la dejo ver a solas a Archie, porque le tengo envidia. Eso es absurdo. Papá, entiende: no tengo nada que hacer en México.

En aquel momento le hice demasiadas confidencias. Su reacción me dejó paralizada.

—Eres una pequeña esnob, ¿cómo pretendes ir a una escuela para niñas millonarias? Y claro, como enfrente está Harvard, tu tirada es casarte con un chico de ahí. Pues entérate de una cosa:

odio la educación americana, por ser tan materialista. Todos los chicos de Harvard sólo quieren ser hombres de negocios. En este país se desprecia la poesía. Nunca, ¿me oyes?, nunca, aceptaré una *chair* de Harvard. Así es que no cuentes con los trescientos dólares.

No me desesperé tanto porque, ingenuamente, contaba con que, al final, mi madre me daría el dinero.

Un día fuimos mi padre y yo a un recital de E. E. Cummings, el gran poeta americano. La sala estaba llena a reventar. A los dos nos fascinaban sus poemas. Cuando terminó la lectura, volteé a ver a mi padre:

—Ve a saludarlo, felicítalo y dile que eres un poeta mexicano. Yo te acompaño.

Él se resistió.

—Cómo crees, no soy nadie en Estados Unidos, y si le digo "poeta mexicano", se va a burlar de mí.

No estaba de acuerdo con él. Aquel poeta era un ser muy noble y nunca se hubiera burlado de nadie por ser extranjero. Aun así, mi padre, que en el fondo era tímido e inseguro, no lo fue a saludar y se salió muy amargado del recital.

En cuanto a mi madre, estaba muy sentida con ella; le escribía tres veces por semana, cartas de cuarenta páginas, verdaderos ensayos literarios sobre Nueva York y el Museo de Arte Moderno, donde me habían fascinado dos esculturas hechas como de hilos; una, era una jaula de vidrio y adentro unos hilos plateados tendidos, otros, enrollados. Curiosamente el autor sí daba la impresión de lo que quería decir con esos hilos plateados. La jaula se llamaba *La Luna.* Otra era *El Sol*. Estaba en una sala grande. Hilos dorados tendidos de pared a pared que formaban como la armonía de los planetas.

También le escribía contándole mis experiencias en el Museo Metropolitano; bueno, hasta de los supermercados le contaba; tan limpios, con mercaderías excelentes, carne magnífica, leche de primera y tantas cosas. Nunca recibí respuesta.

Hubiera querido guardar esas cartas como recuerdo de cómo era Nueva York en esos años, pero cuando ella llegó, me contó que mis cartas le habían parecido muy inteligentes a Tomás Córdoba, uno de sus grandes amigos en México, un médico fracasado que tenía pasión por el juego, que arruinó su vida.

Tomás era muy exagerado, declaró que mis cartas eran excelentes y las leyó en Sanborns, en donde desayunaba todos los días, a un grupo importante de políticos interesados en la cultura e intelectuales como Ricardo Garibay, quien empezaba su carrera y no pertenecía al grupo de mi padre. Esos amigos de Tomás dijeron que los textos eran geniales.

Cuando volvimos a México se las pedí, y me dijo muy apenado que no sabía en dónde las había dejado. En Nueva York había dejado de llevar mi diario y esas cartas eran toda una parte de mi vida de adolescente que se perdió. A mí me dio mucho coraje.

Al día siguiente de mi discusión sobre Radcliffe con mi padre —quien por cierto después del 68 aceptó una *chair* de poesía muy importante en Harvard— nos habló mi madre por teléfono. Estaba

muy molesta con su familia porque no había pasado la Navidad con ella (era un pretexto, pero yo se lo creí. En esa época me indigné mucho con su familia).

Mi madre nos anunciaba su llegada al día siguiente a Nueva York. De manera increíble, llegó en avión y no quiso que fuéramos a recibirla al aeropuerto. Apareció en el Middletown, guapísima, tostada por el sol de Cuernavaca, con su melena rubia leonada, y con una alegría extraña en ella, pues en la vida privada era melancólica y callada.

De inmediato se comunicó con Pipila, una argentina muy buena que la apreciaba mucho. A esta chica le había pasado una desgracia que la traumó (a mí no me hubiera afectado, le doy un puntapié en el trasero al individuo, por embustero, y me busco enseguida a otro hombre). Se había casado con Revol, un hombre muy simpático e inteligente, era el íntimo e inseparable amigo de Julio Cortázar. Yo los había conocido de niña en Victor Hugo.

Cortázar me parecía sombrío y envidioso, pues unos días antes de invitar a Pierhal, un gran editor francés ya viejito, al que mi madre le quería proponer la publicación de obras de Borges y Bioy Casares, ella se había puesto de acuerdo con Cortázar y Revol para que ambos hicieran el elogio de esos dos escritores argentinos. Como les explicó mi mamá:

—Si Pierhal publica a Borges y a Bioy, después, automáticamente, seguirán ustedes. Será la primera vez que se publique en Europa a escritores iberoamericanos modernos.

Y tenía razón, pero Cortázar y Revol engañaron a mi madre; dejaron para la basura a Borges y a Bioy, a los que Cortázar les tenía una envidia patológica. Pero en Francia las mujeres cuentan mucho, y más las mujeres guapas, elegantes y cultas como mi madre. Al final, ella logró que Pierhal publicara a Borges y a Bioy.

Cortázar y Revol se enteraron, fueron a ver a mi madre para explicarle que aquellos dos eran "oligarcas reaccionarios, malas copias de los ingleses del siglo XIX". No obstante, siguieron muy amigos de mi mamá.

A este Revol le pasaba algo que en la actualidad no sería una tragedia. Durante los seis años de su matrimonio con Pipila, nunca la tocó. Ella se culpó a sí misma. Nunca entendió el porqué y se divorció de él. Este mal matrimonio, a pesar de todo, le había dejado, también, una gran madurez y bondad. Veía todo como de lejos.

Mi madre quiso ir a comer al día siguiente, a las doce, al comedor de las Naciones Unidas para conocer el lugar. Mi padre aceptó.

Ya en el comedor, pasan un poco de las doce, y mi madre se levanta temblorosa.

—No llegó, ¡no llegó!

—¿Quién? ¿De quién hablas? ¿Qué tienes? —preguntó mi padre, realmente asombrado, siguiéndola.

Mi madre, en tono desesperado le contó todo, caminando a largos pasos por los pasillos de las Naciones Unidas.

—¡Bioy! ¡Bioy!, me había citado hoy aquí.

Mi padre endureció su expresión, pero contuvo su rabia.

—Las veo a las seis en el hotel. Edmundo Lasalle, un hombre extraordinario, te quiere conocer y ofrece un coctel en tu honor —y nos dejó bruscamente.

Traté de calmar el llanto de mi madre.

—Háblale a Pipila, ella trabaja aquí. Debe saber si Bioy y su padre están aquí [el padre de Bioy era delegado de Argentina].

Mi madre se tranquilizó. Le habló a Pipila, quien llegó corriendo.

—Elena, aquí tenés el teléfono de la residencia argentina. El padre de Bioy está en una sesión.

Con mucha ternura llevó a mi madre a un teléfono, donde ella misma marcó y ¿quién contestó? Bioy, en persona. Éste le explicó a Pipila que había llegado unos minutos tarde al comedor y al no ver a mi madre, pensó que ella lo había plantado.

Conocíamos a Pipila desde París. Llegando al hotel, mi madre le habló a Bioy a la legación argentina, pues éste había aprovechado la misión diplomática de su padre para ir a Nueva York. Bioy nunca trabajó. Era muy raro.

Ese mismo día la invitó a cenar con él, y mi madre, temblorosa y con aire extasiado, aceptó enseguida. Sin embargo, mi padre tomó sus precauciones: le habló desde las Naciones Unidas para ordenarle que estuviera lista para asistir al coctel de Lasalle y le prohibió ver a Bioy. Mi madre aceptó, pero estaba deshecha. Entonces me indigné; yo no era débil como mi madre y odiaba las injusticias.

—No te dejes dominar así. Mira, conozco a Lasalle, es muy simpático y le voy a pedir que invite a Bioy a su coctel, a escondidas de mi padre.

Como en diversas ocasiones había asistido a varias de las elegantísimas reuniones mundano-literarias de Lasalle y éste me quería bien, le hablé y le expliqué la situación. Se rio y me tildó de "pequeña alcahueta". Le supliqué que no le dijera nada a mi padre. También le hablé a Bioy, quien emocionado, me dio las gracias.

Tanto me había contado mi madre de su gran amor por Bioy, que para mí se había vuelto una leyenda, un mito, como Tristán e Isolda. Los dos me parecían un barco antiguo, rodeado de aguas azules, y una música leve de campanitas medievales los rodeaba cuando pensaba en ellos.

A la hora de irnos al coctel, la cara de mi madre estaba pálida, aun con la piel tostada, y revisó mil veces, en el espejo, el menor detalle de su atuendo. Mi padre, impaciente, la interrumpió con un comentario suspicaz:

—¿Se puede saber por qué estás tan nerviosa?

Ella se quedó muda.

Por fin, tomamos un taxi para llegar al elegante departamento de la Quinta Avenida donde vivía Lasalle. Ese invierno había nevado mucho en Nueva York, y esa tarde caían gruesos copos de nieve, de esos que cubren todo de un gran silencio, aun en las ciudades más ruidosas. Yo llevaba mi eterno traje sastre de lana escocesa verde, sin abrigo.

Mi madre se indignó al ver que no tenía con qué cubrirme y se lo reprochó a mi padre, quien me dijo en voz baja:

—Eso lo voy a remediar en estos días.

Era extraño entrar desde la calle nevada al cálido departamento de los Lasalle, acogedor y lleno de flores, como si estuviéramos en primavera. Mi padre presentó a mi madre con Edmundo, quien la elogió mucho.

Había mucha gente. Entre otros Reynaldo Herrera, un venezolano muy guapo y elegante, hermano de Carolina Herrera y de Luis Felipe. Eran dueños de mucho petróleo en Venezuela, pero

preferían vivir en Nueva York.

Más tarde, Carolina, muy inteligente ella, montó una línea de perfumes divinos y una casa de alta costura.

Me acuerdo, en especial, de Faubion Bowers, siempre irónico, y de su esposa Santa Rama Rau, alta, narigona, un poco corpulenta, vestida con un sari de seda verde limón, con bordados de plata; también de Guy Dumur, el amante de Suzanne de Tézenas, amigos de mis padres desde París, quien había sido invitado por una universidad americana para dar conferencias sobre literatura francesa. Bioy no aparecía.

Santa se fue a un saloncito donde colgaba un magnífico Van Gogh (era la imagen de una sillita donde mi madre prometió esperar a Bioy, en el cielo, y me pareció un buen presagio).

Santa se sentó majestuosa en un alto sillón y esperó a que le llegaran sus admiradores, entre ellos mi padre, quien le llevó a presentar a mi madre.

Años después, en los setenta, ya exiliadas, cuando volvimos a ver a Faubion, divorciado de Santa, nos dijo con amargura:

—Octavio ya es demasiado importante y rico para frecuentarnos —y agregó riéndose con burla—: Me acuerdo de cuando se quejaba de que tenía que ser diplomático para mantener a su mujer y a su hija en el lujo —entonces se me quedó mirando y en el mismo tono me dijo—: Siempre pensé que eras un muchacho.

En esa ocasión le pregunté acerca de Mishima, del cual ya había leído la tetralogía, *El mar de la fertilidad,* misma que terminó antes de suicidarse.

En ese tiempo también visitamos a Nancy, ya divorciada de Lasalle, cuyo departamento parecía otro, sin las flores y la gente que le llevaba Edmundo. Nos presentó a la hija que tuvo con Lasalle, una adolescente muy parecida a él, y nos contó que Santa se había hundido en el alcoholismo, no obstante, acababa de salir de una clínica. Ni Santa ni Nancy habían vuelto a ver a mi padre.

El departamento estaba cubierto de polvo, parecía otro. Es extraño cómo la personalidad de alguien puede cambiar un lugar.

En fin, aquel día, todo estaba precioso. Y toda la gente que asistía era guapa, elegante o triunfadora en algo.

Mi padre se sentó en el suelo, a los pies de Santa, para escuchar uno de sus interminables discursos sobre la superioridad de la India sobre Europa. En eso estaban cuando mi madre cometió la impertinencia de interrumpirla:

—En Occidente tenemos también filosofía importante. Un Platón, por ejemplo.

Santa la miró de arriba abajo, y le citó a no sé qué hindú que databa de cinco mil años antes de Platón y había escrito lo mismo. Obviamente, mi padre intervino, regañándola; ante esto, ella prefirió salir discretamente del saloncito. Yo me quedé por curiosa. En mi interior, lo del Platón hindú me divertía mucho; me pareció una invención grotesca de Santa, pues la filosofía hindú y la griega son muy diferentes como para tener puntos de contacto en determinados pensadores.

—Tu mujer me recuerda a esas chicas de Vassar [Santa había estudiado ahí], anglosajonas, siempre rubias, vestidas de colores pálidos, a las que sólo les interesaban los muchachos, y que

me discriminaban por racistas.

En esos momentos, Santa le hablaba a mi padre con un enfado desmedido. Y pensé: "Pobre de mamá, ya se hundió con una de las estrellas literarias de Nueva York".

Me fui al gran salón a esperar la llegada de Bioy. Éste apareció al poco rato. Menos mal que mi padre, embelesado con Santa, se tardó en verlo.

Me apresuré a presentar a Lasalle con Bioy, pues no se conocían, y Edmundo me piropeó:

—¿Verdad que es encantadora esta güerita oxigenada mexicana? —le dijo de mí con mucho cariño.

Bioy, feliz, rio nervioso. Lo llevé a donde estaba mi madre, rodeada de admiradores. Estaba pálido de muerte, se apoyó contra una chimenea, fingiendo indiferencia.

—Sí, sí, ya nos conocíamos de antes —le dijo con aire trágico a Lasalle, cuando éste, como perfecto anfitrión, y para disimular, lo presentó con mi madre—; no nos habíamos visto en mucho tiempo —completó Bioy.

Mi madre fue menos discreta.

—Harán cinco años el próximo agosto.

El hielo estaba roto. Lasalle y yo nos alejamos lentamente de la pareja. Lasalle me preguntó si ya había visitado toda su casa. Le respondí que no y, muy a la mexicana, me enseñó el lugar de arriba abajo, con todo y cocinas, baños, en fin, todo. Hasta que bajamos a una habitación pequeña pero lujosa. Era su cuarto. Y contemplé extasiada un magnífico Renoir en la cabecera de su cama y le expresé mi entusiasmo.

—No sólo eres preciosa sino culta —y sonriendo, me empujó contra una chimenea y me besó en la boca. A mí me gustó físicamente su beso, pero él, muy decente, se apartó enseguida—: Mira que viejo verde soy —dijo con un poco de pesar, pero sin dejar de reír y pidiéndome disculpas.

No se lo tomé a mal, y eso que era algo que, habitualmente, no soportaba. Pero Lasalle era tan guapo y tan natural. Le disculpé su beso y subimos las escaleras.

Bioy y mi madre, sentados juntos en un sofá blanco, no paraban de platicar y reír, embelesados el uno con el otro, como si el mundo exterior no existiese para ellos.

De repente, mí padre y Santa Rau salieron del saloncito. Cuando él los vio, su cara reflejó un gesto aterrador de enojo. Entonces, se dirigió a Edmundo:

—¿Y tú de dónde conoces a Bioy? —su tono era directo e impertinente.

Lasalle reaccionó con seguridad y altivez:

—A mí no me gritas, Octavio. No soy uno de tus parásitos.

Para evitar un pleito mayor tiré del sari de Santa y le pregunté por un pasaje del *Bhagavad Gîta* que fingí no haber entendido. El ego de Santa se impuso y empezó otra de sus cátedras de hinduismo, dirigidas a mi padre. Lasalle se eclipsó discretamente.

Santa no se dio cuenta de que mi padre no la escuchaba, su mirada permanecía fija en Bioy y mi madre. Pero, como no podía hacer escenas en público, se dominó. Más tarde, en un aparte fue a mi encuentro.

—Fuiste tú, ¿verdad?, la que le pidió a Edmundo que invitara a Bioy. ¿No sabes todavía que es un gigoló repugnante? ¿Ignoras que su familia estaba arruinada cuando se casó con Silvina?

Yo lo negué todo, pero él me dijo entre dientes:

—Me la vas a pagar.

Nos salimos con todo el mundo del coctel y, extrañamente, mi padre ya no dijo nada. “Ya se acabó la tranquila vida que llevábamos mi padre y yo”, pensé con cierta tristeza. Había alquilado una habitación más para mi madre y para mí en el hotel.

Yo aún ignoraba las tormentas que se aproximaban.

Mi madre, una vez en el Middletown, le reprochó a mi padre cómo me traía vestida. Y para mi sorpresa, él accedió a abrir una cuenta en Macy’s. Mi madre podía comprar ropa para ambas.

Al día siguiente invitamos a Pipila para que nos acompañara a Macy’s. Lo hizo, pero no le aceptó ni un solo traje a mi madre. Había renunciado, de verdad, al mundo y vivía como monja laica. Mi madre no sólo se compró ropa sino que le compró muchos atuendos a su hermana Deva. Yo estrené, feliz, mi tan soñado abrigo de pelo de camello con su bufanda de lana roja y blanca.

Mi madre me compró también dos o tres trajes sastre, muy juveniles, de invierno, y trajes para reuniones elegantes. También un traje largo para los bailes, que yo escogí. Parecía Diana cazadora. Una falda de gasa gris y como una imitación de coraza para la parte de arriba. Raso gris en tiras largas hasta la cintura, que dejaban un pequeño espacio para la gasa, hasta el cuello sin escote y sin mangas. También me fascinó una pamela de paja italiana adornada con una chalina de gasa blanca que colgaba hasta el hombro derecho.

Ese día, cuando llegamos al hotel, por la tarde, cargadas de paquetes y felices, en la recepción le dieron un extraño recado a mi madre: “El tercer hombre está en el Blackstone Hotel”. Éste era uno de esos edificios de 1900, pero muy suntuoso y carísimo. Mi madre se aterró con el recado.

—¡Este es un asesino, un loco!

De inmediato comprendí y la tranquilicé.

—No, hombre, debe ser Archie.

Y le explicamos a Pipila quién era el tal Archie.

—¿Y quién le dio mi dirección y le avisó que estaba aquí, si ni siquiera me despedí de la familia?

Pipila concluyó muy tranquila.

—¿No decís que Octavio le abre la puerta y lo recibe muy bien en México? Pues seguro que Octavio le avisó de tu llegada y le dio la dirección. Es amable con él porque tú no lo querés nada. ¡Mirá qué maquiavélico es Octavio! Y entre ese pelotudo y él, no te dejarán ver a Bioy, que es al que de verdad querés. Es la venganza perfecta contra ti, ¿no es cierto? Mirá, Elena, te lo digo, yo no conocía a Octavio.

Pensé que Pipila tenía razón y me aterré. Mi madre me dio tanta lástima que me desgarró el corazón. ¿Por que no podía vivir ella su gran amor? Tanto que hablaba mi padre en sus escritos de la libertad de la mujer y del temible machismo mexicano. En un instante, como relámpago, vi un negro porvenir para mi madre; pero no vi el mío.

El amor es ciego, yo quería mucho a mi padre y, a pesar de todo, nunca previ lo que me haría más tarde por haber ayudado a mi madre en su romance con Bioy.

La víspera, mi madre se había quejado de lo mal que se había portado su familia con ella, después de que la habían saqueado; le había dado doce mil pesos de la época a su hermano

Albano, cinco mil a Deva y la habían dejado sola en Navidad, en el departamento de Nuevo León.

Entonces le conté lo de la beca y le pedí que me diera ella los trescientos dólares para el año entrante. Mi madre se quejó de que ya no tenía un centavo por culpa de su familia.

Cómo me arrepentí entonces de la ropa comprada en Macy's, pero después de reflexionar un poco, pensé que tampoco podía ir a Radcliffe con esa ropa vieja que tenía, y sin abrigo.

Mi madre prometió darme el dinero después, cosa que nunca ocurrió. Y ahí empezó (sin que yo lo supiera) el verdadero infortunio para mí.

Al día siguiente, ella tenía una cita con Bioy, al anochecer. Yo estaba feliz y no pude dormirme hasta que regresó y me contó todo.

—Llevé a Bioy al Blackstone Hotel, al cuarto de Archi. Claro que ya le había contado lo de su necia persecución y la sucia complicidad de tu padre. Entramos al cuarto. En un principio se sorprendió y después se vio algo molesto por nuestra presencia. Ya frente a él le dije: "Mira, Archie, éste es mi gran amor", y besé a Bioy delante de él.

—¿Y qué dijo Archie?

—Nada. Se portó muy amable con Bioy. Pero para ponerse al tú por tú, socialmente, con él, le nombró a dos o tres gentes de la alta sociedad argentina con las que había jugado polo. Luego le dijo, con mucha perfidia, que en México me veía todos los días. "¡Pero eso se acabó, se acabó, maldito!", le grité, y Bioy y yo muy abrazados lo dejamos solo. Nos fuimos a cenar. A Bioy le repugnó. ¡Ah!, por cierto, le puso el Huevo Verde.

Felicité a mi madre. Por una vez, al menos, se había portado valiente.

Pero los días siguientes, al atardecer, cuando llegaba del Liceo, ella me mandaba a vigilar la calle, para estar segura de que no anduviese rondando Archie. Y como era tan buena detective desde niña, iba hasta el Cobb's Corner, la *drugstore* de la calle Lexington. ¡Nada de Archie!

Entonces mi madre salía feliz, y como algo demoniaco él se le aparecía entre la bruma, como un verdadero vampiro. Siempre con su gabardina inglesa muy elegante, pero tan vieja que se veía verdosa. Yo miraba, impotente, desde la puerta del hotel cómo la arrastraba casi y la metía en un taxi. Un día, corrí detrás de ellos, y decidida me subí al taxi.

—¿Por qué no la deja tranquila, Archie?

Él me contestó con fingida ingenuidad:

—Si no quisiera venir conmigo, Chatita, no se dejaría subir al taxi.

Mi madre, acurrucada al fondo del auto, se quedó callada. Archie dio al chofer la dirección del salón de té del Waldorf que, por cierto, estaba a la vuelta de nuestro hotel. Al entrar al salón, repleto de gente, nos sentamos los tres ante una mesa.

Un camarero se acercaba a nosotros cuando, de repente, mi madre, quien en esos momentos llevaba pantalones negros y unos botines ligeros de cuero estilo ruso, saltó sobre todas las mesas del Waldorf hasta alcanzar la entrada. Archie le ordenaba a los conserjes detenerla. Ella, muy digna, los enfrentaba.

—¿No ven que es un latino que persigue a una anglosajona? Déjenme.

Eso contaba mucho en Estados Unidos y la dejaron ir. La gente del salón de té, primero estaba sorprendida, luego, aplaudió como si hubiera sido un juego.

—¡Es una equilibrista! —gritaban.

Esa vez llegó muy tarde al hotel. Mi padre estaba furioso, pero no dijo nada.

En otra ocasión, íbamos a casa de Donald Keene, quien por cierto la admiraba mucho. Lo habíamos recogido en alguna casa e íbamos en Metro a su departamento; de repente, mi madre con sus pantalones y suéter todo en rosa y botas negras, dio un salto tan ligero que Keene exclamó:

—¡Es Puck! Tu madre es la gracia en persona —y sonrió complacido.

Pero ella se escapó en el Metro y apareció hasta muy tarde en casa de Donald.

Keene y Faubion estaban inquietos por ella, pensaban llamar a la policía, pues ya empezaban los asaltos en Nueva York. En eso llegó mi madre muy campante.

—Verán, es que soy pirómana —explicó—; escuché a los bomberos y los seguí hasta Broadway y vi un incendio fabuloso, enorme.

Todos le creyeron menos Yukio Mishima, quien le sonrió amistosamente. Yo sí le creí, pero empecé a preocuparme por sus facultades mentales. A mí me daban pavor los incendios. En realidad eran mentiras, pues se había ido con Bioy.

Esa noche, al llegar al hotel, mi padre se puso petulante:

—¿No te parece increíble que los tres hombres más guapos de América Latina corramos tras una flaquita como tú?

Me pareció una actitud absurda. De ninguna manera eran los tres hombres más guapos, ni mi madre una gran belleza. Sin embargo, Bioy le había dicho algo a mi padre en París:

—Cada cien años nacen cien hombres como vos y como yo. Pero una mujer como Elena, nace una cada mil años.

Aun así, el cerco se cerró de tal manera sobre mi madre que un día me mandó a mí, en su lugar, a ver a Bioy. Yo, en un principio, me indigné, y también me asusté un poco. Pero ella me convenció de que fuera a la legación argentina a disculparla.

Nunca olvidaré la sonrisa satisfecha de mi padre al ver, desde la ventana del hotel, forcejear a Archie con mi madre:

Para mí fue muy penoso ir a ver a Bioy. Éste se enfureció, pero no me dijo nada. Yo también estaba molesta con él, por su debilidad y no tardé en reprochárselo.

—¿Y usted por qué no interviene, Adolfo? Enfréntese con Archie y con mi padre. Usted y mi madre son muy débiles de carácter.

Bioy empezó a quejarse amargamente de mi madre:

—Mira qué mala es Elena. Lo que me ha hecho sufrir. Tiene una mulita de diamantes en lugar de corazón y cómo me ha pateado [esa frase se la conté a mi madre y la utilizó en *Testimonios sobre Mariana*].

Me imagino que ella lo golpeó muchísimo, porque algo de verdad tenía esa frase. Sin embargo, ese día me indigné:

—Bioy, mi madre es muy buena.

—Sí, claro, para vos es sencillo, se trata de tu madre, pero lo que me ha hecho sufrir —lo dijo con una mezcla de rabia y angustia.

Le pedí no hablar mal de mi madre delante de mí, calló y no volvió a hacerlo. Eso es algo que no puedo decir de mi padre ni de Archie.

Me volví la confidente de Bioy, pero a las ocho lo dejaba. Ahora muy segura de mí misma con

la ropa elegante que me había comprado mi madre, pude aceptar las invitaciones de Olga para ir a bailar con ella y sus amigos griegos del *jet set* al Morocco's, el lugar elegante de entonces. Tenía muchas ganas de divertirme y escapar de la tragedia asfixiante y sin salida de mis padres.

La primera vez que pasaron por mí, Olga llevaba un traje blanco recto, con un estampado de peonías rojas, de alta costura, acompañada de Yannis Zografos. Un griego alto, moreno, con un cuerpo ancho y musculoso, tendiendo un poco al sobrepeso (yo era entonces muy exigente). La expresión de su cara era muy bondadosa. Llevaba un abrigo de *cashmere* beige. Por mi parte, me había vestido con un traje —copia de Dior— comprado en Macy's, blanco, con listones azules, escote cuadrado y falda amplia, muy fresco.

—¡Pronto!, que los otros nos esperan —exclamó Yannis. Era su manera de ser, como me iría dando cuenta. Siempre con prisas y, a pesar de su corpulencia, deslizándose velozmente. En el taxi le dijo a Olga:

—Tu amiga es una niña preciosa. Parece una inglesita.

Llegamos al famoso Morocco's. Ahí nos esperaban otros dos griegos guapísimos: Lenny Gulandris, de unos treinta años, nariz recta, alto, y con aire aburrido; y Takis Theodoracopulos, muchacho de unos veintitrés años, que fue el que me gustó enseguida.

Los tres estaban elegantísimos, con esa elegancia sobria que consiste en una gran sencillez. Todos olían a colonia finísima. Takis era el menos alto, el único que parecía griego antiguo; sus ojos negros centelleantes tenían una vivacidad que deslumbraba.

Charlamos y no sé por qué hablé de Scott Fitzgerald, a pesar de mi costumbre de nunca hablar de temas culturales con los muchachos. Me dejó sorprendida y feliz que Fitzgerald también fuese el ídolo de Takis, cuya inteligencia y cultura me asombraron. Estábamos comentando *Suave es la noche* y yo, muy intuitiva, noté que les había gustado, y me llevé mi primera sorpresa y desilusión con Takis. Así seguirían siempre nuestras relaciones.

Llegó a nuestra mesa una actricilla furris de cine, que hacía de doctora humana en la primera versión de *El planeta de los simios,* Natalie Trundy. Quizá sea yo la única persona que se acuerde de ella. Venía a saludar a Olga, su gran amiga. Takis la cubrió de elogios y la comparó con Nicole, la heroína de *Suave es la noche*.

La Trundy, que no se parecía en nada a Nicole, se quedó impávida y seguía hablando en voz baja con Olga, sin hacerle el menor caso a Takis.

Éste me observaba por el rabillo del ojo para ver mi reacción. Yo seguí comentando la novela y mi tristeza con el final: el fracaso total de Dick Diver, el héroe.

Me entusiasmaba tanto Fitzgerald, que me indignaba lo mal que se portaba Nicole, al final.

—Yo soy Tommy Barban [el rival de Dick] —exclamó Takis—; Dick Diver era un ser débil.

Nos fuimos a dormir a las tres de la mañana. Yo feliz y divertidísima con los griegos, pues, más tarde, no pararon de hacer bromas; por ejemplo, bañaron con agua de sifón a un amigo de ellos; y pesadeces también, no podían ver a un judío cuando ya le estaban preguntando:

—¿Y dónde dices que está tu casa de empeño?

Mucha gente los odiaba por eso, pero en esa época eran famosos.

Cuando no tenía que acompañar a Bioy, salí todo lo que quedaba del invierno con ellos. Conocían todo Nueva York y me llevaban a todas partes. Me volví como su amuleto.

Una noche, estuvimos en el palco de un nuevo rico americano, G. B., para escuchar la ópera *Boris Gudonov*, y me asombró la cantidad de diamantes que, literalmente, cubrían a su esposa.

En esa época la ópera me aburría y me alegré cuando Yannis, pretextando cualquier cosa, nos permitió escabullimos rápidamente del lugar. Por cierto, justo al mes, G. B. causó un tremendo escándalo en la Bolsa; se descubrieron sus fraudes y se tuvo que refugiar en el Brasil, de donde regresó al año siguiente más rico que nunca. No fue a la cárcel porque rehízo su fortuna y pagó todas sus deudas.

De la ópera, esa noche nos fuimos al Port Saiid, cabaretucho de baja estofa donde algunas árabes bailaban la danza del vientre. Ante el espectáculo me escandalicé, pero Zografos me acarició la cabeza y murmuró:

—Todavía tienes leche detrás de los oídos. Eres un bebé.

Tiraban billetes de cien dólares al suelo de propina (¡con ganas de agacharse para llevarme discretamente algunos!), y súbitamente, con la alegría y elegancia de los grandes duques rusos, empezaron a romper copas, vasos y, ya entusiasmados, arremetieron contra las puertas de vidrio de todo el pequeño local.

Yo me preguntaba por qué los dejaban hacer eso. Al día siguiente, en una nota de sociales, salió publicado:

"Los Griegos de Oro tuvieron que pagar muy caro la destrucción del Port Saiid", y su hazaña era relatada como una magnífica broma.

En ese entonces esperaban la llegada de Georges Livahos, el excuñado de Aristóteles Onassis, gran amigo suyo. Georges, hermano de Tina Onassis, era cuarenta años más joven que Onassis y lo conocí al año siguiente en Gstaadt, cuando salimos de México otra vez.

En Europa también conocí, junto con ellos, al propio Onassis y a María Callas; Tina era delgadita, rubia y encantadora como un pajarito, y a todos los demás Griegos de Oro. Pero ese invierno sólo me volví la íntima amiga de Lenny Gulandris, según mi madre, el más guapo de todos, entre Takis y Yannis.

Tenían un magnetismo y una vitalidad terriblemente atractivas. Y eran de una gran generosidad, cosa que me dejó asombrada, pues todos los ricos que yo conocía, en comparación, eran muy tacaños.

A pesar de todo, no olvidaba a mi madre ni la tragedia amorosa que estaba viviendo. Una tarde en la que no pudo ver a Bioy, y Archie tenía algo que hacer, Pipila nos invitó a ver, en un cine de lujo, como ya no existen, una superproducción: *La vuelta al mundo en ochenta días,* de la cual tengo un recuerdo de pesadilla. Nevaba como casi todo ese invierno, con esos espesos copos que, en otras circunstancias, me hubieran encantado.

A la salida del cine, Nueva York parecía una ciudad mágica, sin ruidos. Las montañas que formaban las máquinas que recogían la nieve, brillaban con una blancura helada, resplandeciente, a los dos lados de las aceras. En eso, Pipila y yo nos dimos cuenta de que mi madre se había quedado en la salida del cine, sin moverse, con la cara fija como una máscara de piedra. Le hablábamos y no contestaba. Casi enloquecí de pavor, pues sabía que la gente muy introvertida —esquizoide como mi madre— si rompe la última liga amorosa que tiene, se puede volver

totalmente esquizofrénica, loca, y, en casos extremos, catatónica. En pocos días, Bioy se marchaba y casi no lo había visto.

Pipila le dio algunas bofetadas. No reaccionó. Entonces la agarramos cada una por un brazo y la hicimos recorrer de arriba abajo la avenida, bajo la nieve que caía incesante. Cada vez que pasábamos delante de los anuncios de la película lucían más horrendos, me pareció que los protagonistas me hacían muecas de burla.

Sentí tal pavor y desesperación que temí volverme loca yo también. Pipila le hablaba y yo lloraba.

—Mami, mami ¿qué te pasa? Reacciona, sal de ese mutismo. ¡Estás en un peligro mortal!

El dueño de una farmacia, que nos había estado observando desde hacía rato, un anglosajón bondadoso como eran entonces los americanos, nos llamó y me consoló:

—No está catatónica, jovencita. No se movería. Le voy a inyectar una medicina con la que va a reaccionar.

No sé qué le inyectó el farmacéutico pero habló, y lloraba con una desesperación terrible. Pipila le contó al buen hombre toda la tragedia. El farmacéutico se indignó con el "marido".

—No le cuenten lo que pasó. Ese hombre es un monstruo y la está volviendo loca adrede. Tiene que dejarlo.

El ataque duró cuatro horas. Ya repuesta de su estado la llevamos a una cafetería. Siguió llorando hasta que cayó la noche, estaba desesperada. Para consolarla le conté que cuando íbamos al teatro mi padre, Archie, ella y yo, le avisaba a Bioy, y éste se colocaba hasta el fondo para poder verla de lejos.

Por fin se dirigió a mí:

—¡Pobre Chatita! Has sido muy buena conmigo. Pero es que ya no soporto la vida en México con tu padre y con todos los examigos que ya ni me hablan.

Pipila y yo la vimos mejor. La llevamos a dormir a su cama y le dio el calmante que le proporcionó el farmacéutico, y no se fue hasta que no la vio dormida profundamente.

A pesar de esa vida tan mundana, pero tan trágica, no olvidaba mis proyectos de Radcliffe ni el Actor's Studio. A los pocos días de la crisis de mi madre me liberé de todo y de todos y me fui sola al Actor's Studio para averiguar las condiciones de entrada.

Esa misma noche íbamos al ver la gran obra de O'Neill que se representaba por primera vez en Broadway, *Long Day's Journey into Night* (*El largo viaje hacia la noche*). El elenco era magnífico. En el papel de los padres, dos de los mejores actores americanos, Frederic March y Florence Eldridge. Y como los hijos, dos jóvenes por primera vez en papel estelar, Jason Robards y Bradford Dillman, el nuevo galán de moda.

Esa mañana, precisamente, Bradford Dillman estaba en el Actor's Studio. Era alto, guapo, muy sencillo. "Coincidencia significativa", según Jung, aunque a éste aún no lo leía.

Bradford creyó que era una joven actriz francesa. Me dio todas las facilidades para inscribirme e, incluso, me contó aspectos de su vida, como el que era hijo de un gran abogado de San Francisco. Me invitó un café y me citó en su camerino para cenar juntos después de la representación, pues le conté que iría a ver la obra esa noche.

La obra resultó la mejor tragedia del siglo XX, con una escenografía espléndida, y cuando terminó, el teatro se venía abajo con los aplausos.

Pero cuando me despedía de los mayores y mi padre se enteró de mi cita con Bradford Dillman, me lo prohibió. Toda la tensión nerviosa acumulada estalló y le grité horrores:

—¡Maldito, maldito tirano!

Y no hubo nada que hacer. Archie, como siempre, se puso de mi parte; mi madre permaneció callada e indiferente. De repente, a lo lejos, vi a Bioy y me escapé del grupo. Llegué hasta él y le supliqué que me invitara a cenar, y como había visto todo de lejos, me tomó de la mano y salimos corriendo del teatro.

Fuimos a cenar a un gran restaurante francés, y, entonces, comprendí a mi madre. Aunque, como le dije llorando:

—No es igual. Soy menor de edad y soy la hija. No puedo hacer nada.

—Y ¿por qué no trabaja tu madre? —me preguntó ambiguo.

—Sí, claro que trabaja.

Le expliqué entonces que en México escribía guiones para cine y que, además, mi padre le mintió, pues supe que, sigilosamente, se había entrevistado con él para contarle que Archie le daba dinero a mi madre.

—Con lo tacaño que es, no le daría ni para cigarros —lo refuté molesta.

Como Bioy era tan dulce y tenía ese encanto particular, plateado, lunar, casi mágico, mi amistad con él era sincera. Me consoló con mucho tacto y como era cultísimo, para distraerme, hablamos de literatura y, al final, otra vez de mi madre.

Esa noche él también estaba triste, pues se acercaba la clausura de las sesiones de las Naciones Unidas. Fue el año en que Rusia invadió Hungría. Y, claro, estaba de lado de los desdichados húngaros.

Ya consolada le conté a Bioy que mi madre había ido a las Naciones Unidas y al encontrarse con el delegado ruso le sacó la lengua. Adolfo se quedó asombrado. A mí esa bobada me producía una risa loca, y a él también lo hizo estallar de risa:

—Mira qué cosas tiene Elena.

No tenía ganas de volver al hotel, entonces seguimos hablando y le relaté que la famosa escenógrafa de teatro y cine Irene Scharaff, de origen ruso, nos invitó (pero no a mi padre) a una recepción en casa de Sono Osato, una japonesa que había sido una de las grandes estrellas del Ballet Ruso de Montecarlo. Mi madre, siendo jovencita, la había aclamado en Bellas Artes cuando mi tía Deva y los hijos del embajador de Japón eran los únicos espectadores que iban al ballet en México. Sono era de las *baby ballerinas* como Tamara Toumanova, Irina Baronova, Alicia Markova.

En esa reunión Irene nos dijo a manera de confidencia:

—Observen bien al marido. Es un ser repugnante. La ha reducido a nada. Apenas parece que existe.

En efecto, estaba pálida, sin maquillaje, sumisa ante su marido, como un muñeco roto. Él era un rico comerciante. Los amigos que estaban ahí esa noche la compadecían.

Irene, de enormes ojos azules como dos zafiros, le aconsejó a mi madre no seguir por ese

camino y separarse de mi padre, quedarse conmigo en Nueva York, y más tarde, todos nos ofrecieron buscarnos trabajo, departamento y lo necesario.

Bioy quedó impresionado:

—Terrible y conmovedor —y después reflexionó casi para sí—: es curioso, yo no conozco a nadie de teatro.

Esa noche me atreví a reprocharle su apatía o debilidad, o esa cosa rara que le impedía actuar.

—¿Es que no va a hacer nada para recuperar a mi madre?

Bioy me contestó que ya dos veces le había mandado los boletos para la Argentina con la esperanza de volver a verla.

—Sí, pero mi papá no la dejó. La amenazó con que no me volvería a ver. Usted es rico y muy famoso. ¿Cómo es posible que la ame tanto y se quede inerte? Tendrá que sacrificar algo para tenerla. Si no actúa, la va a perder para siempre. Ella no puede hacer nada, pero usted, sí.

—Pero decime vos, ¿qué hago? —me preguntaba Bioy con voz quejumbrosa.

—Yo no soy hombre ni soy usted. Pero para obtener cualquier cosa en este mundo hay que luchar y arriesgarse.

Fue entonces cuando me di cuenta de que Bioy no quería arriesgar nada. Quería que mi madre dejara todo por él, sin ninguna garantía.

Volví al hotel, desconsolada, y antes de dormir me puse a pensar en anécdotas que no me concernían directamente. Recordé a Mildred Murphy, a quien mis padres habían vuelto a encontrar. Ella trabajaba como periodista en el *New York Times*. Y mis padres la querían casar, a como diera lugar, con un millonario. Se les había metido esa idea en la cabeza porque Mildred ya estaba cerca de los treinta años y seguía soltera. La presentaron con James Laughlin, el multimillonario director de la mejor revista de literatura moderna de esos años, *New Directions*. Mis padres lograron que Laughlin y Mildred se hicieran novios, pero nunca se casaron.

Laughlin era alto, muy flaco, no era guapo pero muy culto, inteligente y simpático. Adoraba la poesía ultramoderna y el arte abstracto que, por cierto, a mí no me gustaba. Nos visitaba mucho antes de que se lo presentáramos a Mildred.

En alguna de esas visitas sucedió algo que no entendí por ignorancia. Desde la época del Liceo en México tenía un cuaderno donde copiaba mis poemas favoritos. Para esto había leído el *Oxford Book of Contemporary Poetry* que saqué de los libreros de mi padre. De esa antología de poesía inglesa y americana había copiado, entre otros, los pocos poemas que aparecían en el libro de un autor desconocido para mí: Ezra Pound.

Nunca lo habían mencionado en mi casa. No sabía nada de él, pero sus poemas me abrieron un mundo nuevo. Una tarde le leí los tres poemas de Ezra a mi padre; se molestó mucho y me dijo que no quería que leyera a "ese individuo", pero no me explicó por qué.

James Laughlin fue a visitarnos, varias veces, para convencer a mi padre de ir a visitar a Ezra Pound al manicomio Saint Elizabeth. Yo no sabía entonces que Laughlin lo admiraba desde jovencito, y que había pasado un año en Rapallo, Italia, en casa de Ezra, estudiando y jugando tenis con el gran poeta.

Muchos autores jóvenes habían vivido en la casa de Ezra, a la cual llamaban la Pound

University.

Ese día, al oír el nombre de Ezra Pound me entusiasmé y le iba a preguntar a Laughlin acerca de él, pero mi padre, muy irritado, me calló. Laughlin se quedó mudo. Mi padre le espetó con violencia que ya no tratara de llevarlo a ver a ese "repugnante fascista".

Laughlin era de los pocos admiradores que habían permanecido fieles a Ezra, y hablaba en voz alta de él. Los demás callaban. Algunos por miedo y otros porque no querían ser identificados con sus opiniones políticas.

Muchos años después me enteré quién era Ezra Pound. Fue en el exilio, en Madrid, cuando encontré por casualidad, en la sección de libros de El Corte Inglés, un pequeño volumen en barata, donde un poeta joven contaba sus experiencias con Ezra, las cuales habían ocurrido en la época en que Laughlin se empeñaba en llevar a mi padre a Saint Elizabeth.

El poeta se llamaba Michael Reck. Él iba dos o tres veces por semana a ver a Ezra a ese manicomio, una institución muy pobre del Estado, donde encerraron, durante años, a Pound por considerarlo traidor a Estados Unidos.

El libro de Reck no era nada pretencioso, como tantas biografías oficiales. Contaba anécdotas muy interesantes; por ejemplo, que casi todas las visitas de Ezra eran gente del pueblo y pocos intelectuales. Su cubículo siempre estaba abierto, y los locos podían entrar y salir, incluso los que llevaban camisa de fuerza.

De los visitantes pintorescos me acuerdo de dos: un chofer de taxi sureño que distribuía panfletos con las ideas de Ezra. El otro era un indio mexicano al que Michael Reck visitaba en su cuartito.

Reck cuenta que Ezra siempre estaba de buen humor y era de una paciencia y bondad inagotables hacia los locos. Ahí terminó *Cantos*, su obra maestra.

En ese libro supe por qué había acabado en el manicomio: Ezra Pound estudió en Estados Unidos, después emigró a Londres. En los años veinte se trasladó a París, donde conoció y protegió a la llamada *lost generation.* Fue ahí donde conoció la obra de T. S. Eliot, incluso corrigió y mejoró —según el mismo Eliot— alguno de sus poemas.

Para sobrevivir, Thomas Stearns Eliot trabajaba en un banco y esa rutina lo estaba volviendo loco. Ezra decidió salvarlo; lo llevó con una millonaria americana, mecenas de varios artistas, Natalie Barney, quien organizó fiestas donde estuvo presente todo París, para dar a conocer al autor. Por fin, con gran publicidad, Eliot comenzó a publicar y comenzó su carrera de éxitos; se fue a Inglaterra e incluso, con el tiempo, ganó el premio Nobel.

Ezra Pound, en cambio, seguía viviendo en la miseria. Pienso que sus ideas equivocadas fueron aumentando por el desprecio tremendo que sufrió por parte del *establishment* literario americano, que nunca le otorgó ningún reconocimiento.

París era muy caro y Ezra decidió trasladarse a Rapallo, y, durante la Segunda Guerra Mundial, transmitió por radio, desde Roma, propaganda fascista.

Según el testimonio de todo Rapallo, Ezra sufría las mismas carencias de todo el pueblo italiano; no obstante, al arribar los aliados, unos partisanos lo raptan y lo entregan al ejército americano, el cual lo encierra en una jaula, donde padece todas las carencias imaginables durante todo un año. La única persona que tuvo actitudes humanitarias con él fue un soldado negro a quien

recuerda con agradecimiento en *Cantos*.

Más tarde es trasladado a Estados Unidos, donde se pretende enjuiciarlo para llevarlo a la horca, pero los intelectuales intervinieron y fue declarado mentalmente incapacitado para ser procesado por traición; sin embargo, fue confinado en un manicomio.

El primero en pedir la liberación de Ezra fue Ernest Hemingway, quien en su discurso al recibir el premio Nobel dijo: "Creo que es tiempo de liberar a los poetas". Como siempre sucede, siguió una ola de opiniones a favor, empezando por Robert Frost, quien acudió incluso ante el fiscal general.

Finalmente, el gobierno de Estados Unidos decide liberar a Ezra, quien salió de incógnito de su país para irse a Italia. El único que lo fue a despedir fue el cónsul de Italia en Nueva York, cargado de flores, y Michael Reck. Ya en Italia, padeció una depresión terrible. Pienso que el ver el triunfo de todo aquello contra lo que había luchado: la usura, la plutocracia que vivimos en todo el mundo, tan lejano de la democracia, lo desmoralizó totalmente.

Michael Reck también estaba presente cuando en un ridículo encuentro organizado por Allen Ginsberg, el vocero de la Beat Generation, cuyo afán de protagonismo no tenía límite, y para hacerse publicidad convocó a todos los medios.

En ese coloquio Ezra declaró: "Yo me he equivocado en todo en la vida", y el imbécil de Allen Ginsberg le pidió su bendición, misma que Pound otorgó como si hubiera sido un sacerdote.

Por cierto que Hemingway, en su libro *París era una fiesta,* al único que salva de todos sus amigos de juventud es a Ezra. Cuenta que éste ayudaba y protegía a todos los jóvenes escritores que se le acercaban. Y Hemingway lo declara "lo más parecido a un santo que he conocido en mi vida".

En fin, para concluir este paréntesis, pienso que no era un santo sino simplemente el creador de la poesía moderna.

Se acercaba el momento de regresar a México. Bioy y su padre organizaron un coctel elegantísimo en un barco argentino para todo el cuerpo diplomático. Yo no tenía ganas de ir, y si accedí fue por Chantal, una amiga rumana del colegio de París que, por casualidad, volví a encontrar en una pequeña boutique donde entramos mi madre y yo. A pesar de que desde niña no la veía, la reconocí enseguida.

Su historia había sido muy desdichada. Los comunistas corrieron a su papá del puesto diplomático que tenía en París y les quitaron todo su dinero. Ella y sus padres nunca volvieron a Rumania. Ahora vivía muy pobre en Nueva York y la vendedora principal celebró mucho que yo la hubiera encontrado y reconocido.

Me cuchicheó en el oído que, para animarla y si era posible, la invitara a alguna fiesta diplomática. Lo que mi madre, siempre generosa, hizo enseguida, y desde ese momento la convidó a la fiesta del barco argentino.

Mi padre enfureció cuando supo que yo había invitado a Chantal. Entonces, mi madre, para tranquilizarlo, le relató su triste historia. Esto me disgustó porque parecía que estuviera loca por contarle todo a ese hombre que se había convertido en su peor enemigo.

¿Cómo era posible que no reaccionara con un poco de amor propio ante alguien que ni siquiera

la quería? ¿Mi madre no tenía salvación? Estas conclusiones, bastante lógicas para cualquiera, me angustiaron mucho. Desde ese momento no tuve ganas de ir al baile porque no quería presenciar la derrota de mi mamá. En un segundo vislumbré todo el negro futuro, como si un relámpago hubiera cruzado ante mí.

Más tarde, mi padre arregló que Enrique Bravo, un diplomático mexicano, viejo, panzón y raro, pasara por nosotras. Bravo sentó a Chantal junto a él, y le olía tan mal la boca que hasta mí me llegaba ese repugnante olor de dientes cariados. Él era muy amigo de mi padre, al que le daba una coba servil y, la verdad, no sé por qué le hacía tanta gracia ese mamarracho.

Bravo se había casado seis veces y pretendía vivir como un jovencito, con un auto deportivo rojo. En el trayecto se puso a hacerle la corte a Chantal de una manera grosera y ofensiva. Parecía como si supiera que era una chica pobre. Por su conducta y antecedentes, quizá trataba de disimular una naturaleza homosexual.

Subimos al barco, acompañadas por el grotesco viejo aquel. Yo iba muy angustiada y, por primera vez en mi vida, no me alegró la perspectiva de un baile.

El puente del barco estaba decorado con un lujo deslumbrante. Lo recubrieron con una especie de tienda de seda azul pálido, como la bandera de Argentina. El suelo de madera relucía como metal dorado. Una gran profusión de banderolas ondeaban en el aire frío. Las mesas estaban cubiertas de manteles finísimos de lino blanco y arreglos de flores; las copas de cristal reflejaban la luz plateada del atardecer invernal; impresionaba la abundancia de fuentes, bandejas y fruteros de plata repujada; una enorme cantidad de camareros, elegantísimos, se deslizaban sin ruido; la orquesta empezaba sus primeros acordes. Sin embargo, yo estaba irritada y harta, como si asistiera al funeral de un desconocido.

Nos sentamos a una mesa con nuestro insoportable acompañante. De repente, vi a mis padres; lucían totalmente diferentes a como eran en la vida cotidiana. Mi padre, vestido de smoking, se había convertido en una mancha oscura y amenazante. Sólo el azul profundo de sus ojos de hipnotizador echaban rayos temibles. Mi madre estaba junto a él, parecía haber vuelto a su niñez que tanto añoraba, se la veía inofensiva e incluso con una expresión emocionada, como si la fatalidad, por la presencia de un hombre que venía a su encuentro, se hubiese vuelto tangible; pero el destino que él representaba, quedaba invisible.

Al aparecer ella, un brillo había penetrado las ondas marinas y agitaba a los peces de la profundidad del océano.

Veían a mi madre como un compendio de las profundidades de la noche.

Al moverse con pasos danzarines, siguiendo ya el compás de la música, agitaba su traje claro y sus cabellos, parecían incendiados por llamaradas de su más remoto pasado.

Me pareció que llevaba una larga túnica de luz blanca. La luna llena flotaba entre las banderolas azules, y helaba la oscuridad con su brillo.

La luz lunar revistió a mi madre de una armadura líquida y ella agitaba, como en sueños, un largo velo de átomos vibrantes como cuarzos de cristal. El velo se extendía y se enrollaba en el cielo —largo semillero de estrellas—, y se cubría de hielo y de salpicaduras marinas; era una cascada deslumbrante de nieve y de vías lácteas que ondulaba al capricho del viento.

Del velo caían copos de nieve, eran destellos de luna que se columpiaban sobre el mar

cercano, y las espumas recaían como espadas de plata sobre su rostro. Eran las flechas de un carcaj invisible, como el destino que la esperaba.

Los cohetes de esa noche de fiesta se disfrazaban de surtidores blancos, de escarcha marina, y terminaban como pequeños trozos de estrellas arrancadas a la noche.

Una lluvia de pétalos surgía de sus cabellos, flores pálidas de la luna, el frío del norte grabado sobre su velo, tenue pero de trama cerrada. Sin duda, tejido por el huso del sueño.

Avanzaba tranquila sin darse cuenta de su apariencia tan distinta, parecía transfigurada por una verdadera esperanza, pero en la que en el fondo no creía.

Adolfo Bioy Casares se precipitó hacia ella y la sentó en la mesa de honor. Donde estaban los hijos de los presidentes iberoamericanos de esa época: Ranfis Trujillo, Somoza Jr., y otros. Ella, sumisa, sonriente, se dejó llevar por Bioy a esa mesa elegantísima.

En ese momento mi padre levantó el brazo con gesto amenazador, el ambiente de la fiesta se oscureció de inmediato y una extraña melancolía invadió todo el barco.

Parecía que mi padre hubiese cambiado el destino alegre de esa noche para transformarlo en una reunión lúgubre y triste. Todos se movían con una gran elegancia y parecían un ballet, pero cuando el Mago Tenebroso maldijo al dúo de las estrellas, todos sintieron un escalofrío, algo sombrío acababa de suceder, y la risa se congeló en sus rostros, súbitamente desconcertados.

Sentí que mis premoniciones de derrota estaban comenzando a tomar cuerpo y quise salirme, furiosa contra ese mundo tan injusto; pero no sabía dónde ir.

A punto de gritar mi disgusto, me calmé en apariencia, y me dediqué a contemplar ese ballet de la vida real, en cuya realidad yo creía a pie juntillas, como la de todos los ballets que había presenciado en los escenarios. Para mí, todo era como una novela de Balzac, pero desarrollándose en otro plano, en un horizonte de aire azul.

En realidad, lo que hizo mi padre fue acercarse a Bioy Casares para prevenirlo:

—Bioy, quita a Elena de esta mesa. Ella odia a los tiranos, precisamente a los padres de estos juniors, y puede armar un escándalo. Cada día está más desequilibrada.

Bioy, asustado, tomó suavemente por un brazo a mi madre y se la llevó, asombrada, a una mesa más alejada.

Me pareció que la cena había pasado como un relámpago. Yo, de gustos tan exigentes, no probé bocado. La angustia me cerraba la garganta. Sabía que mi madre —siempre tan triste y tan indiferente a todos, incluso a mí—, en ese momento se estaba jugando su felicidad.

Quería mucho a mi padre, pero en la expresión de los ojos huérfanos de mi madre, en su profunda desesperación, misma que trataba de esconder con su conducta frívola y, sobre todo, en su incapacidad para defenderse, había algo que me provocaba una lástima que llegaba a hacerme llorar por días.

En ese momento, ella se dedicaba a coquetear, pues todos los señores querían bailar con ella; su apariencia juvenil, su belleza, resaltaba entre tantas embajadoras enjoyadas y con apariencia de matronas.

Pedro Maturana, un chileno multimillonario, famoso por su elegancia, la miraba extasiado.

—Mira, niña, que tu madre es una de las mujeres más elegantes y fascinantes del mundo.

Yo estaba de acuerdo.

De repente, encontré a Bioy derrumbado sobre una silla y con un gesto de gran desesperación en el rostro. Fui a conversar con él y se volvió a quejar de mi madre, pero ya sin rabia, como un autómata resignado e impotente. Le dije que hiciera algo. Me contestó que no podía cambiar nada. Su apatía era indignante, pero no se lo dije. Decidí buscar a mi madre por todas partes, pues, aparentemente, se había desvanecido, pero di con ella y, regañándola, la llevé con Bioy.

Adolfo Bioy Casares me provocaba la misma extraña lástima que mi madre. Quizá era yo demasiado jovencita y romántica. Ahora, cuando me acuerdo de él, me parece un ser interesado y farsante. Y mi madre, una mujer débil y autodestructiva, que teniendo todo para triunfar y llevar una vida feliz, de armonía y belleza, sólo por sus defectos y su soberbia (ella nunca reconoció haberse equivocado en nada) no construyó algo sólido y verdadero.

Siempre repetía algo que, en un principio, me asombraba, y luego me repugnaba por aberrante, pero era verdad:

—Yo nunca he tenido remordimientos.

Como digo, primero no lo creí y después, para embromarla y asustarla, le replicaba:

—Entonces, eres una psicópata. Los psicópatas matan y se quedan indiferentes.

Ni siquiera me contestaba, porque con los años fue adquiriendo la costumbre de ignorar mis palabras.

Yo la quería tanto que ni lo notaba, pero con el tiempo esto llegó a exasperarme. No soportaba que sí hablara con sus amigos o sus entrevistadores. Ocasiones en las que, además, yo tenía que ser la "muda"; servir el café, dar sus obras a que se publicaran, para luego soportar su cólera y sus regaños porque, finalmente, no quería publicar.

Una vez, estando en París, mi primo Jesús Garro me partió la cabeza con un grueso vaso de cerveza, y la sangre me inundó. De inmediato subimos con el elegante doctor Van Der Elst, que vivía en el tercer piso del edificio.

No se sorprendió, pues estaba acostumbrado, como todos los demás vecinos, a los escándalos nocturnos que armaba Jesús; también a la llegada de la policía y demás.

En realidad los franceses son muy tolerantes, pues era un edificio de lujo y nunca protestaron por esos escándalos. En cambio, en México, los vecinos del pequeño y muy modesto departamento que habitábamos en Cuernavaca, llamaron cinco veces a Salubridad, después de haberse quejado de nuestros gatos.

Aquella ocasión el doctor preguntó:

—Fue el primo, ¿verdad? Mire, señora, lleve a su hija al Hospital Ambroise para que le hagan radiografías de la cabeza.

Los médicos del hospital, después de los exámenes, me dijeron, asombrados, que no tenía ninguna fractura. Con razón mi primo Jesús, quien como todos los malvados era muy cínico, siempre repetía:

—Tienes un ángel de la guarda más grande que Nuestra Señora de París.

Esa misma noche volvimos a la casa; yo estaba feliz a pesar de todo. Mi madre se puso a llorar ante la maldad de Jesús y le habló a su gran amigo Sebastián Hibbler, un chico muy guapo y

que nos quería mucho.

Emilio Carballido acababa de llegar a París y esa noche estaba en casa de Sebastián. Yo lo conocía desde hacía años y siempre había sido cortés y amable con él.

Al día siguiente, 6 de enero, día de Reyes, debía cenar en la casa, junto con dos catedráticos, admiradores de la obra de mi madre. Trabajaban en universidades americanas. Uno era Eladio Cortés, un español encantador y sumamente brillante, y la otra, su esposa Michelle Muncy, una francesa muy dulce e inteligente.

Ese mismo día, llamó Sebastián, quien nos contaba todo. Le habló a mi madre, furioso con Emilio:

—¿Sabes qué dijo de Helenita? Que "hacía años que esperaba que alguien le partiera la cabeza a esa cabrona". Tienes que decirle algo a ese viejo bribón —agregó Sebastián—. Yo quiero mucho a Helenita, y ella no le ha hecho nada a ese vejete.

Al saberlo, no entendí el odio de Emilio, pero me enfurecí. Le dije a mi madre:

—Ese viejo mustio no vuelve a entrar a mi casa. Yo lo quería bien, nunca lo he ofendido, entonces ¿por qué me insulta así?

Mi madre, impávida, me respondió:

—¿Me quieres dejar sola? Yo no le voy a reclamar nada.

Me doblegué, pero insistí.

—Pues yo sí le voy a pedir una explicación.

Entonces yo ganaba un magnífico sueldo en el consulado y cubría todos nuestros gastos. Eso molestaba mucho a mi madre —no me explico por qué— y me amenazó con lo de siempre:

—Si le dices algo a Emilio, yo me voy a un asilo.

Me doblé por completo y esa noche recibí muy amable a Emilio, pero con una rabia interior que no podía exteriorizar.

Al recordar esto, veo las cosas con más claridad. Ahora pienso que cuando ella quería, sí sabía defender lo que deseaba.

Aquella noche, en el barco argentino, ignoraba lo de la sobrina de Silvina, y lo de la horrible hija de Bioy. Sin embargo, también no dejo de preguntarme: si quería tanto a mi madre y conocía tan bien a mi padre, ¿cómo no movió un dedo para salvarnos de su rencor y, en todo caso, por qué no protegió a su gran amor? ¿Por qué sólo se conformó con veinte años de cartas amorosas?

Bioy sabía que mi padre era implacable, y que ese amor (ahora me pregunto si no sería fingido) y sus eternas quejas, mismos que le contaba a todo el mundo, tendrían consecuencias trágicas para mi madre y para mí. Lo mínimo era que acabáramos en la miseria, como nos sucedió. En cambio él sí cuidó a su "viejita", como la llamaba la Teo, cuando se volvió una loca agresiva y la encerró en un cuarto de azotea. Y en cuanto a la horrenda hija que tuvo, le consintió todos sus caprichos.

¿Por qué en esos casos sí protegió a quienes no quería, y dejó a la deriva, con tan sólo un montón de cartas, a quien amaba?

En la fiesta del barco, por más presentimientos angustiosos que tuviera, no logré prever la

amplitud de nuestro trágico final; ni me imaginaba la grotesca vida íntima y tan poco romántica de Bioy.

No me explico el aferramiento de mi madre a ese gran hipócrita cuando ella tenía tanto éxito. Ni encuentro razón para la farsa que Bioy sostuvo veinte años. ¿Para qué?

Esa noche, gracias a mi intervención, la "extraña pareja" bailó hasta el final de la fiesta. Los dos parecían flotar en otro mundo, embebidos el uno en el otro. Daban la impresión de pertenecer a otra dimensión. Muy lejos de nuestro mundo y de navegar en un cielo oscuro, pero cuajado de estrellas.

Llegó el final de la velada, y para mí fue una liberación, pues me había parecido una pesadilla, con la nota grotesca y pegajosa de Enrique Bravo, el horrible viejo que fungió como nuestro acompañante.

Mis padres abandonaron juntos la fiesta. El barco parecía otro, el hielo derretido en las fuentes de plata, las rosas ajadas, las banderas medio caídas, pues ya había cesado el viento. Todo me pareció terriblemente triste.

De repente, Alma Hubner, vestida de verde manzana, ignorada toda la noche por mi padre, se volvió loca y gritando se tiró por la borda del puente. Por fortuna, se hundió en un enorme y suave montón de nieve recién caída y no se hizo ningún daño.

Ahora me doy cuenta de que todo terminó en una farsa siniestra, menos para mi madre, terca en su amor por Bioy.

Al llegar al hotel, mi padre, asustado por todos los extravagantes acontecimientos de esa noche (además, Bravo nos había insultado horriblemente a Chantal y a mí, y eso cerró con broche de oro la peor fiesta de mi vida), declaró con arrepentimiento sincero:

—Helencitos, estamos locos. Siempre somos la pareja escandalosa. Vamos a acabar mal. Hay que cambiar, yo voy a ser mejor contigo, pero tú, obedéceme. ¿Me lo prometes?... —y siguió hablando largamente del cambio que planeaba.

Eso sí no se lo creí y muerta de sueño me fui a mi cuarto.

A los dos días, Bioy se iba a la Argentina y, la víspera de su partida, yo lo cité en el Cobb's Corner, la *drugstore* de la esquina. Este lugar le gustaba mucho a mi padre. Y estaba ahí, tomando un café con mi madre, pero al verme aparecer con Bioy, palideció y me miró con enojo.

Mi madre se puso radiante al ver a Bioy, pero tenía muy mala cara, desencajada y ojerosa. Bioy, humilde y tierno, como siempre, no decía nada. Yo estaba contenta de mi hazaña pero la mirada de mi padre era ominosa.

A los tres días nos regresamos en tren a México, donde nada ni nadie me esperaba. En Nueva York dejaba el Liceo, a Olga, a la que tanto quise, a mis viejos amores, los Prentice, a Niki, y a mis nuevos amores, los Griegos de Oro, tan vitales, alegres, generosos y divertidos, quienes habían empezado a introducirme en la vida del *jet set* internacional. Y también lamentaba, amargamente, no haber podido quedarme en Radcliffe.

Mi padre, en cambio, estaba satisfecho. Lo de Bioy se había quedado atrás, y sabía que el incipiente triunfo, que tan hábilmente había organizado, lo esperaba en México. Mi madre, muy preocupada por una operación inaplazable, no volvió a pronunciar el nombre maldito de Bioy delante de mi padre y, a pesar de su enfermedad, parecía, como siempre, indiferente a todo lo que

la rodeaba. Aunque seguía con su mirada de perro apaleado y su tristeza habitual cuando estaba con mi padre y conmigo.

Pero aún no les tenía rencor a mis padres. Tendrían que pasar muchos años, muchas desdichas y contrariedades antes de que eso sucediera.

---

[1] Canto en el que se alternan la voz normal y el falsete, propio de Suiza y Estados Unidos, entre otros (*N. del E.*)

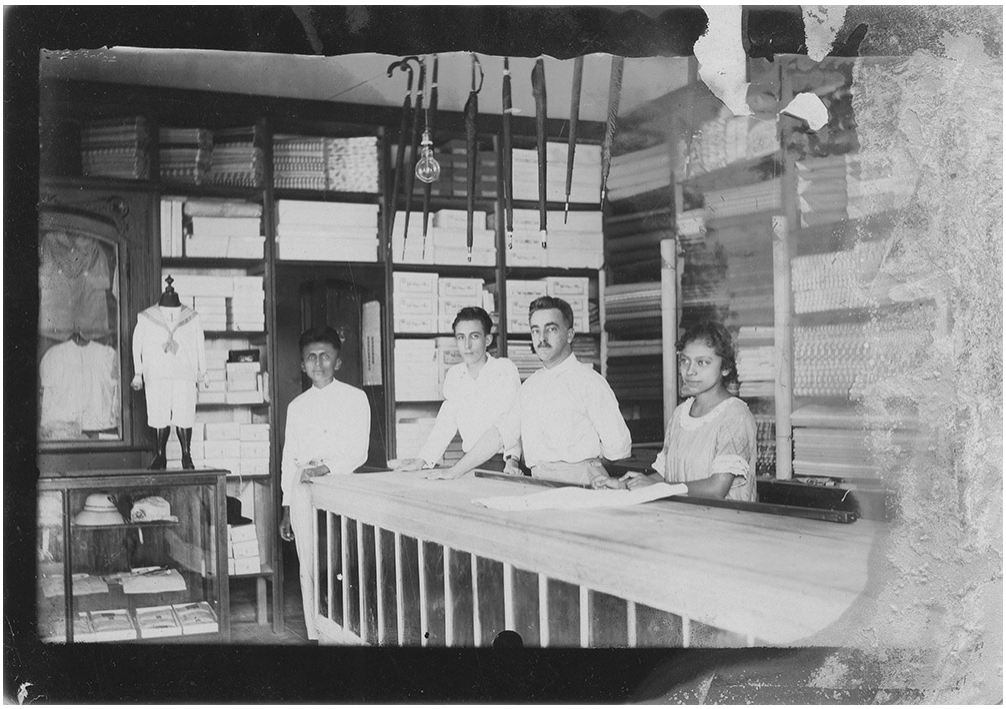
[2] Tomaron este nombre de Fridtjof Nansen, comisionado de la Sociedad de Naciones para la repatriación de prisioneros, después de la Primera Guerra Mundial. Estuvo al mando de la operación de ayuda a los necesitados de la Cruz Roja en las regiones rusas del Volgar y sur de Ucrania; premio Nobel de la paz 1922 (*N. del E.*)

[3] Serie de novelas de la escritora francesa Colette (1873-1954) (*N. del E.*)

[4] Gallina, en Francia, significa también, vulgarmente, "puta" (*N. de la A.*)

[5] Prenda de fieltro (*N. del E.*)

Álbum fotográfico



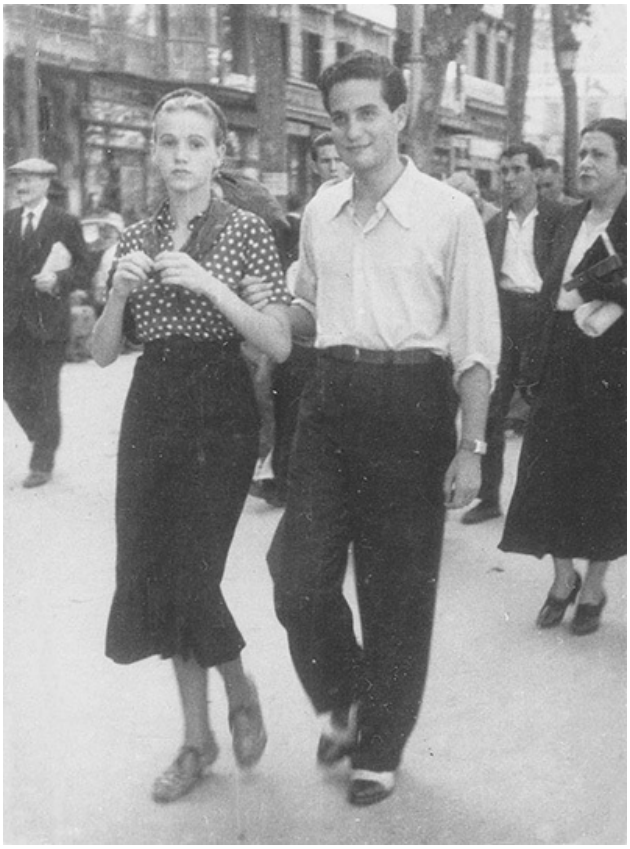
Al centro, don José Antonio Garro Melendreras en su negocio, La sedalia, en Iguala, Guerrero.

De izquierda a derecha, Elena Garro, José Antonio Garro Melendreras y Devaki Garro.

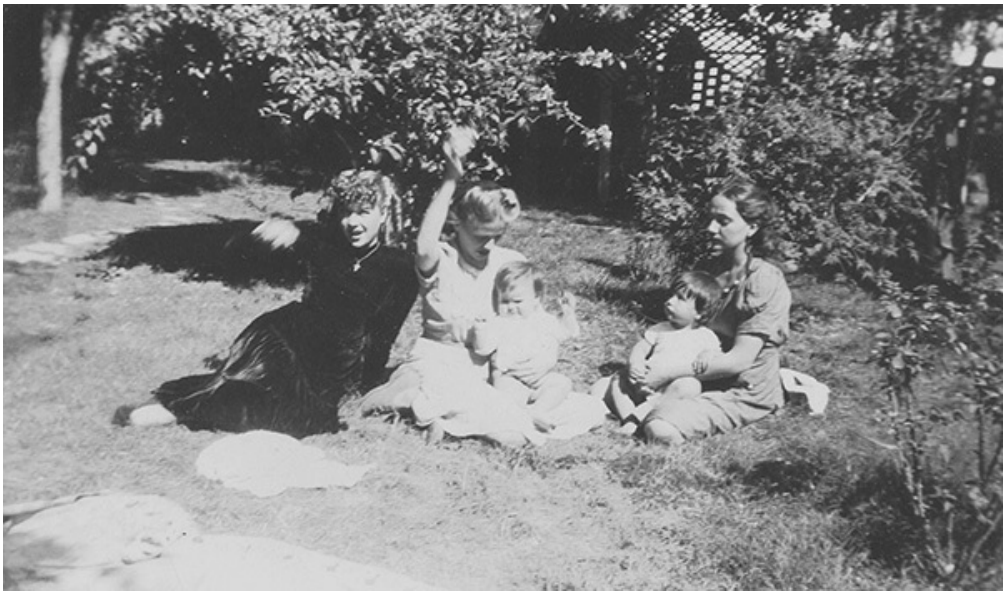
Elena Garro, foto del Studio de Chaillot,
en Rue de Longchamp, París, Francia.

Octavio Paz, foto del Studio de Chaillot,
en Rue de Longchamp, París, Francia.

Elena Garro de novia de Octavio Paz, en Chapultepec.



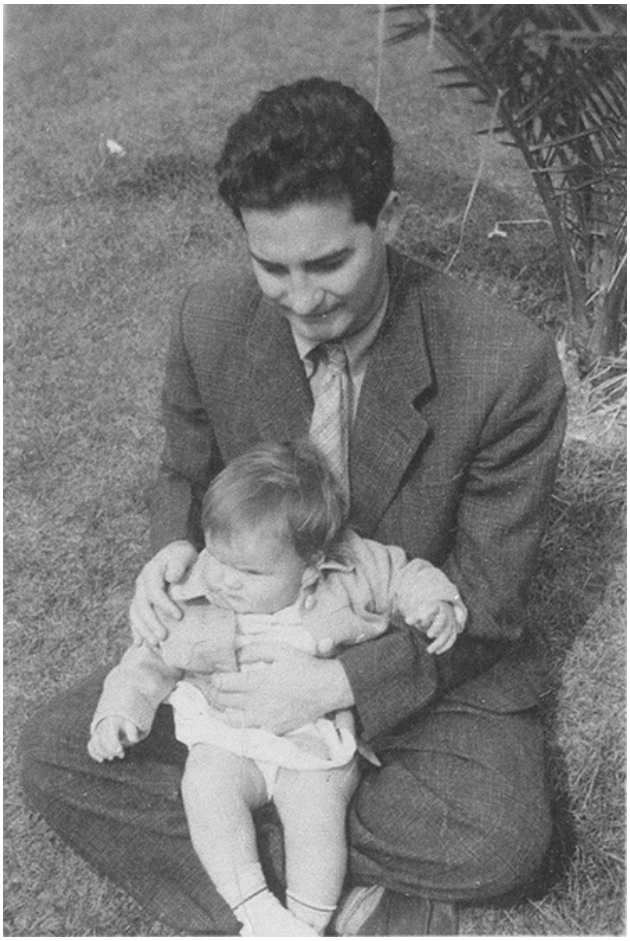
Elena y Octavio en Passeig de Gràcia, en Barcelona.



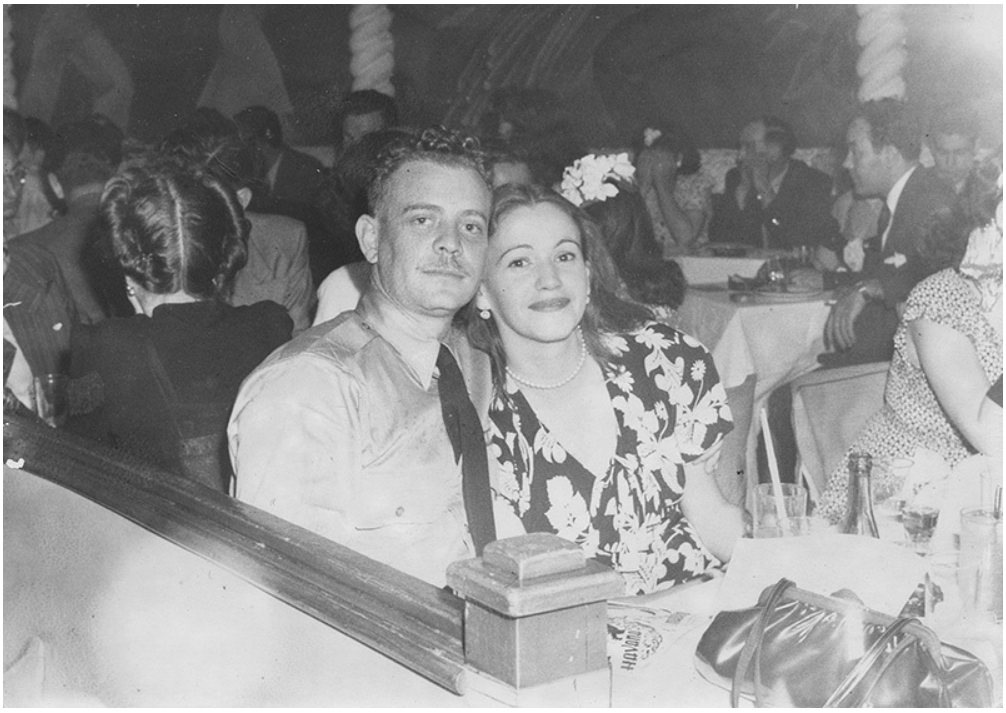
De izquierda a derecha, Estrella Garro Navarro, Elena Garro Navarro, Helena Paz, Devaki Garro Navarro y su hijo, Jesús Guerrero Garro.

José Antonio Garro Melendreras, con su nieta, Helena Paz.

Josefina Lozano de Paz, con su nieta, Helena Paz.



Octavio y Helena Paz.



Tomás Córdoba y Elena Garro.

Octavio Paz, en Victor Hugo 46, en París.

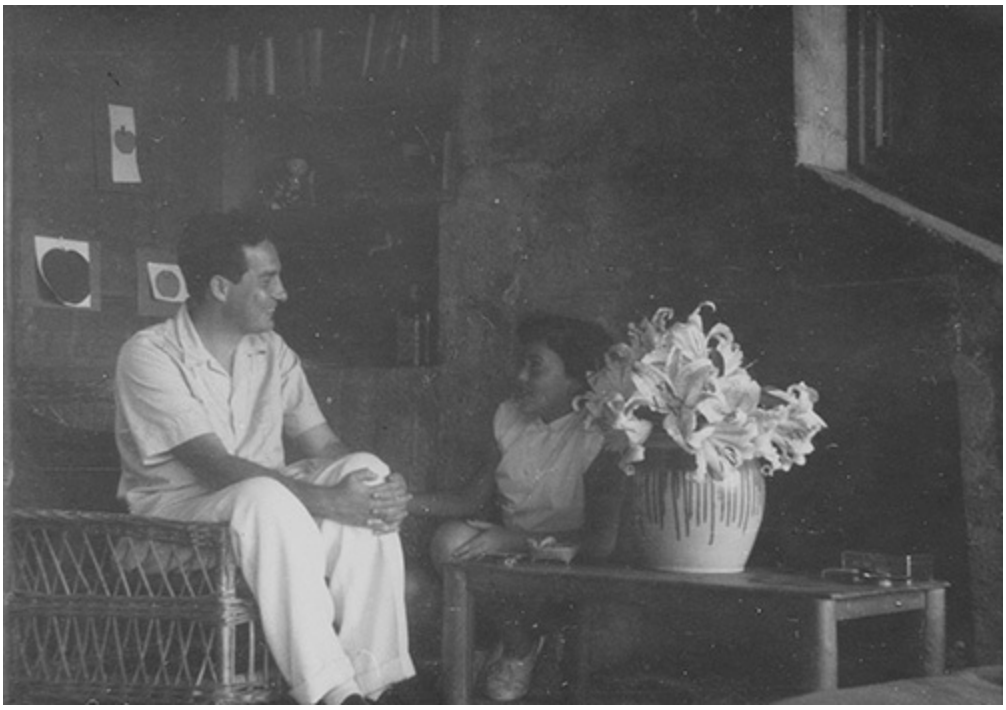
Las Elenas en el Bosque de Bolonia, 1947.

Helena en París, 1946.

Helena en el Bosque de Bolonia, en 1947.

Elena Garro, en Lavandou, 1949.

Elena y Octavio en Japón.



Octavio y Helena Paz en Japón, en 1952.

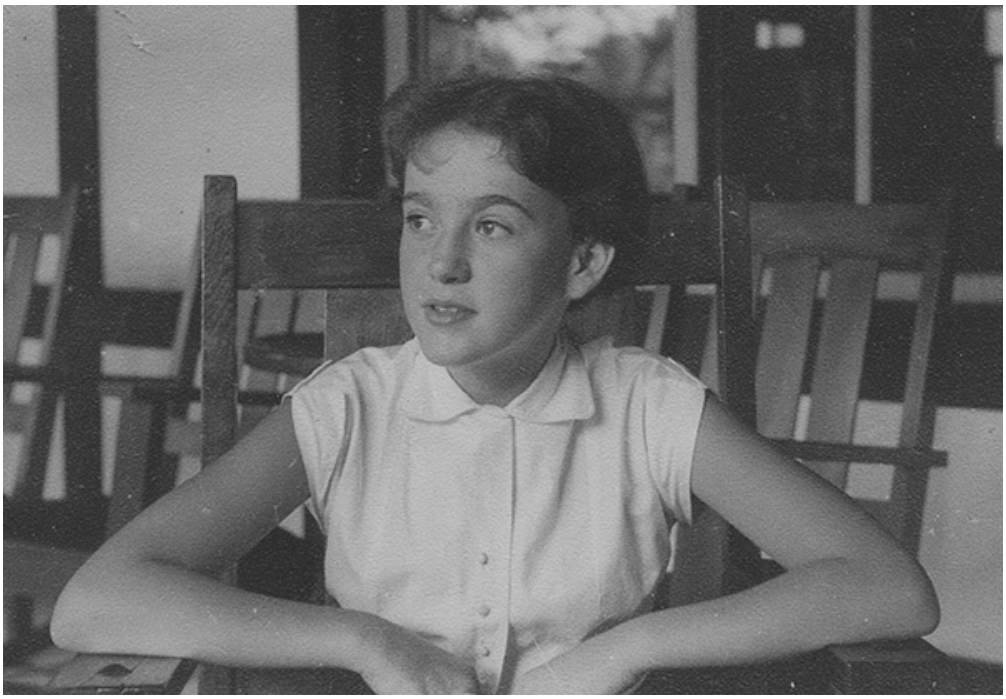
Elena, Octavio y Helenita, en Japón.

En la terraza de Victor Hugo, Paz, Helena y Garro.

Elena Garro y Helena Paz en el balcón del departamento de Victor Hugo, en París.

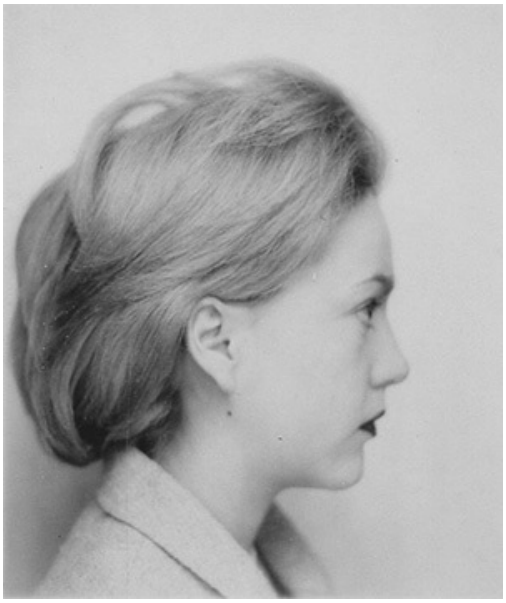
1953 D Fr. 21.-
C. G. T. E.
Melle Paz
Helena
RÉSEAU ENTIER
Janvier 1
Février 2
Mars 3
Juin 6
Juillet 7
Août 8
Sept. 9
Oct. 10
Nov. 11
Déc. 12
Compagnie Genevoise des Tramways Electriques
Rive
Carte d'abonnement
rigoureusement personnelle, valable tous les jours pour les services de l'horaire régulier.
Réservée aux personnes âgées de moins de 20 ans.
Observation : Les abonnements ne sont ni vendus, ni renouvelés les dimanches et jours fériés suivants : premier janvier, lundi de Pâques, Ascension et Noël.
Signature du Titulaire :
Helena Paz
A présenter aux agents de la C. G. T. E. sans attendre d'en être requis.
ÉCOLE DE DANSE
HARRY KRAATZ
17. COURS DE RIVE
TÉLÉPHONE 6 99 10
Rue du Mt-Blanc 17
Zbinden
Coutance 3

Carte d‘abonnement del transporte eléctrico, Génova, Suiza, 1953.



Madre e hija en Gstaad, Suiza, 1961.

De izquierda a derecha, Elena Garro, Helena Paz
y su abuela, Esperanza Navarro, en Gstaad, Suiza, 1961.



Helena Paz, fotografías de estudio.

Helena Paz y Elena Garro con compañía, a bordo del barco Queen Elizabeth.

Helena y un pretendiente.

Helena, en Plaza de San Marcos, Venecia.

De izquierda a derecha, Efraín Huerta, Elena Garro, el secretario de Lázaro Cárdenas, Helena Paz y Roberto Fernández Retamar, en Embajada de Cuba, 1967.

De izquierda a derecha, Agripina, Elena Garro, Chucho O., Pepe Bianco, Roberto Fernández Retamar y

Helena Paz.

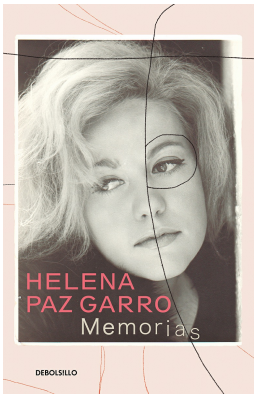
Elena Garro con Norberto Aguirre Palancares, en ese momento secretario de la Reforma Agraria, rodeados de campesinos.

Las Elenas, en junio de 1972.

Helena con amigos.

Helena y Emilio Carballido.

Garro y Petrushka.



Publicado originalmente en 2003, el libro autobiográfico *Memorias*, de Helena Paz Garro, dividió opiniones entre los lectores y colocó en la agenda cultural del momento el pasado íntimo de la familia Paz Garro, así como su relación —social o secreta— con personajes como Adolfo Bioy Casares, Silvina Ocampo, Julio Cortázar, Carlos Fuentes, Aristóteles Onassis, María Callas, Pablo Picasso, David Alfaro Siqueiros, Luis Buñuel, Salvador Dalí, María Zambrano y Juan de la Cabada, entre otros. Escritas con la pericia de una narradora oficiosa, con entraña y corazón, estas memorias de orden imprevisible nos contagian la dicha y el dolor de una mujer que sobrellevó la continua sensación de soledad.

Memorias

Primera edición digital en Debolsillo: noviembre, 2019

D. R. © 2003, Helena Paz Garro
D. R. © 2017, por la titularidad de los derechos patrimoniales, Raquel Steinmann Pagano

D. R. © 2019, derechos de edición mundiales en lengua castellana:
Penguin Random House Grupo Editorial, S.A. de C.V.
Blvd. Miguel de Cervantes Saavedra núm. 301, 1er piso,
colonia Granada, delegación Miguel Hidalgo, C.P. 11520,
Ciudad de México

www.megustaleer.mx

Rogelio Carvajal Dávila, por la edición original
Fundación Cultural Garro y Paz, A.C., por las fotografías

D. R. © Penguin Random House / Scarlet Perea, por el diseño de portada
D. R. © Fundación Cultural Garro y Paz, por la fotografía de portada

Penguin Random House Grupo Editorial apoya la protección del *copyright*. El *copyright* estimula la creatividad, defiende la diversidad en el ámbito de las ideas y el conocimiento, promueve la libre expresión y favorece una cultura viva. Gracias por comprar una edición autorizada de este libro y por respetar las leyes del Derecho de Autor y *copyright*. Al hacerlo está respaldando a los autores y permitiendo que PRHGE continúe publicando libros para todos los lectores.

Queda prohibido bajo las sanciones establecidas por las leyes escanear, reproducir total o parcialmente esta obra por cualquier medio o procedimiento así como la distribución de ejemplares mediante alquiler o préstamo público sin previa autorización. Si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra diríjase a CemPro (Centro Mexicano de Protección y Fomento de los Derechos de Autor, http://cempro.com.mx)

ISBN: 978-607-318-604-9

Penguin Random House Grupo Editorial

/megustaleermexico @megustaleermex

Conversión eBook:
Mutāre, Procesos Editoriales y de Comunicación